

# sol de medianoche



**STEPHENIE MEYER**

LA AUTORA DE LA SAGA CREPÚSCULO. BEST-SELLER MUNDIAL

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es una coincidencia.

Copyright © 2020 por Stephenie Meyer

Foto de portada: Canova, Antonio. Cupido y Psique

Museo Estatal del Hermitage, San Petersburgo

Foto Copyright © Museo Estatal del Hermitage / Foto de Vladimir Terebenin

Copyright de portada © 2020 por Roger Hagadone

Diseño de portada por Dave Caplan y Gail Doobinin

Copyright de portada © 2020 por Hachette Book Group, Inc.

TRADUCCIÓN NO OFICIAL por @RoraimaC

Correcciones de @kattitah y @vnessie

¡Síguenos en twitter!

[www.roraimapop.wordpress.com](http://www.roraimapop.wordpress.com)

[www.leyendosdm.blogspot.com](http://www.leyendosdm.blogspot.com)

# ÍNDICE

## DEDICATORIA

1. PRIMER ENCUENTRO
2. LIBRO ABIERTO
3. RIESGO
4. VISIONES
5. INVITACIONES
6. TIPO DE SANGRE
7. MELODÍA
8. FANTASMA
9. PORT ANGELES
10. TEORÍA
11. INTERROGACIONES
12. COMPLICACIONES
13. OTRA COMPLICACIÓN
14. MÁS CERCA
15. PROBABILIDAD
16. EL NUDO
17. CONFESIONES
18. MENTE VERSUS CUERPO
19. HOGAR
20. CARLISLE
21. EL PARTIDO
22. LA CAZA
23. DESPEDIDAS
24. EMBOSCADA
25. CARRERA
26. SANGRE
27. QUEHACERES
28. TRES CONVERSACIONES
29. INEVITABILIDAD

EPÍLOGO: UNA OCASIÓN  
AGRADECIMIENTOS

Este libro está dedicado a todos los lectores quienes han sido una parte muy feliz de mi vida durante los últimos quince años. Cuando nos conocimos por primera vez, muchos de ustedes eran jóvenes adolescentes con ojos hermosos y brillantes llenos de sueños por el futuro. Espero que en los años que han pasado, hayan encontrado sus sueños y que la realidad de ellos haya sido incluso mejor de lo que esperaban.

# PRIMER ENCUENTRO

ESTE ERA EL MOMENTO DEL DÍA EN EL QUE MÁS DESEABA SER CAPAZ DE poder dormir.

Secundaria.

¿O era purgatorio la palabra correcta? Si había alguna forma de expiar mis pecados, esto debería contar en alguna medida. El tedio no era algo a lo que me acostumbrara; todos los días parecían más monótonos que el anterior.

Quizás esto podría incluso considerarse mi forma de dormir, si dormir se definiese como el estado inerte entre períodos activos.

Observé las grietas que atravesaban el yeso en el rincón más alejado de la cafetería, imaginando patrones que no estaban allí. Era una forma de desconectar las voces que balbuceaban como el chorro de un río dentro de mi cabeza.

Varios cientos de estas voces las ignoraba por aburrimiento.

Cuando se trataba de la mente humana, ya lo había escuchado todo y algo más. Hoy, todos los pensamientos se consumían con el drama trivial de una nueva incorporación al pequeño cuerpo estudiantil. Se necesitaba muy poco para ponerlos a trabajar. Había visto la nueva cara repetida en pensamiento tras pensamiento desde todos los ángulos. Sólo una chica humana ordinaria. La emoción por su llegada era cansadamente predecible: era la misma reacción que se obtendría al lanzar un objeto brillante a un grupo de niños pequeños. La mitad de los machos parecidos a ovejas ya se imaginaban enamorados de ella, sólo porque era algo nuevo a la vista. Me esforcé más para desconectarlos.

Sólo bloqueé cuatro voces por cortesía en lugar de desagrado: mi familia, mis dos hermanos y dos hermanas, que estaban tan acostumbrados a la falta de privacidad en mi presencia que rara vez se preocupaban por eso. Les di lo que pude. Intenté no escuchar si podía evitarlo.

Por más que lo intente, aún así... lo sabía.

Rosalie estaba pensando, como siempre, en sí misma: su mente era como agua estancada, con pocas sorpresas. Había visto su perfil en el reflejo de las gafas de alguien y estaba reflexionando sobre su propia perfección. El cabello de nadie más estaba más cerca del verdadero dorado, la forma de nadie más era tan perfectamente un reloj de arena, la cara de nadie más era un óvalo simétrico tan perfecto. Ella no se comparaba con los humanos aquí; esa yuxtaposición habría sido ridícula, absurda. Pensaba en otros como nosotros, ninguno de ellos igual.

La expresión generalmente despreocupada de Emmett estaba arrugada por la frustración. Incluso ahora, se pasó una mano enorme por los rizos de ébano, retorciéndose el pelo en el puño. Todavía furioso por el combate de lucha libre que

había perdido ante Jasper durante la noche. Se necesitaría toda su paciencia limitada para llegar al final del día escolar y organizar una revancha. Escuchar los pensamientos de Emmett nunca se sentía intrusivo, porque nunca pensaba una cosa que no diría en voz alta o que no pondría en práctica. Quizás solo me sentía culpable al leer las mentes de los demás porque sabía que había cosas dentro que no querrían que supiera. Si la mente de Rosalie era agua estancada, entonces Emmett era un lago sin sombras, claro como el cristal.

Y Jasper estaba... sufriendo. Reprimí un suspiro.

«Edward». Alice dijo mi nombre en su cabeza y atrapó mi atención de inmediato.

Era lo mismo que si hubiese dicho mi nombre en voz alta. Estaba agradecido de que mi nombre hubiese pasado de moda las últimas décadas. Era molesto en el pasado; siempre que alguien pensaba en cualquier Edward, volteaba mi cabeza automáticamente.

Mi cabeza no se volteó ahora. Alice y yo éramos buenos en este tipo de conversaciones. Rara vez alguien nos atrapaba. Mantuve mi mirada en las líneas del yeso.

«¿Cómo la está llevando?» Me preguntó.

Fruncí un poco las comisuras de mi boca. Nada que pudiera alertar a los otros. Podría fácilmente estar frunciendo por aburrimiento.

Jasper había estado quieto durante mucho tiempo. No estaba haciendo mañas humanas del modo en que debíamos hacerlo todos—estar constantemente en movimiento para así no sobresalir—como Emmett estirándose el cabello, Rosalie cruzando sus piernas—primero a un lado y luego al otro—, Alice dando toquecitos con su pie contra el linóleo o yo, moviendo mi cabeza para quedarme mirando diferentes patrones en la pared. Jasper lucía paralizado, su silueta completamente recta, incluso su cabello de miel no parecía reaccionar a la corriente de aire que entraba por las ventanas.

El tono en la mente de Alice sonaba alarmado ahora y vi en su mente que estaba observando a Jasper por su visión periférica. «¿Hay algún peligro?» Ella buscó dentro del futuro inmediato, hojeando entre visiones de monotonía para explicar mi expresión fruncida. Mientras lo hacía, recordó meter uno de sus pequeños puños debajo de su barbilla afilada y parpadear regularmente. Se apartó un mechón de su corto y dentado cabello negro de los ojos.

Giré la cabeza lentamente hacia la izquierda, como si mirara los ladrillos de la pared, suspiré y, luego, giré hacia la derecha, de regreso a las grietas en el techo. Los demás supondrían que estaba jugando a ser humano. Sólo Alice sabía que estaba negando con la cabeza.

Ella se relajó. «Avísame si se pone muy mal».

Moví sólo mis ojos; hacia el techo arriba y de regreso.

«Gracias por hacer esto».

Me alegré de no poder responderle en voz alta. ¿Qué iba a decir? ¿El placer es mío? No era así ni de cerca. No disfrutaba sintonizar las luchas de Jasper. ¿Era realmente necesario experimentar de esta manera? ¿No sería el camino más seguro simplemente admitir que él nunca podría manejar su sed tan bien como el resto de nosotros y no superar sus límites? ¿Por qué coquetear con el desastre?

Habían pasado dos semanas desde nuestro último viaje de cacería. Ese no era un lapso de tiempo inmensamente difícil para el resto de nosotros. Ocasionalmente

un poco incómodo, si un humano caminaba demasiado cerca, si el viento soplaba en la dirección equivocada. Pero los humanos rara vez caminaban demasiado cerca. Sus instintos les decían lo que sus mentes conscientes nunca entenderían: éramos un peligro que debía evitarse.

Jasper era muy peligroso en este momento.

No sucedía con frecuencia, pero de vez en cuando me sorprendía la inconsciencia de los humanos que nos rodeaban. Todos estábamos tan acostumbrados a ello, siempre lo esperábamos; pero ocasionalmente parecía más deslumbrante de lo habitual. Ninguno de ellos nos notaba, descansando en la maltratada mesa de la cafetería, aunque una emboscada de tigres apostados en nuestros lugares sería menos letal que nosotros. Todo lo que veían eran cinco personas de aspecto extraño, lo suficientemente parecidos a humanos como para pasar desapercibidos. Era difícil imaginar sobrevivir con sentidos tan increíblemente aburridos.

En ese momento, una pequeña chica se detuvo al final de la mesa más cercana a la nuestra, deteniéndose a hablar con una amiga. Sacudió su cabello de color arena y corto peinándolo con sus dedos, los ventiladores de la calefacción volaron su esencia hacia nosotros; estaba acostumbrado a cómo me hacía sentir la esencia, el dolor seco en mi garganta, el hueco anhelante en mi estómago, la respuesta automática de mis músculos, el excesivo flujo de veneno en mi boca.

Todo esto era casi normal, usualmente fácil de ignorar. Fue ahora más difícil por la reacción fuerte y al doble porque monitoreaba a Jasper.

Jasper estaba dejando que su imaginación volara. Se lo estaba imaginando. Se imaginaba a él mismo levantándose de su asiento al lado de Alice y parándose junto a la pequeña chica. Pensando en inclinarse y, como si fuese a susurrarle algo al oído, dejar que sus labios tocaran el hueco de su garganta. Imaginando cómo el caliente flujo de su pulso debajo de la débil barrera de su piel se sentiría en su boca...

Pateé su silla.

Él encontró mi mirada, con sus ojos negros resentidos por un segundo y luego miró hacia abajo. Pude escuchar vergüenza y una guerra de rebelión en su cabeza.

—Lo siento —murmuró Jasper.

Me encogí de hombros.

—No ibas a hacer nada— le murmuró Alice, suavizando su mortificación—. Podría ver eso.

Peleé contra el ceño que habría puesto en evidencia su mentira. Teníamos que mantenernos juntos, Alice y yo. No era fácil ser los raros entre los que ya eran raros. Protegíamos nuestros secretos mutuamente.

—Ayuda un poco si piensas en ellos como personas— sugirió Alice con su voz alta y musical a una velocidad tan rápida que los humanos no entenderían, si cualquiera estuviese lo suficientemente cerca para oír—. Su nombre es Whitney, tiene una hermana pequeña que adora. Su madre invitó a Esme a la fiesta de jardín, ¿Te acuerdas?

—Sé quién es ella —dijo Jasper cortante. Se dio la vuelta para mirar por una de las pequeñas ventanas que estaban separadas justo debajo de los aleros alrededor de la larga habitación. Su tono terminó la conversación.

Tendría que cazar esta noche. Era ridículo tomar riesgos como este, tratando de probar su fuerza para desarrollar su resistencia. Jasper debería aceptar sus limitaciones y trabajar dentro de ellas.

Alice suspiró en silencio y se puso de pie, tomando su bandeja de comida (su accesorio de utilería, por así decirlo) con ella y dejándolo solo. Ella sabía cuándo había tenido suficiente de su aliento. Aunque Rosalie y Emmett fueron más flagrantes acerca de su relación, fueron Alice y Jasper quienes conocían las necesidades del otro tan bien como las suyas. Como si también pudieran leer las mentes, pero sólo la de ellos.

«Edward».

Reacción reflejo. Me volví al sonido de mi nombre, aunque no me llamaban, lo pensaron.

Mis ojos se encontraron por medio segundo con un par de grandes ojos humanos de color marrón chocolate colocados en una cara pálida en forma de corazón. Conocía la cara, aunque nunca la había visto antes de este momento. Había sido lo más importante en todas las cabezas humanas de hoy. La nueva estudiante, Isabella Swan. Hija del jefe de policía de la ciudad, traída a vivir aquí por una nueva situación de custodia. Bella. Ella había corregido a todos los que habían usado su nombre completo.

Miré hacia otro lado, aburrido. Me tomó un segundo darme cuenta de que ella no había sido la que pensó mi nombre.

«Por supuesto que ya está enamorada de los Cullen», escuché que el primer pensamiento continuaba.

Ahora reconocí la "voz".

Jessica Stanley: había pasado un tiempo desde que me había molestado con su charla interna. Qué alivio había sido cuando había superado su fijación fuera de lugar. Solía ser casi imposible escapar de sus sueños constantes y ridículos. En ese momento, deseé poder explicarle exactamente qué habría pasado si mis labios y los dientes detrás de ellos se hubieran acercado a ella. Eso habría silenciado esas molestas fantasías. La idea de su reacción casi me hizo sonreír.

«Para lo que le va a servir», continuó Jessica. «Realmente ni siquiera es bonita. No sé por qué Eric la está mirando tanto... o Mike».

Se estremeció mentalmente con el último nombre. Su nueva obsesión, el genéricamente popular Mike Newton, era completamente ajeno a ella. Aparentemente, él no era tan ajeno a la nueva chica. Otro niño tratando de alcanzar el objeto brillante. Esto le dio un toque de maldad a los pensamientos de Jessica, aunque era abiertamente cordial con la recién llegada cuando le explicaba el conocimiento general sobre mi familia. La nueva estudiante debía haber preguntado por nosotros.

«Todos me miran hoy a mí también», pensó Jessica con aire de suficiencia. «¿No es una suerte que Bella tenga dos clases conmigo? Apuesto a que Mike querrá preguntarme si ella...»

Traté de bloquear la charla estúpida de mi cabeza antes de que lo mezquino y lo trivial me volvieran loco.

—Jessica Stanley le está hablando a la nueva chica Swan sobre toda la ropa sucia en el clan Cullen —le murmuré a Emmett como una distracción.

Se rió por lo bajo. «Espero que lo esté haciendo bien», pensó.

—Más bien poco imaginativa, en realidad. Sólo el más mínimo indicio de escándalo. Ni una pizca de horror. Estoy un poco decepcionado.

«¿Y la chica nueva? ¿Ella también está decepcionada con los chismes?»



Escuché lo que esta nueva chica, Bella, pensaba de la historia de Jessica. ¿Qué vio cuando miró a la extraña familia de piel calcárea que era evitada por todo el universo?

Era mi responsabilidad saber su reacción. Actuaba como vigilante, por falta de una palabra mejor, para mi familia. Para protegernos si alguien sospechara alguna vez, podría darnos una advertencia temprana y una huida fácil. Ocurría ocasionalmente: algún humano con una imaginación activa vería en nosotros los personajes de un libro o una película. Por lo general se equivocaban, pero era mejor mudarse a un lugar nuevo que arriesgarse al escrutinio. Raramente, extremadamente rara vez, alguien adivinaba bien. No les dábamos la oportunidad de probar su hipótesis. Simplemente desaparecíamos para no ser más que un recuerdo aterrador.

Eso no había sucedido en décadas.

No escuché nada, aunque escuchaba atentamente al lado de donde el frívolo monólogo interno de Jessica continuaba sonando. Era como si no hubiera nadie sentado a su lado. Qué peculiar. ¿Se había movido la chica? Eso no parecía probable, ya que Jessica todavía estaba balbuceando. Levanté la vista, sintiéndome fuera de balance. Verificando mi "audición", no era algo que tenía que hacer nunca.

De nuevo, mi mirada se clavó en esos grandes ojos marrones. Estaba sentada justo donde había estado antes y mirándonos—algo natural, supuse, ya que Jessica todavía le estaba dándole los chismes locales sobre los Cullen.

Pensar en nosotros también sería natural.

Pero no pude escuchar ni un susurro.

Un cálido y acogedor rojo manchó sus mejillas mientras miraba hacia abajo, lejos de la vergonzosa trampa de ser atrapada mirando a un extraño. Fue bueno que Jasper todavía mirara por la ventana. No me gustaba imaginar qué haría ese sencillo accionar de la sangre para su control.

Las emociones habían sido tan claras en su rostro como si estuvieran expresadas en palabras: sorpresa, ya que sin saberlo absorbió los signos de las sutiles diferencias entre su especie y la mía; curiosidad, mientras escuchaba el cuento de Jessica; y algo más... ¿Fascinación? No sería la primera vez. Éramos hermosos para ellos, nuestra presa prevista. Entonces, finalmente, la vergüenza.

Y, sin embargo, aunque sus pensamientos habían sido tan claros en sus extraños ojos—extraños por la profundidad que tenían—sólo podía escuchar silencio desde el lugar donde estaba sentada. Sólo... silencio.

Sentí un momento de inquietud.

Esto no se parecía a nada que me hubiese encontrado. ¿Había algo mal conmigo? Me sentía exactamente igual que siempre. Preocupado, escuché con más atención.

Todas las voces que había estado bloqueando de repente gritaban en mi cabeza.

«...Me pregunto qué música le gusta... tal vez podría mencionar mi nuevo CD...», pensó Mike Newton, a dos mesas de distancia, centrado en Bella Swan.

«Míralo mirándola. No es suficiente que tenga la mitad de las chicas en la escuela esperando que él...» Los pensamientos de Eric Yorkie eran cáusticos y también giraban en torno a la chica.

«...tan desagradable. Uno pensaría que es famosa o algo así... Incluso Edward Cullen la está mirando...» Lauren Mallory estaba tan celosa que su cara, por todos

lados, debía de ser color jade oscuro. «Y Jessica, haciendo alarde de su nueva mejor amiga. Una burla...» continuó escupiendo vitriolo de los pensamientos de la chica.

«... Apuesto a que todos le han preguntado eso. Pero me gustaría hablar con ella. ¿Qué será más original?» Ashley Dowling reflexionó.

«...Tal vez ella esté en Español...», esperaba June Richardson.

«...¡Tanto que hacer esta noche! Mate y el examen de inglés. Espero que mi madre...» Ángela Weber, una chica tranquila cuyos pensamientos eran inusualmente amables, era la única en la mesa que no estaba obsesionada con esta Bella.

Podía escucharlos a todos, escuchar cada cosa insignificante que estaban pensando mientras pasaba por sus mentes. Pero nada de la nueva estudiante con los ojos engañosamente comunicativos.

Y, por supuesto, pude escuchar lo que dijo la chica cuando habló con Jessica. No tuve que leer las mentes para poder escuchar su voz baja y clara al otro lado de la larga sala.

—¿Cuál es el chico con el cabello castaño rojizo? —La escuché preguntar, escabulléndose otra vez por el rabillo del ojo, sólo para apartar la mirada rápidamente cuando vio que todavía estaba mirando.

Si hubiera tenido tiempo de esperar que el escuchar el sonido de su voz me ayudara a identificar el tono de sus pensamientos, me decepcionó al instante. Por lo general, los pensamientos de las personas me llegaban en un tono similar al de sus voces físicas. Pero esta voz tranquila y tímida no era familiar, no estaba en ninguno de los cientos de pensamientos que rebotaban por la habitación, estaba seguro de eso. Era completamente nueva.

«¡Buena suerte, idiota!» Jessica pensó antes de responder la pregunta de la chica.

—Ese es Edward. Es hermoso, por supuesto, pero no pierdas tu tiempo. Él no tiene citas. Aparentemente, ninguna de las chicas aquí es lo suficientemente guapa para él —resopló en voz baja.

Volví la cabeza para ocultar mi sonrisa. Jessica y sus compañeras de clase no tenían idea de la suerte que tuvieron de que ninguna de ellas me atrajera particularmente.

Debajo del humor transitorio, sentí un impulso extraño, uno que no entendía claramente. Tenía algo que ver con el borde vicioso de los pensamientos de Jessica de los que la nueva chica no estaba al tanto...

Sentí la extraña necesidad de interponerme entre ellos, para proteger a Bella Swan del funcionamiento más oscuro de la mente de Jessica. Qué sentimiento tan extraño. Intentando descubrir las motivaciones detrás de ese impulso, examiné a la nueva chica una vez más, a través de los ojos de Jessica ahora. Mi mirada había atraído demasiada atención.

Quizás fue solo un instinto protector enterrado durante mucho tiempo: el fuerte para el débil. De alguna manera, esta chica parecía más frágil que sus nuevos compañeros de clase. Su piel era tan translúcida que era difícil de creer que le ofreciera mucha defensa del mundo exterior. Pude ver el pulso rítmico de la sangre a través de sus venas debajo de la membrana clara y pálida... Pero no debería concentrarme en eso. Era bueno en esta vida que había elegido, pero tenía tanta sed como Jasper y no tenía sentido invitar a la tentación.

Había un leve pliegue entre sus cejas del que parecía no darse cuenta.

¡Era increíblemente frustrante! Pude ver fácilmente que era una tensión para ella sentarse allí, conversar con extraños, ser el centro de atención. Pude sentir su timidez por la forma en que sostenía sus frágiles hombros, ligeramente encorvados, como si esperara un rechazo en cualquier momento. Y sin embargo, sólo podía ver, sólo podía sentir, sólo podía imaginar. No había nada más que silencio de la chica humana muy excepcional. No pude escuchar nada. ¿Por qué?

—¿Deberíamos? —Rosalie murmuró, interrumpiendo mi concentración.

Aparté mi mente de la chica con una sensación de alivio. No quería seguir fallando en esto: el fracaso era algo raro para mí, e incluso más irritante que raro. No quería desarrollar ningún interés en sus pensamientos ocultos simplemente porque estaban ocultos. Sin duda, cuando los descifrara, y encontraría la manera de hacerlo, serían tan mezquinos y triviales como los de cualquier ser humano. No valía la pena el esfuerzo que haría para llegar a ellos.

—Entonces, ¿la nueva nos tiene miedo? —Preguntó Emmett, todavía esperando mi respuesta a su pregunta anterior.

Me encogí de hombros. No estaba lo suficientemente interesado como para presionar para obtener más información.

Nos levantamos de la mesa y salimos de la cafetería.

Emmett, Rosalie y Jasper fingían ser mayores; se fueron a sus clases. Estaba interpretando un papel más joven que ellos. Me dirigí a mi clase de biología de nivel junior, preparando mi mente para el tedio. Era dudoso que el Prof. Banner, un hombre con un intelecto no más que promedio, lograra sacar algo en su conferencia que sorprendiera a alguien con dos títulos médicos.

En el aula, me acomodé en mi silla y dejé que mis libros (de utilizaría otra vez; no tenían nada que yo no supiera) se esparcieran sobre la mesa. Yo era el único estudiante que tenía una mesa para él solo. Los humanos no eran lo suficientemente inteligentes como para saber que me temían, pero sus instintos innatos de supervivencia eran suficientes para mantenerlos alejados.

La habitación se llenó lentamente mientras terminaban el almuerzo. Me recliné en mi silla y esperé a que pasara el tiempo. Una vez más, deseé poder dormir.

Como había estado pensando en la nueva chica, cuando Ángela Weber la acompañó a través de la puerta, su nombre intervino en mi atención.

«Bella parece tan tímida como yo. Apuesto a que hoy es realmente difícil para ella. Desearía poder decir algo... pero probablemente sonaría estúpido».

«¡Sí!» Pensó Mike Newton, girándose en su asiento para ver entrar a las chicas.

Aún así, desde el lugar donde estaba Bella Swan, nada. El espacio vacío donde sus pensamientos deberían estar molestos y desconcertados.

¿Qué pasaría si todo se iba? ¿Qué pasaría si este fuera sólo el primer síntoma de algún tipo de deterioro mental?

A menudo deseaba poder escapar de la cacofonía. Que pudiera ser normal, en la medida de lo posible para mí. Pero ahora sentí pánico ante la idea. ¿Quién sería sin lo que podía hacer? Nunca había oído hablar de tal cosa. Vería si Carlisle sí.

La chica caminó por el pasillo a mi lado, se dirigió al escritorio del maestro. Pobre chica; el asiento a mi lado era el único disponible. Automáticamente, limpié lo que sería su lado de la mesa, empujando mis libros en una pila. Dudaba que ella se sintiera muy cómoda allí. Le esperaba un largo semestre, al menos en esta clase. Tal vez, sin embargo, sentado a su lado, sería capaz de limpiar el escondite de sus

pensamientos... no es que alguna vez haya necesitado proximidad. No es que pudiese encontrar algo que valiera la pena escuchar.

Bella Swan caminó frente al flujo de aire caliente que soplaba hacia mí desde la calefacción.

Su aroma me golpeó como un ariete, como una granada explosiva. No había imagen lo suficientemente violenta como para abarcar la fuerza de lo que me sucedió en ese momento.

Al instante, me transformé. No era nada parecido al humano que una vez fui. No quedaba rastro de los restos de la humanidad en los que había logrado ocultarme a lo largo de los años.

Yo era un depredador. Ella era mi presa. No había nada más en todo el mundo que esa verdad.

No había una sala llena de testigos, ya eran daños colaterales en mi mente. El misterio de sus pensamientos fue olvidado. Sus pensamientos no significaban nada, porque no seguiría pensando en ellos por mucho tiempo.

Yo era un vampiro y ella tenía la sangre más dulce que había olido en más de ochenta años.

No me había imaginado que tal aroma pudiera existir. Si hubiera sabido que sí, lo habría buscado hace mucho tiempo. Habría recorrido el planeta por ella. Podía imaginar el sabor...

La sed ardía en mi garganta como el fuego. Mi boca se sentía al horno y desecada, y el flujo fresco de veneno no hizo nada para disipar esa sensación. Mi estómago se retorció con el hambre que era un eco de la sed. Mis músculos se tensaron para saltar.

No había pasado un segundo completo. Seguía dando el mismo paso que la había puesto contra el viento hacia mí.

Cuando su pie tocó el suelo, sus ojos se deslizaron hacia mí, un movimiento que claramente pretendía ser sigiloso. Su mirada se encontró con la mía y me vi reflejado en el espejo de sus ojos.

La sorpresa de la cara que vi allí le salvó la vida por unos momentos espinosos.

Ella no lo hizo más fácil. Cuando procesó la expresión en mi rostro, la sangre inundó sus mejillas nuevamente, convirtiendo su piel en el color más delicioso que había visto. El olor era una espesa bruma en mi cerebro. Apenas podía pensar. Mis instintos se enfurecieron, resistiendo el control, incoherentes.

Ahora caminaba más rápido, como si entendiera la necesidad de escapar. Su prisa la hizo torpe: tropezó y trastabilló hacia adelante, casi cayendo sobre la chica sentada frente a mí. Vulnerable, débil. Incluso más de lo habitual para un humano.

Traté de concentrarme en la cara que había visto en sus ojos, una cara que reconocí con asco. La cara del monstruo dentro de mí. La cara que había derrotado con décadas de esfuerzo y disciplina inflexible. ¡Con qué facilidad saltó a la superficie ahora!

El aroma se arremolinó a mí alrededor otra vez, dispersando mis pensamientos y casi empujándome fuera de mi asiento.

No.

Mi mano se aferró al borde de la mesa mientras trataba de sostenerme en mi silla. La madera no estaba a la altura. Mi mano aplastó el puntal y terminé con una mano llena de pulpa astillada, dejando la forma de mis dedos tallada en la madera restante.

Destruye la evidencia. Esa era una regla fundamental. Rápidamente pulvericé los bordes de la forma con las yemas de los dedos, dejando nada más que un agujero irregular y un montón de virutas en el suelo, que esparcí con el pie.

Destruye la evidencia. Daños colaterales...

Sabía lo que tenía que pasar ahora. La chica tendría que venir a sentarse a mi lado y yo tendría que matarla.

Los espectadores inocentes en este salón de clases, otros dieciocho niños y un hombre, no podían salir, ya que habrían visto lo que pronto verían.

Me estremecí al pensar en lo que debía hacer. Incluso en mi peor momento, nunca había cometido este tipo de atrocidad. Nunca había matado inocentes. Y ahora planeaba matar a veinte de ellos a la vez.

La cara del monstruo en mi reflejo se burló de mí.

Incluso cuando parte de mí se estremeció lejos de él, otra parte estaba planeando lo que sucedería después.

Si matara a la chica primero, sólo tendría quince o veinte segundos con ella antes de que los humanos en la habitación reaccionaran. Tal vez un poco más si al principio no se dieran cuenta de lo que estaba haciendo. No tendría tiempo para gritar o sentir dolor; no la mataría cruelmente. Eso podría darle a esta extraña con su sangre horriblemente deseable.

Pero entonces tendría que evitar que escaparan. No tendría que preocuparme por las ventanas, demasiado altas y pequeñas para que nadie pueda escapar. Sólo la puerta. Bloquea eso y quedarían atrapados.

Sería más lento y más difícil, tratar de derribarlos a todos cuando estuvieran en pánico y luchando, moviéndose en el caos. No es imposible, pero habría mucho más ruido. Tiempo para muchos gritos. Alguien escucharía... y me vería obligado a matar aún más inocentes en esta negra hora.

Y su sangre se enfriaría mientras yo asesinaba a los demás.

El olor me castigaba, cerrándome la garganta con dolor seco...

Bueno, los testigos primero, entonces.

Lo tracé en mi cabeza. Estaba en el medio del salón, la fila más alejada del frente. Tomaría mi lado derecho primero. Podía romper cuatro o cinco de sus cuellos por segundo, estimé. No sería ruidoso. El lado derecho sería el lado afortunado; No me verían venir. Moviéndome hacia adelante y hacia atrás por el lado izquierdo, me llevaría, como máximo, cinco segundos terminar con cada vida en esta habitación.

El tiempo suficiente para que Bella Swan vea, brevemente, lo que viene para ella. El tiempo suficiente para que sienta miedo. El tiempo suficiente, tal vez, si el shock no la congelaba en su lugar, para que gritara. Un suave grito que no atraería a nadie corriendo.

Respiré hondo y el olor era un fuego que corría por mis venas secas, quemándose en mi pecho para consumir cada buen impulso del que era capaz.

Ella se estaba volviendo ahora. En unos segundos se sentaría a centímetros de mí.

El monstruo en mi cabeza se regocijó.

Alguien cerró de golpe una carpeta a mi izquierda. No levanté la vista para ver cuál de los humanos condenados era, pero el movimiento envió una ola de aire ordinario, sin perfume, flotando a mi cara.

Por un breve segundo, pude pensar con claridad. En ese precioso instante, vi dos caras en mi cabeza, una al lado de la otra.

Uno era mío, o más bien lo había sido: el monstruo de ojos rojos que había matado a tanta gente que había dejado de contar. Asesinatos justificados y racionalizados. Había sido un asesino de asesinos, un asesino de otros monstruos menos poderosos. Era un complejo de dios, lo reconocí, decidiendo quién merecía una sentencia de muerte. Fue un compromiso conmigo mismo. Me había alimentado de sangre humana, pero sólo con la definición más flexible. Mis víctimas fueron, en sus diversos pasatiempos oscuros, apenas más humanos que yo.

La otra cara era la de Carlisle.

No había semejanza entre las dos caras. Eran como el día más brillante y la noche más negra.

No había razón para que existiera un parecido. Carlisle no era mi padre en el sentido biológico básico. No compartimos características comunes. La similitud en nuestro color era producto de lo que éramos; cada vampiro era pálido como un cadáver. La similitud en el color de nuestros ojos era otra cuestión: un reflejo de una elección mutua.

Y, sin embargo, aunque no había base para un parecido, había imaginado que mi rostro había comenzado a reflejar el suyo, hasta cierto punto, en los últimos setenta y tantos años que había aceptado su elección y seguido sus pasos. Mis rasgos no habían cambiado, pero me pareció que parte de su sabiduría había marcado mi expresión, un poco de su compasión se podía rastrear en mi boca, y los indicios de su paciencia eran evidentes en mi frente.

Todas esas pequeñas mejoras se perdieron en la cara del monstruo. En unos pocos momentos, no quedaría nada en mí que reflejara los años que había pasado con mi creador, mi mentor, mi padre en todas las formas que contaban. Mis ojos brillarían rojos como los de un demonio; toda semejanza se perdería para siempre.

En mi cabeza, los amables ojos de Carlisle no me juzgaron. Sabía que me perdonaría por este horrible acto. Porque él me amaba. Porque pensó que yo era mejor de lo que era.

Bella Swan se sentó en la silla a mi lado, sus movimientos rígidos e incómodos, sin duda con miedo y el aroma de su sangre floreció en una nube ineludible a mí alrededor.

Demostraría que mi padre estaba equivocado acerca de mí. La miseria de este hecho me dolió casi tanto como el fuego en mi garganta.

Me aparté de ella con repulsión, disgustado por el monstruo que ansiaba tomarla.

¿Por qué tenía ella que venir aquí? ¿Por qué tenía que existir? ¿Por qué tuvo que arruinar la poca paz que tenía en esta no vida mía? ¿Por qué había nacido esta humana agravante? Me arruinaría.

Aparté mi rostro de ella cuando un repentino odio feroz e irracional se apoderó de mí.

¡No quería ser el monstruo! ¡No quería matar a esta habitación llena de niños inofensivos! ¡No quería perder todo lo que había ganado en toda una vida de sacrificio y negación!

No lo haría.

Ella no podía obligarme.

El olor era el problema, el olor horriblemente atractivo de su sangre. Si sólo hubiera alguna forma de resistir...

Si sólo otro soplo de aire fresco pudiera aclarar mi cabeza.

Bella Swan sacudió su largo y grueso cabello de caoba en mi dirección.

¿Estaba loca?

No, no hubo brisa útil. Pero no tenía que respirar.

Detuve el flujo de aire a través de mis pulmones. El alivio fue instantáneo, pero incompleto. Todavía tenía el recuerdo del olor en mi cabeza, el sabor en la parte posterior de mi lengua. No podría resistir incluso eso por mucho tiempo.

Cada vida en esta habitación estaba en peligro mientras ella y yo estábamos juntos en ella. Debería correr. Quería correr, para alejarme de su calor a mi lado y del dolor punzante que quemaba, pero no estaba cien por ciento seguro de que si desbloqueaba mis músculos para moverme, incluso solo para pararme, no terminaría arremetiendo y cometer la matanza que ya había planeado.

Pero tal vez podría resistir por una hora. ¿Sería una hora suficiente para ganar control para moverme sin atacar? Dudé, luego me obligué a comprometerme. Lo haría suficiente. Justo el tiempo suficiente para salir de esta habitación llena de víctimas, víctimas que tal vez no tenían que ser víctimas. Si pudiera resistir por una corta hora.

Era una sensación incómoda el no respirar. Mi cuerpo no necesitaba oxígeno, pero iba en contra de mis instintos. Confiaba en el olor más que en mis otros sentidos en momentos de estrés. Lideraba el camino en la caza; era la primera advertencia en caso de peligro. No me encontraba a menudo con algo suficiente peligroso para mí, pero la auto-conservación era tan fuerte en mi especie como en el ser humano promedio.

Incómoda, pero manejable. Más soportable que olerla y no hundir mis dientes a través de esa piel fina, delgada y transparente hasta el calor, la humedad, el pulso...

¡Una hora! Sólo una hora. No debo pensar en el aroma, el sabor.

La chica silenciosa mantuvo su cabello entre nosotros, inclinándose hacia adelante para que se derramara sobre su carpeta. No podía ver su rostro para tratar de leer las emociones en sus ojos claros y profundos. ¿Estaba tratando de esconder esos ojos de mí? ¿Por temor? ¿Por timidez? ¿Para guardar sus secretos?

Mi anterior irritación por ser bloqueado de sus pensamientos silenciosos era débil y pálida en comparación con la necesidad y el odio, que me poseía ahora. Porque odiaba a esta chica frágil a mi lado, la odiaba con todo el fervor con el que me aferraba a mi antiguo yo, mi amor por mi familia, mis sueños de ser algo mejor de lo que era. Odiarla, odiar cómo me hizo sentir, ayudó un poco. Sí, la irritación que había sentido antes era débil, pero también ayudó un poco. Me aferré a cualquier pensamiento que me distrajera de imaginar a qué sabría...

Odio e irritación. Impaciencia. ¿Nunca pasaría la hora?

Y cuando la hora terminara... ella saldría de esta habitación. ¿Y yo que haría?

Si pudiera controlar al monstruo, hacerle ver que la demora valdría la pena... Podría presentarme: "Hola, mi nombre es Edward Cullen. ¿Me permitirías acompañarte a tu próxima clase?"

Ella diría que sí. Sería lo más educado. Incluso ya temiéndome, como estaba seguro de que lo hacía, ella seguiría el convenio y caminaría a mi lado. Debería ser bastante fácil llevarla en la dirección equivocada. Un espolón del bosque se extendía como un dedo que tocaba la esquina trasera del estacionamiento. Podría decirle que había olvidado un libro en mi auto...

¿Alguien notaría que fui la última persona con la que fue vista? Estaba lloviendo, como siempre. Dos impermeables oscuros que se dirigen en la dirección equivocada no despertarían demasiado interés ni me delatarían.

Excepto que yo no era el único estudiante que hoy estaba al tanto de ella, aunque nadie estaba tan alerta como yo. Mike Newton, en particular, era consciente de cada cambio en su peso mientras se removía en su silla, estaba incómoda cerca de mí, como lo estaría cualquiera, tal como esperaba antes de que su aroma destruyera toda preocupación caritativa. Mike Newton se daría cuenta si ella saliera del aula conmigo.

Si pudiera aguantar una hora, ¿podría aguantar dos?

Me estremecí ante el dolor del ardor.

Volvería a casa, pero a una casa vacía. El jefe de policía Swan trabaja ocho horas al día. Conocía su casa, como conocía todas las casas de la pequeña ciudad. Su casa estaba enclavada frente a espesos bosques, sin vecinos cercanos. Incluso si tuviera tiempo de gritar, lo que no haría, no habría nadie que la pudiera escuchar.

Esa sería la forma responsable de lidiar con esto. Había pasado más de siete décadas sin sangre humana. Si aguantaba la respiración, podría durar dos horas. Y cuando la tuviera sola, no habría posibilidad de que alguien más saliera lastimado. Y no hay razón para apresurar la experiencia, el monstruo en mi cabeza estuvo de acuerdo.

Era sofisma pensar que al salvar a los diecinueve humanos en esta habitación con esfuerzo y paciencia, sería menos monstruo cuando matara a esta chica inocente.

Aunque la odiaba, estaba absolutamente consciente de que mi odio era injusto. Sabía que a quien realmente odiaba era a mí mismo. Y nos odiaría a los dos mucho más cuando ella estuviera muerta.

Pasé la hora de esta manera, imaginando las mejores formas de matarla. Traté de evitar imaginar el acto real. Eso podría ser demasiado para mí. Entonces planeé la estrategia y nada más.

Una vez, hacia el final, me miró a través de la fluida pared de su cabello. Podía sentir el odio injustificado quemándome cuando me encontré con su mirada, ver el reflejo en sus ojos asustados. La sangre pintó su mejilla antes de que pudiera esconderse en su cabello nuevamente, y casi me deshago.

Pero sonó la campana y nosotros (cuánto cliché) fuimos salvados. Ella, de la muerte. Yo, por poco tiempo, de ser la criatura de pesadilla que temía y detestaba.

Ahora tenía que moverme.

Incluso enfocando toda mi atención en las acciones más simples, no podía caminar tan lentamente como debería; salí corriendo de la habitación. Si alguien hubiera estado mirando, podrían haber sospechado que había algo que no estaba bien en mi salida. Nadie me estaba prestando atención; todos los pensamientos aún se arremolinaban en torno a la chica condenada a morir en poco más de una hora.

Me escondí en mi auto.

No me gustaba pensar que tenía que esconderme. Qué cobarde sonaba eso. Pero ahora no me quedaba suficiente disciplina para estar cerca de los humanos. Centrar gran parte de mis esfuerzos en no matar a uno de ellos no me dejó recursos para resistir a los demás. Qué desperdicio sería eso. Si tuviera que ceder ante el monstruo, bien podría hacer que valiera la derrota.



Puse un CD que generalmente me tranquilizaba, pero ahora hizo poco por mí. No, lo que más me ayudó fue el aire fresco y húmedo que flotaba con la lluvia a través de mis ventanas abiertas. Aunque podía recordar el aroma de la sangre de Bella Swan con perfecta claridad, inhalar este aire limpio era como lavar el interior de mi cuerpo de la infección.

Estaba cuerdo otra vez. Podría pensar de nuevo. Y podría pelear de nuevo. Podría luchar contra lo que no quería ser.

No tuve que ir a su casa. No tuve que matarla. Obviamente, yo era una criatura racional y pensante, y tenía una opción. Siempre hubo una elección.

No me había sentido así en el aula... pero ahora estaba lejos de ella.

No tenía que decepcionar a mi padre. No tenía que causarle estrés, preocupación y dolor a mi madre. Sí, también lastimaría a mi madre adoptiva. Y ella era tan gentil, tan tierna y amorosa. Causar dolor a alguien como Esme era realmente inexcusable.

Quizás, si evitaba a esta chica con mucho, mucho cuidado, no habría necesidad de que mi vida cambiara. Tenía las cosas ordenadas como me gustaban. ¿Por qué debería dejar que ésta nadie tan irritante y deliciosa arruinara eso?

Qué irónico que hubiera querido proteger a esta chica humana de la miserable amenaza sin dientes que eran los sarcásticos pensamientos de Jessica Stanley. Era la última persona que alguna vez sería un protector para Isabella Swan. Ella nunca necesitaría protección de nada más de lo que la necesitaba de mí.

¿Dónde estaba Alice? De repente me pregunté. ¿No me habría visto matar a la chica Swan de muchas maneras? ¿Por qué no había acudido en mi ayuda, para detenerme o ayudarme a limpiar la evidencia o lo que sea? ¿Estaba tan absorta mirando problemas con Jasper que había perdido esta posibilidad mucho más horrible? ¿O era más fuerte de lo que pensaba? ¿Realmente no le habría hecho nada a la chica?

No. Sabía que eso no era cierto. Alice debía estar concentrándose en Jasper.

Busqué en la dirección que sabía que estaría mi hermana, en el pequeño edificio utilizado para las clases de inglés. No me llevó mucho tiempo localizar su familiar "voz". Y tenía razón. Todos sus pensamientos se volvían hacia Jasper, observando sus pequeñas elecciones con minucioso escrutinio.

Deseé poder pedirle consejo, pero al mismo tiempo, me alegré de que ella no supiera de lo que era capaz. Sentí una nueva quemadura en mi cuerpo: la quemadura de la vergüenza. No quería que ninguno de ellos lo supiera.

Si pudiera evitar a Bella Swan, si lograra no matarla, incluso mientras pensaba eso, el monstruo se retorció y rechinó los dientes con frustración, entonces nadie tendría que saberlo. Si pudiera alejarme de su aroma...

No había razón para no intentarlo, al menos. Haz una buena elección. Intentar ser lo que Carlisle pensaba que era.

La última hora de la escuela casi había terminado. Decidí poner mi nuevo plan en acción de inmediato. Mejor que sentarse aquí en el estacionamiento, donde ella podría pasar y arruinar mi intento. Nuevamente, sentí el odio injusto hacia la chica.

Caminé rápidamente, un poco demasiado rápido, pero no había testigos, a través del pequeño campus hasta la oficina.

Estaba vacío, excepto por la recepcionista, que no notó mi silenciosa entrada.

—¿Sra. Cope?

La mujer con el cabello anormalmente rojo levantó la vista y se sobresaltó. Siempre los pillaba desprevenidos, los pequeños marcadores que no entendían, sin importar cuántas veces nos hubieran visto antes.

—Oh— jadeó, un poco nerviosa. Se alisó la camisa. «Tonta», pensó para sí misma. «Es casi lo suficientemente joven como para ser mi hijo»—. Hola Edward. ¿Qué puedo hacer por ti?—. Sus pestañas revolotearon detrás de sus gruesas gafas.

Incómodo. Pero sabía cómo ser encantador cuando quería serlo. Era fácil, ya que podía saber instantáneamente cómo tomaban cualquier tono o gesto.

Me incliné hacia adelante, encontrando su mirada como si estuviera mirando profundamente sus ordinarios ojos marrones. Sus pensamientos ya estaban agitados. Esto debería ser simple.

—Me preguntaba si podría ayudarme con mi horario— dije con la voz suave que reservaba para no asustar a los humanos.

Escuché el ritmo de su corazón aumentar.

—Por supuesto, Edward. ¿Cómo puedo ayudar? —«Demasiado joven, demasiado joven», cantó para sí misma. Equivocada, por supuesto. Yo era mayor que su abuelo.

—Me preguntaba si podría cambiarme de mi clase de Biología a una ciencia de nivel superior. ¿Física, tal vez?

—¿Hay algún problema con el Prof. Banner, Edward?

—En absoluto, es sólo que ya he estudiado este material...

—En esa escuela acelerada a la que todos asistieron en Alaska. Correcto— sus delgados labios se fruncieron mientras lo consideraba. «Todos deberían estar en la universidad. He escuchado a los maestros quejarse. 4.0 segundos perfectos, ninguna duda en una respuesta, nunca una respuesta incorrecta en una prueba, como si hubieran encontrado alguna forma de hacer trampa en cada materia. El Prof. Varner preferiría creer que alguien estaba haciendo trampa en Mate que pensar que un estudiante era más listo que él. Apuesto a que su madre es tutora...»—. En realidad, Edward, Física está bastante llena en este momento. El Prof. Banner odia tener más de veinticinco estudiantes en una clase...

—No sería ningún problema.

«Por supuesto que no. No para un perfecto Cullen».

—Lo sé, Edward. Pero es que no hay suficientes puestos...

—¿Podría dejar la clase, entonces? Podría usar esa hora para un poco de estudio independiente.

—¿Dejar Biología?— dijo con la boca completamente abierta. «Eso es una locura. ¿Cuán difícil debe ser sentarte a oír sobre un tema que ya te sabes? Debe haber algún problema con el Prof. Banner»—. No tendrías suficientes créditos para graduarte.

—Me pondré a la par el siguiente año.

—Quizá deberías hablar con tus padres al respecto.

La puerta se abrió detrás de mí, pero quién quiera que fuese no pensó en mí, así que ignoré la llegada y me concentré en la Sra. Cope. Me incliné un poco más cerca y la miré como si quisiera mirar más profundamente en sus ojos. Esto funcionaría mejor si los tuviese dorados hoy en vez de negros. La negrura asustaba a la gente, como debería.

Mi error de cálculo afectó a la mujer. Se estremeció mientras se alejaba.

—¿Por favor, Sra. Cope?— murmuré con la voz tan suave e irresistible como podía y su momentánea aversión mitigó—. ¿No hay alguna otra sección a la que me pueda cambiar? Estoy seguro de que debe haber algún campo abierto en algún lado. Biología en la sexta hora no debe ser la única opción...

Le sonreí, con cuidado de no mostrar mis dientes demasiado para no asustarla de nuevo, haciendo que la expresión suavizara mi rostro.

Su corazón latió con rapidez. «Demasiado joven», se recordó frenéticamente.

—Bueno, quizá puedo hablar con Bob, quiero decir, con el Prof. Banner. Podría ver si...

Un segundo fue suficiente para cambiarlo todo: la atmósfera en la habitación, mi misión aquí, la razón por la que me incliné hacia la mujer pelirroja... lo que había sido para un propósito era ahora para otro.

Un segundo fue suficiente para que Samantha Wells entrara en la habitación, pusiera un comprobante de tardanza firmado en la cesta junto a la puerta y se apresurara a salir de nuevo en un desespero por escapar de la escuela. Una repentina ráfaga de viento a través de la puerta chocó contra mí y fui consciente de por qué la primera persona que entró no me interrumpió con sus pensamientos.

Me volteé, aunque no necesitaba hacerlo para estar seguro.

Bella Swan estaba de pie con su espalda pegada a la pared junto a la puerta, un pedazo de papel sujeto entre sus manos. Sus ojos eran incluso más grandes que antes y atrapó mi furiosa e inhumana mirada.

El olor de su sangre saturó cada partícula de aire en la pequeña y caliente habitación. Mi garganta estalló en llamas.

El monstruo me miró a través del espejo de sus ojos de nuevo, una máscara de maldad.

Mi mano dudó en el aire sobre el mostrador. No tendría que mirar hacia atrás para lograr estirarla y golpear la cabeza de la Sra. Cope contra su escritorio con la fuerza suficiente para matarla. Dos vidas en lugar de veinte. Una ganga.

El monstruo esperó con impaciencia y hambriento a que lo hiciera.

Pero siempre había una opción. Tenía que haber una.

Corté el movimiento de mis pulmones y coloqué el rostro de Carlisle frente a mis ojos. Me volteé para enfrentar a la Sra. Cope y escuchar su sorpresa interna por mi cambio de expresión. Se estremeció alejándose de mí, pero su miedo no se transformó en palabras coherentes.

Usando todo el control que perfeccioné en mis décadas de auto negación, logré que mi voz sonara suave y uniforme. Había suficiente aire en mis pulmones para hablar una vez más si lo hacía rápidamente.

—No importa, entonces. Puedo ver que es imposible. Muchas gracias por su ayuda.

Me di la vuelta y salí de la habitación, tratando de no sentir el calor de la sangre caliente del cuerpo de la chica cuando pasé a centímetros de él.

No me detuve hasta que estaba en mi auto, moviéndome demasiado rápido todo el camino hasta allí. La mayoría de los humanos ya se habían ido, por lo que no había muchos testigos. Escuché a un estudiante de segundo año, D. J. Garrett, notarme y luego ignorarme...

«¿De dónde salió Cullen? Pareció como si sólo apareció de la nada... aquí voy, otra vez con mi imaginación. Mamá siempre dice...»

Cuando me deslicé dentro del Volvo, los otros ya estaban ahí. Traté de controlar mi respiración, pero estaba jadeando por aire fresco como si me hubiera sofocado.

—¿Edward?— Preguntó Alice con alarma en su voz.

Solo sacudí mi cabeza hacia ella.

—¿Qué demonios te pasó?— Exigió Emmett, distraído por un momento por el hecho de que Jasper no estaba de humor para su revancha.

En lugar de responder, puse el auto en reversa. Tenía que salir de este estacionamiento antes de que Bella Swan pudiera seguirme aquí también. Mi propio demonio personal, atormentándome... Giré el auto y aceleré. Llegué a los cuarenta antes de salir del estacionamiento. En el camino, llegué a setenta antes de doblar la esquina.

Sin mirar, supe que Emmett, Rosalie y Jasper se habían vuelto para ver a Alice. Ella se encogió de hombros. No podía ver lo que había pasado, sólo lo que pasaría.

Ella buscó mi mirada. Ambos procesamos lo que vio en su cabeza y ambos nos sorprendimos.

—¿Te estás yendo? —Susurró.

Los otros me miraron.

—¿Lo estoy? —Gruñí entre dientes.

Entonces ella lo vio, mientras mi resolución flaqueaba, otra opción hacía girar mi futuro en una dirección más oscura.

—Ay

Bella Swan, muerta. Mis ojos, con un brillante carmesí por sangre fresca. La búsqueda que seguiría. El tiempo cuidadoso que esperaríamos antes de que fuera seguro salir de Forks y comenzar de nuevo...

—Ay —dijo de nuevo. La imagen se hizo más específica. Vi el interior de la casa del Jefe Swan por primera vez, vi a Bella en una pequeña cocina con armarios amarillos, de espaldas a mí mientras la acechaba desde las sombras, dejé que el olor me empujara hacia ella...

—¡Para! —Gruñí, incapaz de soportar más.

—Lo siento —susurró.

El monstruo se regocijó.

Y la visión en su cabeza cambió de nuevo. Una carretera vacía por la noche, los árboles a su lado cubiertos de nieve, pasando a casi setecientos kilómetros por hora.

—Te echaré de menos— dijo—. No importa cuán corto sea el tiempo que estés lejos.

Emmett y Rosalie intercambiaron una mirada aprensiva.

Estábamos casi al desvío hacia el largo camino que conducía a nuestra casa.

—Déjanos aquí— instruyó Alice—. Deberías decírselo a Carlisle tú mismo.

Asentí y el auto se detuvo de repente.

Emmett, Rosalie y Jasper salieron en silencio; harían que Alice les explicara cuando me fuera. Alice me tocó el hombro.

—Harás lo correcto— murmuró. Esta vez no era una visión, era una orden—. Ella es la única familia de Charlie Swan. También lo mataría.

—Sí —dije, aceptando sólo la última parte.

Se deslizó afuera para unirse a los demás, sus cejas se juntaron con ansiedad. Se derretieron en el bosque, fuera de mi vista antes de que pudiera girar el auto.

Sabía que las visiones en la cabeza de Alice pasarían de oscuras a brillantes como una luz estroboscópica mientras volvía a Forks a noventa kilómetros por hora. No estaba seguro de a dónde iba. ¿Decirle adiós a mi padre? ¿O para abrazar al monstruo dentro de mí? El camino voló bajo mis neumáticos.

# LIBRO ABIERTO

ME RECOSTÉ CONTRA EL SUAVE BANCO DE NIEVE, DEJANDO QUE EL POLVO seco se transformara bajo mi peso. Mi piel se había enfriado para igualar el aire a mí alrededor y los pequeños trozos de hielo se sentían como terciopelo debajo de mi piel.

El cielo sobre mí era claro, brillante con estrellas, azul brillante en algunos lugares, amarillo en otros. Las estrellas crearon formas majestuosas arremolinándose contra el fondo negro del vacío universo, una vista increíble. Exquisitamente hermosa. O más bien, debería haber sido exquisita. Hubiera sido, si hubiera podido verlo realmente.

No estaba mejorando. Habían pasado seis días, seis días me había escondido aquí en el desierto vacío de Denali; pero no estaba más cerca de la libertad de lo que había estado desde el primer momento en que capté su aroma.

Cuando miraba al cielo adornado, era como si hubiera una obstrucción entre mis ojos y su belleza. La obstrucción era una cara, sólo una cara humana irrelevante, pero no podía apartarla de mi mente.

Escuché los pensamientos que se acercaban antes de escuchar los pasos que los acompañaban. El sonido del movimiento fue sólo un leve susurro contra el polvo.

No me sorprendió que Tanya me hubiera seguido hasta aquí. Sabía que ella había estado reflexionando sobre esta próxima conversación durante los últimos días, posponiéndola hasta que estuviera segura de lo que quería decir exactamente.

Saltó a la vista a unos sesenta metros de distancia, saltó a la punta de un afloramiento de roca negra y se balanceó sobre los talones de sus pies descalzos.

La piel de Tanya era plateada a la luz de las estrellas y sus largos rizos rubios brillaban pálidos, casi rosados con su tinte fresa. Sus ojos ambarinos brillaron cuando me vio, medio enterrado en la nieve, y sus labios carnosos se estiraron lentamente en una sonrisa.

Exquisita. Si realmente hubiera podido verla. Suspiré.

Ella no se había vestido para los ojos humanos; vestía sólo una delgada camisola de algodón y un par de pantalones cortos. Agachándose sobre un promontorio de piedra, tocó la roca con la punta de los dedos y su cuerpo se enroscó.

«Bola de cañón», pensó.

Se lanzó al aire. Su forma se convirtió en una sombra oscura y retorcida mientras giraba con gracia entre las estrellas y yo. Se hizo un ovillo justo cuando golpeó el banco de nieve apilado a mi lado.

Una tormenta de nieve voló a mí alrededor. Las estrellas se pusieron negras y me enterré profundamente entre los plumosos cristales de hielo.

Suspiré nuevamente, respirando en el hielo, pero no me moví para desenterrarme. La negrura debajo de la nieve no me hizo daño ni mejoró mi vista. Todavía veía la misma cara.

—¿Edward?

Entonces la nieve volvió a volar cuando Tanya rápidamente me desenterró. Ella apartó el polvo de mi piel, sin encontrar mi mirada.

—Lo siento— murmuró—. Fue una broma.

—Yo lo sé. Fue divertido.

Su boca se torció.

—Irina y Kate dijeron que debería dejarte solo. Creen que te estoy molestando.

—En absoluto— le aseguré—. Por el contrario, yo soy el que está siendo grosero, abominablemente grosero. Lo siento mucho.

«Te vas a casa, ¿no?» pensó.

—No he... enteramente... decidido eso todavía.

«Pero no te quedarás aquí». Su pensamiento ahora era melancólico.

—No. No parece estar... ayudando.

Sus labios se abrieron en un puchero.

—Eso es mi culpa, ¿no?

—Por supuesto que no —no había hecho nada más fácil, sin duda, pero la cara que me perseguía era el único impedimento verdadero.

«No seas un caballero».

Sonreí.

«Te incomodo», acusó.

—No.

Levantó una ceja, su expresión tan incrédula que tuve que reírme. Una breve risa, seguida de otro suspiro.

—Está bien— admití—. Un poco.

Ella también suspiró y se llevó la barbilla a las manos.

—Eres mil veces más bella que las estrellas, Tanya. Por supuesto, ya eres muy consciente de eso. No dejes que mi terquedad socave tu confianza —me reí ante la improbabilidad de eso.

—No estoy acostumbrada al rechazo —se quejó, su labio inferior empujando hacia un atractivo puchero.

—Ciertamente no —estuve de acuerdo, tratando con poco éxito de bloquear sus pensamientos, mientras ella tamizaba fugazmente los recuerdos de sus miles de conquistas exitosas. En su mayoría, Tanya prefería a los hombres humanos: eran mucho más poblados por una cosa, con la ventaja adicional de ser suaves y cálidos. Y siempre ansiosos, definitivamente.

—Súcubo —bromeé, con la esperanza de interrumpir las imágenes que parpadeaban en su cabeza.

—La original —contestó sonriendo, mostrando sus dientes.

A diferencia de Carlisle, Tanya y sus hermanas habían descubierto sus conciencias lentamente. Al final, fue su afición por los hombres humanos lo que las volvió en contra de la matanza. Ahora los hombres que amaban... vivían.

—Cuando apareciste aquí— dijo Tanya lentamente—. Pensé que...

Sabía lo que ella había pensado. Y debería haber adivinado que ella se sentiría así. Pero no estaba en mi mejor estado para un pensamiento analítico en ese momento.

—Pensaste que había cambiado de opinión.

—Sí —frunció el ceño.

—Me siento horrible por jugar con tus expectativas, Tanya. No quise hacerlo, no estaba pensando. Es sólo que me fui... con un poco de prisa.

—¿No supongo que me dirás por qué?

Me senté y crucé los brazos sobre mi pecho, mis hombros rígidos.

—Prefiero no hablar de eso. Por favor, perdona mi reserva.

Estaba callada de nuevo, todavía especulando. La ignoré, intentando en vano apreciar las estrellas.

Se rindió después de un momento de silencio y sus pensamientos siguieron una nueva dirección.

«¿A dónde irás, Edward, si te vas? ¿De vuelta con Carlisle?»

—No lo creo —susurré.

¿A dónde iría? No podía pensar en un lugar en todo el planeta que tuviera algún interés para mí.

No había nada que quisiera ver o hacer. Porque no importa a dónde vaya, no iría a ningún lado, sólo estaría huyendo.

Odiaba eso. ¿Cuándo me había vuelto tan cobarde?

Tanya lanzó su brazo delgado sobre mis hombros. Me puse rígido pero no me estremecí por su toque. Lo hacía como nada más que un consuelo amistoso. Principalmente.

—Creo que volverás— dijo, su voz adquirió sólo un indicio de su acento ruso perdido hace mucho tiempo—. No importa lo que sea... o quién sea... eso te persigue. Lo enfrentarás de frente. Eres de ese tipo.

Sus pensamientos eran tan ciertos como sus palabras. Traté de abrazar la visión de mí mismo que ella vio. El que enfrentaba las cosas de frente. Fue agradable pensar en mí de esa manera otra vez. Nunca había dudado de mi coraje, mi capacidad para enfrentar dificultades, antes de esa horrible hora en una clase de Biología de la escuela secundaria hace tan poco tiempo.

Besé su mejilla, retrocediendo rápidamente cuando giró su rostro hacia el mío. Ella sonrió con tristeza ante mi rapidez.

—Gracias Tanya. Necesitaba escuchar eso.

Sus pensamientos se volvieron petulantes.

—De nada, supongo. Desearía que fueras más razonable sobre las cosas, Edward.

—Lo siento, Tanya. Sabes que eres demasiado buena para mí. Simplemente... todavía no he encontrado lo que estoy buscando.

—Bueno, si te vas antes de que te vuelva a ver... adiós, Edward.

—Adiós, Tanya— cuando dije las palabras, pude verlo. Podía verme yéndome. Ser lo suficientemente fuerte como para volver al único lugar donde quería estar—. Una vez más, gracias.

Se puso de pie con un movimiento ágil y luego estaba corriendo, atravesando la nieve con tanta rapidez que sus pies no tenían tiempo de hundirse. No dejó huellas detrás de ella y no miró hacia atrás. Mi rechazo la molestó más de lo que había dejado ver antes, incluso en sus pensamientos. Ella no querría volver a verme antes de que me fuera.



Mi boca se torció hacia abajo. No me gustaba lastimar a Tanya, aunque sus sentimientos no eran profundos, apenas puros y, en cualquier caso, no era algo a lo que pudiera regresar. Todavía me hacía sentir menos que un caballero.

Puse mi barbilla sobre mis rodillas y miré a las estrellas nuevamente, aunque de repente estaba ansioso por irme. Sabía que Alice me vería volver a casa, qué les diría a los demás. Esto los haría felices, especialmente a Carlisle y Esme. Pero miré a las estrellas por un momento más, tratando de ver más allá de la cara en mi cabeza. Entre las brillantes luces en el cielo y yo, un par de desconcertados ojos color chocolate se preguntaban por mis motivos, pareciendo cuestionar qué significaría esta decisión para ella. Por supuesto, no podía estar seguro de que esa fuera realmente la información que buscaban sus ojos curiosos. Incluso en mi imaginación, no podía escuchar sus pensamientos. Los ojos de Bella Swan continuaron cuestionándose y una vista sin obstáculos de las estrellas continuó eludiéndome. Con un profundo suspiro, me rendí y me puse de pie. Si corriera, volvería al auto de Carlisle en menos de una hora.

En un apuro por ver a mi familia y, deseando mucho ser el Edward que enfrentaba las cosas de frente, corrí por el campo de nieve iluminado por las estrellas, sin dejar huellas.

—Va a estar bien —respiró Alice. Sus ojos estaban desenfocados y Jasper tenía una mano ligeramente debajo de su codo, guiándola hacia adelante mientras caminábamos hacia la denigrante cafetería en un grupo muy acurrucado. Rosalie y Emmett abrían el camino, Emmett parecía ridículamente como un guardaespaldas en medio de un territorio hostil. Rose también parecía cautelosa, pero mucho más irritada que protectora.

—Por supuesto que sí —me quejé. Su comportamiento era ridículo. Si no estuviera seguro de poder manejar este momento, me habría quedado en casa.

El cambio repentino de nuestra normal, incluso juguetona mañana (había nevado en la noche, y Emmett y Jasper no estaban por encima aprovechando mi distracción para bombardearme con bolas de lodo; cuando se aburrieron con mi falta de respuesta, se volvieron el uno contra el otro) a esta vigilancia exagerada habría sido cómica si no fuera tan irritante.

—Todavía no está aquí, pero por la forma en que entrará... no estará a favor del viento si nos sentamos en nuestro lugar habitual.

—Por supuesto, nos sentaremos en nuestro lugar habitual. Basta, Alice. Me estás poniendo de los nervios. Estaré absolutamente bien.

Parpadeó una vez cuando Jasper la ayudó a sentarse y sus ojos finalmente se enfocaron en mi rostro.

—Ummm —dijo, sonando sorprendida—. Creo que tienes razón.

—Por supuesto que sí —murmuré.

Odiaba ser el foco de su preocupación. Sentí una repentina simpatía por Jasper, recordando todas las veces que habíamos estado sobre él protectoramente. Se encontró con mi mirada brevemente y sonrió.

«Molesto, ¿no es así?»

Lo fulminé con la mirada.

¿Fue sólo la semana pasada que esta habitación larga y monótona me había parecido tan aburrida? ¿Que parecía casi como dormir, como un coma, el estar aquí?

Hoy mis nervios estaban tensos: cuerdas de piano, tensas para cantar a la presión más ligera. Mis sentidos estaban híper alerta; escaneaba cada sonido, cada vista, cada movimiento del aire que tocaba mi piel, cada pensamiento. Especialmente los pensamientos. Sólo había una sensación que mantenía encerrada, negándome a usarla. El olfato, por supuesto. No respiraba.

Esperaba escuchar más sobre los Cullen en los pensamientos que examiné. Todo el día había estado esperando, buscando a cualquier nuevo conocido en el que Bella Swan pudiera haber confiado, tratando de ver la dirección que tomaría el nuevo chisme. Pero no había nada. Nadie notó particularmente a los cinco vampiros en la cafetería, como antes de que la chica hubiera venido. Varios de los humanos aquí todavía estaban pensando en ella, todavía tenían los mismos pensamientos de la semana pasada. En lugar de encontrar esto indeciblemente aburrido, ahora estaba fascinado.

¿No le había dicho nada a nadie sobre mí?

No había forma de que ella no hubiera notado mi mirada negra y asesina. La había visto reaccionar a eso. Seguramente la había traumatizado. Estaba convencido de que ella lo habría mencionado a alguien, tal vez incluso que exagerara un poco la historia para mejorarla. Dándome algunas líneas amenazantes.

Y, además, también me escuchó tratando de salir de nuestra clase compartida de Biología. Debió haberse preguntado, después de ver mi expresión, si ella era la causa. Una chica normal habría preguntado, comparado su experiencia con la de los demás, buscado un terreno común que explicara mi comportamiento para que no se sintiera destacada. Los humanos estaban constantemente desesperados por sentirse normales, por encajar. Por mezclarse con todos los demás a su alrededor, como un rebaño de ovejas sin rasgos distintivos. La necesidad era particularmente fuerte durante los inseguros años de la adolescencia. Esta chica no sería una excepción a esa regla.

Pero nadie se dio cuenta de nosotros sentados aquí, en nuestra mesa habitual. Bella debe ser excepcionalmente tímida si no confió en nadie. Quizás habló con su padre; tal vez esa era la relación más fuerte... aunque eso parecía poco probable, dado que ella había pasado muy poco tiempo con él a lo largo de su vida. Ella estaría más cerca de su madre. Aún así, tendría que pasar cerca del Jefe Swan en algún momento pronto y escuchar lo que estaba pensando.

—¿Algo nuevo? —Jasper preguntó.

Me concentré, permitiendo que todos los enjambres de pensamientos invadieran mi mente nuevamente. No había nada que destacara; nadie pensaba en nosotros. A pesar de mis preocupaciones anteriores, no parecía que hubiera algo malo con mis habilidades, aparte de la chica silenciosa. Había compartido mis preocupaciones con Carlisle a mi regreso, pero sólo había oído hablar de talentos cada vez más fuertes con la práctica. Nunca se atrofiaban.

Jasper esperó impaciente.

—Nada. Ella... no debe haber dicho nada.

Todos levantaron las cejas ante esta noticia.

—Tal vez no das tanto miedo como crees— dijo Emmett, riéndose—. Apuesto a que yo podría haberla asustado mucho más.

Puse los ojos en blanco.

—Me pregunto por qué...—se volvió a sorprender por mi revelación sobre el silencio único de la chica.

—Ya hemos hablado de eso. No lo sé.

—Está entrando— Alice murmuró entonces. Mi cuerpo se congeló—. Intenta parecer humano.

—¿Humano, dices? —Emmett preguntó.

Levantó su puño derecho, girando sus dedos para revelar una bola de nieve que había guardado en su palma. No se había derretido; lo había exprimido en un bloque de hielo lleno de grumos. Tenía los ojos en Jasper, pero vi la dirección de sus pensamientos. Al igual que Alice, por supuesto. Cuando él le lanzó bruscamente el trozo de hielo, ella lo apartó con un aleteo casual de sus dedos. El hielo rebotó a lo largo de la cafetería, demasiado rápido para ser visible a los ojos humanos, y se hizo añicos con una fuerte grieta contra la pared de ladrillo. El ladrillo también se rompió.

Las cabezas en ese rincón de la habitación se giraron para mirar el montón de hielo roto en el suelo y luego se giraron para buscar al culpable. No miraron más allá de unas pocas mesas de distancia. Nadie nos miró.

—Muy humano, Emmett— dijo Rosalie mordazmente—. ¿Por qué no atraviesas la pared de un puñetazo mientras estás en eso?

—Sería más impresionante si lo hicieras tú, hermosa.

Traté de prestarles atención, manteniendo una sonrisa fija en mi rostro como si fuera parte de sus bromas. No me permití mirar hacia la fila donde sabía que estaba parada. Pero eso era todo lo que estaba escuchando.

Podía escuchar la impaciencia de Jessica con la nueva chica, que también parecía estar distraída, parada inmóvil en la fila en movimiento. Vi, en los pensamientos de Jessica, que las mejillas de Bella Swan estaban una vez más de color rosa brillante con sangre.

Solté algunas respiraciones cortas y superficiales, listo para dejar de respirar si algún indicio de su aroma tocaba el aire cerca de mí.

Mike Newton estaba con las dos chicas. Escuché sus dos voces, mental y verbal, cuando le preguntó a Jessica qué le pasaba a la chica Swan. Fue desagradable la forma en que sus pensamientos la envolvieron, el parpadeo de fantasías ya establecidas que nublaron su mente mientras la veía comenzar y levantar la vista de su ensueño como si hubiera olvidado que él estaba allí.

—Nada —escuché a Bella decir en esa silenciosa y voz clara. Parecía sonar como una campana que golpearan sobre el balbuceo en la cafetería, pero sabía que era sólo porque lo estaba escuchando muy atentamente.

—Hoy sólo tomaré un refresco —continuó mientras se movía para alcanzar la fila.

No pude evitar parpadear una mirada en su dirección. Estaba mirando al suelo, la sangre desaparecía lentamente de su rostro. Aparté la mirada rápidamente, hacia Emmett, quien se rió de la sonrisa de dolor en mi rostro.

«Te ves enfermo, hermano mío».

Reorganicé mis rasgos para que la expresión pareciera casual y sin esfuerzo.

Jessica se preguntaba en voz alta sobre la falta de apetito de la chica.

—¿No tienes hambre?

—En realidad, me siento un poco enferma —su voz era más baja, pero aún muy clara.

¿Por qué me molestaba la preocupación protectora que de repente emanaba de los pensamientos de Mike Newton? ¿Qué importaba que hubiera un dejo posesivo en ellos? No era asunto mío si Mike Newton se sentía innecesariamente ansioso por ella. Quizás esta era la forma en que todos respondían a ella. ¿No había querido, instintivamente, protegerla también? Antes de querer matarla, eso es...

¿Pero estaba la chica enferma?

Era difícil de juzgar, se veía tan delicada con su piel translúcida... Entonces me di cuenta de que estaba preocupado, al igual que ese chico tonto, y me obligué a no pensar en su salud.

De todos modos, no me gustaba monitorearla a través de los pensamientos de Mike. Me cambié a los de Jessica, observando atentamente mientras las tres elegían en qué mesa sentarse. Afortunadamente, se sentaron con los compañeros habituales de Jessica, en una de las primeras mesas de la sala. No a favor del viento, como Alice había prometido.

Alice me dio un codazo. «Va a mirar pronto. Actúa como humano.»

Apreté los dientes detrás de mi sonrisa.

—Tranquilízate, Edward— dijo Emmett—. Honestamente. Entonces, matas a un humano. Eso no es el fin del mundo.

—Lo sabrías —murmuré.

Emmett rió.

—Tienes que aprender a superar las cosas, como yo. La eternidad es mucho tiempo para regodearse en la culpa.

Justo en ese momento, Alice arrojó un puñado más pequeño de hielo que había estado escondiendo a la cara desprevenida de Emmett.

Parpadeó, sorprendido, y luego sonrió con anticipación.

—Te lo buscaste— dijo mientras se inclinaba sobre la mesa y sacudía su cabello con hielo en su dirección. La nieve, deritiéndose en la cálida habitación, salió volando de su cabello en una espesa lluvia medio líquida, medio congelada.

—¡Ew! —Rose se quejó cuando ella y Alice retrocedieron del diluvio.

Alice se echó a reír y todos nos unimos. Pude ver en la cabeza de Alice cómo había orquestado este momento perfecto, y sabía que la chica (debería dejar de pensar en ella de esa manera, como si fuera la única chica en el mundo) que Bella nos estaría mirando reír y jugar, luciendo tan felices y humanos e irrealmente ideales como una pintura de Norman Rockwell.

Alice siguió riéndose y levantó su bandeja como escudo. La chica, Bella, todavía debía estar mirándonos.

«...Mirando de nuevo a los Cullen», alguien pensó, captando mi atención.

Miré automáticamente hacia la llamada involuntaria, reconociendo fácilmente la voz cuando mis ojos encontraron su destino. La había estado escuchando mucho hoy.

Pero mis ojos pasaron por encima de Jessica y se centraron en la mirada penetrante de la chica.

Miró hacia abajo rápidamente, escondiéndose detrás de su grueso cabello nuevamente.

¿Qué estaba pensando? La frustración parecía agudizarse a medida que pasaba el tiempo, en lugar de atenuarse. Intenté, (incierto, porque nunca había hecho esto

antes), sondear con mi mente el silencio a su alrededor. Mi audición extra siempre me había llegado naturalmente, sin preguntar; nunca tuve que trabajar en eso. Pero ahora me concentré, tratando de romper cualquier armadura que la rodeara.

Nada más que silencio.

«¿Qué tiene ella?» Jessica pensó, haciéndose eco de mi propia irritación.

—Edward Cullen te está mirando —susurró al oído de la chica Swan, agregando una risita. No había indicio de su celosa molestia en su tono. Jessica parecía ser hábil para fingir amistad.

Escuché, demasiado absorto, la respuesta de la chica.

—No parece enojado, ¿verdad? —susurró de vuelta.

Entonces se había dado cuenta de mi reacción salvaje la semana pasada. Por supuesto que sí.

La pregunta confundió a Jessica. Vi mi propia cara en sus pensamientos mientras revisaba mi expresión, pero no me encontré con su mirada. Seguía concentrándome en la chica, tratando de escuchar algo. El enfoque intencional no pareció ayudar en absoluto.

—No— le dijo Jess, y supe que deseaba poder decir que sí, cómo le molestaba, mi mirada, aunque no había rastro de eso en su voz—. ¿Debería estarlo?

—No creo que le guste —susurró la chica, apoyando la cabeza sobre su brazo como si de repente estuviera cansada. Traté de entender el movimiento, pero sólo pude hacer conjeturas. Quizás estaba cansada.

—A los Cullen no les gusta nadie— le aseguró Jess—. Bueno, no notan a nadie lo suficiente como para que les guste—. «No solían hacerlo nunca.» Su pensamiento era un gruñido de queja—. Pero él todavía te está mirando.

—Deja de mirarlo —dijo la chica con ansiedad, levantando la cabeza de su brazo para asegurarse de que Jessica obedeció la orden.

Jessica se rió, pero hizo lo que se le pidió.

La chica no apartó la vista de su mesa durante el resto de la hora. Pensé, aunque, por supuesto, no podía estar seguro, que esto era deliberado. Parecía que quería mirarme. Su cuerpo se movía ligeramente en mi dirección, su barbilla comenzaba a girar, y luego se recuperaba, respiraba profundamente y miraba fijamente a quien hablaba.

Ignoré los otros pensamientos acerca de la chica en su mayor parte, ya que no eran, momentáneamente, sobre ella. Mike Newton estaba planeando una pelea de bolas de nieve en el estacionamiento después de la escuela, sin darse cuenta de que la nieve ya había cambiado a lluvia. El aleteo de copos suaves contra el techo se había convertido en el golpeteo más común de las gotas de lluvia. ¿Realmente no podía escuchar el cambio? Me pareció ruidoso.

Cuando terminó el almuerzo, me quedé en mi asiento. Los humanos salieron, y me sorprendí tratando de distinguir el sonido de sus pasos del resto, como si hubiera algo importante o inusual en ellos. Qué estúpido.

Mi familia tampoco hizo ningún movimiento para irse. Esperaron a ver qué haría.

¿Iría a clase, me sentaría al lado de la chica, donde podría oler el aroma absurdamente potente de su sangre y sentir el calor de su pulso en el aire sobre mi piel? ¿Era lo suficientemente fuerte para eso? ¿O había tenido suficiente por un día?

Con familia, ya habíamos discutido este momento desde todos los ángulos posibles. Carlisle desaprobó el riesgo, pero no impondría su voluntad sobre la mía.

Jasper lo desaprobaba casi igual, pero por temor a la exposición en lugar de cualquier preocupación por la humanidad. A Rosalie sólo le preocupaba cómo afectaría su vida. Alice vio tantos futuros oscuros y conflictivos que sus visiones eran atípicamente inútiles. Esme pensó que no podía hacer nada malo. Y Emmett sólo quería comparar historias sobre sus propias experiencias con aromas particularmente atractivos. Hice que Jasper recordara, aunque la historia de Jasper con el autocontrol era tan breve y desigual que no pudo estar seguro de haber tenido una lucha análoga. Emmett, por otro lado, recordó dos incidentes de este tipo. Sus recuerdos de ellos no fueron alentadores. Pero era más joven entonces, no tan experto en el autocontrol. Seguramente, yo era más fuerte que eso.

—Yo... creo que está bien —dijo Alice, vacilante—. Tu mente está decidida. Creo que podrás pasar la hora.

Pero Alice sabía muy bien lo rápido que podía cambiar una mente.

—¿Por qué presionarlo, Edward?— Jasper preguntó. Aunque no quería sentirse satisfecho de que yo fuera el débil ahora, pude escuchar que lo hacía, sólo un poco—. Vete a casa. Tómallo con calma.

—¿Cuál es el problema? —Emmett no estuvo de acuerdo—. La matará o no la matará. También podría terminar de cualquier manera.

—No quiero mudarme todavía— se quejó Rosalie—. No quiero comenzar de nuevo. Estamos casi fuera de la escuela secundaria, Emmett. Finalmente.

Estaba desgarrado por la decisión. Quería, tenía muchas ganas de enfrentar esto de frente en lugar de huir de nuevo. Pero tampoco quería llevarme demasiado lejos. La semana pasada había sido un error que Jasper pasara tanto tiempo sin cazar; ¿Fue esto un error tan inútil?

No quería desarraigar a mi familia. Ninguno de ellos me lo agradecería.

Pero quería ir a mi clase de Biología. Me di cuenta de que quería volver a ver su rostro.

Eso es lo que lo decidió por mí. Esa curiosidad. Estaba enojado conmigo mismo por sentirlo. ¿No me había prometido a mí mismo que no dejaría que el silencio de la mente de esa chica me hiciera interesarme demasiado en ella? Y, sin embargo, aquí estaba, sumamente interesado.

Quería saber qué estaba pensando. Su mente estaba cerrada, pero sus ojos estaban muy abiertos. Quizás podría leerlos en su lugar.

—No, Rose, creo que realmente estará bien— dijo Alice—. Es... reafirmante. Estoy noventa y tres por ciento segura de que no pasará nada malo si va a clase— me miró inquisitiva, preguntándose qué había cambiado en mis pensamientos que hacían que su visión del futuro fuera más segura.

¿Sería suficiente la curiosidad para mantener viva a Bella Swan?

Sin embargo, Emmett tenía razón: ¿por qué no terminar con esto de cualquier manera? Me enfrentaría a la tentación de frente.

—Vayan a clase —ordené, alejándome de la mesa. Me di vuelta y me alejé de ellos sin mirar atrás. Podía escuchar la preocupación de Alice, la censura de Jasper, la aprobación de Emmett y la irritación de Rosalie detrás de mí.

Tomé una última respiración profunda en la puerta del aula, y luego la contuve en mis pulmones mientras entraba en el pequeño y cálido espacio.

No estaba atrasado. El Prof. Banner aún estaba preparando el laboratorio de hoy. La chica estaba sentada en mí—en nuestra mesa, con su rostro agachado de nuevo, mirando la carpeta en la que estaba garabateando. Examiné el bosquejo

mientras me acercaba, interesado incluso en esta trivial creación de su mente, pero fue en vano. Sólo unos diseños al azar de círculos encima de más círculos. Quizás no se estaba concentrando en el modelo, pero ¿pensaba en algo más?

Moví mi silla hacia atrás con innecesaria aspereza, arrastrándola a través del linóleo; los humanos siempre se sienten más cómodos cuando el ruido anuncia que alguien se acerca.

Sabía que ella oiría el sonido; no levantó la vista, pero su mano se distrajo y se salió del esquema que estaba dibujando, dejándolo desequilibrado.

¿Por qué no levantó la vista? Probablemente estaba asustada. Debía asegurarme de dejarla con una diferente impresión esta vez. Hacerla pensar que se había imaginado todo.

—Hola —dije con aquella voz tranquila que utilizaba cuando quería hacer sentir cómodo a alguien, formando una cortés sonrisa con mis labios de forma que no mostrara ningún diente.

Entonces levantó la mirada, sus grandes ojos marrones lucían asustados—casi desconcertados—y llenos de silenciosas preguntas. Era la misma expresión que había estado obstruyendo mi visión la semana pasada. Mientras miraba dentro de esos extrañados y profundos ojos marrones, me di cuenta que el odio—el odio que imaginé merecía esta chica sólo por el hecho de existir—se había evaporado. Sin respirar, sin sentir su esencia, era difícil creer que alguien tan vulnerable pudiera merecer tanto odio.

Sus mejillas comenzaron a ruborizarse y no dijo nada.

Le sostuve la mirada, enfocándome sólo en sus profundas dudas, y traté de ignorar el apetitoso color de su piel. Tenía suficiente aire para hablar por un rato sin inhalar.

—Me llamo Edward Cullen— dije, aunque sabía que ella ya sabía eso. Era la forma más cortés de continuar—. No tuve la oportunidad de presentarme la semana pasada. Tú debes ser Bella Swan.

Parecía confundida. Ahí estaba ese pequeño fruncimiento de ceño entre sus ojos de nuevo.

Le tomó medio segundo más de lo normal en responder.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó y su voz tartamudeó un poco.

Debo haberla aterrorizado. Eso me hizo sentir culpable; era tan indefensa. Me reí amablemente—fue un sonido que sabía la haría sentir más cómoda.

—Creo que todo el mundo sabe tu nombre— seguramente se había dado cuenta que se había convertido en el centro de atención de este monótono lugar—. El pueblo entero te esperaba.

Frunció el ceño como si esta información fuera desagradable. Supongo, que siendo tímida como parecía serlo, demasiada atención sería algo malo para ella. La mayoría de los humanos sentían todo lo contrario. Aunque ellos no querían permanecer fuera de la manada, al mismo tiempo anhelaban proyectar su individual uniformidad.

—No— dijo—. Me refería a que me llamaste Bella.

—¿Prefieres Isabella?— pregunté, perplejo por el hecho de que no podía ver a dónde quería ir con esta pregunta. No entendía. Seguramente, había dejado clara su preferencia muchas veces su primer día aquí. ¿Todos los humanos eran tan incomprensibles sin el contexto mental como guía? Cuánto me confiaba en ese sentido extra. ¿Seré completamente ciego sin él?

—No, me gusta Bella— respondió, ladeando su cabeza un poco hacia el lado. Su expresión, si estaba leyéndola correctamente, se estaba debatiendo entre la vergüenza y la confusión—. Pero creo que Charlie, quiero decir, mi padre, debe de llamarme Isabella a mis espaldas, porque todos me llaman Isabella— su piel se oscureció en un rosado intenso.

—Ah —dije lastimosamente y rápidamente desvié mi mirada de su rostro.

Entonces me di cuenta de lo que significaban sus preguntas: Había fallado, cometí un error. Si no hubiera estado tan atento escuchando detrás de las cabezas de todos el primer día en que ella apareció, la hubiera llamado por su nombre completo, como todos los demás. Ella notó la diferencia.

Sentí una punzada de inquietud. Fue muy fácil para ella darse cuenta de mi error. Algo astuta, especialmente para alguien que supuestamente estaba aterrorizada por mi proximidad.

Pero tenía mayores problemas que cualquier sospecha que pudiera tener sobre mí, en su cabeza.

Me faltaba el aire. Si le iba a hablar de nuevo, tendría que inhalar.

Sería difícil evitar hablar. Desafortunadamente para ella, compartir esta mesa conmigo la hizo mi compañera de laboratorio, y hoy tendríamos que trabajar juntos. Sería incómodo, e incomprensiblemente grosero de mi parte, ignorarla mientras trabajábamos. Sería más sospechoso y la asustaría más aún.

Me alejé de ella lo más que pude sin mover mi silla, girando mi cabeza afuera hacia el pasillo. Me apoyé, congelando mis músculos en su lugar, y entonces absorbí una rápida bocanada de aire, respirando solamente por la boca.

¡Ahh!

Fue verdaderamente doloroso. Como tragar carbones ardiendo. Incluso sin olerla, podía sentir su sabor en mi lengua. El anhelo era tan fuerte como el primer momento en que capté su esencia la semana pasada.

Cerré fuertemente mis dientes y traté de recomponerme.

—Empiecen —ordenó el Prof. Banner.

Tomó cada parte del autocontrol que había logrado en setenta años el volver a mirarla, ella estaba viendo la mesa de nuevo, y sonrió.

—¿Las damas primero, compañera? —Le ofrecí.

Levantó la mirada a mi expresión y su rostro se quedó en blanco, ¿Algo iba mal? En sus ojos, vi el reflejo de mi composición de características usualmente amigables y humanas. La fachada lucía perfecta. ¿Estaba asustada de nuevo? No habló.

—O, podría empezar yo si lo deseas —dije tranquilamente.

—No— me dijo y su rostro pasó del blanco al rojo nuevamente—. Yo lo hago.

Me quedé mirando el equipo en la mesa, el estropeado microscopio, la caja con las diapositivas, en vez de mirar la sangre arremolinarse bajo su clara piel. Tomé otro rápido respiro, entre mis dientes, e hice una mueca de dolor mientras su sabor me quemaba la garganta.

—Profase —dijo rápidamente después de una rápida examinada. Comenzó a remover la diapositiva, aunque apenas la había mirado.

—¿Te importa si lo miro? —instintivamente, estúpidamente, como si yo fuera uno de los de su especie, alcancé su mano para evitar que quitara la diapositiva. Por un segundo, el calor de su piel quemó la mía. Fue como una corriente eléctrica. El calor pegó en mi mano y luego subió por mi brazo. Ella alejó su mano de la mía.



—Lo siento —murmuré entre dientes. Necesitaba algo qué mirar, así que agarré el microscopio y miré rápidamente por el lente. Ella tenía razón.

—Profase —asentí.

Todavía estaba muy incómodo como para mirarla. Respirando lo más tranquilamente como me era posible por entre mis dientes y tratando de ignorar la ardiente sed, me concentré en la simple tarea, escribiendo las palabras en la línea apropiada en la hoja y luego cambiando la primera diapositiva por la segunda.

¿Qué estaría pensando ahora? ¿Qué habrá sentido ella, cuando le toqué la mano? Mi piel debió sentirse fría como el hielo—repulsiva. Con razón estaba tan callada.

Miré la diapositiva.

—Anafase —me dije a mi mismo mientras escribía en la segunda línea.

—¿Puedo? —Preguntó.

La miré, sorprendido de ver que ella estaba esperando expectante, con una mano medio inclinada hacia el microscopio. No se veía asustada. ¿Realmente creía que había respondido mal?

No pude evitar sonreír a la esperanzada mirada en su rostro mientras deslizaba el microscopio hacia ella.

Miró por el lente con una impaciencia que pronto se desvaneció. Las esquinas de su boca se inclinaron hacia abajo.

—¿Dispositiva tres? —preguntó, manteniendo la vista en el microscopio, pero sosteniendo una mano hacia afuera. Dejé caer la próxima diapositiva en su mano, procurando que mi piel no fuera a tocar la suya.

Sentarme a su lado fue como sentarme al lado de una estufa. Me podía sentir a mi mismo entibiándome levemente a una temperatura más alta.

No miró mucho tiempo la diapositiva.

—Interfase —dijo en un tono despreocupado, quizás esforzándose un poco en tratar de sonar así, y empujó el microscopio hacia mí. No tocó el papel, sino que esperó a que yo escribiera la respuesta.

Revisé la diapositiva y ella estaba en lo correcto, de nuevo.

Y así terminamos, hablando una palabra a la vez y sin mirarnos en ningún momento. Éramos los únicos que habíamos terminado, los demás estaban teniendo serios problemas con la tarea. Mike Newton parecía tener problemas concentrándose, estaba tratando de mirar qué hacíamos Bella y yo.

«Desearía que se hubiera quedado a donde sea que fue», pensó Mike, dirigiendo hacia mí una mirada furiosa. Ummm, interesante. No me había dado cuenta que este chico había comenzado a guardarme cierto rencor. Esto era nuevo, tan reciente como la llegada de la chica nueva, al parecer. Aún más interesante encontré, para mi sorpresa, que el sentimiento era mutuo.

Miré nuevamente a la chica, desconcertado por la amplia gama de estrago y agitación que, a pesar de ser tan común y de una apariencia poco amenazadora, estaba causando en mi vida.

Tampoco era que yo no pudiera ver a qué se refería Mike. En verdad ella era algo bonita para ser humana, en una forma inusual. Mejor que ser bella, su rostro era inesperado. No absolutamente simétrico, su delgada barbilla fuera de balance con sus anchos pómulos; extrema en el color, el contraste entre su rostro y su cabello; y luego estaban sus ojos, demasiado grandes para su rostro, rebosantes de silenciosos secretos...

Ojos que repentinamente se clavaron en los míos.

La miré fijamente, tratando de adivinar al menos un secreto.

—¿Te pusiste lentes de contacto? —Me preguntó abruptamente.

Qué pregunta más extraña.

—No —casi sonreí a la idea de mejorar mi vista.

—Ah— musitó—. Te veo los ojos distintos.

Me sentí extrañamente helado de nuevo al darme cuenta de que aparentemente no era el único tratando de averiguar secretos el día de hoy.

Me encogí, mis hombros se enderezaron, y miré adelante en donde el profesor estaba haciendo sus rondas.

Por supuesto que había algo diferente en mis ojos desde la última vez que ella los vio. Al prepararme para esta dura prueba, para esta tentación, pasé todo el fin de semana cazando, saciando mi sed todo lo posible, exagerando en realidad. Me harté de sangre de animales, no es que hiciera mucha diferencia en el indignante sabor flotando a su alrededor. La última vez que la miré mis ojos estaban negros por la sed. Ahora, con mi cuerpo satisfecho de sangre, mis ojos eran de un cálido dorado ámbar claro.

Otro error. Si hubiera sabido a lo que se refería con su pregunta, le hubiera dicho que sí.

Me he sentado entre humanos por dos años en este instituto, y ella ha sido la primera en examinarme lo bastante cerca para darse cuenta del color de mis ojos. Los demás, mientras admiraban la belleza de mi familia, tendían a mirar hacia otro lado rápidamente en cuanto los miraba. Ellos se alejaban, bloqueando los detalles de nuestra apariencia con un instintivo esfuerzo por mantenerse alejados de tratar de entender. Ignorancia era la dicha de la mente humana.

¿Por qué tenía que ser justamente esta chica la que se diera cuenta?

El Prof. Banner se acercó a nuestra mesa. Agradecido inhalé la brisa de aire limpio que trajo con él antes de que se mezclara con su esencia.

—Entonces, Edward —dijo, mirando nuestras respuestas—. ¿No crees que deberías dejar que Isabella también mirase por el microscopio?

—Bella —lo corregí automáticamente—. En realidad, ella identificó tres de las diapositivas.

Los pensamientos del Prof. Banner eran escépticos mientras se giraba para mirar a la chica.

—¿Has hecho antes esta práctica de laboratorio? —la observé, absorto, mientras ella sonreía, luciendo algo avergonzada.

—Con la raíz de una cebolla, no.

—¿Con una blástula de pescado blanco? —preguntó el Prof. Banner.

—Sí.

Esto lo sorprendió. La práctica de hoy era algo que había planeado para un curso más avanzado. El cabeceó pensativamente hacia la chica.

—¿Estabas en un curso avanzado en Phoenix?

—Sí.

Entonces, ella estaba avanzada, inteligente para un humano. Esto no me sorprendió.

—Bueno— el Prof. Banner dijo después de una pausa—. Supongo que es bueno que ambos sean compañeros de laboratorio—. Giró y se alejó de nosotros murmurando—: Así los otros chicos tienen la oportunidad de aprender algo por sus

propios medios— Casi en un susurro. Dudé mucho que la chica lograra oír eso. Ella comenzó a garabatear círculos en su carpeta de nuevo.

Dos fallas en media hora. Una mala impresión de mi parte. Aunque no tenía idea de lo que ella pensaba de mí, ¿qué tan asustada estaba, qué era lo que sospechaba?, sabía que necesitaba un mayor esfuerzo para dejarla con una nueva impresión de mí. Algo para borrar de su memoria nuestro feroz último encuentro.

—Es una lástima, lo de la nieve, ¿no? —dije, repitiendo la pequeña conversación que había oído a una docena de estudiantes hoy. Una aburrida, típica conversación. El clima, siempre seguro.

Ella me miró con una obvia duda en sus ojos, una reacción anormal a mis normales palabras.

—En realidad, no —me dijo, sorprendiéndome de nuevo.

Traté de guiar la conversación de vuelta a unos campos más seguros. Ella venía de un lugar mucho más brillante y cálido, su piel parecía reflejar todo eso de alguna manera, a pesar de su imparcialidad, y el frío debía incomodarle. Mi helado contacto seguramente lo hizo.

—A ti no te gusta el frío —adiviné.

—Tampoco la humedad —asintió.

—Para ti, debe de ser difícil vivir en Forks —“Quizás no debiste haber venido aquí”, quise agregar. “Quizás deberías volver a donde perteneces.”

En todo caso, no estaba seguro de que fuera eso lo que yo quería. Siempre recordaría la esencia de su sangre, ¿había alguna garantía de que eventualmente no la seguiría? Además, si ella se fuera, su mente sería por siempre un misterio para mí. Un constante, persistente rompecabezas.

—Ni te lo imaginas —dijo en una baja voz, frunciendo un poco el ceño.

Sus respuestas nunca eran lo que yo esperaba. Me hacían querer hacer más preguntas.

—En tal caso, ¿por qué viniste aquí? —pregunté, notando instantáneamente que el tono de mi voz era algo acusador, no tan casual para una conversación. La pregunta sonó descortés, entrometida.

—Es... complicado —parpadeó, dejándolo hasta allí, y yo casi imploté de la curiosidad, en ese segundo, quemó tanto como la sed en mi garganta. En realidad, noté que se estaba haciendo mucho más fácil respirar; la agonía se iba convirtiendo poco a poco más soportable con la familiaridad.

—Creo que voy a poder seguirte —insistí. Quizás una común cortesía la mantendría respondiendo mis preguntas mientras yo no fuera demasiado grosero al preguntarlas.

Ella miraba sus manos silenciosamente. Esto me hizo sentir impaciente; quería poner mi mano debajo de su barbilla y obligarla a mirarme para así poder leer sus ojos. Pero, por supuesto, no podría tocar su piel otra vez.

Repentinamente levantó la vista. Fue un alivio poder ver las emociones en sus ojos. Habló muy rápido, confundiéndose con las palabras.

—Mi madre se ha casado.

Ah, esto era lo suficientemente humano para poder entenderlo. La tristeza pasó por su rostro y trajo de vuelta el ceño fruncido.

—No me parece tan complicado —dije. Mi voz sonó gentil sin esforzarme para que así fuera. Su tristeza me hacía sentir extrañamente desamparado, deseando poder hacer cualquier cosa para hacerla sentir mejor. Un impulso extraño.

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—El pasado mes de Septiembre —exhaló pesadamente, no como un suspiro. Contuve la respiración mientras su cálido aliento rozaba mi rostro.

—Y él no te gusta —supuse después de esa corta pausa tratando aún, pescando más información.

—No, Phil es un buen tipo— dijo, corrigiendo mi suposición. Había un rastro de una sonrisa alrededor de sus labios—. Demasiado joven, quizá, pero amable.

Esto no encajaba en el escenario que había estado construyendo en mi cabeza.

—¿Por qué no te quedaste con ellos? —mi voz sonó demasiado curiosa. Sonó como si estuviera siendo entrometido. Aunque debo admitir que lo era.

—Phil viaja mucho. Es jugador de béisbol profesional —la pequeña sonrisa se hizo más pronunciada; la elección de esta carrera parecía ser divertida para ella.

Yo también sonreí, sin pensarlo. No estaba tratando de hacerla sentir mejor. Su sonrisa sólo me hizo sonreír en respuesta, para unirme a su secreto.

—¿Debería sonarme su nombre? —recorrí todas las listas de jugadores profesionales en mi cabeza, preguntándome cuál de todos era su Phil.

—Probablemente no. No juega bien— otra sonrisa—. Sólo compite en la liga menor. Pasa mucho tiempo fuera.

Las listas en mi cabeza se desvanecieron instantáneamente y tabulé una lista de posibilidades en menos de un segundo. Al mismo tiempo, me estaba imaginando un nuevo escenario.

—Y tu madre te envió aquí para poder viajar con él —dije. Al hacer suposiciones parecía conseguir más información que al hacer preguntas. Funcionó de nuevo. Su barbilla sobresalió y su expresión de pronto se tornó obstinada.

—No, no me envió aquí —dijo y su voz tenía una nueva y fuerte protección. Mi suposición la había molestado, sólo que no podía ver cómo—. Fue cosa mía.

No podía adivinar a qué se refería, o la fuente de su despecho. Estaba totalmente perdido.

Ella simplemente no tenía sentido. No era como otros humanos. Tal vez el silencio de sus pensamientos y el perfume de su esencia no eran la única cosa inusual en ella.

—No lo entiendo —admití, odiando tener que rendirme.

Ella suspiró y me sostuvo la mirada por mucho más tiempo del que la mayoría de los humanos normales podían soportar.

—Al principio, mamá se quedaba conmigo, pero le echaba mucho de menos— explicó Bella lentamente, su tono se iba volviendo más desesperado con cada palabra—. La separación la hacía desdichada... por lo que decidí que había llegado el momento de venir a vivir con Charlie.

El pequeño fruncimiento de su ceño se profundizó.

—Pero ahora, tú eres desdichada —murmuré. No podía parar de hablar de mis hipótesis, esperando aprender más de sus reacciones. Esta, sin embargo, no parecía muy lejana de la verdad.

—¿Y? —dijo, como si no fuese ni siquiera un aspecto que debiera considerarse.

Continué mirándola, sintiendo que finalmente había obtenido mi primera ojeada real dentro de su alma. Vi en esa sola palabra dónde se estaba ubicando a ella misma entre sus propias prioridades. Al contrario de la mayoría, sus propias necesidades estaban al final de la lista.

No era egoísta.

Mientras veía esto, el misterio de la persona escondida dentro de esta silenciosa mente comenzó a aclararse un poco.

—No parece demasiado justo— le dije. Me encogí, tratando de parecer casual.

Ella se rió, pero no había alegría en aquél sonido.

—¿Es que no te lo ha dicho nadie? La vida no es justa.

Quería reírme a sus palabras, pero yo tampoco sentía alegría real. Sabía un poco sobre la injusticia de la vida.

—Creo haber oído eso antes.

Me miró, pareciendo confusa de nuevo. Sus ojos oscilaron lejos y luego volvieron a mirarme.

—Bueno, eso es todo —me dijo.

Pero no estaba listo para dejar que esta conversación terminara. La pequeña v entre sus ojos, un resto de su tristeza, me molestó.

—Aparentas bien —hablé lentamente, todavía considerando esta próxima hipótesis—. Pero apostaría a que sufres más de lo que aparentas.

Hizo una mueca, sus ojos se achicaron y su boca se dobló formando un puchero y, luego, desvió la vista hacia el frente de la clase. No le gustaba cuando adivinaba correctamente. Ella no era el mártir promedio, no quería una audiencia para su dolor.

—¿Me equivoco?

Se estremeció levemente, pretendiendo ignorarme.

Eso me hizo sonreír.

—Creo que no.

—¿Y a ti qué te importa? —exigió, aún mirando hacia adelante.

—Esa es una muy buena pregunta —admití, más a mi mismo que respondiéndole.

Su perspicacia era mejor que la mía, ella fue directa al grano mientras yo me andaba en rodeos, caminando como un ciego buscando pistas. Los detalles de su muy vida humana no debían importarme. Era un error preocuparme de qué pensaba. Más allá de proteger a mi familia de la sospecha, los pensamientos humanos no significaban nada.

No estaba acostumbrado a ser el menos intuitivo. Confiaba demasiado en mi don, claramente no era tan perceptivo como pensaba.

La chica suspiró y lanzó una mirada fulminante hacia el frente de la clase. Había algo gracioso en su expresión frustrada. Toda la situación, toda la conversación era graciosa. Nunca nadie había estado tan cerca del peligro como esta pequeña chica; en cualquier momento podría distraerme por mi ridícula absorción en la conversación, inhalar por mi nariz y atacarla antes de que me pudiera detener, y ella estaba irritada porque no le había respondido a su pregunta.

—¿Te molesto? —pregunté, sonriendo a lo absurdo de la situación.

Me miró rápidamente y sus ojos parecieron estar atrapados bajo mi mirada.

—No exactamente— me dijo—. Estoy más molesta conmigo. Es fácil ver lo que pienso. Mi madre me dice que soy un libro abierto.

Se encogió, contrariada.

La miré asombrado. La razón por la que ella estaba molesta era porque creía que podía ver a través de ella demasiado fácil. Qué irónico. Nunca me había esforzado tanto por entender a alguien en toda mi vida o, mejor dicho, mi

existencia, porque vida difícilmente era la palabra correcta. Yo en realidad no tenía una vida.

—Al contrario— discrepé, sintiéndome extrañamente... cuidadoso, como si hubiera algún peligro escondido aquí que no fuera capaz de ver. Estaba repentinamente alerta, la premonición me había puesto ansioso—. Me cuesta leerte el pensamiento.

—Ah, entonces eres un buen lector de mentes —contestó, creando su propia teoría, que otra vez, era cierta.

—Por lo general, sí —estuve de acuerdo.

Le sonreí abiertamente, dejando que mis labios se encogieran mostrando las filas de destellantes y filosos dientes detrás de ellos.

Fue algo muy estúpido, pero estaba abrupta e inesperadamente desesperado por obtener algún tipo de advertencia a través de ella. Su cuerpo estaba más cerca del mío que hace un momento, habiendo girado inconscientemente en el curso de nuestra conversación. Todas las pequeñas señales que hubieran sido suficientes para asustar al resto de la humanidad no parecían funcionar con ella. ¿Por qué no se alejaba de mí, corriendo aterrorizada? Obviamente ella había visto lo suficiente de mi lado oscuro para darse cuenta del peligro.

No alcancé a fijarme si mi advertencia había tenido el efecto correcto. El Prof. Banner llamó la atención de la clase justo en ese momento y ella desvió su atención de mí inmediatamente. Parecía un poco aliviada por la interrupción, así que quizá lo entendió inconscientemente.

Espero que lo haya hecho.

Reconocí la fascinación creciendo dentro de mí, incluso cuando traté de desarraigarla. No me podía permitir encontrar interesante a Bella Swan. O mejor, ella no podía permitirse eso. Ya estaba ansioso por otra oportunidad de hablar con ella. Quería saber más de su madre, su vida antes de venir aquí, su relación con su padre. Todos los insignificantes detalles que hicieran aflorar mucho más su carácter. Pero cada segundo que pasaba con ella era un error, un riesgo que ella no debería tomar.

Distraídamente, sacudió su cabello justo en el momento en que me había permitido respirar. Una particular brisa concentrada de su esencia me golpeó en la garganta.

Fue como el primer día, una granada. El dolor de la quemazón me hizo sentir mareado. Me tuve que agarrar a la mesa para mantenerme en mi silla. Esta vez, tenía un poco más de control. Al menos, no rompí nada. El monstruo gruñó dentro de mí, pero no hubo ningún placer en mi dolor. Estaba demasiado bien controlado. Por el momento.

Paré de respirar y me alejé de ella lo más que pude.

No, no me podía permitir encontrarla fascinante. Mientras más interesante la encontrara, era más probable que la matara. Ya había cometido dos errores el día de hoy. ¿Cometería un tercero, uno que no fuera insignificante?

Tan pronto sonó la campana, huí del salón de clases, probablemente destruyendo cualquier impresión de cortesía que había construido a medias en el transcurso de esta hora. Otra vez, jadeé al limpio y húmedo aire de afuera como si fuera una poción sanadora. Me apuré a tomar mucha distancia entre la chica y yo, lo más posible.

Emmett me esperó fuera de la clase de Español. Leyó mi salvaje expresión al instante.

«¿Cómo te fue?» Me preguntó cauteloso.

—Nadie murió —murmuré.

«Supongo que eso es algo. Cuando vi a Alice allí zanjando la cuestión, pensé...»

Mientras caminábamos a la clase, vi en su memoria de tan sólo unos momentos atrás, mirando por la puerta abierta de su última clase: Alice caminando enérgicamente con el rostro en blanco a través del patio hacia el edificio de ciencias. Sentí su urgencia por levantarse y acompañarla, y luego su decisión de quedarse allí. Si Alice necesitara ayuda, la habría pedido.

Cerré mis ojos horrorizado y disgustado mientras me sentaba.

—No me había dado cuenta que había estado así de cerca. No pensé que fuera a... No noté que fuera así de grave —susurré

«No lo fue», me aseguró nuevamente. «Nadie murió, ¿correcto?»

—Correcto— le dije entre dientes—. No esta vez.

«Quizá se vuelva más fácil».

—Seguro.

«O, tal vez la mates». Se encogió de hombros. «No serías el primero en meter la pata. Nadie te juzgará. A veces una persona sólo huele demasiado bien. Estoy impresionado de que hayas durado tanto».

—No estás ayudando, Emmett.

Estaba atónito con su aceptación de la idea de que en realidad mataría a la chica, que era inevitable. ¿Acaso era su culpa que oliera tan bien?

«Sólo sé, que cuando me pasó a mí...», recordó, llevándome atrás con él medio siglo, a un oscuro callejón, donde una mujer de mediana edad estaba quitando unas sábanas secas de una cadena amarrada entre unos manzanos. He visto esto antes, la fuerza de sus dos encuentros. Pero el recuerdo parecía particularmente vívido ahora, quizá porque mi garganta aún dolía por las dos últimas horas mordaces. Emmett recordó el olor de las manzanas colgadas fuertemente en el aire, la cosecha había terminado y las frutas rechazadas fueron dispersadas en el piso, los moretones en su piel soltando su fragancia en densas nubes. Un fresco campo de césped era el fondo de esa esencia, una armonía. Él caminó ladera arriba, olvidando a la mujer por completo, concentrado en un recado de Rosalie. El cielo arriba era de un color púrpura, y anaranjado por detrás de las montañas al oeste. Él hubiera continuado con el mandato y no hubiera habido razón alguna para recordar aquella tarde, excepto por una repentina brisa nocturna que hizo volar las sábanas blancas como velas de un barco, y aventó la esencia de la mujer directo al rostro de Emmett.

—Ah —gemí silenciosamente. Como si el recuerdo de mi propia sed no fuera suficiente.

«Lo sé. No duré ni medio segundo. Ni siquiera pensé en resistirme».

Su memoria se volvió demasiado explícita para soportarlo.

Me puse de pie, mis dientes fuertemente.

—¿Estás bien, Edward?<sup>1</sup> —preguntó la señora Goff, asustada por mi repentino movimiento. Podía ver mi rostro en su mente y sabía que me veía lejos de estar bien.

—Perdóneme<sup>2</sup> —murmuré, mientras me lanzaba por la puerta hacia afuera.

---

<sup>1</sup> En español en el original.

<sup>2</sup> En español en el original.

—Emmett, por favor, ¿puedes ayudar a tu hermano?<sup>3</sup> —preguntó, gesticulando desamparada hacia mí mientras salía del salón de clases.

—Seguro —lo oí decir. Y entonces estaba justo a mi lado.

Me siguió hasta el lugar más lejano del edificio, en donde me alcanzó y puso su mano en mi hombro.

Sacudí su mano con una fuerza innecesaria. Habría roto los huesos de la mano de un humano, y los huesos unidos al brazo también.

—Lo siento, Edward.

—Lo sé —aspiré aire profundamente, tratando de aclarar mi cabeza y mis pulmones.

—¿Tan malo es? —preguntó, tratando de no pensar en la esencia y el sabor de su memoria mientras preguntaba, pero sin conseguirlo.

—Peor, Emmett, peor.

Se calló un momento.

«Tal vez...»

—No, no sería mejor si terminara con esto de una vez. Vuelve a clases, Emmett. Quiero estar solo.

Se dio vuelta sin decir una palabra o pensamiento y se alejó rápidamente. Le diría a la profesora de Español que estaba enfermo, o desertando, o un vampiro peligrosamente fuera de control. ¿Esta excusa realmente importaba? Quizás no volvería. Tal vez debía irme.

Fui a mi auto de nuevo, a esperar que terminaran las clases. A esconderme. De nuevo.

Debería haber pasado mi tiempo tomando decisiones o tratando de reafirmar mi resolución, pero, como un adicto, me encontré buscando entre la interferencia de pensamientos emanados desde los edificios del instituto. Las familiares voces sobresalieron, pero no estaba interesado en escuchar las visiones de Alice o las quejas de Rosalie en este momento. Encontré a Jessica fácilmente, pero la chica no estaba con ella, así que continué buscando. Los pensamientos de Mike Newton captaron mi atención y la localicé al fin, en el gimnasio con él. Él no estaba contento, porque yo había hablado con ella hoy en Biología. Estaba pensando en su respuesta cuando le sacara el tema.

«Nunca lo había visto hablar con nadie más de una palabra aquí o allá. Por supuesto que él decidiría hablar con Bella. No me gusta la forma en que la mira. Pero ella no parece muy emocionada con él. ¿Qué fue lo que dijo antes? "Me preguntó qué bicho le habrá picado el lunes pasado". Algo así. No sonó como que le importara. No pudo haber sido una gran conversación...»

Se animaba él mismo con la idea de que Bella no estaba interesada en su intercambio conmigo. Esto me molestó un poco, así es que paré de escucharlo.

Puse un CD de música violenta y luego subí el volumen hasta que ahogó las otras voces. Me tenía que concentrar en la música con todas mis fuerzas para no volver a entrometerme en los pensamientos de Mike, para espiar a la insospechada chica.

Hice trampa un par de veces, mientras la hora llegaba a su cierre. Sin espiar, trataba de convencerme. Me estaba preparando. Quería saber el momento exacto en

---

<sup>3</sup> En español en el original.



que ella saliera del gimnasio, cuando llegara al estacionamiento. No quería que me tomara por sorpresa.

Mientras los estudiantes comenzaban a salir por las puertas del gimnasio, salí de mi auto, sin saber por qué. La lluvia era suave, ignoré como lentamente mojaba mi cabello.

¿Quería que ella me viera aquí? ¿Acaso esperaba esperanzado a que ella se acercara a hablarme? ¿Qué diablos estaba haciendo?

No me moví, pero intenté convencerme de volver al auto, sabiendo que mi comportamiento era reprensible. Mantuve mis brazos cruzados en mi pecho y respiré muy bajo mientras la miraba caminar lentamente hacia mí, su boca se dobló hacia abajo en las esquinas. No me miró. Un par de veces miró las nubes con una mueca, como si las nubes la hubieran ofendido.

Me decepcioné cuando alcanzó su auto antes de que me pasara. ¿Me habría hablado? ¿Le habría hablado yo a ella?

Se metió en su desteñido monovolumen Chevy, un desarraigado almanaque que era más viejo que su padre. La miré mientras encendía su camioneta, el viejo motor rugió más fuerte que cualquier otro vehículo en el estacionamiento y, entonces, sostuvo sus manos hacia las rejillas de la calefacción. El frío era incómodo para ella, no le gustaba. Peinó su cabello con sus dedos, acercando mechones a la ráfaga de aire caliente como si estuviera tratando de secarlo. Imaginé cómo olería la cabina de esa camioneta y rápidamente salí de ese pensamiento.

Miró alrededor preparándose para retroceder y finalmente vió en mi dirección. Me miró sólo por medio segundo y todo lo que pude ver en sus ojos fue sorpresa antes de que girara sus ojos y pusiera la reversa para luego ponerla en marcha de nuevo, hacia la parte trasera de la camioneta, fallando en una colisión con el compacto de Nicole Casey, sólo por unos centímetros.

Miró por el retrovisor, su boca estaba abierta con disgusto, horrorizada por su cercano desastre. Cuando el otro vehículo la pasó de largo, ella revisó todos los puntos ciegos dos veces y, luego, avanzó de a poco tan cautelosamente hasta salir del estacionamiento, que me hizo sonreír. Era como si pensara que era peligrosa en su decrepita camioneta.

El pensamiento de Bella Swan siendo peligrosa para cualquiera, no importaba qué estuviera conduciendo, me hizo reír mientras la chica me pasaba, mirando fijamente al frente.

# RIESGO

VERDADERAMENTE NO TENÍA SED, PERO DECIDÍ IR A CAZAR DE nuevo esa noche. Una pequeña pizca de prevención, inadecuada, pero debía hacerlo.

Carlisle me acompañó; no habíamos estado solos desde que volví de Denali. Mientras corríamos por el negro bosque, lo escuché pensando sobre el precipitado adiós de la semana pasada.

En su memoria, vi la forma en que mis rasgos se habían torcido en feroz desesperación. Sentí de nuevo su sorpresa y su repentina preocupación.

«—¿Edward?

»—Debo irme, Carlisle. Debo irme ahora.

»—¿Qué ha sucedido?

»—Nada. Aún. Pero pasará si me quedo aquí.

»Me tomó del brazo. Sentí cómo herí sus sentimientos cuando me escapé de su mano.

»—No lo entiendo.

»—Alguna vez haz... ha habido alguna vez en que...

»Me miré a mí mismo respirar profundo, vi la luz salvaje en mis ojos a través del filtro de su profunda preocupación.

»—¿Alguna vez alguna persona ha olido mejor para ti que el resto? ¿Mucho mejor?

»—Oh.

»Cuando me di cuenta que él había entendido, mi rostro se cayó a pedazos de la pura vergüenza. Me alcanzó de nuevo para tocarme, ignorando cuando traté de retirarme de nuevo, y su mano izquierda se posó en mi hombro.

»—Haz lo que tengas que hacer para resistir, hijo. Te extrañaré mucho. Ten, toma mi auto. El tanque está lleno.»

Se estaba preguntando ahora si estaba haciendo lo correcto, dejando que me marchara. Preguntándose si acaso me había herido con su falta de confianza en mí.

—No—susurré mientras corría—. Eso era lo que necesitaba. Pude haber traicionado fácilmente esa confianza, si me hubieras pedido que me quedara.

—Siento mucho que estés sufriendo, Edward. Pero debes hacer lo que puedas para mantener viva a la chica Swan. Incluso si eso significa que debes dejarnos de nuevo.

—Lo sé, lo sé.

—¿Por qué volviste? Tú sabes lo feliz que soy teniéndote aquí, pero si esto es muy difícil...

—No me gusta sentirme como un cobarde —admití.

Desaceleramos. Estábamos ahora casi trotando a través de la oscuridad.

—Mejor eso a ponerla en peligro. Ella se irá en un año o dos.

—Tienes razón, ya sé eso —por el contrario, sus palabras sólo me hicieron sentir más ansioso de quedarme. Ella ya no estaría aquí en un año o dos...

Carlisle paró de correr y yo me detuve con él; se volteó para examinar mi expresión.

«Pero no irás a escapar, ¿verdad?»

Bajé la cabeza.

«¿Eso es orgullo, Edward? No hay nada vergonzoso en...»

—No, no es orgullo lo que me mantiene aquí. No ahora.

«¿No tienes a dónde ir?»

—No. Eso no me detendría, si yo quisiera irme —le respondí después de soltar una carcajada corta.

—Nosotros iremos contigo, por supuesto, si eso es lo que necesitas. Sólo tienes que pedirlo. Tú has seguido adelante sin quejarte de nosotros. Nadie se enojará contigo.

Levanté una ceja.

Él se rió.

—Sí, puede que Rosalie se enoje, pero ella te lo debe. De todas formas, es mucho mejor para todos que nos vayamos ahora, sin hacer daño alguno, que irnos después, luego de que una vida haya llegado a su fin —todo el humor se desvaneció.

Me estremecí ante sus palabras.

—Sí —asentí. Mi voz sonó ronca.

«¿Pero no te irás?»

—Debería —dije con un suspiro.

—¿Qué te detiene aquí, Edward? No logro ver...

—No sé si pueda explicarlo —incluso para mí mismo, no tenía ningún sentido.

Él midió mi expresión por un largo momento.

«No, no logro verlo. Pero respetaré tu privacidad, si así lo prefieres».

—Gracias. Es muy generoso de tu parte, teniendo en cuenta que yo no le doy privacidad a nadie —con una excepción. Y estaba haciendo todo lo posible para privarla de eso, ¿verdad?

«Todos tenemos nuestros caprichos». Se rió de nuevo. ¿Nos vamos?

Justo en ese momento él había captado el olor de una pequeña manada de ciervos. Era difícil mostrar mucho entusiasmo, incluso bajo las mejores circunstancias, por un aroma que apenas abría el apetito. En estos momentos, con el recuerdo de la sangre de esa chica, fresca en mi mente, el olor revolvió mi estómago.

Suspiré.

—Vamos —asentí, incluso sabiendo que forzando más sangre bajar por mi garganta iba a ayudar muy poco.

Ambos cambiamos a una posición de ataque y dejamos que el poco apetente olor nos guiara silenciosamente hacia adelante.

Estaba más helado cuando regresamos a casa. La nieve derretida se había vuelto a congelar; era como si una delgada capa de vidrio lo cubriera todo: cada rama de los pinos, cada hoja de helecho, cada lámina de hierba estaba cubierta de hielo.

Cuando Carlisle fue a vestirse para su próximo turno en el hospital, me quedé junto al río, esperando a que saliera el sol. Me sentí casi hinchado por la cantidad de sangre que había consumido, pero sabía que la actual carencia de sed significaría muy poco cuando me sentara al lado de la chica otra vez.

Helado y sin expresión como una roca, me senté, mirando la negra agua correr al lado de la congelada orilla, mirando fijamente a través de ella.

Carlisle tenía razón. Debería irme de Forks. Ellos podrían inventar una historia para explicar mi ausencia. Que me cambié de instituto a Europa. O fui a visitar a unos parientes. Rebeldía adolescente. La historia no importaba. A nadie le importaría mucho.

Era sólo por un año o dos y luego la chica desaparecería. Continuaría con su vida, porque tendría una vida con la cual continuar. Iría a la Universidad en algún lugar, comenzaría una carrera, quizá se casaría con alguien. Podía imaginar eso, podía verla vestida toda de blanco y caminando con paso cuidadoso, su brazo enlazado con el de su padre.

Era incómodo, el dolor que esa imagen me causó. No lo podía entender. ¿Acaso estaba celoso, porque ella tenía un futuro que yo nunca podría tener? Eso no tenía sentido. Cada uno de los humanos a mi alrededor tenían esa misma oportunidad, una vida, y yo raramente me detuve a envidiarlos.

Debería permitirle tener su futuro. Parar de arriesgar su vida. Eso era lo correcto.

Carlisle siempre elegía el camino correcto. Debería escucharlo.

El sol apareció entre las nubes y la débil luz hizo brillar todo el césped congelado.

Un día más, decidí. Sólo la vería una vez más. Podía soportar eso. Quizá mencionaría mi pendiente ausencia, construir la historia.

Esto iba a ser difícil; podía sentir eso en el fuerte desgano que me causaba sólo el pensar en las excusas para quedarme, para extender el límite a dos días, tres, cuatro... Pero haría lo correcto. Sabía que podía confiar en el consejo de Carlisle. Y también sabía que estaba demasiado confundido para tomar esta decisión sólo por mi cuenta.

Demasiado confundido. ¿Cuánto de este desgano provenía de mi obsesiva curiosidad y cuánto provenía de mi insatisfecho apetito?

Entre a la casa para cambiarme de ropa para ir a la escuela.

Alice me estaba esperando, sentada en el último escalón a la orilla del tercer piso.

«Te vas de nuevo», me acusó.

Suspiré y asentí.

«No puedo ver a dónde vas esta vez».

—Aún no sé a dónde voy —susurré.

«Quiero que te quedes».

Negué con la cabeza.

«¿Tal vez Jazz y yo podríamos ir contigo...?»

—Son más necesarios aquí si yo no estoy para protegerlos. Y piensa en Esme.

¿Le quitarás la mitad de su familia en un abrir y cerrar de ojos?

«La vas a poner muy triste».

—Lo sé. Es por eso que ustedes deben quedarse.

«No es lo mismo si tú no estás aquí, y tú lo sabes».

—Sí. Pero debo hacer lo que es correcto.

«Hay muchas maneras correctas, y muchas incorrectas, ¿o no?»

Por un breve momento se introdujo dentro de una de sus extrañas visiones; observé a lo largo de las imágenes poco definidas que parpadeaban rápidamente. Me vi a mí mismo mezclado con extrañas sombras que no podía entender, formas imprecisas y nubladas. Y de pronto, repentinamente, mi piel estaba destellando en la brillante luz del sol en una pequeña pradera abierta. Este era un lugar que conocía. Había una figura en la pradera conmigo; pero, otra vez, era poco definida, no podía reconocerla. Las imágenes temblaron y desaparecieron como un millón de pequeños cambios en mi futuro de nuevo.

—No entendí mucho de eso —le dije cuando la visión se puso oscura.

«Yo tampoco. Tu futuro está cambiando tanto que no puedo llevarle el ritmo.

Creo, que...»

Se detuvo y me llevó por una extensa colección de sus otras recientes visiones mías. Todas eran iguales: borrosas y vagas.

—Creo que algo está cambiando— me dijo en voz alta—. Tu vida parece estar en una encrucijada.

—¿Te das cuenta que estás sonando como un adivinador farsante en un carnaval, verdad? —le dije con una sonrisa sombría

Me sacó su pequeña lengua.

—Hoy está todo bien, ¿no? —pregunté, mi voz sonó abruptamente aprehensiva.

—Hoy no te veo matando a nadie —me aseguró.

—Gracias, Alice.

—Ve a vestirte. Yo no diré nada, te dejaré decirle a los demás cuando estés listo.

Se puso de pie y bajó las escaleras, sus hombros se encogieron levemente. «Te extrañaré, de verdad».

Sí, yo también la extrañaré mucho.

El camino al instituto estuvo muy tranquilo. Jasper sabía que Alice estaba molesta por algo, pero él sabía que si ella quería hablar acerca de aquello ya lo hubiera hecho. Emmett y Rosalie estaban completamente ajenos a lo que estaba sucediendo, teniendo otro de sus momentos, mirando dentro de los ojos del otro con curiosidad, era molesto mirarlos desde fuera. Todos sabíamos cuán desesperadamente enamorados estaban. O tal vez me estaba volviendo amargado porque era el único que estaba solo. Algunos días eran más difíciles que otros vivir con tres amantes perfectamente correspondidos. Este era uno de esos días.

Quizás ellos serían más felices sin mí, merodeando por ahí con mi mal temperamento y comportándome como el viejo que debería ser a estas alturas.

Por supuesto, lo primero que hice al llegar a la escuela fue buscarla a ella. Sólo para prepararme.

Correcto.

Era vergonzoso cómo mi mundo de repente parecía estar vacío de todo, menos de ella.

Era lo suficientemente fácil de entender, realmente; después de ochenta años de lo mismo todos los días y todas las noches, cualquier cambio se volvía un punto de absorción.

Ella aún no llegaba, pero podía oír los ensordecedores ruidos del motor de su camioneta a la distancia. Me apoyé en un lado del auto a esperar. Alice se quedó conmigo, mientras los demás se fueron directo a clases. Ya estaban aburridos por mi fijación, era incomprensible para ellos como un humano podía mantenerme interesado por tanto tiempo, sin importar cuán bien oliera.

La chica condujo lentamente hasta entrar en mi vista, sus ojos intensamente centrados en la carretera y sus manos firmemente apretadas al volante. Parecía ansiosa por algo. Me tomó un segundo darme cuenta de qué se trataba, dado que todos traían la misma cara el día de hoy. Ah, la carretera estaba cubierta de hielo, y todos estaban tratando de conducir con más cuidado. Podía ver que se estaba tomando este nuevo riesgo muy seriamente.

Eso parecía estar en la lista de lo poco que había aprendido sobre su personalidad. Lo agregué a mi pequeña lista: era una persona seria, una persona responsable.

Estacionó no muy lejos de mí, pero no había notado que estaba parado aquí, mirándola.

Me pregunté qué haría cuando me viera, ¿ruborizarse y alejarse de mí? Esa fue mi primera teoría. Pero tal vez me miraría también. Quizá se acercaría a hablarme.

Respiré profundamente, llenando mis pulmones esperanzado, sólo por si acaso.

Salió de su camioneta con cuidado, probando el resbaladizo piso antes de poner todo su peso en él. No miró hacia arriba y eso me frustró mucho. A lo mejor podría ir a hablarle...

No, eso no estaría bien.

En vez de girar hacia el instituto, caminó alrededor de su camioneta, afirmándose en todo momento de ésta para no caerse, sin confiar en sus pasos. Me hizo sonreír y sentí los ojos de Alice en mi rostro. No escuché nada de lo ésta pudo haber estado pensando, me estaba divirtiendo mucho mirando a la chica revisar sus cadenas para la nieve en los neumáticos. De verdad parecía que podía caerse, por la forma en que sus pies se movían. Nadie más tenía problemas, ¿acaso había estacionado en la peor parte?

Se detuvo allí, mirando abajo con una extraña expresión en su rostro.

¿Era...ternura? ¿Cómo si algo en las cadenas la... emocionara?

De nuevo, la curiosidad quemó como la sed. Era como si tuviera que saber qué estaba pensando, como si nada más importara.

Iría a hablar con ella. De todas formas, parecía como si necesitara una mano, al menos hasta que saliera del peligroso pavimento. Por supuesto, no podía ofrecerle eso, ¿o sí? Vacilé, atormentado. Si no le gustaba la nieve, mucho menos iba a agradecer si la tocaba con mis manos congeladas. Debí haberme puesto guantes...

—¡NO! —Alice jadeó muy fuerte.

Al instante, escaneé sus pensamientos, pensando al principio que yo había tomado una mala decisión y ella me había visto hacer algo horrible. Pero no tenía nada que ver conmigo.

Tyler Crowley había decidido tomar la curva hacia el aparcamiento a una imprudente velocidad. Esta decisión lo llevaría a patinar a través de un parche de hielo.

La visión vino sólo medio segundo antes que la realidad. La furgoneta de Tyler tomó la curva como si aún estuviera viendo la conclusión que había sacado ese jadeo en Alice.

No, esta visión no tenía nada que ver conmigo; pero aún así, tenía que ver todo conmigo, porque la furgoneta de Tyler, las cadenas ahora golpeaban el hielo en el peor ángulo posible, iba a dar vueltas a través del aparcamiento y atropellar a la chica que se había convertido en el inevitable punto focal de mi mundo.

Incluso sin la visión de Alice hubiera sido simple adivinar la trayectoria del vehículo que volaba fuera del control de Tyler.

La chica, parada exactamente en el lugar equivocado, en la parte trasera de su camioneta, miró al frente desconcertada por el sonido de los neumáticos a través del suelo. Miró directamente a mi expresión de horror y, luego, volteó para mirar su muerte aproximándose.

«¡Ella no!» Las palabras se dispararon en mi cabeza como si pertenecieran a alguien más.

Aún mirando los pensamientos de Alice, vi que la visión repentinamente cambió, pero no tenía tiempo para ver en qué terminaba todo.

Me lancé a través del estacionamiento, introduciéndome entre la furgoneta y la atónita chica. Me moví tan rápido que todo era un borrón excepto por el objeto de mi foco. Ella no me vio, ningún ojo humano podría haber seguido mi trayectoria, aún miraba a la increíble forma que estaba a punto de aplastar su cuerpo contra la carrocería de metal de su camioneta.

La tomé por la cintura, moviéndome con demasiada urgencia para ser tan gentil como ella hubiese querido que lo fuera. En la centésima de segundo que me tomó sacar su liviana figura fuera del camino de la muerte y el tiempo en que choqué contra el suelo con ella en mis brazos, estuve vívidamente enterado de su frágil y rompible cuerpo.

Cuando escuché su cabeza chocar contra el hielo, sentí como si yo también me congelara.

Pero ni siquiera tuve un segundo completo para asistir a su condición. Escuché la furgoneta detrás de nosotros, chirriando mientras daba una vuelta alrededor del robusto cuerpo de acero de su camioneta. Estaba cambiando su curso, formando arcos, viniendo por ella otra vez, como si ella fuera un imán, atrayéndolo hacia nosotros.

Una palabra que nunca hubiera dicho en frente de una dama, se escapó entre mis dientes.

Ya había hecho mucho. Cuando casi volé a través del aire para sacarla del camino, estaba absolutamente consciente del error que estaba cometiendo. El saber que era un error no me detuvo, pero no era totalmente ignorante sobre el riesgo que estaba tomando, no sólo por mí, sino para toda mi familia.

Exposición.

Y esto ciertamente no iba a ayudar, pero de ninguna forma iba a permitir que la furgoneta lograra quitarle la vida en este segundo intento.

La dejé caer y lancé mis manos hacia afuera, deteniendo la furgoneta antes de que pudiera tocar a la chica. La fuerza me empujó hacia atrás dentro del lugar de

estacionamiento al lado de su camioneta, y pude sentir su carrocería doblarse detrás de mis hombros. La furgoneta chocó contra el irrompible obstáculo de mis brazos, se volcó y, luego, se balanceó inestablemente en sus dos neumáticos derechos.

Si movía mi mano, la parte trasera de la furgoneta iba a caer en sus piernas.

Oh, por el amor de todo lo sagrado, ¿acaso la catástrofe no terminaría nunca? ¿Existía algo más que pudiera ir mal? Difícilmente me podía sentar aquí, sosteniendo la furgoneta en el aire, esperando algún rescate. Ni podía lanzarla lejos, debía considerar al conductor, sus pensamientos eran incoherentes con el pánico.

Con un gruñido interno, empujé la furgoneta para que oscilara lejos de nosotros por un instante. Cuando caía sobre mí, la sujeté por debajo de la carrocería con mi mano derecha mientras enroscaba mi brazo izquierdo en la cintura de la chica de nuevo y la arrojaba fuera de debajo de la furgoneta, apretándola fuertemente hacia mi costado. Su cuerpo se movió mientras la balanceaba alrededor para que sus piernas quedaran libres de ningún peligro. ¿Estaba consciente? ¿Cuánto daño le había causado en mi improvisado intento de rescate?

Dejé caer la furgoneta, ahora que no podía hacerle daño a ella. Chocó contra el pavimento y todas las ventanas se rompieron al unísono.

Sabía que estaba en medio de una crisis. ¿Cuánto había visto ella? ¿Había otros testigos que me vieron materializarme a su lado y, luego, detener la furgoneta mientras trataba de mantenerla fuera del alcance de la chica? Estas preguntas deberían ser mi mayor preocupación.

Pero estaba demasiado ansioso para realmente preocuparme sobre la amenaza de exponernos como debería. Demasiado asustado de que podía haberla herido en mi esfuerzo por protegerla. Demasiado asustado de tenerla tan cerca de mí, sabiendo cómo olería si me permitía inhalar. Demasiado consciente del calor de su suave cuerpo, presionado contra el mío, incluso a través de ambos obstáculos de nuestras chaquetas, podía sentir ese calor...

El primer miedo fue el mayor. Mientras los gritos de los testigos hacían erupción alrededor nuestro, la bajé para examinar su rostro, para ver si estaba consciente, esperando fieramente que no estuviera sangrando por alguna herida.

Sus ojos estaban abiertos, mirando en estado de shock.

—¿Bella?— pregunté desesperado—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —dijo las palabras automáticamente en una deslumbrada voz.

Alivio, tan exquisito que casi dolió, recorrió mi cuerpo al sonido de su voz. Respiré por entre mis dientes y no me importó el acompañamiento ardiente en mi garganta. Casi lo agradecía.

Trato de ponerse de pie, pero yo no estaba listo para soltarla. Se sentía de alguna manera... ¿seguro? Mejor, al menos, al tenerla a mi lado.

—Ten cuidado— le advertí—. Creo que te has dado un buen golpe en la cabeza.

No había en ningún lado olor a sangre fresca, un milagro, pero esto no descartaba algún daño interno. Estaba abruptamente ansioso de llevarla con Carlisle y a un completo equipamiento de radiología.

—¡Ay! —dijo, su tono cómicamente sorprendido al darse cuenta que tenía razón sobre su cabeza.

—Tal y como pensaba.... —el alivio me alegró, me puso casi vertiginoso.

—¿Cómo demo...?— su voz se apagó y sus párpados revolotearon— ¿Cómo llegaste aquí tan rápido?



El alivio se tornó amargo y el humor se desvaneció. Sí, se había dado demasiada cuenta.

Ahora que estaba seguro de que la chica estaba en perfectas condiciones, la ansiedad por mi familia se volvió severa.

—Estaba a tu lado, Bella —sabía por mi experiencia que si era muy convincente al mentir, cualquiera que preguntara estaría cada vez menos seguro de la verdad.

Se sacudió de nuevo y esta vez la solté. Necesitaba respirar para actuar mi papel correctamente. Necesitaba espacio entre su calor sanguíneo y yo, lo más lejos posible en el pequeño espacio entre los maltratados vehículos.

Me miró y yo a ella. El mirar a otro lado primero que ella era un error que sólo un mentiroso incompetente hubiera cometido, y yo no era un mentiroso incompetente. Mi expresión era lisa, benigna... Parecía confundirla. Eso era bueno.

El escenario del accidente ahora estaba rodeado. Mayormente por estudiantes, niños, mirando fijamente y empujándose a través de los restos para ver si había algún cuerpo destrozado. Había un balbuceo de gritos y un chorro de pensamientos en shock. Escaneé los pensamientos una vez que estaba seguro que no había alguna sospecha y luego los dejé de escuchar concentrándome sólo en la chica.

Estaba distraída por la que se armó. Miró alrededor, su expresión todavía estaba atontada y trató de ponerse de pie.

Puse mi mano suavemente en su hombro para mantenerla donde estaba.

—Quédate ahí por ahora —parecía estar bien, ¿pero debería estar moviendo su cuello? De nuevo, deseé estar con Carlisle. Mis años de estudios médicos teóricos no se comparaban con sus siglos de práctica.

—Pero hace frío —objetó.

Había estado casi al borde de morir aplastada, dos veces y a ella lo que le preocupaba era el frío. Me reí entre dientes antes de recordar que la situación no era para nada graciosa.

Bella parpadeó y, luego, sus ojos se enfocaron en mi rostro.

—Estabas allá, lejos —eso me puso serio otra vez. Miró hacia el sur, pero no había nada que mirar ahí ahora, sólo el arrugado costado de la furgoneta—. Estabas parado junto a tu auto.

—No, no es cierto.

—Te vi —insistió; su voz sonaba muy infantil cuando se ponía obstinada. Su barbilla sobresalió un poco.

—Bella, estaba a tu lado y te quité de en medio.

Miré profundamente a sus ojos abiertos de par en par, tratando de que ella aceptara mi versión; la única versión racional en la mesa.

Su mandíbula se tensó.

—No.

Traté de mantenerme calmado, sin entrar en pánico. Sí sólo la pudiera mantener callada sólo por unos momentos, para darme una oportunidad de destruir la evidencia... e invalidar su historia con la excusa de su golpe en la cabeza.

¿No debería ser fácil mantener callada a esta chica silenciosa y reservada? Si solo confiara en mí, sólo por un momento...

—Por favor, Bella —le dije, y mi voz sonó muy intensa, porque de pronto quería que confiara en mí. Lo quería de verdad y no sólo por este accidente. Un estúpido deseo. ¿Qué sentido tenía el que ella confiara en mí?

—¿Por qué? —preguntó, todavía a la defensiva.

—Confía en mí —le rogué.

—¿Prometes explicármelo todo después?

Me enojó mucho tener que mentirle otra vez, cuando deseaba por todos los medios poder merecerme su confianza. Así que, cuando le respondí, fue una réplica.

—Bien.

—Bien —repitió en el mismo tono de recriminación.

Cuando el rescate comenzó a acercarse a nosotros; llegaron adultos, autoridades, sirenas en la distancia, traté de ignorarla y poner mis prioridades en orden. Busqué en todas las mentes en el estacionamiento, los testigos y los que venían llegando tarde, pero no encontré nada peligroso. Muchos estaban sorprendidos de verme aquí al lado de Bella, pero todos concluían, como si no hubiera otra posible conclusión, que sólo no habían notado que estaba junto a ella antes del accidente.

Ella era la única que no aceptaba tan fácilmente esa explicación, pero la consideraría el testigo menos confiable. Estaba asustada, traumatizada, sin mencionar el fuerte golpe en su cabeza. Posiblemente en shock. Sería aceptable para su historia que estuviera confundida, ¿cierto? Nadie le daría mucha importancia en contra de muchos otros espectadores.

Hice una mueca de dolor cuando escuché los pensamientos de Rosalie, Jasper y Emmett, justamente llegando a la escena. Me harían pasar un infierno por esto esta noche.

Quería borrar la marca que hicieron mis hombros contra el oscuro auto, pero la chica estaba muy cerca. Tendría que esperar hasta que se distrajera.

Era frustrante esperar, con tantos ojos encima de mí, mientras los humanos luchaban con la furgoneta, tratando de empujarla lejos de nosotros. Los hubiera ayudado, sólo para apurar el proceso, pero ya estaba en suficientes problemas y la chica me sostenía la mirada. Finalmente, pudieron rotarla lo suficientemente lejos para que los EMTs<sup>4</sup> llegaran a nosotros con sus camillas.

Una cara familiar y tristonza me examinó.

—Hola, Edward —Brett Warner me saludó. Era un enfermero registrado y lo conocía bien del hospital. Fue un golpe de suerte, el único el día de hoy, que él fuera el primero en llegar hasta nosotros. En sus pensamientos, no había nada que no fuera alerta y calma.

—¿Estás bien, chico?

—Perfectamente, Brett. Nada me tocó. Pero me temo que Bella podría tener una contusión. Se pegó muy fuerte en la cabeza cuando la quité del camino.

Brett puso su atención en la chica, quien me lanzó una fiera mirada de traición. Oh, era cierto. Ella era el mártir silencioso, prefería sufrir en silencio.

No contradijo mi historia inmediatamente y esto me hizo sentir más tranquilo.

El próximo EMT trató de insistir en que les permitiera examinarme, pero no era demasiado difícil persuadirlo. Prometí que dejaría que mi padre me examinara y él se rindió. Como con la mayoría de los humanos, hablar con tranquila seguridad, era todo lo que se necesitaba. La mayoría, pero no esta chica, por supuesto. ¿Acaso encajaba en alguno de los patrones normales?

Mientras le ponían un collarín, y su rostro se enrojeció de la vergüenza, aproveché el momento de distracción para arreglar, sigilosamente, la

---

<sup>4</sup> Siglas de Emergency Medical Technician / Técnicos de Emergencia Médica.

forma de la abolladura en el auto con la parte trasera de mi pie. Sólo mis hermanos notaron lo que estaba haciendo, y escuché la promesa mental de Emmett de arreglar cualquier cosa que se me pasara por alto.

Agradecido por su ayuda, y más agradecido aún de que Emmett, al fin, haya perdonado mi peligrosa elección, ahora estaba más relajado mientras subía al asiento delantero de la ambulancia, al lado de Brett.

El jefe de policía llegó antes de que metieran a Bella dentro de la parte trasera de la ambulancia.

Los pensamientos del padre de Bella eran palabras del pasado, el pánico y preocupación emanando de la mente del hombre ahogaban a cualquier otro pensamiento en el lugar. Muda ansiedad y culpa, una gran inflación de ellos, salieron de él como si sólo pudiera ver a su única hija en el lugar.

Cuando Alice me había advertido que matando a la hija de Charlie Swan lo mataría a él también, no estaba exagerando.

Mi cabeza se arqueó con esa culpa mientras escuchaba su voz en pánico.

—¡Bella! —gritó.

—Estoy perfectamente, Char... papá— suspiró—. No me pasa nada.

Su seguridad apenas calmó su pavor. Se volteó inmediatamente al EMT más cercano y demandó más información.

No fue hasta que lo escuché hablar, formando oraciones perfectamente coherentes desafiando su pánico que me di cuenta que su ansiedad y preocupación no eran mudas. Yo sólo... no podía escuchar las palabras exactas.

Ummm. Charlie Swan no era tan silencioso como su hija, pero podía ver ahora de dónde lo había heredado. Interesante.

Nunca había pasado mucho tiempo alrededor del Jefe de Policía de la ciudad. Siempre lo tomé por un hombre de pensamientos lentos, ahora me doy cuenta que yo era el lento. Sus pensamientos estaban parcialmente encubiertos, no ausentes. Sólo podía sacar el tenor, el tono de ellos.

Quería escuchar con mayor esfuerzo, para ver si podía encontrar en este nuevo y menor rompecabezas la llave para los secretos de la chica. Pero Bella fue cargada dentro de la ambulancia para ese entonces y la ambulancia ya estaba en camino.

Era difícil alejarme de esta posible solución al misterio que me había obsesionado.

Pero tenía que pensar ahora, mirar lo qué había hecho hoy desde todos los ángulos. Tenía que escuchar, para asegurarme de que no nos había puesto en demasiado peligro y tuviéramos que irnos inmediatamente. Tenía que concentrarme.

No había nada en los pensamientos de los EMTs que me preocuparan. Lo más que podían decir, era que la chica no tenía nada serio y Bella se estaba apegando a la historia que le había dado, hasta ahora.

La prioridad, cuando llegáramos al hospital, era ver a Carlisle. Me apuré a través de las puertas automáticas, pero era incapaz de renunciar totalmente de cuidar a Bella; furtivamente mantuve un ojo en ella a través de los pensamientos de los paramédicos.

Fue fácil encontrar la familiar mente de mi padre. Él estaba en su pequeña oficina, totalmente solo, el segundo golpe de suerte en este maldito día.

—Carlisle.

Escuchó mi aproximación y se alarmó al momento en que vio mi rostro. De un salto se puso de pie inclinándose hacia adelante a través del escritorio cuidadosamente organizado.

«Edward...tú no...»

—No, no, no es eso.

Respiró profundo. «Por supuesto que no. Siento mucho haber considerado el pensamiento. Tus ojos, por supuesto, debí haberlo sabido...» Él notó con alivio que mis ojos aún eran dorados.

—De todas maneras, ella está herida, Carlisle, probablemente nada serio, pero...

—¿Qué ocurrió?

—Un ridículo accidente automovilístico. Ella estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Pero no podía sólo quedarme ahí, dejar que la aplastara...

«Comienza de nuevo, no estoy entendiendo. ¿Cómo estuviste tú involucrado en todo esto?»

—Una furgoneta patinó sobre el hielo— susurré, mirando la pared detrás de él mientras hablaba. En vez de una multitud de diplomas enmarcados, él tenía una simple pintura al óleo, una de sus favoritas, un aún no descubierto Hassam—. Ella estaba en el camino. Alice lo vio venir, pero no había tiempo de hacer nada más que realmente correr a través del estacionamiento y quitarla de en medio. Nadie lo notó... excepto ella. Tuve que detener la furgoneta, también, pero otra vez, nadie vio eso... excepto ella. Yo... lo siento mucho Carlisle. No quise ponernos a todos en peligro.

Rodeó el escritorio y me abrazó por un breve momento antes de retroceder.

«Hiciste lo correcto y no debió ser fácil para ti. Estoy orgulloso de ti, Edward».

Ahora podía mirarlo a los ojos.

—Ella sabe que hay algo... raro conmigo.

—Eso no importa. Si nos tenemos que ir, nos iremos. ¿Qué ha dicho ella?

Moví mi cabeza, un poco frustrado

—Nada aún.

«¿Aún?»

—Estuvo de acuerdo con mi versión de los hechos pero está esperando una explicación— él frunció el ceño, considerando esto—. Se golpeó la cabeza, bueno, en realidad yo le golpeé la cabeza— continué rápidamente—. La golpeé contra el piso bastante fuerte. Parece estar bien, pero... No creo que cueste mucho desacreditar su historia.

Me sentí como un delincuente al decir esas palabras.

Carlisle oyó el hastío en mi voz. «Quizá eso no será necesario. Veamos qué pasa, ¿Vamos? Suena como que tengo un paciente que atender».

—Por favor— le dije—. Estoy tan preocupado de que la haya herido.

La expresión de Carlisle se aclaró. Sacudió su rubio cabello, sólo unos tonos más claros que sus ojos dorados, y se rió.

«Ha sido un día interesante para ti, ¿verdad?» En su mente, podía ver la ironía, y era gracioso, al menos para él. Como si los roles se hubieran invertido. En algún lugar durante ese corto silencioso segundo cuando me lancé a través del congelado pavimento, me había transformado de asesino a protector.

Me reí con él, recordando la seguridad que tenía de que Bella jamás necesitaría protección de nada más que de mí. Había un límite para mi risa porque, con furgoneta o sin furgoneta, eso era totalmente cierto.

Esperé solo en la oficina de Carlisle, una de las horas más largas que había vivido, escuchando el hospital lleno de pensamientos.

Tyler Crowley, el conductor de la furgoneta, parecía estar peor herido que Bella, y la atención pasó a él mientras ella esperaba su turno para que le tomaran radiografías.

Carlisle se mantuvo en el fondo, confiando en el diagnóstico de los exámenes, de que la chica sólo estaba levemente lastimada. Esto me puso ansioso, pero sabía que él tenía razón. Una sola mirada a su rostro y estaría inmediatamente recordándome, en el hecho de que había algo raro conmigo y mi familia, y eso podía hacerla hablar.

Ella ciertamente tenía suficientes compañeros para conversar. Tyler estaba consumido por la culpa, ya que casi la había matado, y no parecía que iba a callarse. Podía ver su expresión a través de los ojos de Tyler, y estaba claro que deseaba que él se callara. ¿Cómo él no podía ver eso?

Hubo un momento muy tenso para mí cuando Tyler le preguntó cómo había salido fuera del camino.

Esperé, congelado, mientras ella vacilaba.

—Pues... — la oyó decir. Entonces hizo una pausa tan larga que Tyler pensó si la había confundido con su pregunta. Finalmente, continuó—. Edward me quitó de en medio.

Exhalé y entonces mi respiración se agitó. Nunca antes la había escuchado decir mi nombre. Me gustó cómo sonó, incluso escuchándolo a través de los pensamientos de Tyler. Quería escucharlo por mí mismo...

—Edward Cullen— dijo cuando Tyler parecía confuso respecto a quién se refería ella. Me encontré a mí mismo en la puerta, con mi mano en la perilla. El deseo de verla se estaba haciendo cada vez más fuerte. Me tenía que recordar la necesidad de precaución—. Estaba a mi lado.

—¿Cullen?— «Jum. Eso es raro»—. No lo vi... —«Podría jurar...»— ¡Vaya, todo ocurrió muy deprisa! ¿Está bien?

—Supongo que sí. Anda por aquí cerca, pero a él no le obligaron a utilizar una camilla.

Vi la pensativa mirada en su rostro, la sospecha ajustándose en sus ojos, pero estos pequeños cambios en su expresión no eran perceptibles para Tyler.

«Es bonita», estaba pensando, casi con sorpresa. «Incluso toda desarreglada. No es mi tipo, aún así... Debería invitarla a salir. Compensarla por lo de hoy...»

Estaba en el pasillo, a mitad de camino de la sala de emergencias, sin pensar por un segundo en lo que estaba haciendo. Por suerte, la enfermera entró en la habitación antes de que yo pudiera, era el turno de Bella para los rayos X. Me apoyé

contra la pared en un oscuro rincón justo a la vuelta de la esquina, y traté de mantener la compostura mientras ella se alejaba rodando en la silla de ruedas.

No importaba que Tyler pensara que era bonita. Cualquiera podía notar eso. No había ninguna razón para que me sintiera... ¿cómo me sentía? ¿Molesto? ¿O era rabia lo que se acercaba a la verdad? Esto no tenía sentido para nada.

Me quedé donde estaba por el mayor tiempo que pude, pero la impaciencia me ganó y tomé un camino que iba por detrás de la sala de radiología. Ya la habían trasladado de nuevo a la sala de emergencias, pero podía echar una mirada a sus radiografías mientras la enfermera estaba de espaldas.

Me sentí más calmado cuando los vi. Su cabeza estaba bien. No la había herido, no realmente.

Carlisle me atrapó allí.

«Te ves mejor», comentó.

Miré directo al frente. No estábamos solos, los pasillos estaban llenos de camilleros y visitas.

«Ah, sí». Pegó las radiografías a la pizarra iluminada, pero no necesitaba una segunda mirada. «Ya veo. Está absolutamente bien. Bien hecho, Edward».

El sonido de la aprobación de mi padre creó una mezcla de reacciones en mí. Me hubiera puesto contento, excepto porque sabía que él no aprobaría lo que estaba a punto de hacer ahora. Al menos, no lo aprobaría si conociera mis motivaciones reales.

—Creo que iré a hablar con ella, antes de que te vea— murmuré bajo mi respiración—. Actúa natural, como si nada hubiera pasado. Suaviza las cosas—. Todas eran razones aceptables.

Carlisle cabeceó ausentemente, aún mirando las radiografías.

—Buena idea. Uhmm.

Miré para ver qué había aumentado su interés.

«¡Mira todas esas contusiones curadas! ¿Cuántas veces la habrá dejado caer su madre?» Carlisle rió para sí mismo por su broma.

—Estoy comenzando a pensar que la chica solo tiene realmente mala suerte. Siempre en el lugar equivocado y en el momento equivocado.

«Forks es ciertamente el lugar equivocado para ella, contigo aquí».

Me estremecí.

«Vamos, ve. Suaviza las cosas un poco. Yo te acompañaré en un momento».

Caminé rápidamente, sintiéndome culpable. Quizá era muy buen mentiroso, si podía engañar a Carlisle.

Cuando llegué a la sala de emergencias, Tyler estaba murmurando bajo su aliento, aún disculpándose. La chica estaba tratando de escapar a su remordimiento pretendiendo dormir. Sus ojos estaban cerrados, pero su respiración no estaba acompasada y, de vez en cuando, tamborileaba sus dedos impacientemente.

Miré su rostro por un largo momento. Esta sería la última vez que la vería. Este hecho accionó un agudo dolor en mi pecho. ¿Era porque no quería irme dejando un rompecabezas sin resolver? Eso no parecía una explicación muy convincente.

Finalmente, respiré profundo y entré.

Cuando Tyler me vio, comenzó a hablar, pero puse un dedo en mis labios.

—¿Estará durmiendo? —murmuré.

Los ojos de Bella se abrieron y se enfocaron en mi rostro. Se abrieron de par en par por un momento y entonces se achicaron de cólera y sospecha. Recordé que tenía que interpretar un papel, así que le sonreí como si nada inusual hubiera ocurrido esta mañana, aparte de un golpe a su cabeza y un poquito de imaginación.

—Oye, Edward— dijo Tyler—. Lo siento mucho...

Levanté una mano para detener sus disculpas.

—No hay culpa sin sangre —dije irónicamente. Sin pensar, también sonreí abiertamente a mi broma privada.

Tyler se estremeció y miró hacia otro lado.

Fue asombrosamente fácil ignorar a Tyler, acostado a no más de un metro y medio de mí, cubierto de sangre fresca. Nunca comprendí cómo Carlisle podía hacer esto, ignorar la sangre de sus pacientes para poder tratarlos. ¿Acaso la constante tentación no lo distraía, no era peligroso? Pero, ahora... podía ver cómo, si te enfocabas en algo mucho más fuerte, la tentación no significaba nada.

Incluso fresca y expuesta, la sangre de Tyler no era nada comparada con la de Bella.

Mantuve mi distancia de ella, sentándome a los pies de la camilla de Tyler.

—Bueno, ¿cuál es el diagnóstico? —le pregunté.

Su labio inferior sobresalió un poco.

—No me pasa nada, pero no me dejan marcharme. ¿Por qué no te han atado a una camilla como a nosotros?

Su impaciencia me hizo sonreír de nuevo. Podía oír a Carlisle en el pasillo.

—Tengo influencias— dije ligeramente—. Pero no te preocupes, voy a liberarte.

Observé su reacción cuidadosamente mientras mi padre entraba en la habitación. Sus ojos se abrieron un poco más y su boca de verdad se abrió completamente en sorpresa. Gruñí internamente. Sí, ciertamente había notado el parecido.

—Bueno, señorita Swan, ¿cómo se encuentra? —preguntó Carlisle. Tenía una grandiosa habilidad para tranquilizar a sus pacientes. No podría decir cómo afectó esto a Bella.

—Estoy bien —dijo tranquilamente.

Carlisle puso sus radiografías en la pizarra iluminada al lado de la cama.

—Las radiografías son buenas. ¿Le duele la cabeza? Edward me ha dicho que se dio un golpe bastante fuerte.

Suspiró y luego dijo “Estoy bien” de nuevo, pero esta vez con impaciencia.

Entonces miró en mi dirección.

Carlisle se acercó a ella y recorrió gentilmente sus dedos sobre su cuero cabelludo hasta que encontró el golpe bajo su cabello.

Me atacó una ola de emociones que me encontraron con la guardia baja.

Había visto a Carlisle trabajar con humanos cientos de veces. Años atrás, yo lo había asistido informalmente, sólo en situaciones donde la sangre no estuviera implicada. Así que no era cosa nueva para mí, mirarlo interactuar con la chica como si él mismo fuera humano como ella. Muchas veces había envidiado su control, pero eso no era lo mismo que sentía en este momento. Envidiaba mucho más que su control. Sufría por la diferencia entre Carlisle y yo, que él pudiera tocarla tan gentilmente, sin miedo, sabiendo que nunca le haría daño.

Ella hizo una mueca de dolor y yo me revolví en mi asiento. Tenía que concentrarme por un momento para mantener mi postura relajada.

—¿Le duele? —le preguntó Carlisle.

Su barbilla se movió una fracción.

—No mucho —dijo ella.

Otra pequeña pieza de su personalidad calzó en su lugar: era valiente. No le gustaba demostrar debilidad.

Posiblemente la criatura más vulnerable que había visto jamás y no quería parecer débil. Una risita se escapó entre mis labios.

Me lanzó una mirada fulminante.

—De acuerdo— dijo Carlisle—. Su padre se encuentra en la sala de espera. Se puede ir a casa con él, pero debe regresar rápidamente si siente mareos o algún trastorno de visión.

¿Su padre estaba aquí? Pasé a través de los pensamientos de la multitud de la sala de espera, pero no podía encontrar su sutil voz mental fuera del grupo antes de que ella hablara de nuevo, con su rostro ansioso.

—¿No puedo ir a la escuela?

—Hoy debería tomarse las cosas con calma —sugirió Carlisle.

Sus ojos volvieron a fijar en mí.

—¿Puede él ir a la escuela?

Actúa normal, suaviza las cosas... ignora lo que sientes cuando te mira a los ojos...

—Alguien debe darles la buena nueva de que hemos sobrevivido —le dije.

—En realidad— Carlisle corrigió—. Parece que la mayoría de los estudiantes están en la sala de espera.

Esta vez anticipé su reacción, su aversión por la atención. No decepcionó.

—¡Oh, no! —gimió, y se cubrió el rostro con las manos.

Me gustó haber adivinado bien esta vez. Estaba comenzando a entenderla.

—¿Quiere quedarse aquí? —preguntó Carlisle.

—¡No, no! —dijo rápidamente, al tiempo en que sacaba sus piernas por el borde de la camilla y se levantaba con prisa poniendo sus pies en el piso. Se tambaleó hacia adelante, a los brazos de Carlisle. Él la atrapó y la estabilizó.

De nuevo, la envidia recorrió mi cuerpo.

—Me encuentro bien —dijo ella antes de que Carlisle pudiera decir algo, y sus mejillas se sonrojaron con un rosado hermoso.

Por supuesto, eso no molestaría a Carlisle. Se aseguró que estuviera estable y luego la soltó.

—Tome unas pastillas de Tylenol contra el dolor —él sugirió.

—No me duele mucho.

Carlisle sonrió mientras firmaba sus papeles.

—Parece que ha tenido muchísima suerte.

Ella se volteó lentamente, para lanzarme una mirada fulminante.

—La suerte fue que Edward estuviera a mi lado.

—Ah, sí, bueno —Carlisle aceptó rápidamente, escuchando lo mismo que escuché yo en su voz. Ella no creía que su sospecha fuera producto de su imaginación. No todavía.

«Toda tuya», pensó Carlisle. «Maneja esto como creas que es mejor».

—Muchas gracias —susurré, quieto y tranquilo. Ningún humano podría oírme. Los labios de Carlisle formaron una pequeña sonrisa al entender mi sarcasmo, mientras se volvía hacia Tyler.



—Lamento decirle que usted se va a tener que quedar con nosotros un poquito más —dijo, mientras comenzaba a examinar las laceraciones superficiales causadas por el volante.

Bueno, yo causé esto, así que era justo que yo tuviera que arreglarlo.

Bella caminó deliberadamente hacia mí, sin detenerse hasta que estuvo incómodamente cerca. Recordé cómo había deseado, antes de todo el desastre, que se acercara a mí. Esto era como una burla a ese deseo.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me silbó en un susurro.

Su cálido aliento rasguñó mi rostro y tuve que retroceder un paso. Su atractivo no había disminuido ni un poco. Cada vez que estaba cerca de mí, gatillaba todos mis peores y urgentes instintos. El veneno llenó mi boca y mi cuerpo anhelaba atacar, de tomarla entre mis brazos y romper su garganta con mis dientes.

Mi mente era más fuerte que mi cuerpo, pero sólo un poco.

—Tu padre te espera —le recordé, con la mandíbula tensa.

Miró hacia Carlisle y Tyler. Tyler no nos prestaba atención, pero Carlisle estaba monitoreando cada respiro.

«Con cuidado, Edward».

—Quiero hablar contigo a solas, si no te importa —me insistió en una baja voz.

Quería decirle que sí me importaba muchísimo, pero sabía que tendría que hacer esto eventualmente. Mejor sería que empezara de una vez.

Estaba lleno de muchas emociones conflictivas mientras salía de la habitación, escuchando sus pasos detrás de mí, tratando de ir a mi ritmo.

Tenía un show que presentar. Sabía el papel que representaría, tenía el personaje preparado: sería el villano. Mentiría, la ridiculizaría y sería muy cruel.

Fui en contra de todos mis mejores impulsos, los impulsos humanos a los que me aferré todos estos años. Nunca quise merecer más confianza que en este momento, cuando debía destruir toda posibilidad de merecerla.

Todo era peor al saber que este sería el último recuerdo que ella tendría de mí. Esta era mi escena de despedida.

Me volví hacia ella.

—¿Qué quieres? —pregunté molesto.

Se encogió y retrocedió a mi hostilidad. Sus ojos se tornaron desconcertados, su rostro cambió a la mismísima expresión que me había hechizado...

—Me debes una explicación —me dijo en una pequeña voz; su cara de marfil palideció.

Era muy difícil mantener mi voz áspera.

—Te salvé la vida. No te debo nada.

Ella parpadeó, quemaba como ácido el ver cómo la herían mis palabras.

—¡Me lo prometiste! —susurró.

—Bella, te diste un fuerte golpe en la cabeza, no sabes de qué hablas.

—No me pasa nada en la cabeza —dijo y su barbilla se tensó.

Estaba enojada ahora y eso lo hizo todo más fácil. La miré, poniendo mi rostro frío y duro.

—¿Qué quieres de mí, Bella?

—Quiero saber la verdad. Quiero saber por qué miento por ti.

Lo que ella quería era absolutamente justo, me frustraba tener que negárselo.

—¿Qué crees que pasó? —casi le gruñí.

Sus palabras salieron como un torrente.

—Todo lo que sé es que no estabas cerca de mí, en absoluto y Tyler tampoco te vio, de modo que no me vengas con eso de que me he dado un golpe muy fuerte en la cabeza. La furgoneta iba a matarnos, pero no lo hizo. Tus manos dejaron abolladuras tanto en la carrocería de la furgoneta como en el coche marrón, pero has salido ileso. Y luego la sujetaste cuando me iba a aplastar las piernas... —de pronto, juntó sus dientes y de sus ojos comenzaron a aparecer unas indeseadas lágrimas.

La miré, con una expresión burlona, pues todo lo que sentía era en realidad temor; ella lo había visto todo.

—¿Crees que aparté a pulso una furgoneta? —le pregunté elevando el nivel de sarcasmo en mi voz.

Me respondió con un cabeceo seguro.

Mi voz se hizo más burlona.

—Nadie te va a creer, ya lo sabes.

Se esforzó para controlar su rabia. Cuando me respondió, habló cada palabra con deliberada lentitud.

—No se lo voy a decir a nadie.

Era verdad, podía ver eso en sus ojos. Incluso furiosa y traicionada, ella guardaría mi secreto.

¿Por qué?

El shock que me causó su respuesta me arruinó mi cuidadosamente designada expresión por medio segundo, y luego me recompuse.

—Entonces, ¿qué importa? —pregunté, tratando de mantener mi voz severa.

—Me importa a mí— me dijo intensamente—. No me gusta mentir, por eso quiero tener un buen motivo para hacerlo.

Me estaba pidiendo que confiara en ella. Igual que yo quería que ella confiara en mí. Pero esta era una línea que no podía cruzar.

Mi voz se mantuvo cruel.

—¿Es que no me lo puedes agradecer y punto?

—Gracias —me dijo casi echando humo, esperando.

—No vas a dejarlo ir, ¿verdad?

—No.

—En tal caso...—no podía decirle la verdad aunque quisiera... y no quería. Prefería que ella se armara su propia historia a que supiera lo que soy, porque nada podía ser peor que la verdad, yo era una pesadilla viviente, sacado de las páginas de una novela de terror—. Espero que disfrutes de la decepción.

Nos miramos mutuamente con el ceño fruncido.

Se ruborizó y juntó sus dientes de nuevo.

—¿Por qué te molestaste en salvarme?

Su pregunta no era algo para lo que estaba preparado para responder. Perdí el hilo en el papel que estaba representando. Sentí cómo la máscara se caía de mi rostro y, esta vez, le dije la verdad.

—No lo sé.

Memoricé su rostro una vez más, aún estaba enojada, la sangre aún no se había desvanecido de sus mejillas, y entonces me di vuelta y me alejé de ella.

# VISIONES

VOLVÍ A LA ESCUELA. ESTO ERA LO CORRECTO, LA FORMA MÁS DISCRETA de comportarme.

Al final del día, casi todos los demás estudiantes habían regresado a clases. Sólo Tyler y Bella y otros pocos, quienes probablemente usaron la excusa del accidente para faltar a clases, permanecieron ausentes.

No debería ser tan difícil para mí hacer lo correcto. Pero, toda la tarde, estuve cerrando fuertemente mis dientes con la urgencia que me tenía anhelando faltar también con el propósito de ir a buscar a la chica.

Como un acosador. Un obsesionado acosador. Un obsesionado vampiro acosador.

El día de escuela de hoy fue, de alguna forma, imposible. Incluso más aburrido de lo que fue la semana pasada. Como estar en coma. Era como si el color se hubiera desvanecido de los ladrillos, los árboles, el cielo, los rostros a mí alrededor... Observé las grietas en las paredes.

Había otra cosa correcta que debía estar haciendo... y no lo hacía. Por supuesto, era también algo erróneo. Todo dependía desde el punto de vista en que se le mirase.

Desde la perspectiva de un Cullen, no sólo un vampiro, si no un *Cullen*; alguien que pertenecía a una familia, un estado tan raro en nuestro mundo, lo correcto de hacer hubiera sido algo así:

«—Estoy sorprendido de verte en clases, Edward. Escuché que estuviste involucrado en ese horrible accidente esta mañana.

»—Sí, lo estuve, Prof. Banner, pero yo fui el que tuvo suerte— una sonrisa amistosa—. No me lastimé para nada... Desearía decir lo mismo sobre Tyler y Bella.

»—¿Cómo se encuentran ellos?

»—Creo que Tyler está bien... sólo algunas heridas superficiales a causa de los vidrios rotos. Pero no estoy seguro sobre Bella— una expresión preocupada—. Podría tener una contusión. Escuché que estuvo bastante incoherente por un rato, incluso viendo cosas que no eran. Sé que los doctores estaban muy preocupados...»

Así es como debió haber sucedido. Eso era lo que le debía a mi familia.

—Estoy sorprendido de verte en clases, Edward. Escuché que estuviste involucrado en ese horrible accidente esta mañana.

—No me lastimé —ninguna sonrisa.

El Prof. Banner cambió su peso de un pie al otro, incómodo.

—¿Tienes alguna idea de cómo se encuentran Tyler Crowley y Bella Swan? Escuché que se habían herido...

—No podría saberlo —dije encogiendo mis hombros.

El Prof. Banner se aclaró la garganta.

—Eh, claro... —dijo, mi fría mirada hizo sonar su voz un poco tensa.

Caminó rápidamente hacia el frente de la clase y comenzó su lectura.

Lo que hice estuvo muy mal. A no ser que se le mirase desde un oscuro punto de vista.

Es que parecía tan... “poco caballeroso” calumniar a la chica a sus espaldas, especialmente cuando ella me estaba probando ser de más confianza de lo que jamás podría soñar. No había dicho nada para traicionarme, aún teniendo muy buenas razones para hacerlo.

¿La traicionaría aún cuando no había hecho nada más que guardar mi secreto?

Tuve una muy parecida conversación con la Sra. Goff, sólo que en español, en vez de inglés, y Emmett me dirigió una larga mirada.

«Espero que tengas una muy buena explicación para lo que ocurrió el día de hoy. Rose está que arde».

Puse los ojos en blanco sin mirarlo.

En realidad tenía una perfecta explicación. Sólo suponer que yo no hubiera hecho algo para detener la furgoneta y que aplastara a la chica... Me retracté de ese pensamiento. Pero si ella sí hubiera sido golpeada, si la furgoneta la hubiera destrozado haciéndola sangrar, el rojo fluido derramándose, desperdiciándose en el pavimento, la esencia de su sangre fresca revoloteando a través del aire...

Me estremecí de nuevo, pero no sólo por el horror. Parte de mí se estremeció por el deseo. No, no hubiera podido permitir verla sangrar, exponiéndonos a todos en una forma mucho más descarada y chocante.

Era una excusa perfecta... pero no la iba a usar. Estaba demasiado avergonzado.

Y no había pensando en ello hasta después de los hechos, pasara lo que pasara.

«Ten cuidado con Jasper», soltó Emmett, inocente de mi ensueño. «No está tan enojado... pero es el más decidido».

Vi a lo que se refería y, por un momento, la habitación dio vueltas a mí alrededor. Mi rabia me consumía tanto que una neblina roja nubló mi vista. Pensé que me iba a ahogar con ella.

«¡CIELOS, EDWARD! ¡CONTRÓLATE!» Emmett me gritó dentro de su cabeza. Su mano cayó en mi hombro, manteniéndome en mi asiento antes de que pudiera saltar de él. Raramente usaba toda su fuerza, era raramente una necesidad, ya que era mucho más fuerte que cualquier vampiro al que cualquiera de nosotros se hubiera enfrentado, pero la usó ahora. Apretó mi brazo, más que mantenerme sentado. Si hubiera empujado, la silla hubiera colapsado debajo de mí.

«¡TRANQUILO!» Me ordenó.

Traté de calmarme, pero era difícil. La rabia quemaba en mi cabeza.

«Jasper no hará nada hasta que todos hablemos. Sólo pensé que debías saber la dirección en la que está inclinado».

Me concentré en relajarme y sentí que la mano de Emmett aflojaba.

«Trata de no montar tanto espectáculo. Ya estás en bastantes problemas».

Respiré profundamente y Emmett me soltó.

Busqué alrededor de la sala rutinariamente, pero nuestra confrontación había sido tan corta y silenciosa que solo unas pocas personas sentadas detrás de Emmett lo habían notado. Ninguno de ellos sabía qué hacer al respecto, así que sólo se encogieron de hombros y lo dejaron así. Los Cullens eran raros, todos sabían eso.

«Demonios, chico, eres un desastre», agregó Emmett, con un tono más simpático.

—Déjame en paz<sup>5</sup> —murmuré casi en un susurro y escuché su risa baja.

Emmett no guardaba resentimientos y yo posiblemente debería estar más agradecido por su facilidad para comprender a los demás. Pero podía ver que las intenciones de Jasper tenían sentido para él, también estaba considerando cuál sería la mejor forma de actuar.

La rabia hervía a fuego lento, apenas bajo control. Sí, Emmett era más fuerte que yo, pero aún no me vencía en una competencia de pulso. Él se quejó de que yo hice trampa, pero escuchar pensamientos era parte de quién yo era, como su inmensa fuerza era parte de él. Éramos igualmente poderosos en una pelea.

¿Una pelea? ¿En eso iba a terminar todo esto? ¿Iba a pelear contra mi familia por una humana que apenas conocía?

Pensé en eso por un momento, en lo frágil que se sentía el cuerpo de la chica en mis brazos en yuxtaposición con Jasper, Rose y Emmett, con una súper fuerza y velocidad, unas máquinas asesinas por naturaleza...

Sí, pelearía por ella. Contra mi familia. Me estremecí.

Pero no era justo dejarla indefensa cuando había sido yo el que la puso en peligro.

No podía ganar solo, de todas formas, no contra ellos tres, y me pregunté quiénes serían mis aliados.

Carlisle, ciertamente. Él no pelearía con nadie, pero estaría totalmente en contra de los deseos de Rose y Jasper. Eso podría ser todo lo que necesitase.

Esme, lo dudo. Ella tampoco estaría en mi contra y odiaría estar en desacuerdo con Carlisle, pero apostaría por cualquier plan que mantuviera a su familia intacta. Su primera prioridad no sería hacer lo correcto, sería yo. Si Carlisle era el alma de nuestra familia, entonces Esme era el corazón. Él nos dio un líder digno de seguir; ella transformó eso en un acto de amor. Todos nos amábamos mutuamente, incluso bajo la furia que sentía hacia Jasper y Rose en estos momentos, incluso planeando pelear con ellos para salvar a la chica, sabía que los amaba.

Alice... no tenía idea. Probablemente dependería de qué viera venir. Imaginé que se aliaría con el ganador.

Así que, tendría que hacer esto sin ayuda. No era una amenaza para ellos estando solo, pero no iba a dejar que la chica saliera lastimada por mi culpa. Eso podría significar un plan evasivo.

Mi rabia se amortiguó un poco, con repentino humor negro. Me imaginé cómo reaccionaría si la raptaba. Por supuesto, siempre adivinaba erróneamente sus reacciones, pero ¿qué otra reacción podría tener aparte de terror?

No estaba seguro de cómo manejar eso, raptarla. No podría soportar estar cerca de ella por mucho tiempo. Quizá debería llevarla con su madre. Incluso eso estaba cargado de peligro. Para ella.

---

<sup>5</sup> "Bite Me" en inglés en el original que significa también: "Muérdeme".

Y también para mí, me di cuenta de pronto. Si la matara a causa de un accidente... no sabría exactamente cuánto dolor me causaría este hecho, pero sabía que sería multifacético e intenso.

El tiempo pasó muy rápido mientras reflexionaba sobre todas las complicaciones que se me venían encima: la discusión esperándome en casa, el conflicto con mi familia, las distancias que podría verme obligado a recorrer.

Bueno, ya no me podía quejar de que la vida fuera de esta escuela era monótona. La chica había cambiado eso.

Emmett y yo caminamos silenciosamente al auto cuando sonó la campana. Estaba preocupado por mí y preocupado por Rosalie. Sabía de qué lado se pondría en caso de una pelea, y eso lo molestaba.

Los demás nos esperaban en el auto, también silenciosos. Éramos un grupo muy tranquilo. Sólo podía oír los gritos.

«¡Idiota! ¡Lunático! ¡Imbécil! ¡Tarado! ¡Egoísta, irresponsable estúpido!» Rosalie mantuvo una constante orquesta de insultos al tope de sus pulmones mentales. Se me hizo difícil escuchar a los demás, pero la ignoré lo mejor que pude.

Emmett tenía razón sobre Jasper. Él estaba seguro de su decisión.

Alice estaba contrariada, preocupándose por Jasper, hojeando a través de imágenes del futuro. No importaba en qué dirección Jasper fuese por la chica, Alice siempre me veía ahí, bloqueándolo. Interesante... ni Rosalie ni Emmett estaban con él en las visiones. Así que Jasper planeaba atacar solo. Eso facilitaría las cosas.

Jasper era el mejor, ciertamente el más experimentado combatiente entre nosotros. Mi única ventaja era que yo podía escuchar sus movimientos antes de que él los realizara.

Nunca había peleado más que en forma de juego con Emmett o Jasper, sólo corriendo de aquí para allá. Me sentí enfermo al pensar en realmente en herir a Jasper.

No, eso no. Sólo bloquearlo. Eso era todo.

Me concentré en Alice, memorizando las diferentes formas de ataque de Jasper.

Mientras hacía esto, sus visiones cambiaban, moviéndose más y más lejos de la casa de los Swan. Lo estaba bloqueando antes de lo pensado...

«¡Ya para, Edward!» Dijo de súbito. «No puede suceder de esta forma. No lo permitiré».

No le respondí, sólo continué mirando.

Comenzó a buscar más lejos, en el neblinoso, inseguro reino de las distantes posibilidades. Todo era sombrío y vago.

Durante todo el camino a casa, el cargado silencio no aflojó. Estacioné en el gran garaje de la casa, el Mercedes de Carlisle ya estaba en casa, junto al gran Jeep de Emmett, el M3 de Rosalie y mi Vanquish. Me alegró que Carlisle ya estuviese en casa, este silencio terminaría explosivamente y quería que él estuviera allí cuando ocurriera.

Nos fuimos directo al comedor.

Obviamente, el lugar nunca se ocupaba para su previsto propósito. Pero estaba amoblado con una mesa larga, ovalada y de color caoba rodeada de sillas, éramos escrupulosos sobre tener toda la utilería en su lugar. En un grupo de tantas

personalidades dispares y fuertes en ocasiones era necesario discutir las cosas en calma, en actitud tranquila, sentados.

Tuve el presentimiento de que estar sentados no ayudaría demasiado hoy.

Carlisle se sentó en su puesto usual en la parte alta este de la sala. Esme estaba a su lado, con sus manos tomadas por encima de la mesa.

Los profundos y dorados ojos de Esme estaban enfocados en mí, llenos de preocupación.

«Quédate». Fue su único pensamiento. No tenía idea de lo que estaba a punto de comenzar; simplemente estaba preocupada por mí.

Deseaba poder sonreírle a la mujer que verdaderamente era una madre para mí, pero no tenía consuelo para ella en estos momentos.

Me senté al otro lado de Carlisle.

Carlisle tenía un mejor presentimiento de lo que iba a ocurrir. Sus labios estaban presionados suavemente y su frente estaba arrugada. La expresión lo hacía ver más viejo para su joven rostro.

Cuando todos se sentaron, podía ver las líneas dibujadas.

Rosalie se sentó frente a Carlisle en el otro lado de la mesa. Me miró fijamente en todo momento.

Emmett se sentó a su lado, con su rostro y sus pensamientos irónicos.

Jasper vaciló y luego se fue a parar contra la pared detrás de Rosalie. Estaba decidido, sin importar el resultado de esta discusión. Mis dientes se cerraron.

Alice fue la última en entrar y sus ojos estaban enfocados en algo lejano, el futuro, aún muy imperceptible para que hiciera uso de él. Pareciendo que sin pensarlo siquiera, se sentó al lado de Esme. Se frotó la frente como si tuviera jaqueca. Jasper se movió intranquilo considerando acercarse y acompañar a Alice, pero se mantuvo en su lugar.

Respiré profundo. Yo había empezado esto, yo debía hablar primero.

—Lo siento— dije, mirando primero a Rose, después a Jasper y a Emmett—. No era mi intención ponerlos en peligro. Fui desconsiderado y asumiré toda la responsabilidad por mi acto precipitado.

Rosalie me miró ceñuda.

—¿A qué te refieres con, “asumiré toda la responsabilidad”? ¿Lo vas a arreglar todo?

—No de la forma en que tú piensas— dije tratando de mantener mi voz tranquila—. Estaba planeando irme antes de que todo esto pasara. Me iré ahora...— «Sí estoy seguro de que la chica estará a salvo». Demandé en mi cabeza. «Sí creo que ninguno de ustedes la tocará»—. La situación se resolverá sola.

—No— Esme murmuró—. No, Edward.

Acaricié su mano.

—Es sólo por unos años.

—Bueno, Esme tiene razón— dijo Emmett—. No puedes ir a ninguna parte justo ahora. Eso haría lo opuesto a ayudar. Tenemos que saber lo que la gente está pensando, ahora más que nunca.

—Alice notará cualquier peligro —discrepé.

Carlisle negó con la cabeza.

—Creo que Emmett tiene razón, Edward. La chica estará más dispuesta a hablar si tú desapareces. O nos vamos todos, o no se va nadie.

—Ella no dirá nada —insistí rápidamente. Rose estaba al borde de la explosión, y yo pretendía zanzar esto primero.

—Tú no sabes lo que piensa —me recordó Carlisle.

—Estoy seguro. Alice, ayúdame un poco.

Alice me miró cansinamente.

—No puedo ver lo que ocurrirá si seguimos ignorando esto —miró a Rose y a Jasper.

No, ella no podía ver ese futuro, no cuando Rosalie y Jasper estaban tan decididos a ignorar el incidente.

La palma de Rosalie golpeó la mesa con una fuerte explosión.

—No le podemos dar una oportunidad a la humana a que diga algo. Carlisle, tú debes ver eso. Incluso si todos desapareciéramos, es peligroso dejar historias detrás de nosotros. Vivimos muy diferentes al resto de nuestra clase. Tú sabes que existen quienes amarán tener una excusa para apuntarnos con el dedo. ¡Debemos ser más cuidadosos que cualquiera!

—Ya hemos dejado rumores detrás de nosotros antes —le recordé.

—Sólo rumores y sospechas, Edward. ¡No testigos y evidencias!

—¡Evidencias! —me burlé.

Pero Jasper asentía con la cabeza, con una mirada muy dura.

—Rose... —comenzó Carlisle.

—Déjame terminar, Carlisle. No tiene que ser una gran producción. La chica se golpeó la cabeza hoy. Puede que de pronto ese golpe resulte ser más serio de lo que aparenta— Rosalie se encogió de hombros—. Todos los mortales se van a dormir con la probabilidad de no volver a despertar. Los demás esperarán que seamos capaces de arreglar nuestros asuntos. Técnicamente, ese sería el trabajo de Edward, pero esto obviamente lo supera. Tú sabes que yo me puedo controlar. No dejaría ninguna evidencia.

—Sí, Rosalie, todos sabemos que eres una asesina competente—le gruñí.

Ella me gruñó de vuelta, momentáneamente sin palabras, si solamente hubiese durado.

—Edward, por favor— dijo Carlisle. Luego, se volvió hacia Rosalie—. Rosalie, me hice de la vista gorda en Rochester porque sentí que merecías justicia. Los hombres que asesinaste se equivocaron monstruosamente contigo. Esta no es la misma situación. La chica Swan es inocente.

—No es algo personal, Carlisle— Rosalie dijo entre dientes—. Es para protegernos a todos.

Hubo un breve momento de silencio mientras Carlisle pensaba su respuesta. Cuando asintió, los ojos de Rosalie se iluminaron. Ella debió haberlo sabido. Incluso si yo no fuera capaz de leer sus pensamientos, hubiera podido anticipar sus próximas palabras. Carlisle nunca iba a comprometer la seguridad de alguien.

—Sé que tus intenciones son buenas, Rosalie, pero... me gustaría mucho que realmente valiera la pena proteger a nuestra familia. El... accidente o lapso en rigor ocasional es una parte deplorable de quiénes somos— era muy común en él incluirse en el plural, aunque él nunca había sufrido un lapso—. El asesinar a una inocente niña a sangre fría es algo muy diferente. Creo que el riesgo que ella representa, aunque diga sus sospechas o no, no es nada comparado con el riesgo mayor. Si hacemos excepciones para protegernos, nos arriesgamos a algo mucho más importante. Nos arriesgamos a perder la esencia de quiénes somos.



Controlé mi expresión muy cuidadosamente. No ayudaría para nada sonreír. O aplaudir, que es lo que quería hacer ahora.

Rosalie frunció el ceño.

—Sólo se trata de ser responsable.

—Es ser insensible— corrigió Carlisle gentilmente—. Toda vida es valiosa.

Rosalie suspiró muy fuerte y su labio inferior sobresalió. Emmett acarició su hombro.

—Estará bien, Rose —la animó en voz baja.

—La pregunta— continuó Carlisle—. Es si nos deberíamos mudar.

—No— gimió Rosalie—. Acabamos de acomodarnos. ¡No quiero empezar a ser estudiante de último año en la secundaria de nuevo!

—Podrías mantener tu actual edad, por supuesto —dijo Carlisle.

—¿Y tener que mudarnos de nuevo tan pronto? —ella discrepó.

Carlisle se encogió de hombros.

—¡Me gusta aquí! ¡Hay tan poco sol, que casi podemos tener una vida normal.

—Bueno, ciertamente no tenemos que decidirlo ahora. Podemos esperar y ver si es realmente necesario. Edward parece muy seguro del silencio de la chica Swan.

Rosalie resopló.

Pero ya no estaba preocupado por Rose. Podía ver que ella acataría la decisión de Carlisle, sin importar cuán enfurecida estuviera conmigo. Su conversación se había movido a detalles menos importantes.

Jasper permaneció inmóvil.

Entendía por qué. Antes de que él y Alice se conocieran, él vivió en una zona de combate, un implacable teatro de guerra. Él sabía las consecuencias por burlar las reglas, había visto las espantosas secuelas con sus propios ojos.

Decía mucho el que Jasper no hubiera tratado de calmar a Rosalie con sus facultades extras, ni que tratara de alentarla. Él se mantenía alejado de esta discusión, sobre ella.

—Jasper —dije.

Él me miró sin ninguna expresión en su rostro.

—Ella no pagará por mi error. No lo voy a permitir.

—Entonces, ¿Se beneficiará de él? Ella debió morir hoy, Edward. Yo sólo voy a terminar lo que empezó.

—No lo permitiré —repetí, enfatizando cada palabra.

Levantó las cejas. No esperaba esto, no había imaginado que yo actuaría para detenerlo.

Negó con su cabeza una vez.

—No permitiré que Alice viva en el peligro, incluso uno pequeño. Tú no sientes por nadie lo que yo siento por ella, Edward, y no has pasado por lo que yo he pasado, aunque hayas visto mis recuerdos o no. Tú no lo entiendes.

—No estoy negando eso, Jasper. Pero te lo digo ahora, no te voy a permitir que hieras a Isabella Swan.

Nos miramos mutuamente, sin pestañear, midiendo la oposición. Sentí cómo cateaba el humor a mí alrededor, probando mi determinación.

—Jazz— dijo Alice, interrumpiéndonos.

Él me sostuvo la mirada por un momento más y entonces la miró.

—No te molestes en decirme que te puedes cuidar sola, Alice. Yo ya sé eso. Eso no cambia...

—Eso no es lo que voy a decir— interrumpió Alice—. Te iba a pedir un favor.

Vi lo que se proponía en su mente y mi boca se abrió con un audible jadeo. La miré, en estado de shock, notando sólo vagamente que todos, aparte de Alice y Jasper, estaban mirándome fijamente.

—Sé que me amas. Gracias. Pero realmente apreciaría que no trataras de matar a Bella. Primero que todo, Edward habla en serio y yo no quiero verlos pelear. Segundo, ella es mi amiga. Mejor dicho, será mi amiga.

Todo era tan claro como el cristal en su cabeza: Alice, sonriendo, con su frío y pálido brazo alrededor de los frágiles hombros de la cálida chica. Y Bella estaba sonriendo también, con su brazo alrededor de la cintura de Alice.

La visión era tan sólida como una roca; lo único incierto era el tiempo.

—Pero...Alice...— Jasper jadeó. No pude lograr voltear mi cabeza y mirar su expresión. No me podía alejar de la imagen en la cabeza de Alice.

—Algún día la voy a querer, Jazz. Me voy a enojar mucho contigo si no dejas que suceda.

Aún estaba inmerso dentro de los pensamientos de Alice. Vi cambiar el futuro mientras Jasper aceptaba la inesperada petición de Alice.

—Ah— Alice suspiró, su indecisión se había aclarado en un nuevo futuro—. ¿Ves? Bella no dirá nada. No hay nada de qué preocuparse.

El modo en que decía el nombre de la chica... como si ya fueran amigas muy cercanas.

—Alice— dije—. ¿Qué significa...?

—Te dije que un cambio se aproximaba. No lo sé, Edward— pero apretó su mandíbula y pude ver que había más. Estaba tratando de no pensar en ello; repentinamente se enfocó en Jasper, él estaba demasiado impactado por el progreso de su propia decisión.

Ella hacía esto a veces, cuando trataba de esconderme algo.

—¿Qué, Alice? ¿Qué estás escondiendo?

Escuché la queja de Emmett. Siempre se frustraba cuando Alice y yo teníamos este tipo de conversaciones.

Ella movió su cabeza, tratando de mantenerme fuera.

—¿Es sobre la chica?— exigí saber— ¿Es sobre Bella?

Alice tenía sus dientes apretados con la concentración, pero cuando dije el nombre de Bella, aflojó. Su afloje duró sólo una pequeña porción de un segundo, pero fue suficiente.

—¡NO! —jadeé. Escuché mi silla golpear el suelo y sólo entonces noté que estaba de pie.

—¡Edward! —Carlisle se había puesto de pie también, su mano estaba en mi hombro. Apenas notaba su presencia.

—Se está solidificando— susurró Alice—. Cada minuto estás más decidido. Existen sólo dos caminos para ella. Es lo uno o lo otro, Edward.

Podía ver lo que ella veía... pero no lo podía aceptar.

—No— dije de nuevo; mi negación no tenía volumen. Mis piernas se sintieron flácidas y tuve que agarrarme a la mesa. La mano de Carlisle se alejó.

—Esto es muy molesto— se quejó Emmett.

—Debo irme —le susurré a Alice, ignorándolo.

—Edward, ya hemos intentado eso— dijo Emmett muy despacio—. Esa es la mejor manera de alentar a la chica a que diga algo. Además, si te vas, no sabríamos si ella ha hablado o no. Tienes que quedarte y afrontar esto.

—No veo que vayas a ninguna parte, Edward— me dijo Alice—. Creo que ya no puedes irte—. «Piénsalo», agregó silenciosamente. «Piensa en irte».

Vi a lo que se refería. Sí, la idea de no ver más a la chica era... dolorosa. Ya había sentido eso en el pasillo del hospital donde le había dado una despedida. Pero irme era ahora aún más necesario. No podía sancionar ningún futuro al que aparentemente yo iba a condenarla.

«No estoy totalmente segura de Jasper, Edward», Alice continuó. «Si tú te vas, si él piensa que ella es un peligro para nosotros...»

—No escucho eso— la contradije, todavía medio inconsciente de nuestra audiencia. Jasper estaba dudoso. Nunca haría algo que hiriera a Alice.

«No es el momento oportuno. ¿Arriesgarás su vida, dejándola indefensa?»

—¿Por qué me estás haciendo esto? —gruñí. Mi cabeza se cayó entre mis manos.

Yo no era el protector de Bella. No podía serlo. ¿Acaso el futuro dividido de Alice no era suficiente prueba de eso?

«Yo también la amo. O lo haré. No en la misma forma, pero la quiero alrededor para cuando eso ocurra».

—¿Amarla... también? —susurré, incrédulo.

Ella suspiró. «Estás tan ciego, Edward. ¿Acaso no ves a dónde vas? ¿No ves dónde estás ya? Es más inevitable que el sol salga mañana por la mañana. Ve lo que yo veo...»

Agité mi cabeza, horrorizado.

—No— traté de apagar las visiones que ella me revelaba—. No tengo que seguir ese camino. Me iré. Cambiaré el futuro.

—Puedes intentarlo —me dijo, con su voz escéptica.

—Oh, ¡Vamos! —gritó Emmett.

—Pon atención— le dijo Rose a Emmett— ¡Alice ve a Edward enamorándose de una humana! ¡Clásico de Edward!—dijo haciendo un sonido de asco.

A duras penas la oí.

—¿Qué?— dijo Emmett, sorprendido.

Luego su atronante risa hizo eco en la habitación—: ¿Eso es lo que está sucediendo?— se rió de nuevo—. Golpe duro, Edward.

Sentí su mano en mi hombro y la sacudí automáticamente. No le podía poner atención.

—¿Enamorado de una humana?— repitió Esme en su aturdida voz— ¿De la chica que salvó hoy? ¿Enamorado de ella?

—¿Qué es lo que ves exactamente, Alice? —preguntó Jasper.

Ella se volteó hacia él; yo continué mirando aturdido al perfil de su rostro.

—Todo depende de si él es lo suficientemente fuerte o no. O la mata él mismo— se volteó para encontrarse con mi mirada de nuevo, deslumbrada—. Lo cual, realmente me irritaría mucho, Edward, sin mencionar lo que te causaría a ti— miró a Jasper de nuevo—. O ella será una de nosotros algún día.

Alguien jadeó; no miré para ver quién.

—¡Eso no va a ocurrir! — estaba gritando de nuevo— ¡Ninguna de las dos opciones!

Alice no pareció oírme.

—Todo depende— repitió—. Puede que él sea muy fuerte para no matarla, pero estará muy cerca. Le tomará una impresionante fuerza de autocontrol—dijo reflexivamente—. Incluso, más del que ha tenido Carlisle. De lo único que no es lo suficientemente fuerte es de estar lejos de ella. Eso es una causa perdida.

No podía encontrar mi voz. Nadie parecía poder hacerlo tampoco. La habitación estaba en absoluta quietud.

Yo miraba a Alice y todos me miraban a mí. Podía ver mi propia expresión horrorizada desde cinco diferentes puntos de vista.

Después de un largo momento, Carlisle suspiró.

—Bueno, esto... complica las cosas.

—Ya te digo— aceptó Emmett. Su voz aún estaba cercana a la risa. Confiaba en que Emmett encontraría una broma en la destrucción de mi vida.

—Supongo que los planes son los mismos— dijo Carlisle pensativamente—. Nos quedaremos y observaremos. Obviamente, nadie... herirá a la chica.

Me endurecí.

—No— dijo Jasper tranquilamente—. Puedo acceder a eso. Si Alice ve sólo dos caminos...

—¡No!— mi voz no era un grito o un gruñido o un llanto de desesperación, sino una combinación de los tres— ¡No!

Tenía que irme, para alejarme del ruido de sus pensamientos, el egoísmo de Rosalie, el humor de Emmett, la paciencia infinita de Carlisle...

Peor: la confianza de Alice. La confianza de Jasper en la confianza de Alice.

Y lo peor de todo: La... alegría de Esme.

Salí de la habitación. Esme me tomó el brazo pero yo seguí de largo sin reconocer el gesto.

Estaba corriendo antes de que estuviera fuera de la casa. Traspasé el río de un salto y corrí por el bosque. La lluvia volvió, cayendo tan fuerte que ya estaba mojado en un par de segundos. Me gustaba la delgada capa de agua, creaba una pared entre el resto del mundo y yo. Me encerraba, me dejaba estar solo.

Corrí hacia el este, por y entre las montañas sin detenerme, hasta que pude ver las luces de Seattle al otro lado del sonido. Me detuve antes de tocar los bordes de la civilización humana.

Encerrado por la lluvia, solo, finalmente pude mirar lo que había hecho, a la forma en que había mutilado el futuro.

Primero, la visión de Alice y la chica con sus brazos alrededor de cada una, caminando juntas en el bosque cercano a la escuela. La confianza y la amistad eran tan obvias que gritaba fuera de las imágenes. Los ojos achocolatados de Bella no estaban desconcertados en esta visión, pero aún lleno de secretos, en este momento, parecía ser secretos felices. Ella no se alejó del frío abrazo de Alice.

¿Qué significaba? ¿Cuánto sabía ella? En ese momento, aún de mortalidad, del futuro, ¿qué pensaba ella de mí?

Y, la otra imagen, casi igual pero llena de horror. Alice y Bella en el porche frente a mi casa, sus brazos aún alrededor de la otra en signo de confianza y amistad. Pero ahora no había ninguna diferencia entre esos brazos, ambos eran pálidos, suaves y duros como el mármol, como acero. Los ojos de Bella ya no eran de color chocolate. Estos iris eran de un chocante y vívido color carmesí. Los secretos en ellos

eran insondables, ¿aceptación o desolación? Era imposible decirlo. Su rostro era frío e inmortal.

Me estremecí. No podía suprimir las preguntas, similares, pero diferentes: ¿Qué significaba... cómo había sucedido esto? ¿Y qué pensaba ella de mí ahora?

Podía responder la última. Si la forzaba a pertenecer a esta media-vida por mi debilidad y mi egoísmo, seguramente me iba a odiar.

Pero había otra horrorosa imagen más, peor que cualquier imagen que haya visto en mi cabeza.

Mis propios ojos, de un profundo color carmesí por la sangre humana, los ojos de un monstruo. El cuerpo roto de Bella en mis brazos, de un blanco ceniza, vacío y sin vida. Era tan concreto, tan claro.

No podría soportar ver eso. No podría soportarlo. Traté de desterrar la imagen de mi mente, traté de ver algo más, cualquier cosa. Traté de ver de nuevo la expresión en su rostro vivo que me había estado obstruyendo la vista por el último capítulo de mi existencia. No sirvió de nada.

La cruda visión de Alice llenó mi cabeza, y me retorcí en mi interior con la agonía que causaba. Mientras tanto, el monstruo en mí se desbordaba en regocijo, jubilante con su éxito. Me asqueó.

Esto no podía suceder. Tenía que haber alguna forma de evitar el futuro. No dejaría que las visiones de Alice me dirigieran. Podía elegir un camino diferente. Siempre había una opción.

Tenía que haberla.

# INVITACIONES

LA SECUNDARIA. YA NO ERA UN PURGATORIO. AHORA ERA EL MISMÍSIMO INFIERNO. Tormento y fuego... sí, tenía ambos.

Ahora, estaba haciendo todo correctamente. Cada punto en la “i”, cada “t” cruzada. Nadie podía quejarse de que yo no afrontara mis responsabilidades.

Para complacer a Esme y proteger a los otros, me quedé en Forks. Regresé a mi antiguo cronograma. No cacé más que el resto de ellos. Cada día iba a clases e interpretaba el papel de ser humano, cada día escuchaba cuidadosamente por alguna noticia nueva de los Cullen y nunca hubo nada nuevo. La chica no dijo nada acerca de sus suposiciones. Sólo repetía la misma historia, que yo estaba junto a ella y la quité del camino, hasta que su impaciente audiencia se aburrió y dejaron de buscar más detalles. No existía peligro. Mi manera de actuar precipitada, no había herido a nadie.

Excepto a mí mismo.

Estaba determinado a cambiar el futuro. No era una tarea fácil para una sola persona, pero no existía otra opción con la cual vivir.

Alice dijo que yo no era lo suficientemente fuerte para alejarme de la chica. Le probaría que estaba equivocada.

Pensé que el primer día sería el más difícil. Al final, estaba seguro de que ese era el caso, pero también estaba equivocado.

Sabía que la iba a herir. Me conformé con el hecho de saber que su dolor no sería más que un pinchazo, un pequeño agujonazo de rechazo, comparado con mi dolor. Bella era humana y sabía que yo era algo más, algo equivocado, algo aterrador. Debió estar más aliviada que preocupada en el momento que giré mi rostro lejos de ella y pretendí que no existía.

—Hola, Edward —me saludó el primer día cuando estuvimos de vuelta en Biología. Su voz sonaba complacida, amistosa, un giro de 180° desde la última vez que hablamos.

¿Por qué? ¿Qué significaba el cambio? ¿Lo había olvidado? ¿Había decidido que había imaginado todo el episodio? ¿Me había perdonado por no haber cumplido mi promesa de contarle la verdad?

Las preguntas me quemaban como la sed que me atacaba cada vez que respiraba.

Sólo ocupaba un instante para ver en sus ojos. Sólo para observar si podía leer las respuestas ahí...

No. No me podía permitir algo así. No si iba a cambiar el futuro.

Moví mi barbilla una pulgada en su dirección, sin dejar de mirar el frente del salón. Cabeceé una vez y volví mi cara al frente.

No me habló de nuevo.

Esa tarde, apenas acabaron las clases, dejé de interpretar mi personaje, corrí hasta Seattle, como había hecho ayer. Parecía que podía manejar el dolor levemente mejor si volaba sobre los campos convirtiendo todo a mí alrededor en un borroso color verde.

Esa carrera se había convertido en un hábito diario.

¿La amaba? No lo creía. No todavía. Las visiones de Alice, de ese impreciso futuro se habían grabado en mí y podía ver cuán fácil era poder enamorarse de Bella. Era exactamente como caer: no requería esfuerzo alguno. No permitirme amarla era lo opuesto a caer, era como evitar caerse en un acantilado, mano sobre mano, la prueba era tan dura como si no tuviese más que solo fuerza humana.

Más de un mes había pasado y cada día era aún más difícil. No tenía ningún sentido para mí, seguía esperando superarlo, hacerlo más llevadero. Seguro que a esto se refería Alice cuando predijo que no podría estar lejos de la chica. Ella había visto todos los tipos de dolor por los que yo pasaría.

Pero, ¿podía manejar el dolor?

No destruiría el futuro de Bella. Si estaba destinado a amarla, entonces, ¿evadirla no era al menos lo poco que podía hacer?

Evadirla estaba al límite de mis capacidades. Podía pretender ignorarla y no mirarla en absoluto. Podía pretender que ella no me interesaba. Pero seguía pendiente de cada respiro suyo, de cada palabra dicha.

No podía verla con mis ojos, entonces la veía a través de los ojos de los demás. La vasta mayoría de mis pensamientos giraban a su alrededor como si ella fuese el centro de gravedad de mi mente.

Con este infierno en la tierra, dividí mis tormentos en cuatro categorías:

Las primeras dos eran familiares, su esencia y su silencio. Visto de otro modo, para tomar mi parte de la responsabilidad, mi sed y mi curiosidad.

La tercera, era la primordial de mis tormentos. Mi nuevo hábito de no respirar en clase de Biología. Por supuesto, siempre había excepciones, cuando tenía que contestar alguna pregunta y tenía que respirar para hablar. Cada vez que probaba el aire cerca de la chica, era como el primer día, fuego y necesidad; y una violencia brutal desesperada por actuar. Era difícil aferrarse a la razón para resistir esos momentos. Y justo como el primer día, el monstruo en mí podía roer la superficie, muy cerca de salir...

La curiosidad era el más constante de mis tormentos. La eterna pregunta no salía de mi cabeza: “¿Qué está pensando ahora?” Cuando escuchaba cada pequeño suspiro. Cuando jugaba ausente enroscando su cabello en uno de sus dedos. Cuando tiraba sus libros con un poco más de fuerza que la usual. Cuando llegaba tarde a clase. Cuando movía impaciente su pie contra el piso. Cada movimiento captado con mi visión perimetral era un misterio para mí. Cuando le hablaba a otros estudiantes humanos, analizaba cada tono en sus palabras. ¿Les hablaba sinceramente o se reservaba algún comentario? A menudo me parecía que le decía a su audiencia lo que esperaban y eso me hacía recordar a mi familia y nuestro constante vivir en mentiras, éramos mejores mintiendo. ¿Por qué tendría ella que interpretar un rol? Era igual a ellos, solamente una adolescente humana.

Sólo que... ocasionalmente no se comportaba como tal. Por ejemplo, cuando el Prof. Banner asignó un trabajo grupal para Biología. Su práctica era dejar que los estudiantes escogieran a sus compañeros. Como siempre pasaba con los trabajos grupales, los más valientes de los estudiantes ambiciosos, Beth Dawn y Nicholas Laghari, rápidamente me preguntaron si me les uniría. Me encogí de hombros aceptando. Ellos sabían que haría mi parte a la perfección y la de ellos también, si no la completaban.

No era de sorprenderse que Mike se aliara a Bella. Lo que fue inesperado fue la insistencia de Bella por el tercer miembro de su equipo, Tara Galvaz.

Usualmente, el Prof. Banner tenía que asignar a Tara a algún grupo. Ella se veía más sorprendida que agradecida cuando Bella le dio unos golpecitos en el hombro y vergonzosamente le preguntó si quería trabajar con ella y Mike.

—Como quieras —respondió Tara.

Cuando volvió a su asiento, Mike le susurró—: Ella es una fumona total. No hará nada. Creo que está reprobando Biología.

Bella negó con la cabeza y le respondió—: No te preocupes por eso. Haré lo que sea que ella no haga.

—¿Por qué hiciste eso? —Preguntó Mike nada complacido.

Era la misma pregunta que moría por hacerle, aunque no en el mismo tono.

De hecho, Tara sí estaba reprobando Biología. El Prof. Banner estaba ahora pensando en ella, tanto sorprendido como conmovido por la elección de Bella.

«Nadie nunca le da una oportunidad a esa chica. Bien por Bella, es más agradable que la mayoría de estos caníbales».

¿Había notado Bella el ostracismo que había hacia Tara de parte del resto de la clase? No podía imaginar otra razón más que amabilidad para acercarse a ella, especialmente con la introversión de Bella en el camino. Me pregunté cuánto desagrado le habría causado, que decidió que valía más la pena acercarse a una extraña.

Tomando en cuenta el apego de Bella por Biología, me preguntaba si la nota por este trabajo salvaría a Tara de fallar, al menos, en esta clase. Y eso fue exactamente lo que pasó.

Luego hubo ese momento durante el almuerzo cuando Jessica y Lauren estaban hablando del destino número uno en su lista de deseos. Jessica escogió Jamaica solo para sentirse inmediatamente superior cuando Lauren contrarresto respondiendo que la Riviera Francesa. Tyler repicó que Amsterdam, pensando en el famoso distrito rojo, y los demás empezaron a sonar apagados. Esperaba ansiosamente por la respuesta de Bella, pero antes de que Mike (a quién le gustaba la idea de ir a Río) pudiera preguntarle, Eric entusiastamente mencionó la Comic-Con y la mesa explotó en risas.

—Que idiota —siseó Lauren.

—Ya sé, ¿verdad? —se ríe Jessica por lo bajo.

Tyler puso los ojos en blanco.

—Nunca vas a conseguir novia —le dijo Mike a Eric.

La voz de Bella, más alta que su usual timbre tímido, cortó las burlas.

—No, eso es genial— insistió Bella—. Ahí es donde me gustaría ir a mí también.

Mike comenzó a remar hacia atrás inmediatamente.

—O sea, creo que algunos de los trajes son geniales. Leia Esclava. «Debería mantener mi bocota cerrada».



Jessica y Lauren compartieron una mirada con el ceño fruncido.

«Ay, por favor», pensó Lauren.

—Deberíamos ir— Eric apremió a Bella—. O sea, después de ahorrar lo suficiente. «¡Comic-Con con Bella! Mucho mejor que ir a la Comic-Con solo...»

Bella se desconcertó por un segundo, pero luego de una rápida mirada a la expresión de Lauren, se recuperó.

—Sí, claro, ya quisiera. Probablemente es demasiado costoso, ¿No?

Eric comenzó a hablar sobre precios de boletos y hoteles versus dormir en un auto. Jessica y Lauren volvieron a su conversación de antes mientras Mike escuchaba sin felicidad a Eric y Bella.

—¿Crees que son dos días de carretera o tres? —preguntó Eric.

—Ni idea —dijo Bella.

—Bueno, ¿Cuánto tiempo hay de aquí a Phoenix manejando?

—Puedes hacerlo en dos días— dijo con confianza—. Si estás dispuesto a conducir quince horas diarias.

—San Diego debería estar un poco más cerca que eso, ¿Cierto?

Me pareció ser el único que notó la bombilla que se encendió en la cabeza de Bella.

—¡Ah, sí! San Diego está más cerca, definitivamente. Igual serían dos días, seguramente.

Estaba claro que ella ni siquiera sabía dónde se hacía la Comic-Con. Simplemente replicó para salvar a Eric de las burlas. Estaba revelando su carácter, continuaba agregando cosas a mi lista, pero ahora no sabía qué lugar habría escogido para ella misma. Mike estaba casi igual de insatisfecho, pero parecía no darse cuenta de sus verdaderas razones.

Era constantemente así con ella: nunca sobresaliendo de su zona de comodidad silenciosa excepto cuando percibía que alguien lo necesitara; cambiando el tema siempre que su círculo de humanos se volvía muy cruel con alguno; agradecerle a un profesor por su clase si ese profesor parecía alicaído; entregando su casillero a cambio de un lugar menos conveniente para que dos mejores amigas pudieran ser vecinas; sonriendo cierta sonrisa que nunca llegaba hasta sus contentos amigos, sino revelándose a alguien que estuviese sufriendo. Pequeñas cosas que ninguna de sus amistades o admiradores, parecían ver.

A través de estas pequeñas cosas, fui capaz de agregar la cualidad más importante a mi lista, la más reveladora de todas, tan simple como rara. Bella era buena. Todas las demás cosas se agregaban a un todo: agradable y nada egoísta y valiente, era buena de cabo a rabo. Nadie parecía darse cuenta de eso excepto yo. Aunque ciertamente Mike la observaba casi igual de seguido.

Ese era el más sorprendente de mis tormentos: Mike Newton. ¿Quién habría imaginado que semejante mortal, genérico y aburrido, podría ser tan fastidioso? Para ser justos, debería sentir un poco de gratitud hacia él más que con los otros, él mantenía a la chica hablando. Aprendí mucho de ella en estas conversaciones pero la asistencia de Mike en mi proyecto sólo agravaba las cosas. No quería que fuera él quien desbloqueara sus secretos.

Ayudó un poco que él no notara las pequeñas revelaciones, sus pequeños resbalones. No sabía nada acerca de ella. Creó una Bella en su cabeza que no existía, una chica tan genérica como él mismo. Nunca observó el desinterés y la valentía que la separaban del resto de los humanos, nunca escuchaba la anormal madurez de sus

palabras. No percibía que cuando ella hablaba de su madre, era como si un padre hablara de su hija en vez de lo contrario, amorosa, indulgente, un poco divertida y ferozmente protectora. No escuchaba la paciencia en su voz cuando tenía que fingir interés en sus historias y nunca imaginó la compasión tras esa paciencia.

Este provechoso descubrimiento no hizo que me encariñara con el chico en absoluto. La manera posesiva de cómo él miraba a Bella, como si ella fuera una adquisición la cual ganar, me provocaba casi tanto como las vívidas fantasías con ella. Se estaba volviendo más cómodo con ella, también, con el tiempo, ya que parecía que lo prefería por sobre quien él consideraba sus rivales: Tyler Crowley, Eric Yorkie, e incluso, esporádicamente, yo mismo. Él se sentaba enfrente de nuestra mesa en Biología antes que la clase empezara, charlaba con ella, disfrutando de sus sonrisas. Sonrisas sólo de cortesía, me decía a mí mismo. Al mismo tiempo me imaginaba empujándolo a través de la clase y estrellándolo contra la pared más lejana. Probablemente eso no lo dañaría de una manera fatal.

Mike no pensaba en mí como rival. Después del accidente, se preocupó por el hecho de que Bella y yo nos hubiéramos unido de alguna manera gracias a la experiencia compartida pero, obviamente, lo opuesto sucedió. Todavía se preocupaba de que yo hubiera escogido a Bella como mi objeto de atención. Pero ahora que la ignoraba como a las demás chicas, estaba complacido.

¿Qué pensaba ella ahora? ¿Correspondía sus atenciones?

Finalmente, el último de mis tormentos, el más doloroso: la indiferencia de Bella. Como yo la ignoraba, ella me ignoraba. Nunca trató de hablarme de nuevo. Por lo que sabía, ella no pensaba en mí en absoluto.

Eso quizá me hubiese vuelto loco o, peor, casi romper con mi resolución, excepto que a veces ella me miraba fijo, como antes lo hacía. Nunca lo vi por mí mismo, porque no me permitía mirarla, pero Alice siempre nos avisaba; los demás sólo estaban preocupados sobre qué tanto sabía la chica.

El dolor se hizo un poco más llevadero por el hecho de que ella me mirara en la distancia de vez en cuando. Por supuesto que probablemente me miraba preguntándose exactamente qué clase de aberración era yo.

—Bella empezará a mirar a Edward en un minuto. Luzcan normales —dijo Alice un martes, en marzo y los otros fueron cautelosos al cambiar de posturas.

Puse máxima atención en cuan a menudo miraba en mi dirección. Me complacía, aunque no debiera, que la frecuencia de sus miradas no declinaran con el tiempo. No sabía qué significaba, pero me hizo sentir mejor.

Alice suspiró. «Desearía...»

—Mantente apartada, Alice —dije apenas en un susurro—. No va a pasar.

Arrugó la cara. Estaba ansiosa de empezar su amistad con Bella. En una manera extraña, ella extrañaba a una chica que no conocía.

«Tengo que admitirlo, eres mejor de lo que pensaba. Tienes todo el futuro amargado e insensible otra vez. Espero que seas feliz».

—Tiene todo el sentido para mí.

Alice resopló delicadamente.

Traté de callarla, estaba demasiado impaciente por seguir con nuestra conversación. No estaba de buen humor, estaba más tenso de lo que los demás podían ver. Sólo Jasper podía sentir mi estrés emanar, con su habilidad única de sentir e influenciar sobre los sentidos de los demás. No entendía las razones tras mis

sensaciones y desde que yo constantemente me había comportado como un tonto, estos últimos días entonces, él simplemente se desentendía de mí.

Hoy sería difícil, más difícil que ayer. Para variar.

Mike Newton iba a invitar a Bella a una cita.

El baile donde la chica elegía estaba en el horizonte cercano y él esperaba que Bella lo invitara. El hecho de que no lo hiciera, confundía su autoestima. Ahora estaba en un aprieto incómodo y disfrutaba su incomodidad más de lo que debía, porque Jessica Stanley acababa de invitarlo. No dijo “sí”, esperanzado de que Bella lo invitara y así probar su superioridad ante sus rivales, pero no quería decirle “no” y perderse de una oportunidad para ir al baile. Jessica, herida y adivinando por donde iban los planes de Mike, no dejaba de pensar en sufrimientos para Bella. De nuevo, mi instinto me empujaba a interponerme entre los terribles pensamientos de Jessica. Ahora entendía mejor el instinto, pero no lo hacía mejor el hecho de no poder actuar.

¡Pensar que llegué a algo así! Estaba involucrado en el patético melodrama estudiantil que antes me parecía despreciable.

Mike estaba nervioso mientras acompañaba a Bella a Biología. Escuchaba su debate interno mientras los esperaba. El chico era débil. Había esperado por el baile a propósito, con miedo de fallar ante la posibilidad de que ella no lo escogiera. No quería sentirse vulnerable frente al rechazo, prefería que ella fuera quien actuara primero.

Cobarde.

Se sentó al frente de nuestra mesa de nuevo, cómodo después de una larga familiaridad y yo imaginaba el sonido que haría si su cuerpo fuera golpeado hasta el otro extremo del aula y se rompieran la mayoría de sus huesos.

—Así que— le dijo a la chica, con su mirada en el suelo—. Jessica me invitó al baile de primavera.

—Eso es genial— le respondió Bella inmediatamente con entusiasmo. Fue casi imposible no reírme de cómo Mike procesó su tono. Él esperaba consternación—. Te divertirás mucho con Jessica.

Él se retorció buscando la respuesta correcta.

—Bueno...—dudó y casi se echó atrás y luego se compuso—. Le dije que tenía que pensarlo.

—¿Por qué harías algo así? —le demandó. Su tono de voz era de desaprobación y ahí, escondido, también había alivio.

¿Qué significaba eso? Una inesperada e intensa furia hizo que mis manos se cerraran en un puño.

Mike no escuchó el alivio. Su cara estaba tan roja como la sangre, feroz, como repentinamente lo sentí, parecía una invitación y el chico clavó nuevamente su mirada en el piso cuando habló.

—Me preguntaba si... bueno, si me invitarías tú.

Bella vaciló.

En ese momento de vacilación vi el futuro con más claridad de la que Alice jamás había visto.

La chica tal vez aceptaría la pregunta silente de Mike, o tal vez no, pero de alguna manera, algún día, ella le diría que sí a alguien. Ella era adorable e intrigante y los hombres humanos no eran ignorantes a estos hechos. Cualquiera que eligiera

de esa muchedumbre de admiradores, o si esperaba hasta ser libre fuera de Forks, el día cuando dijera que sí llegaría.

Vi su vida a través de mis ojos, universidad, una carrera... amor, matrimonio. La vi de nuevo junto a su padre, con un hermoso vestido blanco, su rostro sonrojado de alegría mientras se movía al compás del “Bridal Chorus” de Wagner.

El dolor que sentí mientras imaginaba este futuro me recordó a la agonía de la transformación. Me consumió.

No sólo era dolor, sino una rabia absoluta.

La furia se arqueó contra mi cuerpo. Aunque ese chico insignificante y estúpido no fuera el que Bella escogiera, anhelaba destruir su cráneo con una sola mano y dejarlo como recordatorio a quien se atreviera invitarla en el futuro.

No entendía esta emoción, era una extraña mezcla de ira, rabia, deseo y desesperación. Nunca había sentido algo así, ni siquiera podía ponerle nombre.

—Mike, creo que deberías decirle que sí —le dijo Bella con su dulce voz.

Las esperanzas de Mike cayeron como el plomo. Lo hubiera disfrutado bajo otras circunstancias, pero estaba afectado por un shock traumático, y lo que la ira y el remordimiento habían hecho conmigo.

Alice tenía razón. Yo no era tan fuerte.

En este momento, Alice estaría viendo el futuro dando vueltas y cambiando, siendo destrozado nuevamente. ¿Acaso estaría contenta?

—¿Ya se lo pediste a alguien? —preguntó Mike de repente. Me echó un vistazo, sospechoso por primera vez en semanas. Me di cuenta que estaba traicionando mi “desinterés” porque mi cabeza estaba girada en dirección a Bella.

La envidia salvaje en sus pensamientos, envidia contra cualquier chico que Bella prefiriera sobre él, fue la causante de ponerle nombre a mi emoción no clasificada.

Estaba celoso.

—No— le dijo la chica con un poco de humor en su voz—. No pienso ir al baile en absoluto.

A través del remordimiento y la ira, encontré alivio en sus palabras. Estaba mal. Incluso era peligroso. Considerar a Mike y a los otros mortales interesados en Bella como mis rivales, pero debía conceder que se acababan de convertir exactamente en eso.

—¿Por qué no? —Mike preguntó con rudeza. Me ofendió que usara ese tono con ella. Gruñí un poco.

—Voy a Seattle ese sábado —contestó ella.

Mi curiosidad no había sido tan intensa hasta ese momento, ahora estaba totalmente dispuesto a conseguir cada respuesta a todo. Sabría las razones detrás de esta nueva revelación, cuanto antes mejor.

—¿No puedes ir otro día? —el tono de Mike cambió a ser casi un ruego

—Lo siento, pero no— ahora fue Bella un poco ruda—. No deberías hacer esperar a Jessica, es descortés.

La preocupación por los sentimientos de Jessica incrementaron las flamas de mis celos. El viaje a Seattle sonaba exactamente como una excusa para decir que no ¿Lo rechazaría por pura lealtad a su amiga? ¿Era lo suficientemente desinteresada para hacer algo así? ¿Realmente deseaba decirle que sí? ¿O ambas conjeturas estaban equivocadas? ¿Estaba interesada en alguien más?

—Sí, tienes razón —murmuró Mike, tan desolado que casi sentí pena por él. Casi.

Desvió la vista de la chica, cortando así mi visión de ella a través de sus pensamientos.

No iba a tolerar algo así.

Me volteé lo suficiente para yo mismo poder leer su rostro, por primera vez luego de más de un mes. Era un alivio permitirme hacer esto, imaginé que así se sentiría poner un trozo de hielo sobre un moretón. Un cese abrupto del dolor.

Sus ojos estaban cerrados y sus manos sostenían delicadamente su rostro. Sus hombros no estaban relajados. Apenas movió su cabeza, como queriendo borrar un recuerdo no grato de su mente.

Frustrante. Fascinante.

El Prof. Banner la sacó de sus cavilaciones y sus ojos se abrieron lentamente. Me miró directamente, quizá percibiendo mi mirada. Me miró directo a los ojos con esa expresión perpleja que me ha perseguido desde hace tiempo.

No sentí remordimiento, o culpa o ira en ese segundo. Sabía que esas emociones regresarían y pronto, pero en ese preciso momento, me sentía sumamente nervioso. Como si hubiera triunfado, en vez de perdido.

No apartó la vista, aunque me le quedé mirando con una intensidad inapropiada, intentando en vano leer sus pensamientos a través de sus ojos marrón líquido. Estaban llenos de preguntas en lugar de respuestas.

Podía ver el reflejo de mis propios ojos, negros de sed. Hacía poco más de dos semanas desde mi último viaje de cacería; este no era el día más seguro. Pero la oscuridad parecía no asustarla. Todavía me miraba, y un dulce, suave y devastador tono rosado comenzó a pintar su rostro.

“¿Qué estás pensando?”

Casi hago la pregunta en voz alta, pero en ese momento el Prof. Banner me llamó, busqué la respuesta en su mente, mientras le miraba brevemente absorbiendo un rápido respiro.

—El ciclo de Krebs.

La sed se intensificó en mi garganta, ensanchando mis músculos y llenando mi boca con veneno y cerré mis ojos, tratando de concentrarme en algo más que el deseo por su sangre que bramaba dentro de mí.

El monstruo era más fuerte que antes, se regocijaba y le apostaba al futuro que todavía le daba un 50% de probabilidades de ganar.

La tercera opción de futuro que había tratado de construir se había colapsado, destruido, mayoritariamente, por los celos, mientras la bestia en mí estaba más cerca de anotar una victoria.

El remordimiento y la culpa me quemaban junto con mi sed y aunque no tengo la habilidad de producir lágrimas, sé que mis ojos se habrían llenado de ellas ahora.

¿Qué había hecho?

Conociendo que la batalla ya estaba perdida, no existía una sola razón para resistir lo que realmente quería; volví a ver a la chica.

Se había escondido en su cortina de cabello, pero pude entrever que sus mejillas ahora eran color carmesí.

Al monstruo le gustó eso.

Ella no vio mi mirada de nuevo, pero jugaba nerviosamente con un mechón de su cabello entre sus dedos. Sus delicados dedos, su delicada muñeca, eran tan frágiles, que parecía que solo un suspiro mío podría romperla.

No, no, no. No podía hacer algo así. Era demasiado delicada, tan buena, tan preciosa como para merecer eso. No podía permitir que mi vida colisionara contra su vida y la destruyera.

Pero tampoco podía estar lejos. Alice tenía razón.

El monstruo silbó con frustración mientras peleaba conmigo mismo.

Mi breve hora con ella pasó tan rápidamente, mientras seguía vacilando entre mis posibilidades. La campana sonó y ella comenzó a recoger sus cosas sin mirarme. Esto me decepcionó, pero no podía esperar otra cosa. La manera en cómo la traté luego del accidente, era inexcusable.

—Bella —le dije incapaz de detenerme. Mi fuerza de voluntad, yacía hecha pedazos.

Ella resopló antes de mirarme; cuando se volvió, su expresión era vigilante, desconfiada.

Me recordé que ella tenía todo el derecho de no confiar en mí. No debía hacerlo.

Esperó a que yo continuara, pero yo sólo la veía, leyendo su rostro. Expulsé pequeñas bocanadas de aire, combatiendo mi sed.

—¿Qué?—dijo finalmente con dureza que teñía el borde de su voz— ¿Me vuelves a dirigir la palabra?

No estaba seguro de cómo contestarle ¿Le estaba hablando de nuevo en la manera que ella se refería?

No. No, si podía evitarlo. Y debería evitarlo.

—No, no realmente —le respondí.

Ella cerró sus ojos, lo cual hizo las cosas más difíciles. Eso cortaba con mi único acceso a sus sentimientos. Respiró larga y tendidamente sin abrir sus ojos y habló—: ¿Entonces qué quieres, Edward?

Esta no era una manera humanamente normal de conversar. ¿Por qué lo hacía?

¿Pero cómo responderle?

Decidí que con la verdad. Sería lo más sincero que podía con ella. Sabía que no merecía su confianza. Pero haría lo posible por ganármela.

—Lo siento— esto era más sincero de lo que ella podía imaginar. Desafortunadamente, sólo podía ofrecerle una disculpa trivial—. He sido grosero, lo sé, pero es mejor de esta manera.

Sus ojos se abrieron con expresión cautelosa.

—No sé a qué te refieres.

Traté de esforzarme por ser cauteloso.

—Es mejor si no somos amigos— ella podría entenderme. Ella era brillante—. Confía en mí.

Sus ojos se cerraron un poco y recordé cómo había usado esas mismas palabras justo antes de romper con mi promesa de contarle la verdad, escuché como sus dientes se juntaron con un clic, ella también lo recordó.

—Es una lástima que no lo descubrieras antes— me dijo con rabia—. Te podías haber ahorrado todo ese pesar.

La miré sorprendido. ¿Qué sabía ella de mis pesares?

—¿Pesar?— le demandé—. ¿Por qué pesar?

—Por no dejar que esa estúpida furgoneta me hiciera puré —casi me gritó.

Me congelé. Estaba atónito.

¿Cómo podía pensar algo así? Salvarle la vida ha sido la única cosa aceptable que he hecho por ella desde que nos conocimos. La única cosa de la que no tenía vergüenza. La única cosa que había traído felicidad a mi existencia. He luchado por mantenerla viva desde el momento en que capturé su esencia. ¿Cómo podía dudar de mi único atributo bueno entre todo este desastre?

—¿Crees que me arrepiento de haberte salvado la vida?

—Sé que es así —replicó con brusquedad.

Su estimación de mis intenciones me dejó anonadado.

—No sabes nada.

¡Cuán confuso e incomprensible era la manera en cómo su mente trabajaba! No debía pensar como todos los demás humanos lo hacían. Era la única explicación para su silencio mental. Era completamente diferente.

Me volteó su rostro, rechinando sus dientes de nuevo. Sus mejillas estaban sonrojadas por la rabia. Recogió sus libros y los hizo una pila, acogiéndolos en sus brazos, y luego fue hacia la puerta sin siquiera mirarme.

Incluso, tan irritado como estaba, no podía dejar de sentirme un poco divertido con su comportamiento. No estaba completamente seguro de qué era lo que hacía que su exasperación la hiciera parecer... simpática.

Caminó rígida sin mirar hacia dónde iba. Entonces su pie se enganchó con el puntal de la puerta, tropezó y todas sus cosas cayeron al suelo. En lugar de inclinarse a recogerlas, se quedó rígida, sin mirar abajo, como si no estuviese segura de que valiera la pena recoger sus libros.

No había nadie ahí que me viera. Revoloteé a su lado y puse sus libros en orden antes que se diera cuenta.

Me miró un instante y se congeló. Le devolví sus libros asegurándome de que mi helada piel no la tocara.

—Gracias —dijo severa.

—No hay de qué —repliqué. Mi voz seguía dura por la irritación, pero antes de que pudiera aclarar mi garganta e intentarlo de nuevo se fue directo a su siguiente clase.

La observé hasta que no pude ver su figura enojada.

La clase de Español fue difusa. La Prof. Goff nunca cuestionó mi abstracción, ella sabía que mi español era superior al de ella y nunca le fue importante, eso me dejaba libre para pensar.

Entonces, no podía ignorar a la chica. Era obvio. ¿Significaba que no tenía otra opción aparte de destruirla? No podía ser el único futuro disponible. Tenía que existir otra opción, algún delicado balance. Seguí pensando.

No le puse mucha atención a Emmett hasta que la clase casi terminaba. Él tenía curiosidad, Emmett no era particularmente intuitivo acerca de los humores de los demás, pero podía ver el obvio cambio en mí. Se preguntaba qué había removido mi usual mirada implacable. Se preguntaba cuál era mi nueva expresión y finalmente decidió que lucía esperanzado.

¿Esperanzado? ¿Así lucía para los demás?

Reflexioné acerca de la idea de la esperanza mientras caminábamos hacia el Volvo. Preguntándome por qué debía sentirme esperanzado.

Pero no tuve tiempo suficiente para reflexionar. Sensitivo, como siempre, hacia los pensamientos hacia la chica, el sonido del nombre de Bella en la cabeza de esos humanos que no debería ver como rivales, llamaron mi atención. Eric y Tyler habían escuchado, con mucha satisfacción, acerca del rechazo de Mike y estaban preparando sus movimientos.

Eric ya estaba listo, posicionado contra la camioneta de Bella, así no podía evitarlo. La clase de Tyler se había retrasado al recibir un trabajo y estaba desesperado por correr tras ella antes que se fuera.

Eso tenía que verlo.

—Espera por los demás aquí, ¿Sí? —murmuré a Emmett. Me miró sospechoso, y finalmente asintió.

«El chico perdió la maldita cabeza», pensó divertido por mi poca usual petición.

Observé a Bella salir del gimnasio y esperé donde no pudiera verme. Mientras se acercaba a la emboscada de Eric, caminé un poco rápido, para poder pasar cerca de ellos en el momento justo.

Miré su cuerpo tensarse cuando vió al chico esperándola. Se congeló por un momento y luego se relajó para seguir caminando.

—Hola Eric —escuché llamarlo en tono amigable.

Estaba abrupta e inexplicablemente ansioso. ¿Y si este desgarbado adolescente, con su sucia piel, le complacía? Quizá su amabilidad anterior no fue enteramente desinteresada.

Eric tragó saliva ruidosamente, su manzana de Adán subía y bajaba.

—Hola, Bella.

Ella parecía no notar su nerviosismo.

—¿Qué tal? —preguntó al tiempo que abría la puerta de su camioneta, sin mirar la expresión aterrorizada de él.

—Me preguntaba si... ¿vendrías al baile de primavera conmigo? —su voz se quebró. Ella finalmente levantó la mirada. ¿Estaba contrariada o agradecida? Eric no podía verle los ojos así que no podía ver su rostro en su mente.

—Pensé que la chica elegía —le contestó sonando frustrada.

—Sí, bueno —coincidió con ella, parecía desdichado.

Este lastimoso chico no me molestaba tanto como Mike Newton, pero tampoco sentía simpatía por él, después de que Bella le contestara amistosamente.

—Gracias por invitarme, pero estaré en Seattle ese sábado.

Aunque él ya había escuchado esa excusa, aún así, fue decepcionante.

—Ah— apenas siendo capaz de subir los ojos al nivel de la nariz de ella—. Bueno, tal vez la próxima vez.

—Claro —respondió. Luego se mordió el labio, como si no quisiera dejar ese hueco de esperanza. Eso me gustó.

Eric caminó lejos, totalmente desdichado, directamente hacia la dirección opuesta de donde estaba su auto, su único escape.

Caminé junto a ella en ese momento y escuché su suspiro de alivio. Me reí antes de poder contenerme.

Ella giró cuando me escuchó, pero yo seguí derecho, apretando mis labios duramente.



Tyler estaba detrás de mí, casi corría para alcanzarla antes de que se fuera. Él era más seguro de sí mismo que los otros dos; sólo había esperado hasta ahora para aproximarse a Bella, porque respetaba a Mike.

Quería que la alcanzara por dos razones. Si, como empezaba a sospechar, toda esta atención empezaba a molestar a Bella, quería disfrutar ver su reacción. Pero si no, y la invitación de Tyler era la que esperaba, también quería saberlo.

Medí a Tyler Crowley como mi rival, sabiendo que era incorrecto. Sólo era un tedioso chico promedio sin importancia para mí, pero ¿Qué sabía yo de las preferencias de Bella? Tal vez le gustaban los chicos promedio.

Hice una mueca de dolor ante ese pensamiento. Yo nunca podría ser un chico promedio. Qué estúpido era ponerme como candidato de sus afectos. ¿Cómo podría importarle alguien que era, nada menos que, el villano de la historia?

Ella era demasiado buena para el villano.

Debería dejar que se fuera. Pero mi inexcusable curiosidad me retuvo de hacer lo correcto. De nuevo. ¿Y si Tyler perdía su oportunidad, sólo para llamarla luego cuando yo no tendría oportunidad de saber cómo terminaba el asunto? Empujé mi Volvo fuera del estacionamiento, bloqueándole la salida.

Emmett y los otros venían de camino, él les explicó mi extraño comportamiento, y venían despacio, mirándome y tratando de percibir que era lo que estaba haciendo.

Vi a la chica en el espejo retrovisor. Ella sólo miró mi auto sin encontrar mi mirada, como deseando conducir un tanque en vez de un viejo Chevy.

Tyler corrió hacia su carro y esperó en línea detrás de ella, agradecido con mi inexplicable comportamiento. La saludó, pero pareció no notarlo. Esperó un momento y luego dejó su auto para abordar la ventana del pasajero del auto de ella. Tocó el vidrio con sus dedos.

Ella se sobresaltó y le miró con confusión. Luego de un segundo, bajó la ventanilla manualmente, parecía que le costaba un poco.

—Lo siento Tyler— su voz parecía irritada—. El auto de Cullen me tiene atrapada—. Dijo mi apellido con voz dura.

—Oh, lo sé— continuó sin inmutarse por su mal humor—. Sólo quiero preguntarte algo mientras estamos aquí.

Su sonrisa era engreída...

Fue gratificante el modo en que ella palideció ante su obvio intento.

—¿Me vas a pedir que te acompañe al baile de primavera? —dijo sin ningún rastro de duda en su mente.

—No voy a estar en el pueblo, Tyler —todavía con el tono de irritación.

—Sí, eso me dijo Mike.

—Entonces, ¿por qué...? —empezó a preguntar.

Él se encogió de hombros.

—Tenía la esperanza de que fuera una forma de suavizarle el rechazo.

Los ojos de Bella se congelaron.

—Lo siento, Tyler— aunque no lo parecía—. Pero en serio no voy a estar.

Siendo su práctica usual el poner sus necesidades por debajo de los demás, estaba un poco sorprendido de su resolución de acero cuando se trataba de este baile. ¿De dónde venía eso?

Él aceptó su excusa, con su autoestima intacta.

—Está bien. Aún nos queda el baile de fin de año.

Entonces se devolvió a su auto.

Tuve razón en quedarme.

La terrible expresión de su rostro no tenía precio. Me dijo lo que yo tan desesperadamente necesitaba saber, que no tenía sentimientos por ninguno de esos humanos que deseaban cortejarla.

Además, su expresión era una de las cosas más graciosas que posiblemente he visto.

Cuando mi familia llegó, estaban confusos por el hecho que yo estaba riendo sinceramente en lugar de mirar con cara de asesino a cualquiera que se me acercara.

«¿Qué es tan divertido?» Quería saber Emmett.

Ladeé mi cabeza al tiempo que Bella revivía su ruidoso motor con rabia. Se veía como si quería ese tanque de nuevo.

—¡Vámonos!— siseó Rosalie impaciente—. Deja de comportarte como un idiota. Si es que puedes.

Sus palabras no me molestaron, estaba demasiado entretenido, pero hice lo que me pidió.

Ninguno me habló camino a casa. Yo seguía riendo al revivir cada segundo, cada expresión en el rostro de Bella.

Mientras salía de la carretera, aún más veloz gracias a la ausencia de testigos, Alice arruinó mi humor.

—¿Ya puedo hablar con Bella? —preguntó de repente.

—No —dije en un chasquido.

—¡No es justo! ¿Qué estoy esperando?

—No he decidido nada, Alice.

—¡Como sea, Edward!

En su cabeza los dos futuros de Bella estaban claros de nuevo.

—¿Cuál es el punto de conocerla? —Murmuré de repente—. ¿Si simplemente voy a matarla?

Alice vaciló un segundo.

—Tienes razón —admitió.

Tomé el último sendero a ciento sesenta kilómetros por hora y luego me detuve a un centímetro de la puerta del garaje.

—Disfruta tu carrera —me dijo Rosalie con aire satisfecha, al momento de salir del auto.

Pero no iría a correr. En vez de eso iría a cazar.

Los otros lo tenían planeado para mañana, pero no podía dejar crecer mi sed ahora. Me sobrepasé, bebiendo más de lo necesario, hastiándome de nuevo, un pequeño grupo de alces y un oso negro, fui afortunado en tropezarme con él a pesar de la época del año. Estaba tan lleno que era incómodo. ¿Por qué no era suficiente? ¿Por qué su esencia era más fuerte que cualquier otra cosa?

Y no solo su esencia, todo lo demás que la había marcado para su desastre. Ella había estado en Forks por pocas semanas y ya había estado a centímetros de dos finales violentos. Todo lo que sabía era que en este preciso momento ella podría estar navegando hacia el camino de otra sentencia de muerte. ¿Qué sería esta vez? ¿Un meteorito atravesando su techo y estrellándose contra ella en su cama?

Ya no podía cazar más y el sol no saldría dentro de muchas, muchas horas. Ahora que se me había ocurrido la idea del meteorito y todos sus posibles aliados, fue imposible ignorarlo. Traté de ser racional, considerando todas las posibilidades

de todos los desastres que podría imaginar, pero eso no ayudó. ¿Cuáles eran las posibilidades, después de todo, de que una chica viniera a vivir a un pueblo con un decente porcentaje de vampiros con una residencia permanente? ¿Cuáles serían las posibilidades de que uno de ellos la encontrara tan perfectamente atractiva?

¿Qué pasaría si algo le ocurriera durante la noche? ¿Qué pasaría si fuera a la escuela mañana con todos mis sentidos y sentimientos concentrados en el espacio donde ella debiera estar y su asiento se encontraba vacío?

Abruptamente, tomar ese riesgo me pareció inaceptable.

La única manera de estar seguro de que ella estaba a salvo era si había alguien esperando para atrapar el meteorito antes de que pudiera tocarla. El nerviosismo se apoderó de mí nuevamente cuando me di cuenta que la iba a ir buscar.

Era pasada la medianoche y la casa de Bella estaba en silencio y a oscuras. Su camioneta estaba estacionada cerca de la curva, la patrulla de policía de su padre en la calle. No existían pensamientos conscientes en los alrededores. Observé la casa resguardado en la oscuridad del bosque que la rodeaba por el este.

No había señal de ningún peligro... aparte de mí mismo.

Escuché y capté el sonido de dos personas respirando dentro de la casa, dos latidos de corazón acompasados. Así que todo debía estar bien. Me recosté contra el tronco de un joven árbol de cicuta y me acomodé para esperar meteoritos directos.

El problema con esperar es que liberaba mi mente a todo tipo de especulaciones. Obviamente el meteorito era solo una metáfora para todas las cosas improbables que podrían salir mal. Pero no todo peligro atravesaría el cielo con un brillante chorro de fuego. Podría pensar en muchas cosas que llegarían sin aviso, peligros que podrían entrar a la oscura casa silenciosamente, quizá ya estaba ahí dentro.

Estas eran preocupaciones ridículas. Esta calle no tenía una tubería de gas natural así que una fuga de monóxido era improbable. Dudaba que usaran carbón frecuentemente. La Península de Olympic tenía muy poca vida silvestre peligrosa. Cualquier cosa grande podría oírla ahora. No había serpientes venenosas, escorpiones o ciempiés y solo había pocas arañas, ninguna de ellas letal para un adulto saludable y era poco probable encontrarlas dentro de casa, de todos modos. Ridículo. Lo sabía. Sabía que estaba siendo irracional.

Pero me sentía ansioso, intranquilo. No podía empujar las oscuras imágenes de mi mente. Si solo pudiera verla...

En solo medio segundo, crucé el porche y escalé por un lado de la casa. Esta ventana de arriba seguro era una habitación, probablemente la principal. Quizá debí haber comenzado por detrás. Menos sospechoso de ese lado. Balanceándome debajo de la ventana con una mano, miré a través del vidrio y mi respiración se detuvo.

Era su habitación. Podía verla en la pequeña cama individual, su edredón en el suelo y sus sábanas enredadas en sus piernas. Estaba perfectamente bien, por supuesto, como ya sabía la parte racional de mí. A salvo... pero no tranquila. Mientras veía, ella se retorció sin descanso y lanzó uno de sus brazos sobre su cabeza. No dormía ruidosamente, al menos no esta noche. ¿Podía sentir el peligro cerca?

Sentía repulsión por mí mismo mientras la veía darse la vuelta de nuevo. ¿Acaso era mejor que algún enfermo acosador? No era mejor que esos. Era mucho, mucho peor.

Relajé las yemas de mis dedos, listo para irme. Pero primero me permití mirarla por un largo rato.

No era pacífica. Tenía un pequeño surco entre las cejas y una mueca triste en sus labios, los cuales temblaron y se apartaron.

—Está bien mamá —murmuró.

Bella hablaba en sueños.

Mi curiosidad chispeó destruyendo mi autocontrol. Había tratado de oírla antes y había fallado. El atractivo de esos pensamientos hablados inconscientemente y desprotegidos fueron imposibles de ignorar.

¿Qué significaban las reglas humanas para mí? ¿Cuántas no ignoraba diariamente?

Pensé en la multitud de documentos ilegales que necesitaba mi familia para vivir como lo hacía. Nombres falsos e historias falsas, licencias de conducir que nos permitían inscribirnos en escuelas y credenciales médicas que le permitían a Carlisle trabajar como doctor. Papeles que permitían a nuestro grupo de casi idénticas edades adultas comprensivamente ser una familia. Ninguno sería necesario si no necesitáramos pasar pequeños periodos de tiempo de permanencia, si no prefiriéramos tener un hogar.

Luego estaba, por supuesto, el modo en que costeábamos nuestra vida. Las leyes de intercambio no aplicaban a los psíquicos, pero ciertamente no era honesto lo que hacíamos y la transferencia de herencias de un nombre fabricado a otro tampoco era legal.

Y luego estaban todos los asesinatos.

No nos lo tomábamos a la ligera, pero obviamente ninguno de nosotros había sido castigado por cortes humanas por nuestros crímenes. Los cubríamos, también otro crimen.

Entonces, ¿Por qué me sentía tan culpable por un pequeño delito menor? Las leyes humanas nunca han aplicado para mí y esta era de lejos mi primera aventura de allanamiento.

Sabía que podía hacer esto con seguridad. El monstruo estaba descansado pero encadenado.

Mantendría una distancia segura. No la lastimaría. Nunca sabría que estuve aquí. Sólo quería estar seguro de que estaba a salvo.

Todo era racionalización, discusiones demoníacas del demonio en mi hombro izquierdo. Lo sabía, pero no tenía un ángel en mi hombro derecho. Me iba a comportar como la criatura nocturna que era.

Traté con la ventana, no tenía seguro, pero estaba trabada por el desuso. Tomé un largo respiro, el último por todo el tiempo que estuviese cerca, y deslicé suavemente el vidrio, encogiéndome ante cualquier sonido del marco de metal. Finalmente estaba lo suficientemente abierta como para entrar.

—Mamá, espera—murmuró—. Scottsdale Road es más rápida...

Su habitación era pequeña, desorganizada pero limpia. Tenía libros apilados a un lado de su cama, no podía ver sus títulos, sus discos dispersos lejos de su barato reproductor, lo de arriba solo era un joyero vacío. Papeles apilados rodeaban la computadora que parecía como si perteneciera a un museo dedicado a tecnologías obsoletas. Sus zapatos estaban sobre el piso de madera.

Tenía muchas ganas de ir a leer los títulos de los libros y discos, pero estaba determinado a no tomar más riesgos. En lugar de eso me senté en una vieja silla en

la esquina más alejada. Mi ansiedad se apaciguó, los oscuros pensamientos se aplacaron y mi mente estaba clara.

¿En serio alguna vez creí que tenía una belleza promedio? Pensé en ese primer día y mi disgusto con los chicos que inmediatamente estaban fascinados con ella. Pero cuando recordaba su rostro a través de sus memorias, no podía entender cómo no la había encontrado hermosa inmediatamente. Era algo obvio.

Ahora mismo, con su cabello negro cayéndole por su pálido rostro, usando una blusa llena de agujeros y pequeños pantalones, sus rasgos se relajaron en la inconsciencia y sus hermosos labios ligeramente abiertos, me robó el aliento. O lo hubiera hecho, pensé, si estuviera respirando.

No habló. Quizás su sueño había terminado.

Le miré fijamente y traté de pensar en alguna manera de hacer el futuro soportable.

Herirla no era una opción. ¿Acaso mi única opción solamente podía ser intentar dejarla otra vez?

Los demás no podrían discutir conmigo. Mi ausencia no pondría a nadie en peligro. No habría sospechas, nada que vinculara al accidente de nuevo.

Lo dudé tal como lo hice esta tarde y nada parecía posible.

Una pequeña araña se arrastró por el borde de la puerta del closet, por su tamaño, era un pequeño macho joven. Una vez considerado peligroso aunque estudios científicos recientes han demostrado que su veneno es inofensivo para los humanos. Sin embargo, su mordedura era dolorosa, la atrapé con un dedo y la aplasté silenciosamente.

Quizá debí dejar tranquila a la criatura pero el pensamiento de cualquier cosa que la lastimara era intolerable.

Y de pronto, todos mis pensamientos también eran intolerables.

Porque podría matar todas las arañas en su casa, pero no había maniobra que pudiera convertirme en otra cosa que lo que ya era. Miré mi mano blanca y dura como piedra, tan grotescamente inhumana y me desesperé.

No podía esperar rivalizar con ningún chico humano, no importaba si esos chicos le llamaban la atención o no. Yo era el villano, la pesadilla. ¿Cómo me podría ver ella de una manera diferente? Si supiera la verdad sobre mí, le daría miedo y me repudiaría. Como la víctima en una película de terror, ella correría lejos gritando de terror.

La recordé el primer día en Biología... y supe que esa era la reacción correcta que tendría

Era estúpido imaginar que si la hubiera invitado al estúpido baile, ella cambiaría sus precipitados planes y me acompañaría felizmente.

Yo no era el elegido para ser quien ella dijera sí. Sería alguien más, alguien humano y cálido. No podía permitirme, algún día cuando ella otorgara ese sí, cazarlo y matarlo, porque ella lo merecía, quienquiera que fuese. Ella merecía felicidad y amor con quien escogiera.

Le debía hacer lo correcto ahora. No podía seguir pretendiendo que podía estar solamente en peligro de enamorarme de esta chica.

Después de todo, realmente no importaba si yo me iba, porque Bella jamás me vería de la manera en que yo deseaba. Nunca me vería como alguien digno de su amor.

¿Podía acaso un corazón congelado y muerto romperse? Sentía como si el mío lo estuviera.

—Edward —dijo Bella.

Me congelé, mirando fijamente sus ojos cerrados.

¿Se habría despertado? ¿Me había atrapado aquí? Parecía dormida, pero su voz había sido tan clara.

Suspiró suavemente y luego se movió lentamente hacia un lado, aún estaba dormida y soñando.

—Edward —murmuró suavemente.

Estaba soñando conmigo.

¿Podía acaso un corazón congelado y muerto volver a latir? Sentía como si el mío estaba a punto de hacerlo.

—Quédate— dijo—. Por favor... no te vayas.

Soñaba conmigo y ni siquiera era una pesadilla. Quería que me quedara con ella en su sueño.

Me devané los sesos en busca del nombre correcto al torrente de emociones que me embargaba, pero no conocía palabras tan fuertes que pudieran sostenerlas. Por un largo momento, me ahogué en ellas.

Cuando salí a la superficie, no era el mismo hombre que siempre había sido.

Mi vida había sido una medianoche interminable y sin cambios. Había sido, por necesidad para mí, siempre medianoche. ¿Así que, cómo era posible que el sol saliera justo en medio de mi medianoche?

En el momento en que me convertí en vampiro, cambiando mi alma y mi mortalidad por inmortalidad a través de una transformación dolorosa, finalmente me congelé de verdad. Mi cuerpo había cambiado a algo más parecido a la roca que la carne, endurecida y sin cambios. Yo mismo me había congelado. Mi personalidad, lo que me agradaba y lo que no, mis modos y mis deseos, todos se habían congelado.

Era lo mismo para los demás. Todos estábamos congelados. Piedras vivientes.

Cuando un cambio nos llegaba, era algo raro y permanente. Lo vi pasar con Carlisle y una década después con Rosalie. El amor los había cambiado de manera eterna. De una manera que nunca se desvanecería. Más de ocho décadas habían pasado desde que Carlisle encontró a Esme y todavía se miraban con la incrédula mirada del primer amor. Siempre había sido así para ellos.

Siempre sería así para mí ahora, también. Siempre amaría a esta frágil chica humana, por el resto de mi ilimitada existencia.

Miré fijamente a su rostro inconsciente, sintiendo este amor por ella en cada porción de mi cuerpo de piedra.

Ella dormía un poco más tranquila que antes, con una pequeña sonrisa en sus labios.

Comencé a conspirar.

La amaba y podía tratar de ser lo suficientemente fuerte para dejarla. Pero sabía que no era tan fuerte. Podía trabajar en ello. Pero tal vez si era lo suficientemente fuerte para encaminar el futuro hacia otra dirección.

Alice había divisado dos futuros para Bella, ahora entendía ambos.

Amarla no me impediría matarla, sí me permitiría cometer errores.

Aún así, ahora mismo no podía sentir al monstruo en mí, no lo encontraba en ningún lado. Quizás el amor lo había silenciado para siempre. Si la mataba ahora, no sería intencional, sólo un terrible accidente.

Ahora tenía que ser extraordinariamente cauteloso. No podía nunca, nunca permitirme bajar la guardia. Tendría que controlar cada respiración. Tendría que mantener siempre una distancia considerable.

No podía cometer errores.

Finalmente entendí ese segundo futuro. Estaba desconcertado con esa visión, ¿Qué había pasado que había convertido a Bella en una prisionera de esta media vida inmortal? Ahora, devastadoramente cómo era para la chica, podía entender como tal vez, con un imperdonable egoísmo, le pediría a mi padre ese favor. Pedirle que le quitara la vida y su alma, solo para tenerla conmigo para siempre.

Ella merecía algo mejor.

Pero vi otro futuro, una pequeña línea por la cual podría caminar sin perder el equilibrio.

¿Podría estar con ella y dejarla como humana?

Deliberadamente, dejé que mi cuerpo se congelara en una quietud de piedra, congelado en su lugar, y tomé aire profundamente. Otra, luego otra, dejando que su esencia me rasgara como fuego salvaje. El cuarto estaba lleno con su perfume; su fragancia estaba impresa en cada superficie. Mi mente nadó en el dolor, pero luché.

Tenía que acostumbrarme a esto, si pretendía intentar cualquier clase de proximidad regular con ella. Tomé otra respiración de ese fuego abrasador.

La observé dormir hasta que el sol se asomó por las nubes del este. Conspirando y respirando.

Llegué a casa justo después que los otros se fueran a clases. Me cambié rápidamente, evadiendo las preguntas que tenía Esme en la mirada. Ella vio la febril luz en mi rostro y se sintió preocupada y aliviada al mismo tiempo. Mi larga melancolía siempre la había atormentado y ahora estaba feliz al ver que aparentemente la había superado.

Corrí hacia el colegio y llegué sólo segundo antes de que mis hermanos lo hicieran, ninguno se volteó a ver, al menos Alice debía saber que estaría ahí, escondido entre el bosque que rodeaba el estacionamiento. Esperé a que nadie me viera y caminé casualmente entre los árboles y los carros estacionados.

Escuché la camioneta de Bella a una cuadra de distancia y me detuve tras una Suburban desde donde podía ver, pero no ser visto.

Al entrar al estacionamiento miró hacia mi Volvo por un momento largo antes de estacionarse en uno de los espacios más alejados, todavía con el ceño fruncido.

Era extraño recordar que ella probablemente estaría todavía enojada conmigo, con toda razón.

Quería reírme de mí mismo, o patearme. ¿Todas mis conspiraciones serían un desastre si ella no se interesaba en absoluto por mí también, no es cierto? Su sueño podía ser algo totalmente al azar. Había sido un estúpido arrogante.

Aunque era mejor para ella si no se interesaba por mí. Eso no me evitaría persuadirla, intentarlo. Pero escucharía su no. Se lo debía. Le debía más. Le debía la verdad que no estaba permitido darle. Entonces le daría toda la verdad que pudiera. Trataría de advertirle y cuando ella comprobara que no sería nunca al que ella diría que sí, me iría.

Caminé silenciosamente, preguntándome cómo sería la mejor manera de acercarme.

Ella me lo hizo fácil. Las llaves de su camioneta resbalaron de sus dedos y cayeron en un profundo charco.

Se agachó a recogerlas, pero yo lo hice primero, recogiénolas antes de que ella pusiera sus manos en el agua congelada.

Me incliné contra su camioneta, mientras se enderezaba.

—¿Cómo haces eso? —demandó.

Si, estaba enfadada aún.

Le alcancé las llaves.

—¿Hacer qué? —Ella acercó su mano y yo dejé caer las llaves en su palma. Inspiré el delicioso aire cargado con su esencia.

—Aparecer de la nada —aclaró.

—Bella, no es culpa mía que seas excepcionalmente despistada —mis palabras sonaron socarronas, casi como una broma. ¿Existía algo que ella no viera?

¿Escucharía como mi voz envolvía su nombre en una caricia?

Me miró sin apreciar mi humor. Su corazón se aceleró, ¿Por enojo, por miedo? Después de un instante, bajó la mirada.

—¿Por qué me cortaste el camino ayer?— preguntó sin mirarme—. Se suponía que fingías que yo no existía, no que me irritarás hasta la muerte.

Seguía muy enojada. Tendría que esforzarme por arreglar las cosas. Recordé mi política de ser sincero con ella...

—Eso era por el bien de Tyler, tenía que darle su oportunidad —luego me reí. No pude evitarlo, solo podía recordar su expresión ayer. Concentrándome tanto por mantenerla a salvo, en controlar mi respuesta física hacia ella, me dejaba pocos recursos para controlar mis emociones.

—Tú... —comenzó pero luego se calló, aparentemente demasiado furiosa para continuar. Y ahí estaba, esa misma expresión. Me tragué una risa. Ya estaba lo suficientemente enojada.

—No estoy fingiendo que no existas —terminé. Era agradable mantener esa conversación casual. No quería asustarla más. Tenía que ocultar lo profundo de mis sentimientos, mantenerlas cosas ligeras.

—¿Entonces, quieres matarme de rabia dado que la furgoneta de Tyler no lo consiguió? —un rápido pulso de enojo me embargó. ¿Cómo podía honestamente creer algo así?

Era algo irracional ser tan afrontado. No sabía ella el esfuerzo que hacía para mantenerla viva, no sabía que habría peleado con mi familia por ella, no sabía de mi transformación en la noche pasada. Pero también estaba molesto. Con las emociones descontroladas.

—Bella, eres totalmente absurda —le solté.

Se sonrojó y se dio la vuelta. Caminando hacia el colegio.

Remordimiento. Mi molestia era injusta.

—Espera —le rogué.

No se detuvo, entonces la seguí.

—Lo siento. He sido descortés. No estoy diciendo que no sea cierto— era absurdo imaginar que yo quería verla herida de alguna manera—. Pero, de todos modos, no ha sido de buena educación.

—¿Por qué no me dejas en paz?



¿Sería este mi no? ¿Era eso lo que ella quería? ¿Mi nombre en sus sueños era realmente sin importancia?

Recordé perfectamente el tono de su voz, la expresión de su rostro mientras me pedía que me quedara.

Pero si ahora decía que no... entonces, eso sería todo. Sabía lo que tendría que hacer.

“Tómalo con calma”, me recordé. Esta podría ser la última vez que la vería. Si ese era el caso, tenía que dejarla con el recuerdo correcto. Así que interpretaría al chico humano normal. Más importante aún, le daría una opción y luego aceptaría su respuesta.

—Quería preguntarte algo, pero me desviaste el tema— una grandiosa idea se me acababa de ocurrir, me reí.

—¿Tienes un trastorno de personalidad múltiple? —me preguntó.

Tal vez sí, mis sentimientos eran erráticos, tenía tantos sentimientos nuevos.

—Lo estás haciendo de nuevo —apunté.

Ella suspiró

—Bien, entonces, ¿Qué me querías preguntar?

—Me preguntaba si el sábado de la próxima semana— vi su cara en shock y ahogué otra risa—. Ya sabes, el día del baile de primavera...”

Me callé. Finalmente sus ojos volvieron a mí.

—¿Intentas ser gracioso?

—Por favor, ¿Me permitirías terminar? —esperó en silencio mientras se mordía su suave labio inferior.

Ese pequeño gesto me distrajo un segundo. Extrañas sensaciones ajenas se apoderaron de lo más profundo de mi olvidada humanidad. Traté de sacudirlas para poder interpretar mi papel.

—Te he escuchado decir que vas a ir a Seattle ese día y me preguntaba si querrías dar un paseo —me ofrecí. Me di cuenta que, en vez de cuestionarla con sus planes, los compartiría si ella decía que sí.

Me miró en blanco.

—¿Qué?

—¿Quieres dar un paseo hasta Seattle?

Sólo en un auto con ella, mi garganta se quemaba ante el pensamiento, respiré fuerte. Acostúmbrate.

—¿Con quién? —preguntó desconcertada.

—Conmigo, obviamente —dije lentamente.

—¿Por qué?

Tan increíble era que yo quisiera su compañía. Ella realmente había visto lo peor de mí en mi comportamiento anterior.

—Bueno— le dije lo más casualmente que pude—. Planeaba ir a Seattle en las próximas semanas y, para ser honesto, no estoy seguro de que tu monovolumen lo pueda conseguir—. era más fácil sonar chistoso, que tratar de ser serio junto a ella.

—Mi camioneta anda perfectamente, muchísimas gracias por tu preocupación —dijo con el mismo tono sorprendido. Empezó a caminar de nuevo. Mantuve su paso.

No fue un rechazo explícito, pero estuvo cerca. ¿Estaba siendo educada?

—¿Puede llegar gastando un solo tanque de gasolina?

—No veo que sea de tu incumbencia —murmuró.

Su corazón volvía a latir con rapidez, su respiración se hacía más rápida. Creí que la broma la habría aliviado pero quizá la estaba asustando de nuevo.

—El despilfarro de recursos limitados es asunto de todos —mi respuesta sonaba normal y casual para mí pero no podía saber si había sonado igual para ella. Su mente silenciosa me dejaba siempre conjeturando.

—De verdad, Edward, no te entiendo. Creía que no querías que fuésemos amigos.

Una emoción me estremeció cuando dijo mi nombre y estaba de vuelta en su habitación, oyéndola llamarme, queriendo que me quedara. Deseo poder vivir en ese momento para siempre.

Pero en este momento, solo la honestidad era aceptable.

—Dije que sería mejor que no lo fuéramos, no que no lo deseara.

—Vaya, gracias, eso lo aclara todo —dijo sarcásticamente.

Se detuvo, cerca del tejado de la cafetería y me miró de nuevo. Su corazón casi explotaba. ¿Tenía miedo o furia?

Escogí mis palabras cuidadosamente. Ella necesitaba ver. Que entendiera que le convenía, por el mejor de sus intereses, el pedirme que me fuera.

—Sería más... prudente para ti que no fueras mi amiga— mirando el chocolate derretido en las profundidades de su mirada. Perdí completamente mi calma—. Pero me he cansado de alejarme de ti, Bella.

Las palabras sonaron como si me quemaran mientras salían de mi boca.

Su respiración se detuvo y en el segundo que tardó en restaurarla me aterra. ¿Realmente la asustaba, no?

Mucho mejor. Recibiría mi no y trataría de soportarlo.

—¿Me acompañarás a Seattle? —demandé y punto.

Ella asintió. Su corazón palpitaba ruidosamente.

Sí. Me dijo que sí.

Entonces, mi conciencia me golpeó violentamente. ¿Cuánto le costaría a ella?

—Deberías alejarte de mí, de veras —le previne. ¿Me habría escuchado? ¿Escaparía del futuro con el que la estaba amenazando? ¿Podría hacer algo para salvarla de mí?

“Tómalo con calma”, me grité.

—Te veré en clase.

E instantáneamente recordé que no la vería en clase. Ella dispersaba mis pensamientos fuertemente.

Me concentré en llevar un paso normal, en vez de salir volando.

# GRUPO SANGUÍNEO

LA SEGUÍ TODO EL DÍA A TRAVÉS DE LOS OJOS DE OTRAS PERSONAS. Apenas consciente de mi propio alrededor.

Pero no por los ojos de Mike Newton porque no podía tolerar ver ninguna de sus ofensivas fantasías y no por los ojos de Jessica Stanley porque su resentimiento hacia Bella era irritante. Ángela Weber era una buena elección cuando sus ojos estaban disponibles; era amable y su cabeza era un lugar pacífico y a veces los profesores eran los que ofrecían la mejor vista.

Estaba sorprendido, mirándola tropezar a través del día, tropezando con las grietas de las aceras, cayéndosele sus libros y, muy seguido, tropezando con sus propios pies. De toda la gente que había conocido, Bella era la más torpe.

Considerando eso. Era verdad que ella muy seguido tenía problemas para mantenerse de pie y recordé su tropiezo contra el escritorio el primer día, resbalando por el hielo antes del accidente, tambaleándose ayer contra el borde bajo del marco de la puerta. Qué raro, tenían razón. Ella era torpe.

No sabía por qué eso me resultaba tan gracioso, pero me reí en voz alta mientras caminaba de Historia a Inglés y mucha gente me lanzó miradas extrañas; luego miraban hacia otro lado al encontrarse con mis dientes expuestos. ¿Como no había notado esto antes? Tal vez era porque había algo de gracia en su tranquilidad, la manera en la que sostenía la cabeza, el arco de su cuello...

No hubo nada de gracia en ella en éste momento. El Prof. Varner vio cómo se quedaba atrapado su pie en la alfombra y literalmente cayó sentada en su silla.

Me reí de ella.

El tiempo pasaba con increíble lentitud mientras yo esperaba mi oportunidad de verla con mis propios ojos. Finalmente, la campana sonó. Corrí rápidamente a la cafetería para asegurar mi lugar. Fui uno de los primeros en llegar. Escogí la mesa que usualmente estaba vacía y que seguro permanecería de ese modo si yo me sentaba aquí.

Cuando mi familia entró y me vieron sentado solo en un nuevo lugar, no se sorprendieron. Alice debió advertirles.

Rosalie pasó a mi lado sin mirarme.

«Idiota».

Rosalie y yo nunca tuvimos una relación fácil, yo la ofendí en el primer momento en que me oyó hablar y todo se fue colina abajo desde ese momento, pero parecía que estaba inclusive más molesta de lo usual en los pasados días. Suspiré. Rosalie hacía que todo fuera sobre ella.

Jasper me dio una media sonrisa cuando pasó a mi lado.

«Buena suerte», pensó dudosamente.

Emmet puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

«Perdió la razón, pobre chico».

Alice estaba radiante, sus dientes brillaban demasiado.

«¿Ya puedo hablarle a Bella?»

—Mantente fuera de esto —le dije en voz baja.

Su rostro se cayó y luego sonrió de nuevo.

«De acuerdo. Cabeza dura. Es solo cuestión de tiempo».

Suspiré de nuevo.

«No te olvides la actividad en el laboratorio de Biología hoy», me recordó.

Asentí. Me molestó que el Prof. Banner hubiese hecho estos planes. Desperdiicé tantas horas en Biología, sentándome allí mientras pretendía que ella no existía; era dolorosamente irónico para mí que me perdería esa hora con ella hoy.

Mientras esperaba que Bella llegara, la seguí en los ojos del novato que estaba caminando detrás de Jessica en el trayecto a la cafetería. Jessica estaba parlotando acerca del baile que se acercaba pero Bella no dijo nada en respuesta. Tampoco era como si Jessica le hubiera dado la oportunidad de hacerlo.

En el momento en que Bella entró a la cafetería, sus ojos se posaron en la mesa donde estaban mis hermanos. Los miró por un momento y luego su frente se arrugó y sus ojos se dirigieron al piso. Ella aún no me había visto.

Se veía tan... triste. Sentí una poderosa urgencia de levantarme e ir a su lado, de consolarla de alguna manera. Sólo que no tenía idea de que la hacía sentir desconsolada. Jessica continuó chachareando acerca del baile. ¿Bella estaba triste porque se lo iba a perder? Eso no parecía probable.

Pero si eso fuera cierto... deseé poder ofrecerle esa opción. Imposible. La proximidad requerida para un baile sería demasiado peligrosa.

Ella compró sólo una bebida para su almuerzo ¿Eso estaba bien? ¿No necesitaba más nutrición? Nunca había prestado demasiada atención a la dieta humana antes.

¡Los humanos eran exasperadamente frágiles! Había como un millón de cosas de las cuales preocuparse.

—Edward Cullen está mirándote de nuevo— escuché que dijo Jessica—. ¿Me pregunto por qué se sentará solo hoy?

Estaba agradecido con Jessica, aunque se veía más resentida ahora porque Bella había levantado la cara y sus ojos buscaron hasta encontrarme.

No había rastro de tristeza en su rostro ahora. Me dejé ilusionar con la idea de que había estado triste antes porque pensó que me había ido de la escuela temprano y esa esperanza me hizo sonreír.

Le indiqué con mi dedo que me acompañara. Se veía tan sorprendida por esto que quería burlarme de ella de nuevo. Así que le guiñé un ojo y su boca se abrió.

—¿Se refiere a ti? —preguntó Jessica

—Posiblemente necesite ayuda con la tarea de Biología— dijo en una voz baja e insegura—. Uhm, iré a ver que necesita.

Esto era casi como otro sí.

Se tropezó dos veces en el camino a mi mesa, aunque no hubiera nada más en su camino que un perfecto suelo de linóleo. En serio ¿Cómo no había notado esto antes? Había estado prestando más atención a sus silenciosos pensamientos, supongo. ¿Qué más me había perdido?

Ella estaba casi cerca de mi nueva mesa. Traté de prepararme. “Mantenlo honesto, tómallo con calma”, me repetí a mí mismo.

Se detuvo detrás de la silla frente a mí, dudando. Tomé un respiro por mi nariz esta vez en lugar de mi boca.

“Siente el ardor”, pensé secamente.

—¿Por qué no te sientas conmigo hoy? —le pregunté.

Jaló la silla y se sentó mirándome mientras lo hacía. Se veía nerviosa. Esperé que ella hablara.

Tomó un momento y finalmente dijo—: Esto es diferente.

—Bueno...—vacile—. Decidí que como de todas maneras me voy a ir al infierno, debería de hacer lo que quisiera.

¿Qué me había hecho decir eso? Supongo que eso era honesto... al menos. Quizá hubiese oído la advertencia implícita en mis palabras. Tal vez se diera cuenta de que debía levantarse e irse lo más rápido posible.

No se levantó. Me miró fijamente esperando como si yo hubiera dejado mi oración a la mitad.

—¿Sabes que no tengo idea de lo que dices? —preguntó cuando no continué.

Eso era un alivio. Sonreí.

—Lo sé.

Era difícil ignorar los pensamientos que provenían de su espalda y quería cambiar de tema de todas maneras.

—Creo que tus amigos están molestos conmigo por secuestrarte.

Esto no parecía importarle.

—Sobrevivirán.

—Tal vez no te quiera liberar —no me había dado cuenta si estaba intentando ser honesto o sólo trataba de molestarla de nuevo. Estar cerca de ella hacía difícil que mis pensamientos tuvieran sentido.

Bella tragó ruidosamente.

Me reí de su expresión.

—Te ves preocupada.

Eso realmente no debería ser gracioso... debía preocuparse.

—No— sabía que esto debía ser una mentira. Su voz se quebró traicionándola—. Sorprendida, en realidad... ¿Por qué el cambio?

—Te lo dije— le recordé—. Estoy cansado de intentar alejarme de ti, así que me estoy rindiendo.

Sostuve mi sonrisa en su lugar para lograr un mejor efecto, esto no estaba funcionando, tratar de ser honesto y casual al mismo tiempo.

—¿Rindiéndote? —repitió confundida.

—Sí, me cansé de intentar ser bueno— y aparentemente rindiéndome también de ser casual—. Sólo voy a hacer lo que yo quiera hacer y dejar que las cosas pasen como tengan que pasar.

Eso era lo suficientemente honesto, dejarla ver mi egoísmo y dejar que eso la previniera, también.

—Me perdiste de nuevo.

Estaba siendo lo suficientemente egoísta para agradecer que esto fuera el caso.

—Siempre hablo de más cuando estoy contigo, ese es uno de los problemas.

Un pequeño e insignificante problema comparado con el resto.

—No te preocupes— me aseguró—. No entiendo nada de lo que dices. Bien. Entonces se quedará.

—Cuento con eso.

—Así que, en español ¿somos amigos ahora?

Lo pensé durante un segundo.

—Amigos...— repetí. No me gustaba el sonido de eso. No era suficiente.

—O no —murmuró, parecía avergonzada.

¿Pensaba que no me gustaba lo suficiente?

Sonreí.

—Bueno, lo podemos intentar, supongo. Pero te voy a advertir que no soy un buen amigo para ti.

Esperé a su respuesta, desgarrado en dos, deseando que finalmente hubiera escuchado y entendido, pensando que así lo había hecho ¡Qué melodramático!

Su corazón latió más rápido

—Dices eso todo el tiempo.

—Sí, porque tú no me escuchas— le dije muy intensamente de nuevo—. Sigo esperando que lo creas, si fueras inteligente, me evitarías.

Sólo podía imaginarme el dolor que sentiría cuando entendiera lo suficiente para tomar la decisión correcta.

Sus ojos se volvieron más estrictos

—Creo que te has hecho una opinión de mi intelecto, también.

No estaba seguro de a qué se refería, pero sonreí en disculpa, adivinando que quizá debí haberla ofendido.

—Así que...—dijo lentamente—. Mientras yo no sea... inteligente ¿Podemos intentar ser amigos?

—Eso suena bien.

Miró hacia abajo, fijamente hacia la botella de limonada en sus manos.

La vieja curiosidad me atormentó.

—¿Qué estás pensando? —le pregunté, fue un enorme alivio decir las preguntas en voz alta, al fin. No podía recordar cómo se sentía necesitar oxígeno en mis pulmones, pero me pregunté si el alivio de poder inhalar se sentiría un poco como esto.

Se encontró con mi mirada y su respiración se volvió agitada, mientras sus mejillas se sonrojaban. Inhalé, saboreando eso en el aire.

—Estoy intentando descifrar qué eres.

Mantuve la sonrisa en mi rostro, controlando mis facciones de ese modo mientras el pánico corría por mi cuerpo.

Por supuesto que se preguntaba eso. Tenía una mente brillante. No podía esperar que olvidara algo tan obvio.

—¿Estás teniendo suerte con eso? —le pregunté lo más despreocupado que pude.

—No mucha —admitió.

Me reí con algo de alivio.

—¿Cuáles son tus teorías?

No podían ser peores que la verdad, no importaba qué se le hubiera ocurrido.

Sus mejillas se volvieron rojas y no dijo nada.

Podía sentir el calor de su sonrojo en el aire.

Trataría de usar mi tono persuasivo. Funcionaba bien en los humanos normales.

—¿No me dirás? —le sonreí animándola.

Negó con su cabeza.

—Es demasiado vergonzoso.

Ay. No sabía que pudiera ser más horrible. ¿Por qué sus especulaciones la avergonzarían?

—Eso es realmente frustrante ¿sabes?

Mi queja encendió algo en ella. Sus ojos brillaron y las palabras salieron más suaves de lo usual.

—No, no puedo imaginar por qué eso sería frustrante, sólo porque alguien se niega a decirte lo que está pensando, inclusive si mientras tanto hubiera hecho comentarios crípticos diseñados para mantenerte despierto toda la noche preguntándote qué podrían significar... ahora ¿Por qué habría de ser frustrante?

Fruncí el ceño. Molesto por darme cuenta de que ella tenía razón. No estaba siendo justo. Ella no podría saber las limitaciones y lealtades que ataban mi lengua, pero eso no cambiaba lo dispar de la situación.

Ella continuó—: O mejor, digamos que esa persona hizo un montón de cosas extrañas, desde salvar tu vida bajo imposibles circunstancias un día y al siguiente tratarte como a una paria y nunca explicar ninguna de las dos, aunque lo hubiera prometido, eso, tampoco, sería nada frustrante.

Ese era el discurso más largo que le había oído decir y me dio otra cualidad para agregar a mi lista.

—¿Tienes un poco de temperamento, verdad?

—No me gusta la doble moral.

Su irritación estaba completamente justificada, por supuesto.

Miré fijamente a Bella, preguntándome cómo podría hacer algo bueno para ella hasta que el silencioso tiroteo proveniente de la cabeza de Mike Newton me distrajo. Era tan irritante, tan inmaduramente vulgar que me hizo reír de nuevo.

—¿Qué? —demandó.

—Tu novio cree que estoy molestándote, se debate si debería o no venir e interrumpir nuestra conversación.

Me hubiese encantado ver cómo lo intentaba, me reí de nuevo.

—No sé de quién me hablas— me dijo de manera cortante—. Pero estoy segura de que estas equivocado de todas maneras.

Estaba disfrutando el modo en que lo rechazaba en una sola oración indiferente.

—No lo estoy, ya te lo dije, la mayoría de la gente es muy fácil de leer.

—Excepto yo, por supuesto.

—Sí, excepto tú— ¿tenía que ser ella la excepción de todo? —. ¿Me pregunto por qué será?

Miré fijamente sus ojos intentando de nuevo.

Ella miró hacia otro lado. Abrió su limonada y tomó un pequeño sorbo, sus ojos estaban fijos en la mesa.

—¿No tienes hambre? —le pregunté.

—No— respondió mirando el espacio vacío entre nosotros—. ¿Y tú?

—No, no estoy hambriento —le dije, definitivamente no lo estaba.

Miró fijamente la mesa con los labios apretados, esperé.

—¿Me podrías hacer un favor? —preguntó encontrándose con mi mirada de nuevo de pronto.

¿Qué podría querer de mí? ¿Me pediría la verdad que no tenía permitido decirle? ¿La verdad que no quería que supiera nunca, jamás?

—Eso depende de lo que quieras.

—No es mucho —me prometió.

Esperé, con la curiosidad doliéndome.

—Sólo me preguntaba...—dijo lentamente, mirando la botella de limonada, trazando líneas con su dedo meñique—. ¿Si podrías advertirme la próxima vez que decidas ignorarme por mi propio bien? Sólo para estar preparada.

¿Quería una advertencia? Entonces ser ignorada por mí era algo malo. Sonreí.

—Me parece justo —acepté.

—Gracias— dijo, mirando hacia arriba. Su cara era tan reveladora que quise reír por mi propio alivio.

—¿Entonces puedo pedirte un favor a cambio? —pregunté esperanzado.

—Uno —me concedió.

—Cuéntame una de tus teorías.

Se sonrojó.

—Eso no.

—No hiciste excepciones, sólo prometiste una respuesta —argumenté.

—Y tú no has roto promesas antes —argumentó de vuelta.

Me tenía donde quería.

—Sólo una teoría, prometo no reírme.

—Lo harás —parecía muy segura de eso, aunque no podía imaginar algo que fuera gracioso.

Le di a la persuasión otro intento, miré fijamente sus ojos, una cosa fácil de hacer con ojos tan profundos y susurré—: ¿Por favor?

Ella pestañeó y su cara se puso totalmente en blanco.

Bueno esa no era la reacción que yo esperaba.

—Eh... ¿Qué? —preguntó un segundo después, se veía un poco mareada. ¿Qué le ocurría?

Lo intenté de nuevo.

—Por favor cuéntame una teoría —le pedí en mi suave y para nada terrorífica voz, atrapando su mirada en la mía.

Para mi sorpresa y satisfacción finalmente funcionó.

—Um, bien ¿te ha mordido una araña radioactiva?

¿Historietas? Con razón creía que me iba a reír.

—Eso no es muy creativo —le dije intentando esconder mi alivio.

—Lo siento, es todo lo que tengo —dijo ofendida.

Eso me alivió incluso más, podía hacer otra broma.

—No estás nada cerca.

—¿Nada de arañas?

—Nop.

—¿Ni radioactividad?

—Nada.

—¡Maldición! —dijo.



—La kriptonita tampoco me afecta —le dije rápidamente. Antes de que empezara a preguntar por mordiscos y entonces dejé salir una carcajada porque ella creía que yo era un superhéroe.

—Se suponía que no te ibas a reír ¿recuerdas?— presioné mis labios—. Lo descubriré eventualmente —prometió.

Y cuando lo hiciera, huiría.

—Desearía que no lo hicieras —dije y toda la broma desapareció.

—Porque...

Le debía honestidad y aun así traté de sonreír para que las palabras sonaran menos amenazantes.

—¿Qué pasaría si no fuera un superhéroe y si fuera el chico malo?

Sus ojos brillaron por un segundo y sus labios se abrieron un poco.

—Ah— dijo y luego de otro segundo—. Ya veo.

Finalmente me había escuchado.

—¿Sí? —pregunté trabajando en ocultar mi agonía.

—¿Eres peligroso? —adivinó. Su aliento empezó a acelerarse y su corazón a latir más rápido.

No podía responder a eso ¿sería este mi último momento con ella? ¿Huiría ahora? ¿Podría permitirme decirle que la amo antes de que se fuera? ¿O eso la asustaría más?

—Pero no malo— susurró, negando con la cabeza, sin ningún miedo evidente en sus ojos claros—. No, no creo que seas malo.

—Te equivocas —respondí.

Por supuesto que era malo. ¿Me estaba regocijando ahora que pensaba mejor de mí de lo que me merecía? Si fuese una buena persona, me hubiese mantenido alejado.

Estiré mi mano a través de la mesa, tomando la tapa de su botella de limonada como excusa. No se alejó de la cercanía repentina de mi mano. Realmente no tenía miedo de mí. Aún no.

Levanté la tapa y la miré en vez de a ella. Mis pensamientos gruñían.

“Corre, Bella, corre”. No podía lograr decir las palabras en voz alta.

Se puso de pie. Justo cuando creía que ella había oído, de alguna manera, mi advertencia silenciosa.

—Vamos a llegar tarde —dijo.

—No voy a ir a clases.

—¿Por qué no?

“Porque no te quiero matar”—Es saludable saltarse clases de vez en cuando.

Para ser preciso, era más saludable para los humanos que los vampiros faltaran los días que la sangre humana iba a estar salpicando por ahí. El examen del grupo sanguíneo del Prof. Banner era hoy. Alice ya había faltado a su clase de la mañana.

—Bueno, yo sí voy —dijo. Eso no me sorprendió. Era muy responsable, siempre hacía lo correcto.

Era lo opuesto a mí.

—Entonces te veo luego —dije, tratando de sonar casual, mirando fijamente la tapa que giraba. “Por favor, cuidate. Por favor, nunca me dejes”.

Ella dudó y yo pensé por un momento que había decidido quedarse conmigo después de todo. Pero la campana sonó y se apresuró.

Esperé hasta que se había ido, entonces puse la tapa en mi bolsillo, un recuerdo de esta tan consecuente conversación y caminé a través de la lluvia hacia mi auto.

Puse mi disco favorito de música calmada, el mismo que escuché el primer día, pero no escuché por mucho tiempo las notas de Debussy. Otras notas estaban corriendo dentro de mi cabeza, el fragmento de un tono que me alegraba e intrigaba. Apagué el equipo de sonido y escuché la música que sonaba en mi cabeza, tocando el fragmento mientras se convertía en una armonía completa. Instintivamente, mis dedos se movieron en el aire sobre las teclas de un piano imaginario.

La nueva composición estaba realmente surgiendo sola cuando mi atención fue atrapada por una ola de angustia mental.

«¿Se va a desmayar? ¿Qué hago?» Mike entró en pánico.

A unos cien metros, Mike Newton estaba bajando el cuerpo de Bella hacia la acera. Ella se recostó irresponsablemente sobre el concreto, sus ojos estaban cerrados, su piel blanca como un cadáver.

Casi arranque la puerta del auto.

—¿Bella? —grité.

No hubo ningún cambio en su rostro sin vida cuando grité su nombre.

Todo mi cuerpo se volvió más frío que el hielo. Esto era como la confirmación de cualquier ridícula situación que había imaginado. En el preciso momento en que desapareció de mi vista...

Fui consciente de la sorpresa agravada de Mike mientras examinaba furiosamente sus pensamientos. Él solamente pensaba en su furia hacia mí, así que no podía saber qué le pasaba a Bella. Si él había hecho algo para hierla, podría aniquilarlo. No serían capaces de encontrar ni siquiera el fragmento más pequeño de su cuerpo.

—¿Qué le pasa? ¿Está herida? —demandé saber, tratando de concentrarme en sus pensamientos. Era enfurecedor caminar a paso humano. No debía de haber llamado la atención antes de acercarme.

Entonces pude oír su corazón latiendo e inclusive su respiración. Mientras miraba, ella apretaba los ojos fuertemente. Eso borró algo de mi pánico.

Vi algunos recuerdos de la cabeza de Mike, un chorro de imágenes del laboratorio de Biología. La cabeza de Bella contra la mesa, su pálida piel volviéndose verde. Gotas de rojo cayendo en tarjetas blancas.

Pruebas de sangre.

Me detuve donde estaba, reteniendo mi aliento. Su esencia era una cosa pero su sangre era otra.

—Creo que se desmayó— Mike dijo ansioso y resentido al mismo tiempo—. No sé qué le pasó. Ni siquiera pincharon su dedo.

El alivio me refrescó y respiré de nuevo, saboreando el aire. Ah, podía oler un poco la pequeña herida del dedo de Mike. Hace tiempo, eso podría haberme atraído.

Me arrodillé a un lado de ella, mientras Mike esperaba ceñudo junto a mí, furioso por mi intervención.

—Bella ¿Puedes oírme?

—No— gimió—. Vete.

El alivio era tan exquisito que me reí. Estaba bien.

—La estaba llevando a la enfermería— dijo Mike—. Pero no quiso caminar más.

—Yo la llevaré, tú vuelve a clase —dije, despidiéndolo.

Los dientes de Mike se apretaron.

—No, se supone que yo haga eso.

No me iba a quedar por aquí discutiendo con el cretino.

Emocionado y aterrorizado, medio agradecido y medio confundido por el predicamento que hacía que tocarla fuese una necesidad, gentilmente levanté a Bella de la acera y la sostuve en mis brazos, tocando solamente su impermeable y pantalones, manteniendo la mayor distancia posible entre nuestros cuerpos. Estaba cruzando el espacio con el mismo movimiento, apresurado por mantenerla a salvo, lejos de mí en otras palabras.

Sus ojos se abrieron, sorprendidos.

—Bájame —ordenó en una voz débil, avergonzada de nuevo, supuse por su expresión. Pero su cuerpo estaba tan débil que dudé que pudiese mantenerse en pie por sí sola, mucho menos caminar.

Ignoré las protestas de Mike detrás de nosotros.

—Te ves horrible —le dije sonriendo abiertamente porque no había nada malo con ella más que un pequeño asomo de un estómago débil.

—Devuélveme a la acera —dijo, sus labios estaban blancos.

—Así que te desmayas al ver sangre —dije con un poco de ironía.

Cerró los ojos y presionó sus labios.

—Y ni siquiera es tu propia sangre —añadí ensanchando más mi sonrisa.

Llegamos a la oficina principal, la puerta estaba abierta una pulgada y la pateé para entrar.

La Sra. Cope brinco asustada.

—¡Ay, Dios! —murmuró mientras examinaba a la chica cenicienta en mis brazos.

—Se desmayó en Biología —le expliqué, antes de que su imaginación llegara muy lejos.

La Sra. Cope se apresuró a abrir la puerta de la enfermería. Los ojos de Bella estaban abiertos de nuevo mirándola. Escuché la sorpresa interna de la enfermera mientras recostaba a la chica cuidadosamente en la única camilla. En cuanto Bella estuvo lejos de mis brazos puse la anchura de la habitación entre nosotros. Mi cuerpo estaba muy emocionado, muy ansioso, mis músculos tensos y el veneno fluyendo. Ella era muy cálida y aromática.

—Sufrió un pequeño desmayo —dije tranquilamente a la Sra. Hammond—. Están haciendo el examen del grupo sanguíneo en Biología.

Asintió, entendiendo ahora.

—Siempre le pasa a alguien.

Sofoque una risa. Tenía que ser Bella ese alguien.

—Sólo recuéstate por un minuto, querida— dijo la Sra. Hammond—. Se te pasará.

—Lo sé —dijo Bella.

—¿Te ocurre a menudo? —preguntó la enfermera.

—A veces —admitió Bella.

Traté de esconder mi risa tosiendo.

Esto atrajo hacia mí la atención de la enfermera.

—Ya puedes volver a clase —me dijo.

La miré fijamente a los ojos y le mentí con una perfecta confianza.

—Se supone que me debo quedar con ella.

«Uhhh... Me preguntó... Ay, está bien». La Sra. Hammond asintió.

Funcionó tan bien en la enfermera. ¿Por qué Bella tenía hacer todo tan difícil?

—Te traeré algo de hielo para tu frente, querida —dijo la enfermera suavemente, un poco incómoda al mirarme a los ojos, del modo en que se suponía que los humanos debían reaccionar y dejó el cuarto.

—Tenías razón —Bella gimió, cerrando sus ojos.

¿A qué se refería? Salté a la peor conclusión, había aceptado mis advertencias.

—Usualmente la tengo— dije tratando de mantener el tono divertido en mi voz. Sonó agrio—. ¿Pero en qué particularmente esta vez?

—Saltarse clases es saludable —suspiró.

Ah, alivio de nuevo.

Entonces se quedó callada. Sólo respiraba lentamente, inhalaba y exhalaba. Sus labios estaban comenzando a ponerse rosados. Su boca estaba un poco fuera de balance, su labio inferior era un poco más relleno que el superior, mirar su boca. Me hizo sentir extraño, me hacía querer acercarme a ella, lo cual no era una gran idea.

—Me asustaste por un minuto allá afuera—dije tratando de renovar la conversación. El silencio era doloroso en un modo extraño, dejándome solo sin su voz—. Pensé que Newton estaba arrastrando tu cadáver para enterrarlo en el bosque.

—Ja. Ja. —respondió.

—Honestamente, he visto cadáveres con mejor aspecto que tú— esto era en realidad verdad—. Estaba preocupado porque quizá iba a tener que vengar tu muerte Y lo habría hecho.

—Pobre Mike— suspiró—. Apuesto a que está molesto.

La furia se apoderó de mí, pero la contuve rápidamente. Su preocupación seguramente era sólo lástima. Ella era amable. Eso era todo.

—Él me detesta completamente —le dije, animado por la idea.

—No puedes saber eso.

—Vi su cara, puedo darme cuenta —eso era probablemente verdad, que leer su cara podría haberme dado la suficiente información para hacer esa deducción en particular. Toda esta práctica con Bella me estaba ayudando a perfeccionar esa capacidad.

—¿Cómo me viste? Pensé que te estabas saltando las clases —su cara se veía mejor, el verde se había ido de su piel transparente

—Estaba en mi auto escuchando un disco.

Su boca se torció, como si mi respuesta ordinaria la hubiera sorprendido de alguna manera.

Abrió los ojos de nuevo cuando la Sra. Hammond entró con un paquete de hielo.

—Aquí tienes, querida— dijo la enfermera mientras la ponía en la frente de Bella—. Ya te ves mejor.

—Creo que ya estoy bien —dijo Bella sentándose y quitándose el paquete de hielo.

Por supuesto. No le gustaba que nadie cuidara de ella.

Las manos arrugadas de la Sra. Hammond revolotearon alrededor de la chica, como si fuera a empujarla hacia abajo, pero en ese momento la Sra. Cope abrió la puerta y entró, con un fresco aroma a sangre, sólo un soplo.

Invisible en la oficina detrás de mí, Mike Newton seguía bastante enojado, deseando que el pesado chico que cargaba fuera la chica que estaba conmigo.

—Tenemos otro —dijo la Sra. Cope.

Bella rápidamente saltó de la camilla, agradecida de no ser el centro de atención.

—Aquí tiene— dijo devolviéndole la compresa fría a la Sra. Hammond—. Ya no la necesito.

Mike gruñó mientras medio cargaba a Lee Stevens a través de la puerta. La sangre le seguía goteando de la mano con la que se sostenía la cabeza y le chorreaba por su muñeca.

—Ay no— esta era mi señal para salir y parecía que también para Bella—. Salgamos de aquí, Bella.

Ella me miró fijamente con ojos perplejos.

—Confía en mí, vamos.

Salió antes de que se cerrara la puerta, apresurándose hacia la oficina. La seguí sólo unos centímetros por detrás, su cabello suelto rozó mi mano...

Se volteó para mirarme aún insegura.

—Me hiciste caso —esa era la primera vez.

Su pequeña nariz se arrugó.

—Oí la sangre.

La miré con sorpresa absoluta.

—La gente no puede oler la sangre.

—Bueno, yo sí puedo, es lo que me pone mal. Huele como a óxido y a sal.

Mi rostro se congeló aún mirándola fijamente.

¿Era humana si quiera? Se veía humana. Se sentía suave como una humana. Olía como una humana, bueno, mejor en realidad. Actuaba como humana... más o menos. Pero no pensaba como humana o respondía como una.

¿Aunque, qué otra opción había?

—¿Qué? —demandó.

—Nada.

Mike Newton nos interrumpió, entrando en la habitación resentido, con pensamientos violentos.

—Te ves mejor —dijo con un poco de rudeza.

Mi mano se estremeció, queriendo enseñarle algunos modales. Tendría que controlarme mejor o podría terminar matando a este chico fastidioso.

—Ocúpate de tus asuntos —dijo ella, por un instante pensé que me estaba hablando a mí.

—Nadie más está sangrando— respondió con mal humor—. ¿Vas a regresar a clases?

—¿Estas bromeando? Tendría que dar la vuelta y regresar.

Eso estaba bien. Pensé que iba a perderme esta hora con ella y ahora tenía tiempo extra, se sentía genial. Un regalo que obviamente no me merecía.

—Sí, supongo— Mike murmuró— ¿Irás este fin de semana? ¿A la playa?

¿Qué era esto? Tenían planes. La ira me congeló en el sitio. Sin embargo era un viaje en grupo, Mike estaba pensando en los otros invitados, contando los lugares. No eran solo ellos dos. Eso no ayudó con mi furia, me recargué en el mostrador sin ninguna emoción, tratando de controlarme.

—Seguro, te dije que iría —le prometió ella.

Así que le había dicho que sí a él, los celos me quemaban, más que la sed.

—Nos encontraremos en la tienda de mi padre a las 10:00. «Y Cullen NO está invitado».

—Estaré allí —dijo ella.

—Te veré en gimnasia, entonces.

—Nos vemos —contestó.

Él se fue hacia sus clases, sus pensamientos estaban llenos de ira: «¿Qué ve en ese fenómeno? Seguro, es rico, supongo. Las chicas creen que él es guapo, pero no veo eso. Demasiado... demasiado perfecto. Apuesto a que su papá experimenta en todos ellos con cirugías plásticas. Por eso es que son tan pálidos y guapos. Eso no es natural. Además él es como... aterrador. A veces cuando me mira podría jurar que está pensando en matarme... fenómeno...»

Mike no era totalmente despistado.

—Gimnasia —Bella repitió quietamente con un gemido.

La miré, parecía que estaba triste por algo otra vez, no estaba seguro por qué, pero era claro que no quería ir con Mike a la siguiente clase y yo tenía un plan para ello.

Fui a sentarme a su lado acercándome un poco cerca de su rostro, sintiendo el calor de su piel radiando hacia mis labios, no me atreví a respirar.

—Me puedo ocupar de eso— murmuré—. Ve a sentarte y aparenta estar pálida.

Hizo lo que le pedí, sentándose en una de las sillas plegables y recargando su cabeza contra la pared, mientras tanto la Sra. Cope salió de la enfermería y fue a su escritorio. Con los ojos cerrados, Bella parecía como si se hubiera desmayado de nuevo, su color aún no había regresado.

Me volví hacia la secretaría. Con suerte Bella estaría prestando atención esta vez, pensé con sarcasmo. Así era como un humano se suponía que debía responder.

—¿Sra. Cope? —pregunté usando mi más persuasiva voz de nuevo.

Sus pestañas revolotearon y su corazón latió más rápido. «Contrólate».

—¿Sí?

Eso fue interesante. Cuando el pulso de Shelly Cope se aceleraba, era porque ella me encontraba físicamente atractivo, no porque estuviera asustada. Estaba acostumbrado a eso rodeado de hembras humanas, esas que de algún modo se aclimataban a mi clase luego de continua exposición... Aún así no había considerado esa explicación para los acelerados latidos del corazón de Bella.

Me gustaba eso, demasiado a decir verdad. Sonreí y la respiración de la Sra. Cope se volvió ruidosa.

—Bella tiene gimnasia en la próxima hora y no creo que se sienta muy bien aún, a decir verdad estoy pensando en llevarla a casa ahora. ¿Podría dispensarla de su clase?

La miré fijamente a los ojos, disfrutando del estrago que esto provocaba en el proceso de su pensamiento. ¿Era posible que Bella...?

La Sra. Cope tuvo que aclararse la garganta ruidosamente antes de responder.

—¿Necesitas que te dispense a ti también, Edward?

—No, tengo clase con la Prof. Goff, a ella no le importará.

No estaba prestándole mucha atención. Ahora estaba explorando esta nueva posibilidad.

Uhhh, me gustaba pensar que Bella me encontraba atractivo como las otras humanas, pero ¿cuándo tuvo Bella las mismas reacciones que las otras humanas? No debía esperanzarme mucho.

—De acuerdo, está listo, espero que te sientas mejor Bella.

Bella asintió despacio, sobreactuando un poquito.

—¿Puedes caminar o quieres que te cargue de nuevo? —le pregunté bromeándola por su pobre actuación, sabía que querría caminar, no quería parecer débil.

—Caminaré —respondió.

Correcto de nuevo.

Se levantó, dudando por un momento como chequeando su equilibrio. Detuve la puerta para que saliera y caminamos hacia la lluvia.

La miré levantar la cara hacia la llovizna con los ojos cerrados y con una pequeña sonrisa en los labios. ¿Qué estaría pensando? Algo de su reacción me parecía fuera de lugar y rápidamente me di cuenta por qué esa postura no me parecía familiar. Las chicas normales no levantan sus caras hacia la lluvia de esa forma; las chicas normales usan maquillaje, inclusive en este lugar tan húmedo.

Bella nunca usaba maquillaje, tampoco es que debiera. La industria de los cosméticos ganaba billones al año porque las mujeres trataban de tener pieles como la de ella.

—Gracias— dijo ella sonriéndome—. Casi vale la pena estar enferma para no ir a Gimnasia.

Miré a través del campus pensando cómo alargar este momento.

—Cuando quieras —dije.

—¿Irás? Este sábado ¿quiero decir? —sonaba esperanzada.

Ah, su esperanza era un calmante para mis celos. Ella quería que fuera con ella y no Mike Newton y quería decir que sí. Pero había tantas cosas para considerar: Primero, estaría soleado este sábado.

—¿A dónde irán exactamente? —traté de mantener mi voz sin cambios, como si no importara mucho. Mike había dicho playa, sin embargo. No había muchas maneras de evadir el sol allí. Emmett estaría irritable si cancelaba nuestros planes pero eso no me detendría si había alguna manera de pasar tiempo con ella.

—Allá abajo, a La Push, a la First Beach.

Entonces, era imposible.

Controlé mi decepción y bajé la mirada hacia ella, sonriendo irónicamente.

—Creo que no estoy invitado.

Suspiró, resignada.

—Acabo de invitarte.

—No abusemos más del pobre Mike entre tú y yo esta semana. No vaya a romperse.

Me imaginé a mi mismo rompiendo al “pobre Mike”, disfrutando la imagen mental intensamente.

—El blandengue de Mike —dijo ella de nuevo. Sonreí ampliamente.

Y entonces, empezó a alejarse de mí.

Sin pensar en mi acción la alcancé y la sujeté por la parte de atrás de su impermeable. Ella se detuvo.

—¿A dónde crees que vas? —estaba molesto, casi enojado, porque me estaba dejando. Aún no había tenido suficiente tiempo con ella.

—Me voy a casa —dijo como si se preguntará por qué esto me molestaba.

—¿No me escuchaste decir que te llevaría a casa a salvo? ¿Piensas que te voy a dejar conducir en ese estado?

Sabía que no le agradaría eso, mi implicación de debilidad por su parte. Pero de todas maneras necesitaba practicar para nuestro viaje a Seattle. Ver si podía manejar su proximidad en un espacio cerrado. Esto era un viaje mucho más corto.

—¿Qué estado? —preguntó—. ¿Y qué hay con mi camioneta?

—Le diré a Alice que la lleve después de la escuela.

La jalé hacia mi auto suavemente, como si supiera que caminar hacia adelante fuera un problema para ella.

—¡Déjame! —dijo moviéndose hacia los lados como si fuera a tropezar. Mantuve una mano fuera para atraparla, pero se equilibró antes de que fuera necesario. No debería de estar buscando excusas para tocarla. Eso me hizo pensar de nuevo en la reacción de la Sra. Cope hacia mí, pero lo archivé para más tarde. Había mucho para considerar en ese frente.

La dejé tal y como me lo pidió y luego me arrepentí. Inmediatamente se tropezó y trastabilló hacia la puerta del pasajero de mi auto. Tendría que ser mucho más cuidadoso con ella, tomar en cuenta su pobre equilibrio.

—¡Eres tan insistente!

Tenía razón, mi comportamiento era extraño y esa era la descripción amable. ¿Me diría ahora que no?

—Está abierto.

Me acomodé en mi lugar y encendí el auto. Mantuvo rígidamente su cuerpo, todavía afuera aunque la lluvia había arreciado y yo sabía que a ella no le gustaba el frío y la humedad. El agua estaba escurriendo por su cabello oscureciéndolo hasta ser casi negro.

—Soy perfectamente capaz de manejar a casa.

Por supuesto lo era, pero ansiaba su tiempo de una manera en la que no había deseado nada antes. No inmediato y demandante como la sangre, esto era algo diferente, un tipo de deseo diferente y un tipo de dolor diferente.

Se estremeció.

Bajé la ventanilla del pasajero y me incliné hacia ella.

—Por favor, entra, Bella.

Entrecerró sus ojos y supuse que se estaba debatiendo en si debía o no correr.

—Te arrastraría de vuelta —bromeé, preguntándome si mi adivinanza fuera correcta. La consternación en su rostro me dijo que sí.

Su barbilla se tensó en el aire, abrió su puerta y subió. Su pelo goteo en la tapicería y sus botas rechinaron una contra la otra.

—Esto es completamente innecesario —dijo fríamente. Creí que estaba más avergonzada que realmente enojada. ¿Mi comportamiento estaba completamente fuera de lugar? Creí que estaba bromeando, que estaba actuando como el chico adolescente atontado promedio pero, ¿Qué si lo estaba haciendo todo mal? ¿Se siente coaccionada? Me di cuenta que tenía todas las razones para sentirse así.

No sabía cómo hacer esto, como cortejarla como un hombre moderno y normal del año 2005. Como humano, sólo aprendí las costumbres de mi época. Gracias a mi extraño don, sabía bastante bien cómo pensaban las personas ahora, lo que hacían, cómo actuaban, pero cuando trataba de actuar casual y moderno, todo parecía incorrecto. Probablemente porque yo no era normal o moderno o humano. Tampoco



es como si hubiese aprendido algo útil de mi familia. Ninguno de ellos ha tenido nada cercano a un cortejo normal, incluso exceptuando las otras dos calificaciones.

Rosalie y Emmett han tenido el cliché, la clásica historia de amor a primera vista. Nunca ha habido un momento en que alguno se haya cuestionado lo que eran el uno para el otro. En el primer segundo en el que Rosalie vio a Emmett fue arrastrada por la inocencia y honestidad que había evadido su vida y ella lo quería. En el primer segundo que Emmett vio a Rosalie, él vio una diosa a la que había adorado desde entonces. Nunca ha habido una primera conversación incómoda, llena de dudas, nunca se han mordido las uñas en un momento de espera por un sí o un no.

La unión de Alice y Jasper fue incluso menos normal. Durante los 28 años antes de que se conocieran, Alice ya sabía que amaría a Jasper. Ella vio años, décadas, centenarios de futuro de sus vidas juntos y Jasper, sintiendo todas sus emociones durante esa larga espera, la pureza y certeza; y la profundidad de su amor no pudo más que abrumarlo. Se debe haber sentido como un tsunami para él.

Carlisle y Esme han sido un poco más típicos que los otros, supongo. Esme ya estaba enamorada de Carlisle, para sorpresa de él, pero no a través de nada místico ni mágico. Ella conoció a Carlisle siendo una niña y atrapada por su caballerosidad y belleza sobrecogedora, formó una atracción que la persiguió por el resto de su vida humana. La vida no fue amable con Esme, así que no era sorpresa que este recuerdo dorado de un buen hombre no hubiese sido suplantado en su corazón. Después del tormento de la transformación, cuando despertó para ver la cara de su tan anhelado sueño, sus efectos fueron enteramente de él.

Estuve presente para prevenir a Carlisle de su imprevista reacción. Él esperaba que ella estuviese en shock por su transformación, traumatizada por el dolor, horrorizada de ver en lo que se había convertido, más de lo que yo estaba. Él esperaba tener que explicarle y disculparse, de calmar y expiar. Él sabía que había una buena opción de que ella prefiriera haber muerto, que lo despreciara por la decisión tomada sin su consentimiento ni entendimiento. Así que el hecho de que ella estuviera inmediatamente preparada para unirse a esta vida, no vida realmente, pero unirse a él, no era algo para lo que él estaba preparado.

Él nunca se había visto a sí mismo como posible objeto de romance y amor antes de ese momento. Parecía contrario a lo que él era: un vampiro, un monstruo. El entendimiento que le dio, cambió el modo en que miró a Esme y el modo en el que se veía a sí mismo.

Más allá de eso, era realmente algo poderoso, escoger salvar a alguien. No era una decisión que cualquier individuo cuerdo tomara a la ligera. Cuando Carlisle me escogió, él ya había sentido una docena de emociones que lo ataron a mí incluso antes de que yo despertara a la conciencia de lo que había pasado. Responsabilidad, ansiedad, ternura, lástima, esperanza, compasión... había un sentido de propiedad en ese acto, que nunca había experimentado, sólo lo había oído a través de sus pensamientos y los de Rosalie. Él ya se sentía como mi padre antes de que yo supiera su nombre. Para mí, era algo sin esfuerzo e instintivo encajar en mi papel de hijo. El amor vino fácilmente, aunque siempre atribuí eso a quién fue él como persona más que a él iniciando la conversación.

Así que ya fuera por estas razones o simplemente fuera porque Carlisle y Esme estaban destinados a estar juntos... incluso con mi don para oír todo tal cual era, nunca lo sabría. Ella lo amaba y él rápidamente descubrió que podría regresarle ese

amor. Fue un corto período de tiempo antes de que su sorpresa se transformara en admiración, a descubrimiento y luego a romance. Mucha felicidad.

Sólo momentos de fácil superada incomodidad, todo se suavizó con la ayuda de un poquito de lectura de mentes. Nada más incómodo que esto. Ninguno de ellos más despistado y sin idea de lo que hacía que yo.

No había pasado un segundo completo mientras estas parejas menos complicadas pasaban por mi mente; Bella apenas estaba cerrando su puerta. Rápidamente subí la calefacción para que no estuviera incómoda y puse la música a un volumen de fondo. Manejé hacia la salida, mirándola de reojo. Su labio inferior estaba fruncido con terquedad.

De pronto miró el equipo de sonido con interés y sonrió. Su expresión malhumorada desapareció.

—¿Claro de Luna? —preguntó.

¿Una admiradora de los clásicos?

—¿Conoces a Debussy?

—No muy bien— dijo—. Mi madre pone música clásica en casa, sólo conozco a mis favoritos.

—Es uno de mis favoritos también.

Miré fijamente la lluvia, considerando eso. En realidad tenía algo en común con la chica. Estaba empezando a pensar que éramos lo opuesto en todo.

Parecía más relajada ahora, mirando la lluvia como yo, con los ojos ciegos. Usé esa distracción momentánea para experimentar con la respiración.

Inhalé cuidadosamente por la nariz.

Potente.

Apreté el volante más fuerte. La lluvia la hacía oler aún mejor. No podía creer que eso fuese posible. Mi lengua hormigueó por la anticipación del sabor.

El monstruo no estaba muerto, descubrí con disgusto. Solo aguardando su momento.

Traté de tragar por encima del ardor en mi garganta. No ayudó. Esto me enfureció. Tenía tan poco tiempo con la chica. Mira todo lo que tuve que hacer para asegurar unos quince minutos extra. Tomé otra bocanada de aire y peleé contra mi reacción. Tenía que ser más fuerte que esto.

“¿Qué estaría haciendo si no fuese el villano de esta historia?” Me pregunté. ¿Cómo estaría usando este valioso tiempo?

Estaría aprendiendo más sobre ella.

—¿Cómo es tu madre? —pregunté.

Bella sonrió.

—Se parece mucho a mí, pero es más bonita.

La miré con escepticismo.

—Tengo demasiado de Charlie en mí— continuó—. Ella es más extrovertida que yo y más valiente.

Extrovertida, lo creía. ¿Más valiente? No estaba seguro.

—Es irresponsable, un tanto excéntrica y una cocinera impredecible. Es mi mejor amiga —su voz se volvió melancólica, su frente se crispo.

Tal y como había notado antes, su tono nuevamente sonaba más como el de un padre que de un hijo.

Me detuve frente a su casa, muy tarde para preguntarme si se suponía que yo sabía donde vivía. No, esto no debía de ser extraño en un pueblo pequeño siendo su padre era una figura pública.

—¿Cuántos años tienes, Bella? —debía ser mayor de lo que parecía. A lo mejor entró tarde a la escuela o había repetido... aunque eso tampoco era probable, siendo tan brillante como era.

—Tengo diecisiete —respondió.

—No pareces de diecisiete.

Ella se rió.

—¿Qué?

—Mi mamá siempre dice que nací con treinta y cinco años, y que cada año me vuelvo más madura— se rió de nuevo y luego suspiró—. Bueno alguien debía ser el adulto.

Eso aclaraba muchas cosas. Era fácil entender cómo la irresponsabilidad de la madre había hecho madurar a la hija. Tuvo que crecer antes, para convertirse en su cuidadora. Es por eso que no le gustaba que cuidaran de ella, sentía como si ese fuera su trabajo.

—Tú tampoco pareces un adolescente de escuela secundaria— dijo ella, sacándome de mis pensamientos.

Fruncí el ceño. Por cada cosa que yo percibía de ella, ella percibía mucho más a cambio. Cambié el tema.

—¿Así que por qué tu madre se casó con Phil?

Ella dudó un momento antes de responder.

—Mi madre... ella es mucho más joven para su edad. Creo que Phil la hace sentir aún más joven, de cualquier manera, ella está loca por él —asintió con la cabeza de manera indulgente.

—¿Lo apruebas? —pregunté.

—¿Importa? —, preguntó—. Quiero que ella sea feliz y él es a quien ella quiere.

La bondad de su comentario debió haberme sorprendido, excepto que eso encajaba demasiado bien en lo que había aprendido de su carácter.

—Eso es muy generoso... me pregunto si...

—¿Qué?

—¿Tendría ella la misma cortesía contigo? ¿Sin importar a quien escojas?

Esa era una pregunta tonta y no pude mantener mi voz casual mientras la hacía. Qué estúpido era pensar que alguien me aprobaría a mí para su hija. Qué estúpido pensar incluso que Bella me escogiera a mí.

—Eso... eso creo —tartamudeó, reaccionando de alguna manera a mi mirada. ¿Era miedo? Pensé nuevamente en la Sra. Cope. ¿Cuáles eran las otras cosas que la delataban? Ojos como platos podrían significar las dos cosas. Aunque el revoloteo de pestañas parecía estar alejado del miedo. Los labios de Bella estaban medio abiertos.

Se recompuso.

—Pero ella es la madre. Después de todo, es un poco diferente —concluyó.

Sonreí un poco.

—Nadie que asuste mucho, entonces.

—¿A qué te refieres con que te asusté mucho? ¿Múltiples perforaciones y grandes tatuajes? —me sonrió ampliamente.

—Esa es una definición, supongo —una definición nada amenazante comparada con la de mi mente.

—¿Cuál es tu definición?

Ella siempre hacía las preguntas equivocadas. O posiblemente las correctas. Las que no quería responder, de ninguna manera.

—¿Crees que yo puedo asustar? —le pregunté tratando de sonreír un poco.

Lo pensó antes de responderme en una voz muy seria.

—Ummm... Creo que podrías si te lo propusieras.

Yo estaba serio también.

—¿Te asusto ahora?

Respondió rápido, sin pensarlo siquiera—: No.

Sonreí de nuevo. No creí que me estuviera contando la verdad, pero tampoco creí que estuviera mintiendo. Ella no me temía lo suficiente como para irse, al menos. Me pregunté cómo se sentiría si le dijera que estaba teniendo esta conversación con un vampiro y luego me estremecí por dentro al pensar en su reacción.

—Así que ¿Ahora me vas a contar de tu familia? Seguro es más interesante que la mía.

Una más terrorífica, al menos.

—¿Qué quieres saber? —pregunté con cautela.

—¿Los Cullen te adoptaron?

—Sí.

Ella dudó un momento y luego preguntó en voz baja.

—¿Qué le pasó a tus padres?

Esto no era tan difícil, no tendría que mentirle.

—Ellos murieron hace mucho tiempo.

—Lo lamento —murmuró, claramente preocupada por haberme herido.

Ella estaba preocupada por mí. Qué sentimiento tan extraño, verla preocuparse, incluso de este modo común.

—La verdad no los recuerdo mucho— le aseguré—. Carlisle y Esme han sido mis padres desde hace mucho tiempo.

—Y los quieres —dedujo.

Sonreí.

—Sí, no podría pensar en dos mejores personas.

—Tienes mucha suerte.

—Lo sé —en esas circunstancias, en cuestión de padres, no podía negarlo.

—¿Y tus hermanos y hermanas?

Si la dejaba preguntar muchos detalles, tendría que mentirle. Miré el reloj, decepcionado de que mi tiempo con ella se hubiera terminado pero al mismo tiempo aliviado. El dolor era severo y me preocupaba que la quemazón en mi garganta de pronto se volviera fuego y me controlara.

—Y hablando de mis hermanos y hermanas, Jasper y Rosalie por ejemplo, van a estar molestos si les toca esperarme en la lluvia.

—Ah, disculpa, supongo que te tienes que ir.

No se movió. Tampoco quería que nuestro tiempo se terminara.

El dolor no era tan malo en realidad, pensé. Pero debía ser responsable.

—Y probablemente querrás tu camioneta de vuelta antes de que el Jefe Swan llegue a casa así no tendrás que contarle del incidente de Biología —sonreí al recordar su vergüenza cuando estuvo en mis brazos.

—Estoy segura de que ya se enteró. No hay secretos en Forks —dijo el nombre del lugar con distintiva frialdad.

Me reí ante sus palabras. No hay secretos, así es.

—Diviértete en la playa —miré la lluvia, sabiendo que no duraría mucho y deseaba más que nunca que no fuera así—. Buen clima para tomar el sol—. bueno lo sería el sábado. Ella lo disfrutaría y su felicidad se había convertido en lo más importante. Más importante que la mía propia.

—¿No te veré mañana? —preguntó, la preocupación en su tono me reconfortó.

—No, Emmett y yo empezaremos el fin de semana antes.

Estaba molesto conmigo mismo por haber hecho esos planes. Podría cancelarlos... pero no había nada como demasiada caza en este momento y mi familia ya estaba lo suficientemente preocupada por mi comportamiento sin revelarles lo obsesivo que me estaba volviendo. Aún no estaba completamente seguro de qué locura se había apoderado de mí anoche. De verdad necesitaba una manera de controlar mis impulsos. Quizá algo de distancia ayudaría.

—¿Qué harán? —preguntó, no muy feliz por la revelación.

Más placer, más dolor.

—Iremos a acampar en las montañas de Goat Rocks, cerca del río Rainier.

Emmett estaba desesperado por un oso.

—Ah, está bien diviértete —dijo decepcionada, su falta de entusiasmo me complacía de nuevo.

Mientras la miraba, comencé a sentir casi una agonía ante el pensamiento de decir una despedida aunque fuese momentánea. Parecía tonto dejarla fuera de mi vista, donde cualquier cosa podría pasarle y ,sin embargo, las peores cosas que podrían pasarle podrían ser resultado de estar conmigo.

—¿Harías algo por mí este fin de semana? —pregunté muy serio.

Ella asintió, aunque claramente perpleja por mi intensidad.

“Tómalo con calma”.

—No te ofendas, pero pareces una de esas personas que atraen los problemas como un imán. Así que... trata de no caerte en el mar o dejarte atropellar, ¿de acuerdo?

Le sonreí, esperando que ella no viera la verdadera tristeza en mis ojos. Cuanto deseaba que no estuviera mucho mejor lejos de mí, sin importar lo que quizá le pasaría allí.

“Corre, Bella, corre. Te amo demasiado, por tu propio bien o el mío”.

Se ofendió por mi pedido; debí haberme equivocado de nuevo. Me miró.

—Veré que puedo hacer —saltó saliendo hacia la lluvia y azotando la puerta con toda la fuerza que pudo.

Giré mi mano alrededor de la llave, acababa de sacar mi mano del bolsillo de su chaqueta e inhalé profundamente su esencia mientras conducía.

# MELODÍA

TUVE QUE ESPERAR CUANDO REGRESÉ LA ESCUELA. LA HORA FINAL AÚN no había terminado. Eso era bueno, porque tenía cosas en las que pensar y necesitaba un tiempo a solas.

Su olor se impregnó en el auto. Mantuve las ventanas arriba, dejándolo que me atacara, intentando acostumbrarme al sentimiento de quemadura intencional en mi garganta.

Atracción.

Eso era algo muy problemático de contemplar. Tantos lados, tantos significados y niveles. No es lo mismo que el amor, pero se relacionaban inexorablemente.

No tenía idea si Bella estaba atraída por mí. (¿De alguna manera su silencio mental continuaría volviéndose más y más frustrante hasta que me volviera loco? ¿O había un límite al que llegaría eventualmente?)

Intenté comparar sus respuestas físicas con otras, como la secretaria y Jessica Stanley, pero la comparación no fue concluyente. Las mismas características, cambios en el ritmo cardíaco y las pausas en la respiración, podrían simple y fácilmente significar miedo o impresión o ansiedad como interés. Parecía improbable que Bella pudiera estar entretenida con el mismo tipo de pensamientos que Jessica Stanley solía tener. Después de todo, Bella sabía muy bien que había algo mal en mí, incluso aunque no supiera exactamente qué era eso. Ella había tocado mi piel de hielo y tirado su mano lejos del frío.

Y aún así... Recordé esas fantasías que solían ser repulsivas, pero las recordé con Bella en el lugar de Jessica.

Estaba respirando más rápido, el fuego arañando de arriba abajo mi garganta.

¿Y que si hubiera sido Bella, imaginándome con mis brazos envueltos alrededor de su frágil cuerpo, sintiéndome empujarla apretadamente contra mi pecho y entonces ahuecar mi mano bajo su mentón, cepillando la pesada cortina de su cabello hacia atrás de su rostro ruborizado, trazando la forma de sus labios llenos con las puntas de mis dedos, inclinando mi cara más cerca de la suya, donde pudiera sentir el calor de su aliento en mi boca, moviéndome aún más cerca...?

Pero entonces, me encogí lejos de esa fantasía sabiendo, como supe cuando Jessica había imaginado esas cosas, qué pasaría si estuviera tan cerca de ella.

Atracción era un dilema imposible, porque ya estaba demasiado atraído por Bella pero de la peor manera.

¿Quería yo que Bella estuviera atraída hacia mí, como una mujer a un hombre?

Esa era la pregunta equivocada. La pregunta correcta era: debería yo querer que Bella estuviera atraída en esa forma y la respuesta era no. Porque yo no era un hombre humano y eso no era justo para ella.

Con cada fibra de mi ser, anhelé ser un hombre normal; así podría sostenerla entre mis brazos, sin arriesgar su vida. Así podría ser libre de tejer mis propias fantasías, fantasías que no terminarían con su sangre en mis brazos, su sangre brillando en mis ojos.

Mi búsqueda de ella era indefendible. ¿Qué tipo de relación podía ofrecerle, cuando no me podía arriesgar a tocarla?

Sostuve mi cabeza entre mis manos.

Era todo más confuso porque nunca me había sentido tan humano en toda mi vida, ni siquiera cuando era humano, hasta dónde podía recordar. En esos días, mis pensamientos habían sido todos dirigidos a la gloria de un soldado. La Gran Guerra había arrasado con la mayor parte de mi adolescencia y había estado a sólo nueve meses de cumplir mis 18 años cuando la influenza había atacado. Tenía sólo impresiones vagas de esos años humanos, recuerdos turbios que se desvanecían más con cada década que pasaba. Mi madre era lo que recordaba más claramente y sentía un dolor antiguo cuando pensaba en su cara. Recordé tenuemente cuánto había odiado ella el futuro hacia el cual había corrido ansiosamente, rezando cada noche cuando bendecía la mesa a la hora de la cena para que la “aterradora guerra” terminara. No tenía recuerdos de ningún otro tipo de anhelo. Aparte del amor de mi madre, no había otro amor que me hubiera hecho desear quedarme.

Esto era completamente nuevo para mí. No tenía paralelos para dibujar ni comparaciones para hacer.

El amor que sentía por Bella había llegado puramente, pero ahora las aguas estaban embarradas. Quería tanto poder ser capaz de tocarla. ¿Se sentía ella de la misma manera?

Eso no importaba, traté de convencerme a mí mismo.

Miré a mis manos blancas, odiando su dureza, su frialdad, su fuerza inhumana...

Salté cuando la puerta del pasajero se abrió.

«Ja. Te atrapé por sorpresa. Siempre hay una primera vez», pensó Emmett cuando se deslizó en el asiento—, apuesto que la Sra. Goff piensa que estás tomando drogas, has estado muy errático últimamente. ¿Dónde estuviste hoy?

—Estaba... haciendo buenas obras.

«¿Ah?»

Solté una risita.

—Velando por los enfermos y ese tipo de cosas.

Eso lo confundió más, pero entonces inhaló y atrapó el olor en el auto.

—Ah. ¿La chica otra vez?

Fruncí el ceño.

«Esto se está poniendo raro».

—Ni que lo digas —farfullé.

Inhaló de nuevo.

—Uhhmm, sí que tiene buen sabor, ¿no es así?

El gruñido irrumpió a través de mis labios antes de que sus palabras hubieran sido incluso registradas, una respuesta automática.

—Calma, chico, sólo estoy diciendo.2

Entonces llegaron los otros. Rosalie notó la esencia a la primera y me frunció el ceño, aún no superaba su irritación. Me pregunté cuál era su problema real, pero todo lo que oía de su mente eran insultos.

No me gustó la reacción de Jasper tampoco. Como Emmett, notó el atractivo de Bella. No es que esa esencia tuviera, para ninguno de ellos, una milésima parte de la atracción que tenía para mí. Aún así me molestaba que su sangre fuera dulce para ellos. Jasper tenía un control muy pobre.

Alice saltó a mi lado en el carro y extendió su mano para que le diera la llave de la camioneta de Bella.

—Únicamente vi que fui yo—dijo, oscuramente, como era su hábito—. Tendrás que decirme el por qué.

—Esto no quiere decir...

—Lo sé, lo sé. Esperaré. No será mucho tiempo.

Suspiré y le di la llave.

La seguí hasta la casa de Bella. La lluvia estaba golpeando como un millón de diminutos martillos, tan alto que quizás los oídos humanos de Bella no podrían oír el rugido del motor de la camioneta. Vigilé su ventana, pero ella no miró hacia fuera. Quizás no estaba allí. No había pensamientos que oír.

Me entristeció que no pudiera oír lo suficiente ni siquiera para echarle un vistazo, asegurarme de que estaba feliz o a salvo, al menos.

Alice se subió en la parte de atrás y manejamos rápidamente hacia casa. La carretera estaba vacía, así que nos tomó sólo unos pocos minutos. Entramos en la casa y entonces fuimos a nuestros variados pasatiempos.

Emmett y Jasper estaban en medio de un elaborado juego de ajedrez, utilizando ocho tableros unidos, esparcidos a lo largo de la pared de cristal trasera con su propio y complicado conjunto de reglas. Ellos no me dejarían jugar. Ahora sólo Alice jugaba conmigo.

Alice fue a su computador justo a la esquina de ellos y pude oír su monitor encenderse. Estaba trabajando en un proyecto de diseño de modas para el guardarropa de Rosalie, pero hoy Rosalie no se le unió, para pararse detrás de ella y dirigir el corte y el color mientras la mano de Alice hacía trazos en la pantalla táctil. En lugar de eso, hoy Rosalie se despatarró en el sofá y comenzó a cambiar 20 canales por segundo en la televisión pantalla plana sin pausar. Podía oírla tratando de decidir entre sí volver al garaje a remodelar su BMW o no.

Esme estaba arriba, tarareando sobre un nuevo set de planos. Ella siempre estaba diseñando algo nuevo. Quizá construiría esa como nuestra nueva casa o la siguiente.

Alice inclinó su cabeza alrededor de la pared después de un momento y empezó a susurrar apenas los próximos movimientos que Emmett haría a Jasper, quien mantuvo su expresión muy calmada cuando derribó el caballo favorito de Emmett. Emmett se sentaba en el piso con la espalda hacia ella.

Y yo, que por primera vez en mucho tiempo me sentí apenado, fui a sentarme en el exquisito gran piano que estaba ubicado en el camino de la entrada.

Corrí mi mano gentilmente a través de las escalas, examinando los sonidos. Los tonos aún eran perfectos.

Escaleras arriba, Esme se detuvo en lo que estaba haciendo y giró su cabeza hacia un lado.



Empecé con la primera línea del sonido que por sí mismo había sido sugerido en mi cabeza hoy en el auto, satisfecho de que sonara aún mejor de lo que lo había imaginado.

«Edward está tocando de nuevo», pensó Esme alegremente, una sonrisa irrumpiendo a través de su cara. Se levantó de su escritorio y saltó silenciosamente a la cabecera de las escaleras.

Añadí una línea de armonía, dejando que la melodía central zigzagueara a través de ella.

Esme suspiró con satisfacción, se sentó en el escalón de la cima de la escalera y recostó su cabeza contra la barandilla. «Una nueva canción. Ha pasado mucho tiempo. Qué sonido tan adorable».

Dejé a la melodía dirigirse en una nueva dirección, siguiéndola con la línea del bajo.

«¿Edward está componiendo otra vez?» Pensó Rosalie y sus dientes se apretaron juntos en un feroz resentimiento.

En ese momento, ella se descuidó y pude leer toda su subyacente indignación. Vi por qué estaba de tan mal temperamento conmigo. El por qué matar a Isabella Swan no le molestaba para nada a su conciencia.

Siempre se trataba de vanidad con Rosalie.

La música paró abruptamente y me reí antes de poder evitarlo, un ladrido afilado de diversión que fue interrumpido rápidamente cuando lancé mi mano sobre mi boca.

Rosalie se giró para mirarme con rabia, sus ojos chispeando con furia contenida.

Emmett y Jasper voltearon a verme también y escuché la confusión de Esme. Estuvo en la planta baja en un fogonazo. Deteniéndose para mirarnos a Rosalie y a mí.

—No te detengas, Edward —Esme me animó después de un momento de tensión.

Comencé a tocar de nuevo, dándole la espalda a Rosalie mientras intentaba arduamente controlar la sonrisa extendiéndose a través de mi cara. Se puso de pie y abandonó el salón, más enfadada que avergonzada.

«Si dices algo te daré caza como a un perro».

Sofiqué otra risa.

—¿Qué va mal, Rose? —le preguntó Emmett. Rosalie no se dio vuelta. Continuó rauda y fuertemente hacia el garaje y entonces se retorció bajo su cauto como si pudiera enterrarse a sí misma debajo.

—¿De qué se trata esto? —Emmett me preguntó.

—No tengo ni la más remota idea —mentí.

Emmett gruñó, frustrado.

—Sigue tocando —Esme me impulsó. Mis manos se habían pausado otra vez.

Hice lo que me pidió y vino a pararse detrás de mí, poniendo sus manos en mis hombros.

La canción era fascinante, pero incompleta. Jugué con un puente, pero no parecía el adecuado de ninguna manera.

—Es encantadora. ¿Tiene un nombre? —preguntó Esme.

—Aún no.

—¿Hay una historia en ella? —preguntó con una sonrisa en su voz. Esto le daba un placer inmenso y me sentí culpable por tener descuidada mi música por tanto tiempo. Eso había sido egoísta.

—Es... una canción de cuna, supongo —tuve el puente justo entonces. Se dirigió fácilmente al siguiente movimiento, tomando vida por sí mismo.

—Una canción de cuna —repitió ella para sí misma.

Había una historia en esta melodía y una vez que lo vi, las piezas cayeron en su lugar sin mucho esfuerzo. La historia era una chica durmiendo en una estrecha cama, oscuro y espeso cabello salvaje que serpenteaba como algas a través de la almohada...

Alice dejó a Jasper a sus propios medios y vino a sentarse a mi lado en el banco. En su voz, como el titileo de una campana de viento, esbozó un sonido que era dos octavas por encima de la melodía.

—Me gusta— murmuré—. ¿Pero qué hay de este?

Añadí su línea a la armonía, mis manos estaban ahora volando a través de las teclas para trabajar con todas las piezas juntas, modificándolo un poco, llevándolo en una nueva dirección.

Ella pilló mi modo, y cantó con al unísono.

—Sí, perfecto —dije.

Esme apretó mi hombro.

Pero ahora podía ver el final, con la voz de Alice elevándose por encima del tono y llevándolo a otro lugar. Podía ver cómo la canción debía terminar, porque la chica durmiendo era simplemente perfecta en la forma que ella lo era y cualquier mínimo cambio estaría mal, una lástima. La canción se encaminó a la realización, más lento y más bajo. La voz de Alice bajó también y se volvió solemne, una voz que pertenecía a los arcos resonantes de una catedral llena de velas.

Toqué la última nota y entonces incliné mi cabeza sobre las teclas.

Esme acarició mi cabello. «Todo va a estar bien, Edward. Esto va a funcionar de la mejor manera. Tú mereces felicidad, hijo mío. El destino te lo debe».

—Gracias —murmuré, deseando que me pudiera creer eso y que mi felicidad era la que importaba.

«El amor no siempre llega en las condiciones convenientes».

Me reí una vez, sin humor.

«Tú, de cada uno en este planeta, eres quizá el más preparado para lidiar con un dilema tan difícil. Tú eres el mejor y más brillante de todos nosotros».

Suspiré. Cada madre pensaba lo mismo de su hijo.

Esme estaba aún llena de alegría de que mi corazón había sido finalmente conmovido después de todo este tiempo, no importaba cuán potencial fuera la tragedia. Ella había pensado que yo siempre estaría solo.

«Ella tendrá que amarte también», pensó repentinamente, tomándome por sorpresa con la dirección de sus pensamientos. «Si es una chica brillante». Sonrió. «Pero no puedo imaginar a alguien siendo tan lento como para no ver cuán llamativo eres tú».

—Detente, mamá. Me estás haciendo ruborizar —bromeé. Sus palabras, aunque improbables, me dieron aliento.

Alice se rió y levantó la parte de encima de “Corazón y Alma”. Me reí y complete la simple armonía con ella. Entonces, la complací con una interpretación de “Chopsticks”.

Soltó una risita y suspiró.

—Desearía que me dijeras de qué cosa de Rosalie te estabas riendo— Alice dijo—. Pero puedo ver que no lo harás.

—No.

Sacudió mi oreja con su dedo

—Se amable, Alice— dijo Esme—. Edward está siendo un caballero.

—Pero yo quiero saber.

Me reí del gimoteo que ella hizo. Entonces dije—: Aquí, Esme—. Y comencé a tocar su canción favorita, un tributo sin nombre al amor que yo había visto entre Carlisle y ella por tantos años.

—Gracias, querido —apretó mi hombro de nuevo.

No tenía que concentrarme para tocar esa pieza familiar. En lugar de eso, pensé en Rosalie, en sentido figurado aun retorciéndose de humillación en el garaje, y sonreí para mí mismo.

Habiendo acabado de descubrir la potencia de los celos por mí mismo, sentía una pequeña cantidad de lastima por ella. Era una forma desafortunada de sentirse.

Por supuesto, sus celos daban mil veces más lástima que los míos. Como el perro en el pesebre.

Me pregunté cómo la personalidad y la vida de Rosalie hubieran sido diferentes si ella no hubiera sido siempre la más hermosa. ¿Sería una persona más feliz, menos egocéntrica, más compasiva, si la belleza no hubiera sido en todo momento el punto más fuerte para vender? Bueno, supongo que era inútil preguntármelo, porque el pasado estaba hecho, y ella siempre había sido la más hermosa. Incluso cuando humana, había vivido siempre en el foco de su propia adoración. No le había importado. Eso no había cambiado con la pérdida de su mortalidad.

No fue sorpresa entonces, tomando su necesidad como un presente, que ella había sido ofendida cuando yo no había, desde el comienzo, adorado su belleza en la forma que ella había esperado que todos los hombres lo hicieran. No es que ella me quisiera de alguna manera, lejos de eso. Pero la había molestado que yo no la quisiera, a pesar de eso.

Era diferente con Jasper y Carlisle, ambos ya estaban enamorados. Yo estaba completamente sin compromiso y aún permanecía obstinadamente inmovible.

Pensé que ese viejo resentimiento estaba enterrado. Y ella lo había hecho... hasta el día en que encontré a alguien cuya belleza me tocó de una forma en la que la suya no lo había hecho. Por supuesto, debí darme cuenta de cómo la molestaría eso. Probablemente lo habría hecho, no he estado tan preocupado.

Rosalie había confiado en la creencia de que si no encontraba su belleza digna de adoración, entonces ciertamente no había belleza en la tierra que pudiera alcanzarme. Había estado furiosa desde el momento en que había salvado la vida de Bella, adivinando, con su intuición astuta y competitiva, el interés del que yo era casi inconsciente.

Rosalie estaba mortalmente ofendida por el hecho de que encontré a una insignificante humana más bonita que a ella.

Reprimí las ganas de reír otra vez.

Pero sí me incomodó, pensé, la manera en que ella veía a Bella. Rosalie realmente pensaba que la chica era simple. ¿Cómo podía creer eso? Me parecía incomprensible. Producto de los celos, sin duda.

—¡Ah!— Alice dijo abruptamente— Jasper, ¿Adivina qué?

Vi lo que acababa de ver y mis manos se congelaron en las teclas.

—¿Qué, Alice? —Jasper preguntó.

—¡Peter y Charlotte vienen a visitarnos la semana que viene! Van a estar por las proximidades, ¿No está genial?

—¿Qué va mal Edward? —me preguntó Esme, sintiendo la tensión en mis hombros.

—¿Peter y Charlotte van a venir a Forks? —le dije entre dientes a Alice.

Ella puso los ojos en blanco hacia mí.

—Cálmate, Edward. Esta no es su primera visita.

Mis dientes se apretaron. Era su primera visita desde que Bella había llegado y su dulce sangre no me apetecía solo a mí.

Alice frunció el ceño por mi expresión.

—Ellos nunca cazan aquí, lo sabes.

Pero el hermano de Jasper y la pequeña vampiro que él amaba no eran como nosotros; ellos todavía cazaban de la manera usual. No eran de fiar a lado de Bella.

—¿Cuándo? —Demandé.

Ella frunció los labios tristemente, pero me dijo lo que necesitaba saber.

«El lunes en la mañana. Nadie va a herir a Bella».

—No— estuve de acuerdo y me aparté de ella— ¿Listo, Emmett?

—Pensé que nos íbamos en la mañana.

—Regresaremos a la medianoche del domingo. Supongo que depende de ti cuando quieres irte.

—Está bien, déjame despedirme de Rose primero.

—Seguro —con el mal humor que Rosalie tenía, sería una despedida corta.

«Realmente lo has perdido, Edward», pensó mientras se dirigía hacia la puerta de atrás.

—Supongo que sí.

—Toca la nueva canción para mí, una vez más —me pidió Esme.

—Si te ha gustado —agregué, pensé que dudé un poco sobre seguir la tonada hasta su inevitable fin, el fin que me hacía afligirme en nuevas formas. Pensé un momento y entonces saqué la tapa de mi bolsillo y lo fijé en el soporte de la música vacío. Eso ayudó un poco, mi pequeño momento de su sí.

Me asentí para mí mismo y empecé a tocar.

Esme y Alice intercambiaron una mirada, pero ninguna preguntó nada.

—¿Nadie te dijo que no debes jugar con tu comida? —llamé a Emmett.

—¡Ah, hola, Edward! —gritó de vuelta, sonrió y me saludó. El oso se aprovechó de esa distracción para barrer su pesada pata a través del pecho de Emmett. Las afiladas garras destrozaron a través de su camisa y chillaron a través de su piel como cuchillos contra el acero.

El oso bramó ante el agudo ruido.

«Ah, demonios. Rose me dio esta camisa».

Emmett le rugió al enfurecido animal.

Suspiré y me senté en una conveniente roca. Esto podría tomar un rato.

Pero Emmett casi ya había terminado. Dejó que el oso tratara de quitarle la cabeza con otro fuerte golpe de su pata, riéndose cuando el golpe rebotó e hizo que la bestia cayera sentada. El oso rugió y Emmett rugió de nuevo a través de su carcajada. Entonces, se lanzó hacia el animal, que era más alto que él sobre sus patas traseras y sus cuerpos cayeron al estrellarse mutuamente, tirando un abeto adulto con ellos. Los gruñidos del oso pararon con un balbuceo.

Pocos minutos después, Emmett trotó hacia donde yo lo esperaba. Su camisa estaba destrozada, rasgada y ensangrentada, pegajosa por la savia y cubierta de pelo. Su oscuro cabello rizado no estaba mucho mejor. Tenía una enorme sonrisa en su cara.

—Ese era uno fuerte, casi pude sentir cuando me arañó.

—Eres tan infantil, Emmett.

Miró mi camisa lisa, limpia y blanca.

—¿No fuiste capáz de rastrear aquel león de montaña, entonces?

—Desde luego que sí. Pero no como un salvaje.

Emmett se rió con su risa resonante.

—Lamento que no fueran más fuertes. Sería más divertido.

—Nadie dijo que tenías que luchar con tu comida.

—Sí, ¿Pero con quién más voy a luchar? Tú y Alice son unos tramposos, Rose nunca quiere porque su pelo se estropea y Esme se pone furiosa si Jasper y yo nos peleamos de verdad.

—La vida es difícil por todos lados, ¿verdad?

Emmett sonrió abiertamente hacia mí, cambiando su peso un poco de modo que estuviera de repente equilibrado para arremeter.

—Vamos, Edward. Solo apágalo durante un minuto y ten una lucha justa.

—Esto no se apaga —le recordé.

—Me gustaría saber lo que la muchacha humana hace para tenerte fuera de su mente— Emmett reflexionó—. Tal vez podría darme algunas indicaciones.

Mi buen humor desapareció.

—Mantente lejos de ella —gruñí entre mis dientes.

—Delicadito, delicadito.

Suspiré. Emmett vino a sentarse a mi lado sobre la roca.

—Lo siento. Sé que estás pasando por un momento muy duro. Realmente trato de no ser un idiota demasiado insensible, pero es parte de mi estado natural.

Esperó que me riera de su broma y luego hizo una mueca.

«Tan serio todo el tiempo. ¿Qué te pasa ahora?»

—Pensando en ella. Bueno, preocupándome, realmente.

—¿De qué hay que preocuparse? Estás aquí —se rió fuerte.

Ignoré su broma otra vez, pero contesté a su pregunta.

—¿Alguna vez has pensado lo frágiles que son? ¿Cuántas cosas malas le pueden pasar a un mortal?

—No realmente. Pero creo que puedo ver a lo que te refieres. Yo no fui más que un palillo la primera vez frente a un oso, ¿verdad?

—Osos— murmuré, añadiendo un nuevo miedo al montón—. ¿Sería solamente su suerte, verdad? Un oso vagando en la ciudad. Desde luego este se dirigiría directamente hacia Bella.

Emmett se rió en silencio.

—Suenas como un loco, lo sabes, ¿verdad?

—Sólo imagina por un momento que Rosalie fuese humana, Emmett. ¡Y ella podría encontrarse con un oso... o ser atropellada por un auto... o que le caiga un rayo... o caerse por las escaleras... o enfermarse, contagiarse de una enfermedad!—, la explosión de palabras salió de mí violentamente. Era un alivio poder soltarlo, habían sido una molestia dentro de mí todo el fin de semana—. ¡Incendios y terremotos y tornados! ¡Puf! ¿Cuándo fue la última vez que viste las noticias? ¿Has visto alguna vez la clase de cosas que les pasan? Robos y homicidios—Apreté mis dientes bruscamente y estaba tan enfurecido con la idea de que otro humano pudiera hacerle daño, que no podía respirar.

—¡Para, para! Detente ahí, niño. Ella vive en Forks, ¿recuerdas? Lo más que le puede pasar es que se moje con la lluvia —se encogió de hombros.

—Creo que ella tiene alguna especie de mala suerte sería, Emmett, realmente lo creo. Mira las pruebas. De todos los sitios en el mundo a los que podría ir, ella termina en una ciudad donde los vampiros constituyen una parte significativa de la población.

—Sí, pero somos vegetarianos. ¿Entonces no es eso buena suerte, en vez de mala?

—¿Por la forma en la que ella huele? Definitivamente mala. Y luego, más mala suerte, la forma en la que ella huele para mí —fruncí el ceño hacia mis manos, odiándolas otra vez.

—Pero tú tienes más autocontrol que cualquiera de nosotros exceptuando a Carlisle. Buena suerte otra vez.

—¿La furgoneta?

—Fue sólo un accidente.

—Deberías haberlo visto viniendo hacia ella, Emmett. Una y otra vez. Lo juro, era como si tuviera una especie de imán.

—Pero estabas allí. Eso fue buena suerte.

—¿Fue buena suerte? ¿No es esta la peor suerte que un humano podría alguna vez tener, que un vampiro se enamore de ti?

Emmett lo consideró silenciosamente durante un momento. Imaginó a la muchacha en su cabeza y encontró la imagen sin interés. «Francamente, realmente no puedo ver la imagen».

—Bien, honestamente tampoco puedo ver el encanto de Rosalie— le dije groseramente—. Francamente, ella parece tener más trabajo que el que cualquier cara bonita merece.

Emmett se rió en silencio.

—Supongo que no me dirías...

—No sé cuál es su problema, Emmett —mentí con una sonrisa repentinamente amplia.

Vi su intención a tiempo para reforzarme. Trató de empujarme de la roca y hubo un sonido de raja ruidoso cuando una grieta en la piedra se abrió entre nosotros.

—Tramposo —refunfuñó.

Esperé a que lo intentara otra vez, pero sus pensamientos tomaron una dirección diferente. Él imaginaba la cara de Bella otra vez, pero se la imaginaba más blanca, imaginando sus ojos rojo vivo...

—No —dije, con voz estrangulada.

—Esto solucionaría tus preocupaciones sobre la mortalidad, ¿verdad? Y entonces tampoco querrías matarla, ¿No es ese el mejor camino?

—¿Para mí? ¿O para ella?

—Para ti —contestó él fácilmente. Su tono añadió el “desde luego”.

Me reí sin humor.

—Respuesta incorrecta.

—No me importó tanto —me recordó.

—A Rosalie sí.

Él suspiró. Ambos sabíamos que Rosalie haría lo que fuera, daría lo que fuera, si esto quisiera decir que ella podría ser humana otra vez. Lo que fuese. Incluso a Emmett.

—Sí, a Rosalie sí —consintió él silenciosamente.

—No puedo... No debería... No voy a arruinar la vida de Bella. ¿No sentirías lo mismo, si fuera Rosalie?

Emmett pensó en esto durante un momento.

«¿Realmente... la amas?»

—No puedo ni describirlo, Emmett. De repente, esta muchacha es el mundo entero para mí. Ya no veo el sentido al resto del mundo sin ella.

«¿Pero no la transformarás? Ella no durará para siempre, Edward».

—Lo sé —gemí.

«Y, cómo has dicho, ella es frágil».

—Confía en mí, eso también lo sé.

Emmett no era una persona discreta y las discusiones delicadas no eran su fuerte. Luchaba para no ser ofensivo.

«¿Puedes siquiera tocarla? ¿Quiero decir, si le amas... no querrías... bueno, tocarla?»

Emmett y Rosalie compartían un amor físicamente intenso. Le tomaba su tiempo entender cómo alguien podría amar, sin aquel aspecto.

Suspiré.

—No puedo ni siquiera pensar en eso, Emmett.

«Caramba. Entonces, ¿Cuáles son tus opciones?»

—No lo sé— susurré—. Trato de buscar un camino para... para abandonarla. Pero no sé cómo hacer para mantenerme lejos.

Con un profundo sentido de satisfacción, de repente comprendí que estaba bien para mí quedarme, al menos por ahora, con Peter y Charlotte en camino. Estaba temporalmente más segura conmigo aquí de lo que estaría si me fuese. De momento, yo podría ser su poco probable protector.

Ese pensamiento me puso ansioso; me moría por volver de modo que pudiera interpretar aquel papel tanto tiempo como fuera posible.

Emmett notó el cambio de mi expresión. «¿En qué piensas?»

—Ahora mismo— admití un poco con vergüenza—, muero por volver corriendo a Forks y comprobar cómo está. No sé si podré quedarme hasta el domingo por la noche.

—¡Ah, no! No vas a volver a casa tan pronto. Deja a Rosalie enfriarse un poquito. ¡Por favor! Hazlo por mí.

—Trataré de quedarme —dije dudando.

Emmett dio un toque al teléfono en mi bolsillo.

—Alice llamará si hubiese alguna explicación para tu crisis de pánico. Está tan extraña por esta muchacha como tú.

No pude discutir contra eso.

—Bien. Pero no me quedaré después del domingo.

—No hay ninguna razón para apresurarse en volver, va a hacer sol, de todos modos. Alice dijo que estaríamos libres de la escuela hasta el miércoles.

Sacudí mi cabeza rígidamente.

—Peter y Charlotte saben comportarse.

—Realmente no me preocupa, Emmett. Con la suerte de Bella, ella irá a vagar por los bosques exactamente en el momento incorrecto y...—me estremecí—. Peter no es conocido por su autocontrol. Vuelvo el domingo.

Emmett suspiró. «Exactamente, como un loco».

Bella dormía plácidamente cuando subí a la ventana de su cuarto temprano en la mañana del lunes. Había traído aceite para engrasar el mecanismo, rindiéndome por completo a ese demonio en particular; y la ventana ahora se movía silenciosamente dejándome entrar.

Podía decir que por el modo que su pelo caía liso a través de la almohada, que había tenido una noche menos agitada que la vez pasada que yo estuve aquí. Tenía sus manos dobladas bajo su mejilla como un niño pequeño y su boca estaba ligeramente abierta. Podía oír su aliento que se movía despacio dentro y fuera entre sus labios.

Era un alivio asombroso para mí estar aquí, ser capaz de verla de nuevo.

Comprendí que yo no estaba verdaderamente a gusto a no ser que ese fuera el caso. Nada estaba bien cuando estaba lejos de ella.

No es que todo estuviera bien cuando yo estaba con ella, tampoco. Suspiré y luego inhalé dejando bajar el fuego de la sed pasara por mi garganta. Había estado lejos demasiado tiempo. El tiempo que había pasado sin dolor hacía que ahora la tentación fuese más poderosa. Era bastante malo que tuviera miedo de arrodillarme al lado de su cama de modo que pudiera leer los títulos de sus libros. Quise conocer las historias en su cabeza, pero tenía miedo de que, más que mi sed, si estuviera cerca de ella, quisiera estar todavía más cerca.

Sus labios parecían muy suaves y cálidos. Podía imaginarme tocarlos con la punta de mi dedo. Sólo ligeramente...

Era exactamente la clase de error que tenía que evitar.

Mis ojos miraban su cara una y otra vez, examinándola por los cambios. Los mortales cambiaban todo el tiempo, me ponía triste perderme algún cambio.

Pensé que ella parecía... cansada. Como si no hubiera dormido lo suficiente este fin de semana. ¿Había salido?

Me reí silenciosamente e irónicamente al pensar cuánto me trastornaba esto. ¿Qué pasaba si hubiera salido? Ella no era mía. No la poseía.

No, no era mía y estaba triste otra vez.

—Mamá— murmuró calladamente—. No... déjame. Por favor...



El estrés se marcó entre sus cejas en forma de una pequeña v profunda. Lo que sea que su madre estaba haciendo en su sueño, claramente la preocupaba. De repente, se volteó hacia el otro lado, pero sus ojos nunca parpadearon.

—Si, si...—murmuró y luego suspiró—. Asco. Es demasiado verde.

Una de sus manos se movió y noté que tenía raspones hinchados apenas curados a través de la palma. ¿Se había hecho daño? Incluso aunque esto no fuera obviamente una herida seria, me perturbó. Consideré la ubicación y decidí que debió haberse caído. Pareció una explicación razonable, teniendo en cuenta todas las posibilidades.

Le suplicó a su madre unas cuantas veces más, murmuró algo acerca del sol y, luego, se deslizó en un sueño más tranquilo sin moverse de nuevo.

Era consolador pensar que no tendría que darle vueltas a ninguno de estos pequeños misterios para siempre. Éramos amigos ahora, o al menos, estábamos tratando de ser amigos. Podría preguntarle sobre su fin de semana, sobre la playa y sobre la actividad nocturna que había realizado que la hacía parecer tan cansada. Podría preguntarle que le había pasado a sus manos y podría reírme un poco cuando me confirmara mi teoría sobre ellas.

Reí con cuidado cuando me pregunté si se había caído al océano o no. Me pregunté si se lo había pasado bien en la excursión. Me pregunté si había pensado en mí en absoluto. Si me había extrañado una mínima parte de la cantidad que yo la había echado de menos.

Traté de imaginarla en el sol sobre la playa. La imagen era incompleta, porque yo nunca había estado en First Beach. Sólo la había visto en fotos.

Sentí una náusea diminuta de inquietud cuando pensé en la razón por la que nunca había estado en la bonita playa ubicada solamente a minutos de mi casa. Bella había pasado el día en La Push, un lugar donde se me prohibía ir, según el tratado. Un lugar donde algunos ancianos todavía recordaban las historias sobre el Cullen. Las recordaban y las creían. Un lugar donde conocían nuestro secreto.

Sacudí mi cabeza. No tenía nada de qué preocuparme ese lugar. Los Quileutes estaban comprometidos con el tratado también. Incluso aunque Bella se hubiera encontrado con alguno de aquellos sabios ancianos, ellos no podrían revelar nada. ¿Y por qué abordarían el tema? No, los Quileutes eran una cosa de la que no tenía que preocuparme.

Estaba enfadado con el sol cuando comenzó a elevarse. Esto me recordó que no podría satisfacer mi curiosidad durante días. ¿Por qué decidió brillar ahora?

Con un suspiro, desaparecí por su ventana antes de que hubiera bastante luz para que alguien pudiera verme aquí. Quise quedarme en el bosque espeso de alrededor de su casa y mirarla ir a la escuela, pero cuando entré en los árboles, estuve sorprendido de encontrar el rastro de su olor introduciéndose en el camino de ahí.

Lo seguí rápidamente, curioso, preocupándome cada vez más cuando éste me condujo hacia lo más profundo de la oscuridad. ¿Qué había estado haciendo Bella aquí?

El rastro se paró bruscamente, en medio de ninguna parte en particular. Había salido solamente unos cuantos pasos fuera del camino, hacia los helechos, donde había tocado el tronco de un árbol caído. Quizás se había sentado allí...

Me senté donde ella lo había hecho y miré alrededor. Todo lo que pudo haber sido capaz de ver eran helechos y bosque. Probablemente estaba lloviendo, el rastro se había lavado sin haberse pegado profundamente al árbol.

¿Por qué habría venido Bella a sentarse aquí sola, y había estado sola, sin duda, en medio del bosque mojado y oscuro?

Esto no tenía sentido, y, a diferencia de aquellos otros puntos de curiosidad, con dificultad habría podido sacar esto en una conversación casual.

“Bueno, Bella, seguí tu olor por el bosque después de que dejé tu cuarto, sólo un pequeño delito menor de allanamiento, no necesitas preocuparte, estaba... exterminando arañas.” Sí, sería una tremenda manera de romper el hielo.

Nunca sabría lo que había estado pensando y haciendo aquí, y esto hizo que tronara mis dientes de la frustración. Peor, esto se pareció demasiado al escenario que me había imaginado para Emmett, Bella vagando sola en los bosques, donde su olor llamaría la atención de alguien que tendría los sentidos para rastrearlo.

Gemí. No sólo tenía mala suerte, sino que la buscaba.

Bien, en este momento ella tenía un protector. Yo la cuidaría, evitando que se lastimara, todo el tiempo que pudiera justificarlo.

De repente me encontré deseando que Peter y Charlotte hicieran una visita más larga.

# FANTASMA

NO VI MUCHO A LOS INVITADOS DE JASPER DURANTE LOS DOS DÍAS soleados que estuvieron en Forks. Sólo fui a casa en absoluto para que Esme no se preocupara. De otra manera, mi existencia parecía más como la de un fantasma que de un vampiro. Permanecía inmóvil e invisible entre las sombras, desde donde podía seguir el objeto de mi amor y obsesión, donde podía verla y oírla en la mente de los afortunados humanos que podían caminar bajo la luz del sol a su lado; a veces, accidentalmente, rozaban la parte de atrás de su mano con la de ellos. Nunca reaccionó a tal contacto, sus manos estaban tan tibias como las de ella.

Esta ausencia forzosa de la escuela nunca había sido un juicio como aquel. Pero el sol parecía hacerla feliz así que no podía resentirlo demasiado.

El lunes por la mañana, escuché a hurtadillas una conversación que tenía el potencial para destruir mi confianza y hacer que pasar el día lejos de ella fuese verdaderamente tortuoso. Como terminó siendo, con esfuerzo, un buen día para mí.

Tuve que sentir un poco de respeto por Mike Newton. Tenía más coraje del que le había dado crédito. Él simplemente no se había rendido y había ido a lamer sus heridas: iba a intentarlo otra vez.

Bella llegó a la escuela un poco temprano y pareciendo disfrutar el sol mientras durara, se sentó en uno de los bancos, raramente usados, de picnic mientras esperaba que la campana sonara. Su cabello atrapó el sol de formas inesperadas, ofreciendo un brillo rojizo que no había anticipado.

Mike la encontró allí, garabateando de nuevo y estaba emocionado por su buena suerte.

Era agonizante sólo poder ser capaz de observar, impotente, atado a las sombras del bosque por el mismísimo sol.

Ella lo saludó con suficiente entusiasmo para extasiarlo a él y a mí lo opuesto.

«¿Ves? sí le gusto. No sonreiría así si no fuera el caso. Apuesto a que quería ir al baile conmigo. Me pregunto qué habrá de importante en Seattle...»

Él percibió el cambio en su cabello.

—No lo había notado antes, tu cabello tiene reflejos rojos.

Accidentalmente saqué de raíz el pequeño abeto en el que descansaba mi mano cuando él tomó un mechón de su cabello entre sus dedos.

—Sólo bajo el sol —dijo ella. Para mi profunda satisfacción, se encogió lejos de él un poco cuando metió el mechón detrás de su oreja.

A Mike le tomó un minuto edificar su valor, desperdiciando algo de tiempo en una pequeña conversación.

Ella le recordó el ensayo que todos teníamos que entregar el miércoles. Juzgando por la borrosa expresión engreída de su rostro, el de ella ya estaba listo. Él lo había olvidado por completo y eso disminuyó severamente su tiempo libre.

Finalmente, fue al grano. Mis dientes estaban apretados con tanta fuerza que pudieron haber pulverizado el granito, pero incluso entonces no pudo manejárselas para hacer la pregunta correctamente.

—Quería preguntarte si querías salir.

—Ah —dijo ella.

Hubo un breve silencio.

»“Ah”, ¿Qué significa eso? ¿Va a decir que sí? Qué... supongo que realmente no pregunté».

Él tragó ruidosamente.

—Bueno, podríamos ir a cenar o algo... y puedo trabajar en el ensayo después.

«Estúpido, esa tampoco fue una pregunta».

—Mike...

La agonía y furia de mis celos eran igual de poderosas como lo había sido la semana pasada. Tenía tantas ganas de correr a través del campus, demasiado rápido para los ojos humanos, y secuestrarla, robársela al chico que tanto odiaba ahora mismo que pude haberlo matado sin razón pero disfrutándolo.

¿Le diría que sí a él?

—No creo que esa sea la mejor idea.

Respiré de nuevo. Mi cuerpo rígido se relajó.

«Seattle sólo era una excusa, después de todo. No debí haber preguntado. ¿En qué estaba pensando? Apuesto a que es por ese fenómeno de Cullen».

—¿Por qué? —preguntó de repente.

—Creo —ella dudó—. Y si alguna vez repites lo que estoy a punto de decirte con mucho gusto te mataría con mis propias manos...

Me carcajeé al sonido de una amenaza de muerte saliendo de sus labios. Un arrendajo chilló, se sobresaltó y alzó vuelo alejándose de mí.

—Pero creo que eso lastimaría los sentimientos de Jessica.

—¿Jessica?— «¿Qué? Pero... Ah. De acuerdo. Supongo... uhm.»

Sus pensamientos ya no eran coherentes.

—De veras, Mike, ¿Estás ciego?

Hice eco de su declaración. Ella no esperaba que todos fuesen igual de perceptivos, pero de verdad que en este caso, era más que obvio. Con el conflicto que fue prepararse para invitar a Bella a salir, ¿Mike no se imaginaba que sería igual de difícil para Jessica? Debía ser egoísmo lo que le impedía ver a los demás y Bella era tan desinteresada, ella era todo.

«Jessica. ¿Eh?. Vaya. Uhm.»

—Ah —se las arregló para decir.

Bella usó esa confusión para irse.

—Es hora de ir a clase y no puedo llegar tarde otra vez.

Mike no sería un punto de vista confiable de ahora en adelante. Se encontró, mientras daba vueltas a la idea de Jessica en su cabeza, que le gustaba el hecho de que ella lo encontrara atractivo. Pero era el segundo lugar, no se sentía tan bien como si fuese Bella la que se sintiera de ese modo.

«Supongo que sí es linda, cuerpo decente, senos más grandes que los de Bella. Un pájaro en mano...»

Se volcó, entonces, a las nuevas fantasías que eran igual de vulgares que con Bella; pero ahora sólo me irritaban en vez de enfurecerme. Cuán poco se merecía a ninguna de las dos: eran casi intercambiables para él. Me mantuve alejado de su mente después de eso.

Cuando Bella estaba fuera de mi vista, me recostaba sobre un tronco frío de un enorme árbol y danzaba de mente en mente, manteniéndola a la vista, siempre agradecido cuando Ángela Weber estaba disponible para observar. Deseé que hubiese alguna manera de agradecerle a la chica Weber por, simplemente, ser una buena persona. Me hizo sentir mejor que Bella tuviera una amiga que valiera la pena tener.

Observaba el rostro de Bella desde cualquier ángulo disponible y pude darme cuenta de que estaba disgustada por algo. Esto me sorprendió, creí que el sol sería suficiente para mantenerla sonriendo. En el almuerzo, la vi mirar hacia la mesa vacía de los Cullen de cuando en cuando y eso me emocionó. Tal vez también me extrañaba.

Después de la escuela, ella tenía planes para salir con las otras chicas, automáticamente planeé mi propio plan de vigilancia, pero estos fueron pospuestos cuando Mike invitó a Jessica a la cita que había diseñado para Bella.

Así que me fui directo a su casa, haciendo un barrido rápido a los bosques para asegurarme que nadie peligroso hubiese estado vagando demasiado cerca. Sabía que Jasper había advertido a su antiguo hermano para que evitara el pueblo, citando a mi locura como explicación y peligro, pero no iba a tentar a la suerte. Peter y Charlotte no tenían intenciones de causar una discordia con mi familia pero las intenciones eran cosas cambiantes.

De acuerdo, estaba exagerando. Lo sabía.

Como si ella fuese consciente de que estaba mirando, como si se compadeciera de la agonía por la que atravesaba cuando no podía verla, Bella salió al patio luego de una larga hora dentro. Tenía un libro en una mano y una manta debajo del brazo.

Silenciosamente, escalé a las ramas del árbol cercano más alto mirando por encima del patio.

Ella estiró la manta sobre el césped húmedo y luego se tumbó sobre su estómago y comenzó a pasar las páginas del libro que se notaba claramente que leía seguido, tratando de encontrar donde se había quedado. Leí por encima de su hombro.

¡Ah! más clásicos. *Sentido y Sensibilidad*. Era una fan de Austen.

Saboreé el modo en que el sol y el aire libre afectaban su esencia. El calor parecía endulzar el olor. Mi garganta se quemó con deseo, el dolor fresco y furioso de nuevo porque había estado lejos de ella por mucho tiempo. Pasé un momento controlando eso, forzándome a respirar por la nariz.

Ella leyó rápidamente, cruzando y volviendo a cruzar sus tobillos en el aire. Conocía el libro, así que no leí con ella. En vez de eso, estaba viendo como la luz del sol y el viento jugaban con su cabello cuando, de pronto, su cuerpo se endureció y su mano se congeló en la página. Había llegado a la última página del segundo capítulo. La página comenzaba mitad de la frase: “probablemente, a pesar de todas las consideraciones de educación o de afecto maternal del lado de ésta, las dos mujeres habían encontrado imposible vivir juntas tanto tiempo—”

Bella tomó una gruesa porción del libro y la volteó con rabia, como si hubiese algo en la página que la hubiese molestado, pero... ¿qué? Era comenzando la

historia, apenas presentando el conflicto entre la madrastra e hijastra. El héroe principal, Edward Ferrars, era presentado. Los méritos de Elinor Dashwood eran robados. Pensé en el capítulo anterior, buscando algo que fuese potencialmente ofensivo en la ya sobre educada prosa de Austen, ¿Qué pudo haberla molestado?

Se detuvo en la página principal de *Mansfield Park*. Comenzando una nueva historia, el libro era una compilación de novelas.

Pero sólo llegó a la página siete—esta vez sí leía con ella; la Sra. Morris estaba detallando el peligro de que Tom y su primo Edmund Bertram no se encontraran con su prima Fanny Price hasta que todos fueran adultos, cuando los dientes de Bella se juntaron en un chasquido y cerró el libro.

Inhalando profundamente como si intentara calmarse, puso el libro a un lado y se volteó sobre su espalda. Se subió las mangas hasta los codos, exponiendo más su piel al sol.

¿Por qué reaccionaba así a la que era obviamente una historia que conocía? Otro misterio. Suspiré.

Se recostó muy quieta ahora, moviéndose una sola vez para quitar el cabello de su rostro. Me fasciné con su cabeza, un río de color castaño y, entonces, estaba de nuevo sin emoción.

Representaba una imagen muy serena, ahí a la luz del sol. Lo que sea que le había robado la paz antes, había desaparecido. Su respiración se acompañó. Después de varios largos minutos, sus labios comenzaron a temblar. Murmurando en sueños.

Sentí un incómodo espasmo de culpa. Porque lo que estaba haciendo ahora no era precisamente bueno, pero no era tan malo, ni de cerca, como mis actividades nocturnas. Ni siquiera estaba técnicamente allanando ahora, la base de este árbol crecía desde el terreno de al lado, sino haciendo algo aún más condenable. Pero sabía que cuando cayera la noche, seguiría haciéndolo mal.

Incluso ahora, parte de mí quería traspasarse. Saltar hacia el suelo, aterrizar silenciosamente sobre mis pies y entrar con facilidad a su círculo de luz solar. Sólo para estar cerca de ella. Para oírla murmurar palabras como si me las estuviera murmurando a mí.

No era mi poca fiable moral la que me lo impedía, era la idea de mí mismo bajo la luz del sol. Suficientemente malo era ya que mi piel fuese como piedra e inhumana a la sombra; no quería mirarnos a Bella y a mí, uno al lado del otro, bajo la luz del sol. La diferencia entre ella y yo ya era insuperable, suficientemente dolorosa sin esa imagen también en mi cabeza. ¿Podría ser más grotesco? Imaginé el terror si hubiera puesto sus ojos y me veía allí a su lado...

—Ummm —gimió.

Me pegué más al tronco del árbol, más profundo en la sombra.

Ella suspiró.

—Ummm.

No temía que ya se hubiese despertado. Su voz sólo era un susurro bajo y nostálgico.

—Edmund. Ahh.

¿Edmund? Recordé de nuevo en la parte en que había dejado de leer. Justo donde Edmund Bertrand había sido nombrado por primera vez.

¡Ja! Ella no estaba soñando conmigo para nada, me di cuenta con amargura. El aborrecimiento a mí mismo volvió con fuerza. Ella estaba soñando con personajes

ficticios. Quizá ese siempre había sido el caso y todo este tiempo sus sueños habían estado llenos de Hugh Grant con chalina. Demasiado para mi presunción.

No dijo nada más que fuera ininteligible. Pasó la tarde y observé, sintiéndome indefenso nuevamente, mientras el sol se hundía lentamente en el cielo y las sombras se arrastraban por el césped hacia ella. Quería hacerlos retroceder; pero, por supuesto, la oscuridad era inevitable, las sombras la alcanzaron. Cuando la luz se fue, su piel se veía demasiado pálida, fantasmal. Su cabello estaba oscuro nuevamente, casi negro contra su cara.

Fue algo aterrador de ver, como ver cómo las visiones de Alice se hacían realidad. El latido constante y fuerte de Bella fue la única tranquilidad, el sonido que evitó que este momento se sintiera como una pesadilla.

Me sentí aliviado cuando su padre llegó a casa.

Pude escuchar poco de él mientras conducía por la calle hacia la casa. Alguna molestia vaga... en el pasado, algo de su día en el trabajo. Expectativa mezclada con hambre: supuse que estaba ansioso por cenar. Pero sus pensamientos eran tan silenciosos y contenidos que no podía estar seguro de tener razón. Sólo entendía la esencia de ellos.

Me preguntaba cómo sonaría su madre, cuál había sido la combinación genética que la había formado tan singularmente.

Bella comenzó a despertarse, poniéndose de pie cuando las llantas del auto de su padre golpearon la entrada de ladrillos. Miró a su alrededor, confundida por la inesperada oscuridad. Por un breve momento, sus ojos tocaron las sombras donde me escondía, pero luego se alejaron rápidamente.

—¿Charlie? —preguntó en voz baja, aún mirando hacia los árboles que rodeaban el pequeño patio.

La puerta de su auto se cerró de golpe y ella miró hacia el sonido. Se puso de pie rápidamente y recogió sus cosas, echando una mirada más hacia el bosque.

Me acerqué a un árbol más cerca de la ventana trasera, cerca de la pequeña cocina y escuché su coche. Era interesante comparar las palabras de Charlie con sus pensamientos apagados. Su amor y preocupación por su única hija eran casi abrumadores y, sin embargo, sus palabras siempre eran concisas y casuales. La mayoría de las veces, se sentaban en un agradable silencio.

La escuché hablar sobre sus planes de ir de compras la noche siguiente a Port Ángeles con Jessica y Ángela y refiné mis propios planes mientras escuchaba. Jasper no había advertido a Peter y Charlotte que se mantuvieran alejados de Port Ángeles. Aunque sabía que se habían alimentado recientemente y no tenían intención de cazar en ningún lugar cercano de nuestra casa, la vigilaría por si acaso. Después de todo, siempre había otros de mi clase. Y, por supuesto, todos esos peligros humanos que nunca antes había considerado mucho.

La escuché preocuparse en voz alta por dejar a su padre para preparar la cena solo y sonreí ante esta prueba de mi teoría: sí, ella también era la encargada aquí.

Luego me fui, sabiendo que volvería mientras estuviera dormida, ignorando todos los argumentos éticos y morales en contra de mi comportamiento.

Pero ciertamente, no traspasaría su privacidad como lo habría hecho el mirón. Estaba aquí para protegerla, no para leerla como Mike Newton sin duda lo haría, si fuera lo suficientemente ágil como para moverse por las copas de los árboles. Yo no la trataría tan groseramente.

Mi casa estaba vacía cuando regresé, lo cual estaba bien para mí. No extrañaba los pensamientos confusos o despectivos, cuestionando mi cordura. Emmett había dejado una nota.

«Fútbol en el campo Rainier—¡Ven! ¿Por favor?»

Encontré un bolígrafo y garabateé la palabra “perdón” debajo de su súplica. Los equipos estaban parejos sin mí, en cualquier caso.

Fui por el más corto de los viajes de caza, contento con las criaturas más pequeñas y suaves que no sabían tan bien como los otros depredadores y, luego, me puse ropa limpia antes de volver corriendo a Forks.

Bella no durmió tan bien esa noche. Se revolvió en sus mantas, su rostro a veces turbado, a veces triste. Me preguntaba qué pesadilla la perseguía... y luego me di cuenta de que tal vez realmente no quería saberlo.

Cuando hablaba, murmuraba sobre todo cosas despectivas sobre Forks con voz sombría. Sólo una vez, cuando suspiró las palabras "Vuelve" y su mano se abrió de golpe, una súplica sin palabras, tuve la oportunidad de esperar que estuviera soñando conmigo.

El día después de la escuela, el último día que el sol me mantuvo prisionero, fue muy similar al día anterior. Bella parecía aún más sombría que ayer y me preguntaba si abandonaría sus planes, no parecía estar de humor. Pero, siendo Bella, probablemente pondría el disfrute de sus amigos por encima de ella.

Hoy llevaba una blusa azul oscuro, y el color resaltaba perfectamente su piel, haciéndola parecer crema fresca.

La escuela terminó y Jessica aceptó recoger a las otras chicas.

Me fui a casa a buscar mi auto. Cuando descubrí que Peter y Charlotte estaban allí, decidí que podía darles a las chicas una hora más o menos como un bono. Hubiera sido difícil seguirlos, conducir al límite de velocidad fue un pensamiento horrible.

Todos estaban reunidos en la gran sala brillante. Peter y Charlotte notaron mi abstracción cuando los recibí tardíamente, disculpándome a medias por mi ausencia, besándole la mejilla y estrechándole la mano. No pude concentrarme lo suficiente como para unirme a la conversación grupal. Tan pronto como pude salirme cortésmente, me acerqué al piano y comencé a tocar en silencio.

«Qué extraña criatura», estaba pensando Charlotte, blanca y rubia del tamaño de Alice. «Y fue tan normal y agradable la última vez que nos vimos».

Los pensamientos de Peter estaban sincronizados con los de ella, como solía ser el caso.

«Deben ser los animales. La falta de sangre humana los vuelve locos eventualmente», estaba concluyendo. Su cabello era tan rubio como el de ella y casi tan largo. Eran muy similares, excepto por el tamaño, ya que era casi tan alto como Emmett. Un par bien emparejado, siempre pensé.

«¿Por qué molestarse en volver a casa?» Se burló Rosalie.

«Ah, Edward. Odio verlo sufrir tanto». La alegría de Esme se estaba corrompiendo por su preocupación. Ella debería estar preocupada. Esta historia de amor que imaginó para mí estaba yendo hacia la tragedia de manera más perceptible a cada momento.

«Diviértete en Port Ángeles esta noche», pensó Alice alegremente. «Avísame cuando se tenga permitido hablar con Bella».



«Eres patético. No puedo creer que te perdiste el juego anoche sólo para ver a alguien dormir», se quejó Emmett.

Todos, menos Esme, dejaron de pensar en mí después de un momento y me mantuve tocando moderadamente para que no llamara la atención.

No les presté atención por mucho tiempo, sólo dejé que la música me distrajera de mi inquietud. Nunca fue angustioso tener a la chica fuera de la vista. Sólo volví a centrarme en su conversación cuándo las despedidas se hicieron al final.

—Si vuelves a ver a María— decía Jasper, un poco cauteloso—. Dile que le deseo lo mejor.

María era la vampiro que había creado tanto a Jasper como a Peter: a Jasper en la segunda mitad del siglo XIX, a Peter más recientemente, en los años cuarenta. Había buscado a Jasper una vez cuando estábamos en Calgary. Fue una visita memorable, tuvimos que mudarnos de inmediato. Jasper le había pedido cortésmente que mantuviera su distancia en el futuro.

—No me imagino que nos cruzaremos pronto— dijo Peter con una sonrisa: María era innegablemente peligrosa y no había mucho amor perdido entre ella y Peter. Peter, después de todo, había sido instrumental en la deserción de Jasper. Jasper siempre había sido el favorito de María; ella consideraba un detalle menor el que alguna vez había planeado matarlo—. Pero, si sucediera, ciertamente lo haré.

Entonces se estaban dando la mano, preparándose para partir. Dejé que la canción que estaba reproduciendo se fuera a un final insatisfactorio y me puse rápidamente de pie.

—Charlotte, Peter —dije asintiendo.

—Fue agradable verte de nuevo, Edward —dijo Charlotte dudosa. Peter solamente asintió en respuesta.

«Demente», soltó Emmett detrás de mí.

«Idiota», pensó Rosalie al mismo tiempo.

«Pobre chico». Esme.

Y Alice, en un tono de reprensión. «Están yendo dirección este, a Seattle. A ningún lado cercano a Port Ángeles». Me mostró la prueba en sus visiones.

Pretendí que no había oído eso. Mis excusas ya eran lo suficientemente endebles.

Una vez en mi auto, me sentí más relajado. El ronroneo robusto del motor que Rosalie me había mejorado, el año pasado, cuando estaba de mejor humor, fue tranquilizador. Fue un alivio estar en movimiento, saber que me estaba acercando a Bella con cada kilómetro que volaba bajo mis neumáticos.

# PORT ÁNGELES

ESTABA DEMASIADO SOLEADO PARA MÍ COMO PARA CONDUCIR EN LA ciudad, cuando conseguí acercarme a Port Ángeles; el sol estaba todavía demasiado alto y, aunque mis ventanas fueran oscuras, no había ninguna razón para tomar riesgos innecesarios. Riesgos más innecesarios, debería decir.

Cuán condescendiente había sido aquella vez que juzgué los pensamientos de Emmet por sus maneras y a Jasper por su falta de disciplina, y ahora estaba desobedeciendo conscientemente todas las reglas con un salvaje abandono que hacía que sus errores parecieran nada en absoluto. Yo solía ser el responsable.

Suspiré.

Estaba seguro que sería capaz de encontrar los pensamientos de Jessica en la distancia (los de ella eran más ruidosos que los de Ángela) pero una vez que encontrara a la primera, sería capaz de oír a la segunda. Entonces, cuando anoheciera, podría acercarme. Por ahora, fui por un camino bordeando la ciudad que parecía ser raras veces usado.

Conocía la dirección general para buscar en Port Ángeles, había realmente sólo un lugar para comprar un vestido. No pasó mucho antes de que encontrara a Jessica, que giraba frente a un espejo y poder ver a Bella en su visión periférica, valorando el vestido largo negro que ella llevaba.

«Bella aún luce enojada. Ja. Ja. Ángela tenía razón, Tyler estaba lleno de ella. No puedo creer que la altere eso, al menos sabe que tendrá una pareja para el baile de graduación. ¿Y si Mike no se divierte en el baile y no me pregunta la próxima vez? ¿Piensa él que Bella es más bonita que yo? ¿Piensa Bella que es más bonita que yo?»

—Me gusta más el azul. Ese realmente acentúa tus ojos —Jessica sonrió hacia Bella con falsedad, mirándola con desconfianza.

«¿Realmente piensa eso? ¿O quiere que me parezca a una vaca el sábado?»

Ya estaba cansado de escuchar a Jessica. Busqué a Ángela iah, pero Ángela estaba en el probador de vestidos y salí rápidamente de su cabeza para darle intimidad! Bien, no había muchos problemas que Bella pudiera tener dentro de una tienda por departamento. Las dejaría en la tienda y luego volvería a escuchar cuando hubiesen terminado. No pasaría mucho hasta que oscureciera, las nubes comenzaban a volver, desde el oeste. Sólo podía vislumbrarlas entre los espesos árboles, pero podía ver cómo adelantarían la puesta del sol y les di la bienvenida, ansiaba sus sombras más que alguna otra vez. Mañana podría sentarme al lado de Bella en la escuela y monopolizar su atención en el almuerzo. Podría hacer todas las preguntas que había estado guardando.

Entonces, Bella estaba furiosa por la presunción de Tyler. Había visto eso en su cabeza, Tyler lo había dicho literalmente cuando había hablado de la fiesta de graduación, que él la estaba invitando... Imaginé su expresión de aquella otra tarde, la ultrajada incredulidad, y me reí.

Me pregunté lo que ella le diría sobre esto. ¿O quizá era más probable que fingiera ignorancia para fanfarronear y esperar que eso lo desanimara? Eso sería interesante de ver.

El tiempo pasó lentamente mientras esperaba las sombras. Revisé de vez en cuando a Jessica; su voz mental era la más fácil para encontrar, pero no me gustaba pasar allí mucho tiempo. Observé el lugar donde planificaban comer. Sería oscuro para la hora de la cena y... Quizás, por casualidad escogiera el mismo restaurante. Toqué el teléfono en mi bolsillo, pensando en invitar a Alice a comer. Le hubiese encantado eso, pero también querría dirigirse a Bella. No estaba seguro de estar listo para tener a Bella más involucrada en mi mundo. ¿No era suficiente problema con un vampiro?

Revisé rutinariamente a Jessica otra vez. Estaba pensando en su joyería, preguntando la opinión de Ángela.

—*Tal vez debería regresar el collar. Tengo en casa el que probablemente funcionaría y ya gasté más de mi presupuesto* —«mi mamá va a estar furiosa. ¿Qué estaba pensando?»

—*No me importa volver a la tienda. ¿Aunque, crees que Bella nos estará buscando?*

¿Qué era esto? ¿Bella no estaba con ellas? Miré fijamente a través de los ojos de Jessica primero, luego cambié a los de Ángela. Estaban sobre la vereda delante de una línea de tiendas, justamente regresando por donde venían. Bella no estaba a la vista por ningún lado.

«¿Ah, a quién le importa Bella?» Jess pensó con impaciencia, antes de contestar a la pregunta de Ángela.

—*Estará bien.* «Estaremos en el restaurante en poco tiempo, incluso si volvemos a la otra tienda. De todos modos, pienso que ella quiere estar sola» — conseguí brevemente vislumbrar en el pensamiento de Jessica la librería donde Bella había ido.

—*Bueno apresurémonos entonces*— dijo Ángela—. «Espero que Bella no piense que la abandonamos. Fue tan agradable conmigo en el auto. Pero ha estado un poco triste todo el día. ¿Me pregunto si es debido a Edward Cullen? Apostaría lo que fuera a que él era el por qué de que ella preguntara por su familia...»

Debería haber estado poniendo mayor atención. ¿Cuánto me había perdido aquí?

¿Bella estaba caminando sola y había estado preguntando por mí? Ángela prestaba atención a Jessica que balbuceaba sobre aquel idiota de Mike y ya no podía conseguir nada más de ella.

Juzgué las sombras. El sol estaría detrás de las nubes bastante pronto. Si me quedaba del lado oeste del camino, donde los edificios protegerían la calle de la luz que se desvanecía.

Comencé a sentirme ansioso cuando conduje por el tráfico escaso en el centro de la ciudad. No había considerado esta posibilidad, Bella paseando sola, y no tenía ni idea de cómo encontrarla. Debí haberlo considerado.

Conocía bien Port Ángeles; conduje directamente a la librería en la cabeza de Jessica, esperando que mi búsqueda fuera corta, pero dudando de que fuese a ser tan fácil. ¿Cuándo la había puesto fácil Bella?

Estaba seguro que la pequeña tienda estaba vacía, excepto por la mujer anacrónicamente vestida detrás del mostrador. No se veía como la clase de lugar en el que Bella estaría interesada, demasiado nueva, era para una persona práctica. Me pregunté si se hubiera molestado en entrar.

Había un pedazo de sombra donde podría estacionarme. Hacia un sendero oscuro inmediatamente en proyección hacia la tienda. Realmente no debería rondar las calles en horas de luz solar, no era seguro. ¿Y si un coche pasaba y lanzaba la reflexión del sol a la sombra justo en el momento incorrecto?

¡Pero no había otra manera de buscar a Bella!

Me estacioné y salí, manteniéndome del lado más profundo de la sombra. Crucé de un salto rápidamente a la tienda, notando el rastro débil del olor de Bella en el aire. Había estado aquí, sobre la vereda, pero no había ningún rastro de su fragancia dentro de la tienda.

—¡Bienvenido! ¿Puedo ayudar...? —la bibliotecaria comenzó a decir, pero yo ya estaba afuera. Seguí el olor de Bella por donde la sombra me lo permitía, hasta que llegué al borde donde la luz solar comenzaba.

Esto me hizo sentir tan impotente, cercado por la línea entre la oscuridad y la luz que se estiraba a través de la calle delante de mí.

Sólo pude adivinar que había seguido a través de la calle hacia el sur. No había realmente mucho en aquella dirección. ¿Se habría perdido? Bien, aquella posibilidad no sonó completamente fuera de su carácter.

Regresé al auto y conduje despacio por las calles, buscándola. Salí en unos otros parches de sombra, pero sólo encontré su olor una vez más y la dirección que tomó me confundió. ¿A dónde trataba de ir?

Conduje hacia adelante y hacia atrás entre la librería y el restaurante unas veces, esperando verla en el camino. Jessica y Ángela estaban ya allí, tratando de decidir si ordenar o esperar a Bella. Jessica insistía en pedir inmediatamente.

Comencé a revolotear por las mentes de extraños, mirando a través de sus ojos. Seguramente, alguien debía haberla visto en algún sitio.

Me puse cada vez más nervioso mientras pasaba el tiempo. No había pensado lo difícil que podría ser encontrarla, como ahora, que estaba fuera de mi vista y de sus caminos normales. No me gustó esto.

Las nubes se congregaban sobre el horizonte y, en unos minutos más, sería libre de rastrearla a pie. No me tomaría mucho tiempo entonces. Era sólo el sol lo que me hacía tan impotente. Sólo unos pocos minutos más y luego la ventaja sería mía otra vez y sería el mundo humano el impotente.

Una mente y luego otra. Tantos pensamientos triviales.

«...Creo que el bebé tiene otra infección del oído...»

«...era a las 6:40 ó 6:04...»

«Tarde otra vez. Debería decirle...»

«¡Ajá! ¡Aquí viene ella!»

Allí, por fin, era su cara. ¡Finalmente, alguien la había notado!

El alivio duró sólo una fracción de segundo y luego leí más profundamente los pensamientos del hombre que se regodeaba al verla dudar entre las sombras.

Su mente era extraña para mí y, sin embargo, no totalmente desconocida. Yo había cazado alguna vez exactamente tales mentes.

—¡NO! —rugí y una volea de gruñidos estalló de mi garganta. Mi pie empujó el acelerador al piso, ¿pero adónde iría?

Sólo conocía la ubicación general de sus pensamientos, pero no era lo bastante específico. ¡Algo tenía que haber allí! El letrero de una calle, el frente de una tienda, algo a su vista que descubriera su posición. Pero Bella estaba en la profundidad de las sombras y sus ojos se concentraron sólo en su expresión asustada disfrutando del miedo que tenían. Su cara fue enturbiada en su mente por la memoria de otras caras. Bella no era su primera víctima.

El sonido de mis gruñidos sacudió el marco del auto, pero no me distrajo. No había ventanas en la pared detrás de ella. Era algún sitio industrial, lejos del distrito más poblado donde se hacen las compras. Mi auto chilló al cruzar una esquina, pasando por delante de otro vehículo, dirigiéndome a la que esperaba fuera la dirección correcta. Para el momento en que el otro conductor tocó la bocina, el sonido estaba lejos detrás de mí.

«¡Mira cómo tiembla!» El hombre se rió con anticipación. El miedo que era atraído por él, era la parte que más disfrutaba.

—Apártese de mí —la voz de ella era baja y estable, no un grito.

—No seas así, dulzura.

Él la miró estremecerse ante una risa camorrista que llegó desde otra dirección. Se irritó con el sonido, «¡Cállate, Jeff!», pensó, pero disfrutó del modo en que ella se estremeció. Esto lo excitó. Comenzó a imaginarse sus súplicas, el modo que ella suplicaría...

No había comprendido que había otros con él hasta que oí las risas. Exploré por él, desesperado por algo que yo pudiera usar. Estaba dando los primeros pasos en su dirección, flexionando sus manos.

Las mentes a su alrededor no eran un pozo negro como la suya. Los otros estaban ligeramente embriagados, ninguno de ellos comprendía cuán lejos planeaba llegar con esto el hombre que llamaron Lanny. Seguían el liderazgo de Lanny ciegamente. Les había prometido un poco de diversión...

Uno de ellos echó un vistazo calle abajo, nervioso. No quería ser atrapado acosando a la muchacha y me dio lo que necesitaba. Reconocí el cruce al que miró fijamente.

Volé pasando una luz roja, deslizándome por un espacio justo lo bastante amplio entre dos autos en el tráfico. Las bocinas resonaron detrás de mí.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. No le hice caso.

Lanny se movió despacio hacia la muchacha, dibujando el suspenso, el momento de terror que lo excitaba. Esperó su grito, disponiéndose a saborearlo.

Pero Bella cerró su mandíbula y se preparó. Él se sorprendió, había esperado que ella tratara de correr. Sorprendido y ligeramente decepcionado. Le gustaba ir en busca de su presa, la adrenalina de la caza.

«Es valiente. Supongo que tal vez sea mejor... más lucha en ella».

Estaba a una cuadra de distancia. El desalmado podría oír el rugido de mi motor ahora, pero no le puso atención, demasiado absorbido en su víctima.

Ya vería cómo disfrutaría de la caza cuando él fuese la presa, vería lo que él pensaría de mi estilo de caza.

En otro compartimento de mi cabeza, yo ya revisaba la gama de torturas que había atestiguado en mis días vigilantes, buscando la más dolorosa para ellos. Nunca había torturado a mis presas, no importaba cuánto se lo merecían, pero este hombre era diferente. Sufriría por esto, se retorcería en la agonía. Los demás simplemente morirían por su parte, pero esta criatura llamada *Lanny* pediría morir mucho antes de que yo le diera aquel regalo.

Él estaba en el camino, cruzando hacia ella. Mis luces del auto se esparcieron a través de la escena y el resto de ellos se congeló en el lugar. Podría haber atropellado al líder, que saltó del camino, pero era una muerte demasiado suave para él.

Dejé que el auto girara, dando la vuelta hacia el otro lado para que estuviera de frente hacia el camino por el que venía y la puerta del pasajero quedara cerca de Bella. La abrí y ella ya estaba corriendo hacia el auto.

—Sube al auto —gruñí.

«¿Qué demonios?»

«¡Sabía que esta era una mala idea! No estaba sola».

«¿Debería correr?»

«Creo que voy a vomitar...»

Bella saltó dentro a través de la puerta abierta sin dudarlo, cerrándola detrás de ella.

Luego alzó la vista hacia mí con la expresión más confiada que alguna vez había visto sobre una cara humana y todos mis proyectos violentos se desmenuzaron.

Me tomó mucho, mucho menos de un segundo ver que no podría abandonarla en el auto para tratar con los cuatro hombres en la calle. ¿Qué le diría yo, que no mirara? ¡Já! ¿Alguna vez hacía lo que le pedía?

¿Los arrastraría lejos de su vista y la abandonaría sola aquí? ¡Era poco probable que otro psicópata merodeara las calles de Port Ángeles esta noche, mucho menos probable era que hubiese uno en primer lugar! Esta era prueba suficiente de que no estaba loco; como un imán, todas las cosas peligrosas las atraía hacia ella misma. Si no estuviese lo suficientemente cerca como para probarlo, algún otro mal tomaría mi lugar.

Parecería como parte del mismo movimiento cuando aceleré, alejándola de sus perseguidores tan rápidamente que ellos se quedaron mirando mi auto con expresiones perplejas. Ella no reconocería mi instante de vacilación.

No pude ni siquiera golpearlo con mi auto. Eso la hubiera asustado.

Quise su muerte tan ferozmente que la necesidad de ello sonó en mis oídos, nubló mi vista y llenó de sabor mi lengua. Más fuerte que la quemazón de la sed. Mis músculos se contrajeron con la urgencia, el ansia, la necesidad de ello. Tenía que matarlo. Le arrancaría la piel lentamente, pedazo por pedazo, desde la piel hasta el músculo, del músculo al hueso...

Pero la chica, la única chica en el mundo, se adhería a su asiento con ambas manos, mirándome fijamente, sus ojos extrañamente calmados y sin cuestionamientos. La venganza tendría que esperar.

—Ponte el cinturón de seguridad —le ordené. Mi voz era áspera por el odio y la sed de sangre. No la sed de sangre habitual. Me había comprometido hace mucho a abstenerme de sangre humana y no dejaría que esta criatura cambiara eso. Esto sólo sería retribución.

Ella abrochó el cinturón de seguridad, saltando ligeramente con el sonido que hizo. Aquel pequeño sonido hizo que saltara, pero no se estremeció mientras yo aceleraba a través de la ciudad, haciendo caso omiso de todas las señales de tráfico. Podía sentir sus ojos sobre mí. Parecía extrañamente relajada. Esto no tenía sentido, no con lo que acababa de pasar.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz áspera por la tensión y el miedo.

¿Ella quería saber si yo estaba bien?

¿Estaba bien?

—No —admití y mi tono bulló por la rabia.

Fui por el mismo camino abandonado donde pasé la tarde ocupado en la vigilancia más pobre alguna vez vista. Estaba oscuro ahora bajo los árboles.

Estaba tan furioso que mi cuerpo se congeló en aquel lugar, completamente inmóvil. Mis manos cerradas ansiaron aplastar a su atacante, molerlo en pedazos tan destrozados que su cuerpo nunca podría ser identificado.

Pero esto implicaría dejarla aquí sola, sin protección en la noche oscura.

Mi mente estaba recordando escenas de mis días de cacería, imágenes que deseaba poder olvidar, especialmente ahora con la urgencia por matar más fuerte que ninguna compulsión de caza que hubiese sentido antes.

Este hombre, esta abominación, no era el peor de su clase, aunque era difícil clasificar las profundidades del mal en un orden basado en el mérito. Aún así, recordaba los peores. No había ninguna duda de que se merecía su parte.

La mayoría de los hombres que cacé en mis días de actuar como juez, jurado y verdugo había sentido cierto nivel de remordimiento o, al menos, miedo de haber sido atrapados. Muchos de ellos se volvieron hacia el alcohol o drogas para silenciar sus preocupaciones. Otros se compartimentaron, crearon fracturas en sus personalidades y vivieron como dos hombres, uno para la luz y otro para la oscuridad.

Pero para lo peor, la aberración más vil que jamás había encontrado, el remordimiento no era un problema.

Nunca había hallado a nadie que abrazara su propia maldad tan a fondo, que la disfrutara. Estaba absolutamente encantado con el mundo que había creado, un mundo de víctimas indefensas y sus gritos torturados. El dolor era el objeto de todas sus búsquedas y se había vuelto muy bueno en crearlo, en prolongarlo.

Estaba comprometido con mis reglas, con mi justificación por toda la sangre que reclamaba. Pero en este caso, vacilé. Dejar que este hombre en particular muriera rápidamente parecía un escape demasiado fácil para él.

Fue lo más cerca que estuve de cruzar esa línea. Aún así, lo maté tan rápida y eficientemente como maté a todos los demás.

Podría haber sido diferente si dos de sus víctimas no hubieran estado en ese sótano de horrores cuando lo descubrí. Dos mujeres jóvenes, ya gravemente heridas. Aunque las llevé a ambas a un hospital a la mayor velocidad que pude, sólo una sobrevivió.

No había tenido tiempo de beber su sangre. Eso no importó. Había tantos otros que merecían morir.

Como este Lanny. También era una atrocidad, pero seguro que no era peor que el que recordaba. ¿Por qué se sintió en ese momento, imperativo, que sufriera tanto más?

Pero primero...

—¿Bella? —pregunté entre dientes.

—¿Sí? —respondió con voz ronca aclarando su garganta.

—¿Estás bien? —era realmente la cosa más importante, la prioridad. La venganza era secundaria. Lo sabía, pero mi cuerpo estaba tan lleno de rabia que era difícil pensar.

—Sí —su voz era todavía áspera; por el miedo, sin duda.

No podía abandonarla.

Incluso ella si no estaba en riesgo constante por alguna razón exasperante, una broma que el universo me estaba jugando, incluso si pudiera estar seguro que ella estaría perfectamente a salvo en mi ausencia, no podría abandonarla sola en la oscuridad.

Debía estar tan asustada.

Pero no estaba en la mejor condición para consolarla, incluso si conociera exactamente cómo debía lograrlo, lo cual no hacía. Seguramente podía sentir la brutalidad que yo irradiaba, seguramente era muy obvia. La asustaría aún más si no controlaba la lujuria de la matanza que hervía dentro de mí.

Necesitaba pensar en algo más.

—Distráeme, por favor —supliqué.

—¿Lo siento, qué? —apenas tenía bastante control para tratar de explicar lo que necesitaba.

—Sólo—no podía pensar en cómo expresarlo. Escogí la palabra más cercana que pude encontrar—. Límitate a charlar de cualquier cosa insustancial hasta que me calme— fue una mala elección de palabras, me di cuenta tan pronto como las dije, pero no podía encontrar demasiado espacio como para que me importara. Sólo el hecho de que ella me necesitaba, me sostuvo dentro del auto. Podía oír los pensamientos del hombre, su decepción y enfado. Sabía dónde encontrarlo. Cerré mis ojos, deseando no poder ver de todos modos.

—Um...—ella vaciló, intentando dar sentido a mi petición, me imaginé. ¿O quizá estaba ofendida? Luego continuó— ¿Mañana antes de clase voy a atropellar a Tyler Crowley?—dijo esto en forma de pregunta.

Sí, esto era lo que necesitaba. Desde luego Bella saldría con algo inesperado. Como lo había hecho antes, la amenaza de violencia que salía de sus labios era disorde, tan cómica. Si no hubiera estado quemándome con el impulso de matar, me habría reído.

—¿Por qué? —ladré, forzándola a hablar otra vez.

—Va diciendo por ahí que me va a llevar al baile de graduación—dijo con su voz llena de indignación—. O está loco o intenta hacerme olvidar que casi me mata cuando... Bueno, tú lo recuerdas— agregó secamente—. Y cree que llevándome al baile de graduación es la forma adecuada de hacerlo. Así que estaremos en paz si pongo en peligro su vida y ya no podrá seguir intentando enmendarlo. No necesito enemigos y puede que Lauren se apacigüe si Tyler me deja tranquila— continuó ella, pensativa ahora—. Aunque también podría destrozarle el Sentra. No podrá llevar a nadie al baile de graduación si no tiene auto.

Era alentador ver que a veces se equivocaba. La persistencia de Tyler no tenía nada que ver con el accidente. Ella no parecía entender el atractivo que causaba en los chicos humanos en la escuela. ¿Tampoco veía la atracción que causaba en mí?



Ah, estaba funcionando. Los engañosos procesos de su mente siempre me absorbían. Comenzaba a ganar control de mí mismo, a ver algo más allá de la venganza y la tortura.

—Me enteré sobre eso —le dije. Ella había dejado de hablar y necesitaba que continuara.

—¿Sí?— preguntó con incredulidad y luego su voz sonaba más enfadada que antes—. Si está parálítico del cuello para abajo, tampoco podrá ir al baile de graduación.

Deseé que hubiera algún modo de pedirle que siguiera con las amenazas de muerte y daños corporales a otros sin parecer un loco. No podía haber escogido un mejor camino para tranquilizarme y sus palabras, llenas de sarcasmo, en su caso, hipérboles, eran un recordatorio, que cariñosamente necesité en este momento.

Suspiré y abrí mis ojos.

—¿Mejor? —preguntó tímidamente.

—No realmente.

No, estaba más tranquilo, pero no mejor. Porque acababa de comprender, que no podría matar al infame llamado Lanny. La única cosa en este momento que quise más que cometer un asesinato sumamente justificable, era a esta chica. Y, aunque no pudiera tenerla, solamente el sueño de tenerla hizo imposible para mí continuar con una juerga de matanza esta noche.

Bella merecía más que un asesino.

Había pasado siete décadas tratando de ser algo, lo que fuese, menos un asesino. Todos esos años de esfuerzo nunca podrían hacerme digno de la chica sentada a mi lado. Sin embargo, sentí que si volvía a aquella vida aunque fuese sólo por una noche, seguramente la pondría fuera de mi alcance para siempre. Incluso si no bebía su sangre, incluso si no tenía aquella evidencia ardiendo en mis ojos rojos, ¿Sentiría la diferencia?

Estaba tratando de ser lo suficientemente bueno para ella. Era un objetivo imposible. Pero no podía soportar la idea de rendirme.

—¿Qué es lo que va mal? —susurró.

Su aliento llenó mi nariz y me recordó el por qué yo no podía merecerla. Después de todo esto, incluso sin importar lo mucho que la amaba... todavía me hacía agua la boca.

Le daría tanta honestidad como pudiera. Le debía eso.

—A veces tengo problemas con mi carácter, Bella— miré fijamente hacia fuera en la noche negra, deseando tanto que oyera el horror inherente en mis palabras como también que no lo hiciera. Más que nada que no lo hiciera. “Corre, Bella, Corre. Quédate, Bella, quédate”—. Pero no me conviene dar media vuelta y dar caza a esos...—sólo el pensarlo casi me hizo salir del auto. Respiré profundamente, dejando que su olor me quemara la garganta—. Al menos, eso es de lo que me intento convencer.

—Ah

No dijo nada más. ¿Cuánto había entendido? Le eché un vistazo furtivamente, pero su cara era ilegible. En blanco de la impresión, quizás. Bien, no gritaba de horror. No aún.

—Jessica y Ángela estarán preocupadas— dijo silenciosamente. Su voz era muy tranquila y no estaba seguro de cómo era eso posible. ¿Estaba en shock? Tal vez los

acontecimientos de esta noche no se habían asentado aún—. Se suponía que me encontraría con ellas.

¿Quería estar lejos de mí? ¿O sólo estaba preocupada por la preocupación de sus amigas?

No le contesté, pero encendí el auto y retrocedí. Con cada pulgada con la que me acercaba a la ciudad, más difícil se me hacía agarrarme a mi objetivo. Estaba tan cerca de él...

Si fuera imposible, si yo nunca pudiera tener, ni merecer a esta chica, entonces ¿qué sentido tenía que aquel hombre quedara impune? Seguramente podría permitirme eso.

No, no me estaba rindiendo. No aún. La quería demasiado como para renunciar.

Estábamos en el restaurante donde se suponía que se encontraría con sus amigas antes de que yo hubiera comenzado a darle sentido a mis pensamientos. Jessica y Ángela ya habían terminado de comer y ambas estaban ahora realmente preocupadas por Bella. Estaban pensando un modo de buscarla, marchándose a lo largo de la calle oscura.

Esta no era una buena noche para andar vagando.

—¿Cómo sabías dónde...? —la pregunta inacabada de Bella me interrumpió y comprendí que había cometido otra metida de pata. Había estado demasiado distraído para acordarme de preguntarle donde se suponía que se encontraría con sus amigas. Pero, en vez de terminar la pregunta y presionar el punto, Bella sólo sacudió su cabeza y medio sonrió.

¿Qué significaba eso?

Bien, no tenía el tiempo para dar vueltas a su extraña aceptación de mi conocimiento. Abrí mi puerta.

—¿Qué haces? —preguntó, pareciendo asustada.

No dejándote fuera de mi vista. No permitiéndome estar solo esta noche. En ese orden.

—Llévate a cenar.

Bien, esto debería ser interesante. Parecía una noche totalmente distinta a la que me había imaginado trayendo a Alice y fingiendo escoger el mismo restaurante que Bella y sus amigas por casualidad. Y ahora, estaba aquí, prácticamente en una cita con la chica. Sólo que no contaba, porque no le daría una posibilidad para decir que no.

Ella ya tenía su puerta entreabierta antes de que yo hubiera pasado alrededor del auto, por lo general no era tan frustrante tener que moverse en una velocidad discreta, en vez de esperar para que yo la abriera por ella.

Esperé a que se me uniera, poniéndome más nervioso al ver que sus amigas continuaban hacia la esquina oscura.

—Detén a Jessica y Ángela antes de que también deba buscarlas a ellas— ordené rápidamente—. Dudo que pueda volver a contenerme si me tropiezo otra vez con tus amigos.

No, no sería lo suficientemente fuerte para eso.

Se estremeció y luego se recompuso. Fue medio paso hacia ellas y las llamó en voz alta—: ¡Jess! ¡Ángela!— se dieron vuelta y ella agitó su brazo sobre la cabeza para captar su atención.

«¡Bella! ¡Ah, está bien!» Ángela pensó con alivio.

«¿Un poco tarde, no?» Se quejó Jessica para sus adentros pero también estaba agradecida que Bella no estuviera perdida o lastimada. Esto hizo que me gustara un poco más que antes.

Se apresuraron a volver y luego se detuvieron, impresionadas al verme al lado de ella.

«¡Ajá!», Jess pensó, atontada. «¡No puede ser!»

«¿Edward Cullen? ¿Se marchó sola para encontrarse con él? ¿Pero por qué preguntó si estaban en la ciudad si sabía que él estaba aquí...?» me dio un breve destello de la expresión mortificada de Bella cuando le preguntó a Ángela si mi familia se ausentaba a menudo de la escuela. «No, ella no podía haberlo sabido». Decidió Ángela.

Los pensamientos de Jessica se movían de la sorpresa a la sospecha, «Bella me lo ha estado ocultando».

—¿Dónde has estado? —exigió, mirando fijamente a Bella, pero mirándome de reojo.

—Me perdí y luego me encontré con Edward —dijo Bella, agitando una mano hacia mí. Su tono era notablemente normal. Como si eso fuera realmente todo lo que había pasado.

Debía estar en shock. Era la única explicación de aquella tranquilidad.

—¿Les importaría que me uniera a ustedes? —pregunté, por ser cortés; sabía que ya habían comido.

«¡Maldita sea, qué guapo es!» pensó Jessica, su cabeza de pronto ligeramente incoherente.

Ángela no estaba más serena, «¡Desearía que no hubiésemos comido! ¡Cielos!, sólo, Cielos!»

¿Por qué no podía hacerle eso a Bella?

—Eh, sí, claro —Jessica estuvo de acuerdo. Ángela frunció el ceño.

—Um, de hecho, Bella, lo cierto es que ya hemos cenado mientras te esperábamos— admitió—. Perdona.

«¡Cállate!» se quejó Jess internamente.

Bella se encogió casualmente. Tan a gusto. Definitivamente en shock.

—No pasa nada, no tengo hambre.

—Creo que deberías comer algo —discrepé. Ella necesitaba azúcar en su torrente sanguíneo, aunque ya olierá bastante dulce, pensé irónicamente. El horror iba a venir cayendo sobre ella momentáneamente y un estómago vacío no ayudaría. Se desmayaba con facilidad, lo sabía por experiencia.

Estas chicas no estarían en ningún peligro si fueran directamente a casa. El peligro no acechaba cada uno de sus pasos.

Y yo prefería estar a solas con Bella mientras estuviera dispuesta a estar sola conmigo.

—¿Les importaría si llevo a Bella a casa esta noche?—dije a Jessica antes de que Bella pudiera responder—. Así, no tendrían que esperar mientras cena.

—Eh, supongo que no hay... problema... —Jessica miró a Bella, buscando algún signo de que esto era lo que ella quería.

«Probablemente lo quiere para ella sola. ¿Quién no?» Pensó Jess. Al mismo tiempo, vio a Bella guiñar un ojo.

¿Bella guiñó?

—De acuerdo— Ángela dijo rápidamente, apresurada para estar fuera del camino si era lo que Bella quería y parecía que realmente lo quería—. Nos vemos mañana, Bella... Edward—. Luchó para decir mi nombre en un tono ocasional. Entonces agarró la mano de Jessica y comenzó a remolcarla lejos.

Tendría que encontrar algún modo de agradecer a Ángela por esto.

El auto de Jessica estaba en un círculo brillante de luz echada por un farol. Bella las miró con cuidado, un pequeño pliegue de preocupación apareció entre sus ojos, hasta que estuvieron en el auto; entonces debía estar totalmente consciente del peligro en el que había estado. Jessica agitó su brazo al irse y Bella la despidió también. No fue hasta que el auto desapareció que tomó un respiro profundo y se giró para alzar la vista hacia mí.

—Francamente, no tengo hambre —dijo.

¿Por qué había esperado a que se fueran para decir esto? ¿Realmente quería estar sola conmigo, incluso ahora, después de la atestiguación de mi rabia homicida?

Si era este el caso o no, ella iba a comer algo.

—Compláceme —dije.

Sostuve la puerta del restaurante abierta para ella y esperé.

Suspiró y entró.

Pasé a su lado hacia el mostrador donde la anfitriona esperó. Bella todavía parecía completamente serena. Quise tocar su mano, su frente, comprobar su temperatura. Pero mi mano fría le causaría repulsión, como había sucedido antes.

«Oh, Dios mío». La voz mental bastante ruidosa de la anfitriona se metió en mi cabeza. «Oh, Dios, mi Dios».

Pareció ser mi noche para hacer girar cabezas. ¿O sólo lo notaba porque deseaba tanto que Bella me viera del mismo modo? Nosotros éramos siempre atractivos a nuestra presa. Nunca había pensado tanto en ello antes. Por lo general, a no ser que, como con gente como Shelly Cope y Jessica Stanley, donde había repetición constante para amortiguar el horror, el miedo pateaba rápidamente después de la atracción inicial.

—Una mesa para dos —incité cuando la anfitriona no habló.

«Ummm. ¡Qué voz!»

—Ah, sí. Bienvenidos a *La Bella Italia*. Por favor, síganme —sus pensamientos eran preocupados, calculando.

«Tal vez es su prima. No podría ser su hermana, no se parecen en nada. Pero familia, definitivamente. Él no puede estar con ella».

Los ojos humanos estaban nublados; no veían nada claramente. ¿Cómo podría ser que esta mujer de mente reducida encontrara mis señuelos físicos, trampas para presa, tan atractivos y aún así ser incapaz de ver la suave perfección de la chica a mi lado?

«Bien, no hay ninguna necesidad de echarle una mano, por si acaso» pensó la anfitriona mientras nos conducía a una mesa familiar en medio de la parte más atestada del restaurante. «¿Puedo darle mi número mientras ella está allí?» reflexionó.

Saqué un billete de mi bolsillo trasero. La gente era invariablemente cooperativa cuando el dinero estaba implicado.

Bella ya estaba tomando el asiento que la anfitriona indicó sin objeción. Negué con mi cabeza hacia ella y vaciló, ladeando su cabeza hacia un lado con curiosidad.

Sí, estaría muy curiosa esta noche. Una muchedumbre no era el lugar ideal para esta conversación.

—¿Quizás algo más privado? —solicité a la anfitriona, dándole el dinero. Sus ojos se ensancharon por la sorpresa y luego se estrecharon mientras su mano se cerraba alrededor del dinero.

—Seguro.

Eché una ojeada al dinero mientras nos condujo alrededor de una pared divisoria. «¿Cincuenta dólares para una mejor mesa? También es rico. Eso tiene sentido. Apuesto que su chaqueta cuesta más que mi último pago. Demonios. ¿Por qué quiere privacidad con ella?»

Nos ofreció una cabina en una esquina tranquila del restaurante donde nadie sería capaz de vernos, de ver las reacciones de Bella a lo que sea que le dijera. No tenía ninguna pista de lo que querría de mí esta noche. O lo que le daría.

¿Cuánto había adivinado? ¿Qué explicación de los acontecimientos de esta noche se había hecho?

—¿Algo como esto? —preguntó la anfitriona.

—Perfecto —le dije y, sintiéndome ligeramente molesto por su actitud resentida hacia Bella, le sonreí extensamente, exponiendo mis dientes. Le dejé verme claramente.

—«¡Caray!» Uhm... su camarera estará aquí en un momento. «No puede ser real. Quizá desaparezca... quizá escriba mi número sobre su plato con salsa marinara...»—divagó mientras se alejaba, enlistando un poco hacia un lado.

Raro. Todavía no estaba asustada. De pronto recordé las burlas de Emmett sobre mí en la cafetería, hace tantas semanas: “apuesto que yo podría haberla asustado mucho más”.

¿Estaba perdiendo mi toque?

—De veras, no deberías hacerle eso a la gente— Bella interrumpió mis pensamientos en un tono de desaprobación—. Es muy poco cortés.

Miré fijamente a su expresión crítica. ¿A qué se refería? No había asustado a la anfitriona en absoluto, a pesar de mis intenciones.

—¿Hacer qué?

—Deslumbrarlas... Probablemente, ahora está en la cocina hiperventilando.

Uhm. Bella estaba casi en lo cierto. La anfitriona estaba sólo semi-coherente en este momento, describiendo su evaluación incorrecta de mí a su amiga del personal.

—Oh, vamos— Bella me regañó cuando no contesté inmediatamente—. Tienes que saber el efecto que produces en los demás.

—¿Deslumbro a la gente? —era una manera interesante de llamarlo. Bastante exacto para esta noche. Me pregunté por qué la diferencia...

—¿No te has dado cuenta?— preguntó, todavía crítica—. ¿Crees que todos ceden con tanta facilidad?

—¿Te deslumbro a ti? —expresé mi curiosidad impulsivamente y luego las palabras salieron, y ya era demasiado tarde para recogerlas.

Pero antes de que tuviera tiempo para lamentar haberlo dicho en voz alta, ella contestó.

—Con frecuencia —dijo y sus mejillas tomaron un brillo débilmente rosado. La deslumbraba.

Mi corazón silencioso se hinchó con la esperanza más intensa que alguna vez podría recordar haber sentido.

—¡Hola! —dijo alguien... la camarera, presentándose. Sus pensamientos eran ruidosos y más explícitos que los de la anfitriona pero le bajé el volumen. Miré fijamente a Bella, viendo la sangre que se extendía por sus mejillas, no notando como esto hizo una llama en mi garganta, sino más bien como esto hacía brillar su hermoso rostro, como accionaba el color crema de su piel.

La camarera esperaba algo de mí. Ah, ella había pedido nuestra orden de bebidas. Seguí mirando fijamente a Bella y la camarera de mala gana giró para mirarla, también.

—¿Puedo tener una Coca-Cola? —dijo Bella, como si esperara una aprobación.

—Dos Coca-Colas —enmendé. Sed, sed humana, normal, era un signo de shock. Me aseguraría que tuviera el azúcar suplementario de la gaseosa en su sistema. Se veía sana, aunque más que sana, radiante.

—¿Qué pasa? —exigió saber, preguntándose por qué la miraba fijamente, adiviné. Era vagamente consciente de que la camarera se había marchado.

—¿Cómo te sientes? —pregunté. Parpadeó, sorprendida por la pregunta.

—Estoy bien.

—¿No tienes mareos, ni frío, ni malestar...? —se veía incluso más confundida ahora.

—¿Debería?

—Bueno, de hecho esperaba que entraras en estado de shock —medio sonreí, esperando su negación. Ella no quería que la cuidaran.

Le tomó un minuto contestarme. Sus ojos ligeramente se desenfocaron, hacía eso a veces cuando le sonreía. ¿Estaba... deslumbrada?

Me hubiese encantado creer eso.

—Dudo que eso vaya a suceder. Siempre se me ha dado muy bien reprimir las cosas desagradables —contestó, un poco sin aliento. ¿Tendría mucha práctica con cosas desagradables, entonces? ¿Su vida siempre estaba en riesgo?

—Da igual— le dije—. Me sentiré mejor cuando hayas tomado algo de glucosa y comida.

La camarera volvió con las Coca-Colas y una cesta de pan. Los puso delante de mí y pidió mi orden, tratando de atrapar mi mirada en el proceso. Indiqué que debería asistir a Bella y se volvió hacia ella. Tenía una mente vulgar.

—Uhhh...—Bella echó un vistazo rápidamente al menú—. Tomaré los raviolis con setas.

La camarera giró hacia mí con impaciencia.

—¿Y usted?

—Nada para mí.

Bella hizo una mueca leve. Uhm. Debe haber notado que nunca como. Ella notaba todo. Yo siempre me olvidaba de ser cuidadoso a su alrededor.

Esperé a que estuviéramos solos otra vez.

—Bebe —insistí.

Me sorprendió cuando condescendió inmediatamente y sin objeción. Bebió hasta que el cristal estuvo completamente vacío, entonces empujé la segunda Coca-Cola hacia ella, frunciendo el ceño un poco. ¿Sed o shock?

Bebió un poco más y se estremeció.

—¿Tienes frío?

—Es sólo la Coca-Cola —dijo, pero tembló otra vez, sus labios vibraron ligeramente como si sus dientes estuvieran a punto de castañear.

La bonita blusa que llevaba era demasiado delgada para protegerla suficientemente; esta se le adhería como una segunda piel, casi tan frágil como la primera.

—¿No tienes una chaqueta?

—Sí— dijo mirando alrededor de sí misma, un poco perpleja—. Vaya, la he dejado en el auto de Jessica.

Me quité mi chaqueta, deseando que el gesto no fuera estropeado por mi temperatura corporal. Habría sido agradable haber sido capaz de ofrecerle un abrigo caliente. Me miró fijamente, sus mejillas se ruborizaron otra vez. ¿Qué pensaba ahora?

Le di la chaqueta a través de la mesa y se la puso inmediatamente; se estremeció otra vez.

Sí, sería muy agradable ser cálido.

—Gracias —dijo. Respiró profundamente y empujó las mangas largas hacia atrás para liberar sus manos. Tomó otro profundo respiro.

¿Finalmente le haría efecto lo sucedido en la noche? Su color todavía estaba bien; su piel era de crema y rosas contra el profundo azul de su camisa.

—Tu piel tiene un aspecto encantador con ese color azul —la alagué, simplemente siendo honesto.

Tenía buen aspecto, pero no había ninguna razón para desechar posibilidades. Le acerqué la cesta del pan.

—De verdad— se opuso, adivinando mis motivos—. No entraré en shock.

—Pues deberías, una persona normal lo haría y tú ni siquiera pareces alterada —la miré fijamente con desaprobación, preguntándome por qué no ella podía ser normal, preguntándome si realmente quería que fuera de esa manera.

—Me siento segura contigo —dijo, sus ojos, otra vez, llenos de confianza. Confianza que no merecía.

Sus instintos eran del todo incorrectos. Al revés. Ese debía ser el problema. Ella no reconocía el peligro de la manera que un ser humano debería hacerlo. Tenía la reacción opuesta. En vez de correr, ella se quedaba, atraída a lo que debería tenerle pavor.

“¿Cómo podía protegerla de mí cuando ninguno de los dos quería eso?”

—Esto es más complicado de lo que pensaba —murmuré.

Podía verla volcar mis palabras en su cabeza y me pregunté qué había hecho con ellas. Tomó un pedazo de pan y comenzó a comérselo sin parecer consciente de la acción. Masticó por un momento y luego inclinó su cabeza hacia un lado pensativa.

—Normalmente estás de mejor humor cuando tus ojos brillan —dijo en un tono ocasional.

Su observación, que indicaba aquel hecho, me dejó atónito.

—¿Qué?

—Estás de mal humor cuando tienes los ojos negros. Entonces, me lo veo venir, tengo una teoría al respecto —añadió ligeramente.

Entonces, se había venido haciendo su propia explicación. Desde luego que la tenía. Sentí un profundo temor al preguntarme cuán cerca estaba de la verdad.

—¿Más teorías?

—Aja —dijo y masticó otro poco, completamente despreocupada. Como si no hablara de los aspectos de un monstruo con el mismo monstruo.

—Espero que esta vez hayas sido más creativa—mentí cuando no continuó. Lo que realmente esperaba era que estuviera a kilómetros de la verdad— ¿O sigues tomando ideas de los cómics?

—Bueno, no, no lo saqué de un cómic— dijo, un poco avergonzada—. Pero tampoco me la he inventado.

—¿Y? —pregunté entre dientes.

Seguramente no hablaría con tanta calma si estuviera a punto de gritar.

Mientras vacilaba, mordiendo su labio, la camarera reapareció con la comida para Bella. Le puse poca atención a la camarera cuando puso el plato delante de Bella y luego preguntó si quería algo.

Decliné, pero pedí más Coca-Cola. La camarera no había notado los vasos vacíos.

—¿Qué decías? —incité con inquietud en cuanto Bella y yo estuvimos solos otra vez.

—Te lo diré en el auto— dijo en voz baja. Ah, esto podría salir mal. No estaba dispuesta a hablar de sus conjeturas alrededor de otros—. Sólo si...—agregó de repente.

—¿Hay condiciones? —estaba tan tenso que casi gruñí las palabras.

—Tengo algunas preguntas, por supuesto.

—Por supuesto —estuve de acuerdo. Mi voz sonaba dura.

Sus preguntas probablemente serían suficientes para decirme adónde se dirigían sus pensamientos. ¿Pero cómo le contestaría? ¿Con mentiras responsables? ¿O la ahuyentaría con la verdad? ¿O no diría nada, incapaz de decidir?

Estuvimos en silencio mientras la camarera rellenó su suministro de gaseosa.

—Bien, adelante —dije, con la mandíbula cerrada cuando la camarera se fue.

—¿Por qué estás en Port Ángeles? —Era una pregunta demasiado fácil: por ella. No me delataba, mientras que mi respuesta, de ser verídica, le revelaría demasiado. Entonces decidí dejarla en suspenso.

—Siguiente pregunta —dije.

—Pero ésa es la más fácil.

—Siguiente pregunta —dije otra vez.

Estaba frustrada por mi negativa. Alejó su mirada, hacia a su alimento.

Despacio, para pensar seriamente, tomó un raviol y masticó con deliberación.

De pronto, mientras comía, una extraña comparación cruzó mi mente. Sólo por un segundo, vi a Perséfone, con su granada en mano. Condenándose a sí misma al inframundo.

¿Eso era lo que yo era? El mismísimo Hades, codiciando la primavera, robándola, condenándola a una noche eterna. Traté, sin éxito, de borrar esa impresión.

Ella tragó su comida con más Coca-Cola y, luego, finalmente alzó la vista hacia mí. Sus ojos estrechos con la sospecha.

—En tal caso, de acuerdo— dijo—. Supongamos que, hipotéticamente, alguien es capaz de... Saber qué piensa la gente, de leer sus mentes, ya sabes, salvo unas cuantas excepciones.

Podría ser peor.



Eso explicó la pequeña media sonrisa en el auto. Era rápida, nadie más había adivinado esto sobre mí, nunca. Excepto Carlisle y había sido bastante obvio entonces, al principio, cuando contestaba todos sus pensamientos como si él me hubiera hablado en voz alta. Él lo había entendido antes que yo.

Esta pregunta no era tan mala. Mientras estaba claro que ella sabía que había algo malo conmigo, no era tan serio como podría haber sido. La telepatía no era, después de todo, una faceta canónica de la vida de un vampiro. Le seguí el juego de su hipótesis.

—Sólo una excepción— corregí—. Hipotéticamente.

Ella luchó contra una sonrisa, mi honestidad vaga la complació.

—De acuerdo entonces, una sola excepción. ¿Cómo funciona? ¿Qué limitaciones tiene? ¿Cómo podría ese alguien... encontrar a otra persona en el momento adecuado? ¿Cómo sabría que ella está en un apuro?

—¿Hipotéticamente?

—Seguro —sus labios tensos y sus ojos marrones líquidos estaban impacientes.

—Bueno— vacilé—. Si... ese alguien...

—Supongamos que se llama Joe —sugirió.

Tuve que sonreír a su entusiasmo. ¿Realmente pensaba que la verdad sería algo bueno? ¿Si mis secretos fueran agradables, por qué se los ocultaría?

—En ese caso, Joe—estuve de acuerdo—. Si Joe hubiera estado atento, la sincronización no tendría porqué haber sido tan exacta—. Sacudí mi cabeza y reprimí un estremecimiento al pensar cuán cerca había estado de llegar muy tarde—. Sólo tú podrías meterte en líos en un sitio tan pequeño. Destrozarías las estadísticas de delincuencia durante una década, ya sabes.

Sus labios se curvaron hacia abajo en las esquinas, poniendo mala cara.

—Hablábamos de un caso hipotético.

Me reí de su irritación.

Sus labios, su piel... se veían tan suaves. Quería ver si eran tan aterciopelados como parecían. Imposible. Mi tacto le sería repelente.

—Sí, cierto— dije volviendo a la conversación antes de que pudiera deprimirme demasiado— ¿Qué tal si le llamamos Jane?

Se inclinó a través de la mesa hacia mí, todo el mal humor y la irritación se había ido de sus amplios ojos.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó, su voz era baja e intensa.

¿Debería decirle la verdad? ¿Y, si es así, qué parte?

Quise decirle. Quise merecer la confianza que todavía podía ver en su cara.

—Puedes confiar en mí, ya lo sabes —estiró una mano hacia adelante como si fuera a tocar mis manos donde descansaban sobre la mesa vacía delante de mí.

Las retiré, odiando pensar en su reacción de rechazo a mi piel frígida de piedra, y ella dejó caer su mano.

Sabía que podía confiar en ella la protección de mis secretos; era enteramente honorable, buena hasta el tuétano. Pero no podía confiar en que no la horrorizarían. Ella debería estar horrorizada. La verdad era el horror.

—No sé si tengo otra alternativa— murmuré. Recordé que una vez le tomé el pelo llamándola 'excepcionalmente distraída'. Ofendida, si había juzgado sus expresiones correctamente. Bien, pondría acomodar esa injusticia, al menos—. Me equivoqué. Eres mucho más observadora de lo que pensaba.

Y aunque ella no pudiera comprenderlo, ya le había dado mucho crédito por eso.

—Creí que siempre tenías razón —dijo riendo, tomándome el pelo.

—Así era —solía saber lo que hacía. Solía estar siempre seguro de mí mismo. Y ahora todo era caos y tumulto. Aún así no lo cambiaría. No, si el caos significaba que yo no podía estar con Bella.

—Hay otra cosa en la que también me equivoqué contigo— continué, dejando claro el segundo punto—. No eres un imán para los accidentes... Esa no es una clasificación lo suficientemente extensa. Eres un imán para los problemas. Si hay algo peligroso en un radio de quince kilómetros, inexorablemente te encontrará.

¿Por qué ella? ¿Qué había hecho ella para merecer esto?

Su rostro se puso serio de nuevo.

—¿Te incluyes en esa categoría?

La honestidad era más importante para esta pregunta que para cualquier otra.

—Sin ninguna duda.

Sus ojos se estrecharon ligeramente, no de forma sospechosa, pero de una manera extraña con preocupación. Sus labios se curvaron hacia esa sonrisa que sólo le había visto específicamente cuando confrontaba el dolor de alguien más. Estiró su mano a través de la mesa otra vez, despacio y deliberadamente. Retiré mis manos una pulgada de distancia de ella, pero no hizo caso de esto, determinada a tocarme. Contuve la respiración, no debido a su olor ahora, pero debido a la tensión repentina, aplastante. Miedo. Mi piel la repugnaría. Huiría.

Entonces cepilló con la yema de sus dedos ligeramente a través del dorso de mi mano. El calor de su toque apacible, dispuesto, no se parecía a nada que alguna vez haya sentido. Fue casi como puro placer. Lo habría sido, excepto por mi miedo. Miré su cara mientras sentía la piedra fría de mi piel, todavía incapaz de respirar.

Su sonrisa de preocupación cambió a una más amplia, más cálida.

—Gracias— dijo mirándome fijamente con esa mirada intensa propia de ella—. Es la segunda vez.

Sus dedos suaves se quedaron en mi mano como si encontraran agradable el estar allí.

Le contesté lo más casual que fui capaz.

—No dejarás que haya una tercera, ¿de acuerdo?

No me lo reprochó, pero cabeceó afirmativamente.

Retiré mis manos de debajo de las suyas. Tan exquisito como su toque se sintió, no iba a esperar a que la magia de su tolerancia se pasara y se transformara en repulsión. Oculté mis manos bajo la mesa.

Leí sus ojos; aunque su mente fuera silenciosa, podía percibir tanta confianza como preocupación en ellos. Comprendí en aquel momento que quería contestar sus preguntas. No porque se lo debía. No por querer que confiara en mí.

Quería que ella me conociera.

—Te seguí a Port Ángeles— le dije, las palabras salían en tropel demasiado rápido para corregirlas. Conocía el peligro de la verdad, el riesgo que tomaba. En cualquier momento, ella tranquilamente podría romper en histeria. De un modo contrario, sabiendo esto me puse a hablar más rápido—. Nunca antes había intentado mantener con vida a alguien en concreto y es mucho más problemático de lo que creía, pero eso tal vez se deba a que se trata de ti. La gente normal parece capaz de pasar el día sin tantas catástrofes.

La miré, esperando su reacción.

Sonríó ampliamente de nuevo. Sus ojos, claros- oscuros se veían más profundos que nunca.

Acababa de admitir que la estaba acechando y ella sonreía.

—¿Crees que me había llegado la hora la primera vez, cuando ocurrió lo de la furgoneta y que has interferido en el destino? —preguntó.

—Esa no fue la primera vez —dije, apartando la vista hacia el piso oscuro, mis hombros inclinados por la vergüenza. Mis barreras estaban bajas y la verdad todavía se derramaba imprudentemente—. La primera fue cuando te conocí.

Era verdad y esto me enfadó. Yo había colocado su vida sobre la lámina de una guillotina. Era como si ella hubiera sido marcada para morir por algún destino cruel, injusto, y ya que yo había demostrado ser un instrumento poco confiable, el mismo destino siguió tratando de ejecutarla. Me imaginé al destino personificado en una bruja espantosa, celosa, una arpía vengativa.

Quise hacer responsable a alguien de esto de modo que pudiera luchar contra algo en concreto. Alguien a quien destruir, de modo que Bella pudiera estar segura.

Bella estaba muy callada; su respiración se había acelerado.

Alcé la vista hacia ella, sabiendo que finalmente vería el miedo que esperaba. ¿Acababa de admitir cuán cerca había estado de matarla? ¿Más cerca que cuando la furgoneta había estado a milímetros de quitarle la vida aplastándola? Y sin embargo, su cara todavía estaba relajada, sus ojos estaban apretados sólo por el interés.

—¿Lo recuerdas?

—Sí —dijo, su voz nivelada y grave, sus profundos ojos estaban llenos de conciencia.

Ella sabía. Sabía que había querido asesinarla. ¿Dónde estaban los gritos?

—Y aún así estás aquí sentada —dije, advirtiendo la contradicción inherente.

—Sí, estoy aquí... Gracias a ti—su expresión cambió, fue un giro curioso, el cómo cambió mi versión—. Porque de alguna manera has sabido encontrarme hoy.

Sin esperanzas, empujé otra vez contra la barrera que protegía sus pensamientos, desesperado por entender. Esto no tenía ninguna lógica. ¿Cómo aún podía preocuparse por el resto con aquella verdad evidente sobre la mesa?

Esperó curiosa. Su piel era pálida, que era natural para ella, pero esto todavía me preocupaba. Su cena estaba casi intacta delante de ella. Si seguía diciéndole demasiado, iba a necesitar un colchón cuando el shock le cayera encima.

Entonces indiqué mis condiciones

—Tú comes y yo hablo— procesó esto durante medio segundo y lanzó un raviol a su boca con una velocidad que desdibujó su tranquilidad. Estaba más ansiosa por mi respuesta de lo que mostraban sus ojos—. Seguirte el rastro es más difícil de lo habitual— le dije—. Normalmente puedo hallar a alguien con suma facilidad siempre que haya “oído” su mente antes.

Miré su cara con cuidado cuando dije esto. Aceptar era una cosa, confirmar era otra.

Esperaba inmóvil y tenía sus ojos bien abiertos. Me sentí apretar los dientes, esperando su pánico.

Pero ella solo parpadeó una vez, tragó fuerte y, luego, rápidamente envió otro raviol a su boca. Quería que siguiera.

—Vigilaba a Jessica sin mucha atención— continué, mirando cómo absorbía cada palabra—. Como te dije, sólo tú puedes meterte en líos en Port Ángeles.

No me podía resistir a agregar eso. ¿Comprendía que otras vidas humanas no eran molestadas con experiencias cercanas a la muerte, o pensaba que esas cosas que le pasaban a ella eran normales?

—Al principio no me di cuenta de que te habías ido por tu cuenta y luego, cuando comprendí que ya no estabas con ellas, fui a buscarte a la librería que vislumbré en la mente de Jessica. Te puedo decir que sé que no llegaste a entrar y que te dirigiste al sur. Sabía que tendrías que dar la vuelta pronto, por lo que me limité a esperarte, investigando al azar en los pensamientos de los viandantes para saber si alguno se había fijado en ti, y saber de ese modo dónde estabas. No tenía razones para preocuparme, pero estaba extrañamente ansioso...—mi respiración se aceleró cuando recordé el sentimiento de pánico. Su olor ardió en mi garganta y me alegré. Este era un dolor que quería decir que ella estaba viva.

Mientras me quemara, ella estaría segura.

—Comencé a conducir en círculos, seguía alerta— esperé que lo que decía tuviera sentido para ella. Esto debía ser confuso—. El sol se puso al fin y estaba a punto de salir y seguirte a pie cuando...

La memoria volvió a mí y el recuerdo perfectamente claro, como si estuviera viviéndolo de nuevo. Sentí la misma furia cruel esparcirse por mi cuerpo, encerrándolo en el hielo.

Lo quise muerto. Debería estar muerto. Mi mandíbula se apretó tratando de concentrarme aquí en la mesa. Bella todavía me necesitaba. Eso era lo que importaba.

—¿Qué pasó entonces? —susurró, sus ojos oscuros enormes.

—Oí lo que pensaban— dije entre dientes, incapaz de impedir a las palabras salir en un gruñido—. Y vi tu rostro en sus mentes.

Todavía conocía con precisión dónde encontrarlo. Sus pensamientos negros aspirados en el cielo de la noche me tironeaban.

Cubrí mi cara, sabiendo que mi expresión debía ser la de un cazador, un asesino. Fijé la imagen de ella detrás de mis ojos cerrados para controlarme. El marco delicado de sus huesos, la delgada envoltura de su piel pálida, como seda estirada sobre cristal, increíblemente suave y fácil de romperse. Ella era demasiado vulnerable para este mundo. Ella necesitaba un protector. Y, por algún mal manejo retorcido del destino, yo era la cosa más cercana disponible.

Traté de explicar mi reacción violenta de modo que me entendiera.

—Resultó duro, no sabes cuánto, dejarlos... vivos— susurré—. Te podía haber dejado ir con Jessica y Ángela, pero temía que, si me dejabas solo, iría por ellos.

Era la segunda vez esta noche que confesaba un intento de asesinato. Al menos este era defendible.

Estaba tranquila mientras luchaba para controlarme. Escuché el latido de su corazón. El ritmo era irregular, pero este era más lento a medida que avanzaba el tiempo hasta que fue estable otra vez. Su respiración también era baja, pero estable.

Estaba muy cerca de flaquear. Tenía que llevarla a casa antes de...

¿Lo mataría entonces? ¿Volvería a ser un asesino cuándo ella había confiado en mí? ¿Había algún camino que me frenara?

Había prometido decirme su última teoría cuando estuviéramos solos. ¿Querría oírla? ¿Estaba ansioso de eso, pero sería la recompensa por mi curiosidad peor que no saber?

Por lo menos, ella consiguió mucha verdad para una noche.

La miré otra vez y su cara estaba más pálida que antes, pero se compuso.

—¿Estás lista para ir a casa? —pregunté.

—Lo estoy para salir de aquí —dijo, escogiendo sus palabras con cuidado, como si un simple “sí” no expresara lo que quería decir.

Frustración.

La camarera volvió. Había oído la última declaración de Bella al estar nerviosa del otro lado del mostrador, preguntándose qué más podría ofrecerme. Quise poner los ojos en blanco ante algunos de los ofrecimientos que ella había tenido en mente.

—¿Qué tal todo? —me preguntó.

—Dispuestos para pagar la cuenta, gracias —le dije, mirando a Bella.

La respiración de la camarera se detuvo y estuvo momentáneamente por usar la expresión de Bella, deslumbrada con mi voz.

En un momento repentino de percepción, oyendo el modo en que mi voz sonaba en la cabeza de esta humana inconsecuente, comprendí por qué parecía atraer tanta admiración esta noche, intacta por el miedo habitual.

Era debido a Bella. Intentando tanto ser seguro para ella, ser menos espantoso, ser humano, yo realmente había perdido mi marca. Los otros humanos sólo veían la belleza ahora, con mi horror innato tan controlado.

Alcé la vista a la camarera, esperando que se recuperara. Esto era medio cómico, ahora que entendía la razón.

—Se...seguro. Aquí la tiene —me dio la carpeta con la cuenta, pensando en la tarjeta que había deslizado detrás del recibo, con su nombre y número de teléfono.

Sí, era bastante gracioso.

Yo tenía el dinero listo otra vez. Devolví la carpeta inmediatamente, entonces no se gastaría esperando una llamada que nunca recibiría.

—Quédese con el cambio— le dije, esperando que el tamaño del vuelto aliviaría su decepción.

Me levanté y Bella me siguió rápidamente. Quise ofrecerle mi mano, pero pensé que eso podría empujar mi suerte demasiado lejos para una noche. Le agradecí a la camarera, mis ojos nunca dejaron la cara de Bella.

Bella pareció encontrar algo divertido, también.

Caminé tan cerca de ella como me atreví, tan cerca que el calor que emanaba su cuerpo era lo bastante fuerte para parecerse a un toque físico contra el lado izquierdo de mi cuerpo. Sostuve la puerta para ella, suspiró silenciosamente y me pregunté qué pesar la hizo entristecerse. La miré a los ojos, apunto de preguntarle, cuando de repente miró hacia el suelo, pareciendo avergonzada. Esto me dio más curiosidad, pero estaba menos dispuesto a preguntar. El silencio entre nosotros continuó mientras abrí la puerta del auto y entré.

Encendí la calefacción dado que la noche fría cayó abruptamente y el auto frío debía ser incómodo para ella. Se acurrucó en mi chaqueta, con una pequeña sonrisa sobre sus labios.

Esperé, aplazando la conversación hasta que las luces de la ciudad se alejaron. Lo que me hizo sentirme más solo con ella.

¿Era lo correcto? El auto parecía muy pequeño. Su olor se arremolinaba en él con la corriente de la calefacción, construyéndolo y reforzándolo. Esto se convirtió en su propia fuerza, como una tercera entidad dentro del auto. Una presencia que exigía reconocimiento.

Y la tuvo; me quemaba. La quemazón era aceptable, aunque me pareció de una manera extrañamente apropiada. Me habían dado tanto esta noche, más de lo que había esperado. Y ella estaba aquí, todavía de buen modo a mi lado. Le debía algo a cambio de esto. Un sacrificio. Un ofrecimiento en llamas.

Ahora, si yo sólo pudiera mantener esto; sólo la quemazón y nada más. Pero el veneno llenó mi boca y mis músculos se tensaron con anticipación, como si estuviera de caza.

Tenía que mantener tales pensamientos fuera de mi mente y sabía que me distraería.

—Ahora— le dije, el miedo de su respuesta me llevó al borde de la quemazón.  
—Te toca a ti.

# TEORÍA

—¿PUEDO HACERTE SÓLO UNA PREGUNTA MÁS? —PREGUNTÓ RÁPIDAMENTE en lugar de contestar a mi demanda.

Yo estaba en el borde, ansioso esperando lo peor. Y, sin embargo, cuán tentador era prolongar este momento. Tenerla conmigo voluntariamente, por sólo unos segundos más. Suspiré ante el dilema y, a continuación, dije—: Una.

—Bueno...—dudó por un momento, como si decidiera qué pregunta hacer—. Dijiste que sabías que no había entrado en la librería y que me había dirigido al sur. Sólo me preguntaba cómo lo supiste.

Miré hacia el parabrisas. Otra pregunta que no me decía nada de ella y demasiado de mí.

—Pensé que habíamos superado la parte de las evasivas —dijo en un tono crítico y decepcionado.

¡Qué irónico! Ella fue evasiva sin tregua, sin siquiera intentarlo.

Bueno, quería que fuera directo y teniendo en cuenta que esta conversación no iba a ningún lugar bueno.

—Muy bien— dije—. Seguí tu olor.

Quise mirar su cara, pero tenía miedo de lo que vería. En su lugar, escuché su respiración acelerarse y luego tranquilizarse. Habló otra vez después de un momento y su voz era más constante de lo que habría esperado.

—Aún no has respondido a la primera de mis preguntas —dijo.

Miré hacia abajo encontrando sus ojos, ceñudo. Ella también estaba evadiendo.

—¿Cuál? —dijo al fin.

—¿Cómo funciona lo de leer mentes?— volvió a preguntar, reiterando su pregunta del restaurante—. ¿Puedes leer la mente de cualquiera, en cualquier lugar? ¿Cómo lo haces? ¿Puedes hacerlo con el resto de tu familia? —se apagó, ruborizándose de nuevo.

—Esa es más de una —dije.

Ella sólo me miró, a la espera de sus respuestas.

¿Y por qué no decírselo? Ella ya había conjeturado la mayor parte de esto y era un tema más fácil que el que surgió.

—No, sólo yo tengo esa facultad, y no puedo oír a cualquiera en cualquier parte. Debo estar bastante cerca, cuanto más familiar me resulta esa “voz” más lejos soy capaz de oírla, pero aún así no más de unos pocos kilómetros— traté de pensar en una manera de explicárselo para que ella lo entendiera mejor. Una analogía con la que pudiera relacionarse—. Es un poco como estar en una enorme sala llena de

gente, todo el mundo hablando a la vez. Es sólo un zumbido, un zumbido de voces en el fondo. Hasta que localizo una voz y, entonces, está claro lo que piensan. La mayor parte del tiempo no las escucho, ya que me puede llegar a distraer demasiado, y así es más fácil parecer normal— fruncí el ceño—. Y no responder a los pensamientos de alguien antes de que los haya expresado con palabras.

—¿Por qué crees que no puedes oírme? —se preguntaba.

Le dije otra vez la verdad con una analogía.

—No sé— admití—. Mi única suposición es que tal vez tu mente funcione de otra forma diferente que la de los demás. Es como si tus pensamientos fluyeran en onda media y yo sólo captase los de frecuencia modulada.

Me di cuenta de que a ella no le gustaría esta comparación tan pronto las palabras salieron de mi boca. La anticipación a su reacción me hizo sonreír. No me defraudó.

—¿Mi mente no funciona bien?— preguntó, subiendo la voz—. ¿Soy un bicho raro?

Ah, la ironía de nuevo.

—Yo oigo voces en mi mente y a ti te preocupa que tú seas el bicho raro —me reí. Ella entendía todas las pequeñas cosas, pero las grandes al revés. Siempre los instintos incorrectos.

Bella se mordió su labio, y frunció su ceño fuerte y profundamente.

—No te preocupes— la tranquilicé—. Es apenas una teoría...

Y había una teoría más importante que discutir. Estaba impaciente por conseguirla ya. Cada segundo comenzaba a sentirse cada vez más como tiempo perdido.

—Y eso nos trae de vuelta a ti.

Suspiró, todavía mordiéndose su labio. Me preocupaba que se lastimara. Me miró a los ojos con cara de preocupación.

—¿Pensaba que habíamos superado la etapa de las evasivas? —le pregunté en silencio.

Miró hacia abajo, luchando con algunos dilemas internos. De repente, se puso rígida, abrió los ojos de par en par. El miedo destellaba a través de su cara por primera vez.

—Dios Santo—jadeó.

Me aterró. ¿Qué había visto? ¿Cómo la había asustado?

Entonces gritó—: ¡Ve más despacio!

—¿Qué pasa? —no entendía de dónde provenía su terror.

—¡Vas a ciento sesenta! —me gritó.

Rápidamente miró por la ventanilla y retrocedió a los árboles oscuros que nos pasaban como un borrón.

¿Esta pequeña cosa, apenas un poco de velocidad, la hacía gritar de miedo?

Puse los ojos en blanco.

—Tranquilízate, Bella.

—¿Estás tratando de matarnos? —demandó con voz alta y firme.

—No vamos a chocar —le prometí.

Tomó una bocanada de aire y a continuación habló en un tono más bajo.

—¿Por qué vamos tan deprisa?

—Siempre conduzco así.

Me encontré con su mirada, divertido por su expresión conmovida.



—¡No apartes la vista de la carretera! —gritó.

—Nunca he tenido un accidente, Bella. Ni siquiera me han puesto una multa— le sonreí tocando mi frente. Me pareció cómico lo absurdo de poder bromear con ella sobre algo tan secreto y extraño—. A Prueba de radares y detectores de velocidad.

—Muy divertido— dijo sarcásticamente, su voz era enojada—. Charlie es policía ¿recuerdas? He crecido respetando las leyes de tránsito. Además, si nos la pegamos contra el tronco de un árbol y nos convertimos en una galleta de Volvo, tendrás que regresar a pie.

—Probablemente— repetí, riendo sin humor. Sí, nos iría absolutamente diferente en un accidente de tránsito. Ella tenía razón de tener miedo, a pesar de mis capacidades de conducción—. Pero tú no.

Con un suspiro, levanté el pie del acelerador.

—¿Satisfecha?

Miró el velocímetro.

—Casi.

¿Seguía siendo esto demasiado rápido para ella?

—Odio conducir lento —murmuré. Pero dejé que la aguja bajara otro poco.

—¿Llamas a esto despacio? —preguntó.

—Basta de criticar mi forma de conducir— dije con impaciencia. ¿Cuántas veces había evadido ya mi pregunta? ¿Tres veces? ¿Cuatro? ¿Eran tan terroríficas sus especulaciones? Tenía que saberlo inmediatamente—. Todavía estoy esperando tu última teoría.

Se mordió el labio otra vez y su expresión se convirtió en trastorno, casi doloroso.

Agonice en mi impaciencia y ablandé mi voz. No quería que se entristeciera.

—No me reiré —prometí, deseando que solamente fuese vergüenza lo que la hacía poco dispuesta a hablar.

—Temo más que te enfades conmigo —susurró.

Forcé mi voz para permanecer tranquilo.

—¿Tan mala es?

—Bastante, sí.

Ella miraba abajo, rechazando mirar mis ojos. Los segundos pasaron.

—Adelante —la animé.

Su voz era muy baja.

—No sé por dónde empezar.

—¿Porqué no empiezas por el principio?— recordaba sus palabras antes de la cena—. Dijiste que no era tu invención.

—No —convino y después guardó silencio otra vez.

Pensé en las cosas que pudieron haber inspirado.

—¿Cómo empezaste, con un libro, con una película?

Debí haber mirado a través de sus colecciones cuando ella estaba fuera de la casa. No tenía ninguna idea si Bram Stoker o Anne Rice estaban allí en su pila de los libros gastados.

—No— dijo otra vez—. Fue el sábado, en la playa.

No esperaba eso. El chisme local sobre nosotros nunca se había perdido en cualquier cosa demasiado extraña o demasiado exacta. ¿Había un nuevo rumor que me había perdido? Bella dejó de mirar sus manos y vio la sorpresa en mi cara.

—Me encontré con un viejo amigo de la familia... Jacob Black— continuó—. Su papá y Charlie han sido amigos desde que era una bebé.

Jacob Black, el nombre no me era familiar, pero aún así me recordó algo... algún tiempo, hace mucho tiempo... Miré fijamente más allá del parabrisas, buscando en mi memoria para encontrar la conexión.

—Su papá es una de los ancianos Quileute —dijo.

Jacob Black. *Efraín Black*. Un descendiente, sin duda.

Es tan malo como se podría esperar.

Sabía la verdad.

Mi mente volaba a través de las ramificaciones así como el auto volaba alrededor de las oscuras curvas en la carretera, mi cuerpo rígido con angustia, inmóvil excepto para las pequeñas y automáticas acciones que necesitaba para dirigir el auto. Ella sabía la verdad.

Pero... si ella supo la verdad el sábado... entonces la había sabido toda la noche... y aún así...

—Fuimos a dar un paseo— continuó—. Y él me estuvo contando viejas leyendas creo que para asustarme. Me contó una...

Paró brevemente, pero ya no había necesidad de dudas; sabía lo que iba a decir. El único misterio ahora era por qué seguía aquí conmigo.

—Continúa —dije.

—Sobre vampiros —respiró, las palabras eran menos que un susurro.

De alguna manera, era incluso peor que saber que ella sabía, oyéndole decirlo en voz alta. Retrocedí ante el sonido de la palabra y después me controlé otra vez.

—¿Y pensaste inmediatamente en mí? —pregunté.

—No. Él... mencionó a tu familia.

¡Cuán irónico que sería la propia progenie de Efraín, quien violara el tratado que él había jurado defender! Un nieto, o su tataranieto, quizás. ¿Cuántos años habían pasado? ¿Setenta?

Debí darme cuenta que no sería el anciano que creía en las leyendas el que sería un peligro. Por supuesto, la generación más joven, los que habían sido advertidos, pero que creían que las antiguas supersticiones eran irrisorias, ahí era donde se encontraba el peligro a la exposición.

Supuse que esto significaba ahora que era libre de acabar con la pequeña e indefensa tribu en la costa, estaba tan inclinado. Efraín y su manada de protectores estaban todos muertos.

—Él creía que era una superstición tonta—dijo Bella repentinamente, su voz reflejaba una nota de ansiedad como si pudiera leer mis pensamientos—. Él no esperó que me creyera ni una palabra.

Miré por el rabillo de mi ojo como retorció sus manos inquieta

—Fue culpa mía— dijo después de una breve pausa y entonces bajó su cabeza como si estuviera avergonzada—. Lo obligué a contármelo.

—¿Por qué? —no era tan duro ahora mantener bajo mi nivel de voz. Lo peor ya estaba hecho. Mientras habláramos de los detalles de la revelación, no teníamos que pasar a las consecuencias de ello.

—Lauren dijo algo sobre ti... intentaba provocarme— hizo un pequeño gesto recordándolo. Me distraje levemente, preguntándome cómo Bella sería provocada por alguien que hablara de mí—. Y un chico mayor de la tribu dijo que tu familia no

iba a la reserva, sólo que sonó como si aquello tuviera un significado especial, por lo que me llevé a Jacob a solas y le engañé para que me lo contara.

Su cabeza se hundió aún más mientras que ella admitía esto y su expresión parecía... culpable.

Aparté la mirada de ella y me reí ruidosamente. Fue un sonido con los bordes duros. ¿Se sentía culpable? ¿Qué podría haber hecho para merecer ser censurada de cualquier manera?

—¿Cómo le engañaste? —pregunté.

—Intenté flirtear un poco. Funcionó mejor de lo que había pensado —explicó, y su voz parecía incrédula ante el recuerdo de su éxito.

Podría apenas imaginar, considerando la atracción que ella parecía causar en todos los chicos y de cuya parte parecía que estaba totalmente inconsciente, cuán abrumadora sería cuando trataba de ser atractiva. De repente sentí compasión por el muchacho confiado al que le había liberado una fuerza tan potente.

—Me habría gustado haber visto eso— dije, y entonces reí otra vez con humor negro. Deseaba haber podido oír la reacción del chico, ser testigo de la devastación por mí mismo—. ¡Y tú me acusas de deslumbrar a la gente... pobre Jacob Black!

No estaba tan enojado con la fuente de mi exposición como esperaba. Él no sabía. ¿Y cómo podría esperar que cualquier persona se negase a las peticiones de esta chica? No, sentía solamente simpatía por el daño que ella habría hecho a su paz interior.

Sentí el calor de su rubor en el aire entre nosotros. Eché un vistazo hacia ella y ella miraba fijamente hacia fuera de su ventana. No habló otra vez.

—¿Qué hiciste entonces? —la incité. Hora de volver a la historia de horror.

—Busqué en Internet

Siempre práctico.

—¿Y eso te convenció?

—No— dijo—. Nada encajaba. La mayoría eran tonterías y entonces...

Ella paró de nuevo y apretó los dientes.

—¿Qué? —exigí. ¿Qué había encontrado? ¿Qué sentido tenía esta pesadilla para ella?

Se detuvo brevemente y entonces susurró—: Decidí que no importaba.

El choque congeló mis pensamientos por medio segundo y, a continuación, me encajó todo. ¿Por qué había despedido a sus amigas en lugar de escapar con ellas? ¿Por qué se había metido conmigo en mi auto otra vez en lugar de correr, gritando a la policía?

Sus reacciones siempre eran equivocadas, siempre completamente equivocadas. Ella atraía el peligro hacia sí misma. Lo invitaba.

—¿Qué no importaba? —dije a través de mis dientes. La cólera me llenaba. ¿Cómo se supone que pueda proteger a alguien tan... tan... determinada a estar desprotegida?

—No— dijo en una voz baja que era inexplicablemente suave—. No me importa lo que seas.

Ella era imposible.

—¿No te importa que sea un monstruo? ¿Que no sea humano?

—No.

Comencé a preguntarme si ella estaba enteramente estable.

Supuse que lo podría arreglar, para que recibiera el mejor cuidado disponible... Carlisle tendría los contactos para encontrarle los médicos más expertos, los terapeutas más talentosos. Quizás algo se podría hacer para arreglar lo que estaba mal en ella, lo que sea que le hiciera estar sentada al lado de un vampiro con su corazón latiendo tranquilo y constante. Vigilaría el lugar, naturalmente, y la visitaría tan a menudo como ella me lo permitiera.

—Te has enfadado— suspiró—. No debería haberte dicho nada.

Como si el hecho de que ocultara estas inquietantes tendencias ayudara a cualquiera de nosotros.

—No, prefiero saber qué piensas incluso cuando lo que pienses sea una locura.

—¿Así que me equivoco otra vez? —preguntó con un tono desafiante.

—No me refiero a eso— mis dientes rechinaron de nuevo—. “No importa” —dije con un tono mordaz.

Ella continuó—: ¿Estoy en lo cierto?

—¿Importa? —le contesté.

Tomó un profundo aliento. Esperé airadamente su respuesta.

—No realmente— dijo con su voz tranquila de nuevo—. Pero siento curiosidad.

No realmente. No importaba realmente. No le importaba. Ella sabía que yo era inhumano, un horror, y esto realmente no le importaba.

Aparte de mis preocupaciones acerca de su cordura, empecé a sentir una hinchazón de la esperanza. Traté de aplastarla.

—¿Sobre qué sientes curiosidad? —le pregunté. Ya no había más secretos, sólo pequeños detalles.

—¿Cuántos años tienes? —Preguntó.

Mi respuesta fue automática y arraigada.

—Diecisiete.

—¿Y desde hace cuánto tienes diecisiete?

Intenté no sonreír a su tono paternalista.

—Bastante —admití.

—De acuerdo —dijo, abruptamente entusiasta. Me sonrió. Cuando la miré de nuevo, ansioso de nuevo por su salud mental, me sonrió más ampliamente. Yo fruncí el ceño.

—No te rías— advirtió—. Pero, ¿cómo es que puedes salir durante el día?

Me reí, a pesar de su petición. Parece que no hubo nada inusual en su investigación.

—Un mito —le dije.

—¿No te quema el sol?

—Un Mito.

—¿Y lo de dormir en ataúdes?

—Un Mito.

Sóñar no había sido una parte de mi vida en bastante tiempo, no hasta estas últimas noches, pues había visto a Bella soñar.

—No puedo dormir —murmuré, contestando a su pregunta más completamente.

Ella guardó silencio por un momento.

—¿Nada? —preguntó.

—Jamás —susurré.

Mientras observaba su profunda mirada, leía la sorpresa y la simpatía en ellos, abruptamente deseé poder dormir. No para olvidar, cómo lo había deseado antes, no para escapar del aburrimiento, sino porque quise ser capaz de poder soñar. Quizá, si pudiera estar inconsciente, si pudiera soñar, podría vivir por algunas horas en un mundo donde ella y yo podríamos estar juntos. Ella soñaba conmigo. Quise soñar con ella.

Me miró fijamente, su expresión llena completamente de preguntas. Tuve que apartar mi vista.

No podría soñar con ella. Ella no debería soñar conmigo.

—Aún no me has formulado la pregunta más importante —dije severo y el corazón de piedra dentro mi pecho se sintió más frío y duro que antes. Tenía que forzarla a entender. En algún momento, tendría que darse cuenta de que todo esto sí importaba, más que cualquier otra consideración. Consideraciones como el hecho de que yo la amaba.

—¿Cuál? —dijo sorprendida e inconsciente.

Eso sólo hizo que mi voz se volviera más severa

—¿No te preocupa mi dieta?

—Ah, esa —lo dijo quedamente, de un modo que no pude interpretarlo.

—Sí, esa. ¿No quieres saber si bebo sangre?

Se estremeció por mi pregunta. Finalmente.

—Bueno, Jacob me dijo algo al respecto —dijo.

—¿Qué dijo Jacob?

—Dijo que no cazabas... personas. Dijo que se suponía que tu familia no era peligrosa porque sólo cazaban animales.

—¿Él dijo que no éramos peligrosos? —repetí cínicamente.

—No exactamente— aclaró—. Él dijo que se suponía que no lo eran, pero los Quileutes siguen sin quererlos en sus tierras, sólo por si acaso.

Miré fijamente el camino, mis pensamientos en un gruñido desesperado. Mi garganta me dolía con la sed ardiente y familiar.

—Entonces, ¿tiene razón?— preguntó tan tranquilamente como si confirmara un reporte del tiempo— ¿Sobre que no cazan personas?

—Los Quileutes tienen una larga memoria— asintió para sí misma, pensando con fuerza—. Aunque no dejes que eso te satisfaga—,dije rápidamente—. Tienen razón al mantener la distancia con nosotros. Seguimos siendo peligrosos.

—No entiendo.

“No, claro que no entendía. ¿Cómo hacerle ver?”

—Lo... intentamos— le dije—. Solemos ser buenos en lo que hacemos pero a veces cometemos errores. Yo, por ejemplo, al permitirme estar a solas contigo.

Su olor aún era una fuerza dentro de mi auto. Me estaba acostumbrando cada vez más a él, podía casi ignorarlo, pero no podía negar que mi cuerpo todavía lo anhelaba por la peor razón. Mi boca nadaba en veneno. Tragué.

—¿Esto es un error? —preguntó y había angustia en su voz. El sonido me desarmó. Ella quería estar conmigo a pesar de todo, ella quería estar conmigo.

La esperanza se hinchó otra vez y la batí hacia atrás.

—Uno muy peligroso —le dije verazmente, deseando que la verdad realmente dejara de importar de alguna manera.

No respondió por un momento. Oí que su respiración cambiaba, aunque de manera extraña, no tenía miedo.

—Cuéntame más —dijo repentinamente, con su voz torcida por la angustia.

Parecía estar sintiendo algún tipo de dolor. ¿Cómo había permitido que esto ocurriera?

—¿Qué más quieres saber? —le pregunté, tratando de pensar una manera de no hacerle daño. Ella no debería estar herida. No podía dejarla herida.

—Dime por qué cazan animales en lugar de personas —dijo, todavía angustiada.

¿No era evidente? O quizás esto no le importaba tampoco.

—No quiero ser un monstruo— susurré.

—¿Pero no bastan los animales?

Busqué otra comparación, una manera para que lo pudiera entender.

—No puedo estar seguro, por supuesto, pero yo lo compararía con vivir a base de queso y leche de soya; nos llamamos a nosotros mismos vegetarianos, es nuestro pequeño chiste privado. No sacia el apetito por completo, bueno, más bien la sed. Pero nos mantiene lo bastante fuertes para resistir... la mayoría de las veces— mi voz sonó más baja; estaba avergonzado del peligro en el que le permitía estar. Peligro que seguía permitiendo—. Algunas veces es más difícil que otras.

—¿Te resulta difícil ahora?

Suspiré. Por supuesto que haría la pregunta que yo no quería responder.

—Sí —admití.

Su respuesta física fue como esperaba esta vez: su respiración se mantuvo estable, su corazón mantuvo su patrón. La esperé, pero no la entendía. ¿Cómo no podía tener miedo?

—Pero ahora no tienes hambre —declaró, perfectamente segura de sí misma.

—¿Por qué cree eso?

—Tus ojos— dijo en un tono casual—. Te dije que tenía una teoría. Me he dado cuenta que las personas y los hombres en particular, se vuelven malhumorados cuando tienen hambre.

Me reí entre dientes por su descripción: Malhumorado. La había subestimado. Pero ella estaba absolutamente en lo correcto, como de costumbre.

—Eres muy observadora ¿verdad? —reí otra vez.

Sonrió un poco, la arruga en medio de sus ojos se acentuó como si se concentrara en algo.

—¿Este fin de semana estuviste cazando con Emmett? —preguntó después de que mi risa se desvaneció. La forma casual en la que habló era tan fascinante como frustrante. ¿Podría realmente aceptarlo con tanta calma? Yo estaba más cerca de entrar en shock que ella.

—Sí— le dije y, entonces, cuando estaba a punto de dejarlo hasta ahí, sentí el mismo impulso que había tenido en el restaurante: Quería que ella me conociera—. No quería ir— continué lentamente—. Pero era necesario. Es un poco más fácil estar alrededor de ti cuando no estoy sediento.

—¿Por qué no querías ir?

Tomé una respiración profunda y voltéé para encontrarme con su mirada. Este tipo de honestidad fue difícil en una manera muy distinta.

—Estar lejos de ti me pone... ansioso— supone que esa palabra sería suficiente, aunque no fue lo suficientemente fuerte—. No bromeaba cuando te pedí que no te cayeras al mar o te dejaras atropellar el jueves pasado. Estuve abstraído todo el fin

de semana, preocupándome por ti y después de lo acaecido esta noche, me sorprende que hayas salido indemne del fin de semana.

Entonces me acordé de las raspaduras en la palma de su mano.

—Bueno, no totalmente indemne —enmendé.

—¿Qué?

—Tus manos —le recordé.

Suspiró y las comisuras de su boca se movieron hacia abajo.

—Me caí.

—Eso es lo que pensé— dije incapaz de contener mi sonrisa—. Supongo, siendo tú, podría haber sido mucho peor y esa posibilidad me atormentó mientras duró mi ausencia. Fueron 3 días realmente largos y la verdad es que puse a Emmett de los nervios —honestamente, eso no pertenecía al pretérito. Probablemente todavía irritaba a Emmett y a todo el resto de mi familia, también. Excepto Alice.

—¿Tres días? —preguntó, su voz repentinamente dura—. No acabas de regresar hoy?

No entendía el borde en su voz.

—No, volvimos el domingo.

—Entonces ¿por qué no fueron ninguno de ustedes a la escuela? —exigió saber. Su irritación me confundió, no parecía darse cuenta de que esta cuestión se relacionaba de nuevo con la mitología.

—Bueno, me has preguntado si el sol me hace daño y no lo hace, pero no puedo salir a la luz del día... Al menos, no donde alguien pueda verme.

Eso la distrajo de su misteriosa molestia.

—¿Por qué? —pidió saber, inclinando su cabeza a un lado.

Dudé si podría salir con la analogía apropiada para explicar esto. Así que le dije—: Algún día te lo mostraré—. E inmediatamente me pregunté si esta sería una promesa que terminaría rompiendo. Dije las palabras tan casualmente pero no podía imaginarme realmente haciéndolo.

No era algo por lo que preocuparse ahora. No sabía si me permitiría verla otra vez después de esta noche. ¿La amaba lo suficiente como para soportar dejarla?

—Me podrías haber llamado —dijo.

Qué extraña conclusión.

—Sabía que estabas a salvo.

—Pero yo no sabía dónde estabas tú. Yo...—se detuvo abruptamente y miró sus manos.

—¿Qué?

—No me gusta...— dijo tímidamente y su piel se tornó de un bonito color en sus pómulos... no verte. También me pone ansiosa.

“¿Estás feliz ahora?” Me pregunté a mí mismo. Bien, aquí estaba mi recompensa por esperanzarme.

Estaba desconcertado, exaltado, horrorizado, sobre todo horrorizado, al darme cuenta que mi fantasías salvajes no estaban tan lejos de la verdad. Esta era la razón por la que no le importaba que yo fuera un monstruo. Era exactamente la misma razón por la cual a mí ya no me importaban las reglas. Porque el bien y el mal ya no obraban su influencia. Porque todas mis prioridades habían pasado a un puesto más hacia abajo para dar cabida a esta chica en la parte superior.

Bella también se preocupaba por mí.

Sabía que no se podía comparar a como yo la amaba. Ella era mortal, cambiante. No estaba anclada sin esperanzas de liberarse. Pero aún así, le importaba lo suficiente como para sentarse aquí conmigo y arriesgar su vida. Hacerlo con tanta alegría.

Lo suficiente como para causarle dolor si hiciera las cosas bien y la dejara.

¿Existía algo que pudiera hacer ahora para no herirla? ¿Nada en absoluto?

Cada palabra dicha aquí, cada una de ellas era otra semilla de granada. Esa extraña visión del restaurante estaba más correcta de lo que creía.

Debí haberme mantenido alejado. Nunca debí haber vuelto a Forks. No le causaré más nada que dolor.

¿Me detendría eso de irme ahora? ¿De hacerlo peor?

La manera en que me sentía ahora mismo, sintiendo su calidez contra mi piel... No. Nada me detendría.

—Ay— gemí para mí mismo—. Esto no está bien.

—¿Qué he dicho? —preguntó, rápidamente sintiéndose culpable.

—¿No lo ves, Bella? De todas las cosas en las que te has visto involucrada esta es la que me hace sentir peor. No quiero oír que te sientes así— era la verdad, era una mentira. La parte más egoísta de mí volaba con el conocimiento de que ella me quería a mí como la quería yo a ella—. Es un error. No es seguro. Soy peligroso, Bella. Grábate eso, por favor.

—No —sus labios hicieron un puchero.

—Hablo en serio —luchaba con tanta fuerza conmigo mismo medio desesperado porque ella aceptara mis advertencias y medio desesperado por guardarlas, que las palabras me salieron a través de los dientes, como un gruñido.

—También yo— insistió—. Te lo dije, no me importa que seas, es demasiado tarde.

¿Demasiado tarde? El mundo fue desoladamente blanco y negro por un segundo eterno mientras veía las sombras arrastrarse por el césped soleado hacia la figura dormida de Bella en mi memoria. Inevitable, imparable. Robaron el color de su piel y la hundieron en la oscuridad, hacia el inframundo.

¿Demasiado tarde? La visión de Alice arremolinó en mi cabeza, los ojos de Bella, rojos por la sangre, mirándome apaciblemente, inexpresivos. Pero no había manera de que ella pudiera no odiarme por ese futuro. Odiarme por robarle todo.

No podría ser demasiado tarde.

—Jamás digas eso —siseé.

Miró fijamente hacia fuera de su ventana y sus dientes mordiendo su labio otra vez. Tenía las manos con los puños apretados en su regazo. Su respiración se aceleró.

—¿En qué piensas? —tenía que saber.

Sacudió su cabeza sin mirarme. Vi algo relucir, como un cristal, en su mejilla.

Agonía.

—¿Estás llorando? —la había hecho llorar. Tanto así la había lastimado. Se restregó la lágrima con la parte posterior de la mano.

—No —mintió, rompiendo su voz.

Un cierto instinto enterrado hace mucho tiempo, me hizo estirar la mano hacia ella. En ese segundo me sentí más humano que nunca. Entonces recordé que no lo era... y bajé mi mano.

—Lo siento —dije con la quijada trabada. ¿Cómo podría decir lo mucho que lo sentía? Que lo sentía por todas las estupideces que había cometido. Que lo sentía por



ser tan egoísta. Que sentía que fuera tan desafortunada como por haber inspirado en mí mi primer y último trágico amor. Que lo sentía también por las cosas más allá de mi control, que había sido el monstruo elegido por el destino para terminar su vida en primer lugar.

Respiré profundamente, haciendo caso omiso de mi reacción desgraciada al sabor dentro del auto e intenté recomponerme.

Quise cambiar el tema, pensar en algo más. Suerte para mí, la curiosidad por la chica era insaciable.

—Dime una cosa —dije.

—¿Sí? —sonó ronca, su voz sonaba aún llena de lágrimas.

—Esta noche, justo antes de que yo doblara la esquina ¿en qué pensabas? No podía entender tu expresión... No parecías asustada, sino más bien, concentrada al máximo en algo —recordé su rostro, forzándome a mí mismo en olvidar de quién eran los ojos que veía, y la mirada de determinación que tenía.

—Intentaba recordar cómo incapacitar un atacante— dijo con su voz más compuesta—. Ya sabes, autodefensa. Le iba a meter la nariz en el cerebro a ese...

Su calma no duró hasta el final de su explicación. Su tono cambió hasta llenarse de odio. Ésta no era ninguna hipérbole y su furia no era chistosa ahora. Podía ver su figura frágil, seda sobre vidrio, eclipsada por los monstruos humanos que la pudieron haber lastimado. La furia hirvió en la parte posterior de mi cabeza.

—¿Ibas a luchar contra ellos?— quise gemir. Sus instintos eran mortales para ella misma—. ¿No pensaste en correr?

—Me caigo mucho cuando corro —dijo vergonzosamente.

—¿Y en gritar?

—Estaba a punto de hacerlo.

Sacudí mi cabeza en incredulidad.

—Tienes razón— dije con un borde agrio en mi voz—. Definitivamente estoy luchando contra el destino al mantenerte con vida.

Suspiró y continuó mirando por la ventana, entonces me miró de nuevo.

—¿Te veré mañana? —exigió bruscamente.

Ya que iba camino al infierno, ¿Por qué no disfrutar del viaje?

—Sí, también tengo un trabajo que entregar —le sonreí, y se sentía bien hacerlo. Claramente, los instintos de ella no eran los únicos que estaban al revés.

—Te reservaré un sitio para almorzar.

Su corazón latió con fuerza y mi corazón muerto se sintió más cálido.

Detuve el auto delante de la casa de su padre. Ella no hizo ningún movimiento para dejarme.

—¿Me prometes estar ahí mañana? —insistió.

—Lo prometo.

¿Cómo puede ser que hacer lo incorrecto me diera tanta felicidad? Sin duda había algo de mal en eso.

Asintió para sí misma, satisfecha y comenzó a quitarse la cazadora.

—Te la puedes quedar— le aseguré con rapidez. Prefería dejarle un recuerdo de mí. Un souvenir, al igual que la tapa de botella que estaba en mi bolsillo ahora—. No tienes una para mañana.

Me la regresó sonriendo tristemente.

—No quiero tener que explicárselo a Charlie —me dijo.

Me imagino que no. Le sonreí.

—Ah, de acuerdo.

Puso su mano sobre la perilla de la puerta y luego se detuvo. Poco dispuesta a irse, al igual que yo no estaba dispuesto a dejarla ir.

Para dejarla desprotegida, incluso por poco tiempo...

Peter y Charlotte ya estarían lejos, más allá de Seattle, sin duda. Pero siempre hay otros.

—¿Bella? —le pregunté, sorprendido por el placer que resultaba del simple hecho de decir su nombre.

—¿Sí?

—¿Puedes prometerme algo?

—Sí —aceptó fácilmente y, a continuación, sus ojos se estrecharon, como si hubiese pensado en un motivo para oponerse.

—No vayas sola al bosque —le advertí, preguntándome si esta petición gatillaría la objeción de sus ojos.

Ella parpadeó sorprendida.

—¿Por qué?

Fruncí el ceño hacia la indigna de confianza oscuridad. La falta de luz no era un problema para mis ojos, pero tampoco resultaría un problema para otro cazador

—No soy la criatura peligrosa que ronda por ahí fuera— le dije—. Vamos a dejarlo así.

Ella tembló, pero se recuperó rápidamente e incluso sonrió cuando me dijo—: Lo que tú digas— su aliento tocó mi rostro, tan dulce.

Podía permanecer aquí toda la noche de este modo, pero ella necesitaba su sueño. Los dos deseos parecían igualmente fuertes guerreando dentro de mí: queriéndola versus queriendo que estuviese bien.

Suspiré a las imposibilidades.

—Te veré mañana— dije, sabiendo que la vería mucho más pronto que eso. Ella no me vería hasta mañana, no obstante.

—Entonces hasta mañana —dijo mientras abría la puerta..

Agonía otra vez, mirando su partida.

Me incliné hacia ella, queriendo detenerla aquí.

—¿Bella?

Se dio vuelta, y entonces se congeló, sorprendida por encontrar nuestras caras tan juntas.

Yo también me abrumé por la proximidad. El calor me cayó en ondas, acariciando mi cara. Podía sentir la sensación de seda de su piel.

Su corazón tartamudeó y sus labios cayeron abiertos.

—Que duermas bien —susurré y me incliné lejos antes de que la urgencia en mi cuerpo, la sed familiar o la muy nueva y extraña hambre que sentí, pudieran impulsarme a hacer repentinamente algo que pudiera lastimarla.

Se sentó allí inmóvil por un momento con los ojos grandes y aturdidos. Deslumbrada, supongo.

Como yo.

Se recuperó, aunque su cara estaba todavía un poco pasmada, y medio se cayó del auto tropezando con sus pies, teniendo que agarrarse al marco del auto.

Me reí. Esperando que fuese lo suficientemente silencioso como para que lo oyera.

Observé cómo anduvo tropezando hasta llegar a la piscina de luz que rodeaba la puerta de enfrente. Segura por el momento. Y yo volvería pronto para asegurarme.

Sentí como sus ojos me seguían por la oscura calle. Era una sensación muy diferente a la que yo estaba acostumbrado. Por lo general podía simplemente verme partir a través de los ojos de alguien más, si quería. Esto era extrañamente excitante, esa intangible sensación de ojos que te miran. Sabía que era solamente, porque eran sus ojos lo que me miraban.

Millones de pensamientos se perseguían unos con otros en mi cabeza mientras manejaba sin rumbo fijo hacia la noche.

Circulé durante mucho tiempo a través de las calles, yendo a ninguna parte, pensando en Bella y en la increíble libertad que sentía ahora que ella sabía la verdad. Ya no tenía que temer que lo descubriera. Ella lo sabía y no le importaba. Aunque, obviamente esto era algo malo para ella, fue increíblemente liberador para mí.

Más que eso, pensé en Bella y en el amor correspondido. Ella no podía amarme del modo en que yo la amaba. Un amor tan aplastante, abrumador y que lo consumía todo, hubiese roto su frágil cuerpo. Pero ella se veía suficientemente fuerte. Lo suficiente como para someter el miedo instintivo. Suficiente fuerte como para querer estar conmigo y el estar con ella era la felicidad más grande que había sentido nunca.

Por un tiempo, cuando estaba solo y no lastimaba a nadie más, me permitía sentir felicidad, sin regodearme en la tragedia. Ser feliz porque ella se preocupaba por mí. Exaltante en el triunfo de haber ganado su afecto. De sólo imaginarme sentándome a su lado mañana, escuchando su voz y ganándome su sonrisa.

Recordé esa sonrisa en mi cabeza, viendo cómo sus labios se inclinaban hacia arriba, la sombra de un hoyuelo tocando su puntiaguda barbilla, la forma cálida de sus ojos que derretía. Sus dedos los había sentido tan cálidos y suaves en mi mano esta noche. Me imaginaba cómo me sentiría al tocar la delicada piel que se extendía sobre sus pómulos, sedosa, cálida... tan frágil. Como seda sobre vidrio... terriblemente frágil. No vi hacia dónde me conducían mis pensamientos hasta que fue demasiado tarde. Mientras me fijaba en esa devastadora vulnerabilidad, otras imágenes de su rostro se introdujeron en mis fantasías.

Perdida en las sombras, pálida de miedo, aún así con la mandíbula apretada y determinada, sus ojos llenos de concentración, su cuerpo delgado preparado para atacar a las toscas formas alrededor de ella, pesadillas en todo su esplendor.

—Ah —gemí mientras el odio que hervía a fuego lento, que hacía que olvidara la alegría de amarla, explotaba otra vez en un infierno de rabia.

Estaba solo. Bella estaba, confiaba, a salvo en su casa; por un momento estuve ferozmente agradecido de que Charlie Swan, Jefe del Departamento local de Policías, entrenado y armado, fuese su padre. Eso debía significar algo, otorgarle un cierto refugio.

Ella estaba a salvo. No me tomaría mucho tiempo destruir al mortal que la hubiese lastimado.

No. Ella merecía algo mejor. No podía permitir que le importara un asesino.

Pero... ¿qué pasa con los demás?

Bella estaba a salvo, sí. Ángela y Jessica estaban también, sin duda, en la seguridad de sus camas.

Sin embargo, había un monstruo suelto en las calles de Port Ángeles. Un monstruo humano, ¿eso lo convertía en problema de los humanos? No nos involucrábamos con frecuencia en problemas humanos, aparte de Carlisle y su

constante trabajo de sanar y salvar. Para el resto de nosotros, nuestra debilidad por sangre humana era un serio impedimento para volvernos más unidos con ellos. Y por supuesto, estaban nuestros guardianes distantes, la policía vampírica por defecto, los Vulturi. Nosotros los Cullen vivíamos muy diferente. Atraer su atención con cualquier actuación superheroínezca pobremente considerada, sería extremadamente peligroso para nuestra familia.

Esto era definitivamente un problema de los mortales, no de nuestro mundo. Cometer el asesinato que anhelaba cometer era un error. Lo sabía. Pero dejarlo libre para atacar de nuevo tampoco sería lo correcto.

La rubia anfitriona del restaurante. La camarera que nunca vi realmente. Ambas me habían irritado de un modo trivial pero eso no significaba que merecieran estar en peligro.

Di vuelta al auto hacia el norte, acelerando ahora que tenía un propósito. Siempre que tenía un dilema que estaba más allá de mí, algo tangible como esto, sabía adónde podía ir en busca de ayuda.

Alice estaba sentada en el porche de la casa, esperándome. Me estacioné en frente de la casa en vez de dar la vuelta e ir al garaje.

—Carlisle está en su estudio —me dijo antes de que yo preguntara..

—Gracias —dije, acariciando su pelo mientras pasaba.

«Gracias a ti por contestar a mi llamada», pensó sarcásticamente.

—Oh— me paré en la puerta, tomando el celular y abriéndolo—. Lo siento, ni siquiera comprobé quién era... estaba ocupado.

—Sí, lo sé. Lo siento, también. En el momento en que vi lo que iba a ocurrir, ya ibas en camino.

—Estuvo cerca —murmuré.

«Lo siento», repitió ella, avergonzada de sí misma.

Era fácil ser generoso, a sabiendas de que Bella estaba bien.

—No te preocupes, no puedes estar en todo, nadie espera que seas omnisciente, Alice.

—Gracias.

—Casi te invito a cenar hoy, captaste eso antes de que todo cambiara de opinión.

Hizo una mueca.

—No, me perdí eso también. Desearía haberlo sabido. Hubiera ido.

—¿En qué te concentrabas que te perdiste tanto?

«Jasper está pensando en nuestro aniversario». Ella se rió. «Está tratando de no decidir qué me va a regalar, pero creo que tengo una buena idea de lo que será...»

—Eres una desvergonzada.

—Sip.

Frunció sus labios y miró fijamente hacia arriba con un rastro de acusación en su expresión.

«Puse mejor atención después. ¿Vas a decirles que ella lo sabe?»

Suspiré.

—Sí. Más tarde.

«Yo no voy a decir nada, pero hazme un favor, díselo a Rosalie cuando yo no esté cerca, ¿De acuerdo?»

Me estremecí.

—Seguro.

«Bella se lo ha tomado bastante bien».

—Demasiado bien.

Alice me sonrió.

«No subestimes a Bella».

Intenté bloquear la imagen que no quería ver: Bella y Alice, muy buenas amigas.

Impaciente ahora, suspiré pesadamente. Quería acabar con lo que quedaba de noche; ya quería que terminara. Pero estaba un poco preocupado por salir de Forks.

—Alice... —comencé a decir, pero ella adivinó mi pregunta.

«Ella estará bien esta noche. Ahora estoy vigilando mejor. ¿Necesita una especie de vigilancia las 24 horas del día, cierto?»

—Por lo menos.

—De todos modos, volverás con ella bastante pronto.

Tomé una respiración profunda. Las palabras eran hermosas para mí.

—Vamos, acaba con esto para que puedas estar donde quieres estar —me dijo. Asentí y me apresuré hasta la habitación de Carlisle. Él me estaba esperando, clavando sus ojos en la puerta, en lugar del libro en su escritorio.

—He oído a Alice decirte donde estaba —dijo, y sonrió.

Era un alivio estar con él, ver la empatía y la profunda inteligencia en sus ojos. Carlisle sabría qué hacer.

—Necesito ayuda.

—Lo que quieras, Edward —prometió.

—¿Alice te ha contado lo que le ha sucedido a Bella esta noche?

«Casi sucedió», rectificó.

—Sí, casi. Tengo un dilema, Carlisle. Verás, Tengo ganas... muchas... de matarlo— las palabras comenzaron a fluir rápida y apasionadamente—. Muchísimas. Pero sé que es incorrecto, porque sería venganza, no justicia. Pura furia, nada de imparcialidad. Aún así, ¡No puede ser justo dejar a un violador en serie y asesino errante en Port Ángeles! No conozco a los humanos allá, pero no puedo dejar que alguien más tome el lugar de Bella como su víctima. Esas otras mujeres... no está bien...

Su sonrisa amplia e inesperada hizo que parara de decir aquellas frías palabras.

«¿Ella te hace mucho bien, no es así? Tanta compasión, tanto control. Estoy impresionado».

—No estoy buscando elogios, Carlisle.

—Por supuesto que no. Pero no puedo evitar pensar, ¿o sí?— él sonrió de nuevo. «Me ocuparé de eso. Puedes estar tranquilo. Nadie más resultara herido en lugar de Bella».

Vi el plan en su mente. No era exactamente lo que quería, no satisfacía mis ansias de brutalidad, pero pude ver qué era lo correcto.

—Te mostraré dónde encontrarlo —dije.

—Vamos.

Él tomó su maletín negro. Habría preferido un plan más agresivo para sedarlo, algo así como un cráneo agrietado, pero dejaría a Carlisle hacerlo a su manera.

Tomamos mi auto. Alice todavía estaba en el porche. Sonrió y nos despidió con la mano mientras nos alejábamos conduciendo. Vi que había anticipado todo; no tendríamos ninguna dificultad.

El viaje era muy corto en el camino oscuro, vacío. Apagué los faros para no llamar la atención. Me reí ante la idea de cómo habría reaccionado Bella a esta velocidad. Ya había estado conduciendo más lento de lo usual para poder prolongar mi estancia con ella cuando protestó.

Carlisle pensaba en Bella, también.

«No preví que ella sería tan buena para él. Eso es inesperado. Quizás esto estaba destinado a pasar. Quizás es para un propósito mayor. Solamente...»

Él imaginó a Bella con la piel fría como la nieve y los ojos rojos sangre, y después retrocedió lejos de la imagen.

Sí. Solamente, de hecho. Porque, ¿cómo podría haber algo de bondad en destruir algo tan puro y hermoso?

Miré a la noche, toda la alegría de la velada destruida.

«Edward merece felicidad. Se lo ha ganado». La ferocidad en los pensamientos de Carlisle me sorprendió. «Debe haber una manera».

Yo quería creer que sí. Pero no había mayor propósito en lo que le estaba pasando a Bella. Sólo una feroz arpía, un feo, amargo destino que no pudo soportar que Bella tuviese la vida que merecía.

No me tardé en llegar a Port Ángeles. Llevé a Carlisle al bar donde la retorcida criatura llamada Lanny ahogaba su decepción con sus amigos, dos de los cuales ya estaban desmayados. Carlisle podía ver lo difícil que me resultaba estar cerca, escuchar los pensamientos de aquel monstruo y ver en su memoria, el recuerdo de Bella mezclados con los de otras chicas menos afortunadas a las que nadie había podido salvar.

Mi respiración se aceleró. Mis manos se apretaron en torno al volante.

«Vete, Edward», me dijo amablemente. «Haré que el resto de ellos no sea peligroso. Vuelve con Bella».

Era exactamente lo que tenía que decir. Su nombre era la única distracción que significaba algo para mí.

Dejé a Carlisle en el auto y corrí de regreso a Forks en línea recta a través del durmiente bosque. Me tomó menos tiempo que el primer viaje en el auto. En cuestión de minutos, estaba escalando por un lado de su casa y entraba por su ventana.

En silencio suspiré con alivio. Todo estaba tal y como debía ser. Bella estaba segura en su cama, soñando, su cabello mojado enmarañado a través de la almohada. Pero, a diferencia de la mayoría de las noches, estaba hecha una bola con las sábanas fuertemente apretadas alrededor de sus hombros. Tenía frío, adiviné. Antes de sentarme en mi lugar habitual. Ella se estremeció en medio de su sueño y sus labios temblaron.

Pensé por un corto momento y luego salí al pasillo, explorando otra parte de la casa por primera vez.

Los ronquidos de Charlie eran ruidosos y acompasados. Casi podía captar los bordes de su sueño. Algo sobre la velocidad del agua y la paciente espera... pescando, ¿Quizá?

Allí, en la parte superior de las escaleras, había un armario prometedor. Lo abrí esperanzadamente y encontré lo que buscaba. Seleccioné la manta más gruesa del armario de lino minúsculo y regresé con él a la habitación. Lo devolvería antes de que ella despertara y nadie lo sabría.

Conteniendo mi respiración, puse cautelosamente la manta sobre ella; no reaccionó ante el peso añadido. Volví a mi sitio habitual.

Mientras esperaba ansiosamente a que entrara en calor, pensé en Carlisle, preguntándome adónde estaría ahora. Sabía que su plan iría sin problemas, Alice lo había visto.

El pensamiento en mi padre me hizo suspirar. Carlisle me daba demasiado crédito. Deseaba ser la persona que él pensaba que era. Esa persona, la persona que merecía la felicidad, quizá ser digno de esta chica durmiente. Cuán diferentes serían las cosas si pudiera ser ese Edward.

O si no pudiera ser lo que debía, al menos debería haber algún balance en el universo que cancelara mi oscuridad. ¿No debería haber una bondad igual y opuesta? Había imaginado el destino con cara de bruja como una explicación de las terribles e improbables pesadillas que seguían viniendo por Bella. Primero yo mismo, luego la furgoneta y luego la viciosa bestia de esta noche. Pero, ¿y si ese destino tenía demasiado poder, no debería haber una fuerza en la tierra que lo frustrara?

Alguien como Bella tenía que tener un protector, un ángel de la guarda. Ella se lo merecía. Y aún así, claramente, la habían dejado indefensa. Me encantaría creer que un ángel o cualquier otra cosa la estaban cuidando, cualquier cosa que le diera una medida de protección, pero cuando trataba de imaginar a ese campeón, era obvio que algo así sería imposible.

¿Qué ángel de la guarda habría dejado que Bella viniera aquí? Dejarla cruzarse conmigo, formada de tal manera, que no existía forma en la que podría haber pasado por alto. Un ridículo olor tan potente para exigir mi atención, una mente silenciosa que inflamara mi curiosidad, una belleza reservada para sostener mis ojos, un alma desinteresada para ganar mi admiración, completamente falta del sentido de preservación que no la hacía sentirse repelida por mí y luego, por supuesto, agregar una raya ancha de mala suerte para ponerla siempre en el momento y el lugar equivocado.

No podría haber evidencia más fuerte de que los ángeles guardianes eran una fantasía. Nadie necesitaba o merecía uno más que Bella. Aún así, cualquier ángel que haya permitido que nos conociéramos debía de ser muy irresponsable, descuidado... atolondrado, no podría estar en el lado del bien. Prefería creer que la repugnante arpía era real a que cualquier criatura celestial fuese tan deficiente. Al menos podría pelear contra el feo destino.

Y pelearía, seguiría peleando. Sea cual sea la fuerza que quería lastimar a Bella tendría que pasar por encima de mí. No, ella no tenía ningún ángel de la guarda. Pero haría lo mejor posible por compensar la falta de uno.

Un vampiro de la guarda. Qué ironía.

Después de media hora, Bella relajó la bolita que era. Su respiración se volvió más profunda y comenzó a murmurar. Sonreí, satisfecho. Fue algo pequeño, pero al menos estaba durmiendo más cómodamente hoy porque yo estaba aquí.

—Edward —suspiró mi nombre y sonrió, también.

Sacudí la tragedia a un lado por el momento y me permití ser feliz de nuevo.

# INTERROGATORIO

CNN DIO LA NOTICIA PRIMERO.

Me alegró que saliera en las noticias antes de que tuviera que ir a la escuela. Estaba ansioso por escuchar la forma en que los humanos contarían la historia y qué cantidad de atención podría obtener. Afortunadamente, se trataba de un pesado día de noticias. Hubo un terremoto en América del Sur y el secuestro de un político en el Medio Oriente, así que terminó ganando sólo unos segundos, unas líneas, y una imagen granulada.

“Orlando Calderas Wallace, presunto asesino buscado en los estados de Texas y Oklahoma, fue detenido ayer por la noche en Portland, Oregon, gracias a un dato anónimo. Wallace fue hallado inconsciente en un callejón esta mañana, a sólo unas cuadras de la estación de policía. Los oficiales no son capaces de decirnos en este momento si va ser extraditado a Houston o la ciudad de Oklahoma para ser sometido a juicio.”

La imagen no era clara, era una mala toma y había tenido una espesa barba en el momento de la fotografía. Incluso si Bella lo veía, probablemente no le reconocería. Yo esperaba que no, eso la hubiera asustado innecesariamente.

—La cobertura aquí en el pueblo será poca. Está demasiado lejos como para ser considerado de interés local— me dijo Alice—. Fue una buena idea que Carlisle lo llevara fuera del estado.

Asentí. Independientemente Bella no vía mucha TV y nunca había visto a su padre viendo algo además de canales deportivos.

Hice lo que pude. Este monstruo ya no iba a cazar y yo no era un asesino. No recientemente, de todos modos. Tuve razón al confiar en Carlisle, aunque deseaba que el monstruo no hubiera terminado tan fácil. Tenía la esperanza de que fuese extraditado a Texas, donde la pena de muerte es muy popular.

No. Eso no importaba. Podía esto en el pasado y me concentraría en lo que era más importante.

Dejé la habitación de Bella hacía menos de una hora. Ya estaba dolorido con ganas de verla de nuevo.

—Alice, te importaría...

Ella me interrumpió.

—Rosalie va a conducir, va a hacer como si estuviera enojada pero sabes que va a disfrutar la excusa de mostrar su automóvil —Alice se rió.

Le sonreí.

—Te veo en la escuela —Alice suspiró y mi sonrisa se convirtió en una mueca. «Ya sé, ya sé», pensó. «Todavía no. Voy a esperar hasta que estés listo para que Bella



me conozca. Deberías saber, sin embargo, que no se trata sólo de mí siendo egoísta. Yo también le voy a gustar a Bella».

No le contesté, ya que estaba saliendo por la puerta. Esa era una forma diferente de ver la situación. ¿Querría Bella conocer a Alice? ¿Tener una vampiro como mejor amiga?

Conociendo a Bella... la idea probablemente no le molestaría en lo más mínimo.

Fruncí el ceño. Lo que Bella quería y lo que era mejor para ella eran dos cosas muy distintas.

Empecé a sentirme incómodo mientras aparcaba mi auto en la calle de Bella. El adagio humano dice que las cosas se ven distintas en la mañana, que las cosas cambian después que duermes. ¿Me veré diferente para Bella en la débil luz de un día brumoso? ¿Más o menos siniestro que en la oscuridad de la noche? ¿Habría entendido la verdad mientras dormía? ¿Finalmente tendría miedo?

Sin embargo, su sueño había sido pacífico anoche. Cuando dijo mi nombre, una y otra vez, ella sonreía. Más de una vez murmuró una plegaria para que me quedara. ¿No significaría nada eso hoy?

Esperé nerviosamente, escuchando los sonidos del interior de su casa, los rápidos pasos dando tumbos por las escaleras, el brusco rasgar de un envoltorio de aluminio, el contenido del refrigerador chocando unos contra otros cuando azotó la puerta. Sonaba como si tuviera prisa. ¿Deseosa de llegar a la escuela? El pensamiento me hizo sonreír, esperanzado de nuevo.

Miré el reloj, suponía que, teniendo en cuenta la velocidad de su decrepita camioneta que debía limitarla, era un poco tarde.

Bella se precipitó fuera de la casa, su mochila de libros deslizándose de su hombro, su pelo enrollado en una trenza desordenada que ya estaba partiéndose a la altura de su nuca. El grueso suéter verde que llevaban no era suficiente para cubrir sus delgados hombros contra la fría niebla.

El largo suéter era demasiado grande para ella, desfavorecedor. Enmascaraba su esbelta figura, convertía todas sus delicadas curvas y suaves líneas en un revoltijo sin forma. Apreciaba esto casi tanto como deseaba que usara algo más suave como la blusa azul que había usado ayer por la noche. El tejido se aferraba a su piel de manera tan atractiva, con un corte bajo lo suficiente como para revelar la forma de los huesos de su cuello, rizándose por la curva de su cuello. El azul fluía como el agua a lo largo de la sutil forma de su cuerpo.

Era mejor, esencial, que mantuviera mis pensamientos alejados de la forma de su cuerpo, por lo que estaba agradecido del inapropiado suéter que vestía. No podía permitirme cometer errores y sería un error monumental detenerme a pensar en el extraño apetito que sentía, de sus labios... su piel... su cuerpo... pensamientos que temblaban sueltos dentro de mí. Apetitos que había evadido por un centenar de años. Pero no podía permitirme pensar en tocarla, porque eso era imposible.

La rompería.

Bella se alejó de la puerta con tanta prisa que casi chocaba de frente con mi auto sin darse cuenta.

Luego resbaló al parar, sus rodillas se veían como un potro sobresaltado, su mochila se cayó de su brazo, y sus ojos se abrieron ampliamente enfocándose en el automóvil.

Salí, sin cuidado de moverme a velocidad humana y abrí la puerta del pasajero para ella. Ya no trataría de engañarla, cuando estuviéramos solos, por lo menos, iba a ser yo mismo.

Me miró, sobresaltada de cómo me materialicé en la niebla. Y entonces la sorpresa en sus ojos cambió a otra cosa, y ya no estaba asustado, o esperanzado, de que sus sentimientos por mí hubieran cambiado en el transcurso de la noche. Calor, admiración, fascinación, todo nadando en el chocolate derretido de sus ojos.

—¿Quieres dar un paseo conmigo hoy? —le pregunté. A diferencia de la cena de anoche, quería dejarla elegir. A partir de ahora, debía ser siempre su elección.

—Sí, gracias —murmuró, entrando en mi coche sin la menor vacilación. ¿Alguna vez dejaría de emocionarme, que fuera a mí al que le decía que sí?

Corrí alrededor del coche, deseoso de unirme a ella. No parecía estar sorprendida por mi repentina reaparición.

La felicidad que sentía cuando se sentaba a mi lado de esta manera no tenía precedente. Aunque disfrutaba del amor y compañía de mi familia, a pesar de los distintos entretenimientos y las distracciones que mi mundo tenía para ofrecer, nunca había sido tan feliz como ahora. Aun sabiendo que estaba equivocado, que esto no podía terminar bien, no podía borrar la sonrisa de mi cara por mucho tiempo cuando estábamos juntos.

Mi chaqueta estaba doblada en el respaldo de su asiento. La vi mirándola.

—Traje la chaqueta para ti—le dije. Esta era mi excusa, tenía que proporcionar una, para llegar esta mañana sin invitación. Hacía frío, ella no tenía chaqueta, sin duda se trataba de una forma aceptable de caballerosidad—. No quería que te enfermaras o algo.

—No soy tan delicada —dijo, mirando a mi pecho en lugar de mi cara, como si no estuviera segura de ver mis ojos. Pero se puso la chaqueta antes de que tuviera que recurrir a una petición o alguna persuasión.

—¿Ah, no? —me murmuré a mí mismo.

Miró hacia la carretera cuando aceleré hacia la escuela. Sólo podía soportar el silencio durante unos segundos. Tenía que saber qué pensaba esta mañana. Cuánto había cambiado entre nosotros desde la última vez que había salido el sol.

—¿Qué, no tienes veinte preguntas para hoy? —le pregunté, restándole importancia de nuevo. Sonrió, aparentemente alegre de que hubiera abordado el tema.

—¿Te molestan mis preguntas?

—No tanto como tus reacciones —le dije con honestidad, sonriendo en respuesta a su sonrisa.

Su boca se torció hacia abajo.

—¿Reaccioné mal?

—No, ese es el problema. Te tomaste todo demasiado bien, no es natural—nadie ha gritado hasta ahora. ¿Cómo puede ser posible?—. Me hace preguntarme qué estás pensando realmente— por supuesto, todo lo que ella hiciera o no hiciera me hacía preguntarme eso.

—Siempre te digo lo que pienso de verdad.

—Lo censuras.

Sus dientes presionaron su labio otra vez. No parecía darse cuenta cuando lo hacía. Era una respuesta inconsciente a la tensión.

—No mucho.

Sólo esas palabras eran suficientes para mantener mi rabiosa curiosidad. ¿Qué me estaba ocultando a propósito?

—Lo suficiente para volverme loco —dije.

Ella vaciló y luego susurró—: No quieres saberlo.

Tuve que pensarlo por un momento, recordar toda nuestra conversación de anoche, palabra por palabra, antes de hacer la conexión. Tal vez tomó más concentración, porque no podía imaginar nada que no quisiera que me dijera. Y luego, porque el tono de su voz era el mismo de anoche; de repente había dolor en ella de nuevo, lo recordé. Una vez, le pedí que no dijera sus pensamientos. “Nunca digas eso”, lo hice, le gruñí. La hice llorar...

¿Era esto lo que ocultaba de mí? ¿La profundidad de sus sentimientos hacia mí? ¿Que el que yo fuera un monstruo no le importaba, y que pensaba que ya era demasiado tarde para cambiar de parecer?

No podía hablar, la alegría y el dolor eran demasiado fuertes para hacerlo, el conflicto entre ellos era demasiado salvaje para tener una respuesta coherente. El auto quedó en silencio, salvo por el constante ritmo de su corazón y pulmones.

—¿Dónde está el resto de tu familia? —preguntó de repente.

Tomé aliento, registrando el olor en el auto con verdadero dolor al principio, me estaba acostumbrando a esto, me di cuenta con satisfacción; y obligándome a ser casual otra vez.

—Se fueron en el auto de Rosalie— aparqué en el lugar vacío junto al coche en cuestión. Escondí mi sonrisa mientras veía como sus ojos se ensanchaban—. Ostentoso, ¿no?

—Caramba, si ella tiene esto, ¿por qué viene contigo?

Rosalie hubiera disfrutado la reacción de Bella... si fuera objetiva respecto a Bella, lo cual probablemente no ocurriría.

—Como he dicho, es ostentoso. Intentamos no desentonar.

Por supuesto, Bella era completamente ignorante de la contradicción inherente con mi propio auto. No era un accidente que se nos viera con frecuencia en el Volvo, un auto celebrado por su seguridad. Seguridad, la única cosa de un auto que nunca necesitarían los vampiros. Pocos reconocerían la poco común versión de carreras, sin mencionar los cambios que le habíamos hecho después.

—Pues no lo logran —me dije y, entonces, se rió sin preocupaciones.

El alegre y fluido sonido de su risa calentó el hueco en mi pecho.

—Entonces, ¿por qué condujo hoy Rosalie si se trata de no llamar la atención? —se preguntó.

—¿No lo has notado? Estoy rompiendo todas las reglas.

Mi respuesta debería haber sido ligeramente aterradora así que, por supuesto, Bella sonrió.

Una vez fuera del auto, caminé lo más cerca de ella que me atreví, mirando con cuidado cualquier señal de que mi proximidad le molestara. Dos veces, su mano se movió hacia mí pero la regresaba. Parecía como si quería tocarme... Mi respiración se aceleró.

—¿Por qué todos ustedes tienen autos como esos si quieren pasar desapercibidos? —preguntó mientras caminábamos.

—Un lujo— admití—. A todos nos gusta conducir deprisa.

—Suenas lógico —musitó en un tono amargo.

No miró hacia arriba para ver mi sonriente respuesta.

«¡No! No puedo creer esto. ¿Cómo demonios lo hizo Bella?»

Las alucinaciones de Jessica interrumpieron mis pensamientos. Ella estaba esperando a Bella, refugiándose de la lluvia bajo el borde del techo de la cafetería, con la chaqueta de invierno de Bella sobre el brazo. Sus ojos se ampliaron con incredulidad. Bella lo notó también al momento siguiente. Un tenue rosado tocó su mejilla cuando Bella registró la expresión de Jessica.

—Hola, Jessica. Gracias por acordarte —Bella la saludó. Jessica le entregó la chaqueta sin palabras.

Debía ser cortés con los amigos de Bella fuesen o no buenos amigos.

—Buenos días, Jessica.

«¡Caramba!»

Jessica abrió los ojos aún más, pero no se estremeció ni retrocedió como esperaba. Aunque ella siempre me encontró atractivo en el pasado, siempre había mantenido una distancia segura antes, del mismo modo que todos nuestros admiradores lo hacían inconscientemente. Fue extraño y divertido... y, honestamente, un poco embarazoso... el darme cuenta de cuánto me había suavizado estar cerca de Bella. Parecía que ya nadie me tenía miedo. Si Emmett se enteraba de esto, se reiría por el próximo siglo.

—Eh... hola— murmuró Jessica y posó sus ojos en Bella, llena de preguntas—. Supongo que te veré en Mate.

«Vas a hablar demasiado. Detalles. ¡Tengo que tener detalles! ¡El maldito Edward CULLEN!»

Bella torció la boca.

—Sí, allí nos vemos.

Los pensamientos de Jessica corrían salvajemente mientras se apresuraba a su primera clase, mirándonos de vez en cuando.

«Toda la historia. No voy a aceptar nada menos. ¿Tenían planeado reunirse noche? ¿Están saliendo? ¿Desde hace cuánto? ¿Cómo puede ella mantener esto en secreto? ¿Por qué lo haría? No puede ser una cosa casual, tiene que ser algo serio. Los averiguaré. Me pregunto si está haciéndolo con él... ¡Ay, me desmayo!»

De repente los pensamientos de Jessica se volvieron incoherentes, dejó trabajar sus fantasías como un remolino a través de su cabeza. Me estremecí con sus especulaciones y no sólo porque había sustituido a Bella con ella en sus imágenes mentales.

No podía ser así. Y, sin embargo, yo... yo lo quería...

Me resistí a admitirlo, incluso a mí mismo. ¿De cuántas maneras equivocadas iba a querer a Bella? ¿Cuál iba a acabar matándola?

Sacudí mi cabeza y traté de calmarme.

—¿Qué vas a decirle? —le pregunté a Bella.

—¡Hey!— me susurró furiosa— ¡Pensé que no podías leerme la mente!

—No puedo— la miré sorprendido, tratando de darle sentido a sus palabras. Ah, debimos haber estado pensando la misma cosa al mismo tiempo—. Sin embargo— le dije—. Puedo leer la tuya. Te va a tender una emboscada en clase.

Bella gimió y a continuación se quitó la chaqueta. No me di cuenta de que estaba regresándomela, yo no se la iba a pedir; hubiera preferido que se la quedara... un souvenir, por lo que fui demasiado lento para ofrecerle mi ayuda. Me entregó la chaqueta y se puso la suya

—Entonces ¿qué le vas a decir? —presioné.

—Dame una ayudita, ¿Qué quiere saber?

Sonreí y sacudí la cabeza. Quería oír lo que estaba pensando sin inducirlo.

—Eso no es justo.

Entrecerró los ojos.

—Lo que no es justo es que no compartas lo que sabes.

Cierto, a ella no le gustaba la doble moral.

—Quiere saber si estamos saliendo en secreto— dije lentamente—. Y también que sientes por mí.

Sus ojos se hicieron grandes, estaban abiertos para mí, legibles.. Se estaba haciendo la inocente.

—Oh— murmuró— ¿Y qué debo decir?

—Ummm— siempre trataba de hacerme darle más de lo que ella me daba a mí.

Un caprichoso mechón de su pelo, ligeramente húmedo por la niebla, se extendía a través de su hombro y se rizaba alrededor de su cuello, donde su cuello se ocultaba por el ridículo suéter. Moví mis ojos a través de las otras líneas ocultas...

Alcancé el mechón con cuidado para no tocar su piel, la mañana ya era bastante fría sin mi tacto y lo acomodé de nuevo en el moño de manera que no me distrajera de nuevo. Recordé cuando Mike Newton había tocado su cabello y mi mandíbula de torció al hacerlo. Ella había retrocedido ante él. Su reacción ahora no fue la misma, en vez de eso, una avalancha de sangre se movió bajo su piel y de repente, un golpeteo irregular de su corazón.

Traté de esconder mi sonrisa para responder a su pregunta.

—Supongo que, si no te importa, podrías decir sí a lo primero— su elección, siempre su elección—. Es más fácil que cualquier otra explicación.

—No me importa —susurró. Su corazón aún no había regresado a su ritmo normal.

—Y en cuanto a su otra pregunta— no pude ocultar mi sonrisa esta vez—. Bueno, estaré atento para conocer la respuesta.

Dejaría que Bella considerara eso. Reprimí una carcajada mientras la sorpresa cruzó su rostro.

Di la vuelta y me alejé rápidamente, antes de que pudiera hacer más preguntas. Tuve un momento difícil al no darle lo que quería. Y deseaba escuchar sus pensamientos, no los míos.

—Te veo en el almuerzo —grité por encima de mi hombro, una excusa, para comprobar que aún estaba mirándome. Su boca colgaba abierta. Me volteé de nuevo y reí.

Mientras caminaba, era vagamente consciente de los sorprendidos y especulativos pensamientos que se arremolinaban alrededor de mí, ojos saltando entre la cara de Bella y mi figura en retirada. Apenas les presté atención. No podía concentrarme. Era bastante difícil mantener mis pies moviéndose a una velocidad aceptable mientras cruzaba el empapado césped hacia mi primera clase. Quería correr, de verdad correr, tan rápido que pudiera desaparecer, tan rápido que sentiría como si volara. Una parte de mí ya estaba volando.

Me puse la chaqueta cuando llegué a clase, dejé que su fragancia me envolviera. Ardería ahora, dejaría que el olor me desensibilizara, y entonces sería más fácil ignorarlo después, cuando estuviera con ella de nuevo en el almuerzo.

Era bueno que mis maestros ya no se molestaran en llamarme. Hoy podría haber sido el día en que me hubieran atrapado desprevenido y sin respuestas. Mi mente estaba en tantos lugares esta mañana, sólo mi cuerpo estaba en el aula.

Por supuesto, estaba viendo a Bella. Eso se estaba convirtiendo en algo tan natural y automático como respirar. Algo en lo que apenas pensara conscientemente. Oí su conversación con un desmoralizado Mike Newton. Ella rápidamente dirigió la conversación hacia Jessica y yo sonreí tan ampliamente que Rob Sawyer, que se sentaba en el escritorio a mi derecha, se estremeció visiblemente y se reclinó profundamente en su asiento, lejos de mí.

«Uy. Espeluznante».

Bueno, no lo había perdido por completo.

También estaba monitoreando vagamente a Jessica, mirándola perfeccionar sus preguntas para Bella. Apenas podía esperar para el cuarto período, diez veces más impaciente y ansioso que la curiosa niña humana que quería chismes frescos.

Y también escuchaba a Ángela Weber.

No había olvidado la gratitud que le tenía por pensar nada más que cosas amables hacia Bella, en primer lugar y, en segundo, por su ayuda ayer en la noche. Así que esperé a lo largo de la mañana, en busca de algo que ella quisiera. Asumí que sería fácil; como cualquier otro humano, debía existir algún adorno o juguete que quisiera especialmente. Varios, probablemente. Me gustaría enviarle algo anónimamente y así estar a mano.

Pero Ángela resultó ser casi tan cortés como Bella en sus pensamientos. Estaba extrañamente contenta para ser una adolescente. Feliz. Tal vez esa era la razón de su inusual amabilidad, era una de esas pocas personas que tenían lo que querían y querían lo que tenían. Si no estaba prestando atención a sus maestros y sus notas, estaba pensando en sus pequeños hermanos gemelos que llevaría a la playa este fin de semana, anticipando su entusiasmo con un instinto casi maternal. A menudo cuidaba de ellos, pero no estaba resentida de este hecho, era muy dulce.

Pero no realmente útil.

Tenía que haber algo que ella quisiera. Sólo tenía que seguir buscando. Pero después. Ya era hora de la clase de Matemáticas de Bella con Jessica. No estaba viendo a dónde iba cuando caminaba hacia Inglés. Jessica ya estaba en su asiento, moviendo sus pies con impaciencia esperando que Bella llegara.

Por el contrario, una vez que estuve en mi asiento asignado en el aula, me quedé totalmente quieto. Tuve que recordar agitarme de vez en cuando para mantener la farsa. Era difícil; mis pensamientos estaban tan centrados en los de Jessica. Esperaba que pusiera atención, que realmente tratara de leer la cara de Bella para mí. El golpeteo de Jessica se volvió más impacientemente cuando Bella entró al aula.

«Se ve tan... desanimada ¿Por qué? Tal vez no pasa nada con Edward Cullen. Eso sería una decepción. Excepto que... entonces él todavía está disponible... Si él de repente está interesado en las citas, no me importaría ayudar con eso...»

La cara de Bella no se veía desanimada, sino reacia. Estaba preocupada, sabía que yo estaría escuchando todo esto.

—*¡Cuéntamelo todo!* —Exigió Jess mientras Bella todavía se quitaba su chaqueta para colgarla en la parte de atrás de su asiento. Se movía con deliberación, indispueta.

«Ay, es tan lenta. ¡Vamos a la parte jugosa!»

—¿Qué quieres saber? —Bella evadió mientras tomaba su asiento.

—¿Qué pasó anoche?

—Me llevó a cenar y luego me llevó a casa.

«¿Y después? ¡Vamos, tiene que haber más que eso! Está mintiendo, lo sé. La atraparé».

—¿Cómo llegaste a casa tan rápido?

Observé a Bella rodar los ojos a la suspicacia de Jessica.

—Conduce como loco. Fue aterrador.

Ella sonrió, una pequeña sonrisa y me reí en voz alta, interrumpiendo los anuncios del Prof. Mason. Intenté convertir la risa en una tos, pero nadie se dejó engañar. El Prof. Mason me dirigió una mirada irritada, pero ni siquiera me molesté en escuchar el pensamiento detrás de eso. Yo estaba escuchando a Jessica.

«Uhm. Suena como si estuviera diciendo la verdad. ¿Por qué me hace sacar esto, palabra por palabra? Si se tratara de mí estaría gritándolo a todo pulmón».

—¿Fue como una cita? ¿Le dijiste que se reunieran allí?

Jessica vio la confusión cruzando la expresión de Bella y se decepcionó de lo genuina que parecía.

—No, me sorprendió mucho verlo allí —le dijo Bella.

«¿Qué está pasando?»

—Pero te recogió hoy para venir a la escuela.

«Tiene que haber más en esta historia».

—Sí, eso también fue una sorpresa... Él notó que anoche no tenía chaqueta.

«Eso no es muy divertido», pensó Jessica, decepcionada de nuevo.

Yo ya estaba cansado de su línea de interrogatorio, quería escuchar algo que no supiera. Esperaba que no estuviera tan decepcionada que se saltara las preguntas que yo estaba esperando.

—Así que... ¿van a salir de nuevo? —Jessica exigió saber.

—Él se ofreció a llevarme a Seattle el sábado porque cree que mi camioneta no es muy confiable... ¿eso cuenta?

«Ummm. Él seguramente quiere ir... para así, cuidar de ella. Si ella no siente nada, de seguro él sí... ¿Cómo puede ser eso? Bella está loca».

—Sí —Jessica respondió la pregunta de Bella.

—Bueno, entonces sí —concluyó Bella.

—Vaya... Edward Cullen.

«Tanto si le gusta o no, esto es importante».

—Lo sé —Bella suspiró.

Su tono de voz alentó a Jessica.

«Finalmente. ¡Suena como si ya lo hubiera entendido!»

—¡Espera! —dijo Jessica, recordando su pregunta más vital—. ¿Te besó?

«Por favor, ¡Di que sí! ¡Y luego describe cada segundo!»

—No —murmuró Bella y luego miró sus manos, su cara caída—. No es de esos.

«Demonios. Desearía... Já. Parece que ella también».

Fruncí el ceño. Bella parecía molesta por algo, pero no podía ser decepción como Jessica asumió. Ella no puede querer eso. No sabiendo lo que sabe. Ella no puede querer estar cerca de mis dientes. Por todo lo que sabía, yo tenía colmillos.

Me estremecí.

—¿Crees que el sábado...? —Jessica preguntó.

Bella parecía aún más frustrada cuando dijo—: *Realmente lo dudo.*

«Sí, ella lo desea. Eso apesta».

¿Era porque lo estaba viendo todo a través del filtro de las percepciones de Jessica que parecía que ella tenía razón?

Por medio segundo me distrajo la idea, la imposibilidad, de cómo sería tratar de besar a Bella. Mis labios en sus labios, piedra fría contra calidez y tierna seda...

Y entonces ella muere.

Sacudí la cabeza, adolorido, y me obligué a prestar atención.

—¿De qué hablaron?

«¿Hablaste con él o le sacaste cada pizca de información como yo?»

Sonreí con pesar. Jessica no estaba muy lejos de la verdad.

—No lo sé, Jess, un montón de cosas. Hablamos un poco sobre el ensayo de Inglés.

Muy poco. Sonreí ampliamente.

«¡Ay, por Dios!»

—¡Por favor, Bella! Dame algunos detalles.

Bella deliberó por un momento.

—Bueno... está bien, tengo uno. Deberías haber visto a la mesera coquetear con él, fue atrevida pero él no le prestó atención en absoluto.

Qué curioso detalle para compartir. Me sorprendió que Bella lo hubiera notado incluso. Parecía una cosa intrascendente.

Interesante...

—Esa es una buena señal. ¿Era bonita?

Ummm. Jessica pensó en ello más de lo que yo lo hice.

—Mucho— Bella le dijo—. Y probablemente tendría unos diecinueve o veinte años.

Jessica se distrajo momentáneamente con una memoria de Mike en su cita la noche del lunes, Mike siendo demasiado amable con una camarera que Jessica no consideraba bonita en absoluto. Se alejó de ese recuerdo y volvió enseguida, para ahogar su irritación, en su búsqueda de detalles.

—Incluso mejor. Debes gustarle.

—Creo que sí— dijo Bella lentamente, y yo ya estaba al borde de mi asiento, con el cuerpo rígido—. Pero es difícil saberlo. Él siempre es tan críptico.

No debí haber sido tan transparente y fuera de control como pensaba. Aún así, siendo atenta... como era... ¿Cómo no se había dado cuenta de que estaba enamorado de ella? Recordé nuestra conversación, casi sorprendido de que no lo hubiera dicho en voz alta. Sentí que ese conocimiento había sido el contexto de cada palabra entre nosotros.

«¡Vaya! ¿Cómo te sientas allí, enfrente de un modelo masculino y tienes una conversación?»

—No sé cómo tuviste suficiente valor para estar a solas con él —dijo Jessica. Bella se sorprendió.

—¿Por qué?

Reacción rara, ¿qué es lo que cree que significa?

—Él es tan, «¿Cuál es la palabra correcta?». Intimidante. Yo no sabría qué decirle. «Esta mañana ni siquiera pude hablar español y todo lo que él dijo fue buenos días. Debo haber sonado como una idiota».

Bella sonrió.

—Me vuelvo medio incoherente cuando estoy con él.



Seguramente trataba de que Jessica se sintiera mejor. Ella tenía un autocontrol antinatural cuando estábamos juntos.

—*Oh, bueno*—Jessica suspiró—. *Él es increíblemente guapo.*

La cara de Bella se congeló de repente, sus ojos destellaban de la misma manera que lo hacían cuando le molestaba alguna injusticia. Jessica no se dio cuenta del cambio en su expresión.

—*Él es mucho más que eso* —Bella chasqueó.

«Oooh. Ahora estamos yendo a alguna parte».

—*¿De verdad como qué?* —Bella mordió su labio por un momento.

—*No te lo puedo explicar ahora*—dijo finalmente—, *pero es aún más increíble detrás del rostro.*

Apartó la mirada de Jessica, sus ojos parecían ligeramente desenfocados como si estuviera mirando algo muy lejano.

Recordé cómo me sentía cuando Carlisle o Esme me elogiaban más de lo que merecía. Esta emoción fue similar, pero más intensa, más apasionada.

«Véndele esa estupidez a alguien más. ¡No hay nada mejor que esa cara! A menos que sea su cuerpo. ¡Dios!»

—*¿Es eso posible?* —dijo Jessica entre risitas.

Bella no volteó. Continuó mirando a la distancia, haciendo caso omiso de Jessica.

«Una persona normal estaría fanfarroneando. Tal vez si mantengo mis preguntas simples. Ja Ja. Como si estuviera hablando con un niño de preescolar».

—*Así que, ¿te gusta?*

Me puse rígido de nuevo.

Bella no miró a Jessica.

—*Sí.*

—*Quiero decir, ¿realmente te gusta?*

—*Sí.*

«¡Mira ese rubor!»

—*¿Qué tanto te gusta?* —Jessica exigió saber.

El aula de Inglés podría haber estado en llamas y yo no lo habría notado.

La cara de Bella ahora era de un color rojo brillante, casi podía sentir el calor de la imagen mental.

—*Demasiado*— le susurró—. *Más de lo que yo le gusto a él. Pero no sé cómo evitarlo.*

«¡Rayos! ¿Qué preguntó el Prof. Varner?»

—*Uhm, ¿Qué número Prof. Varner?*

Era bueno que Jessica ya no pudiera interrogar a Bella. Necesitaba un minuto. ¿Qué rayos estaba pensando esta chica ahora? ¿“Más de lo que yo le gusto a él”? ¿Cómo podía pensar eso? “Pero no sé cómo evitarlo”, ¿Qué se supone que significaba eso? No pude encontrar una explicación racional a sus palabras. Eran prácticamente sin sentido.

Al parecer, no podía dar nada por sentado. Cosas obvias, cosas que tenían sentido, de alguna manera llegaban retorcidas a ese bizarro cerebro de ella.

Fulminé el reloj con la mirada, apretando los dientes. ¿Cómo podían unos cuantos minutos parecer tan imposiblemente largos para un inmortal? ¿Dónde estaba mi punto de vista?

Mi mandíbula estuvo apretada toda la clase de Matemáticas del Prof. Varner. Oí más de esa lección que de mi propia clase. Bella y Jessica no hablaron de nuevo, pero Jessica echó un vistazo a Bella varias veces, en una de ellas su cara era brillante escarlata de nuevo y sin motivo aparente.

El almuerzo no llegaba con la suficiente rapidez.

No estaba seguro de si Jessica obtendría algunas de las respuestas que estaba esperando para cuando la clase terminara, pero Bella fue más rápida.

Tan pronto como sonó la campana, Bella volteó hacia Jessica.

—*En Inglés, Mike me preguntó si habías dicho algo sobre el lunes por la noche* —dijo Bella, con una sonrisa tirando en las esquinas de sus labios. Entendí esto por lo que era, atacar es la mejor defensa.

«¿Mike preguntó por mí?» El entusiasmo hizo que la mente de Jessica se descuidara, más suave, sin su habitual borde insidioso.

—*¡Estás bromeando!, ¿Qué le dijiste?*

Claramente, eso era todo lo que iba a obtener de Jessica hoy. Bella estaba sonriendo como si hubiese pensado lo mismo. Como si pensara que ganó el round.

Bueno, el almuerzo sería otra historia.

Me moví apáticamente hacia la clase de Gimnasia con Alice, esa era la forma en que siempre nos movíamos cuando se trataba de alguna actividad física con los humanos. Naturalmente, ella era mi compañera de equipo. Ningún humano quería hacer equipo con nosotros. Era el primer día de *bádminton*. Suspiré del aburrimiento, mientras movía la raqueta como si fuera en cámara lenta, con pequeños golpes para mandar el gallito al otro lado. Lauren Mallory estaba en el otro equipo; y falló. Alice giraba su raqueta como si fuera un bastón, mirando al techo. Dio dos pasos hacia la red y Lauren se encogió retrocediendo dos pasos.

Todos odiábamos Gimnasia, en especial Emmett. Los juegos de Lanzamiento eran una afrenta a su filosofía personal. Gimnasia se veía peor hoy de lo habitual, me sentía igual de irritado que Emmett. Antes de que mi cabeza explotara de impaciencia, el entrenador Clapp terminó los juegos y nos sacó antes de la clase. Estaba ridículamente agradecido de que se hubiera saltado el desayuno, un nuevo intento de la dieta, y la consecuente hambre lo tenía a toda prisa con ganas de encontrar una comida grasienta en alguna parte. Se prometió a sí mismo que mañana empezaría de nuevo.

Esto me dio tiempo suficiente para llegar al edificio de matemáticas antes de que la clase de Bella terminara.

«Disfrútalo», pensó Alice mientras se dirigía a reunirse con Jasper. «Sólo tengo que ser paciente unos días más. ¿Supongo que no querrás decirle ‘hola’ a Bella de mi parte?»

Sacudí la cabeza, exasperado. ¿Eran todos los psíquicos tan presumidos?

«Para tu información va a estar soleado este fin de semana. Quizá quieras cambiar tus planes».

Suspiré mientras seguía en dirección contraria. Presumidos, pero sin duda útiles. Me apoyé contra la pared junto a la puerta, esperando. Estaba lo suficientemente cerca para escuchar la voz de Jessica a través de los ladrillos, así como sus pensamientos.

—¿Hoy no te vas a sentar con nosotros ¿verdad?

«Se ve... radiante. Apuesto a que hay toneladas de cosas que no me dijo».

—No lo creo —respondió Bella, extrañamente insegura. ¿No le había prometido pasar el almuerzo con ella? ¿En qué estaba pensando?

Salieron de la clase juntas y los ojos de ambas se ensancharon cuando me vieron. Pero sólo podía escuchar a Jessica.

«Bien. Vaya. Sí, aquí pasa más de lo que me está diciendo».

—Te veo luego, Bella.

Bella caminó hacia mí, a paso lento, aún insegura. La piel de sus pómulos era de color rosa. Ahora la conocía lo suficientemente bien como para asegurar que no era miedo lo que había detrás de su vacilación. Al parecer, esto era sobre algún abismo que imaginaba entre sus sentimientos y los míos. “Más de lo que yo le gusto”. ¡Absurdo!

—Hola —dije, con la voz un poco seca. Su cara se puso de un rosa brillante.

—Hola.

No parecía decidida a decir algo más, por lo que la llevé camino a la cafetería y ella caminó en silencio a mi lado.

La chaqueta había funcionado, su aroma no fue el golpe que generalmente era. Sólo era una intensificación del dolor que ya sentía. Podía ignorarlo con más facilidad de lo que alguna vez creí posible.

Bella estaba inquieta mientras esperábamos en la fila, jugando distraídamente con el cierre de su chaqueta, cambiando nerviosamente de un pie al otro. Me miraba a menudo, pero siempre que encontraba mi mirada, veía hacia abajo como si estuviera avergonzada. ¿Era porque había muchas personas mirándonos? Tal vez podría oír los susurros, el chismorreó hoy era tanto mental como verbal.

O tal vez se dio cuenta, por mi expresión, de que iba a querer algunas explicaciones.

No dijo nada hasta que estaba reuniendo el almuerzo. No sabía lo que a ella le gustaba, todavía, así que agarré de todo.

—¿Qué estás haciendo?—bufó en voz baja—. No pensarás llevarte todo eso para mí?

Sacudí la cabeza y empujé la bandeja hasta la caja.

—La mitad es para mí, por supuesto.

Alzó la ceja de manera escéptica, pero no dijo nada más mientras pagaba los alimentos y la acompañaba a la mesa en que nos sentamos la semana pasada. Parecía que había pasado mucho más que unos pocos días. Todo era diferente ahora.

De nuevo, se sentó frente a mí. Empujé la bandeja hacia ella.

—Toma lo que quieras —dije. Escogió una manzana y la giró entre sus manos, con una mirada especulativa en el rostro.

—Tengo curiosidad

¿Qué sorpresa!

—¿Qué harías si alguien te reta a comer comida? —continuó en voz baja para que no llegara a oídos humanos. Los oídos inmortales eran otro asunto, si esos oídos estuvieran prestando atención. Fruncí el ceño.

—Tú siempre sientes curiosidad —me quejé. Oh, bueno. No era como si no hubiese tenido que comer antes. Era parte de la farsa. Una desagradable.

Tomé la cosa más cercana y atrapé su mirada mientras mordía un pequeño bocado de lo que sea que fuera. Sin mirar, no podía saberlo. Era viscoso, grueso y repulsivo como cualquier otra comida humana. Mastiqué y tragué con rapidez, tratando de no hacer muecas. El trozo de comida se movió lenta e incómodamente

por mi garganta. Suspiré mientras pensaba en cómo tendría que sacarlo después. Desagradable.

La expresión de Bella era horrorizada. Impresionada.

Quería poner los ojos en blanco. Por supuesto, habíamos perfeccionado esos engaños.

—¿Si alguien te reta a comer tierra puedes, verdad?

Su nariz se arrugó y sonrió.

—Lo hice una vez... por una apuesta. No fue tan malo.

Me reí.

—Supongo que no me sorprende.

«¿Cómo pudo? ¡Ese imbécil egoísta! ¿Cómo puede hacernos esto a nosotros? El penetrante chillido mental de Rosalie atravesó mi humor».

—Tranquila, Rose —escuché a Emmett susurrar a través de la cafetería. Su brazo estaba a través de los hombros de ella, sosteniéndola apretada a su lado. Reteniéndola.

«Lo siento, Edward». Pensó Alice con culpa. «Podía ver que Bella sabía demasiado por tu conversación... y bueno, hubiese sido peor si no le decía la verdad de una vez. Créeme».

Me estremecí ante la imagen mental que siguió, lo que habría pasado si le hubiera admitido a Rosalie que Bella sabía que yo era un vampiro cuando estábamos en casa, donde Rosalie no tenía una fachada que mantener. Tendría que esconder mi Aston Martin en algún lado fuera del estado si ella no se calmaba para el momento en que terminara la escuela. La vista de mi auto favorito mutilado y quemado fue molesta, aunque sabía que me había ganado la retribución.

Jasper no estaba más feliz.

Lidiaría con los otros después. Sólo tenía tiempo asignado para estar con Bella y no lo iba a desperdiciar.

«Edward y Bella se ven cómodos, ¿verdad?» Mientras intentaba ignorar a Rosalie, los pensamientos de Jessica interrumpieron. Esta vez no me importó. «Buen lenguaje corporal. Voy a reconstruirlo para Bella. Se está inclinando hacia ella en la forma en que debería, si está interesado. Se ve interesado. Se ve... perfecto». Jessica suspiró. «Delicioso».

Me encontré con los ojos curiosos de Jessica y ella desvió su mirada nerviosamente, encogiéndose de vuelta en su silla. «Ummm. Probablemente será mejor apegarme a Mike. A la realidad, no a la fantasía...»

Poco tiempo había pasado, pero Bella había notado mi abstracción.

—Jessica está analizando todo lo que hago— le dije. Usando la menor distracción como excusa—. Luego lo reconstruirá para ti.

La rabieta de Rosalie continuó. Un monólogo interno cáustico que con suerte se detuvo por un segundo o dos mientras buscaba en su memoria por insultos frescos que lanzar a mi dirección. Forcé el sonido a que fuera ruido de fondo, determinado a estar presente con Bella.

Empujé el plato de comida hacia ella, pizza, me di cuenta, preguntándome cómo era mejor empezar. Mi antigua frustración flameaba mientras repetía sus palabras mi cabeza: “Más de lo que yo le gusto a él. Pero no sé cómo evitarlo.”

Ella mordió la misma rebanada de pizza. Me sorprendió lo confiada que estaba. Por supuesto, ella no sabía que yo era ponzoñoso, no es que compartir la

comida fuera a dañarla. Aun así, esperaba que me tratara diferente. Como otra cosa. Nunca lo hizo.

Empezaría con delicadeza.

—¿Entonces, la camarera era bonita? —Ella alzó una ceja.

—¿De verdad no te diste cuenta? —Como si cualquier mujer pudiera esperar que quitara mi atención de Bella. Absurdo, de nuevo.

—No, no estaba prestando atención. Tenía muchas cosas en la cabeza.

—Pobre chica —dijo Bella. Sonriendo.

Le gustaba que no hubiera encontrado a la camarera interesante en ninguna forma. Podía entender eso. ¿Cuántas veces me había imaginado incapacitando a Mike Newton en la clase de Biología?

Honestamente ella no podía creer que sus sentimientos humanos, el fruto de diecisiete cortos años mortales, podrían ser más fuertes que esta bola de demolición que me había destrozado después de un siglo de vacío.

—Algo de lo que le dijiste a Jessica—No podía mantener mi voz casual—. Bueno, me molesta.

Inmediatamente, se puso a la defensiva.

—No me sorprende que oyeras algo que te disgustara, ya sabes lo que dicen de los chismosos.

Los chismosos nunca oyen cosas buenas de ellos, eso es lo que dicen.

—Te advertí que estaría escuchando —le recordé.

—Y yo te advertí que no querías saber todo lo que pienso.

Ah, estaba pensando en cuando la hice llorar. El remordimiento hizo mi voz más gruesa.

—Cierto, aunque te equivocas: quiero saber todo lo que piensas... Todo, sólo que desearía que no pensaras algunas cosas.

Más medias mentiras. Sabía que no debería querer que se preocupara por mí. Pero lo quería. Claro que lo quería.

—Esa es una distinción importante— refunfuñó, frunciendo el ceño—. Pero ese no es el punto por ahora.

—¿Entonces cuál es? —se inclinó hacia mí, con su mano ahuecada ligeramente alrededor de su garganta. Atrajo mi mirada, me distrajo, ¿qué tan suave se sentirá su piel...?

“Concéntrate”, me ordené a mí mismo.

—¿De verdad crees que te interesas más por mí, que yo por ti? —Le pregunté. La pregunta sonó ridícula para mí, como si las palabras estuvieran revueltas.

Ella se congeló por un momento, incluso su respiración se detuvo. Entonces desvió su mirada, parpadeando rápidamente. Su aliento se convirtió en un suave jadeo.

—Lo hiciste de nuevo —murmuró.

—¿Qué?

—Deslumbrarme —admitió, mirando mis ojos con cautela.

—Oh —no estaba seguro de qué hacer al respecto. Todavía estaba emocionado con el hecho de que podía deslumbrarla. Pero esto no estaba ayudando al progreso de la conversación.

—No es culpa tuya—suspiró—. No puedes evitarlo.

—¿Vas a responder mi pregunta? —Le exigí.

Fijó la vista en la mesa.

—Sí.

Eso fue todo lo que dijo.

—¿Sí, vas a responder o sí, realmente piensas eso? —pregunté con impaciencia.

—Sí, realmente lo creo —dijo sin mirarme. Hubo un ligero tono de tristeza en su voz. Se sonrojó de nuevo, sus dientes se movieron inconscientemente hacia su labio.

Abruptamente, me di cuenta de que le costaba admitirlo, porque realmente lo creía. Yo no era mejor que el cobarde de Mike, pidiéndole que confirmara sus sentimientos antes de que yo confirmara los míos. No importaba que yo sintiera que había dejado mi lado muy claro. Ella no lo había captado, por lo que no tenía excusa.

—Te equivocas —prometí. Debí escuchar la ternura en mi voz.

Bella me miró, sus ojos opacos, sin rastro de nada.

—Eso no puedes saberlo —susurró.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté. Inferí que pensó que estaba subestimando sus sentimientos porque no podía leer sus pensamientos. Pero, en verdad, el problema era que ella estaba subestimando grandemente los míos.

Me miró de nuevo, juntando las cejas, mordiendo sus labios. Por millonésima vez, deseé desesperadamente que sólo pudiera escucharla.

Cuando iba comenzar a suplicarle, alzó un dedo para callarme.

—Déjame pensar —pidió. Mientras que simplemente estuviera organizando sus pensamientos, podía ser paciente.

O podía pretender que lo era.

Presionó sus manos juntas, entrelazando y liberando sus delgados dedos. Observó sus manos como si pertenecieran a otra persona mientras hablaba.

—Bueno, aparte de lo obvio—murmuró—, a veces... no estoy segura, yo no puedo leer mentes, pero algunas veces parece que intentas despedirte cuando estás diciendo otra cosa—. No me miró.

¿Había captado eso, no? ¿Se daba cuenta de que sólo era debilidad y egoísmo lo que me mantenía aquí? ¿Pensaba menos de mí por eso?

—Perceptiva—susurré y miré con horror cómo el dolor retorció su expresión. Me apresuré a contradecir su hipótesis—, aunque por eso es por lo que te equivocas—empecé y, después, hice una pausa, recordando las primeras palabras de su explicación. Me molestaba, aunque no estaba seguro de haber entendido muy bien.

—¿Qué quieres decir, con lo obvio?

—Bueno, mírame —dijo.

Estaba mirándola, todo lo que siempre hacía era mirarla.

—Soy absolutamente normal—explicó—. Bueno, salvo por todas las situaciones en que la muerte me ha pasado rozando y por ser tan torpe, que casi soy una discapacitada. Y mírate a ti— abanicó el aire hacia mí, como si estuviera diciendo algo tan obvio que no valiera la pena detallarlo.

¿Pensaba que era normal? ¿Pensaba que yo era preferible por encima de ella? ¿Según las estimaciones de quién? ¿Tontos, humanos de mente estrecha, ciegos, como Jessica o la Sra. Cope? ¿Cómo es que no podía darse cuenta de que ella era la más bella... más exquisita...? Esas palabras no eran suficientes.

Y ella no tenía idea.

—Nadie se ve a sí mismo con claridad—le dije—. Voy a admitir que diste en el clavo con los defectos— reí sin humor. No encontraba cómico que el destino la cazara. La torpeza, sin embargo, era algo gracioso. Dulce. ¿Me creería si le dijera que era hermosa, por dentro y por fuera? Quizá encuentre la corroboración más convincente.

—¿Pero no sabes lo que pensaban todos los chicos el día de tu llegada?

Ah, la esperanza, la emoción, la impaciencia de esos pensamientos. La rapidez con que se habían convertido en fantasías imposibles. Imposibles, porque ella no deseaba a ninguno de ellos.

Yo era al que ella dijo que sí.

Mi sonrisa debe haber sido presumida.

Su rostro se puso blanco de la sorpresa.

—No te creo —murmuró.

—Confía en mí sólo esta vez. Eres lo contrario a lo normal —no estaba acostumbrada a los cumplidos, podía ver eso. Se sonrojó y cambió el tema.

—Pero no soy yo la que está diciendo adiós.

—¿No lo ves? Eso demuestra que tengo razón. Soy quien más se preocupa, porque yo sí puedo hacerlo— ¿Dejaría alguna vez de ser egoísta, para hacer lo correcto? Sacudí la cabeza desesperado. Tendría que encontrar la fuerza, ella merecía una vida, no lo que Alice había visto venir—. Si irme es lo correcto...

¿Y tenía que ser lo correcto, cierto? Bella no me pertenecía. No había hecho nada para merecer mi inframundo.

—Sufriré para evitar que resultes herida, para mantenerte a salvo.

Mientras hablaba, deseaba que fuera cierto.

Me fulminó con la mirada. De alguna manera, mis palabras la habían encolerizado.

—¿Acaso no piensas que yo haría lo mismo? —exigió furiosamente.

Tan furiosa, tan suave y tan frágil. ¿Cómo podría ella lastimar a alguien?

—Nunca vas a tener que decidir eso —le dije, una vez más deprimido por la vasta diferencia entre nosotros.

Me miró, reemplazando la ira por el interés, estrechando sus ojos.

Debía de haber algo realmente malo en el orden del universo si alguien tan bueno y frágil no merecía un ángel de la guarda para alejarla de los problemas.

“Bueno”, pensé con un oscuro humor, “por lo menos tiene un vampiro de la guarda”.

Le sonreí. Me encantaba mi excusa para quedarme.

—Por supuesto, mantenerte a salvo empieza a parecerse a un trabajo de tiempo completo que requiere de mi presencia constante —ella también sonrió.

—Nadie ha tratado de acabar conmigo hoy —dijo a la ligera, y después su expresión se volvió especulativa durante medio segundo, antes de sus ojos se volvieran opacos de nuevo.

—Aún —añadí secamente.

—Aún —aceptó, para mi sorpresa. Esperaba que negara la necesidad de protección.

Al otro lado de la cafetería las quejas de Rosalie subían de volumen en vez de apagarse.

«Lo siento», pensó Alice otra vez. Debe haberme visto hacer una mueca.

Pero oírla me recordó que tenía unos asuntos que atender.

—Tengo otra pregunta para ti —dije.

—Dispara —dijo Bella, sonriendo.

—¿De verdad necesitas ir a Seattle este sábado o sólo era una excusa para no tener que decir no a todos tus admiradores? —Me hizo una mueca.

—Todavía no te he perdonado por el asunto de Tyler, es tu culpa que se haya engañado hasta creer que voy a acompañarlo al baile de graduación.

—Oh, él habría encontrado una oportunidad para pedírtelo sin mí ayuda, en realidad yo sólo quería ver tu cara —me reí, recordando su expresión aterrada. Nada de lo que le había contado acerca de mi propia historia oscura la había horrorizado tanto.

—Si te lo hubiera pedido, ¿me hubieras rechazado?

—Probablemente no—dijo—. Pero hubiera cancelado después alegando una falsa enfermedad o tobillo roto.

Qué extraño.

—¿Por qué?

Sacudió su cabeza, como si se sintiera decepcionada de que no la entendí.

—Supongo que nunca me has visto en Gimnasia, pero creí que lo entenderías.

Ah.

—¿Te refieres al hecho de que eres incapaz de caminar a través de una superficie plana y estable sin encontrar algo con que tropezar?

—Obviamente.

—Eso no sería un problema. Todo depende de quién te lleve a bailar.

Por una fracción de segundo, me abrumó la idea de sostenerla entre mis brazos durante un baile, donde, sin duda, estaría usando algo bonito y delicado, no ese horrible suéter.

Recordé con perfecta claridad cómo se había sentido su cuerpo bajo el mío después de ponerla fuera del camino de la furgoneta. Más fuerte que el pánico o la desesperación, podía recordar esa sensación. Había sido tan cálida y tan suave, amoldándose a mi figura de piedra...

Me alejé de ese recuerdo.

—Pero no me has contestado— dije rápidamente, previniendo que protestaría algo acerca de su torpeza, como claramente intentó hacerlo— ¿Estás decidida a ir a Seattle, o te importaría si hacemos algo diferente?

Astuto, dejándolo a su elección, pero sin darle la opción de estar lejos de mí. Poco justo de mi parte. Pero anoche le había hecho una promesa. Demasiado casual, demasiado irreflexivo, pero aún así... Si alguna vez iba a merecer la confianza que ella me había dado a pesar de mi indignidad, iba a mantener cada promesa que pudiera. Incluso si la idea me aterraba.

El sol brillaría el sábado. Podría mostrarle mi verdadero yo, si era lo suficientemente valiente para soportar su horror y repugnancia. Conocía el lugar perfecto para tomar ese riesgo.

—Estoy abierta a sugerencias—dijo Bella—. Pero quiero pedirte un favor.

Un sí con reservas. ¿Qué querría ella de mí?

—¿Qué?

—¿Puedo conducir?

¿Era esta su idea de humor?

—¿Por qué?



—Bueno, sobre todo porque cuando le dije a Charlie que iba a Seattle, me preguntó concretamente si iría sola y, en ese momento, así era. Si pregunta una vez más, probablemente no le mentiría, pero no creo que pregunte de nuevo, y dejar el coche enfrente de la casa sólo sacaría el tema a relucir de forma innecesaria. Y además, porque tu forma de conducir me asusta.

Puse mis ojos en blanco hacia ella.

—De todas las cosas por las que debería asustarte, a ti te preocupa mi forma de conducir —en verdad, su cerebro trabajaba al revés. Sacudí la cabeza disgustado. ¿Por qué no le temía a las cosas correctas? ¿Por qué no quería que lo hiciera?

No pude mantener el tono juguetón de nuestras bromas.

—¿No quieres decirle a tu padre que vas a pasar el día conmigo? —pregunté, dejando que se filtrase la oscuridad de mi voz mientras pensaba en todas las razones por las que eso era importante, adivinando de todas maneras cuál iba a ser su respuesta.

—Con Charlie, menos siempre es más—dijo Bella, segura de este hecho—. De todos modos ¿a dónde vamos a ir?

—El clima será agradable— le dije lentamente, luchando contra el pánico y la indecisión, ¿Cuánto más lamentaría esta decisión?—. Así que estaré fuera de la atención pública... y podrás estar conmigo, si quieres.

Bella lo captó a la primera, sus ojos eran brillantes y ansiosos.

—¿Y me enseñarás a qué te referías con lo de el sol?

Tal vez, como otras tantas veces, su reacción sería lo contrario de lo que esperaba. Sonreí ante esa posibilidad, luchando por volver el momento más ligero.

—Sí. Pero...—Ella no había dicho que sí—. Si no quieres estar... a solas conmigo, todavía sigo prefiriendo que no vayas a Seattle sola. Me estremezco de pensar con qué problemas podrías encontrarte en una ciudad de ese tamaño.

Sus labios se contrajeron; estaba ofendida.

—Phoenix es tres veces más grande que Seattle sólo en la población. En cuanto a tamaño...

—Pero al parecer, en Phoenix no te había llegado la hora—le dije, interrumpiendo sus justificaciones—. Así que preferiría que permanecieras cerca de mí.

Podría permanecer para siempre conmigo y aun así no sería suficiente.

No debería pensar de esa manera. No teníamos para siempre. Cada segundo contaba, más de lo que nunca lo había hecho; cada segundo la cambiaba, mientras yo permanecía intacto, físicamente al menos.

—No me importa estar a solas contigo —dijo.

No, porque sus instintos funcionaban al revés.

—Lo sé—suspiré—. Pero deberías decirle a Charlie.

—¿Por qué diablos debería de hacerlo? —preguntó horrorizada por la idea.

La miré con fiereza, aunque la ira era, usualmente, dirigida a mí mismo. Cómo deseaba tener una respuesta diferente para ella.

—Para darme un pequeño incentivo para que te traiga de vuelta —bufé. Debería darme al menos eso, un testigo para obligarme a ser cauteloso.

Bella tragó saliva, y me miró durante un largo rato. ¿Qué es lo que vio?

—Creo que me arriesgare —dijo.

¡Ay! ¿Obtenía alguna emoción al poner en riesgo su vida? ¿Ansiaba un disparo de adrenalina?

«¡Harías el favor de callarte!» El pensamiento mental de Rosalie se asomó, rompiendo mi concentración. Vi lo que pensaba de esta conversación, de lo mucho que Bella ya sabía. Volteé a ver a Rosalie automáticamente con el ceño fruncido furiosamente, pero me di cuenta que simplemente no me importaba. Que destruya el auto. Sólo era un juguete.

—Hablemos de otra cosa —Bella sugirió repentinamente.

La miré de nuevo, preguntándome cómo podía ser tan inconsciente de lo que realmente importaba. ¿Por qué no me veía como el monstruo que era? Rosalie ciertamente lo hacía.

—¿De qué quieres hablar?

Movió sus ojos a la izquierda y, luego, a la derecha, para asegurarse de que no hubiera chismosos. Debía estar planeando introducirme en otro tema relacionado con los mitos. Sus ojos se congelaron por un segundo y su cuerpo se puso rígido después me miró de nuevo a mí.

—¿Por qué fuiste a Goat Rocks el pasado fin de semana... a cazar? Charlie dice que no es un buen lugar para acampar, a causa de los osos.

Tan obvio era que la miré levantando una ceja.

—¿Osos? —jadeó.

Le sonreí burlonamente, viendo eso penetrar. ¿Esto haría que me tomara en serio? ¿Algo lo haría?

«Ya dile todo. Tampoco es como que tuviésemos reglas...» los pensamientos de Rosalie sisearon hacia mí. Luché para no oírla.

Bella compuso su expresión.

—No estamos en temporada de osos —dijo severamente, estrechando sus ojos.

—Si lees con cuidado, las leyes sólo cubren la caza con armas.

Perdió el control de su expresión de nuevo por un momento. Sus labios se abrieron.

—¿Osos? —dijo una vez más, una pregunta tentativa en lugar de un jadeo de sorpresa.

—El favorito de Emmett es el oso pardo —Observé sus ojos, mientras pasaba del asombro a recuperarse.

—Ummm —murmuró. Mordía la pizza, mirando hacia abajo. Masticó despacio, y luego tomó un trago de su refresco.

—Entonces—dijo, levantando los ojos— ¿Cuál es tu favorito?

Supuse que debí haber esperado algo así, pero no lo había hecho.

—El puma —contesté bruscamente.

—Ah —dijo en un tono neutral. Sus latidos continuaban constantes, como si estuviéramos discutiendo sobre mi restaurante favorito.

Bien, entonces, si quería actuar como si esto no fuera nada raro...

—Por supuesto, debemos tener cuidado para no causar un impacto ambiental desfavorable con una cacería imprudente— le dije, con voz distante y clínica —. Tratamos de concentrarnos en zonas con sobrepoblación de depredadores y nos alejamos tanto como sea necesario. Aquí siempre hay un montón de ciervos y alces, pero... ¿dónde está la diversión en eso?!

Ella escuchó con una expresión de amable interés, como si yo fuera un guía turístico hablando de una pintura. Tuve que sonreír.

—Claro diversión —murmuró con calma, mientras le daba otro mordisco a la pizza.

—El comienzo de la primavera es la estación favorita de Emmett— dije, continuando con la conferencia—. Acaban de salir de la hibernación, por lo que están más irritables.

Setenta años después y él todavía no superaba el haber perdido aquel primer encuentro.

—No hay nada más divertido que un oso pardo irritado —Bella admitió, asintiendo solemnemente.

No pude evitar reír mientras sacudía la cabeza por su ilógica calma. Tenía que haber algo.

—Dime qué estás pensando realmente, por favor.

—Estoy tratando de imaginarlo pero no puedo— dijo arrugando la frente—. ¿Cómo cazas un oso sin armas?

—Oh, las tenemos— le dije, con una amplia sonrisa. Esperaba que retrocediera, pero estaba muy quieta, mirándome—. Simplemente no del tipo que aparecen en las leyes de caza. Si alguna vez has visto atacar a un oso en la televisión, deberías ser capaz de visualizar como caza Emmett.

Miró hacia la mesa donde se sentaban los demás y se estremeció.

Finalmente. Y entonces me reí de mí mismo, porque sabía que parte de mí deseaba que lo ignorara.

Sus ojos oscuros eran amplios y profundos cuando me miró.

—¿También tú te pareces a un oso? —preguntó casi en un susurro.

—Más o menos como un puma, o eso es lo que me dicen— le dije tratando de sonar distante—. Tal vez nuestras preferencias sean significativas.

Sus labios se levantaron en una sonrisa.

—Tal vez—repitió. Entonces inclinó la cabeza a un lado y de repente la curiosidad fue clara en sus ojos— ¿Es algo que podría llegar a ver?

Por un momento, estuvo tan claro en mi cabeza; el cuerpo de Bella destrozado y exangüe en mis brazos, que pensé que yo había sido quien había tenido la visión en vez de simplemente verla en la mente de Alice. Pero no la necesité para ilustrar este horror; la conclusión era obvia.

—Absolutamente no —le gruñí.

Se alejó de mí, lucía perpleja y asustada por mi rabia repentina.

Me eché hacia atrás también, queriendo poner distancia entre los dos. Nunca iba a ver eso, ¿o sí? Ella no haría nada para ayudarme a mantenerla con vida.

—¿Demasiado aterrador para mí? —preguntó, su voz estaba bien, su corazón sin embargo, estaba acelerado.

—Si así fuera te sacaría esta noche—dije hablando entre dientes—. Necesitas una buena dosis de miedo. Nada te caería mejor.

—Entonces ¿por qué? —exigió, sin inmutarse.

La miré fijamente, a la espera de que le diera miedo. Yo tenía miedo.

Sus ojos seguían siendo curiosos, impaciencia, nada más. Esperaba que respondiera sin rendirse.

Pero nuestra hora había terminado.

—Más tarde— le dije y me levanté—. Vamos a llegar tarde.

Miró alrededor, desorientada, como si hubiera olvidado que estábamos en el almuerzo. Como si se le hubiese olvidado que estábamos en la escuela y estaba sorprendida de que no estuviéramos solos en algún lugar privado. Entendí bien ese sentimiento. Era fácil olvidar el resto del mundo cuando estaba con ella.

Se levantó rápidamente y acomodó su mochila sobre su hombro.

—Muy bien, después —dijo, y pude ver la determinación en su boca; no iba a dejar pasar esto.

# COMPLICACIONES

BELLA Y YO CAMINAMOS EN SILENCIO HACIA BIOLOGÍA. LE PASAMOS POR un lado a Ángela Weber que caminaba lentamente por la acera, discutiendo una tarea con un chico de la clase de Matemáticas, esperaba más decepción, sólo para sorprenderme por su tono de nostalgia.

Ah, entonces sí había algo que Ángela quería. Desafortunadamente, no era algo que pudiera ser fácilmente envuelto en papel regalo.

Me sentí extrañamente consolado por un momento escuchando el anhelo desesperanzado de Ángela. Un sentido de afinidad pasó a través de mí y fui, por un segundo, uno de la misma especie que la chica humana.

Era extrañamente consolador saber que no era el único que estaba viviendo una trágica historia de amor. Los corazones rotos estaban por todas partes.

En el segundo siguiente estaba abruptamente irritado. Porque la historia de Ángela no tenía por qué ser trágica. Ella era humana y él era humano, y la diferencia que parecía tan insuperable en su cabeza era ridícula, verdaderamente ridícula comparada con mi propia situación. ¿Por qué esta historia no podía tener un final feliz?

Yo quería regalarle algo... bueno le daría lo que ella quería. Sabiendo lo que sabía de la naturaleza humana, esto probablemente no sería difícil.

Escudriñé la conciencia del chico que estaba a su lado, el objeto de sus afectos, y él no parecía indiferente: él estaba en la misma dificultad en la que estaba ella.

Todo lo que debía hacer era plantear la sugerencia.

El plan se formó fácilmente; el guión se escribió por sí solo sin esfuerzo por mi parte. Necesitaría la ayuda de Emmett. Hacer que me siguiera la corriente con esto era donde estaba la verdadera dificultad. La naturaleza humana era más fácil de manipular que la naturaleza inmortal.

Estaba complacido con mi solución, con mi regalo para Ángela. Era una linda distracción de mis propios problemas. Desearía que los míos fuesen tan fácilmente arreglados.

Mi humor estaba un poco mejor cuando Bella y yo tomamos nuestros asientos. Quizás debería ser más positivo. Quizás había una solución para nosotros escapándome, la obvia solución de Ángela era tan invisible para ella. No es probable... ¿pero para qué desperdiciar tiempo con desesperanza? No tenía tiempo para desperdiciar cuando se trataba de Bella. Cada segundo importaba.

El Prof. Banner entró arrastrando una antigua tele y video. Estaba saltándose una sección de la que no estaba particularmente interesado, desórdenes genéticos,

mostrando una película por los próximos tres días. *El aceite de Lorenzo* no era una pieza muy alegre, pero eso no detuvo la emoción en el aula. Sin tomar notas, sin pruebas. Los humanos estaban exultantes.

A mí no me importaba, de todos modos. No estaba planeando prestarle atención a nada, excepto a Bella.

Hoy no alejé mi silla de la suya para darme espacio para respirar. Al contrario, me senté más cerca de ella como cualquier otro humano haría. Más cerca de lo que nos habíamos sentado en mi auto, lo suficientemente cerca para que mi lado izquierdo se sintiera sumergido en el calor de su piel.

Fue una experiencia extraña, tanto disfrutable como destructora de mis nervios, pero prefería esto a sentarme al otro lado de la mesa lejos de ella. Era más de lo que estaba acostumbrado y rápidamente me di cuenta que no era suficiente. No estaba satisfecho. Estando así de cerca sólo me hacía querer estar más cerca.

La había acusado de ser un imán para el peligro. Ahora se sentía como una verdad literal. Yo era peligroso y con cada pulgada que me permitía estar más cerca de ella, su atracción crecía con fuerza.

Y luego el Prof. Banner apagó las luces.

Fue raro cuánta diferencia hizo esto, considerando que la falta de luz significaba poco para mis ojos. Podía ver tan perfectamente como antes. Cada detalle del aula estaba claro.

Entonces, ¿por qué el repentino choque de electricidad en el aire? ¿Era porque sabía que era el único que podía ver con claridad? ¿Era porque Bella y yo éramos invisibles para los demás? Como si estuviéramos solos, sólo nosotros dos, escondidos en el aula oscura, sentados tan cerca el uno del otro.

Mi mano se movió sin mi permiso hacia ella. Solo para tocar su mano, para sostenerla en la oscuridad. ¿Sería eso un error tan horripilante? Si mi piel le molestaba, ella solo debía alejar la suya.

Regresé mi mano, crucé mis brazos fuertemente alrededor de mi pecho y apreté mis manos cerradas. Sin cometer errores, me lo había prometido a mí mismo. Si sostuviera su mano, sólo querría más, otro insignificante toque, otro movimiento más cerca de ella. Podía sentirlo. Un nuevo tipo de deseo estaba creciendo en mí, trabajando para derribar mi autocontrol.

Sin cometer errores.

Bella cruzó sus brazos sobre su pecho y cerró sus manos en puños, como yo.

¿En qué estás pensando? Me estaba muriendo por susurrarle esas palabras, pero el aula estaba tan en calma como para interrumpirlo con una conversación en susurros.

La película empezó, iluminando sólo un poco la oscuridad. Bella me miró. Notó la rígida postura en la que sostenía mi cuerpo, como ella, y sonrió. Sus labios se separaron un poco y sus ojos se veían llenos de una cálida invitación.

O quizás yo solo estaba viendo lo que quería ver.

Le devolví la sonrisa, su respiración se entrecortó con un jadeo y miró rápidamente hacia otro lado.

Eso lo hizo peor. No conocía sus pensamientos, pero de repente estaba seguro de que antes tenía razón y que ella sí quería que la tocara. Ella sintió este peligroso deseo como yo.

Entre su cuerpo y el mío, la electricidad zumbaba.

Ella no se movió la hora entera, manteniendo su rígida y controlada postura, como yo mantenía la mía. De vez en cuando me miraba otra vez, y la zumbante electricidad se sacudiría a través de mí con un repentino choque.

La hora pasó lentamente y, aún así, no lo suficientemente lento. Esto era tan nuevo, podía haberme sentado con ella así por días, sólo para experimentar este sentimiento completamente.

Tuve una docena de diferentes discusiones conmigo mientras los minutos pasaban, luchando racionalmente con el deseo.

Finalmente, el señor Banner encendió las luces otra vez.

En la luminosidad de la luz fluorescente, la atmósfera del aula volvió a la normalidad. Bella suspiró y se estiró, flexionando sus dedos en frente de ella. Debió ser incómodo mantener esa posición por tanto tiempo. Fue más fácil para mí, la quietud venía naturalmente.

Me reí entre dientes ante la expresión de alivio de su rostro.

—Bueno ha sido interesante.

—Ummm —murmuró, claramente entendiendo a qué me refería, pero sin hacer ningún comentario al respecto. Qué no hubiera dado por saber qué era lo que estaba pensando ahora.

Suspiré. Desearlo más no iba a ayudarme con eso.

—¿Nos vamos? —le pregunté mientras me ponía de pie.

Ella hizo una mueca y se tambaleó sobre sus pies, se sujetó de la mesa como si tuviera miedo de caerse.

Podría ofrecerle mi mano. O podría poner mi mano debajo de su codo ligeramente y estabilizarla. Seguramente no sería una infracción tan terrible.

“Sin cometer errores”.

Estuvo muy callada cuando caminamos hacia el gimnasio. La arruga entre sus ojos estaba en evidencia, un signo de que estaba pensando profundamente.

Un toque a su piel no la lastimaría, mi egoísmo competía.

Podría moderar fácilmente la fuerza de mi mano. No era difícil exactamente. Mi sentido táctil estaba mejor desarrollado que el de un humano: podría hacer malabares con una docena de cristales sin romper ninguno. Podría acariciar una burbuja de jabón sin reventarla. Siempre que estuviera firmemente controlado.

Bella era como una burbuja de jabón, frágil y efímera, temporal.

¿Cuánto tiempo sería capaz de justificar mi presencia en su vida? ¿Cuánto tiempo me quedaba? ¿Tendría otra oportunidad como esta, como este momento, como este segundo? Ella no estaría siempre dentro del alcance de mis brazos.

Bella dio la vuelta para mirarme en la puerta del gimnasio y sus ojos se ensancharon ante la expresión de mi rostro. No habló. Me vi a mí mismo en el reflejo de sus ojos y vi el conflicto rabioso de los míos. Vi el cambio en mi rostro cuando mi lado bueno perdió la disputa.

Mi mano se levantó sin una orden consciente para hacerlo. Tan gentilmente como si ella estuviera hecha del vidrio más fino, como si fuera frágil como una burbuja, mis dedos acariciaron la suave piel que cubría su pómulo. Se acaloró debajo de mi tacto y pude sentir el pulso de la sangre debajo de su piel transparente.

Suficiente, me ordené, sin embargo mi mano quería modelar el lado de su rostro. Suficiente.

Fue difícil alejar mi mano, de dejar de moverme más cerca de ella de lo que ya estaba. Mil posibilidades diferentes corrieron a través de mi mente en ese instante,

mil maneras diferentes de tocarla. La punta de mis dedos trazando la forma de sus labios. Mi palma ahuecada debajo de su barbilla. Sacando el sujetador de su pelo y dejándolo esparcirse a través de mi mano. Mis brazos enrollándose alrededor de su cintura, sosteniéndola en contra de la longitud de mi cuerpo.

Suficiente.

Me esforcé por darme la vuelta, para alejarme de ella. Mi cuerpo se movió forzosamente, indispuerto a hacerlo.

Dejé de mi mente atrás para mirarla mientras caminaba forzosamente, casi corriendo de la tentación. Capturé los pensamientos de Mike Newton, eran los más ruidosos, mientras veía a Bella caminar por su lado ignorándolo, sus ojos desenfocados y sus mejillas rojas. Él frunció el ceño y de repente mi nombre se mezcló con maldiciones en sus pensamientos; no pude evitar sonreír abiertamente en respuesta a eso.

Mi mano me estaba hormigueando. La flexioné y luego la curvé en un puño, pero continuó como una picadura sin dolor.

No, no la había lastimado, pero tocarla había sido un error.

Se sentía como brasas hirviendo, como si una versión embotada de la quemazón por la sed se hubiese propagado a lo largo de mi cuerpo entero.

La próxima vez que estuviera cerca de ella, ¿Sería capaz de frenarme para no tocarla otra vez? ¿Y si la tocaba una vez más, sería capaz de detenerme allí?

Sin cometer más errores. Eso era todo. “Saboréalo en la memoria, Edward”, me dije gravemente, “y mantén tus manos para ti mismo”. Eso o tendría que obligarme a mí mismo a irme... de alguna manera. Porque no podía permitirme a mí mismo estar cerca de ella si insistía en cometer errores.

Respiré profundamente y traté de estabilizar mis pensamientos.

Emmet me alcanzó afuera del edificio de Inglés.

—Hola, Edward —«Se ve mejor. Raro, pero mejor. Feliz».

—Hola, Em —¿Me veía feliz? Supuse que a pesar del caos en mi cabeza me sentía de ese modo.

«Vaya manera de mantener tu boca cerrada, chico. Rosalie quiere desgarrarte la lengua».

Suspiré.

—Lo siento, te dejaré manejar eso solo. ¿Estás enojado conmigo?

—No. Rose lo superará. Esto iba a pasar de todos modos.

«Con lo que Alice vio que viene...»

La visión de Alice no era algo en lo que quisiera pensar ahora mismo. Miré fijamente hacia delante con los dientes apretados.

Mientras buscaba una distracción, capté un suspiro de alivio de Ben Cheney entrando al aula de Español delante de nosotros.

Ah, aquí estaba mi oportunidad para darle a Ángela Weber su regalo.

Me quedé parado y agarré el brazo de Emmett.

—Espera un segundo.

«¿Qué pasa?»

—Sé que no me lo merezco, pero ¿me harías un favor de todos modos?

—¿Qué favor? —preguntó curioso.

Por debajo de mi respiración y, a una velocidad que hubiera hecho las palabras incomprensibles para un humano, le expliqué lo que quería.



Me miró fijamente en blanco cuando terminé, con sus pensamientos en blanco como su rostro.

—¿Entonces?— le pregunté—. ¿Me ayudarás a hacerlo?

Le tomó un minuto responder.

—Pero, ¿por qué?

—Vamos, Emmett. ¿Por qué no?

«¿Quién diablos eres tú y qué has hecho con mi hermano?»

—¿No eras tú el que te quejabas de que la escuela era siempre lo mismo? ¿Esto es un poquito diferente, no? Considéralo como un experimento, un experimento con la naturaleza humana.

Se me quedó mirando por un momento antes de contestar.

—Bueno esto es diferente. Te doy la razón en eso... Bien, está bien— Emmett bufó y luego se encogió de hombros—. Te ayudaré.

Le sonreí de oreja a oreja sintiéndome más entusiasmado ahora porque me ayudaría. Rosalie era una molestia, pero siempre le debería una por haber elegido a Emmett, nadie nunca ha tenido un mejor hermano que el mío.

Emmett no tenía que practicar. Le susurré sus líneas por debajo de mi respiración una vez mientras caminábamos hacia dentro del salón.

Ben ya estaba sentado en su asiento detrás del mío, reuniendo su tarea para entregarla. Emmett y yo nos sentamos e hicimos lo mismo. El salón no estaba en silencio todavía; el murmullo de las conversaciones continuaría hasta que la Prof. Goff pidiera atención. Ella no tenía apuro evaluando los interrogatorios de la clase anterior.

—Entonces— dijo Emmett, su voz más fuerte de lo necesario—. ¿Ya invitaste a salir a Ángela?

El sonido de los papeles detrás mío se detuvo abruptamente cuando Ben fijó su atención repentinamente en nuestra conversación.

«¿Ángela? ¿Están hablando de Ángela?»

Bien, ya me estaba prestando atención.

—No —dije meneando la cabeza lentamente para aparentar estar apesadumbrado.

—¿Por qué no?— improvisó Emmet— ¿Nos estamos quedando sin coraje?

Le fruncí el ceño.

—No. Escuché que ella está interesada en otra persona.

«¿Edward Cullen iba a invitar a salir a Ángela? Pero... no. Esto no me gusta. No lo quiero cerca de ella. Él no le conviene. No es... seguro».

No había anticipado la caballerosidad, el instinto protector. Estaba preparado para los celos. Pero lo que sea que funcionara.

—¿Vas a dejar que eso te detenga?— preguntó Emmett con desdén, improvisando otra vez— ¿No soportas la competencia?

Le volví a fruncir el ceño. Usé lo que me dio.

—Mira, creo que a ella realmente le gusta este chico Ben. No la voy a intentar convencer de que cambie de opinión. Hay otras chicas.

La reacción en la silla detrás de mí fue eléctrica.

—¿Quién? —preguntó Emmett, volviendo al guión.

—Mi compañera de laboratorio dijo que era algún chico de apellido Cheney. No estoy seguro de quién sea.

Trate de no sonreír. Sólo los Cullens podrían alejarse fingiendo no conocer a todos los estudiantes de esta minúscula escuela.

La cabeza de Ben daba vueltas por la sorpresa.

«¿Yo? ¿Por encima de Edward Cullen? ¿Pero por qué yo le gustaría a ella?»

—Edward— murmuró Emmett en un tono más bajo, poniendo los ojos en blanco en dirección al chico—. Él está detrás de ti— articuló con los labios, pero obviamente el humano podría fácilmente leer las palabras.

—Oh —murmuré.

Giré en mi asiento y miré una vez al chico detrás de mí. Por un segundo, los ojos negros detrás de los anteojos estaban asustados; pero después se envaró y cuadro sus angostos hombros, afrontando mi clara evaluación. Su mentón se levantó y un rubor de enojo oscureció su piel marrón dorada.

—Ah —dije arrogantemente mientras me giraba hacia Emmett.

«Se cree que es mejor que yo. Pero Ángela, no. Se lo demostraré...»

Perfecto.

—¿No dijiste que ella iría al baile con Yorkie? —preguntó Emmett, bufando cuando dijo el nombre del chico a quién muchos despreciaban por su torpeza.

—Eso fue una decisión grupal aparentemente—quería asegurarme que Ben tuviera esto claro—. Ángela es tímida. Si B... Bueno, si el chico no se atreve a invitarla a salir, ella nunca se lo pediría a él.

—A ti te gustan las chicas tímidas —dijo Emmet, volviendo a la improvisación.

«Chicas calladas. Chicas como... no lo sé. ¿Quizás Bella Swan?»

Le hice una mueca.

—Exactamente— luego regresé a la actuación—. Quizás Ángela se canse de esperar. Quizás la invite al baile de graduación.

«No, no lo harás». Pensó Ben, enderezándose en la silla. «¿Entonces qué pasa si ella es mucho más alta que yo? Si a ella no le importa, entonces a mí tampoco. Ella es la chica más buena, inteligente y linda en esta escuela... y me quiere a mí».

Me agradaba este Ben. Se veía brillante y bueno. Quizás incluso valía la pena para una chica como Ángela.

Levanté mi pulgar hacia Emmett debajo del escritorio cuando la Prof. Goff se paró y saludó a la clase.

«Ok, lo admito, eso fue algo divertido», pensó Emmet.

Me sonreí a mí mismo, complacido de haber sido capaz de hacer avanzar una historia de amor. Estaba seguro de que Ben seguiría a través de esto, y Ángela recibiría mi regalo anónimo. Mi deuda estaba saldada.

¡Qué tontos eran los humanos, para dejar que quince centímetros de diferencia en la estatura confundieran su felicidad!

Mi éxito me puso de buen humor. Sonreí otra vez mientras me acomodaba en la silla y me preparaba para el entretenimiento. Después de todo, como Bella había señalado en el almuerzo, nunca la había visto en acción en su clase de Gimnasia.

Los pensamientos de Mike fueron los más fáciles de encontrar entre la burbuja de voces del gentío que atravesaba el gimnasio. Su mente se había vuelto tan familiar en las últimas semanas. Con un suspiro me resigné a escuchar a través de él. Al menos podía estar seguro de que le estaría prestando atención a Bella.

Llegué justo a tiempo de escucharlo ofreciéndose a Bella para ser su compañero de *bádminton*; mientras le hacía la sugerencia, otra clase de compañerismo con Bella pasó por su mente. Mi sonrisa se desvaneció, apreté los

dientes y tuve que recordarme que asesinar a Mike Newton no era una opción permitida.

—*Gracias Mike, no tienes por qué hacerlo, lo sabes.*

—*No te preocupes, me mantendré fuera de tu camino.*

Ambos se sonrieron y flashes de algunos accidentes, siempre de alguna manera conectados con Bella, pasaron por la cabeza de Mike.

Mike jugó sólo al principio, mientras que Bella dudaba en la mitad de la cancha, sosteniendo su raqueta cautelosamente, como si fuera una especie de arma capaz de explotar si se movía con demasiada brusquedad. El entrenador Clapp le ordenó a Mike que dejara jugar a Bella.

«Oh, oh». Pensó Mike mientras Bella avanzó hacia delante con un suspiro, sosteniendo su raqueta, en un ángulo extraño.

Jennifer Ford sirvió primero, lanzando el gallito directamente hacia Bella con una vuelta engreída en sus pensamientos. Mike vio a Bella tambalearse hacia él, balanceando la raqueta a yardas anchas de su objetivo, y él se apuró a intentar salvar el voleo.

Vi la trayectoria de la raqueta de Bella con alarma. Seguro de que rebotaría con la tensa red y la golpearía directo en la frente antes de terminar golpeando el brazo de Mike con sonoro *crack*.

«Ay. Ay. Ah. Eso me dejará un moretón».

Bella se amasaba la frente. Fue difícil quedarme en mi asiento, sabiendo que estaba herida. ¿Pero qué más podría hacer si estuviera allí? Y no parecía ser tan serio... vacilé, mirando.

El entrenador se rió.

—*Perdón, Newton* «esa chiquilla es la peor mala leche que jamás haya visto. No debería infligirla en los demás».

Dio la media vuelta deliberadamente y se movió para ver otro partido así Bella podría volver a su rol de espectador.

«Ay», pensó Mike otra vez, masajeándose el brazo. Se volvió hacia Bella—: ¿Estás bien?

—*¿Sí, y tú?* —preguntó ella avergonzada.

—*Creo que lo estaré.* «No quiero sonar como un bebé llorón. Pero, ¡Hombre, eso sí que duele!»

Mike giró su brazo en un círculo, haciendo una mueca de dolor.

—*Me quedaré ahí atrás* —dijo Bella. Vergüenza en vez de dolor en su rostro. Quizás Mike se llevó la peor parte. Ciertamente esperaba que ese fuera el caso. Al menos ella no estaba jugando más. Sostuvo cuidadosamente su raqueta detrás de su espalda, con sus ojos llenos de remordimiento... tuve que disfrazar mi risa, tosiendo.

«¿De qué te ríes?», preguntó Emmet.

—Te lo digo después —murmuré.

Bella no se aventuró a jugar nuevamente. El entrenador la ignoró y dejó que Mike jugara solo.

Terminé la tarea al final de la hora y la Prof. Goff me dejó salir temprano. Estaba escuchando intensamente a Mike mientras caminaba a través del campus. Estaba decidido a confrontar a Bella cerca de mí.

«Jessica jura que ellos están saliendo. ¿Por qué? ¿Por qué él tenía que elegirla a ella?»

Él no se daba cuenta que el verdadero fenómeno, era que ella me había elegido a mí.

—*Entonces.*

—*Entonces...¿qué? —preguntó ella.*

—*¿Tú y Cullen, eh? «Tú y el fenómeno. Supongo, si un chico rico es importante para ti...»*

Rechiné los dientes ante su degradante suposición.

—*No es de tu incumbencia, Mike.*

—*«Defensiva. Entonces es verdad. Maldición». No me gusta.*

—*No tiene por qué —replicó.*

«¿Por qué no puede ver qué espectáculo de circo es él? Como todos esos. El modo en que él la mira. Me da escalofríos».

—*Él te mira... como si fueras algo comestible.*

Me estremecí, esperando su respuesta

Su cara se tornó roja brillante y apretó sus labios como si estuviera conteniendo la respiración. Luego, de repente, una risa salió de sus labios.

«Ahora se está riendo de mí. Genial».

Mike se giró, con pensamientos hoscos y se alejó para cambiarse.

Me recosté en la pared del gimnasio y traté de recomponerme.

¿Cómo pudo haberse reído de la acusación de Mike?... Tenía tanta razón que me comencé a preocupar de que Forks se estuviera dando demasiada cuenta. ¿Cómo podía haberse reído de la sugerencia de que yo la podría matar, cuando ella sabía que era enteramente verdad?

¿Qué le pasaba?

¿Tenía un morboso sentido del humor? ¿Eso no cabía con mi idea de su carácter, pero cómo podría estar seguro? O quizás mi fantasía del tonto ángel era verdad en ese respecto: que ella no tenía sentido del miedo después de todo. Valiente, esa era la palabra para esto. Otros quizá dirían que es estúpida pero yo sabía cuán inteligente era. No importaba la razón, ¿era esta extraña carencia de miedo la que la ponía en peligro constantemente? Quizás ella siempre me necesitaría aquí...

Así como así, mi humor se elevó.

Si sólo pudiera disciplinarme, hacerme seguro para ella, entonces quizás sería correcto para mí: quedarme con ella.

Caminó a través de la puerta del gimnasio, con sus hombros rígidos y su labio inferior entre sus dientes otra vez, un signo de ansiedad. Pero tan pronto como sus ojos encontraron los míos, sus rígidos hombros se relajaron y una amplia sonrisa se extendió por su rostro. Era una extraña expresión de paz. Caminó hacia mí sin dudar, sólo deteniéndose cuando estaba tan cerca de mí como para que el calor de su cuerpo me golpeará como un maremoto.

—Hola —susurró.

La felicidad que sentí en ese momento fue, otra vez, sin precedente.

—Hola —dije y luego, porque mi humor de repente estaba tan ligero, no pude resistirme el tomarle el pelo, agregué—: ¿Cómo estuvo Gimnasia?

Su sonrisa titubeó.

—Bien.

Era una pésima mentirosa

—¿De verdad? —pregunté para discrepar, todavía estaba preocupado por su cabeza, ¿le dolía? Pero luego los pensamientos de Mike Newton eran tan altos que rompieron mi concentración.

«Lo odio. Desearía que se muriera. Espero que se caiga con su brillante auto por un barranco. ¿Por qué no la puede dejar en paz? Permanecer con los de su clase, con los fenómenos».

—¿Qué? —preguntó Bella.

Mis ojos la enfocaron. Miró a Mike y luego a mí.

—Newton me pone de los nervios —admití.

Su boca se abrió y su sonrisa desapareció. Debía haber olvidado que yo tenía el poder para mirar su calamitosa última hora o esperaba que yo no lo utilizara.

—¿Estuviste escuchando otra vez?

—¿Cómo está tu cabeza?

—¡Eres increíble! —dijo a través de sus dientes, dio la vuelta y se alejó de mí dirigiéndose al estacionamiento. Su piel se ruborizó de un rojo oscuro, estaba avergonzada.

Mantuve su paso, esperando que su enojo pasara rápido. Usualmente me perdonaba rápido.

—Tú fuiste quien mencionó que nunca te había visto en gimnasia— le expliqué—. Eso despertó mi curiosidad.

No respondió, sus cejas se juntaron.

Se detuvo de repente en el aparcamiento cuando se dio cuenta de la manera en que mi auto estaba bloqueado por una multitud de estudiantes.

«Me pregunto cuán rápido han ido en esto...»

«Mira esa palanca de cambios. Nunca he visto esto fuera de las revistas...»

«¡Lindas parrillas a los lados!»

«¡Desearía tener sesenta mil dólares botados por ahí...»

Esto era exactamente el porque Rosalie debía usar su auto fuera de la ciudad.

Atravesé la muchedumbre de chicos hacia mi auto, luego de un segundo de vacilación, Bella me siguió.

—Ostentoso —murmuré, mientras se subía.

—¿Qué tipo de auto es? —preguntó

—Un M3.

Frunció el ceño.

—No hablo el idioma *car and driver*.

—Es un BMW.

Puse mis ojos en blanco y luego me concentré en retroceder sin atropellar a ninguno. Tuve que mirar a los ojos a unos chicos que no se veían dispuestos a moverse de mi camino. Medio segundo después de mirarme a los ojos pareció ser suficiente para convencerlos.

—¿Todavía estás enojada? —le pregunté. Su ceño se había relajado.

—Definitivamente —respondió cortante.

Suspiré. Quizás no debería haber sacado el tema. Oh, bueno. Trataría de enmendarlo, supongo.

—¿Me perdonas si me disculpo?

Lo pensó por un momento.

—Quizás, si lo dices en serio— decidió—. Y si prometes no hacerlo otra vez.

No iba a mentirle, pero no había manera de que pudiera prometer eso. Quizás sí le hiciera otra oferta.

—¿Qué tal si me disculpo en serio y accedo a dejarte conducir este sábado? —me estremecí internamente ante ese pensamiento.

La arruga entre sus cejas se acentuó mientras consideraba la nueva oferta.

—Hecho —contestó después de un momento.

Ahora para mi disculpa... Nunca había intentado deslumbrar a Bella a propósito antes, pero ahora parecía un buen momento. La miré profundamente a los ojos mientras nos alejábamos de la escuela, preguntándome si lo estaba haciendo bien. Usé mi tono más persuasivo.

—Entonces, siento mucho haberte molestado.

Los latidos de su corazón se hicieron más fuertes que antes y el ritmo se transformó abruptamente en staccato. Sus ojos eran enormes. Se veía atónita.

Medio sonreí. Parecía que lo había hecho bien. Por supuesto, estaba teniendo un poco de dificultad en dejar de mirarla, también. Igualmente deslumbrado. Era algo bueno que tuviera este camino memorizado.

—Estaré en tu puerta el sábado temprano —agregué, finalizando el acuerdo.

Pestañeó rápidamente, sacudiendo su cabeza como si debiera aclararse.

—Uhm— dijo—. Que sin explicación un Volvo se quede en la carretera no me ayuda con Charlie.

¡Ah, qué poco me conocía aún!

—No tengo pensado llevar el auto.

—¿Cómo...? —empezó a preguntar.

La interrumpí. La respuesta solo traería otra ronda de preguntas.

—No te preocupes por eso. Estaré ahí sin auto.

Puso su cabeza de un lado y pareció que por un momento me iba a presionar por más información, pero luego pareció cambiar de opinión.

—¿Ya es más tarde? —preguntó, recordándome nuestra inacabada conversación de hoy en la cafetería.

Debí haberle respondido la otra pregunta. Esta era menos atractiva.

—Supongo que sí —acordé, poco dispuesto.

Estacioné frente de su casa, mientras pensaba cómo explicarle... sin hacer demasiado evidente mi monstruosa naturaleza, sin asustarla otra vez. ¿O estaba mal minimizar mi oscuridad?

Ella esperó con la misma expresión de interés amable que tenía en el almuerzo. Si hubiera estado menos ansioso, su aparente calma me habría hecho reír.

—¿Y todavía quieres saber por qué no puedes verme cazar? —pregunté.

—Bueno, más que nada me preguntaba el motivo de tu reacción —dijo.

—¿Te asustaste? —pregunté, seguro de que lo negaría.

—No.

Traté de no sonreír y fallé.

—Perdón por haberte asustado—, y luego mi sonrisa se desvaneció con mi momentáneo humor—. Fue sólo la idea de que estuvieras allí... mientras cazamos.

—¿Estaría mal? —preguntó.

La imagen mental fue demasiado, Bella, tan vulnerable en la vacía oscuridad; yo mismo, fuera de control... traté de desterrarlo de mi cabeza.

—Extremadamente.

—¿Por qué...?

Respiré profundo, concentrándome por un momento en la sed quemando mi garganta... Sintiéndola, manejándola, probando mi dominio sobre ella. Nunca más me controlaría. Quería dejar ese legado. Sería seguro para ella. Miré hacia las nubes sin verlas en realidad, deseando poder creer que mi determinación haría alguna diferencia si estuviera cazando cuando su esencia se cruzara en mi camino.

—Cuando cazamos... nos entregamos a nuestros sentidos—le dije, pensando cada palabra antes de decirla—, nos domina más el sentido del olfato. Si estuvieras cerca cuando pierdo el control así...

Sacudí mi cabeza con agonía ante el pensamiento de lo que habría; no que podría, que habría, seguramente pasado.

Escuché el acelerar de su corazón y luego me volví inquieto para leer sus ojos.

Bella tenía su cara compuesta, sus ojos eran tumbas. Su boca estaba presionada ligeramente en lo que adiviné era preocupación. Pero, ¿preocupación por qué? ¿Su propia seguridad? ¿Había alguna esperanza de que finalmente haya puesto las cosas claras? Continué mirándola, tratando de traducir su ambigua expresión a un hecho.

También me miró. Sus ojos se ensancharon un poco y sus pupilas se dilataron aunque la luz no había cambiado.

Mi respiración se aceleró y de repente la calma del auto pareció estar zumbando, como en la oscura aula de Biología esta tarde. La pulsante electricidad creció entre nosotros otra vez y mi deseo de tocarla fue por un breve momento, más fuerte que mi sed.

La fuerte electricidad me hizo sentir como si tuviera pulso otra vez. Mi cuerpo bailó con ella. Mientras pensaba en ser humano. Más que a nada en el mundo, quería sentir el calor de sus labios contra los míos. Por un momento, busqué desesperadamente para encontrar la fuerza, el control y ser capaz de poner mi boca cerca de su piel.

Rompió a respirar aceleradamente y me di cuenta que cuando yo empecé a respirar rápido, ella había dejado de respirar en absoluto.

Cerré mis ojos, tratando de romper la conexión entre nosotros.

No más errores.

La existencia de Bella estaba atada a miles de delicados balances químicos, tan fácilmente de interrumpir: La rítmica expansión de sus pulmones, el fluir de su respiración, era vida o muerte para ella. La agitada cadencia de su frágil corazón podría detenerse por tantos estúpidos accidentes o enfermedades o... por mí.

No creía que ningún miembro de mi familia, excepto Emmett, probablemente, hubiera dudado si le ofrecían una oportunidad para volver atrás, si pudieran cambiar la inmortalidad por la mortalidad otra vez. Rosalie y yo, Carlisle también, nos pararíamos sobre fuego por ello. Arder por todos los días o siglos que fuesen necesarios.

La mayoría de los de nuestra especie valoraba la inmortalidad por encima de todo. Había humanos que, incluso, soñaban con eso, aquellos que buscaban en los lugares más oscuros a quienes pudieran darles los regalos más negros.

No nosotros. No mi familia. Nosotros daríamos lo que fuera por ser humanos.

Pero ninguno de nosotros, ni siquiera Rosalie, estuvo tan desesperada de volver atrás como yo lo estaba ahora.

Abrí mis ojos y miré las pequeñas imperfecciones del parabrisas, como si hubiese alguna solución escondida en el imperfecto vidrio. La electricidad no se había debilitado y tenía que concentrarme en mantener mis manos al volante.

Mi mano derecha me empezó a picar sin dolor otra vez, donde la había tocado antes.

—Bella creo que deberías entrar ahora.

Me hizo caso, sin ningún comentario, saliendo del auto y cerrando la puerta al salir. ¿Sintió la potencia para el desastre como yo?

¿Le dolía irse, tanto como a mí me dolía dejarla ir? El único consuelo era que la vería pronto. Más pronto de lo que ella me vería a mí. Sonreí ante eso, luego bajé la ventana y me incliné para hablarle una vez más. Era seguro ahora, con el calor de su cuerpo afuera del auto.

Dio la vuelta para ver qué quería yo, curiosa.

Siempre tan curiosa, aunque había respondido casi todas sus tantas preguntas. Mi propia curiosidad estaba insatisfecha. Eso no era justo.

—Oh, ¿Bella?

—¿Sí?

—Mañana es mi turno.

Su frente se arrugó.

—¿Tu turno para qué?

—Hacer las preguntas —mañana cuando estuviésemos en un lugar más seguro, lleno de testigos, obtendría mis propias respuestas. Sonreí ante eso y luego me alejé porque no dio señales de moverse. Aún con ella fuera del auto, la electricidad zigzagueaba en el aire. Quería salir también, acompañarla hasta la puerta como una excusa para quedarme con ella.

No más errores. Presioné el acelerador y suspiré mientras ella desaparecía detrás de mí. Parecía como si siempre corría hacia Bella o corría lejos de ella, nunca quedándose en un lugar. Debía encontrar alguna manera de permanecer en un lugar si íbamos a tener algo de tranquilidad.

Mi casa parecía calmada y en silencio desde afuera mientras manejaba por un lado de ella, dirigiéndome hacia el garaje. Pero podía oír la confusión, tanto hablada en voz alta como pensada, que había adentro. Lancé una mirada significativa hacia mi auto favorito, todavía prístino, por ahora, mientras me dirigía a enfrentarme a la hermosa ogra debajo del puente. No pude ni siquiera hacer el pequeño camino desde el garaje hasta la casa antes de ser abordado.

Rosalie salió disparada por la puerta de enfrente tan pronto como mis pisadas fueron audibles. Se plantó en la base de las escaleras, sus labios hacia atrás mostrando los dientes.

Me detuve a veinte metros de ella sin ninguna agresión en mi postura. Sabía que merecía esto.

—Lo siento tanto, Rose —le dije incluso antes de que ella hubiese organizado su ataque de pensamientos. Probablemente no lograra decir mucho más.

Cuadró los hombros y levantó su barbilla.

«¿Cómo pudiste haber sido tan estúpido?»



Emmett bajó las escaleras lentamente a su lado. Sabía que si Rosalie me atacaba, Emmett se interpondría entre los dos. No para protegerme, sino para evitar que me provocara lo suficiente como para pelear con ella.

—Lo siento —dije de nuevo.

Pude darme cuenta de que estaba sorprendida por la falta de sarcasmo en mi voz, mi rápida capitulación. Pero aún estaba muy enojada para aceptar disculpas.

«¿Estás feliz ahora?»

—No —dije, el dolor en mi voz probaba mi punto.

«¿Entonces, por qué lo hiciste? ¿Por qué le dirías? ¿Sólo porque preguntó?»

Las palabras en sí no eran tan duras, era su tono mental el que estaba bordeado con puntas de aguja filosas. También, en su mente estaba el rostro de Bella, una caricatura del rostro que amaba. No importaba lo mucho que Rosalie me odiara en este momento, no había razón para odiar a Bella. Ella quería creer que ese odio era justificado, fundado simplemente en mi mal comportamiento, que Bella sólo era un problema porque ahora era un peligro para nosotros. Una regla rota. Bella sabía demasiado.

Pero podía ver cuán nublado estaba su juicio por los celos hacia la chica. Era aún más ahora que había encontrado a Bella más atractiva que a ella. Sus celos eran un foco cambiante y enredado. Bella tenía todo lo que Rosalie quería. Ella era humana. Tenía opciones. Rosalie estaba indignada de que Bella pusiera eso en peligro, de que coqueteara con la oscuridad cuando tenía otras opciones.

Rose pensó que incluso intercambiaría su rostro con el de la chica, que consideraba hogareño, si pudiera tener su humanidad en el trato.

Aunque Rosalie estaba tratando de no pensar estas cosas mientras esperaba por mi respuesta, no pudo mantenerlas enteramente fuera de su cabeza.

—¿Por qué?— demandó en voz alta después de que yo no dije nada. No quería que yo siguiera leyendo— ¿Por qué le dijiste?

—Realmente estoy sorprendido de que hayas sido capaz de hacerlo— dijo Emmett antes de que pudiera responder—. Raramente dices la palabra, incluso con nosotros. No es tu favorita.

Él estaba pensando en lo mucho que nos parecíamos Rose y yo en ese aspecto, como ambos evadíamos el título de la no vida que odiábamos. Emmett no tenía tales reservas.

¿Cómo hubiese sido sentirse del modo en que lo hacía Emmett? Ser tan práctico, tan libre de arrepentimientos. Ser capaz de aceptar tan fácilmente y seguir adelante.

Rose y yo seríamos personas más felices si pudiéramos seguir su ejemplo.

Ver nuestras similitudes tan claramente hizo aún más fácil el excusarme ante las agujas venenosas que Rose aún seguía pensando hacia mí.

—No te equivocas— dije a Emmett—. Dudo de que algún día pueda ser capaz de decirla yo mismo.

Emmett ladeó la cabeza hacia un lado. Detrás de él, dentro de la casa, pude sentir la sorpresa del resto de la audiencia. Sólo Alice no estaba sorprendida.

—¿Entonces, cómo?

—No exageres— dije sin mucha esperanza. Sus cejas se juntaron—. No fue una violación intencional. Es algo que probablemente debimos haber previsto.

—¿De qué estás hablando? —demandó.

—Bella es amiga del tataranieto de Efraín Black.

Rosalie se congeló de la sorpresa. Emmett, también, fue agarrado con la guardia baja. No estuvieron más preparados para la dirección que eso tomó que yo.

Carlisle apareció en el camino de entrada. Esto era ahora más que sólo una pelea entre Rosalie y yo.

—¿Edward? —preguntó.

—Debíamos haberlo sabido, Carlisle. Por supuesto, que los ancianos advertirían a la siguiente generación cuando volviéramos. Y por supuesto, la siguiente generación no daría crédito a nada de eso. Es una simple historia tonta para ellos. El chico que respondió a las preguntas de Bella no creía nada de lo que le estaba contando.

No estaba ansioso por la reacción de Carlisle. Sabía cómo respondería él. Pero estaba oyendo muy atentamente a la habitación de Alice ahora, para escuchar lo que pensaría Jasper.

—Tienes razón— dijo Carlisle—. Naturalmente se desarrollaría de esa manera—suspiró—. Es una mala suerte que la progenie de Efraín Black tenga una audiencia tan entendida.

Jasper escuchó la respuesta de Carlisle y estaba preocupado. Pero estos pensamientos fueron más sobre irse con Alice que a silenciar a los Quileute. Alice ya estaba viendo sus ideas para el futuro y se preparaba para refutarlas. No tenía intenciones de ir a ningún lado.

—Nada de mala suerte— dijo Rosalie entre dientes—. Es culpa de Edward que la chica sepa todo.

—Cierto— dije rápidamente—. Es mi culpa, lo lamento.

«Por favor», pensó Rosalie directamente hacia mí. «Suficiente con la rutina. Deja de hacerte el arrepentido».

—No estoy actuando— le dije—. Sé que es a mí a quien hay que culpar por todo eso. He hecho un enorme lío por todo esto.

—¿Te dijo Alice que estaba pensando en quemar tu auto, cierto?

Sonreí, más o menos.

—Lo hizo. Pero lo merezco. Si te hace sentir mejor, es todo tuyo.

Me miró durante un momento largo, pensando en seguir adelante con la destrucción. Probándome, a ver si estaba fanfarroneando.

Me encogí de hombros.

—Es sólo un juguete, Rose.

—Has cambiado —dijo entre dientes de nuevo.

Asentí.

—Lo sé.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el garaje. Pero era ella la que fanfarroneaba. Si no iba a lastimarme, no había sentido en hacerlo. De toda mi familia, era ella la que amaba los automóviles del mismo modo que yo. El mío era demasiado hermoso como para vandalizarlo sin motivos.

Emmett fue tras ella.

—No espero que me des ahora la historia completa.

—No sé de qué estás hablando —dije inocentemente. Puso los ojos en blanco y siguió a Rosalie.

Miré a Carlisle y articulé el nombre Jasper.

Él asintió. «Sí, puedo imaginarlo. Hablaré con él».

Alice apareció en la entrada.

—Te está esperando —le dijo a Carlisle. Carlisle le sonrió, un poco irónicamente. Aunque estábamos acostumbrados a Alice lo más que podíamos, a veces era rara. Carlisle le dio unas palmaditas a su cabello corto y negro al pasar a su lado.

Me senté en la parte alta de las escaleras y Alice se sentó a mi lado, ambos escuchando la conversación de arriba. No había tensión en Alice, ella sabía cómo iba a terminar. Me mostró y mi tensión también se desvaneció. El conflicto terminó antes de comenzar. Jasper admiraba a Carlisle tanto como cualquiera de nosotros y él era feliz siguiendo su liderazgo... hasta que pensaba que Alice podría estar en peligro. Descubrí que entendía la perspectiva de Jasper con más facilidad ahora. Era extraño lo mucho que no entendía antes de Bella. Ella me había cambiando más de lo que creía que era posible para mí cambiar y aún así, seguir siendo yo mismo.

# OTRA COMPLICACIÓN

NO SENTÍ LA USUAL CULPA CUANDO VOLVÍ A LA HABITACIÓN DE BELLA ESA noche, aunque sabía que debía. Pero se sentía como el camino correcto, la única cosa correcta por hacer. Estaba allí para quemar mi garganta lo más posible. Me entrenaría para ignorar su olor. Podía ser consumado. No dejaría que esto fuese una dificultad entre nosotros.

Era fácil decirlo. Pero sabía que esto ayudaría. Práctica. Aceptar el dolor, dejar que esa fuese la reacción más fuerte. Vencer el elemento de deseo completamente por mí mismo.

No había paz en los sueños de Bella y no había paz para mí, viéndola retorcerse sin descanso, escuchándola susurrar mi nombre una y otra vez. El impulso físico, esa química abrumadora del salón de clases a oscuras, era aún más fuerte en su habitación oscura como la noche. Aunque ella no era consciente de mi presencia, parecía que también la sentía.

Se despertó más de una vez. La primera vez no abrió los ojos; simplemente enterró la cabeza en la almohada y gimió. Eso era una buena suerte para mí, una segunda oportunidad que no merecía, ya que no la había usado bien y lo dejé como debía hacerlo. En vez de eso, me senté en el suelo en la esquina más oscura de la habitación, confiando en que sus ojos humanos no me pillaran aquí.

No me atrapó, incluso el momento que se levantó y fue al baño por un vaso de agua. Se movía con enojo, quizá frustrada porque el sueño aún la evadiera.

Deseé que hubiese alguna acción que pudiera tomar, como antes con la manta del gabinete. Pero sólo podía ver mientras me quemaba, inservible para ella. Fue un alivio cuando finalmente se hundió en una inconsciencia sin sueños.

Estaba en los árboles cuando el cielo se iluminó de blanco a gris. Contuve el aliento, esta vez para evitar que su olor escapara. Me negaba a que el aire puro de la mañana borrara el dolor de mi garganta.

Escuché el desayuno con Charlie, luchando de nuevo por encontrar las palabras en sus pensamientos. Era fascinante, podía adivinar las razones detrás de las palabras que decía en voz alta, casi sentir sus intenciones, pero nunca llegaban a ser oraciones completas del modo en que los pensamientos de todos los demás lo hacían. Me encontré deseando que sus padres aún estuvieran vivos. Hubiese sido interesante rastrear este rasgo genético más hacia atrás.

La combinación de sus pensamientos no articulados y sus palabras eran suficientes para mí para unir las piezas sobre su estado mental general de esa mañana. Estaba preocupado por Bella, física y emocionalmente. Se sentía igual de

preocupado porque Bella fuera sola a Seattle como yo, sólo que no tan maniáticamente. Entonces, de nuevo, su información no estaba tan actualizada como la mía; no tenía idea de la cantidad de llamadas cercanas a la muerte que había vivido recientemente.

Ella pensó en su respuesta para él cuidadosamente, pero no era técnicamente una mentira. No estaba planeando decirle sobre su cambio de planes, obviamente. O sobre mí.

Charlie también se preocupaba por el hecho de que ella no iba a ir al baile del sábado. ¿Le decepcionaba esto? ¿Se estaba sintiendo rechazada? ¿Eran los chicos de la escuela crueles con ella? Él se sentía inútil. Ella no lucía deprimida, pero sospeché que le escondería cualquier cosa negativa. Decidió llamar a su madre durante el día y pedirle un consejo.

Al menos, eso era lo que yo creía que él estaba pensando. Quizá haya malinterpretado algunas partes.

Fui por mi auto mientras Charlie sacaba la de él. Tan pronto como había conducido más allá de la esquina, me estacioné en la calle para esperar. Vi la cortina de su ventana moverse y luego escuché sus pasos tambaleándose bajando por las escaleras.

Me quedé en mi asiento, en lugar de salir y sostener la puerta para ella como debí haber hecho. Pero creí que era más importante mirar. Ella nunca actuaba del modo que yo esperaba y necesitaba ser capaz de anticipar correctamente; necesitaba estudiarla, aprender la manera en que se movía cuando se le dejaba a sus propios medios, tratar de anticipar sus motivaciones. Dudó un momento fuera del auto y luego entró con una pequeña sonrisa, un poco tímida.

Usaba un cuello de tortuga marrón café. No era ajustado, pero aún así se amoldaba más cerca de su figura y extrañé el suéter feo. Era más seguro.

Esto suponía que se trataba de sus reacciones, pero fui abruptamente abrumado por la mía. No sabía que me podía sentir tan en paz con todo lo que estaba colgando sobre nuestras cabezas, pero estar con ella era un antídoto para el dolor y la ansiedad.

Tomé un profundo respiro a través de mi nariz, no para cualquier dolor, y sonreí.

—Buenos días. ¿Cómo estás hoy?

La evidencia de su noche agitada era obvia en su rostro. Su piel traslúcida no escondía nada. Pero sabía que no se quejaría.

—Bien, gracias —dijo con otra sonrisa.

—Luces cansada.

Se esquivó, sacudiendo su cabello alrededor de su cara con un movimiento que parecía habitual. Oscureció parte de su mejilla izquierda.

—No podía dormir.

Le sonreí ampliamente.

—Yo tampoco.

Se rió y absorbí el sonido de su felicidad.

—Supongo que sí— dijo—. Supongo que sólo dormí un poquito más que tú.

—Apuesto a que sí.

Me miró a través de su cabello con los ojos brillando de un modo que reconocí: Curiosidad.

—¿Qué hiciste anoche?

Me reí por lo bajo, agradecido de no tener una excusa para mentirle.

—Ni lo pienses. Es mi turno de hacer las preguntas.

La pequeña marca de su ceño fundido reapareció entre sus cejas.

—Ah, es cierto. ¿Qué quieres saber?

Su tono era un poco escéptico, como si no pudiese creer que yo tuviese ningún interés real. Parecía no tener idea de lo curioso que era.

Había demasiadas cosas que no sabía. Decidí comenzar despacio.

—¿Cuál es tu color favorito?

Puso los ojos en blanco, dudando de mi nivel de interés.

—Cambia dependiendo del día.

—¿Cuál es tu color favorito hoy?

Lo pensó por un segundo.

—Probablemente el marrón.

Asumí que se burlaba de mí y mi tono cambió para igualar su sarcasmo.

—¿Marrón?

—Sí— dijo y luego estaba inesperadamente a la defensiva. Quizá debí haber esperado esto. No le gustaban los juicios—. El marrón es calidez. Extraño el marrón. Todo lo que debería ser marrón, los troncos de los árboles, las rocas, la tierra, está cubierto de verde aquí.

Su tono me recordó a sus quejas en sueños de la otra noche. Demasiado verde, ¿era a esto a lo que se refería? La miré, pensando en cuánta razón tenía. Honestamente, mirándola a sus ojos en ese momento, me di cuenta que el marrón también era mi favorito. No podía imaginar ninguna sombra más hermosa.

—Tienes razón— le dije—. El marrón es calidez.

Comenzó a ruborizarse un poco e inconscientemente a esconderse más detrás de su cabello. Con cuidado, preparándome para cualquier reacción, puse su cabello detrás de su hombro para así tener completo acceso a su rostro de nuevo. La única reacción fue un repentino incremento en su ritmo cardíaco.

Crucé hacia el estacionamiento de la escuela y paré en el lugar al lado del usual; Rosalie ya lo había tomado.

—¿Qué música está en tu reproductor de discos justo ahora? —pregunté mientras retorcí las llaves fuera del contacto del auto. Nunca me había confiado a mí mismo el acercarme tanto mientras ella dormía y la duda me molestaba.

Su cabello se inclinó hacia un lado mientras trataba de recordar.

—Oh, cierto— dijo—. Es *Linkin Park*. “*Hybrid Theory*”.

No era lo que esperaba.

Mientras sacaba el mismo disco de mi estuche de música, traté de imaginar qué significaba este álbum para ella. No parecía combinar con ninguno de los ánimos que he visto, pero entonces, había tanto que no sabía.

—¿De *Debussy* a esto? —pregunté. Ella miró la portada y no pude entender su expresión— ¿Cuál es tu canción favorita?

—Mmm— murmuró, aún viendo el arte de la portada—. ‘*With You*’, creo.

Revisé mentalmente toda la letra rápidamente.

—¿Por qué esa?

Sonrió un poco y se encogió de hombros.

—No estoy segura.

Bueno, eso no ayudó mucho.

—¿Tu película favorita?

Pensó en su respuesta por un breve momento.

—No estoy segura de poder escoger sólo una.

—¿Películas favoritas, entonces?

Asintió mientras salía del auto.

—Hmm. Definitivamente *Orgullo y Prejuicio*, la que dura seis horas, con Colin Firth. *Vértigo*. Y... *Monty Python y el Santo Grial*. Hay más... pero estoy en blanco...

—Dímelas cuando las recuerdes—le sugerí mientras caminábamos hacia su clase de Inglés—. Mientras consideras eso, dime cuál es tu olor favorito.

—Lavanda. O... quizá, el olor de la ropa limpia —estaba viendo hacia adelante, pero de pronto sus ojos voltearon hacia mí por un segundo y una rosa opaca cubrió sus mejillas.

—¿Hay más? —apunté. Preguntándome qué significaba esa mirada.

—No, sólo esas.

No estaba seguro de por qué omitiría parte de su respuesta a una pregunta tan simple, pero prefería pensar que lo había hecho.

—¿Qué tipo de dulce te gusta?

En esta estuvo muy decidida.

—Regaliz negro y Sour Patch Kids.

Sonreí a su entusiasmo.

Estábamos ante su salón de clases, pero ella dudó en la puerta. Yo tampoco tenía prisa por separarme.

—¿A dónde deseas viajar? —pregunté. Asumí que no iba a decirme que a la Comic-Con.

Inclinó su cabeza a un lado, sus ojos entrecerrados pensando. Dentro del salón. El Prof. Mason se aclaraba la garganta para llamar la atención de la clase. Ella estaba a punto de llegar tarde.

—Piénsalo y dame tu respuesta en el almuerzo —sugerí.

Sonrió abiertamente y caminó hacia la puerta, luego giró para mirarme. Su sonrisa se desvaneció y la v reapareció entre sus ojos.

Pude haberle preguntando qué estaba pensando, pero eso la hubiese retrasado y posiblemente meterla en problemas. Y pensé que lo sabía. Al menos, sabía cómo me sentía yo, dejando que esa puerta se cerrara entre nosotros.

Meforcé por sonreír con coraje. Ella entró cuando el Prof. Mason comenzaba la clase.

Caminé rápidamente hacia mi propia clase, sabiendo que pasaría el día ignorando todo a mí alrededor nuevamente. Estaba decepcionado, porque nadie habló con ella durante sus clases de la mañana, así que no hubo nada nuevo que aprender. Sólo destellos de ella mirando hacia el vacío, su expresión abstraída. El tiempo se arrastró mientras esperaba verla de nuevo con mis propios ojos.

Cuando salió de su clase de Matemáticas, ya estaba en mi lugar, esperándola. Los demás estudiantes miraron y especularon, pero Bella simplemente caminó rápidamente hacia mí y sonrió.

—*La Bella y la Bestia*—anunció—. Y *El Imperio Contraataca*. Sé que esa es la favorita de todos, pero... —se encogió de hombros.

—Por buenas razones —le aseguré.

Nos movimos. Ya se sentía natural acercarme, bajar mi cabeza para así estar más cerca de ella.

—¿Pensaste sobre mi pregunta sobre el viaje?

—Sí... creo que a la Isla del Príncipe Edward. *Ana de las Tejas Verdes*, ya sabes. Pero también me gustaría ver Nueva York. Nunca he ido a una ciudad que esté mayormente en vertical. Sólo sitios abiertos como Los Ángeles y Phoenix. Me gustaría intentar silbarle a un taxi—se rió—. Y luego, si pudiera ir a donde quisiera, me gustaría ir a Inglaterra. Ver todas las cosas de las que he leído.

Esto llevó a mi siguiente línea de interrogantes, pero quería acabarla antes de moverme a lo siguiente.

—Dime tus lugares favoritos en los que ya has estado.

—Ummm. Me gusta el muelle de Santa Mónica. Mi mamá dice que Monterrey es mejor, pero nunca llegamos tan lejos en la costa. Mayormente estuvimos en Arizona; no teníamos mucho tiempo de viajar y ella no quería desperdiciar todo su tiempo en un auto. Le gusta visitar lugares que supuestamente están embrujados: Jerome, los Doms, casi cualquier ciudad fantasma. Nunca vimos ningún fantasma, pero ella dijo que fue por mi culpa. Que era muy escéptica y los asustaba—se rió de nuevo—. Ella adora la Feria Ren, vamos a la del Cañón Dorado cada año... bueno, me perdí la de este año, supongo. Una vez vimos los caballos salvajes en el Río Salt. Eso fue genial.

—¿Cuál es el lugar más alejado de casa en el que has estado? —pregunté, comenzando a preocuparme un poco.

—Este, supongo— dijo—. Lo más lejos hacia el norte de Phoenix, de todos modos. Lo más lejos hacia el este: Albuquerque, pero era muy joven entonces, no me acuerdo. Lo más lejos hacia el oeste probablemente sea la playa de La Push.

De pronto se quedó callada. Me pregunto si estaba pensando en su última visita a La Push y todo lo que había descubierto ahí. Estábamos en la fila de la cafetería en este punto y rápidamente escogió lo que quería en vez de esperar a que yo le comprara de todo. También fue y pagó ella misma.

—¿Nunca has salido del país? —persistí una vez que llegamos a nuestra mesa. Parte de mí se preguntó si el sentarme aquí ya lo había hecho fuera de los límites para siempre.

—Aún no —dijo alegremente.

Aunque aún tenía 17 años de exploración, me sentí sorprendido. Y... culpable. Ha visto tan poco. Experimentado tan poco de lo que la vida tiene para ofrecer. Era imposible que supiera lo que quería de verdad justo ahora.

—*Gattaca*— dijo masticando un pedazo de manzana con una expresión pensativa. No había notado mi cambio de ánimo repentino—. Esa es buena, ¿la has visto?

—Sí, también me gusta.

—¿Cuál es tu película favorita?

Sacudí mi cabeza y sonreí.

—No es tu turno.

—De verdad, soy tan aburrida. Ya te debes haber quedado sin preguntas.

—Es mi día—le recordé—. Y no estoy para nada aburrido.

Ella frunció los labios como si hubiese querido discutir más sobre mi nivel de interés, pero luego sonrió. Supongo que realmente no me creía, pero decidió que sería justa al respecto. Este era mi día de hacer preguntas.

—Háblame de libros.

—No puedes hacerme escoger mi favorito —insistió casi con ferocidad.



—No lo haré. Cuéntame de todo lo que te gusta.

—¿Por dónde empiezo? Uhm, *Mujercitas*. Ese fue el primer libro grande que leí. Aún lo leo casi todos los días. Todo de Austen, aunque no soy gran fan de Emma...

Ya sabía de Austen, después de haber visto su muy usada antología el día que leyó afuera, pero me pregunté sobre la exclusión.

—¿Por qué no?

—Ay es que está tan llena de sí misma—sonreí y ella continuó sin incitación—. *Jane Eyre*. También leo ese muy seguido. Esa es mi idea de heroína. Cualquier cosa de cualquiera de las Brontë. *Matar a un Ruiseñor*, obviamente. *Fahrenheit 451*. Todas las *Crónicas de Narnia*, pero especialmente *El Viajero del Alba*. *Lo que el Viento se Llevó*. Douglas Adams y David Eddings y Orson Scott Cars y Robin McKinley. ¿Ya mencioné a L. M. Montgomery?

—Supuse tanto por tus esperanzas de viaje.

Ella asintió y luego pareció conflictuada.

—¿Quieres más o es demasiado?

—Sí— le aseguré—. Quiero más.

—Estos no están en ningún tipo de orden— me previno—. Mi mamá tiene un montón de libros de bolsillo de Zane Grey. Algunos de ellos son bastante buenos. Shakespeare, más que todo, las comedias—sonrió—. Ves, sin ninguna orden. Uhm, todo lo de Agatha Christie. Los libros de dragones de Anne McCaffrey... y hablando de grandes dragones, *Diente y Garra* de Jo Walton. *La Princesa Prometida*, mucho mejor que la película...—dio unos golpecitos a sus labios con su dedo—. Hay un millón más, pero estoy quedándome en blanco de nuevo.

Lucía un poco estresada.

—Eso es suficiente por ahora —había explorado más en la ficción que en realidad y me sorprendió que hablara de un libro que yo no había leído, tendría que encontrar una copia de *Diente y Garra*.

Podía ver elementos de las historias en su estructura, personajes que había moldeado el contexto de su mundo. Había un poco de Jane Eyre en ella, una porción de Scott Finch y Jo March, una medida de Elinor Dashwood y Lucy Pevensie. Estaba seguro de que encontraría más conexiones mientras aprendía más de ella.

Era como armar un rompecabezas, uno con cientos de miles de piezas y ninguna pista de la imagen completa que sirviera de guía. Requería mucho tiempo, con muchas pistas falsas, pero al final sería capaz de ver la imagen completa.

Interrumpió mis cavilaciones.

—*Pide al Tiempo que Vuelva*. Amo esa película. No puedo creer que no pensé en ella de inmediato.

No era una de mis favoritas. La idea de que los dos amantes sólo pudieran estar juntos en el cielo después de morir me rozó del lado equivocado. Cambié el tema.

—Háblame de la música que te gusta.

Se detuvo para tragar de nuevo. E, inesperadamente, se ruborizó.

—¿Qué va mal?

—Bueno, no... Soy súper musical, supongo. El disco de *Linkin Park* fue un regalo de Phil. Está tratando de actualizar mis gustos.

—¿Qué te interesaba antes de Phil?

Suspiró, levantando sus manos, rendida.

—Sólo escuchaba lo que mi mamá.

—¿Música clásica?

—A veces.

—¿Y las otras veces?

—Simon y Garfunkel. Niel Diamond. Joni Mitchell, John Denver. Ese tipo de cosas. Ella es como yo, escucha lo que su madre escuchaba. Le gusta cantar en nuestros viajes— de pronto, el hoyuelo asimétrico apareció con su risa amplia—. ¿Recuerdas esas definiciones de lo que daba miedo de las que hablamos antes?—se rió—. Hasta que no hayas oído a mi mamá y a mí tratando de llegar a las notas altas de la banda sonora del *Fantasma de la Ópera*, no sabrás lo que es el verdadero terror.

Me reí con ella, pero deseé poder ser capaz de ver y oír eso. Me la imaginé en una carretera brillante, atravesando el desierto con las ventanas abajo y el sol sacando el rojo brillante de su cabello. Deseaba poder saber cómo lucía su mamá, así mi imagen tendría mejor precisión. Quise estar ahí con ella, escucharla cantar mal, verla sonreír en el sol.

—¿Programa de televisión favorito?

—No veo mucha televisión.

Me pregunté si le daba miedo entrar en detalles, preocupada de nuevo de que me aburriera. Quizá unas pocas preguntas fáciles la relajarían.

—¿Coca-Cola o Pepsi?

—Dr. Pepper.

—¿Helado favorito?

—Masa de galleta.

—¿Pizza?

—De queso. Aburrido pero cierto.

—¿Equipo de fútbol?

—Um. ¿Paso?

—¿Basquetbol?

Se encogió de hombros.

—Realmente no soy una persona de deportes.

—¿Ballet u Ópera?

—Ballet, supongo. Nunca he ido a la ópera.

No estaba al tanto de que esta lista que estaba haciendo tenía un uso más allá de aprender y entender todo lo que pudiera de ella. También estaba aprendiendo cosas que quizá podrían satisfacerla. Regalos que podría darle. Lugares a los que podría llevarla. Pequeñas y grandes cosas. Era presuntuoso al extremo imaginar que alguna vez tendría ese nivel de importancia en su vida. Pero cómo lo deseaba...

—¿Cuál es tu piedra preciosa favorita?

—El topacio —dijo de un modo decidido, pero sus ojos de pronto se entrecerraron y un rubor llenó sus pómulos.

Hizo lo mismo cuando le pregunté por los olores. Lo dejé pasar esa vez, pero no ahora. Sabía que otra curiosidad así me atormentaría lo suficiente.

—¿Por qué eso te hace sentir... avergonzada? —no estaba seguro de que esa fuera la emoción correcta.

Negó con la cabeza rápidamente, comenzando a ver sus manos.

—No es nada.

—Me gustaría comprenderlo.

Negó con su cabeza de nuevo, aún negándose a mirarme.

—¿Por favor, Bella?

—Siguiente pregunta.

Ahora estaba desesperado por saber. Frustrado.

—Dime —insistí con rudeza. Me sentí avergonzado de inmediato.

No me miró. Enrolló un mechón de su cabello hacia adelante y hacia atrás entre sus dedos.

Pero finalmente respondió.

—Es el color de tus ojos hoy—admitió—. Supongo que si me preguntas dentro de dos semanas diré que el ónix.

Justo igual que mi color favorito ahora era el profundo marrón chocolate.

Sus hombros se desplomaron y de pronto reconocí su postura. Era la misma de ayer, cuando dudó en responder mi pregunta sobre si de verdad creía que ella se preocupaba más por mí que yo por ella. La puse de nuevo en la misma posición, de confirmar su interés por mí sin recibir ningún seguro a cambio.

Maldiciendo mi curiosidad, volví a mis preguntas. Quizá mi obvia fascinación por cada detalle de su personalidad la convencería del nivel obsesivo de mi interés.

—¿Qué tipo de flores prefieres?

—Uhm, dalias. Para la suerte. Lavanda y lilas por su fragancia.

—No te gusta ver deportes, pero ¿alguna vez jugaste en un equipo?

—Sólo en la escuela, cuando me obligaban.

—¿Tu madre nunca te inscribió en un equipo de fútbol?

Se encogió de hombros.

—A mi mamá le gusta mantener los fines de semana abiertos para aventuras. Fui Girl Scout por un tiempo, y una vez me puso en clases de danza, pero ese fue un error— levantó sus cejas como retándome a dudar de ella—. Creyó que sería conveniente porque estaba lo suficientemente cerca para caminar hasta ahí después de la escuela, pero lo que no era conveniente era si valía la pena el caos.

—¿Caos? ¿De verdad? —pregunté escéptico.

—Si tuviese el número de la Sra. Kamenev, ella podría corroborar mi historia.

De pronto levantó la mirada. Todos a nuestro alrededor, los demás estudiantes estaban recogiendo sus cosas. ¿Cómo había pasado tan rápido el tiempo?

Se levantó en respuesta a la conmoción y yo me levanté con ella. Recogiendo su basura en la bandeja mientras ella recogía su mochila. Se acercó como queriendo quitarme la bandeja.

—Yo lo hago —le dije.

Resopló en silencio, un poco exasperada. Aún no le gustaba que la cuidaran.

No podía concentrarme en mis preguntas aún no respondidas mientras caminábamos hacia Biología. Recordaba el día de ayer, preguntándome si la misma tensión, si el anhelo y la electricidad, estarían presentes hoy. Y así mismo, tan pronto como las luces se apagaron, el mismo anhelo abrumador volvió. Había posicionado mi silla más lejos de ella hoy, pero no ayudó.

Todavía estaba esa parte egoísta de mí discutiendo que sostenerle la mano no sería tan malo, incluso sugiriendo que quizá sería una buena manera de probar sus reacciones, para prepararme para estar solos. Traté de ignorar la egoísta voz y la tentación lo mejor que pude.

Podía decir que Bella también lo estaba intentando. Se inclinó hacia adelante, con la barbilla sostenida por sus brazos y pude ver sus dedos aferrándose debajo del

borde de la mesa tan fuertemente que sus nudillos estaban blancos. Me hizo preguntarme con cuál tentación estaba luchando precisamente. Hoy no me miró. Ni una sola vez.

También pude darme cuenta que había demasiado que no sabía de ella. Tanta que no podía preguntar.

Mi cuerpo estaba ligeramente inclinado hacia ella ahora. Me eché hacia atrás.

Cuando las luces se encendieron, Bella suspiró y, si tuviese que adivinar, habría dicho que su expresión era de alivio. ¿Pero alivio de qué?

Caminé a su lado hacia la siguiente clase, peleando la misma pelea interna del día anterior.

Se detuvo ante la puerta y me miró con sus claros y profundos ojos. ¿Qué es? ¿Expectación o confusión? ¿Una invitación o una advertencia? ¿Qué quería?

“Esta es solo una pregunta”, me dije a mí mismo mientras mi mano subía para alcanzarla bajo su propio dominio. “Otro tipo de pregunta”.

Tenso, sin respirar, dejé sólo que el dorso de mi mano acariciara un lado de su rostro, desde su sien hasta su mandíbula. Igual que ayer, su piel se volvió cálida debajo de mi toque, su corazón latió más rápido. Su cabeza se inclinó sólo una fracción de centímetro hacia mi caricia.

Esa fue otro tipo de respuesta.

Me alejé de ella rápidamente de nuevo, sabiendo que esta parte de mi autocontrol estaba comprometido, mi mano escocía del mismo modo indoloro.

Emmett ya estaba sentado cuando llegué al salón de Español. También lo estaba Ben Cheney. No fueron los únicos que notaron mi entrada. Pude escuchar la curiosidad de los demás estudiantes, el nombre de Bella junto al mío, las especulaciones...

Ben era el único humano que no pensaba en Bella, mi presencia lo hizo erizarse un poco, pero no estaba a la defensiva. Ya había hablado con Ángela y concertado una cita para este fin de semana. La recepción de su invitación fue cálida y él aún estaba viajando en esa emoción. Aunque él estaba al tanto de mis intenciones, era consciente de que yo había actuado como catalizador para su actual felicidad. Mientras me mantuviese lejos de Ángela, no tendría problemas conmigo.

Había incluso un rastro de gratitud también, aunque él no tenía idea de que ella no era exactamente el motivo de mis deseos. Parecía un chico inteligente, se elevó en mi estimación.

Bella estaba en Gimnasia, pero igual que en la segunda mitad de la clase de ayer, no participó. Sus ojos estaban distantes cada vez que Mike Newton volvía la vista para mirarla. Obviamente tenía la cabeza en otro lado. Mike adivinó que lo que sea que le dijera no sería bienvenido.

«Supongo que nunca tuve realmente una oportunidad», pensó medio resignado, medio osco. «¿Cómo pasó, para empezar? Fue como, de la noche a la mañana. Supongo que cuando Cullen quiere algo, no le toma demasiado tiempo conseguirlo». Las imágenes que siguieron, las ideas de lo que había conseguido, eran ofensivas. Dejé de escuchar.

No me gustaba su perspectiva. Como si Bella no tuviese poder de voluntad propio. Seguramente, ella tuvo la elección, ¿no es cierto? Si alguna vez me hubiese pedido que la dejara en paz, me hubiese dado la vuelta y caminado hacia el otro lado. Pero ella quería que me quedara, en ese momento y ahora.

Mis pensamientos volvieron para checar el salón de Español y en seguida giraron hacia la voz más familiar, pero mi mente estaba enredada alrededor de Bella como solía, así que por un momento no me di cuenta de lo que estaba escuchando.

Y luego mis dientes se cerraron de golpe tan fuertemente que incluso los humanos cerca de mí lo oyeron. Un chico miró a su alrededor buscando la fuente del sonido.

«Ups», pensó Emmett.

Doblé mis manos en puños y me concentré en quedarme en mi asiento.

«Lo siento, estaba tratando de no pensar en eso».

Miré hacia el reloj. Quince minutos antes de que pudiera golpearlo en la cara.

«No pretendía lastimar a nadie. ¡Hey!, me puse de tu lado, ¿no? Honestamente, Jasper y Rose sólo están siendo tontos, estando en contra de Alice. Es la apuesta más sencilla que he ganado».

Una apuesta sobre este fin de semana, sobre si Bella viviría o moriría.

Catorce minutos y medio.

Emmett se retorció en su asiento, bastante consciente de lo que significaba mi falta de emoción.

«¡Vamos, Ed! Sabes que no era serio. En fin, ni siquiera es sobre la chica. Tú sabes mejor que yo lo que sea que le pasa a Rose. Algo entre ustedes dos, supongo. Aún está molesta y no quiere admitir por nada del mundo que realmente está apostando por ti».

Él siempre le daba a Rosalie el beneficio de la duda y aunque sabía que yo era todo lo contrario, nunca le daría el beneficio de la duda, no creía que él tuviese razón esta vez. Rosalie estaría satisfecha de verme fallar en esto. Estaría feliz de ver las pobres decisiones de Bella recibir lo que ella percibía como lo que correctamente se merecían. Y aún así, estaría celosa de que el alma de Bella escapara a lo que sea que hubiese más allá.

«Y Jazz—bueno, ya sabes. Está cansado de ser el eslabón más débil. Eres algo así como demasiado perfecto con el autocontrol y se vuelve molesto. Carlisle es diferente. Admítelo, eres un poco raro».

Trece minutos.

Para Emmett y Jasper, esto era sólo un pequeño montón de arena pegajosa que había creado yo mismo. Fallara o no, para ellos, al final no era más que otra anécdota sobre mí. Bella no era parte de la ecuación, su vida era sólo otra marca en la apuesta que hicieron.

«No lo tomes personal».

¿Había otra manera? Doce minutos y medio.

«¿Quieres que me salga? ¡Lo haré!»

Suspiré y dejé que la rigidez de mi cuerpo se relajara.

¿Cuál era el punto en avivar mi furia? ¿Debería culparlos por su inhabilidad para entender? ¿Cómo podrían?

Cuán insignificante era todo. Enfurecedor sí, pero... ¿Me hubiese comportado diferente si no hubiese sido mi vida la que hubiese cambiado? ¿Si no hubiese sido sobre Bella?

Independientemente, no tenía tiempo para pelear con Emmett ahora. Estaría esperando a Bella cuando terminara con Gimnasia. Había muchas más piezas del rompecabezas que necesitaba descubrir.

Escuché el alivio de Emmett cuando caminaba hacia la puerta al primer sonido de la campana, ignorándolo.

Cuando Bella caminó a través de las puertas del gimnasio y me vio, una sonrisa cruzó por su rostro. Sentí el mismo alivio que tuve en el auto esta mañana. Todas mis dudas y tormentos parecían levantarse de mis hombros. Sabía aún que eran muy reales, pero el peso era mucho más llevadero cuando podía verla.

—Háblame de tu hogar— dije mientras caminábamos hacia el auto—. ¿Qué es lo que extrañas?

—Uhm... ¿De mi casa o de Phoenix? ¿O a qué te refieres?

—Todas esas.

Ella me miró como preguntándose si estaba hablando en serio.

—¿Por favor? —pregunté mientras le sostenía la puerta.

Levantó una ceja mientras se subía, aún dudando.

Pero cuando estuve dentro y estuvimos solos de nuevo, pareció relajarse.

—¿Has estado alguna vez en Phoenix?

Sonreí.

—No.

—Cierto—dijo—. Por supuesto. El sol.

Especuló un momento sobre eso en silencio.

—¿Crea algún tipo de problema para ti...?

—Así es —no iba a tratar de explicar esa respuesta. Era algo que tenía que ser visto para entenderlo. Además, Phoenix estaba un poco demasiado cerca de las tierras que el agresivo clan Sureño había reclamado, pero esa era una historia a la que tampoco quería ir.

Ella esperó, preguntándose si elaboraría mi respuesta.

—Cuéntame entonces de este lugar que nunca he visto —la insté.

Lo consideró por un momento.

—La ciudad en su mayoría es bastante plana, no hay más edificios que una o dos tiendas. Hay unos cuantos rascacielos bebés en el centro, pero eso está bastante lejos de donde yo vivía. Phoenix es enorme. Podrías manejar entre los suburbios todo el día. Mucho estuco y baldosas, y grava. Y no es todo suave y blando como aquí, todo es duro y la mayoría de las cosas tienen espinas.

—Pero te gusta.

Ella asintió con una sonrisa.

—Es tan... abierto. Puro cielo. Las cosas que llamamos montañas son sólo colinas—espinosas y duras colinas. Pero la mayoría del valle es un gran cuenco poco profundo y se siente como si estuviese lleno de luz del sol todo el tiempo—dijo ilustrando la forma con sus manos—. Las plantas son como arte moderno comparado con las de aquí con un montón de ángulos y bordes. La mayoría punzantes—otra sonrisa—. Pero también están todas abiertas. Incluso si hay hojas, sólo son cosas plumosas desperdigadas. Nada se puede esconder ahí. Nada impide que entre el sol.

Detuve el auto frente a su casa. En el lugar usual.

—Bueno, llueve ocasionalmente—corrigió—. Pero es diferente. Más emocionante. Con muchos truenos y relámpagos, y corrientes rápidas. No sólo una llovizna perenne. Y huele mejor allá por la creosota.

Conocía los arbustos que nunca eran verdes a los que se refería. Los había visto a través de la ventana del auto al sur de California. Sólo de noche. No había mucho que verles.

—Nunca he olido el aroma de la creosota —admití.

—Sólo huelen en la lluvia.

—¿Cómo es?

Ella lo pensó por un momento.

—Dulce y amargo a la vez. Un poco como a resina, un poco como a medicina. Pero eso suena mal. Huele a frescura. Como a desierto limpio—se carcajeó—. ¿Eso no es de ayuda, cierto?

—Al contrario. ¿Qué más me he perdido al no visitar Arizona?

—Saguaros, pero estoy segura de que has visto fotos.

Asentí.

—Son más grandes de lo que esperas, cuando los ves en persona. Toman a todos los novatos por sorpresa. ¿Has vivido en algún lugar con cigarras?

—Sí—me reí—. Estuvimos en Nueva Orleans por un tiempo.

—Entonces lo sabes—dijo—. Tuve un trabajo el verano pasado en un vivero. Los gritos, son como uñas rasgando una pizarra. Me volvía loca.

—¿Qué más?

—Ummm. Los colores son diferentes. Las montañas, colinas o lo que sean, son en su mayoría volcánicas. Muchas rocas púrpura. Son lo suficientemente oscuras para mantener bastante el calor del sol. También lo hace el asfalto. En el verano, nunca se enfría, freír un huevo en la acera no es un mito. Pero hay bastante verde por los campos de golf. Algunas personas mantienen céspedes también, aunque, creo que eso es una locura. En fin, el contraste en los colores es genial.

—¿Cuál es tu lugar favorito para pasar el tiempo?

—La librería—sonrió—. Si ya no me había expuesto como una nerd, creo que eso lo hace obvio. Siento como que he leído cada libro de ficción de la pequeña librería que había cerca de mi casa. El primer lugar al que fui cuando obtuve mi licencia fue la librería del centro. Podía haberme quedado a vivir allí.

—¿A dónde más?

—En el verano, íbamos a la piscina en el Parque Cactus. Mi mamá me inscribió en clases de natación ahí antes de que pudiera caminar. Siempre había noticias de bebés que se ahogaban y eso la aterró. En el invierno, íbamos al Parque Roadrunner. No es grande, pero tiene un pequeño lago. Navegábamos barcos de papel cuando era niña. Nada demasiado emocionante, como he tratado de decírtelo...

—Creo que suena encantador. No recuerdo mucho de mi infancia.

Su sonrisa juguetona se desvaneció y sus cejas se juntaron.

—Eso debe ser difícil y extraño.

Fue mi turno de encogerme de hombros.

—Es todo lo que sé. Ciertamente nada de qué preocuparse.

Se quedó callada por un largo rato, dándole vueltas a esto en su cabeza.

Esperé durante su silencio lo más que pude soportar antes de finalmente preguntar—: ¿En qué estás pensando?

Su sonrisa era más suave ahora.

—Tengo un montón de preguntas. Pero ya sé que...

Dijimos las palabras simultáneamente.

—Hoy es mi día.

—Hoy es tu día.

Nuestras risas se sincronizaron también y pensé en lo extrañamente fácil que era estar con ella de este modo. Lo suficientemente cerca. El peligro se sentía muy lejos. Estaba tan entretenido que casi me olvidaba del dolor en mi garganta, aunque no estaba embotado. Solo que no era tan interesante pensar en ello como en ella.

—¿Ya te vendí Phoenix o todavía no? —preguntó después de otro momento de silencio.

—Quizá necesite un poco más de persuasión.

Ella lo consideró.

—Hay este tipo de árbol de acacia, no sé cómo se llama. Luce igual que los otros árboles, medio muerto y espinoso— su expresión se llenó de pronto de anhelo—. Pero en la primavera, tiene estas flores amarillas, esponjosas que lucen como pompones— demostró el tamaño pretendiendo sostener una flor entre su pulgar y dedo índice—. Huelen... increíble. Como nada más. Realmente suave y delicado, te dará un suave rastro con la brisa y luego desaparece. Debí haberlo incluido en mis olores favoritos. Desearía que alguien hiciera una vela o algo.

—y luego, los atardeceres son increíbles—continuó, cambiando de tema abruptamente—, en serio, no verías nada remotamente parecido aquí— lo pensó por otro momento—. Incluso en mitad del día, el cielo, es lo que más destaca. No es azul como el cielo aquí, cuando puedes verlo si quieres. Es de un pálido más brillante. A veces es casi blanco y está por todas partes— enfatizó sus palabras con las manos, trazando un arco sobre su cabeza—. Hay mucho más cielo allí. Si te apartas de las luces de la ciudad solo un poco, puedes ver un millón de estrellas—sonrió con nostalgia—. De veras tienes que ir a verlo alguna noche.

—Te parece hermoso.

Asintió.

—No es para todo el mundo, supongo —hizo una pausa, pensativa, pero pude darme cuenta de que había más, así que la dejé pensar.

—Me gusta el... minimalismo—decidió—. Es un lugar de algún modo honesto. No esconde nada.

Pensé en todo lo que ella tenía escondido aquí y me pregunté si sus palabras significaban que estaba al tanto de eso, de la oscuridad invisible a mí alrededor. Pero me miró sin rastro de juzgar en sus ojos.

No agregó nada más y pensé, por el modo en que se tocaba ligeramente la barbilla que quizá estaba sintiendo que estaba hablando demasiado.

—Debes extrañarlo bastante —apunté.

Su expresión no se nubló del modo en que esperaba.

—Al principio, sí.

—¿Y ahora?

—Supongo que me estoy acostumbrando aquí —sonrió como si simplemente se estaba resignando al bosque y la lluvia.

—Cuéntame sobre tu hogar allá.

Se encogió de hombros.

—No es nada inusual. Estuco y baldosa, como dije. Un piso, tres habitaciones, dos baños. Lo que más extraño es mi pequeño baño. Compartirlo con Charlie es estresante. Grava y cactus afuera. Todo adentro es de los sesenta: la madera, el linóleo, la alfombra peluda, los estantes de fórmica color mostaza, los detalles. Mi mamá no es fan de las renovaciones. Dice que las cosas antiguas tienen carácter.



—¿Cómo es tu habitación?

Su expresión me hizo preguntarme si había una broma que no estaba captando.

—¿Ahora o cuándo vivía allá?

—¿Ahora?

—Creo que es un estudio de yoga o algo. Mis cosas están en el garaje.

La miré, sorprendido.

—¿Qué vas a hacer cuando vuelvas?

No parecía preocupada.

—Meteremos la cama de vuelta de algún modo.

—¿No había una tercera habitación?

—Ese es su cuarto de trabajo. Tomaría un acto de Dios hacer espacio allí para una cama —se rió alegremente. Habría pensando que estaba planeando pasar más tiempo con su madre, pero hablaba de su tiempo en Phoenix como si perteneciera al pasado en lugar del futuro. Reconocí la sensación de alivio que esto me causó pero traté de mantenerla apartada de mi rostro.

—¿Cómo era tu habitación cuando vivías allí?

Un rubor menor.

—Uhm. Desordenada. No soy muy organizada.

—Ni que lo digas.

De nuevo, me dio esa mirada de “me estás bromeando”. Pero cuando no reaccioné, continuó, imitando las formas con sus manos.

—Es un cuarto cerrado. Una cama doble en la pared del sur y un gabetero al norte debajo de la ventana. Con un pequeño y apretado pasillo en medio. Tenía un pequeño closet al que podía entrar, que hubiese sido genial si lo hubiese tenido lo suficientemente organizado como para poder entrar realmente. Mi habitación aquí es más grande, y menos desastrosa, pero eso es porque no he vivido lo suficiente aquí como para hacerla un serio desorden.

Mantuve mi expresión tranquila, escondiendo el hecho de que sabía muy bien cómo lucía su habitación de aquí y también mi sorpresa de que su habitación en Phoenix haya estado más desordenada.

—Uhm... —me observó para saber si quería más y asentí para darle coraje—. El ventilador del techo está roto, sólo funciona la luz, así que tenía un muy ruidoso ventilador sobre el gabetero. Sonaba como un túnel de viento en verano. Pero es mucho mejor para dormir que la lluvia de aquí. El sonido de la lluvia no es suficientemente consistente.

El pensamiento de la lluvia me hizo mirar al cielo y luego sorprenderme por la oscuridad de la luz. No podía entender el modo en que el tiempo se curvaba y comprimía cuando estaba con ella. ¿Cómo se había terminado ya nuestra asignación?

Ella malinterpretó mi preocupación.

—¿Terminaste? —preguntó sonando aliviada.

—Ni de cerca—le dije—. Pero tu padre llegará a casa pronto.

—¡Charlie!— jadeó, como si se hubiese olvidado de que él existía—. ¿Qué tan tarde es?—preguntó mirando el reloj del tablero.

Miré las nubes, aunque eran espesas, era obvio donde se estaría escondiendo el sol.

—El crepúsculo —dije. El momento en que salían los vampiros a jugar, cuando no teníamos que temer que una nube cambiante pudiera causarnos problemas, cuando podíamos realmente disfrutar las últimas reminiscencias de luz en el cielo sin preocuparnos de que nos expusiera.

Bajé la mirada para encontrarme con la suya llena de curiosidad, escuchando más de mi tono que de las palabras que dije.

—Es el momento más seguro del día para nosotros—expliqué—. El más seguro. Pero también, de cierto modo, el más triste... el final de otro día. El regreso de la noche—. Tantos años de noche. Traté de sacudir la pesadez de mi voz—. La oscuridad es muy predecible, ¿no crees?

—Me gusta la noche— dijo, llevando la contraria como era usual—. Sin la noche, nunca podríamos ver las estrellas— un ceño reorganizó sus rasgos—. Aunque tampoco es que puedas verlas mucho aquí.

Me reí de su expresión. Entonces, aún no estaba enteramente reconciliada con Forks. Pensé en las estrellas que describió en Phoenix y me pregunté si serían como las estrellas de Alaska, tan brillantes, claras y cercanas. Deseaba ser capaz de poder llevarla allí esa noche para que pudiera hacer la comparación. Pero ella tenía una vida normal que vivir.

—Charlie llegará en unos minutos— le dije. Podía escuchar un rastro de su mente, quizá a un kilómetro y medio de distancia, conduciendo lentamente hacia aquí. Su mente estaba en ella—. Así que a menos que quieras decirle que vas a salir conmigo el sábado...

Entendía que habían muchas razones por las que Bella no quería que su padre supiera de nuestra relación. Pero deseé... No sólo porque necesitara ese impulso extra para mantenerla a salvo, no sólo porque la amenaza para mi familia ayudara a controlar al monstruo, deseaba que... quería que su padre supiera. Que me quisiera siendo parte de la vida normal que vivía.

—Gracias, pero no gracias —dijo rápidamente.

Por supuesto que era un deseo imposible. Como muchos otros.

Comenzó a organizar sus cosas mientras se preparaba para irse.

—¿Entonces es mi turno mañana? —preguntó. Me miró con ojos brillantes y curiosos.

—¡Ciertamente, no! ¿Acaso dije que había terminado?

Frunció el ceño, confundida.

—¿Qué más falta?

Todo.

—Ya te enterarás mañana.

Charlie se estaba acercando. Me acerqué a ella para abrirle la puerta y escuché su corazón comenzando a latir con fuerza y disparejo. Nuestros ojos se encontraron y de nuevo, parecía una invitación. ¿Podía permitirme tocar su rostro sólo una vez más?

Y luego me congelé con la mano en la perilla de su puerta.

Otro auto estaba cruzando la esquina. No era el de Charlie; él aún estaba a dos calles, así que presté un poco de atención a estos pensamientos desconocidos que se acercaban, asumí, a otra casa de esa calle.

Pero una palabra captó mi atención.

“Vampiros”.

«Debería ser lo suficientemente seguro para el chico. No hay razones para cruzarnos con ningún vampiro aquí, pensó la mente. Incluso si este territorio es neutral. Espero haber tenido razón en traerlo al pueblo».

¿Cuáles eran las probabilidades?

—Nada buenas.

—¿Qué pasa? —preguntó, ansiosa mientras procesaba el cambio en mi rostro.

No había nada que pudiera hacer ahora. Qué suerte tan podrida.

—Otra complicación —admití.

El auto giró hacia la corta calle, dirigiéndose directamente a la casa de Charlie. Las luces iluminaron mi auto y escuché una joven y entusiasta reacción desde la otra mente dentro del viejo Ford Tempo.

«¡Vaya! ¿Es ese un S60 R? Nunca había visto uno en la vida real. Genial. Me pregunto quién maneja uno de esos por aquí. Divisor frontal pintado a medida después de comprado... semi-resbaladizas... esa cosa debe abrir en dos la carretera. Debo echarle un vistazo al escape...»

No me concentré en el chico, aunque sabía que hubiese disfrutado de su interés experto otro día. Abrí su puerta, lo más abierta que pude y luego me retiré, inclinándome hacia las luces, esperando.

—Charlie está cruzando la esquina —le advertí.

Ella saltó rápidamente hacia la lluvia, pero no hubo tiempo de que entrara antes de que nos vieran juntos. Ella cerró la puerta, pero luego dudó, mirando hacia el auto que se acercaba.

El auto se detuvo frente al mío, sus luces frontales brillando directamente hacia mí.

Y de pronto, los pensamientos del hombre adulto estaban gritando de sorpresa y miedo.

«¡Un frío! ¡Vampiro! ¡Cullen!»

Miré por el parabrisas encontrándome con su mirada.

No había manera de que encontrara un parecido de él con su bisabuelo; nunca vi a Efraín en su forma humana. Pero este era Billy Black, sin duda, con su hijo Jacob.

Como si confirmara mi asunción, el chico se inclinó hacia adelante con una sonrisa.

«¡Oh, es Bella!»

Una pequeña parte de mí notó eso, sí, ella había hecho un daño definitivo durante su investigación en La Push.

Pero estaba en su mayoría concentrado en el padre, el que sabía.

Él estuvo en lo correcto antes, este era territorio neutral. Tenía el mismo derecho de estar aquí como él y él lo sabía. Pude verlo en la expresión estrecha y aterrada de su rostro y su mandíbula apretada.

«¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué debería hacer?»

Habíamos estado en Forks por dos años; nadie había salido lastimado. Pero su horror no podría haber sido más fuerte si hubiésemos matado una víctima cada día.

Lo miré, mis labios se separaron sólo un poco, exponiendo mis dientes en respuesta automática a la hostilidad.

No hubiese sido de ayuda ponerme a su defensiva. Carlisle no estaría contento si hacía algo para preocupar al hombre. Sólo podía esperar que se adhiriera a nuestro tratado mejor de lo que había hecho su hijo.

Retrocedí, el chico apreciando el sonido de mis neumáticos, legales para las calles sólo en el grado más mínimo, mientras chirriaban contra el pavimento húmedo. Volteó para analizar el escape mientras manejaba lejos.

Pasé a Charlie mientras daba vuelta en la esquina, desacelerando de inmediato cuando notó mi velocidad con el ceño fruncido seriamente. Él continuó hacia su casa y pude escuchar la sorpresa apagada en sus pensamientos, sin palabras pero clara, mientras veía hacia el auto que esperaba frente a su casa. Olvidó al Volvo plateado que había visto acelerado.

Me detuve dos calles arriba y detuve mi auto sin obstruir junto al bosque entre dos lotes abiertos. En un segundo estuve empapado, escondiéndome en las gruesas ramas del abeto que asomaba por su patio, el mismo lugar donde me escondí aquel primer día soleado.

Era difícil seguir a Charlie. No escuché nada preocupante en sus vagos pensamientos. Sólo entusiasmo, debía de estar feliz de ver a sus visitantes. Nada había sido dicho para molestarlo... aún.

La cabeza de Billy era una masa hirviente de preguntas cuando Charlie lo saludó y lo invitó a entrar. Hasta donde pude ver, Billy no había tomado ninguna decisión. Estaba complacido de oír pensamientos sobre el tratado mezclados con su agitación. Con suerte, eso ataría su lengua.

El chico siguió a Bella cuando ella escapó a la cocina. Ah, su amor ciego era muy claro en cada pensamiento. Pero no era difícil oír su mente, igual que lo era con Mike Newton y sus otros admiradores. Pura y abierta. Me recordó un poco a la de Ángela, sólo que no tan recatada. De pronto sentí algo de pena porque este chico en particular hubiese nacido como mi enemigo. Él era ese tipo raro de mente a la que era fácil entrar. Sosegado, casi.

En el cuarto de enfrente, Charlie había notado la abstracción de Billy, pero no preguntó. Había algo de tensión entre ellos, un viejo desacuerdo de vieja data.

Jacob le estaba preguntado a Bella por mí. Una vez que escuchó mi nombre, se rió.

—Supongo que eso lo explica, entonces—dijo—. Me preguntaba por qué mi papá actuaba tan extraño.

—Así es— respondió Bella con inocencia exagerada—. A él no le gustan los Cullen.

—Viejo supersticioso —murmuró el chico.

Sí, debimos haber previsto que sería de este modo. Por supuesto que los más jóvenes de la tribu verían sus historias como mitos, embarazosos, graciosos, incluso más, sólo porque los ancianos se lo tomaban muy en serio.

Se reunieron con sus padres en la sala. Los ojos de Bella estaban siempre en Billy mientras él y Charlie veían televisión. Ella parecía como si, igual que yo, estuviese esperando una infracción.

Ninguna llegó. Los Black se fueron antes de que se hiciera muy tarde. Era noche de escuela, después de todo. Los seguí a pie de regreso hasta la línea entre nuestros territorios, sólo para estar seguro de que Billy no le pidiera a su hijo que diera la vuelta. Pero sus pensamientos aún seguían confundidos. Había nombres que no conocía, personas a las que les consultaría esta noche. Incluso si continuaba en pánico, él sabía lo que dirían los ancianos. Ver a un vampiro cara a cara lo había inquietado, pero no cambió nada.

Mientras pasaban el punto hasta donde pude oírlos, me sentí plenamente seguro de que no había ningún peligro nuevo. Billy seguiría las reglas. ¿Qué opción tenía? Si rompíamos el tratado, no había nada que los ancianos pudieran hacer al respecto. Habían perdido sus dientes. Si ellos rompían el tratado... bueno, éramos incluso más fuertes que antes. Siente en lugar de cinco. Seguramente eso los haría ser cuidadosos.

Aunque Carlisle nunca nos permitiría hacer cumplir el tratado de esa manera. En vez de irme directo de vuelta a casa de Bella, decidí hacer una pequeña parada por el hospital. Mi padre tenía hoy el turno de noche.

Pude oír sus pensamientos en la sala de emergencia. Estaba examinando a un conductor de un camión repartidor de Olympia con una profunda herida punzante en su mano. Caminé hacia el lobby, reconociendo a Jenny Austin en su escritorio. Estaba ocupada en una llamada con su hija adolescente y prácticamente ni notó mi 'hola' cuando la pasé.

No quise interrumpir, así que sólo pasé de largo a la cortina detrás de la que se escondía Carlisle y continué hacia su oficina. Él reconocería el sonido de mis pisadas, que iban sin compañía del latido de un corazón, y luego mi olor. Sabría que quería verlo y que no era una emergencia.

Se me unió en su oficina sólo unos momentos después.

—¿Edward, está todo bien?

—Sí, sólo quería que supieras de inmediato que Billy Black me vio en casa de Bella hoy. No le dijo nada a Charlie, pero...

—Ummm— dijo Carlisle. «Hemos estado aquí por bastante tiempo, sería desafortunado si la tensión crece de nuevo».

—Probablemente no es nada, él simplemente no estaba preparado para estar a dos metros de un "frío". Los demás lo calmaran. Después de todo, ¿Qué pueden hacer al respecto?

Carlisle frunció el ceño.

«No deberías pensar de esa manera».

—Aunque hayan perdido a sus protectores, no corren ningún peligro por nuestra parte.

—No. Por supuesto que no.

Él negó con la cabeza lentamente, pensando en el mejor camino que tomar. No parecía haber uno, no más que ignorar este desafortunado encuentro. Yo ya había llegado a la misma conclusión.

—¿Vendrás... a casa pronto? —preguntó Carlisle de pronto.

Sentí vergüenza tan pronto como vocalizó la pregunta.

—¿Está Esme muy molesta conmigo?

—No molesta contigo... por ti. Sí. «Está preocupada. Te extraña».

Suspiré y asentí. Bella estaría a salvo dentro de su casa por unas cuantas horas. Probablemente.

—Iré a casa ahora.

—Gracias, hijo.

Pasé el final de la tarde con mi madre, dejándola ocuparse un poco de mí. Me hizo cambiarme por ropa seca, más para proteger los pisos en los que había pasado tanto tiempo trabajando que otra cosa. Los otros se habían ido y vi que esto era lo que ella había pedido; Carlisle había llamado antes. Aprecié el silencio. Nos sentamos al piano juntos y toqué mientras hablábamos.

—¿Cómo estás, Edward? —fue su primera pregunta. No era una duda casual. Ella estaba ansiosa por mi respuesta.

—Yo... no estoy completamente seguro—le dije honestamente—. Son altos y bajos.

Ella escuchó las notas por un momento, ocasionalmente tocando una tecla que armonizara con la melodía.

«Ella te causa dolor».

Negué con la cabeza.

—Yo causo mi propio dolor. No es su culpa.

«Tampoco es tu culpa».

—Soy lo que soy.

«Y esa no es tu culpa».

Le sonreí sin humor.

—¿Culpas a Carlisle?

«No, ¿Tú?»

—No.

«¿Entonces por qué culparte a ti mismo?»

No tenía una respuesta preparada. De verdad, no resentía a Carlisle por lo que había hecho y aún así... ¿No tenía alguien que cargar con la culpa? ¿No era esa persona yo mismo?

«Odio verte sufrir».

—No todo es sufrimiento —no todavía.

«Esta chica... ¿Te hace feliz?»

Suspiré.

—Sí... cuando me interpongo. Sí que lo hace.

—Entonces, eso está bien —parecía aliviada. Mi boca se torció.

—¿Lo está?

Estaba en silencio, sus pensamientos analizando mis respuestas, imaginando el rostro de Alice, pensando en sus visiones. Estaba al tanto de la apuesta y también, que sabía de ella. Estaba molesta con Jasper y Rose.

«¿Qué significaría para él si ella muere?»

Me estremecí, fallando mis dedos en las teclas del piano.

—Lo siento—dijo rápidamente—. No pretendía...

Negué con la cabeza y ella se quedó en silencio. Miré mis manos, frías y en ángulos rectos, inhumanas.

—No sé cómo...—susurré—. Cómo superar eso. No puedo ver nada... nada superior.

Ella puso sus brazos alrededor de mis hombros, uniendo sus dedos en un fuerte nudo.

—Eso no va a pasar. Sé que no.

—Desearía poder estar seguro.

Miré sus manos, más parecidas a las mías, pero no. No podía odiarlas del mismo modo. Eran de piedra, también pero no... no las manos de un monstruo. Eran manos de madre, amables y delicadas.

«Estoy segura. No la lastimaras».

—Así que has puesto tu dinero con Alice y Emmett, ya lo veo.

Desató sus manos para golpearme ligeramente en los hombros.

—Esto no es un asunto de broma.

—No, no lo es.

«Pero cuando Jasper y Rosalie pierdan, no me molestaría si Emmett los molesta un poco».

—Dudo de que te decepcione en eso.

«Tampoco me decepcionarás tú, Edward. Oh, mi hijo, cuánto te amo. Cuando pase la parte difícil... voy a estar muy feliz, lo sabes. Creo que voy a amar a esta chica».

La miré con las cejas levantadas.

—¿No serías tan cruel como para mantenerla alejada de mí, no?

—Ahora sueñas como Alice.

—No sé por qué la desafías en todo. Es más fácil aceptar lo inevitable.

Fruncí el ceño pero comencé a tocar de nuevo.

—Tienes razón— dije después de un momento—. No la lastimaré.

Ella mantuvo sus brazos a mí alrededor y luego de varios minutos apoyé mi cabeza contra la coronilla de la suya. Suspiró y me abrazó más fuerte. Me hizo sentir vagamente infantil. Como le había dicho a Bella, no tengo memorias de haber sido un niño, nada concreto. Pero había una cierta memoria sensorial en la sensación de sus brazos a mí alrededor. Mi primera madre debía de haberme sostenido; debía de haberme consolado del mismo modo.

Cuando terminó la canción, suspiré y me enderecé.

«¿Irás con ella ahora?»

—Sí.

Frunció el ceño, confundida.

«¿Qué haces toda la noche?»

—Pensar... y quemarme. Y escuchar.

Ella tocó mi garganta.

—No me gusta que esto te cause dolor.

—Esa es la parte más sencilla. No es nada, de verdad.

«¿Y la parte más difícil?»

Pensé en ella por un minuto. Habían un montón de respuestas que podían ser ciertas, pero una se sentía la más honesta.

—Creo que... el no poder ser humano con ella. Que la mejor versión es la versión imposible—sus cejas se juntaron—. Todo estará bien, Esme.

Era muy fácil para mí mentirle. Era el único que podía alguna vez mentir en esta casa.

«Sí, lo estará. Ella no podría estar en mejores manos».

Me reí, de nuevo, sin humor. Pero trataría de probar que mi madre tenía razón.

# MÁS CERCA

ESTA NOCHE, LA HABITACIÓN DE BELLA SE ENCONTRABA APACIBLE. Incluso la lluvia pesada, que usualmente la ponía inquieta, no la perturbó. A pesar del dolor, yo también estaba en paz, más tranquilo que en mi propia casa con los brazos de mi madre a mí alrededor. Bella murmuró mi nombre mientras dormía, como solía hacerlo y sonrió mientras lo decía.

Por la mañana, Charlie mencionó su estado de ánimo alegre durante el desayuno y fue mi turno de sonreír. Al menos, la hacía feliz también.

Se subió a mi coche rápidamente hoy, con una amplia y ansiosa sonrisa, pareciendo tan hambrienta de estar juntos como yo.

—¿Cómo has dormido? —le pregunté.

—Bien. ¿Qué tal fue tu noche?

Sonreí.

—Placentera.

Frunció los labios.

—¿Puedo preguntarte qué hiciste? —me imaginaba cuál sería mi nivel de interés si tuviera que pasar ocho horas inconsciente, totalmente inconsciente de ella. Pero no estaba listo para responder esa pregunta ahora... o tal vez nunca.

—No. Hoy sigue siendo mío.

Suspiró y puso los ojos en blanco.

—No creo que haya nada que ya no te haya contado.

—Cuéntame más sobre tu madre.

Era uno de mis temas favoritos, porque obviamente era uno de los suyos.

—Está bien. Uhm, mi mamá es un poco... salvaje, ¿supongo? No como un tigre es salvaje, como un gorrión, como un ciervo. Simplemente, ¿no le va bien en las jaulas? Mi abuela, que era totalmente normal, por cierto, y no tenía idea de dónde venía mi madre; solía llamarla fuego fatuo. Tenía la sensación de que criar a mi madre durante su adolescencia no fue un juego de niños. De todos modos, es bastante difícil para ella quedarse en un lugar por mucho tiempo. Llegar a vagar con Phil sin un destino final seguro en mente... bueno, creo que es lo más feliz que la he visto. Sin embargo, se esforzó mucho por mí. Con aventuras de fin de semana y constantemente cambiando de trabajo. Hice lo que pude para liberarla de todas las cosas mundanas. Me imagino que Phil hará lo mismo. Me siento como... una especie de mala hija. Porque estoy un poco aliviada, ¿sabes?— hizo una mueca de disculpa, levantando sus palmas—. Ella ya no tiene que quedarse en un lugar por mí. Eso es quitarse un peso. Y luego Charlie... nunca pensé que él me necesitara, pero realmente lo hace. Esa casa está demasiado vacía para él.



Asentí pensativamente, examinando esta mina de información. Ojalá pudiera conocer a esta mujer que había moldeado gran parte del carácter de Bella. Una parte de mí hubiera preferido que Bella hubiera tenido una infancia más fácil y tradicional, que hubiera podido llegar a ser niña. Pero no habría sido la misma persona y, realmente, no parecía resentida de ninguna manera. Le gustaba ser la cuidadora, le gustaba que la necesitaran.

Quizás este fue el verdadero secreto de por qué se sintió atraída por mí. ¿Existía alguien más que la haya necesitado tanto?

La dejé en la puerta de su salón de clases y la mañana pasó como el día anterior. Alice y yo caminamos como sonámbulos durante la hora de Gimnasia. Vi el rostro de Bella a través de los ojos de Jessica Stanley de nuevo, notando, como lo hizo la chica humana, lo poco que Bella parecía estar en el salón de clases.

«Me pregunto por qué Bella no quiere hablar de eso». Jessica se preguntó. «Manteniéndolo para ella, supongo. A menos que haya dicho la verdad antes, y en realidad no esté sucediendo nada». Su mente repasó las negaciones de Bella el miércoles por la mañana, no es así, cuando Jessica le preguntó sobre los besos, y su inferencia de que Bella se veía decepcionada.

«Eso sería como una tortura», pensó Jessica ahora. «Mira, pero no toques».

La palabra me sobresaltó.

¿Cómo tortura? Obviamente una exageración, pero... ¿tal cosa realmente causaría dolor a Bella, sin importar cuán pequeño era? Seguramente no, conociendo cómo era la realidad de la situación. Fruncí el ceño y capté la mirada interrogante de Alice. Negué con la cabeza hacia ella.

«Se ve bastante feliz», pensaba Jessica, mirando a Bella mientras ella miraba a través de las ventanas del triforio con los ojos desenfocados. «Debe haber estado mintiendo. O ha habido nuevos desarrollos».

«¡Oh!» La repentina quietud de Alice me alertó al mismo tiempo que su exclamación mental. La imagen en su mente era de la cafetería en una fecha próxima y...

«Bueno, ¡ya era hora!» Pensó, rompiendo en una enorme sonrisa.

Las imágenes se desarrollaron: Alice de pie detrás de mi hombro en la cafetería hoy, frente a Bella. La muy breve introducción. Aún no se había resuelto cómo empezó. Vaciló, dependiendo de algún otro factor. Pero sería pronto, si no hoy.

Suspiré, distraídamente golpeando el gallito a través de la red. Volaba mejor de lo que hubiera ido si mi atención hubiera estado concentrada; marqué un punto cuando el entrenador hizo sonar su silbato para finalizar la clase. Alice ya se estaba moviendo hacia la puerta.

«No seas tan bebé. No es mucho. Y ya veo que no me detendrás».

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

—No, no será mucho —estuve de acuerdo en voz baja mientras caminábamos juntos.

—Puedo ser paciente. Pasos de bebé.

Puse los ojos en blanco.

Siempre era un alivio cuando podía dejar atrás los puntos de vista secundarios y ver a Bella por mí mismo, pero todavía estaba pensando en las suposiciones de Jessica cuando Bella entró por la puerta del salón. Ella esbozó una amplia y cálida sonrisa y a mí también me pareció que estaba muy feliz. No debería preocuparme por imposibilidades cuando no la estaban molestando a ella.

Había una línea de preguntas que me había resistido a abrir hasta ahora. Pero con los pensamientos de Jessica aún en mi cabeza, de repente sentí más curiosidad que aversión.

Nos sentamos en la que ahora era nuestra mesa habitual y picó la comida que le había conseguido; hoy había sido más rápido que ella.

—Háblame de tu primera cita —le dije.

Sus ojos se agrandaron y sus mejillas se sonrojaron. Vaciló.

—¿No me lo vas a decir?

—No estoy segura... de lo que realmente cuenta.

—Pon las calificaciones en su nivel más bajo —sugerí.

Miró hacia el techo, pensando con los labios fruncidos.

—Bueno, entonces supongo que sería Mike, un Mike diferente— dijo rápidamente cuando mi expresión cambió—. Él era mi compañero de baile cuadrado en sexto grado. Me invitaron a su fiesta de cumpleaños, era una película—sonrió—. La segunda de *Mighty Ducks*. Yo fui la única que apareció. Más tarde, la gente dijo que era una cita. No sé quién inició ese rumor.

Había visto las fotos de la escuela en la casa de su padre, así que tenía una referencia mental de la Bella de once años. Parecía que las cosas no eran tan diferentes para ella entonces.

—Eso quizás esté poniendo el listón demasiado bajo.

Sonrió.

—Dijiste la calificación más baja.

—Continúa, entonces.

Sus labios se torcieron hacia un lado mientras lo consideraba.

—Unas amigas iban a la pista de hielo con unos chicos. Me necesitaban para igualar los números. No habría ido si me hubiera dado cuenta de que eso significaba que estaba emparejada con Reed Merchant— se estremeció con delicadeza—. Y, por supuesto, me di cuenta bastante rápido de que patinar sobre hielo era una mala idea. Mis lesiones eran leves, pero el lado positivo fue que pude sentarme junto a la cafetería y leer durante el resto de la noche—sonrió, casi... triunfalmente.

—¿Pasamos a una cita real?

—¿Quieres decir cómo que alguien me invitó a salir con anticipación y luego fuimos a algún lugar solos?

—Eso suena como una definición viable.

Sonrió con la misma sonrisa triunfante.

—Lo siento, entonces, no tengo nada.

Fruncí el ceño.

—¿Nadie te invitó a salir antes de que vinieras aquí? ¿De verdad?

—No estoy totalmente segura. ¿Es una cita? ¿Son dos amigos pasando el rato?—se encogió de hombros—. No es que importara mucho. Nunca tuve tiempo para ninguno de los dos. Después de un tiempo, se corrió la voz y nadie volvió a preguntar.

—¿Estabas realmente ocupada? ¿O poniendo excusas como lo haces aquí?

—Realmente ocupada— insistió ella, un poco ofendida—. Administrar una casa lleva mucho tiempo y, por lo general, yo también tenía un trabajo a tiempo parcial, sin mencionar la escuela. Si voy a ir a la universidad, necesitaré una beca completa y...

—Espera un momento—interrumpí—. Antes de pasar al siguiente tema, me gustaría terminar este. Si no hubieras estado tan ocupada, ¿te hubiera gustado aceptar alguna de estas invitaciones?

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—En realidad no. Quiero decir, aparte de salir por la noche. No eran chicos particularmente interesantes.

—¿Y otros chicos? ¿Los que no preguntaron?

Negó con la cabeza, sus ojos claros parecían no ocultar nada.

—No estaba prestando mucha atención.

Entrecerré los ojos.

—¿Así que nunca conociste a nadie que te gustara?

Suspiró de nuevo.

—No en Phoenix.

Nos miramos el uno al otro por un momento mientras procesaba el hecho de que, así como ella fue mi primer amor, de acuerdo con esto, yo también era su primer... enamoramiento al menos. Esta alineación me agradó de alguna manera extraña, pero también me preocupó. Sin duda, esta era una forma retorcida y malsana de comenzar su vida romántica. Y luego estaba el conocimiento de que ella sería la primera y la última para mí. No sería lo mismo para un corazón humano.

—Sé que no es mi día, pero...

—No, no lo es.

—Vamos— insistió—. Acabo de derramar todo mi vergonzoso historial de falta de citas.

Sonreí.

—El mío es bastante similar, en realidad, menos el patinaje sobre hielo y las fiestas de cumpleaños con trucos. Tampoco he prestado mucha atención.

Parecía que no me creía del todo, pero era verdad.

También tuve algunas ofertas que rechacé. No era exactamente el mismo tipo de ofertas, admití para mis adentros, imaginando la cara de Tanya haciendo pucheros.

—¿A qué universidad te gustaría ir? —pregunté.

—Uhm...—negó con la cabeza ligeramente, como para adaptarse al nuevo tema—. Bueno, solía pensar que la Universidad de Arizona era lo más práctico, porque podía vivir en casa. Pero ahora que mamá se mueve, creo que mi campo está más abierto. Tendrá que ser una escuela pública, algo razonable, incluso con una beca. Cuando vine aquí por primera vez... bueno, me alegré de que Charlie no viviera lo suficientemente cerca del estado de Washington para que eso fuera práctico.

—¿Estás menospreciando a los Pumas de nuestro buen estado?

—Nada contra la institución, sólo el clima.

—Y si pudieras ir a cualquier parte, si el costo no fuera un problema, ¿a dónde irías?

Mientras ella consideraba mi pregunta sobre este futuro hipotético, traté de imaginarme un futuro con el que pudiera vivir. Bella a los veinte, veintidós, veinticuatro... ¿Cuánto tiempo antes de que me dejara atrás, inmutable como lo era yo? Aceptaría ese límite de tiempo si eso significaba que ella podría estar sana, humana y feliz. Si tan sólo pudiera hacerme seguro para ella, justo para ella, encajar en esa imagen feliz por cada segundo del tiempo que me lo permitiera.

Me pregunté de nuevo cómo podía hacer que esto sucediera, estar con ella sin afectar negativamente su vida. Quedarme en la primavera de Perséfone, manteniéndola a salvo de mi inframundo.

Fue fácil ver que ella no sería feliz en mis lugares habituales. Obviamente. Pero mientras me quisiera, la seguiría. Significaría muchos días lentos en el interior, pero ese era un precio tan insignificante que apenas valía la pena mencionarlo.

—Tendría que investigar un poco. La mayoría de las escuelas elegantes están en la zona nevada—sonrió—. Me pregunto cómo son las universidades en Hawaii.

—Encantadoras, estoy seguro. ¿Y después de la escuela? ¿Entonces qué? —me di cuenta de lo importante que era para mí conocer sus planes para el futuro. Así no los descarrilaría. Así podría dar forma a este futuro improbable en la mejor versión que se adaptara a ella.

—Algo con libros. Siempre pensé que enseñaría como... bueno, no exactamente como mi mamá. Si pudiera... me gustaría enseñar a nivel universitario en algún lugar, probablemente un colegio comunitario. Clases electivas de Inglés, para que todos los que se inscriban estén allí porque quieren.

—¿Es eso lo que siempre has querido?

Se encogió de hombros.

—Principalmente. Una vez pensé en trabajar para un editor, como editora o algo así—su nariz se arrugó—. Investigué un poco. Es mucho más fácil conseguir un trabajo como maestra. Mucho más práctico.

Todos sus sueños tenían las alas cortadas, no como las del adolescente habitual que se va a conquistar el mundo. Obviamente, producto de enfrentar la realidad mucho antes de que debiera haberlo hecho.

Dio un mordisco a su bagel, masticando pensativamente. Me pregunté si todavía estaba pensando en el futuro o en algo más. Me pregunté si vio algún atisbo de mí en ese futuro.

Mi mente se desvió hacia el mañana. Debería haberme emocionado, la idea de pasar un día entero con ella. Mucho tiempo. Pero sólo podía pensar en el momento en que vería lo que realmente era. Cuando ya no pudiera esconderme detrás de mi fachada humana. Traté de imaginar su respuesta y, aunque a menudo me equivocaba al tratar de predecir sus sentimientos, sabía que solo podía ser de dos maneras.

La única reacción válida además de la repulsión sería el terror.

Quería creer que había una tercera posibilidad. Que ella perdonaría lo que yo era como lo había hecho tantas veces en el pasado. Que me aceptaría a pesar de todo. Pero no podía imaginarlo.

¿Tendría el descaro de cumplir mi promesa? ¿Podría vivir conmigo mismo si le escondiera esto?

Pensé en la primera vez que vi a Carlisle al sol. Entonces yo era muy joven, todavía estaba obsesionado con la sangre por encima de cualquier otra cosa, pero esa visión había llamado mi atención como pocas otras cosas. Aunque confiaba completamente en Carlisle, aunque ya había comenzado a amarlo, sentí miedo. Todo era demasiado imposible, demasiado extraño. El instinto de defenderme se activó, y pasaron varios largos momentos antes de que sus pensamientos tranquilos y tranquilizadores pudieran tener algún efecto en mí. Con el tiempo, me convenció de dar un paso al frente yo mismo para ver que el fenómeno no causaba ningún daño.

Y recordé verme a mí mismo a la luz brillante de la mañana y darme cuenta, más profundamente de lo que nunca lo había hecho hasta ahora, de que no tenía ninguna relación con mi antiguo yo. Que no era humano.

Pero no era justo esconderme de ella. Era una mentira por omisión.

Traté de verla conmigo en el prado, cómo se vería la imagen si no fuera un monstruo. Era un lugar tan hermoso y tranquilo. Cómo deseaba que pudiera disfrutarlo conmigo todavía allí.

«Edward», pensó Alice con urgencia con una pizca de pánico en su tono que me congeló en mi lugar.

De repente, me vi envuelto en una de las visiones de Alice, mirando fijamente un círculo brillante de luz solar. Desorientado, porque me había estado imaginando a mí y a Bella allí, el pequeño prado donde nadie iba nunca además de mí, así que al principio no estaba seguro de estar viendo dentro de la mente de Alice y no en la mía.

Pero era diferente de mi propia imagen: futuro, no pasado. Bella me miró fijamente, arcoíris bailando en su rostro, sus ojos insondables. Así que era lo suficientemente valiente.

«Es el mismo lugar», pensó Alice, con la mente llena de un horror que no se correspondía con la visión. Tensión, quizás, pero ¿horror? ¿Qué quería decir con el mismo lugar?

Y luego lo vi.

«¡Edward!» Alice protestó estridentemente. «¡La amo, Edward!»

Pero ella no amaba a Bella como yo. Su visión era absurda. Incorrecta. Estaba cegada de alguna manera, viendo imposibilidades. Mentiras.

No había pasado ni medio segundo. Bella seguía masticando, pensando en algún misterio que nunca conocería. No habría visto el rápido destello de terror en mi rostro.

Fue sólo una vieja visión. Ya no era válida. Todo había cambiado desde entonces.

«Edward, tenemos que hablar».

Alice y yo no teníamos nada de qué hablar. Negué ligeramente con la cabeza, sólo una vez. Bella no lo vio.

Los pensamientos de Alice eran una orden inmediata. Empujó la imagen que no podía soportar al frente de mi mente.

«La amo, Edward. No dejaré que ignores esto. Nos vamos y vamos a solucionar esto. Te daré hasta el final del período. Da tus excusas—¡Oh!»

Su visión totalmente benigna de esta mañana en el Gimnasio interrumpió su serie de órdenes. La breve introducción. Vi exactamente cómo sucedería ahora, hasta el segundo.

¿Entonces esta visión ofensiva, inválida y obsoleta era el catalizador que faltaba antes? Apreté los dientes.

Bien. Hablaríamos. Sacrificaría mi tiempo con Bella esta tarde para mostrarle a Alice lo equivocada que estaba. En verdad, sabía que no sería capaz de descansar hasta que le hiciera ver eso, le hiciera admitir que estaba fuera de lugar esta vez.

Vio el cambio del futuro cuando mi mente cambió. «Gracias».

Extraño, dado el repentino giro de vida y muerte de mi tarde, lo aplastante que fue perder el tiempo con el que había contado. Debería ser algo tan pequeño, sólo unos minutos, en realidad.

Traté de sacudirme el horror que Alice me había infligido para no arruinar los minutos que me quedaban.

—Debería haberte dejado conducir a ti hoy —dije, esforzándome por mantener la desesperación fuera de mi voz.

Sus ojos se clavaron en los míos. Ella tragó.

—¿Por qué?

—Me voy con Alice después del almuerzo.

—Oh—su rostro decayó—. Está bien, no está tan lejos para caminar.

Fruncí el ceño.

—No voy a hacerte caminar a casa— ¿De verdad pensaba que la dejaría varada?—. Iremos a buscar tu camioneta y te la dejaremos aquí.

—No tengo mi llave conmigo—dijo, y suspiró. Este era un obstáculo enorme e insuperable para ella—. Realmente no me importa caminar.

—Tu camioneta estará aquí y la llave estará puesta en el contacto—le dije—. A menos que tengas miedo de que alguien pueda robarla.

El sonido de su motor era tan bueno como la alarma de un auto. Posiblemente más fuerte. Forcé una carcajada ante la imagen mental, pero el sonido estaba apagado. Bella frunció los labios y sus ojos se volvieron opacos.

—Está bien —dijo. ¿Estaba dudando de mis habilidades?

Traté de sonreír con confianza, confiaba en que no podría fallar en una tarea tan simple, pero mis músculos estaban demasiado tensos para manejarlos correctamente. Ella no pareció darse cuenta. Parecía que estaba lidiando con su propia decepción.

—Entonces—dijo ella—. ¿A dónde vas?

Alice me mostró la respuesta a la pregunta de Bella.

—De caza— pude escuchar que mi voz de repente se volvió más oscura. De todos modos, era algo para lo que había encontrado tiempo. La necesidad de esta excursión era tan frustrante como vergonzosa. Pero no le mentiría al respecto—. Si voy a estar a solas contigo mañana, tomaré todas las precauciones que pueda.

La miré a los ojos, preguntándome si podía ver el miedo en los míos. La visión de Alice dominaba mi compostura.

—Siempre puedes cancelar, ¿ya lo sabes?

“Por favor, vete. No retrocedas”.

Miró hacia abajo, su rostro palideció más que antes. ¿Finalmente escucharía? La visión de Alice no significaría nada si Bella me dijera ahora que la deje en paz. Sabía que podía hacerlo, si era lo que Bella pedía. Mi corazón se sentía a punto de partirse por la mitad.

—No— susurró, y mi corazón dio un vuelco en otra dirección. Se avecinaba un tipo peor de ruptura. Ella me miró fijamente—. No puedo.

—Quizás tengas razón —susurré. Tal vez, después de todo, ella estaba tan atada como yo.

Se inclinó hacia mí, sus ojos se tensaron con lo que parecía preocupación.

—¿A qué hora te veré mañana?

Respiré hondo, tratando de calmarme, de sacudirme la sensación de fatalidad. Me obligué a hablar en un tono más ligero.

—Eso depende... es sábado, ¿no quieres dormir hasta tarde?

—No —respondió inmediatamente.

Me dieron ganas de sonreír.

—Entonces, a la misma hora de siempre. ¿Estará Charlie allí?

Ella sonrió.

—No, se irá de pesca mañana.

Obviamente, esto la complació tanto a ella como su actitud al respecto me enfureció a mí. ¿Por qué estaba decidida a ponerse tan completamente a mi merced, a merced de la peor parte de mí?

—¿Y si no regresas a casa?— pregunté entre dientes— ¿Qué va a pensar?

Su rostro estaba tenso.

—No tengo idea. Sabe que tengo la intención de lavar la ropa. Quizás crea que me caí en la lavadora.

La miré fijamente, no encontré su broma graciosa en lo más mínimo. Frunció el ceño por un momento y luego su rostro se relajó. Cambió de tema.

—¿Qué vas a cazar esta noche?

Fue tan extraño. Por un lado, no parecía tomarse el peligro en serio. Por el otro, estaba tan tranquila al aceptar las facetas más feas de mi vida.

—Lo que encontremos en el parque. No vamos muy lejos.

—¿Por qué vas con Alice?

Alice estaba escuchando atentamente ahora.

Fruncí el ceño.

—Alice es la más... comprensiva.

Había otras palabras que me gustaría decir en beneficio de Alice, pero sólo confundirían a Bella.

—¿Y los otros?— Bella casi susurró, su voz pasó de la curiosidad a la ansiedad— ¿Qué hay con ellos?— se horrorizaría si supiera con qué facilidad todos podían oír ese susurro.

También había muchas formas de responder a esta pregunta. Elegí la menos aterradora.

—Incrédulos, en su mayor parte —definitivamente estaba así.

Sus ojos se dirigieron a la esquina trasera de la cafetería, donde estaba sentada mi familia. Alice les había advertido y todos estaban mirando hacia otro lado.

—No les gusto —supuso.

—No es eso —respondí rápidamente.

«¡Ja!» Pensó Rosalie.

—No entienden por qué no puedo dejarte en paz —continué, tratando de ignorar a Rose.

Bueno, eso es bastante cierto.

Bella hizo una mueca.

—Yo tampoco, en tal caso.

Negué con la cabeza, pensando en su ridícula suposición de antes: que yo no la quería tanto como ella me quería a mí. Pensé que había explicado eso.

—Te lo dije, no te ves a ti misma con claridad en absoluto. No eres como nadie que haya conocido. Me fascinas.

Ella parecía dudosa. Quizás necesitaba ser más específico.

Le sonreí. A pesar de todo lo que tenía en mente, era importante que ella entendiera esto.

—Tener las ventajas que tengo— Pasé dos de mis dedos casualmente por mi frente—. Me da una mejor comprensión que la media de la naturaleza humana. La

gente es predecible. Pero tú... tú nunca haces lo que espero. Siempre me tomas por sorpresa.

Apartó la mirada de mí y había algo de insatisfacción en su expresión. Este detalle específico obviamente no la había convencido.

—Esa parte es bastante fácil de explicar—continué rápidamente, esperando que sus ojos volvieran a mí—. Pero hay más—...Mucho más—. Y no es tan fácil de explicar con palabras...

«Googleame, ¿quieres?, pequeña molestia con cara de murciélago».

La cara de Bella se puso blanca. Parecía congelada, como si no pudiera apartar la mirada de la esquina trasera de la habitación.

Me volví rápidamente y le lancé a Rosalie una mirada amenazante, mis labios separándose de mis dientes. Le siseé en voz baja.

Ella me lanzó una mirada por el rabillo del ojo, luego inclinó la cabeza lejos de nosotros. Volví a mirar a Bella justo cuando se volvía para mirarme.

«Ella empezó», pensó Rosalie malhumorada.

Los ojos de Bella eran enormes.

—Lo siento—murmuré rápidamente—. Ella solo está preocupada—. Me irritaba tener que defender el comportamiento de Rosalie, pero no podía pensar en otra forma de explicarlo. Y en el corazón de la hostilidad de Rosalie, este era el verdadero problema—. Verás... después de haber pasado tanto tiempo contigo en público no es sólo peligro para mí sí... —. No pude terminar. Lleno de horror y vergüenza, me miré las manos, las manos de un monstruo.

—¿Sí? —preguntó ella.

¿Cómo no podría responderle ahora?

—Si esto termina... mal.

Mi cabeza cayó en mis palmas. No quería ver sus ojos cuando la comprensión le llegara, cuando se diera cuenta de lo que estaba diciendo. Durante todo este tiempo, había intentado ganarme su confianza. Y ahora tenía que decirle exactamente lo mucho que no me la merecía.

Era correcto que ella lo supiera. Este sería el momento en que se marcharía. Y eso estaría bien. Mi primer rechazo instintivo del pánico de Alice estaba desapareciendo. Honestamente, no podía prometerle a Bella que no era un peligro para ella.

—¿Y tienes que irte ahora?

La miré lentamente.

Su rostro estaba tranquilo, había una pizca de dolor en la marca de fruncido entre sus cejas, pero ningún miedo en absoluto. La confianza perfecta que había visto cuando se subió a mi coche en Port Ángeles se hizo evidente de nuevo en sus ojos. Aunque no me lo merecía, ella todavía confiaba en mí.

—Sí —le dije.

Mi respuesta la hizo fruncir el ceño. Debería haberse sentido aliviada de verme marcharme, pero en cambio, estaba triste.

Deseé poder suavizar la pequeña v entre sus cejas con la punta de mi dedo. Quería que volviera a sonreír.

Me obligué a sonreírle.

—Probablemente sea lo mejor. Todavía nos quedan quince minutos de esa miserable película en Biología; no creo que pueda aguantar más —supuse que esto era cierto, que no habría podido soportar. Que habría cometido más errores.



Ella me devolvió la sonrisa y era obvio que entendía al menos parte de lo que quería decir.

Luego saltó levemente en su asiento, sobresaltada.

Escuché a Alice acercarse detrás de mí. No me sorprendió. Había visto esta parte antes.

—Alice —la saludé.

Su sonrisa emocionada se reflejó en los ojos de Bella.

—Edward —respondió ella, copiando mi tono.

Seguí mi guión.

—Alice, te presento a Bella— dije, presentándolos de la manera más concisa posible. Mantuve mis ojos en Bella y gesticulé a medias con una mano—. Bella, esta es Alice.

—Hola, Bella. Es un placer conocerte al fin.

El énfasis fue sutil, pero molesto. Le lancé una rápida mirada.

—Hola, Alice —respondió Bella, su voz insegura.

«No presionaré mi suerte», prometió Alice.

—¿Estás listo? —me preguntó en voz alta.

Como si no supiera mi respuesta.

—Casi. Te veré en el auto.

«Me apartaré de tu camino ahora. Gracias».

Bella miró a Alice con un pequeño ceño frunciendo sus labios hacia abajo. Cuando Alice desapareció por las puertas, se volvió lentamente para mirarme.

—¿Debería decir “que te diviertas” o es el sentimiento equivocado? —preguntó. Yo le sonreí.

—No, “que te diviertas” es tan bueno como cualquier otro.

—En tal caso, que te diviertas —dijo, un poco triste.

—Lo intentaré— pero eso no era cierto. SÓlo la extrañaría mientras estuviera fuera—. Y tú, intenta mantenerte a salvo, por favor.

No importaba la frecuencia con la que tuviera que despedirme, el mismo pánico regresaba cada vez que pensaba en ella desprotegida.

—A salvo en Forks—murmuró—. Qué desafío.

—Para ti lo es—señalé—. Prométemelo.

Suspiró, pero su sonrisa era de buen humor.

—Prometo que intentaré mantenerme ilesa—dijo—. Lavaré la ropa esta noche, eso debería estar libre de peligros.

No disfruté el recordatorio de la primera parte de nuestra conversación.

—No te caigas dentro de la lavadora.

Trató de mantener su rostro serio y falló.

—Lo haré lo mejor que pueda.

Era tan difícil irme. Me obligué a levantarme. Ella también se puso de pie.

—Te veré mañana —suspiró.

—Te parece mucho tiempo, ¿no? —Extraño el tiempo que me pareció a mí también.

Ella asintió con la cabeza, abatida.

—Estaré allí por la mañana —prometí.

Alice tenía razón en todo esto: no había terminado de cometer errores. No pude detenerme de nuevo mientras me inclinaba sobre la mesa y le acariciaba el

pómulo con los dedos. Antes de que pudiera hacer más daño, me di la vuelta y la dejé allí.

Alice estaba esperando en el auto.

—Alice...

«Primero lo primero. Tenemos un recado que hacer, ¿no?»

Imágenes de la casa de Bella pasaron por su mente. Un juego de ganchos vacío, diseñado para sujetar llaves en la pared de la cocina. Yo en la habitación de Bella, escaneando su tocador y su escritorio. Alice literalmente siguiendo su nariz a través del salón. Alice de nuevo, en un pequeño lavadero, sonriendo, con una llave en la mano.

Manejé rápidamente hasta lo de Bella. Hubiera podido encontrar la llave por mí mismo, el olor a metal era bastante fácil de rastrear, particularmente el metal pintado con los aceites de sus dedos, pero el camino de Alice fue definitivamente más rápido.

Las imágenes refinadas. Alice entraría sola, vi, por la puerta principal. Decidió una docena de lugares diferentes para buscar una llave de casa adicional, luego la localizó cuando decidió mirar debajo de los aleros de la puerta principal.

Cuando llegamos a la casa, Alice tardó sólo unos segundos en seguir el rumbo que ya se había fijado. Después de cerrar la manija de la puerta principal pero dejar el pestillo abierto como lo encontró, Alice se subió a la camioneta de Bella. El motor cobró vida con el volumen de un trueno. No había nadie en casa que se diera cuenta ahora.

El viaje de regreso a la escuela fue más lento, obstaculizado por la velocidad máxima que el viejo Chevy podía producir. Me preguntaba cómo Bella podía soportarlo, pero luego parecía preferir conducir despacio. Alice aparcó en el espacio que había dejado abierto mi Volvo y apagó el ruidoso motor.

Miré al gigante oxidado, imaginándome a Bella en él. Había sobrevivido a la camioneta de Tyler con apenas un rasguño, pero obviamente no había bolsas de aire ni zonas de deformación. Sentí que mis cejas se juntaban.

Alice se subió a mi asiento de pasajero.

«Toma», pensó. Me tendió un papel y un bolígrafo.

Se los quité.

—Te concedo que eres útil.

«No podrías sobrevivir sin mí».

Escribí una breve nota, luego me lancé a dejarla en el asiento del conductor de la camioneta de Bella. Sabía que no había ningún poder real en la acción, pero con suerte le recordaría su promesa. Me hizo sentir un poco menos ansioso.

# PROBABILIDAD

—AHORA, ALICE —COMENCÉ A CERRAR LA PUERTA.

Ella suspiró. «Lo siento. Ojalá no tuviera que...»

—No es real—interrumpí, acelerando lejos del estacionamiento. No tuve que pensar en la carretera. Lo conocía demasiado bien—. Es sólo una vieja visión. Antes que todo. Antes de saber que la amaba.

En su cabeza, estaba allí de nuevo, la peor de todas las visiones: el potencial agonizante que me había torturado durante tantas semanas, el futuro que Alice había visto el día que empujé a Bella fuera del camino de la camioneta.

El cuerpo de Bella en mis brazos, retorcido, blanco y sin vida... un corte irregular de bordes azules en su cuello roto... su sangre roja en mis labios y un carmesí ardiente en mis ojos.

La visión en la memoria de Alice hizo que un furioso gruñido me desgarrara la garganta, una respuesta involuntaria al dolor que me azotaba.

Alice se congeló, sus ojos ansiosos.

«Es el mismo lugar», Alice se había dado cuenta hoy en la cafetería, sus pensamientos teñidos de un horror que no había entendido al principio.

Nunca había mirado más allá de la espantosa imagen central; apenas podía soportar ver tanto. Pero Alice había estado examinando sus visiones durante décadas más que yo. Sabía cómo eliminar sus sentimientos de la ecuación, cómo ser imparcial, cómo mirar la imagen sin retroceder ante ella.

Alice había podido absorber detalles... como el paisaje.

El espantoso cuadro estaba ambientado en el mismo prado donde planeaba llevar a Bella mañana.

—Todavía no puede ser válido. No lo volviste a ver, simplemente lo recordaste.

Alice negó con la cabeza lentamente.

«No es sólo un recuerdo, Edward. Ahora lo veo».

—Iremos a otro lado.

En su cabeza, los fondos de su visión giraban como caleidoscopios, cambiando de brillante a oscuro y viceversa. El primer plano siguió siendo el mismo. Me encogí lejos de las imágenes, tratando de apartarlas de mi ojo mental, deseando poder cegarlas.

—Lo cancelaré —dije entre dientes—. Ella ya ha perdonado mis promesas rotas anteriormente.

La visión brilló, vaciló y luego volvió a la solidez, con bordes nítidos y claros.

«Su sangre es muy fuerte para ti, Edward. A medida que te acercas a ella...»

—Volveré a mantener mi distancia.

—No creo que eso funcione. No funcionó antes.

—Me iré.

Ella se estremeció ante la agonía en mi voz y la imagen en su cabeza se estremeció de nuevo. Las estaciones cambiaron, pero las figuras centrales se mantuvieron.

—Todavía está ahí, Edward.

—¿Cómo puede ser? —gruñí.

—Porque si te vas, volverás —dijo con voz implacable.

—No —dije—. Puedo mantenerme alejado. Sé que puedo.

—No puedes —dijo con calma—. Tal vez... si fuera sólo tu propio dolor...

Su mente recorrió un libro animado de futuros. La cara de Bella desde mil ángulos diferentes, siempre teñida de gris, sin sol. Estaba más delgada, con huecos desconocidos debajo de sus pómulos, círculos profundos debajo de sus ojos, su expresión vacía. Uno podría decir que estaba sin vida, pero sólo sería una metáfora. No como las otras visiones.

—¿Qué pasa? ¿Por qué está así?

—Porque te has ido. Ella no está... bien.

Odiaba cuando Alice hablaba así, en su extraño tiempo presente-futuro, lo que hacía que pareciera que la tragedia estaba sucediendo ahora mismo.

—Mejor que otras opciones —le dije.

—¿De verdad crees que podrías dejarla así? ¿Crees que no volverías a comprobarlo? ¿Crees que cuando la vieras de esa manera, podrías dejar de hablarle?

Mientras hacía sus preguntas, vi las respuestas en su cabeza. Yo mismo en las sombras, mirando. Volviendo a la habitación de Bella. Verla sufrir una pesadilla, acurrucada en una bola, con los brazos apretados alrededor del pecho, jadeando por aire incluso mientras dormía. Alice también se acurrucó sobre sí misma, envolviendo sus brazos tensamente alrededor de sus rodillas en simpatía.

Por supuesto que Alice tenía razón. Sentí un eco de las emociones que sentiría entonces, en esta versión del futuro, y supe que volvería, sólo para comprobarlo. Y luego, cuando veía esto... la despertaba. No podría verla sufrir.

Los futuros se re-alinearon en la misma visión inevitable, solo que se retrasaron un poco.

—Nunca debí haber regresado —susurré.

¿Y si nunca hubiera aprendido a amarla? ¿Y si no hubiera sabido lo que me estaba perdiendo?

Alice estaba negando con la cabeza.

«Hubo cosas que vi mientras estabas fuera...»

Esperé a que ella me lo mostrara, pero ahora se estaba concentrando mucho en mirarme a la cara. Tratando de no mostrármelo.

—¿Qué cosas? ¿Qué viste?

Sus ojos estaban adoloridos. »No eran cosas agradables. En algún momento, si no hubieras vuelto cuando lo hiciste, si nunca la hubieras amado, habrías vuelto por ella de todos modos. Para... cazarla».

Todavía no hay imágenes, pero no las necesitaba para entender. Me tambaleé lejos de ella, casi perdiendo el control del coche. Pisé el freno y salí de la carretera. Los neumáticos rasgaron los helechos y arrojaron parches de musgo al pavimento.

El pensamiento había estado allí, desde el principio, cuando el monstruo estaba casi desenfrenado. Que no había ninguna garantía de que finalmente no la seguiría, adonde fuera que fuese.

—¡Dame algo que funcione!— estallé. Alice se encogió lejos del volumen—. ¡Dime otro camino! Muéstrame cómo mantenerme alejado, ¡a dónde ir!

En sus pensamientos, de repente otra visión reemplazó a la primera. Un jadeo de alivio atravesó mis labios cuando el horror desapareció. Pero esta visión no fue mucho mejor.

Alice y Bella, abrazadas, ambas de mármol blanco y duro como un diamante. Demasiadas semillas de granada y ella estaba ligada al inframundo conmigo. Sin vuelta atrás. Primavera, luz del sol, familia, futuro, alma, todo robado de ella.

«Es un sesenta-cuarenta más o menos... Quizás incluso sesenta y cinco-treinta y cinco. Todavía hay una buena posibilidad de que no la mates». Su tono era de aliento.

—Está muerta, de cualquier manera—susurré—. Voy a detener su corazón.

—Eso no es exactamente lo que quise decir. Te digo que tiene futuro más allá del prado... pero primero tienes que atravesar el prado, el prado metafórico, si entiendes lo que quiero decir.

Sus pensamientos... era difícil de describir... se ampliaron como si estuviera pensando todo al mismo tiempo y pude ver una maraña de hilos, cada hilo una larga línea de imágenes congeladas, cada hilo un futuro contado en instantáneas, todos se enredaron juntos en un nudo desordenado.

—No entiendo.

—Todos sus caminos conducen a un punto: todos sus caminos están anudados. Ya sea que ese punto esté en el prado o en algún otro lugar, ella está atada a ese momento de decisión. Tu decisión, su decisión... Algunos de los hilos continúan del otro lado. Algunos...

—No lo hagas —mi voz vaciló a través de mi garganta apretada.

«No puedes evitarlo, Edward. Vas a tener que afrontarlo. Sabiendo que podría ir en cualquier dirección, todavía tienes que enfrentarlo».

—¿Cómo la salvo? ¡Dímelo!

—No lo sé. Tendrás que encontrar la respuesta tú mismo, en el nudo. No puedo ver exactamente qué forma tomará, pero habrá un momento, creo, una prueba, un juicio. Puedo ver eso, pero no puedo ayudarte con eso. Sólo ustedes dos pueden elegir en ese momento.

Mis dientes rechinaron.

«Sabes que te amo, así que escúchame ahora. Posponer esto no cambiará nada. Llévala a tu prado, Edward y por mí, y especialmente por ti, tráela de vuelta».

Dejé que mi cabeza cayera en mis manos. Me sentí enfermo, como un humano dañado, víctima de una enfermedad.

—¿Qué tal una buena noticia? —Alice preguntó gentilmente.

La miré. Ella esbozó una pequeña sonrisa.

«En serio».

—Dime entonces.

—He visto un tercer camino, Edward—dijo—. Si puedes superar la crisis, hay un nuevo camino.

—¿Un nuevo camino? —Repetí sin comprender.

—Está incompleto. Pero mira.

Otra imagen en su cabeza. No tan afilada como los demás. Un trío en la pequeña habitación del frente de la casa de Bella. Estaba en el viejo sofá, Bella a mi lado, mi brazo casualmente colgando de sus hombros. Alice se sentó en el suelo junto a Bella, apoyada contra su pierna de una manera familiar. Alice y yo éramos exactamente los mismos de siempre, pero esta era una versión de Bella que nunca había visto antes. Su piel aún estaba suave y translúcida, rosada en las mejillas, saludable. Sus ojos todavía eran cálidos, marrones y humanos. Pero ella era diferente. Analicé los cambios y me di cuenta de lo que estaba viendo.

Bella no era una muchacha, sino una mujer. Sus piernas parecían un poco más largas, como si hubiera crecido una o dos pulgadas, y su cuerpo se había redondeado sutilmente, dando una nueva curvatura a su esbelta figura. Su cabello era de color negro oscuro, como si hubiera pasado poco tiempo al sol durante los años intermedios. No muchos años, quizás tres o cuatro. Pero ella todavía era humana.

La alegría y el dolor me invadieron. Ella todavía era humana; estaba envejeciendo. Este era el futuro desesperado e improbable que era el único con el que podía vivir. El futuro que no le quitaba ni una vida ni la otra. El futuro que la alejaría de mí algún día, tan inevitablemente como cuando el día se convertía en noche.

—Aún no es muy probable, pero pensé que te gustaría saber que estaba allí. Si ustedes dos superan la crisis, esta es una posibilidad.

—Gracias, Alice —susurré.

Puse el auto en marcha y volví a entrar en la carretera, cortando un monovolumen que avanzaba por debajo del límite. Aceleré automáticamente, apenas registrando el proceso.

«Por supuesto, todo esto depende de ti», pensó. Todavía se estaba imaginando al improbable trío en el sofá. «Esto no tiene en cuenta sus deseos».

—¿Qué quieres decir con sus deseos?

—¿Nunca se te ocurrió que Bella no estaría dispuesta a perderte? ¿Qué una corta vida mortal podría no ser suficiente para ella?

—Eso es una locura. Nadie elegiría...

—No hay necesidad de discutir sobre eso ahora. Crisis primero.

—Gracias, Alice —dije de nuevo, cáusticamente esta vez.

Ella soltó una carcajada. Era un sonido nervioso, parecido a un pájaro. Estaba tan nerviosa como yo, casi tan horrorizada por las trágicas posibilidades.

—Sé que tú también la amas —murmuré.

«No es lo mismo».

—No, no lo es.

Después de todo, Alice tenía a Jasper. Tenía el centro de su universo a salvo a su lado, incluso más indestructible que la mayoría. Y su alma no estaba en su conciencia. Ella le había traído a Jasper nada más que felicidad y paz.

«Te quiero. Puedes hacerlo».

Quería creerle, pero sabía cuando sus palabras estaban construidas sobre bases seguras y cuándo no eran más que una esperanza ordinaria.

Manejé en silencio hasta el borde del parque nacional y encontré un lugar discreto para dejar el auto. Alice no se movió cuando el coche se detuvo. Ella pudo ver que necesitaría un momento.

Cerré los ojos y traté de no escucharla, de no escuchar nada, de enfocar realmente mis pensamientos hacia una decisión. Una resolución. Presioné las yemas de mis dedos con fuerza contra mis sienes.

Alice dijo que tendría que tomar una decisión. Quería gritar en voz alta que ya había decidido, que no había decisión, pero a pesar de que sentía como si todo mi ser anhelara nada más que la seguridad de Bella, sabía que el monstruo todavía estaba vivo.

¿Cómo lo mato? ¿Cómo lo silencio para siempre?

Ah, ahora estaba callado. Ocultándose. Guardando sus fuerzas para la pelea que se avecinaba.

Por unos momentos, pensé seriamente en suicidarme. Era la única forma que conocía de estar seguro de que el monstruo no sobreviviría.

¿Pero cómo? Carlisle había agotado la mayoría de las posibilidades al comienzo de su nueva vida, y nunca había estado cerca de terminar su propia historia, a pesar de su verdadera determinación de hacerlo. No tendría éxito actuando solo.

Cualquiera de mi familia sería capaz de hacerlo por mí, pero sabía que ninguno de ellos lo haría, sin importar cuánto les suplicara. Incluso Rosalie, quien estoy seguro que diría estar lo suficientemente enojada como para hacerlo, quién podría fanfarronear y amenazar la próxima vez que la vea, no lo haría. Porque aunque a veces me odio, siempre me amó. Y sabía que si podía cambiar de lugar con cualquiera de ellos, me sentiría y actuaría exactamente de la misma manera. No podría dañar a nadie de mi familia, sin importar cuánto dolor sintieran, sin importar cuánto quisieran desaparecer.

Había otros... Pero los amigos de Carlisle no me ayudarían. Nunca lo traicionarían así. Podía pensar en un lugar al que podría ir con el poder de acabar con el monstruo muy rápidamente... pero hacer eso pondría a Bella en peligro. Aunque no fui yo quien le dijo la verdad sobre mí, ella sabía cosas que tenía prohibido saber. No era nada que pudiera atraerle la atención equivocada, a menos que yo hiciera algo estúpido, como ir a Italia.

Era una lástima que el tratado Quileute no tuviera dientes en estos días. Hace tres generaciones, todo lo que hubiera tenido que hacer era caminar hasta La Push. Una idea inútil ahora.

Así que esas formas de matar al monstruo no eran posibles.

Alice parecía tan segura de que tenía que seguir adelante para enfrentarme a esto de frente. Pero, ¿cómo podía ser eso lo correcto, cuando existía la posibilidad de que yo matara a Bella?

Me estremecí. La idea era tan dolorosa que no podía imaginar cómo el monstruo podría superar mi aversión para vencerme. No dijo nada, solo esperaba silenciosamente su momento.

Suspiré. ¿Había otra opción que enfrentar esto de frente? ¿Contaba como valor si uno se veía obligado? Estaba seguro de que no.

Todo lo que podía hacer, al parecer, era aferrarme a mi decisión con ambas manos, con todas mis fuerzas. Sería más fuerte que mi monstruo. No lastimaría a Bella. Haría lo más correcto que me quedara. Sería quién ella necesitara que fuera.

Y luego, de repente, mientras pensaba en esas palabras, no me pareció tan imposible. Por supuesto que podría hacer eso. Podría ser el Edward que Bella quería, que necesitaba. Podría aferrarme a ese futuro incompleto con el que podría vivir, y

luego hacerlo realidad. Por Bella. Por supuesto que podría hacer eso, si fuera por ella.

Se sintió más fuerte esta decisión. Más claro. Abrí los ojos y miré a Alice.

—Ah. Eso se ve mejor —dijo. En su cabeza, la maraña de hilos todavía era un laberinto desesperadamente confuso para mí, pero ella vio más en él que yo—. Setenta y treinta. Sea lo que sea lo que estés pensando, siga pensándolo.

Quizás aceptar el futuro inmediato fue la clave. Enfrentándolo. No subestimar mi propia maldad. Preparándome para ello. Preparando.

Podría hacer la preparación más básica ahora. Por eso estábamos aquí.

Alice vio mi acción antes de que la tomara y salió corriendo por la puerta antes de que yo abriera la mía. Sentí una leve sensación de humor y casi sonreí. Ella nunca podría dejarme atrás; siempre trató de hacer trampa.

Y luego yo también estaba corriendo.

«Por aquí», pensó Alice cuando casi la alcanzaba. Su mente iba más allá, buscando una presa. Pero aunque capté el olor de varias opciones cercanas, claramente no eran lo que ella quería. Estaba ignorando todo lo que veía.

No estaba exactamente seguro de qué buscaba tan minuciosamente, pero la seguí sin vacilar. Ignoró algunas bandadas más de ciervos, llevándome más adentro del bosque, hacia el sur. La vi buscando hacia adelante, viéndonos en diferentes rincones del parque, todos familiares. Se desvió hacia el este, comenzando a girar hacia el norte de nuevo. ¿Qué estaba buscando?

Y luego sus pensamientos se establecieron en un movimiento furtivo en la maleza, destellos de una piel leonada.

—Gracias, Alice, pero...

«¡Shh! Estoy cazando».

Puse los ojos en blanco, pero continué siguiéndola. Ella estaba tratando de hacer algo bueno por mí. No había forma de que supiera lo poco que importaba. Últimamente me había estado alimentando a la fuerza tanto que dudaba que notara la diferencia entre un león y un conejo.

No nos tomó mucho tiempo encontrar su visión, ahora que estaba enfocada en ella. Una vez que los movimientos del animal fueron audibles, Alice redujo la velocidad para dejarme tomar la iniciativa.

—Realmente no debería, la población de leones del parque...

El tono mental de Alice estaba exasperado. «Vive un poco».

Nunca tuvo mucho sentido pelear con Alice. Me encogí de hombros y la pasé. Ahora había captado el olor. Fue fácil cambiar a otro modo, simplemente dejar que la sangre me empujara hacia adelante mientras acechaba a mi presa.

Fue relajante dejar de pensar durante unos minutos. Sólo para ser otro depredador, el depredador ápice. Escuché a Alice dirigirse hacia el este, buscando su propia comida.

El león aún no me había notado. Él también se dirigía al este en su propia búsqueda por algo que cazar. El día de algún otro animal terminaría mejor, gracias a mí.

Estaba sobre él en un segundo. A diferencia de Emmett, no veía sentido en darle a la bestia la oportunidad de contraatacar. No haría ninguna diferencia, ¿y no sería más humano hacerlo rápido? Rompí el cuello del león y luego drené rápidamente el cuerpo caliente. Para empezar, no tenía tanta sed, por lo que no hubo ningún alivio real relacionado con la acción. Alimentación forzada de nuevo.



Cuando terminé, seguí la esencia de Alice hacia el norte. Había encontrado una cierva durmiendo, acostada en un nido de zarzas. El estilo de caza de Alice se parecía más al mío que al de Emmett. No parecía que la criatura se hubiera despertado.

—Gracias —le dije, para ser cortés.

«De nada. Hay una manada más grande en el oeste».

Se puso de pie y abrió el camino de nuevo. Reprimí mi suspiro.

Ambos terminamos después de uno más. Estaba demasiado lleno de nuevo, mi interior se sentía incómodamente licuado. Sin embargo, me sorprendió que estuviera lista para terminar.

—No me importa continuar —le dije, preguntándome si me había visto sentarme en la siguiente ronda y estaba siendo cortés.

—Mañana salgo con Jasper —me dijo.

—No acaba él de...

—Recientemente decidí que se necesitan más preparativos —dijo sonriendo. «Una nueva posibilidad».

En su mente, vi nuestra casa. Carlisle y Esme esperaban expectantes en la sala. Se abre la puerta, entrando yo mismo y a mi lado, sosteniendo mi mano...

Alice se rió y traté de recuperar el control de mi rostro.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cuándo?

—Pronto. «Posiblemente el domingo...»

—¿Este domingo?

«Sí, el día después de mañana».

Bella estaba perfecta en la visión, humana y saludable, sonriendo a mis padres. Llevaba la blusa azul que le hacía brillar la piel.

«En cuanto a cómo, no estoy del todo segura. Esto es sólo una posibilidad remota, pero quería que Jasper estuviera preparado».

Jasper al pie de las escaleras ahora, asintiendo cortésmente a Bella, sus ojos de color dorado claro.

—¿Esto es... a través del nudo?

«Uno de los hilos».

Volvió a girar en su mente, las largas cadenas de posibilidades. Tantos convergiendo en el mañana... no surgiendo suficientes en el otro lado.

—¿Dónde estoy?

Ella frunció los labios. «¿Setenta y cinco-veinticinco?», pensó que era una pregunta y pude ver que estaba siendo generosa.

«Vamos», pensó al ver que me encorvaba. «Aceptarías esa apuesta. Yo lo hice».

Automáticamente, mis labios se tiraron hacia atrás sobre mis dientes.

—¡Por favor! —dijo—. Como si fuera a dejar pasar esa oportunidad. Esto no se trata sólo de Bella. Estoy relativamente segura de que estará bien. Se trata de enseñarles a Rosalie y Jasper algo de respeto.

—No eres omnisciente.

—Estoy lo suficientemente cerca.

No pude igualar su humor de broma.

—Si fueras omnisciente, podrías decirme qué hacer.

«Lo descubrirás, Edward. Sé que lo harás».

Si tan sólo pudiera saber eso también.

Nadie más que mi madre y mi padre estaban en casa cuando regresamos. Emmett sin duda les había advertido a los demás que se hicieran escasos. No me importaba de una forma u otra. No tenía la energía para preocuparme por su estúpido juego. Alice también salió corriendo en busca de Jasper. Agradecí el debilitamiento de las conversaciones mentales. Me ayudó un poco mientras trataba de concentrarme.

Carlisle estaba esperando al pie de las escaleras y sus pensamientos eran difíciles de bloquear, llenos de las mismas preguntas a las que le había rogado a Alice que respondiera. No quería admitir ante él todas las debilidades que me impidieron huir antes de que se hiciera más daño. No quería que Carlisle supiera el horror que habría sucedido si no hubiera regresado a Forks cuando lo hice, las profundidades en las que mi monstruo se habría hundido.

Le di un asentimiento tenso en reconocimiento cuando lo pasé. Sabía lo que significaba: que yo era consciente de todos sus miedos y que no tenía una buena respuesta. Con un suspiro, asentí en respuesta. Siguió escaleras arriba más lentamente, y lo escuché unirse a Esme en su estudio. No hablaron. Traté de ignorar lo que pensaba mientras analizaba su expresión: su alarma, su dolor.

Carlisle, de todos los demás, incluso Alice, entendía mejor cómo era para mí, la interminable charla, balbuceo y conmoción que estaba en el interior de mi cabeza; había vivido conmigo más tiempo. Entonces, sin una palabra, llevó a Esme a la gran ventana que usamos a menudo como salida. En cuestión de segundos, estaban lo suficientemente lejos como para no oír nada. Silencio al fin. La única conmoción en mi cabeza ahora era de mi propia creación.

Al principio me moví lentamente, apenas un poco más de la velocidad humana, mientras me duchaba, limpiando los residuos del bosque de mi piel y cabello. Como antes, en el coche, me sentí dañado, deteriorado, como si me hubiera agotado las fuerzas. Todo en mi cabeza, por supuesto. No sería más que un milagro, un regalo, si de alguna manera pudiera perder mi fuerza de verdad. Si pudiera ser débil, inofensivo, un peligro para nadie.

Casi había olvidado mi miedo anterior, un miedo tan engreído, de que Bella me encontrara repulsivo cuando revelara mi verdadero yo a la luz del sol. Estaba disgustado conmigo mismo por perder siquiera un momento con esa preocupación egoísta. Pero mientras buscaba ropa limpia, tuve que volver a pensar en ella. No porque importara si ella estaba asqueada por mí, sino porque tenía una promesa que cumplir.

Rara vez pensaba en lo que llevaba puesto en un primer pensamiento y mucho menos un segundo. Alice llenó mi armario con una amplia variedad de artículos que parecían ir juntos. El objetivo principal de la ropa era ayudarnos a mezclarnos: adoptar la moda de la época actual, restar importancia a nuestra palidez y cubrir la mayor cantidad de piel posible sin parecer sorprendentemente fuera de temporada. Alice empujó los límites dentro de esas limitaciones, ofendida por la idea de tratar de hacernos pasar desapercibidos. Eligió su propia ropa y vistió al resto de nosotros como una forma de expresión artística. Nuestra piel estaba cubierta, su tonalidad pálida nunca se puso en contraste con tonos más profundos y ciertamente estábamos al minuto con el estilo actual. Pero mezclarnos, no lo hicimos. Parecía una indulgencia inofensiva, como los autos que conducíamos.

Dejando a un lado el gusto progresista de Alice, toda mi ropa estaba, al menos, diseñada para una cobertura máxima. Si iba a cumplir el espíritu de mi promesa a

Bella, necesitaría más que mis manos expuestas. Cuanto menor sea mi exposición, más fácil será para ella compartimentar mi enfermedad. Necesitaba verme por lo que era.

En ese momento me acordé de una camisa, metida en los huecos traseros de mi armario, que nunca me había puesto.

La camiseta era una anomalía. Por lo general, Alice no nos traía nada que no pudiera vernos usando. Por lo general, ella era bastante estricta al seguir la letra de la ley. Recordé la tarde, hace dos años, cuando vi por primera vez la camisa colgando con un nuevo lote de adquisiciones de Alice, clavada en la parte trasera, como si supiera que estaba mal.

—¿Para qué es esto? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros. «No lo sé. Se veía bien en el modelo».

No había nada escondido en sus pensamientos. Parecía tan confundida como yo por la compra impulsiva. Y, sin embargo, tampoco me había dejado tirar la camisa.

«Nunca se sabe», había insistido. «Quizás la quieras algún día».

Saqué la camisa ahora y sentí una extraña oleada de asombro. Un escalofrío, casi, si fuera capaz de sentir tal cosa. Sus extrañas premoniciones llegaron tan lejos, extendieron sus tentáculos tan profundamente hacia el futuro, que incluso ella no entendió todas las acciones que tomó. De alguna manera había sentido, años antes de que Bella eligiera venir a Forks, que en algún momento estaría enfrentando esta prueba más extraña.

Quizás si era omnisciente después de todo.

Me puse la camisa de algodón blanca, desconcertado por el aspecto de mis brazos desnudos en el espejo dentro de la puerta. Lo abroché, suspiré y luego lo desabroché de nuevo. Exponer mi piel era el objetivo. Pero no tenía que ser tan llamativo desde el principio. Agarré un suéter beige pálido y me lo pasé por encima. Me sentía mucho más cómodo de esa manera, sólo el cuello de la camisa blanca se veía por encima del cuello redondo, cubierto como era normal. Quizás me dejaría puesto el suéter. Quizás la divulgación completa era el camino equivocado.

Ya no me movía tan lentamente. Era casi cómico, con todos los miedos y resoluciones espantosos en mi cabeza, que el miedo más familiar, el que recientemente había dictado casi todos mis movimientos, todavía pudiera controlarme tan fácilmente.

No había visto a Bella en horas. ¿Estaba ella a salvo ahora?

Es extraño que incluso pudiera preocuparme por los millones de peligros que no eran yo. Ninguno de ellos era tan letal. Y aún, y aún, y aún... ¿y sí?

Aunque siempre había planeado pasar la noche con el aroma de Bella, más importante esta noche que cualquier otra noche anterior, ahora tenía prisa por estar allí.

Llegué temprano y, por supuesto, todo estuvo bien. Bella todavía estaba lavando la ropa; podía escuchar los golpes y el chapoteo de la lavadora desequilibrada y el aroma de las hojas de suavizante que soplaban calientes por el escape de la secadora. Una parte de mí quería sonreír al pensar en ella bromeando durante el almuerzo, pero el humor superficial era demasiado débil para superar mi pánico continuo. Podía escuchar a Charlie viendo un resumen de deportes en la sala principal. Sus pensamientos tranquilos parecían apacibles, somnolientos. Estaba

seguro de que Bella no había cambiado de opinión ni le había contado sus planes reales para mañana.

A pesar de todo, el fluir fácil y sencillo de la velada tranquila de los Swan fue tranquilizador. Me encaramé a mi árbol habitual y dejé que me arrullara.

Me encontré sintiéndome celoso del padre de Bella. La suya era una vida sencilla. Nada grave pesaba sobre su conciencia. Mañana era un día normal, con pasatiempos familiares y agradables que esperar.

Pero al día siguiente...

No estaba en su poder garantizar lo que sería para él el día siguiente. ¿Estaba en el mío?

Me sorprendió escuchar el sonido de un secador de pelo en el baño compartido. Bella no solía molestarse en eso. Su cabello, por lo que había visto en mis noches de vigilancia protectora, aunque imperdonable, estaba mojado mientras dormía, secándose durante el transcurso de la noche. Me pregunté por qué el cambio. La única explicación que se me ocurrió fue que quería que su cabello se viera bien. Y como la persona que planeaba ver mañana era yo, eso significaba que debía haber querido que se viera bien para mí.

Tal vez me equivoque. Pero si tenía razón... ¡Qué exasperante! ¡Qué entrañable! Su vida nunca había estado en mayor peligro, pero aún le importaba que a mí, la misma amenaza que amenazaba su vida, le gustara su apariencia.

Tomó más tiempo de lo habitual, incluso después del tiempo extra con la secadora, para que las luces de su habitación se apagaran y pude escuchar una conmoción silenciosa dentro, antes de que eso sucediera. Curioso, siempre demasiado curioso, se sintió como horas antes de que pudiera estar seguro de haber esperado lo suficiente para que ella estuviera durmiendo.

Una vez dentro, pude ver que no había tenido que esperar tanto. Esta noche durmió más serena que de costumbre, su cabello se extendió suavemente sobre la almohada sobre su cabeza, sus brazos relajados a los lados. Profundamente, ella ni siquiera murmuró.

Su habitación reveló de inmediato la fuente del tumulto que había escuchado. Montones de ropa estaban tirados por todas las superficies, incluso algunas a los pies de su cama, bajo sus pies descalzos. Reconocí nuevamente el placer y el dolor de saber que ella quería verse atractiva para mí.

Comparé los sentimientos, el dolor y el escozor con mi vida antes de Bella. Había estado tan cansado, tan cansado del mundo, como si ya hubiera experimentado cada emoción que podía sentir. Qué tonto. Apenas había bebido la copa que la vida tenía para ofrecer. Sólo ahora era consciente de todo lo que me había perdido y de cuánto más tenía que aprender. Mucho sufrimiento por delante, más que alegría, sin duda. Pero la alegría era tan dulce y tan fuerte que nunca me perdonaría por perderme un segundo.

Pensé en el vacío de una vida sin Bella y me recordó una noche en la que no había pensado durante mucho tiempo.

Era diciembre de 1919. Había pasado más de un año desde que Carlisle me había transformado. Mis ojos se habían enfriado de un rojo brillante a un ámbar suave, aunque el estrés de mantenerlos así era constante.

Carlisle me había mantenido lo más aislado posible mientras trabajaba durante esos primeros meses rebeldes. Después de casi un año, me sentí bastante

seguro de que la locura había pasado y Carlisle aceptó mi autoevaluación sin dudar. Él me había preparado para introducirme en la sociedad humana.

Al principio, sólo era una tarde aquí o allá: tan bien alimentados como fuera posible, caminábamos por la calle principal de un pequeño pueblo después de que el sol estaba a salvo bajo el horizonte. Entonces me sorprendió cómo podíamos mezclarnos.

Los rostros humanos eran completamente diferentes a los nuestros: su piel opaca y con hoyos, sus rasgos mal moldeados, tan redondeados y abultados, los colores moteados de su carne imperfecta. Los ojos nublados y reumáticos deben estar casi ciegos, pensé, si realmente podían creer que pertenecíamos a su mundo. Pasaron varios años antes de que me acostumbrara a los rostros humanos.

Estaba tan concentrado en controlar mi instinto de matar durante estas excursiones que apenas registré como lenguaje la cacofonía del pensamiento que me asaltaba; era sólo ruido. A medida que mi capacidad para ignorar mi sed se hizo más fuerte, los pensamientos de la multitud se hicieron más claros, más difíciles de descartar, el peligro del primer desafío suplantado por la irritación del segundo.

Pasé estas primeras pruebas, sino con facilidad, al menos con resultados perfectos. El siguiente desafío fue vivir entre ellos durante una semana. Carlisle eligió el concurrido puerto de Saint John de New Brunswick y nos reservó habitaciones en una pequeña posada de madera cerca de los muelles de West Side. Además de nuestro antiguo propietario, todos los vecinos con los que nos encontramos eran marineros y estibadores.

Este fue un arduo desafío. Estaba completamente rodeado. El olor a sangre humana estaba siempre presente. Podía oler el toque de manos humanas en las telas de nuestra habitación, percibir el olor del sudor humano flotando a través de nuestras ventanas. Manchaba cada aliento que tomaba.

Pero aunque era joven, también era obstinado y decidido a triunfar. Sabía que Carlisle pensaba muy bien de mi rápido progreso y complacerlo se había convertido en mi principal motivación. Incluso en mi relativa cuarentena hasta este punto, había escuchado lo suficiente del pensamiento humano como para saber que mi mentor era único en este mundo. Era digno de mi idolatría.

Sabía su plan para escapar, en caso de que el desafío fuera demasiado para mí, aunque tenía la intención de ocultármelo. Le resultaba casi imposible mantener un secreto. A pesar de la sensación de estar rodeado por sangre humana por todos lados, existía una rápida retirada a través de las gélidas aguas del puerto. Estábamos a pocas calles de las profundidades grises y opacas. Si la tentación estuviera a punto de triunfar, me instaría a correr.

Pero Carlisle creía que era capaz, demasiado dotado, demasiado fuerte, demasiado inteligente para ser víctima de mis deseos más básicos. Debió haber visto cómo respondí a sus elogios internos. Me hizo arrogante, creo, pero también me convirtió en el hombre que vi en su cabeza, tan decidido estaba a ganarme la aprobación que él ya me había dado.

Carlisle fue así de astuto.

También fue muy amable.

Fueron mis segundas vacaciones de Navidad como inmortal, aunque fue el primer año en que aprecié el cambio de estaciones; el año anterior, había estado demasiado atormentado por el frenesí del neófito como para ser consciente de mucho más. Sabía que Carlisle se preocupaba en privado por lo que me perdería.

Toda la familia y amigos que había conocido en mis años humanos, todas las tradiciones que habían iluminado el clima sombrío. No tenía por qué haberse preocupado. Las coronas y las velas, la música y las reuniones... nada de eso parecía aplicarse a mí. Lo miraba desde lo que parecía una distancia imposible.

Me envió una noche a mediados de la semana para dar un paseo solo por primera vez. Me tomé mi tarea muy en serio e hice todo lo que pude para parecer lo más humano posible, envolviéndome en gruesas capas de ropa, fingiendo que sentía el frío. Una vez afuera, mantuve mi cuerpo rígido contra cada tentación, mis movimientos lentos y deliberados. Pasé junto a algunos hombres que se dirigían a casa desde los muelles helados. Nadie se dirigió a mí, pero no salí de mi camino para evitar el contacto. Pensé en mi vida futura, cuando estaría tan controlado y a gusto como Carlisle e imaginé un millón de paseos como este. Carlisle había puesto su vida en espera para lidiar conmigo, pero estaba determinado a que pronto sería una ventaja para él en lugar de una carga.

Estaba bastante orgulloso de mí mismo cuando regresé a nuestra habitación, sacudiéndome la nieve de mi gorro de lana. Carlisle estaría ansioso por mi informe y yo estaba ansioso por dárselo. Después de todo, no había sido tan difícil salir entre ellos con mi propia voluntad de protección y fingí indiferencia mientras atravesaba la puerta, sólo notando tardíamente el fuerte olor a resina.

Me había estado preparando para sorprender a Carlisle con la facilidad de mi éxito, pero él estaba esperando sorprenderme a mí.

Las camas estaban cuidadosamente apiladas en la esquina y el escritorio tambaleante empujado detrás de la puerta para dejar espacio a un abeto lo suficientemente alto como para rozar el techo con su rama más alta. Las agujas estaban mojadas, todavía se veían polvos de nieve en algunos lugares, tan rápido que había derretido los tallos de las velas hasta los extremos de las ramas. Todos brillaban, reflejándose cálidos y amarillos contra la suave mejilla de Carlisle. Él sonrió ampliamente.

«Feliz Navidad, Edward».

Me di cuenta con un poco de vergüenza que mi gran logro, mi expedición en solitario, había sido simplemente una artimaña.

Y luego me alegré de nuevo al pensar que Carlisle confiaba tanto en mi control que había estado dispuesto a enviarme a un juicio falso para sorprenderme de esta manera.

—Gracias, Carlisle—respondí rápidamente—. Y Feliz Navidad para ti.

A decir verdad, no estaba seguro de cómo me sentía con el gesto. Parecía... de alguna manera juvenil, como si mi vida humana fuera sólo una etapa larvaria que había dejado muy atrás, junto con todos sus adornos y ahora se esperaba que volviera a avanzar poco a poco en el barro a pesar de la existencia de mis alas. Me sentí demasiado mayor para esta exhibición, pero al mismo tiempo, me emocionó que Carlisle intentara darme esto, un regreso momentáneo a mis alegrías anteriores.

—Tengo palomitas de maíz—me dijo—. ¿Pensé que te gustaría unirte al recorte?

En su mente, vi lo que esto significaba para él. Escuché, no por primera vez, la profundidad de la culpa que sentía por haberme atraído a esta vida. Me daría cualquier pequeño placer humano que creyera posible. Y no sería tan malcriado como para negarle su propio placer en esto.

—Por supuesto—estuve de acuerdo—. Me imagino que será un trabajo rápido este año.

Se rió y fue a avivar las brasas del hogar.

No fue difícil relajarse en su visión de unas vacaciones familiares, aunque fuera una familia muy pequeña e inusual. Aunque encontré mi papel fácil de realizar, la sensación de no pertenecer a este mundo en el que estaba jugando persistía. Me pregunté si con el tiempo me asentaría en la vida que Carlisle había creado, o si siempre me sentiría como una criatura alienígena. ¿Era yo más un verdadero vampiro que él? ¿Con demasiada sangre para abrazar sus sensibilidades más humanas?

Mis preguntas fueron respondidas con el tiempo. Todavía era más un recién nacido de lo que pensaba en esos días, y todo se volvió más fácil a medida que envejecía. La sensación de alienación se desvaneció y descubrí que pertenecía al mundo de Carlisle.

Sin embargo, en esa temporada en particular, mis preocupaciones me dejaron más vulnerable de lo que debería haber sido a los pensamientos de un extraño.

La noche siguiente nos reunimos con amigos, mi primer encuentro social.

Era pasada la medianoche. Dejamos la ciudad y nos aventuramos en las colinas del norte, buscando un área lo suficientemente lejos de la humanidad como para estar a salvo para mi cacería. Entonces mantuve un estricto control sobre mí mismo, trabajando para controlar los sentidos ansiosos que anhelaban ser liberados, para llevarme a través de la noche hacia algo que saciara mi sed. Debíamos estar seguros de que estábamos lo suficientemente lejos de la población. Una vez que liberara esos poderes, no sería lo suficientemente fuerte como para alejarme del olor a sangre humana.

«Esto debería ser seguro», aprobó Carlisle y redujo la velocidad para dejarme liderar la caza. Quizás encontraríamos algunos lobos, también cazando en la espesa nieve. Lo más probable es que en ese climauviésemos que sacar a los animales de sus guaridas.

Dejé que mis sentidos se extendieran libremente; fue un gran alivio hacerlo, como relajar un músculo contraído durante mucho tiempo. Al principio, todo lo que podía oler era la nieve limpia y las ramas desnudas de los árboles de hoja caduca. Noté el alivio de no oler a ningún ser humano, sin deseo, sin dolor. Corrimos silenciosamente por el espeso bosque.

Y luego capté un nuevo aroma, tanto familiar como extraño. Era dulce, claro y más puro que la nieve fresca. Había un brillo en la fragancia que sólo estaba vinculado a dos aromas que yo conocía: el de Carlisle y el mío. Pero, por lo demás, era desconocido.

Me detuve bruscamente. Carlisle captó el olor y se congeló a mi lado. Por la más mínima parte de un segundo, escuché su ansiedad. Y luego se convirtió en reconocimiento.

«Ah, Siobhan», pensó, inmediatamente tranquilo. «No sabía que ella estaba en este lado del mundo».

Lo miré inquisitivamente, sin estar seguro de si era correcto hablar en voz alta. Me sentí aprensivo, a pesar de su alivio. Lo desconocido me puso en guardia.

«Viejos amigos», me aseguró. «Supongo que es hora de que conozcas a más de nuestra especie. Vamos a encontrarlos».

Parecía sereno, pero detecté una preocupación silenciosa detrás de los pensamientos que compuso en palabras para mí. Me pregunté por primera vez por qué nunca habíamos entrado en contacto con otro vampiro hasta ahora. Por las lecciones de Carlisle, sabía que no éramos tan raros. Debía de haberme mantenido alejado de los demás deliberadamente. ¿Pero por qué? Ahora no temía ningún peligro físico. ¿Qué más lo motivaría?

El olor era bastante fresco. Podría distinguir dos senderos diferentes. Lo miré inquisitivamente.

«Siobhan y Maggie. Me pregunto dónde está Liam. Ese es su aquelarre, los tres. Suelen viajar juntos».

Aquelarre. Conocía la palabra, pero siempre la había pensado en relación con los grupos militarizados más grandes que habían dominado las lecciones de historia de Carlisle. El aquelarre de los Volturi y antes que ellos, los rumanos y los egipcios. Pero si esta Siobhan podía tener un aquelarre de tres, ¿entonces la palabra se aplicaba también a nosotros? ¿Carlisle y yo éramos un aquelarre? Eso no pareció encajar con nosotros. Hacía demasiado... frío. Quizás mi comprensión de la palabra era imperfecta.

Nos tomó algunas horas alcanzar nuestro objetivo, porque ellas también estaban corriendo. El sendero nos llevó más y más profundamente al páramo nevado, lo cual fue una suerte. Si nos hubiéramos acercado demasiado al hábitat humano, Carlisle me habría pedido que esperara atrás. Usar mi sentido del olfato para rastrear no era muy diferente de usarlo para cazar y sabía que me sentiría abrumado si me cruzaba con un rastro humano.

Cuando estuvimos lo suficientemente cerca como para poder distinguir el sonido de sus pies corriendo delante de nosotros, no se preocupaban por no hacer ruido y, obviamente, no estaban preocupados por ser seguidos, Carlisle llamó en voz alta—: ¡Siobhan!

El movimiento por delante cesó por un breve momento y luego volvieron hacia nosotros, una asertividad en el sonido que me hizo tensarme a pesar de la confianza de Carlisle. Se detuvo y yo me detuve a su lado. Nunca supe que se equivocara, pero aun así me encontré agachado casi automáticamente.

«Tranquilo, Edward. Al principio es difícil encontrar un depredador igual. Pero aquí no hay motivo de preocupación. Yo confío en ella».

—Por supuesto —susurré, y me enderecé a su lado, aunque no pude evitar la rigidez de mi postura.

Quizás por eso me había ocultado a sus otros conocidos. Quizás este extraño instinto de defensa era demasiado fuerte cuando uno ya estaba abrumado por la pasión neófita. Apreté mi agarre sobre mis músculos bloqueados. No lo decepcionaría ahora.

—¿Eres tú, Carlisle? —sonó una voz, como el tono claro y profundo de una campana de iglesia.

Al principio, sólo un vampiro emergió de los árboles cubiertos de nieve. Era la mujer más grande que había visto en mi vida, más alta que Carlisle o que yo, con hombros más anchos y miembros más gruesos. Sin embargo, no había nada masculino en ella. Tenía una forma profundamente femenina: agresiva y con fuerza femenina. Estaba claro que no tenía ninguna intención de hacerse pasar por un humano esta noche; sólo vestía una simple camisola de lino sin mangas con una cadena de plata de intrincado diseño como cinturón.



Había sido en otra vida cuando me había fijado por última vez en una mujer de esta manera, y descubrí que estaba en apuros por saber dónde poner mis ojos. Los centré en su rostro que, como su cuerpo, era intensamente femenino. Sus labios eran carnosos y curvos, sus profundos ojos carmesí enormes y bordeados por pestañas más gruesas que las agujas de las ramas de los pinos. Su brillante cabello negro estaba amontonado en un generoso rollo en la parte superior de su cabeza, con dos delgadas varillas de madera clavadas descuidadamente para mantenerlo en su lugar.

Encontré un extraño alivio al ver otra cara tan parecida a la de Carlisle: perfecta, suave, sin los bultos carnosos de los rostros humanos. La simetría fue tranquilizadora.

Medio segundo después, apareció el otro vampiro, inclinándose detrás del costado de la hembra más grande. Esta fue menos notable: sólo una niña pequeña, no mucho más que una muchacha. Donde la mujer alta parecía tener un exceso de todo, esta chica era la imagen de la carencia. Se veía todo huesos debajo de su vestido sencillo y oscuro, sus ojos cautelosos demasiado grandes para su rostro, aunque, como los de su compañera, eran reconfortantes y sin defectos. Sólo el cabello de la chica existía en abundancia: una mata salvaje de rizos rojo brillante que parecían estar anudados más allá de la posibilidad de recuperación.

La hembra más grande saltó hacia Carlisle y necesité todo mi autocontrol para no saltar entre ellos para detenerla. Me di cuenta en ese instante, al observar la musculatura de sus miembros sustanciales, que sólo podría intentarlo. Fue un pensamiento humillante. Quizás Carlisle también había estado protegiendo mi ego, manteniéndome aislado.

Ella lo abrazó, envolviéndolo en sus brazos desnudos. Sus dientes brillantes estaban expuestos, pero sólo en lo que parecía ser una sonrisa amistosa. Carlisle le rodeó la cintura con los brazos y se rió.

—Hola, Siobhan. Ha pasado mucho tiempo

Siobhan lo soltó pero mantuvo las manos sobre sus hombros.

—¿Dónde te has estado escondiendo, Carlisle? Estaba empezando a preocuparme de que te hubiera ocurrido algo extraño —su voz era casi tan baja como la de él, un alto vibrante, con el tono de los trabajadores portuarios irlandeses transformado en algo mágico.

Los pensamientos de Carlisle se volvieron hacia mí, cien relámpagos de nuestro último año. Al mismo tiempo, los ojos de Siobhan se dirigieron rápidamente a mi rostro y se alejaron.

—Ha sido un momento muy ocupado —dijo Carlisle, pero yo estaba más concentrado en los pensamientos de Siobhan.

«Prácticamente un neófito... pero sus ojos. Extraño, pero no tan extraño como los de Carlisle. Ámbar en lugar de dorados. Es bastante bonito. Me pregunto dónde lo encontró Carlisle».

Siobhan dio un paso atrás.

—Estoy siendo grosera. Nunca he conocido a tu compañero.

—Permíteme presentarte. Siobhan, este es Edward, mi hijo. Edward, esta es, como estoy seguro que has inferido, mi amiga de muchos años, Siobhan. Y esta es su Maggie.

La niña inclinó la cabeza hacia un lado, pero no en reconocimiento. Las delgadas líneas de sus cejas se juntaron como si se estuviera concentrando mucho en un rompecabezas.

«¿Hijo?» Pensó Siobhan, al principio, sorprendida por la palabra. «Ah, entonces él ha elegido crear su compañero después de todo este tiempo. Interesante. Me pregunto por qué ahora. Debe haber algo especial en el chico».

«Lo que dice es cierto», pensó Maggie simultáneamente. «Pero falta algo. Algo que Carlisle no está diciendo». Ella asintió una vez, como para sí misma, y luego miró a Siobhan, que todavía me estaba examinando.

—Edward, es un placer conocerte —dijo Siobhan. Me ofreció su mano, su mirada se detuvo en mi iris, como si tratara de cuantificar su tono exacto.

Sólo conocía la respuesta humana para este tipo de reuniones. Tomé su mano y rocé con mis labios el dorso de ella, notando la suavidad vidriosa de su piel contra la mía.

—Un placer —respondí.

«¡Qué encantador!» Dejó caer su mano, sonriéndome ampliamente. «Qué lindo. Me pregunto cuál podría ser su don y por qué le atrajo a Carlisle».

Me sorprendió su pensamiento, sólo comprendiendo cuando usó la palabra don, exactamente lo que había querido decir antes, cuando había supuesto que debía haber algo especial en mí, pero ya había tenido suficiente práctica para esconder mi reacción de sus ojos interesados.

Por supuesto, ella tenía razón. Yo tenía un don. Pero... Carlisle se había sorprendido honestamente cuando comprendió lo que podía hacer. Sabía, gracias a mi don, que no estaba fingiendo. No había mentira, ni evasión en sus pensamientos cuando respondió a mis propios porqués. Estaba muy solo. Mi madre había rogado por mi vida. Mi rostro había prometido inconscientemente alguna virtud que no estaba del todo seguro de que encarnara.

Todavía estaba reflexionando sobre lo correcto y lo incorrecto de sus suposiciones mientras se volvía hacia Carlisle. Un último pensamiento sobre mí se demoró mientras se movía.

«Pobre chico. Supongo que Carlisle le ha impuesto sus extraños hábitos al muchacho. Por eso sus ojos son tan extraños. Qué trágico: verse privado de la mayor alegría de esta vida».

En ese momento, esta conclusión no me preocupó tanto como sus otras especulaciones. Más tarde, su conversación duró toda la noche y nos atrapó lejos de nuestras habitaciones alquiladas hasta que se puso el sol, cuando volvimos a estar solos, le hablé al respecto. Carlisle me contó la historia de Siobhan, su fascinación por los Vulturi, su curiosidad por el mundo de los talentos místicos de los vampiros y, finalmente, su descubrimiento de una niña extraña que parecía saber más de lo humanamente posible. Siobhan había cambiado a Maggie no por necesidad de compañía o preocupación personal por la chica, que en otras circunstancias podría haber sido la cena, sino porque estaba ansiosa por reunir un talento para su propio aquelarre. Era una forma diferente de ver el mundo, una forma menos humana de la que Carlisle había logrado preservar. Él le había ocultado la información sobre mi propio talento a Siobhan (esto explicaba la extraña respuesta de Maggie a mi presentación; ella sabía que Carlisle estaba ocultando algo en virtud de su propio don), sin estar seguro de cómo habría reaccionado Siobhan ante su acceso a un don tan raro y poderoso sin siquiera una búsqueda. Porque no fue más que una extraña coincidencia que yo hubiera resultado tener talento. Mi don para leer mentes era parte de mí, así que Carlisle no deseaba que se fuera más de lo que hubiera querido

cambiar el color de mi cabello o el timbre de mi voz. Sin embargo, nunca vio ese don como una mercancía para su uso o ventaja.

Pensaba en estas revelaciones de vez en cuando, cada vez menos a medida que pasaba el tiempo. Me sentí más cómodo en el mundo humano y Carlisle volvió a su trabajo anterior como cirujano. Estudié medicina, entre muchas otras materias, mientras él estaba fuera, pero siempre de libros, nunca en el hospital. Sólo unos años después, Carlisle encontró a Esme y regresamos a una vida más solitaria mientras ella se aclimataba. Fue un tiempo ocupado, lleno de nuevos conocimientos y nuevos amigos, por lo que pasaron varios años más antes de que las palabras de lástima de Siobhan comenzaran a preocuparme.

«Pobre chico... Qué trágico, ser privado de la mayor alegría de esta vida».

A diferencia de su otra conjetura, tan fácil de refutar cuando tenía la transparente honestidad de los pensamientos de Carlisle para leer, esta idea comenzó a enconarse. Fue esa frase, “la mayor alegría de esta vida”, la que eventualmente me llevó a separarme de Carlisle y Esme. En la búsqueda del gozo prometido, tomé la vida humana una y otra vez, pensando que, en la aplicación arrogante de mi don, podía hacer más bien que mal.

La primera vez que probé sangre humana, mi cuerpo se sintió abrumado. Se sintió totalmente lleno y totalmente bien. Más vivo que antes. A pesar de que la sangre no era de la mejor calidad (el cuerpo de mi primera presa estaba saturado de drogas de sabor amargo) hacía que mi comida habitual pareciera agua de pozo. Y sin embargo... mi mente permaneció un poco alejada de la gratificación de mi cuerpo. No pude evitar ver la fealdad. No podía olvidar lo que Carlisle debía pensar de mi elección.

Supuse que esos escrúpulos se desvanecerían. Encontré hombres muy malos que habían mantenido limpios sus cuerpos, pero no sus manos y saboreé la mejor calidad. Mentalmente, tabulé el número de vidas que podría estar salvando con mi operación de juez, jurado y verdugo. Incluso si sólo estaba salvando una por muerte, solo la siguiente víctima en la lista, ¿no era mejor que si dejara que estos depredadores humanos continuarán?

Pasaron años antes de que me rindiera. Entonces nunca estuve seguro de por qué la sangre no era el éxtasis que coronaba la existencia que Siobhan había creído que era, por qué seguía extrañando a Carlisle y Esme más de lo que disfrutaba de mi libertad, por qué el peso de cada muerte parecía acumularse hasta que estuviera lisiado bajo su carga combinada. A lo largo de los años después de mi regreso a Carlisle y Esme, mientras luchaba por volver a aprender toda la disciplina que había abandonado, llegué a la conclusión de que Siobhan podría no conocer nada más grande que el llamado de la sangre, pero yo había nacido para algo mejor.

Y ahora, las palabras que una vez me habían perseguido, una vez me impulsaron, regresaron con una fuerza sorprendente.

“La mayor alegría de esta vida”.

No tuve ninguna duda. Ahora sabía el significado de la frase. La mayor alegría de mi vida era esta chica frágil, valiente, cálida y perspicaz que dormía tan pacíficamente cerca. Bella. La alegría más grande que la vida tenía para ofrecerme y el dolor más grande cuando ella no estaba.

Mi teléfono vibró silenciosamente en el bolsillo de mi camisa. Lo saqué, vi el número y lo acerqué a mi oído.

—Veo que no puedes hablar—dijo Alice en voz baja—. Pero pensé que querías saberlo. Ahora son ochenta y veinte. Hagas lo que hagas, sigue haciéndolo.

Colgó.

Por supuesto que no podía confiar en la confianza en su voz cuando no tenía sus pensamientos para leer y ella lo sabía. Podría mentirme por teléfono. Pero todavía me sentí animado.

Lo que estaba haciendo era disfrutar, ahogarme, revolcarme en mi amor por Bella. No pensaba que sería difícil seguir haciendo eso.

# EL NUDO

BELLA DURMIÓ TAN PROFUNDAMENTE DURANTE LA NOCHE QUE FUE INQUIETANTE.

Durante lo que me pareció un tiempo muy largo, desde el primer momento en que capté su olor, fui impotente para evitar que mi propio estado mental se precipitara salvajemente de un extremo al otro cada minuto del día. Esta noche fue peor de lo habitual: la carga del peligro que se avecinaba inmediatamente me había empujado a un pico de estrés mental más allá de lo que había conocido en cien años.

Y Bella siguió durmiendo, las extremidades relajadas, la frente suave, los labios levantados en las esquinas, su respiración fluyendo suavemente hacia adentro y hacia afuera tan uniformemente como un metrónomo. En todas mis noches con ella, nunca había estado tan en paz. ¿Qué significaba?

Sólo podía pensar que eso significaba que ella no entendía. A pesar de todas las advertencias que le había dado, ella todavía no creía la verdad. Ella confiaba demasiado en mí. Ella se equivocaba al hacerlo.

No se movió cuando su padre se asomó a su habitación. Todavía era temprano; el sol aún no había salido. Mantuve mi lugar, seguro de que era invisible en mi rincón sombreado. Los pensamientos envueltos de su padre estaban teñidos de arrepentimiento, de culpa. Nada demasiado serio, pensé, simplemente un reconocimiento de que la estaba dejando sola de nuevo. Por un momento vacilé, pero una sensación de obligación (planes, compañeros, paseos prometidos) lo alejó. Esa fue mi mejor suposición.

Charlie hizo mucho ruido al recoger sus cosas de pesca del armario de los abrigos debajo de las escaleras. Bella no reaccionó a la conmoción. Sus párpados ni siquiera se agitaron.

Una vez que Charlie se fue, fue mi turno de salir, aunque me resistía a dejar la serenidad de su habitación. A pesar de todo, su sueño tranquilo había calmado mi espíritu. Tomé una última bocanada de fuego y luego la sostuve dentro de mi pecho, acunando el dolor cerca hasta que pudo reponerse.

El tumulto se reanudó tan pronto como se despertó; cualquier calma que había encontrado en sus sueños parecía haberse desvanecido en la luz. El sonido de sus movimientos fue apresurado y unas cuantas veces pellizcó las cortinas, buscándome, pensé. Me impacientaba estar con ella de nuevo, pero habíamos acordado un horario y no quería interrumpir prematuramente sus preparativos. Los míos se hicieron, pero me sentía incompleto. ¿Podría estar realmente preparado para un día como este?

Deseaba poder sentir la alegría de ello: un día entero a su lado, las respuestas a todas las preguntas que podía hacer, su calidez rodeándome. Al mismo tiempo, deseaba poder darle la espalda a su casa en este momento y correr en la dirección opuesta, que pudiera ser lo suficientemente fuerte como para correr al otro lado del mundo y quedarme allí, para no ponerla en peligro nunca más. Pero recordé la visión de Alice del rostro sombrío y demacrado de Bella y supe que nunca podría ser tan fuerte.

Me había puesto de buen humor cuando me dejé caer de las sombras del árbol y crucé el jardín delantero. Traté de borrar de mi rostro la evidencia de mi estado mental, pero parecía que no podía recordar cómo moldear los músculos de la manera correcta.

Llamé silenciosamente, sabiendo que ella estaba escuchando, luego escuché sus pies tropezar por las últimas escaleras hacia el pasillo. Corrió hacia la puerta y luchó con el pestillo durante un largo momento, finalmente abrió la puerta con tanta fuerza que se estrelló contra la pared con un estruendo.

Me miró a los ojos y se quedó bruscamente quieta, la paz de la noche anterior era evidente en su sonrisa.

Mi estado de ánimo también se alivió. Respiré profundamente, reemplazando la rancia quemadura con un nuevo dolor, pero el dolor era mucho menor que la alegría de estar con ella.

Una curiosidad errante atrajo mis ojos hacia su ropa. ¿Por cuál atuendo se había decidido? Recordé el conjunto de inmediato; ahora que lo pensaba, este suéter había sido colocado en la posición más prominente, sobre su computadora obsoleta, con una camiseta blanca de botones y jeans azules justo a un lado. Bronceado claro, cuello blanco, mezclilla azul medio... No tuve que mirarme para saber que los tonos y estilos eran casi idénticos.

Me reí entre dientes una vez. Algo en común de nuevo.

—Buenos días.

—¿Qué pasa? —ella respondió.

Había mil respuestas a esa pregunta y me quedé desconcertado por un instante, pero luego vi que ella se miraba a sí misma y deduje que era para buscar la razón detrás de mi risa.

—Vamos a juego — le expliqué.

Me reí de nuevo mientras ella asimilaba esto, examinando mi ropa y luego la suya, con una mirada de sorpresa en su rostro. De repente, la sorpresa se transformó en ceño fruncido. ¿Por qué? No pude pensar en una razón para encontrar la coincidencia en algo más o menos divertido. ¿Había alguna razón más profunda por la que había elegido esta ropa, alguna razón que la enfureciera cuando me reí? ¿Cómo podría preguntar eso sin sonar extraño? Sólo podía estar seguro de que su razón para elegir así no había sido la misma que la mía.

Me estremecí internamente al pensar en el propósito detrás de mi guardarropa y lo que presagiaba. Pero no debería alejarme de esto. No debería querer esconderme de ella. Ella merecía saberlo todo.

Su sonrisa regresó mientras caminaba conmigo hacia su camioneta, de repente presumida. No iba a dar marcha atrás en la promesa que había hecho, pero no me gustó particularmente. Sabía que no era racional. Ella manejaba ella misma en esa monstruosidad antigua todos los días y nunca le pasó nada malo. Por supuesto, las cosas malas parecían esperar hasta que yo estuviera allí para ser su testigo

horrorizado. Mi expresión debió haberla llevado a creer que estaba molesto por el arreglo.

—Hicimos un trato —se regocijó, inclinándose sobre el asiento para abrir la puerta del pasajero.

Sólo podía desear que mis preocupaciones fueran así de triviales.

El motor decrepito tosió y cobró vida. El marco de metal vibró tan violentamente que me preocupé que algo se soltara.

—¿A dónde? —medio gritó sobre la cacofonía. Giró la palanca de cambios en marcha atrás y miró por encima del hombro.

—Ponte el cinturón de seguridad—insistí—. Ya estoy nervioso.

Ella me lanzó una mirada oscura, pero se colocó la hebilla en su lugar y luego suspiró.

—¿A dónde? —dijo de nuevo.

—Toma la 101 hacia el norte.

Mantuvo sus ojos en la carretera mientras conducía lentamente por la ciudad. Me pregunté si aceleraría cuando estuviéramos en la carretera principal, pero continuó a cinco kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad indicado. El sol todavía estaba bajo en el horizonte oriental, envuelto en delgadas capas de nubes. Pero según Alice, a mediodía estaría soleado. Me pregunté si, a este ritmo, estaríamos a salvo en el bosque antes de que la luz del sol pudiera tocarme.

—¿Estás planeando salir de Forks antes del anochecer? —le pregunté, sabiendo que ella objetaría la difamación de su camioneta. Reaccionó como esperaba.

—Esta camioneta es lo suficientemente vieja como para ser el abuelo de tu auto—espetó—. Ten un poco de respeto.

Pero aguijoneó el motor un poco más rápido. Tres kilómetros por encima del límite de velocidad ahora.

Me sentí un poco aliviado cuando finalmente estuvimos libres del centro de Forks. Pronto hubo más bosque que civilización fuera de la ventana. El motor zumbaba como un martillo neumático que muerde el granito. Sus ojos no se desviaron ni un segundo de la carretera. Quería decirle algo, preguntarle en qué estaba pensando, pero no quería distraerla. Había algo casi feroz en su concentración.

—Gira a la derecha en la 101 —le dije.

Ella asintió con la cabeza para sí misma, luego redujo la velocidad a gatear para tomar el giro.

—Ahora conducimos hasta que se acabe el asfalto.

—¿Y qué hay ahí? —preguntó— ¿Dónde se acaba el asfalto?

Un bosque vacío. Una falta total de testigos. Un monstruo.

—Una senda.

Su voz era más aguda, más tensa, cuando respondió, todavía mirando sólo a la carretera.

—¿Vamos a ir caminando?

La preocupación en su tono me preocupó. No lo había considerado... La distancia era muy corta y el camino no era difícil, no tan diferente del camino detrás de su casa.

—¿Supone algún problema? —¿Había algún otro lugar para llevarla? No había hecho ningún plan alternativo.

—No —dijo rápidamente, pero su voz todavía estaba un poco tensa.

—No te preocupes—le aseguré—. Son sólo ocho kilómetros más o menos y no tenemos prisa— realmente, sintiendo de repente una ola de pánico cuando me di cuenta de lo corta que era la distancia, nada me encantaría más que un retraso.

El surco estaba de vuelta. Después de unos segundos vacíos, comenzó a morderse el labio inferior.

—¿Qué estás pensando?

¿Quería darse la vuelta? ¿Había cambiado de opinión sobre todo eso? ¿Desearía no haber abierto nunca la puerta esta mañana?

—Me pregunto a dónde vamos —respondió. Su tono apuntó a la casualidad, pero falló por unos centímetros.

—Es un lugar al que me gusta ir cuando hace buen tiempo —miré por la ventana y ella también lo hizo. Las nubes ahora no eran más que un fino velo. Pronto se quemarían.

¿Qué pensaría que vería cuando el sol tocara mi piel? ¿Qué imagen mental había evocado para explicarse a sí misma la excursión de hoy?

—Charlie dijo que hoy haría calor.

Pensé en su padre, me lo imaginé junto al río, disfrutando del agradable día. No sabía que estaba en una encrucijada, una posible pesadilla destructora de vidas esperando, tan cerca, para envolver su mundo entero.

—¿Y le dijiste a Charlie lo que te proponías? —hice la pregunta sin esperanza.

Ella sonrió, con los ojos al frente.

—Nop.

Deseé que no sonara tan feliz por eso. Aún así, sabía que había un testigo, una voz para hablar por Bella si no volvía a casa.

—¿Pero Jessica cree que vamos a ir a Seattle juntos?

—No—dijo ella, complaciente—. Le dije que me cancelaste, lo cual es cierto.

¿Qué? No había escuchado eso. Debe haber sucedido mientras cazaba con Alice. Bella había cubierto mis huellas por mí como si quisiera que me saliera con la mía con su asesinato.

—¿Nadie sabe que estás conmigo?

Ella se estremeció levemente ante mi tono, pero luego levantó la barbilla y forzó una sonrisa.

—Eso depende. ¿Asumo que le dijiste a Alice?

Tuve que respirar profundamente para mantener mi voz tranquila.

—Eso no es muy útil, Bella.

Su sonrisa desapareció, pero no dio ningún otro indicio de que me hubiera escuchado.

—¿Te deprime tanto Forks que estás preparando tu suicidio?

—Dijiste que podría causarte problemas—dijo en voz baja, todo el humor desaparecido—. Estar juntos públicamente.

Recordé perfectamente el intercambio y me pregunté cómo lo había hecho al revés. No le había dicho eso para que intentara hacerse más vulnerable a mí. Se lo dije para que huyera de mí.

—¿Y a ti te preocupan mis posibles problemas?—le pregunté entre dientes, tratando de colocar las palabras exactamente en el orden correcto para que fuera imposible que ella no escuchara la ridiculez inherente de su posición— ¿Si no vienes a casa?

Con los ojos en la carretera, asintió una vez.



—¿Cómo no ves lo equivocado que estoy? —siseé, demasiado enojado para reducir la velocidad de las palabras y convertirlas en algo comprensible para ella. Decirle que nunca funcionó. Tendría que mostrárselo.

Parecía nerviosa, pero de una manera nueva, sus ojos casi se movieron para mirarme, pero nunca se separaron del camino. Asustada por mi ira, aunque no de la forma que debería estar. Sólo me preocupaba que me hubiera hecho infeliz. No tuve que leer su mente para anticiparme al patrón establecido.

Como de costumbre, no estaba realmente enojado con ella, sólo conmigo mismo. Sí, sus respuestas hacia mí siempre fueron al revés. Pero eso fue porque, de otra manera, tenían razón. Ella siempre fue demasiado amable. Me dio un crédito que no merecía, preocupada por mis sentimientos como si importaran. Su misma bondad fue lo que la puso en este peligro. Su virtud, mi vicio, los dos opuestos que nos unen.

Llegamos al final de la carretera asfaltada. Bella colocó la camioneta sobre el arcén arcilloso y apagó el motor. El silencio repentino fue casi impactante después del largo asalto auditivo. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó rápidamente de la camioneta sin mirarme. De espaldas a mí, se sacó el jersey por la cabeza. Le tomó unos segundos luchar y luego se ató las mangas alrededor de la cintura. Me sorprendió ver que su camisa reflejaba la mía en más que el color; también le dejaba los brazos desnudos hasta el hombro. Esto era más de ella de lo que estaba acostumbrado a ver, pero a pesar de la fascinación que despertó de inmediato, lo que más sentí fue preocupación. Cualquier cosa que interrumpiera mi concentración era un peligro.

Suspiré. No quería seguir adelante con esto. Hubo muchas razones serias, razones de vida o muerte; pero, en este momento, mi mayor temor fue la expresión de su rostro, la repulsión en sus ojos, cuando finalmente me viera.

Lo afrontaría de frente. Finge ser valiente, ser más grande que este miedo egoísta, aunque no sea más que una farsa.

Me quité mi propio suéter, sintiéndome llamativamente sospechoso. Nunca había descubierto tanto de mi piel alrededor de nadie más que de mi familia.

Con la mandíbula apretada, me deslicé fuera de la camioneta, dejando el suéter para no sentir la tentación y cerré la puerta. Miré hacia el bosque. Quizás si me saliera de la carretera y me metiera entre los árboles, no me sentiría tan expuesto.

Sentí sus ojos sobre mí, pero fui demasiado cobarde para volverme. En cambio, miré por encima del hombro.

—Por aquí —las palabras salieron recortadas, demasiado rápido. Tenía que controlar mi ansiedad. Comencé a caminar lentamente hacia adelante.

—¿Y la senda? —su voz era una octava más alta de lo habitual. La miré de nuevo, parecía nerviosa mientras caminaba por la parte delantera de la camioneta para encontrarse conmigo. Había tantas cosas que podrían asustarla, no podía estar seguro de cuál era.

Intenté sonar como una persona normal. Ligero, divertido. Tal vez podría aliviar su aprehensión, sino la mía.

—Dije que había un sendero al final del camino, no que lo fuéramos a seguir.

—¿No vamos a ir por la senda? —dijo la palabra senda como si se refiriera al último chaleco salvavidas de un barco que se hundía.

Cuadré mis hombros, formé mis labios con una sonrisa falsa y me volteé hacia ella.

—No dejaré que te pierdas —le prometí.

Fue peor de lo que me había esperado. De hecho, su boca se abrió, como un personaje en el tipo de comedia que tiene una pista de risa. Me miró dos veces rápidamente, sus ojos recorriendo mi piel desnuda.

Y esto era nada. Sólo piel pálida. Bueno, piel extremadamente pálida, doblada de una manera ligeramente inhumana sobre la angulosidad de mi musculatura inhumana. Si esta fue su respuesta a nada más que mi piel en la sombra...

Su rostro decayó. Era como si mi anterior desaliento se hubiera transferido a ella, hubiera aterrizado con el peso de todos mis cien años. Quizás esto era todo lo que se necesitaba. Quizás ya había visto suficiente.

—¿Quieres ir a casa?

Si quisiera dejarme, si quisiera marcharse ahora, la dejaría ir. La vería desaparecer y lo soportaría. No estaba muy seguro de cómo, pero encontraría la manera.

Sus ojos brillaron con una reacción insondable y dijo “¡No!” tan rápido que fue casi una réplica. Se apresuró a mi lado, acercándose tanto que sólo habría tenido que inclinarme unos centímetros para rozar mi brazo contra el de ella.

¿Qué significaba?

—¿Qué pasa? —pregunté. Todavía había dolor en sus ojos, un dolor que no tenía sentido combinado con sus acciones. ¿Quería dejarme o no?

Su voz era baja y casi sin inflexiones cuando respondió.

—No soy una buena senderista. Tendrás que ser muy paciente.

No le creí del todo, pero fue una mentira amable. Obviamente, estaba preocupada por la falta de un rastro convencional a seguir, pero eso no era suficiente para crear el dolor en su expresión. Me incliné más cerca y sonreí tan gentilmente como pude, tratando de sonreír de vuelta. Odiaba la sombra de la miseria que persistía en los bordes de sus labios y sus ojos.

—Puedo ser paciente—le aseguré, aligerando mi tono—. Si hago un gran esfuerzo.

Ella medio sonrió ante mis palabras, pero un lado de su boca se negó a cooperar.

—Te llevaré a casa —prometí. Quizás sintió que no tenía más remedio que enfrentar esta prueba de fuego, que de alguna manera me lo debía. Ella no me debía nada. Era libre de alejarse cuando quisiera.

Su respuesta me sorprendió. En lugar de aceptar la salida que estaba ofreciendo con alivio, ella claramente me frunció el ceño. Cuando habló, su tono fue cáustico.

—Si quieres que recorra ocho kilómetros a través del bosque antes de la puesta del sol, será mejor que empieces a indicarme el camino.

La miré, estupefacto, esperando más, por algo que dejara en claro cómo la había ofendido, pero ella sólo levantó la barbilla y entrecerró los ojos como desafiante.

Sin saber qué más hacer, extendí mi brazo para hacerla avanzar, levantando una rama que sobresalía con la otra mano. Pisoteó debajo de ella, luego apartó un brazo más pequeño de su camino.

Fue más fácil en el bosque. O tal vez sólo necesitaba un momento para procesar su primera reacción. Lideré el camino, sosteniendo el follaje para despejar su camino. Sobre todo mantuvo la mirada baja, no como si estuviera evitando mirarme, sino como si no confiara en el suelo. La vi mirar fijamente a algunas raíces mientras pasaba por encima de ellas e hice la conexión en ese momento, seguramente una persona torpe estaría nerviosa por el terreno irregular. Sin embargo, eso todavía no explicaba su tristeza anterior o su ira posterior.

Muchas cosas eran más fáciles en el bosque de lo que esperaba. Aquí estábamos totalmente solos, sin testigos y, sin embargo, no parecía peligroso. Incluso las pocas veces que llegamos a un obstáculo (un tronco caído al otro lado del camino, un afloramiento de roca demasiado alto para pasar) e instintivamente extendía la mano para ayudarla, no era más difícil tocarla de lo que había sido en la escuela. “No fue difícil” era de lejos la descripción correcta. Fue emocionante, placentero, tal como lo había sido antes. Cuando la levantaba suavemente, escuchaba el latido de su corazón al doble de tiempo. Imaginé que mi corazón sonaría igual si también pudiera latir.

Probablemente me sentía seguro o lo suficientemente seguro, porque sabía que este no era el lugar. Alice nunca me había visto matar a Bella en medio del bosque. Si tan sólo no tuviera que mantener la visión de Alice dentro de mi cabeza... Por supuesto, no saber ese posible futuro, no prepararme para él, podría haber sido la misma ignorancia que llevaría a la muerte de Bella. Todo era tan circular e imposible.

No por primera vez en mi vida, deseaba poder hacer que mi cerebro se ralentizara. Obligarlo a moverse a la velocidad humana, aunque sólo fuese por un día, una hora, para que no tuviese tiempo de obsesionarse una y otra vez con los mismos problemas sin solución.

—¿Cuál fue tu cumpleaños favorito?—le pregunté. Necesitaba desesperadamente alguna distracción. Su boca se arrugó en algo que estaba a medio camino entre una sonrisa irónica y un ceño fruncido.

—¿Qué?—le pregunté— ¿No es mi día para hacer preguntas?

Ella se rió y su mano se agitó como si estuviera desechando esa preocupación.

—Está bien. Es que no sé la respuesta. No soy una gran fanática de los cumpleaños.

—Eso es inusual —no podía pensar en otro adolescente que hubiera conocido que pensara de la misma manera.

—Es mucha presión—dijo, encogiéndose de hombros—. Regalos y demás. ¿Y si no te gustan? Tienes que empezar a actuar de inmediato para no herir los sentimientos de nadie. Y la gente te mira mucho.

—¿Tu madre no es una dadora de regalos intuitiva? —Adiviné.

Su sonrisa de respuesta fue críptica. Me di cuenta de que no diría nada negativo sobre su madre, aunque obviamente tenía cicatrices.

Caminamos un kilómetro en silencio. Tenía la esperanza de que se ofreciera más como voluntaria o me hiciera una pregunta que me dijera dónde estaban sus pensamientos, pero mantuvo los ojos en el suelo del bosque, concentrándose. Intenté de nuevo.

—¿Quién era tu maestro favorito en la escuela primaria?

—La Sra. Hepmanik—respondió sin una pausa—. Segundo grado. Me dejaba leer en clase casi siempre que quería.

Le sonreí.

—Un dechado

—¿Quién era tu maestro de escuela primaria favorito?

—No lo recuerdo —le recordé.

Ella frunció el ceño.

—Cierto. Lo siento, no pensé...

—No necesitas disculparte.

Me tomó otro medio kilómetro pensar en una pregunta a la que no pudiera darle la vuelta tan fácilmente.

—¿Perros o gatos?

Su cabeza se inclinó hacia un lado.

—No estoy realmente segura... creo que quizás ¿gatos? Mimosos, pero independientes, ¿verdad?

—¿Nunca has tenido un perro?

—Nunca he tenido uno. Mamá dice que es alérgica —su respuesta fue extrañamente escéptica.

—¿No le crees?

Hizo una pausa de nuevo, no queriendo ser desleal.

—Bueno—dijo lentamente—. La pillé acariciando a muchos perros de otras personas.

—Me pregunto por qué... —reflexioné.

Bella rió. Era un sonido despreocupado, sin ningún tipo de amargura.

—Me tomó una eternidad convencerla de que me dejara tener un pez. Finalmente me di cuenta de que estaba preocupada por quedarse atrapada en casa. Te dije que le encantaba salir todos los fines de semana que pudiéramos, ir a visitar algún pequeño pueblo o monumento histórico menor que nunca había visto antes. Le mostré esas tabletas de comida de liberación prolongada que pueden alimentar a los peces durante más de una semana y cedió. Renée simplemente no puede soportar un ancla. Quiero decir, ella ya me tenía, ¿verdad? Un ancla enorme que te cambia la vida era suficiente. No iba a tener otra voluntariamente.

Mantuve mi cara muy suave. Esta percepción de ella, que no dudé, siempre había visto a través de mí con tanta facilidad, le dio un giro más oscuro a mi interpretación de su pasado. ¿La necesidad de Bella de ser cuidadora no se basaba en la impotencia de su madre, sino en el sentimiento de necesidad de ganarse su lugar? Me enojaba pensar que Bella alguna vez podría haberse sentido indeseada, o que necesitaba demostrar su valía. Tenía el deseo más extraño de esperar en su mano y pie de alguna manera socialmente aceptable, para mostrarle a Bella que su mera existencia era más que suficiente.

No se dio cuenta de que intentaba controlar mi reacción. Con otra risa, continuó—: Probablemente fue lo mejor que nunca probáramos nada más grande que un pez dorado. No era muy buena teniendo mascotas. Pensé que tal vez había estado sobrealimentando al primero, así que realmente reduje el alimento al segundo, pero eso fue un error. Y el tercero—me miró, desconcertada—. Honestamente no sé cuál era su problema. Seguía saltando fuera de la pecera. Finalmente, no lo encontré lo suficientemente pronto—ella frunció el ceño—. Tres seguidos, supongo que eso me convierte en una asesina en serie.

Era imposible no reír, pero no parecía ofendida. Se rió conmigo.

Cuando nuestra diversión disminuyó, la luz cambió. El sol prometido por Alice había llegado por encima del espeso dosel e inmediatamente me sentí nervioso y ansioso de nuevo.

Sabía que esta emoción, el miedo escénico era el término más cercano que se me ocurrió, era realmente ridícula. ¿Y si Bella me encontraba repulsivo? ¿Si ella me rechazaba con disgusto? Eso estaba bien, mejor que bien. Era literalmente el tipo de miseria más pequeña y diminuta que podría lastimarme hoy. ¿Era la vanidad, la fragilidad del ego, realmente una fuerza tan fuerte? Nunca creí que tuviera ese tipo de poder sobre mí y no lo creo ahora. La obsesión por esta revelación evitó que me obsesionara con otras cosas. Como el rechazo que seguiría al disgusto. Bella alejándose de mí y sabiendo que tenía que dejarla ir. ¿Estaría tan asustada por mí que se negaría a dejar que la llevara de regreso a la camioneta? Seguramente tendría que al menos llevarla a salvo a la carretera. Entonces podría marcharse sola.

Aunque sentía que todo mi cuerpo se derrumbaba por el dolor de esa imagen, había algo mucho peor: la inminente prueba que Alice había visto. Fallar esa prueba... no podía imaginarlo. ¿Cómo sobreviviría a eso? ¿Cómo encontraría una manera de dejar de vivir?

Estábamos tan cerca.

Bella notó el cambio en la luz cuando pasamos por un bosque más delgado. Frunció el ceño burlonamente.

—¿Ya llegamos?

Fingí estar igualmente alegre.

—Casi. ¿Ves el brillo allá adelante?

Ella entrecerró los ojos hacia el bosque frente a nosotros, la línea de concentración formándose entre sus cejas.

—Uhm, ¿debería?

—Tal vez sea un poco demasiado pronto para tus ojos —admití encogiéndome de hombros.

—Quizá deba visitar al oculista.

El silencio parecía más pesado a medida que avanzábamos. Me di cuenta cuando Bella vio el brillo del prado. Sonrió casi inconscientemente y su paso se alargó. Ya no miraba el suelo; sus ojos estaban fijos en el brillo filtrado del sol. Su entusiasmo sólo hizo que mi desgana fuera más pesada. Más tiempo. Sólo una hora o dos más... ¿Podríamos detenernos aquí? ¿Me perdonaría si me resistía?

Pero sabía que no tenía sentido demorarse. Alice había visto que llegaría a esto, tarde o temprano. Evitarlo nunca lo haría más fácil.

Bella abrió el camino ahora, sin dudarlo mientras atravesaba el seto de helechos hacia el prado.

Deseé poder ver su rostro. Me imaginaba lo hermoso que sería el lugar en un día como este. Podía oler las flores silvestres, más dulces en el calor, y escuchar el suave murmullo del arroyo al otro lado. Los insectos zumbaban y, a lo lejos, los pájaros trinaban y cantaban. No había pájaros cerca ahora, mi presencia era suficiente para asustar a toda la vida de este lugar.

Caminó casi con reverencia hacia la luz dorada. Doraba su cabello y hacía que su piel clara brillara. Sus dedos se deslizaron sobre las flores más altas y me recordó de nuevo a Perséfone. La primavera personificada.

Podría haberla observado durante mucho tiempo, tal vez para siempre, pero era demasiado esperar que la belleza del lugar pudiera hacerla olvidar por mucho

tiempo al monstruo en las sombras. Se volvió, los ojos muy abiertos por el asombro, una sonrisa de asombro en sus labios y me miró. Expectante. Cuando no me moví, empezó a caminar lentamente en mi dirección. Levantó un brazo y me ofreció su mano para animarme.

Quería tanto ser humano en ese momento que casi me paraliza.

Pero yo no era humano y había llegado el momento de la disciplina perfecta. Levanté la palma de mi mano como una advertencia. Ella entendió, pero no tuvo miedo. Su brazo cayó y se quedó donde estaba. Esperando. Curiosa.

Respiré profundamente el aire del bosque, registrando conscientemente su olor abrasador por primera vez en horas.

Incluso confiando tanto en las visiones de Alice como yo, no estaba seguro de cómo podría haber más en esta historia. Tendría que terminar ahora, ¿no? Bella me vería, y sería todas las cosas que debería haber sido desde el principio: aterrorizada, disgustada, horrorizada, repelida... y terminaría conmigo.

Sentí que nunca haría algo más difícil que esto, pero obligué a mi pie a levantarse y moví mi peso hacia adelante.

Me enfrentaría a esto de frente.

Con todo eso... no pude soportar la primera reacción en su rostro. Sería amable, pero le sería imposible disimular ese instante inicial de conmoción y repulsión. Así que le daría un momento para calmarse.

Cerré los ojos mientras caminaba hacia la luz del sol.

# CONFESIONES

SENTÍ EL SOL CALIENTE CONTRA MI PIEL Y ME ALEGRÉ DE NO VER ESO tampoco. No quería mirarme a mí mismo ahora. Durante el medio segundo más largo que jamás había vivido, todo estuvo en silencio. Y luego Bella gritó:

—¡Edward!

Mis ojos se abrieron de golpe y esperaba verla huir de todo lo que acababa de revelarme.

Pero ella corría directamente hacia mí en un curso de colisión, con la boca abierta por la angustia. Tenía las manos medio extendidas hacia mí, tropezó y se abrió paso a trompicones a través de la hierba alta. Su expresión no estaba asustada, pero sí desesperada. No entendí lo que estaba haciendo.

No podía dejar que chocara contra mí, fuera la que fuera su intención. Necesitaba que ella mantuviera la distancia. Levanté mi mano de nuevo, palma hacia adelante.

Ella vaciló, luego se tambaleó en su lugar por un momento, exudando ansiedad.

Mientras la miraba a los ojos y veía mi reflejo allí, pensé que tal vez lo entendía. Reflejado en sus ojos, a lo que más me parecía era a un hombre en llamas. Aunque había desacreditado sus mitos, ella debió aferrarse a ellos inconscientemente.

Porque estaba preocupada. Temía más *por* el monstruo que *de* él.

Dio un paso hacia mí y luego vaciló cuando yo retrocedí medio paso.

—¿Eso te duele? —susurró.

Sí, tenía razón. No temía por sí misma, ni siquiera ahora.

—No —le respondí en un susurro.

Dio un paso más cerca, con cuidado ahora. Dejé caer mi mano.

Ella todavía quería estar más cerca de mí.

Su expresión cambió cuando se acercó. Inclino la cabeza hacia un lado y sus ojos primero se entrecerraron y luego se agrandaron. Incluso con tanto espacio entre nosotros, podía ver los efectos de la luz refractando en mi piel, brillando como un prisma contra la suya. Dio otro paso y luego otro, manteniendo la misma distancia mientras giraba lentamente alrededor de mí. Me quedé completamente inmóvil, sintiendo sus ojos tocando mi piel mientras se movía fuera de mi vista. Su respiración se aceleró más de lo habitual, su corazón latía más rápido.

Reapareció a mi derecha y ahora había una pequeña sonrisa que comenzaba a formarse alrededor de los bordes de sus labios, mientras completaba su círculo y me miraba de nuevo.

¿Cómo podía sonreír?

Caminó más cerca, deteniéndose cuando estaba a sólo diez pulgadas de distancia. Su mano estaba levantada, acurrucada cerca de su pecho, como si quisiera extender la mano y tocarme pero tuviera miedo de hacerlo. La luz del sol se hizo añicos en mi brazo y giró contra su cara.

—Edward —suspiró. Había asombro en su voz.

—¿Estás asustada ahora? —pregunté en voz baja.

Fue como si mi pregunta fuera totalmente inesperada, como si la sorprendiera.

—No.

La miré a los ojos, incapaz de dejar de intentar infructuosamente, de nuevo, a escucharla.

Se acercó a mí, muy lentamente, mirando mi rostro. Pensé que tal vez estaba esperando a que yo le dijera que se detuviera. No lo hice. Sus cálidos dedos rozaron el dorso de mi muñeca. Miró fijamente a la luz que bailaba de mi piel a la de ella.

—¿Qué estás pensando? —susurré. En este momento, el misterio constante volvió a ser muy doloroso.

Sacudió la cabeza levemente y pareció luchar por las palabras.

—Yo...—me miró a los ojos—. No lo sabía...—respiró hondo—. Nunca había visto nada más hermoso, nunca imaginé que pudiera existir algo tan hermoso.

La miré en estado de shock.

Mi piel ardía con el síntoma más flagrante de mi enfermedad. En el sol, era menos humano que en cualquier otro momento. Y ella pensó que yo era... hermoso.

Mi mano se levantó automáticamente, girando para tomar la de ella, pero me obligué a dejarla caer, no a tocarla.

—Sin embargo, es muy extraño —dije. Seguramente podía entender que esto era parte del horror.

—Increíble —corrigió.

—¿No te repugna mi flagrante falta de humanidad?

Aunque ahora estaba bastante seguro de cuál sería su respuesta, todavía me asombraba.

Ella medio sonrió.

—No me repugna.

—Deberías estarlo.

Su sonrisa se ensanchó.

—Siento que la humanidad está bastante sobrevalorada.

Con cuidado, saqué mi brazo de debajo de las cálidas yemas de sus dedos, escondiéndolo detrás de mi espalda. Ella valoraba a la humanidad tan a la ligera. No se daba cuenta de la profundidad de lo que significaría esa pérdida.

Bella dio otro medio paso hacia adelante, su cuerpo tan cerca que su calor se hizo más pronunciado, más presente que el del sol. Levantó su rostro hacia el mío, y la luz doró su garganta, el juego de sombras enfatizó el correr de su sangre a través de la arteria justo detrás de la esquina de su mandíbula.

Mi cuerpo reaccionó instintivamente: el veneno brotó, los músculos se tensaron, los pensamientos se dispersaron.

¡Qué rápido salió a la superficie! Habíamos estado en esta arena de visiones durante unos segundos.

Dejé de respirar y di un largo paso para alejarme, levantando mi mano de nuevo en advertencia.



Ella no intentó seguir.

—Lo... lo siento —susurró, el sonido de las palabras se elevó, convirtiéndolas en una pregunta. No sabía por qué se estaba disculpando.

Liberé cuidadosamente mis pulmones y tomé una respiración controlada. Su olor no era más doloroso de lo habitual, no abrumador, de la forma en que estaba medio asustado de encontrarlo de repente.

—Dame unos minutos —le expliqué.

—De acuerdo —todavía un susurro.

Me moví a su alrededor, con pasos lentos y deliberados, y caminé hacia el centro del prado. Me senté en un parche de hierba baja y bloqueé mis músculos, como lo había hecho antes. Respiré con cuidado, escuchando sus pasos vacilantes cruzar la misma distancia, saboreando su fragancia mientras se sentaba a mi lado.

—¿Está todo bien? —preguntó, insegura.

Asentí.

—Sólo... déjame concentrarme.

Sus ojos estaban desorbitados por la confusión, la preocupación. Yo no quería explicar. Cerré los míos.

No por cobardía, me dije. O no *sólo* por cobardía. Necesitaba concentrarme. Me concentré en su olor, en el sonido de la sangre brotando a través de las cámaras de su corazón. Sólo a mis pulmones se les permitió moverse. Cada otra parte de mí la aprisioné en una rígida inmovilidad.

El corazón de *Bella*, me recordé a mí mismo mientras mis sistemas involuntarios reaccionaban a los estímulos. La vida de Bella.

Siempre tuve tanto cuidado de no pensar en su sangre, el olor que no podía evitar, sino el fluido, el movimiento, el pulso, la liquidez caliente de la misma, eran cosas en las que no podía pensar. Pero ahora dejé que llenara mi mente, invadiera mi sistema, atacara mis controles. El brotar y palpar, los golpes y chapoteos. La oleada a través de las arterias más grandes, la onda a través de la vena más pequeña. El calor, calor que se extendió en ondas a través de mi piel expuesta a pesar de la distancia entre nosotros. El sabor me quemaba la lengua y me hacía doler la garganta.

Me mantuve cautivo y observé. Una pequeña parte de mi cerebro fue capaz de mantenerse distante, pensar a través del ataque. Con ese poco de racionalidad, examiné cada una de mis reacciones minuciosamente. Calculé la cantidad de fuerza necesaria para frenar cada respuesta y sopesé la fuerza que poseía contra esa cifra. Fue un cálculo cercano, pero creí que mi voluntad era más fuerte que mi naturaleza bestial. Ligeramente.

¿Era este el nudo de Alice? No se sentía... completo.

Todo ese tiempo, Bella se sentó casi tan quieta como yo, concentrada en sus pensamientos privados. ¿Podría imaginarse alguna parte de la confusión dentro de mi mente? ¿Cómo se explicaba a sí misma este extraño y silencioso enfrentamiento? Independientemente de lo que pensara, su cuerpo estaba tranquilo.

El tiempo pareció ralentizarse con su pulso. El sonido de los pájaros en árboles distantes se volvió somnoliento. La cascada del pequeño arroyo se volvió más lánguida. Mi cuerpo se relajó e incluso mi boca dejó de hacer agua con el tiempo.

Dos mil trescientos sesenta y cuatro latidos de su corazón más tarde, me sentí más en control que en muchos días. Enfrentar las cosas era la clave, como Alice

había predicho. ¿Estaba listo? ¿Cómo debía estar seguro? ¿Cómo podría estar seguro?

¿Y cómo rompía este largo silencio que había impuesto? Me estaba empezando a sentir incómodo; debe haberlo sentido así por un tiempo.

Desbloqueé mi pose y me recosté en la hierba, con una mano casualmente detrás de mi cabeza. Fingir el signo físico de la emoción era una vieja costumbre. Quizás si retratara la relajación, ella lo creería.

Ella sólo suspiró quedamente.

Esperé a ver si hablaba, pero se quedó en silencio como antes, pensando en lo que fuera que estuviera pensando, sola en este lugar remoto con un monstruo que reflejaba el sol como un millón de prismas. Podía sentir sus ojos en mi piel, pero ya no la imaginaba rebelde. El peso imaginario de su mirada, ahora que sabía que era de admiración, que me encontraba hermoso a pesar de todo, me devolvió esa corriente eléctrica que había sentido con ella en la oscuridad, una imitación de la vida corriendo por mis venas.

Me dejé perder en los ritmos de su cuerpo, dejé que el sonido, el calor y el olor se mezclaran, y descubrí que aún podía dominar mis deseos inhumanos, incluso mientras la corriente fantasma se movía bajo mi piel.

Sin embargo, esto tomó la mayor parte de mi atención. E inevitablemente, este tranquilo período de espera terminaría. Tendría tantas preguntas, mucho más puntuales ahora, imaginé. Le debía mil explicaciones diferentes. ¿Podría manejar todo a la vez?

Decidí intentar hacer malabares con algunas tareas más, mientras seguía sintonizando el flujo y reflujo de su sangre. Vería si la distracción era demasiada.

Primero, reuní información. Triangulé la ubicación exacta de las aves que podía escuchar y luego, por sus llamadas, identifiqué el género y la especie de cada una. Analicé el chapoteo irregular que revelaba vida en el arroyo, y luego de equiparar el agua desplazada con el tamaño del pez, deduje la variedad más probable. Clasifiqué a los insectos cercanos (a diferencia de las especies más desarrolladas, los insectos ignoraban a los de mi especie como lo harían con una piedra) por la velocidad de los movimientos de sus alas y la elevación de su vuelo, o por los diminutos sonidos de sus patas contra el suelo.

A medida que continuaba clasificando, agregué cálculo. Si actualmente hubiera 4,913 insectos en el área de la pradera, que tenía aproximadamente 1,025 metros cuadrados, ¿cuántos insectos en promedio existirían en los 3,625 kilómetros cuadrados del Parque Nacional Olympic? ¿Qué pasa si las poblaciones de insectos caen un 1 por ciento por cada 3 metros de elevación? Saqué en mi cabeza un mapa topográfico del parque y comencé a calcular los números.

Al mismo tiempo, pensé en las canciones que había escuchado con menos frecuencia en mi siglo de vida, nada común que hubiera escuchado tocar más de una vez. Melodías que había escuchado al pasar por la puerta abierta de un bar, peculiares canciones de cuna familiares que los niños cantaban en sus cunas mientras yo corría por la noche, intentos descartados de los estudiantes de música que escribían sus proyectos de teatro en los edificios adyacentes a mi salón de clases. Repasé los versículos rápidamente, notando todas las razones por las que cada uno estaba condenado al fracaso.

Su sangre aún latía, su calor aún se calentaba y yo todavía ardía. Pero podía mantener mi control sobre mí mismo. Mi agarre no se aflojó. Yo tenía el control. Sólo el suficiente.

—¿Dijiste algo? —susurró.

—Sólo... cantando para mí —admití. No sabía cómo explicar lo que estaba haciendo con más claridad y ella no siguió con la pregunta.

Sentí que el silencio estaba llegando a su fin y eso no me asustó. Me estaba volviendo casi cómodo con la situación, sintiéndome fuerte y en control. Quizás, después de todo, estaba a través del nudo. Quizás estábamos a salvo del otro lado y todas las esperanzadas visiones de Alice estaban ahora en camino de convertirse en realidad.

Cuando el cambio en su respiración telegrafió una nueva dirección a sus pensamientos, estaba más intrigado que preocupado. Esperaba una pregunta, pero en cambio escuché la hierba moverse a su alrededor mientras se inclinaba hacia mí, y el sonido del pulso en su mano se acercó.

Un dedo suave y cálido recorrió lentamente el dorso de mi mano. Fue un toque muy suave, pero la respuesta en mi piel fue eléctrica. Un tipo de ardor diferente al de mi garganta, y aún más distractor. Mis cálculos y mi memoria de audio tartamudaron y se estancaron, y ella tuvo toda mi atención, incluso cuando su corazón latía húmedo a sólo un pie de mi oído.

Abrí los ojos, ansioso por ver su expresión y adivinar sus pensamientos. No me decepcionó. Sus ojos brillaban con asombro de nuevo, las comisuras de sus labios se levantaron. Ella encontró mi mirada y su sonrisa se hizo más pronunciada. Lo hice eco.

—¿No te asusto? —no la había asustado. Ella quería estar aquí conmigo.

Su tono era burlón cuando respondió.

—No más de lo habitual.

Se inclinó más cerca y puso toda su mano contra mi antebrazo, acariciando lentamente mi muñeca. Su piel se sentía febril contra la mía y, aunque un temblor recorrió a través de sus dedos, no había miedo en ese toque. Mis párpados se cerraron de nuevo mientras trataba de contener mi reacción. La corriente eléctrica se sintió como un terremoto sacudiendo mi núcleo.

—¿Te molesta? —preguntó, y su mano se detuvo en su avance.

—No—respondí rápidamente. Y luego, como quería que ella supiera un poco de mi experiencia, continué—: No puedes imaginar cómo se siente eso.

No podría haberlo imaginado antes de este momento. Fue más allá de cualquier placer que haya sentido.

Sus dedos se remontaron hasta el interior de mi codo, trazando patrones allí. Ella cambió su peso y su otra mano alcanzó la mía. La sentí tirar ligeramente y me di cuenta de que deseaba dar la vuelta a mi mano. Sin embargo, tan pronto como obedecí, sus manos se congelaron y jadeó en silencio.

Miré hacia arriba, dándome cuenta rápidamente de mi error: me había movido como un vampiro en lugar de un humano.

—Lo siento—murmuré. Pero, cuando nuestras miradas se encontraron, me di cuenta de que no había hecho ningún daño real. Se había recuperado de la sorpresa sin que la sonrisa abandonara su rostro—. Es demasiado fácil ser yo mismo contigo—le expliqué y luego dejé que mis párpados se cerraran de nuevo, para poder enfocar todo en la sensación de su piel contra la mía.

Sentí la presión cuando empezó a intentar levantar mi mano. La moví en concierto con su movimiento, sabiendo que le tomaría un poco de esfuerzo sostener mi mano incluso sin mi ayuda. Pesaba un poco más de lo que parecía.

La acercó a su rostro. Un aliento cálido quemó contra mi palma. La ayudé a inclinar mi mano de una manera u otra como indicaba la presión de sus dedos. Abrí los ojos para verla mirando fijamente, chispas de arcoíris bailando en su rostro mientras la luz se movía de un lado a otro por mi piel. El surco estaba allí de nuevo entre sus ojos. ¿Qué pregunta le preocupa ahora?

—Dime lo que estás pensando—dije las palabras con suavidad, pero ¿podía oír que estaba rogando?—. Todavía es tan extraño para mí no saber.

Su boca se frunció un poco y su ceja izquierda se elevó una fracción de pulgada.

—Sabes, el resto de nosotros nos sentimos así todo el tiempo.

El resto de nosotros. La vasta familia de la humanidad que no me incluía. Su gente, su especie.

—Es una vida dura—las palabras no sonaban como la broma que quería que fueran—. Aún no me has contestado.

Ella respondió lentamente.

—Deseaba poder saber lo que estabas pensando...

Obviamente había más.

—¿Y?

Su voz era baja; un humano habría tenido dificultades para escucharla.

—Deseaba poder creer que eras real. Y deseaba no tener miedo.

Un destello de dolor me atravesó. Me había equivocado. Después de todo, la había asustado. Por supuesto que lo hice.

—No quiero que tengas miedo —fue una disculpa y un lamento.

Me sorprendió cuando sonrió casi con picardía.

—Bueno, ese no es exactamente el miedo al que me refería, aunque ciertamente es algo en lo que debo pensar.

¿Cómo estaba bromeando ahora? ¿Qué podía querer decir? Me incorporé a medio camino, demasiado ansioso por obtener respuestas como para fingir indiferencia por más tiempo.

—¿De qué tienes miedo, entonces?

Me di cuenta de lo cerca que estaban nuestros rostros. Sus labios, más cerca de los míos que nunca. Ya no sonreía. Inhaló por la nariz y entrecerró los párpados. Se estiró más cerca como si quisiera captar más de mi olor, su barbilla se elevó media pulgada, su cuello se arqueó hacia adelante, su yugular expuesta.

Y reaccioné.

El veneno inundó mi boca, mi mano libre se movió por voluntad propia para agarrarla, mis mandíbulas se abrieron cuando ella se inclinó para encontrarme.

Me tiré lejos de ella. La locura no había llegado a mis piernas y me lanzaron de regreso al borde más alejado del prado. Me moví tan rápido que no tuve tiempo de soltar suavemente mi mano de la de ella; la halé lejos. Mi primer pensamiento mientras aterrizaba en cuclillas en las sombras de los árboles fueron sus manos y el alivio se apoderó de mí cuando vi que todavía estaban unidas a sus muñecas.

Alivio seguido de disgusto. Aversión. Repugnancia. Todas las emociones que había temido ver en sus ojos hoy multiplicadas por cien años y la certeza de que me

las merecía y más. Monstruo, pesadilla, destructor de vidas, mutilador de sueños, tanto suyos como míos.

Si fuera algo mejor, si fuera de alguna manera más fuerte, en lugar de un brutal pase cercano a la muerte, ese momento podría haber sido nuestro primer beso.

¿Acababa de fallar la prueba entonces? ¿Ya no había esperanza?

Sus ojos estaban vidriosos; los blancos se mostraban alrededor de su iris oscuro. Observé como ella parpadeaba y volvía a concentrarse, fijándose en mi nueva posición. Nos miramos el uno al otro durante un largo rato.

Su labio inferior tembló una vez y luego abrió la boca. Esperé, tenso, la recriminación. Que me gritara, que me dijera que nunca más me acercara a ella.

—Lo... lo siento... Edward —susurró casi en silencio.

Por supuesto.

Tuve que respirar profundamente antes de poder responder.

Calibré el volumen de mi voz para que fuera lo suficientemente alto para que ella lo escuchara, tratando de mantener mi tono suave.

—Dame un momento.

Ella se echó hacia atrás unos centímetros. Sus ojos todavía estaban en su mayoría blancos.

Tomé otro respiro. Todavía podía saborearla desde aquí. Alimentaba la quema constante, pero no más que eso. Me sentí... de la forma en que normalmente me sentía con ella. No había ninguna pista en mi mente o cuerpo ahora, no tenía la sensación de que el monstruo estuviera acechando tan cerca de la superficie. Que pudiera romper tan fácilmente. Me dieron ganas de gritar y arrancar árboles de raíz. Si no podía sentir el borde, no podía ver el gatillo, ¿cómo podría protegerla de mí mismo?

Podía imaginarme el aliento de Alice. Había protegido a Bella. No había pasado nada. Pero aunque Alice pudo haber visto tanto, viendo cuándo mi ruptura todavía era el futuro y no el pasado, no podía saber cómo se había sentido. Perder el control de mí mismo, ser más débil que mi peor impulso. No poder parar.

“Pero te detuviste”. Eso es lo que ella diría. No podía saber cuán insuficiente era eso.

Bella nunca apartó la mirada de mí. Su corazón latía dos veces más rápido de lo normal. Demasiado rápido. No podía ser saludable. Quería tomar su mano y decirle que todo estaba bien, que ella estaba bien, que estaba a salvo, que no había nada de qué preocuparse; pero si ella estaba a salvo, no había nada de qué preocuparse, pero estas serían mentiras tan obvias.

Todavía me sentía... normal, lo que normal se había convertido en estos últimos meses, al menos. En control. Exactamente igual que antes, cuando mi confianza casi la mata.

Caminé de regreso lentamente, preguntándome si debería mantener la distancia. Pero no me pareció correcto gritarle mi disculpa a través del prado. No confiaba en mí mismo para estar tan cerca de ella como antes. Me detuve a unos pasos de distancia, a una distancia de conversación y me senté en el suelo.

Traté de poner todo lo que sentía en las palabras.

—Lo siento *muchísimo*.

Bella parpadeó y luego sus ojos se abrieron demasiado de nuevo; su corazón martilleaba demasiado rápido. Su expresión estaba atascada en su lugar. Las palabras no parecían significar nada para ella, para registrarlas de ninguna manera.

En lo que inmediatamente supe que era una mala idea, volví a mi patrón habitual de tratar de mantener las cosas casuales. Estaba desesperado por eliminar la conmoción congelada de su rostro.

—¿Comprenderías a qué me refiero si te dijera que sólo soy un hombre?

Un segundo demasiado tarde, asintió con la cabeza, sólo una vez. Trató de sonreír ante mi intento de mal gusto de aligerar la situación, pero ese esfuerzo sólo estropeó aún más su expresión. Parecía dolorida y luego, finalmente, asustada.

Había visto miedo en su rostro antes, pero siempre me había tranquilizado rápidamente. Cada vez que tenía la mitad de la esperanza de que ella se diera cuenta de que no valía la pena el inmenso riesgo, refutaba mi suposición. El miedo en sus ojos nunca había sido miedo a mí.

Hasta ahora.

El olor de su miedo saturó el aire, picante y metálico.

Esto era exactamente lo que estaba esperando. Lo que siempre me había dicho a mí mismo que quería. Que ella se alejara. Que se salvara y me dejara ardiendo y solo.

Su corazón latía con fuerza, y quería reír y llorar. Estaba obteniendo lo que quería.

Y todo porque se había inclinado sólo una pulgada demasiado cerca. Se había acercado lo suficiente para oler mi aroma, y lo había encontrado agradable, al igual que encontraba mi rostro atractivo y todas mis otras trampas convincentes. Todo en mí hacía que quisiera acercarse, exactamente como estaba diseñado para hacerlo.

—Soy el mejor depredador del mundo, ¿no?—no hice ningún intento por ocultar la amargura en mi voz ahora—. Todo en mí te invita a venir: la voz, el rostro, incluso mi *olor*.

Todo era demasiado *exagerado*. ¿Qué sentido tenían mis encantos y señuelos? No era una trampa para moscas arraigada, esperando que la presa aterrizara dentro de mi boca. ¿Por qué no podía haber sido tan repulsivo por fuera como por dentro?

—¡Como si necesitara algo de eso!

Ahora me sentía fuera de control, pero no de la misma manera. Todo mi amor, anhelo y esperanza se estaban convirtiendo en polvo, miles de siglos de dolor se extendían frente a mí, *y no quería fingir más*. Si no podía tener felicidad porque era un monstruo, entonces déjenme ser ese monstruo.

Estaba de pie, corriendo como su corazón, en dos círculos apretados alrededor del borde del claro, preguntándome si ella podría siquiera ver lo que le estaba mostrando.

Me detuve de un tirón donde había estado antes. Por esto no necesitaba una voz bonita.

—Como si pudieras huir de mí —me reí ante el pensamiento, la comedia grotesca de la imagen en mi cabeza. El sonido de mi risa rebotó en ásperos ecos en los árboles.

Y después de la persecución, estaría la captura.

La rama más baja de la picea antigua a mi lado estaba a mi alcance. Arranqué la extremidad del cuerpo sin ningún esfuerzo. La madera chilló y protestó, la corteza y las astillas explotaron en el lugar de la herida. Sopesé la rama por un momento en

mi mano. Aproximadamente trescientos cincuenta y un kilogramos y medio. No lo suficiente para ganar en una pelea con la cicuta al otro lado del claro a mí derecha, pero lo suficiente para hacer algo de daño.

Lancé la rama al árbol de cicuta, apuntando a un nudo a unos diez metros del suelo. Mi proyectil dio en el centro, el extremo más grueso de la rama se rompió con un estruendoso crujido y se desintegró en fragmentos de madera rota que llovieron sobre los helechos de abajo con un leve silbido. Una fisura se abrió en el centro del nudo y serpenteó unos metros en cualquier dirección. El árbol de cicuta tembló una vez, el impacto se irradió a través de las raíces hasta el suelo. Me pregunté si lo habría matado. Tendría que esperar unos meses para saberlo. Ojalá se recuperara; el prado era perfecto como estaba.

Tan poco esfuerzo por mi parte. No necesitaba usar más que una pequeña fracción de mi fuerza disponible. Y aún así, tanta violencia. Tanto daño.

En dos zancadas estaba parado sobre ella, a sólo un brazo de distancia.

—Como si pudieras luchar contra mí.

La amargura desapareció de mi voz. Mi pequeña rabieta no me había costado energía, pero había drenado parte de mi ira.

A lo largo de todo, ella nunca se había movido. Permaneció paralizada con sus ojos congelados abiertos. Nos miramos el uno al otro durante lo que pareció mucho tiempo. Todavía estaba tan enojado conmigo mismo, pero no quedaba fuego disponible. Todo parecía inútil. Yo era lo que era.

Ella se movió primero. Sólo un poco. Sus manos habían caído flácidas en su regazo después de que me aparté, pero ahora una de ellas se abrió. Sus dedos se estiraron ligeramente en mi dirección. Probablemente fue un movimiento inconsciente, pero fue inquietantemente similar a cuando suplicó "vuelve" mientras dormía y buscaba *algo*. Entonces hubiera deseado que pudiera estar soñando conmigo.

Eso fue la noche antes de Port Ángeles, la noche antes de que me enterara de que ella ya sabía quién era yo. Si hubiera sabido lo que Jacob Black le había dicho, nunca hubiera creído que pudiera soñar conmigo excepto en una pesadilla. Pero nada de eso le había importado.

Todavía había terror en sus ojos. Por supuesto que sí. Pero también parecía haber una súplica en ellos. ¿Había alguna posibilidad de que quisiera que volviera con ella ahora? Incluso si lo hiciera, ¿debería?

Su dolor, mi mayor debilidad, como Alice me había mostrado que sería. Odiaba verla asustada. Me rompió saber cuánto me merecía ese miedo, pero más que cualquiera de esas cargas, no podía soportar ver su dolor. Me despojó de mi capacidad para tomar algo parecido a una buena decisión.

—No tengas miedo—le rogué en un susurro—. Te lo prometo—... No, esa se había vuelto una palabra demasiado casual—. Juro no hacerte daño. No tengas miedo.

Me acerqué a ella lentamente, sin hacer ningún movimiento que ella no tuviera tiempo de anticipar. Me senté gradualmente, en etapas deliberadas, de modo que estuve una vez más donde habíamos comenzado. Me encorvé un poco para que mi rostro estuviera al mismo nivel que el de ella.

El ritmo de su corazón se alivió. Sus párpados se relajaron de nuevo a su lugar habitual. Fue como si mi proximidad la calmara.

—Por favor, perdóname—supliqué—. Puedo controlarme. Me pillaste con la guardia baja, pero ahora me comportaré mejor.

Qué disculpa más patética. Aún así, trajo un atisbo de sonrisa a la comisura de sus labios. Y como un tonto, volví a mis esfuerzos inmaduros por ser divertido.

—No tengo sed hoy, de verdad.

De hecho, le guiñé un ojo. Uno pensaría que tenía trece años en lugar de ciento cuatro.

Pero ella se rió. Un poco sin aliento, un poco tembloroso, pero aún así una risa real, con alegría y alivio reales. Sus ojos se calentaron, sus hombros se relajaron y sus manos se abrieron de nuevo.

Se sintió tan bien colocar suavemente mi mano dentro de la suya. No debería, pero lo hizo.

—¿Estás bien?

Ella miró nuestras manos, luego miró hacia arriba para encontrarse con la mía por un momento y ,finalmente, miró hacia abajo de nuevo. Comenzó a trazar las líneas a lo largo de mi palma con la punta de su dedo, tal como lo había estado haciendo antes de mi frenesí. Sus ojos volvieron a los míos y una sonrisa se extendió lentamente por su rostro hasta que el pequeño hoyuelo apareció en su barbilla. No hubo juicio ni arrepentimiento en esa sonrisa.

Se la devolví, sintiendo como si recién ahora pudiera apreciar la belleza de este lugar. El sol y las flores y el aire dorado, de repente, estaban allí para mí, alegres y misericordiosos. Sentí el regalo de su misericordia y mi corazón de piedra se llenó de gratitud.

El alivio, la confusión de alegría y culpa, de repente me recordó el día en que regresé a casa, hace tantas décadas.

Yo tampoco estaba listo entonces. Había planeado esperar. Quería que mis ojos volvieran a ser dorados antes de que Carlisle me viera. Pero todavía eran de un extraño naranja, un ámbar que tendía más al rojo. Tenía dificultades para adaptarme a mi dieta anterior. Nunca antes había sido tan difícil. Tenía miedo de que si no contaba con la ayuda de Carlisle, no podría seguir adelante. Que volvería a caer en mis viejas costumbres.

Me preocupaba tener esa evidencia tan clara en mis ojos. Me pregunté cuál era la peor recepción que podía esperar. ¿Me despediría? ¿Le resultaría difícil mirarme, ver en qué decepción me había convertido? ¿Exigiría alguna penitencia? Lo haría, cualquier cosa que me pidiera. ¿Mis esfuerzos por mejorar lo conmoverían o simplemente vería mi fracaso?

Fue bastante sencillo encontrarlos; no se habían mudado lejos del lugar donde los dejé. ¿Quizás para facilitarme el regreso?

Su casa era la única en ese lugar alto y salvaje. El sol de invierno brillaba en las ventanas cuando me acerqué desde abajo, así que no pude saber si había alguien en casa. En lugar de tomar la ruta más corta a través de los árboles, caminé hacia ellos a través de un campo vacío, cubierto de nieve donde, incluso abrigado contra el resplandor del sol, sería fácil de detectar. Me moví lentamente. No quería correr. Podría alarmarlos.

Fue Esme quien me vio primero.

—¡Edward! —la escuché llorar, aunque todavía estaba a un kilómetro y medio de distancia.



En menos de un segundo vi que su figura atravesaba una puerta lateral, atravesando las rocas que rodeaban la cornisa de la montaña levantando una espesa nube de cristales de nieve detrás de ella.

«¡Edward! ¡Ha vuelto a casa!»

No era la mentalidad que esperaba. Pero claro, ella no había visto mis ojos con claridad.

«¿Edward? ¿Puede ser?»

Mi padre la seguía de cerca ahora, poniéndose al día con su paso más largo.

No había nada más que una esperanza desesperada en sus pensamientos. Sin juicio. Aún no.

—¡Edward! —Esme gritó con un inconfundible tono de alegría en su voz.

Y luego estaba sobre mí, sus brazos envueltos alrededor de mi cuello, sus labios besando mi mejilla una y otra vez. «Por favor, no te vayas de nuevo».

Sólo un segundo después, los brazos de Carlisle nos rodearon a ambos.

«Gracias», pensó, su mente ferviente con sinceridad. «Gracias por regresar con nosotros».

—Carlisle... Esme... lo siento mucho. Estoy tan...

—Cállate, ya —susurró Esme, metiendo su cabeza contra mi cuello y respirando mi aroma. «Mi hijo».

Miré el rostro de Carlisle, dejando mis ojos bien abiertos. Sin esconder nada.

«Estás aquí». Carlisle me devolvió la mirada a la cara con sólo felicidad en su mente. Aunque tenía que saber qué significaba el color de mis ojos, no había nada extraño para su deleite. «No hay nada de qué disculparse».

Lentamente, casi sin poder confiar en que pudiera ser tan simple, levanté los brazos y le devolví el abrazo a mi familia.

Sentí esa misma aceptación inmerecida ahora, y apenas podía creer que todo, mi mal comportamiento, tanto voluntario como involuntario, de repente había quedado atrás. Pero su perdón pareció borrar la oscuridad.

—Entonces, ¿dónde estábamos antes de que me comportara con tanta rudeza?

Recordaba dónde había estado. A sólo centímetros de sus labios entreabiertos. Embelesado por el misterio de su mente.

Parpadeó dos veces.

—Honestamente, no puedo recordarlo.

Eso fue comprensible. Aspiré fuego y lo volví a soplar, deseando que me hiciera algún daño real.

—Creo que estábamos hablando de por qué tenías miedo, además de la razón obvia.

El miedo obvio probablemente había alejado a la otra completamente de su mente.

Pero ella sonrió y volvió a mirar mi mano.

—Cierto.

Nada más.

—¿Y bien? —le pedí.

En lugar de encontrar mi mirada, empezó a trazar patrones en mi palma. Traté de leer sus secuencias, esperando encontrar una imagen o incluso letras, E-D-W-A-R-D-P-O-R-F-A-V-O-R-V-E-T-E, pero no pude encontrar ningún significado en ellas. Sólo más misterios. Otra pregunta que nunca respondería. No me merecía respuestas.

Suspiré.

—Con qué facilidad me frustró.

Entonces miró hacia arriba, sus ojos sondeando los míos. Nos miramos durante unos segundos y me sorprendió la intensidad de su mirada. Sentí que ella me estaba leyendo con más éxito de lo que yo podía leerla a ella.

—Tenía miedo—comenzó, y me di cuenta con gratitud de que, después de todo, estaba respondiendo a mi pregunta—. Porque... por, bueno, razones obvias, no puedo *quedarme* contigo.

Sus ojos cayeron de nuevo cuando dijo la palabra *quedarme*. La entendí claramente, por una vez. Pude escuchar que cuando dijo *quédate*, no se refería a este momento bajo el sol, a la tarde o la semana. Lo decía en serio de la manera que yo quería decírselo. Quédate siempre. Quedarse para siempre.

—Y me temo que me gustaría quedarme contigo, mucho más de lo que debería.

Pensé en todo lo que eso implicaría si, después de todo, la obligaba a hacer exactamente lo que ella describió. Si la hiciera quedarse para siempre. Cada sacrificio que soportaría, cada pérdida que lamentaría, cada dolor punzante, cada mirada dolorida y sin lágrimas.

—Sí—era difícil estar de acuerdo con ella, incluso con todo ese dolor fresco en mi imaginación. Lo deseaba tanto—. Es un motivo para estar asustado, desde luego. Querer estar conmigo—egoísta yo—. En verdad, no te conviene nada.

Ella frunció el ceño a mi mano como si no le gustara mi reconocimiento más que a mí.

Este era un camino peligroso incluso para insinuar. Hades y su granada. ¿Con cuántas semillas tóxicas ya la había infectado? Suficiente que Alice la había visto pálida y afligida en mi ausencia. Aunque me sentí como si yo también hubiera sido corrompido. Enganchado. Adicto sin esperanza de recuperación. No pude formar completamente la imagen en mi cabeza. *Dejándola*. ¿Cómo sobreviviría? Alice me había mostrado la angustia de Bella en mi ausencia, pero ¿qué vería de mí en esa versión del futuro si miraba? No podía creer que sería algo más que una sombra rota, inútil, arrugada, vacía.

—Debí haberme ido hace mucho tiempo. Debería irme ahora. Pero no sé si puedo—dije el pensamiento en voz alta, pero sobre todo para mí.

Ella todavía miraba nuestras manos, pero sus mejillas se calentaron.

—No quiero que te vayas —murmuró.

Quería que me quedara con ella. Traté de luchar contra la felicidad, la entrega hacia la que me atraía. ¿Era la elección incluso mía o era sólo de ella ahora? ¿Me quedaría hasta que ella me dijera que me fuera? Sus palabras parecían resonar en la tenue brisa. “No quiero que te vayas”.

—Que es exactamente lo que debería hacer—seguramente cuanto más tiempo estuviéramos juntos, más difícil sería estar separados—. Pero no te preocupes. Soy esencialmente una criatura egoísta. Anhele demasiado tu compañía para hacer lo correcto.

—Me alegro —dijo las palabras simplemente, como si esto fuera algo obvio. Como si todas las chicas se alegraran de que su monstruo favorito fuera demasiado egoísta para ponerla a ella antes que a él.

Mi temperamento estalló, la ira apuntaba sólo a mí. Con rígido control, quité mi mano de la suya.

—¡No lo hagas! ¡No es solo tu compañía lo que anhele! Nunca olvides eso. Nunca olvides que soy más peligroso para ti que para cualquier otra persona.

Ella me miró con curiosidad. Ahora no había miedo en ninguna parte de sus ojos. Su cabeza se inclinó ligeramente hacia la izquierda.

—Creo que no comprendo exactamente a qué te refieres, al menos la última parte —dijo, su tono analítico. Me recordó nuestra conversación en la cafetería, cuando me preguntó sobre la caza. Sonaba como si estuviera recopilando datos para un informe, uno en el que estaba muy interesada, pero aún así, no era más que una investigación académica.

No pude evitar sonreír ante su expresión. Mi ira se desvaneció tan rápido como había venido. ¿Por qué perder el tiempo con ira cuando había tantas emociones agradables disponibles?

—¿Cómo te explico?—murmuré. Naturalmente, no tenía idea de lo que estaba hablando. No había sido demasiado específico en cuanto a mi reacción a su olor. Por supuesto que no; era algo feo, algo de lo que estaba profundamente avergonzado. Sin mencionar el horror manifiesto del tema. Cómo explicarlo, de hecho—. Y sin asustarte de nuevo... Uhmmm.

Sus dedos se estiraron hacia los míos. Y no pude resistir. Coloqué mi mano suavemente dentro de la suya. La voluntad de su toque, la forma ansiosa en que envolvió sus dedos con fuerza alrededor de los míos, ayudó a calmar mis nervios. Sabía que estaba a punto de contarle todo, podía sentir la verdad batiéndose dentro de mí, lista para estallar. Pero no tenía idea de cómo lo procesaría, incluso tan generosa como siempre fue conmigo. Saboreé este momento de su aceptación, sabiendo que podría terminar abruptamente.

Suspiré.

—Esto es asombrosamente placentero, la calidez.

Ella sonrió y miró nuestras manos también, fascinación en sus ojos.

No hubo ayuda para eso. Iba a tener que ser obscenamente gráfico. Bailar alrededor de los hechos sólo la confundiría y necesitaba saber esto. Tomé una respiración profunda.

—¿Sabes cómo todos disfrutan de diferentes sabores? Algunas personas aman el helado de chocolate, otras prefieren fresa.

Ay. Sonaba peor en voz alta de lo que hubiera pensado para un comienzo tan débil. Bella asintió en lo que parecía un acuerdo cortés, pero por lo demás su expresión era suave. Quizás le tomaría un minuto asimilarlo.

—Lamento emplear la analogía de la comida—me disculpé—. No se me ocurre otra forma de explicarlo.

Ella sonrió abiertamente, una sonrisa con verdadero humor y afinidad; el hoyuelo cobró existencia. Su sonrisa me hizo sentir como si estuviéramos en esta ridícula situación, juntos, no como oponentes, sino como socios, trabajando codo con codo para encontrar una solución. No podía pensar en nada que desearía más, además, por supuesto, en lo imposible. Que yo también pudiera ser humano. Le devolví la sonrisa, pero sabía que mi sonrisa no era ni tan genuina ni tan inocente como la de ella.

Sus manos se apretaron alrededor de las mías, lo que me impulsó a continuar.

Dije las palabras lentamente, tratando de usar la mejor analogía posible, sabiendo incluso mientras lo hacía que estaba fallando.

—Verás, cada persona huele diferente, tiene una esencia diferente. Si encerraras a un alcohólico en una habitación llena de cerveza rancia, la bebería con gusto. Pero podría resistirse, si quisiera... si fuera un alcohólico en recuperación. Ahora, digamos que colocas en esa habitación una copa de brandy centenario, el coñac más fino y raro, y llenas la habitación con su cálido aroma, ¿cómo crees que le iría entonces?

¿Estaba pintando una imagen demasiado compasiva de mí mismo? ¿Describiendo una víctima trágica en lugar de un verdadero villano?

Me miró a los ojos y, aunque automáticamente traté de escuchar su reacción interna, tuve la sensación de que ella también estaba tratando de leer la mía.

Pensé en mis palabras y me pregunté si la analogía era lo suficientemente fuerte.

—Quizás esa no sea la comparación correcta—reflexioné—. Quizás sería demasiado fácil rechazar el brandy. Quizás debería haber convertido a nuestro alcohólico en un adicto a la heroína.

Ella sonrió, no tan ampliamente como antes, pero con un gesto descarado en sus labios fruncidos.

—Entonces, ¿lo que estás diciendo es que soy tu marca de heroína?

Casi me reí de la sorpresa. Ella estaba haciendo lo que yo siempre había estado tratando de hacer: una broma, aligerar el estado de ánimo, reducir la escala, sólo que ella tuvo éxito.

—Sí, eres exactamente mi marca de heroína.

Seguramente fue una admisión horrible y, sin embargo, de alguna manera, sentí alivio. Todo era obra de ella, su apoyo y comprensión. Me dio vueltas la cabeza para que, de alguna, manera pudiera perdonar todo esto. ¿Cómo?

Pero volvió al modo de investigadora.

—¿Eso pasa a menudo? —preguntó, inclinando la cabeza con curiosidad hacia un lado.

Incluso con mi habilidad única para escuchar los pensamientos, era difícil hacer comparaciones exactas. Realmente no sentía las sensaciones de la persona a la que escuchaba; sólo conocía sus pensamientos sobre esos sentimientos.

La forma en que interpretaba la sed ni siquiera era exactamente como lo hacía el resto de mi familia. Para mí, la sed era un fuego ardiendo. Jasper también lo describió como un ardor, pero para él era como ácido en lugar de llamas, químico y saturante. Rosalie pensó en ello como una profunda sequedad, una falta inmensa en lugar de una fuerza externa. Emmett tendía a evaluar su sed de la misma manera; Supuse que era natural, ya que Rosalie había sido la primera y más frecuente influencia en su segunda vida.

Así que sabía de las ocasiones en que los demás tuvieron dificultades para resistir, y cuando no habían podido resistir, pero no podía saber exactamente cuán poderosa había sido su tentación. Sin embargo, podría hacer una suposición basada en su nivel estándar de control. Era una técnica imperfecta, pero pensé que debía responder a su curiosidad.

Esto era más horror. No pude mirarla a los ojos mientras respondía. En cambio, miré al sol mientras se acercaba al borde de los árboles. Cada segundo pasado me dolía más de lo que nunca lo habían hecho, segundos que nunca podría volver a tener con ella. Deseé que no tuviéramos que gastar estos preciosos segundos en algo tan desagradable.

—Hablé con mis hermanos sobre eso... Para Jasper, cada uno de ustedes es muy similar. Es el último en unirse a nuestra familia. Es una lucha para él abstenerse en absoluto. No ha tenido tiempo de volverse sensible a las diferencias de olor, gusto...—me estremecí al darme cuenta demasiado tarde de adónde me había llevado mi divagación—. Lo siento—agregué rápidamente.

Ella soltó un pequeño resoplido exasperado.

—No me *importa*. Por favor, no te preocupes por ofenderme, asustarme o lo que sea. Esa es tu forma de pensar. Puedo entenderlo, o al menos puedo intentarlo. Sólo explícalo como puedas.

Traté de calmarme. Necesitaba aceptar que a través de algún milagro, Bella podía saber las cosas más oscuras de mí y no estar aterrorizada. Capaz de no odiarme por eso. Si ella era lo suficientemente fuerte para escuchar esto, yo necesitaba ser lo suficientemente fuerte para pronunciar las palabras. Volví a mirar al sol, sintiendo la fecha límite en su lento descenso.

—Entonces—comencé de nuevo lentamente—. Jasper no estaba seguro de haber conocido a alguien que fuera tan... atractivo para mí como tú. Lo que me hace pensar que no. Emmett es el que hace más tiempo ha dejado de beber, por así decirlo y entendió lo que quería decir. Dice que le sucedió dos veces, una más fuerte que la otra.

Finalmente encontré su mirada. Sus ojos se entrecerraron levemente, su concentración intencional.

—¿Y a ti? —preguntó.

Esa fue una respuesta fácil, no se requerían conjeturas.

—Jamás.

Pareció considerar esa palabra durante un largo momento. Ojalá supiera lo que significa para ella. Luego su rostro se relajó un poco.

—¿Qué hizo Emmett? —preguntó en un tono de conversación.

Como si esto fuera solo un cuento de hadas de un libro de cuentos que estaba compartiendo con ella, como si el bien siempre ganara el al final del día y, aunque el camino pudiera oscurecerse en algunos puntos, no se permite que suceda nada realmente malo o permanentemente cruel.

¿Cómo podría hablarle de estas dos víctimas inocentes? Humanos con esperanzas y miedos, personas con familiares y amigos que los amaban, seres imperfectos que merecían la oportunidad de mejorar, de intentarlo. Un hombre y una mujer con nombres ahora inscritos en simples lápidas en cementerios oscuros.

¿Pensaría mejor o peor de nosotros si supiera que Carlisle había requerido nuestra asistencia a sus funerales? No sólo estas dos, sino todas las víctimas de nuestros errores y lapsos. ¿Estábamos un poquito menos condenados porque habíamos escuchado a quienes mejor los conocían describir sus vidas acortadas? ¿Porque fuimos testigos de las lágrimas y los gritos de dolor? La ayuda monetaria que proporcionamos de forma anónima para asegurarnos de que no hubiera sufrimiento físico innecesario parecía burda en retrospectiva. Una recompensa tan débil.

Ella dejó de esperar una respuesta.

—Supongo que lo sé.

Su expresión ahora era triste. ¿Condenó a Emmett mientras me daba tanta misericordia a mí? Sus crímenes, aunque mucho mayores que dos, eran menos en

total que los míos. Me dolía que pensara mal de él. ¿Era esto, la especificidad de dos víctimas, el delito al que ella se resistiría?

—Incluso el más fuerte de nosotros recae en la bebida, ¿no es así? —pregunté débilmente.

¿Podría perdonarme esto también?

Tal vez no.

Hizo una mueca, retrocediendo lejos de mí. No más de una pulgada, pero pareció un metro. Sus labios se fruncieron.

—¿Qué estás pidiendo? ¿Mi permiso? —el tono duro de su voz sonaba a sarcasmo.

Así que aquí estaba su límite. Pensé que había sido extraordinariamente amable y misericordiosa, demasiado indulgente, en verdad. Pero en realidad, simplemente había subestimado mi depravación. Debió haber pensado que, a pesar de todas mis advertencias, sólo había sido tentado. Que siempre había tomado la mejor decisión, como lo hice en Port Ángeles, alejándome del derramamiento de sangre.

Le había dicho esa misma noche que, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, mi familia cometía errores. ¿No se había dado cuenta de que yo había estado confesando un asesinato? No es de extrañar que aceptara las cosas con tanta facilidad; ella pensaba que yo siempre fui fuerte, que sólo tenía fallas en mi conciencia. Bueno, no fue culpa suya. Nunca había admitido explícitamente haber matado a nadie. Nunca le había dado el recuento de muertos.

Su expresión se suavizó mientras yo giraba en espiral. Traté de pensar en cómo despedirme de tal manera que ella supiera cuánto la amaba, pero no se sintiera amenazada por ese amor.

—Quiero decir—explicó de repente, sin filo en su tono— ¿no hay esperanza, entonces?

En una fracción de segundo volví a reproducir nuestro último intercambio en mi cabeza y me di cuenta de cómo había malinterpretado su reacción. Cuando le pedí perdón por los pecados pasados, pensó que estaba excusando un crimen futuro, pero inminente. Que quise...

—¡No, no! —tuve que luchar para reducir la velocidad de mis palabras a la velocidad humana; tenía tanta prisa porque ella las escuchara— ¡Por supuesto que hay esperanza! Quiero decir, por supuesto que no voy a...

*Matarte.* No pude terminar la oración. Esas palabras fueron una agonía para mí, imaginándola muerta. Mis ojos se clavaron en los de ella, tratando de comunicar todo lo que no podía decir.

—Es diferente para nosotros—le prometí—. Emmett... estos eran extraños con los que se cruzó. Fue hace mucho tiempo y él no era tan... experto, tan cuidadoso, como ahora.

Examinó mis palabras, escuchó las partes que no había dicho.

—Entonces, si nos hubiéramos conocido...—Hizo una pausa, buscando el escenario correcto—Oh, en un callejón oscuro o algo parecido...

Ah, he aquí una amarga verdad.

—Necesité todo mi autocontrol para no abalanzarme sobre ti en medio de esa clase llena de niños y—... *Matarte.* Mis ojos se apartaron de los de ella. Tanta vergüenza. Aun así, no podía dejarle ninguna ilusión halagadora sobre mí—. Cuando pasaste junto a mí—admití—, podría haber arruinado todo lo que Carlisle ha

construido para nosotros, en ese mismo momento. Si no hubiera estado controlando mi sed durante los últimos, bueno, demasiados años, no habría podido contenerme.

Podía ver el aula con tanta claridad en mi mente. El recuerdo perfecto era más una maldición que un regalo. ¿Necesitaba recordar con tanta precisión cada segundo de esa hora? ¿El miedo que había dilatado sus ojos, el reflejo de mi monstruoso rostro en ellos? ¿La forma en que su olor había destruido todo lo bueno de mí?

Su expresión estaba muy lejos. Quizás ella también estaba recordando.

—Debes haber pensado que estaba loco.

No lo negó.

—No podía entender por qué—dijo con voz frágil—. Cómo pudiste odiarme tan rápido...

Ella había intuido la verdad en ese momento. Había entendido correctamente que la odiaba. Casi tanto como la deseaba.

—Para mí, era como si fueras una especie de demonio, invocado directamente desde mi propio infierno personal para condenarme—fue doloroso revivir la emoción de eso, recordar haberla visto como una presa—. La fragancia que sale de tu piel... pensé que me volvería loco ese primer día. En esa hora, pensé en cientos de formas diferentes de sacarte de la habitación conmigo, de tenerte a solas. Y luché contra cada una de ellas, pensando en mi familia, en lo que podía hacerles. Tuve que salir corriendo, escapar antes de que pudiera decir las palabras que te harían seguirme... Y tú habrías acudido.

¿Cómo debía ser para ella saber esto? ¿Cómo alineó los hechos opuestos? ¿Yo, aspirante a asesino, y yo, aspirante a amante? ¿Qué pensaba ella de mi confianza, de mi certeza de que habría seguido al asesino?

Su barbilla se levantó un centímetro.

—Sin duda —estuvo de acuerdo.

Nuestras manos todavía estaban cuidadosamente entrelazadas. Las de ella estaban casi tan quietas como las mías, aparte de la sangre que los atravesaba. Me pregunté si ella sentía el mismo miedo que yo, el miedo de que tuvieran que separarse y ella no sería capaz de encontrar el coraje y el perdón necesarios para unirlos de nuevo.

Fue un poco más fácil de confesar cuando no la estaba mirando a los ojos.

—Y luego—continué—. Mientras trataba de reorganizar mi horario en un intento inútil de evitarte, estabas allí, en esa pequeña habitación cercana y cálida, el olor era enloquecedor. Estuve a punto de tomarte en ese momento. Sólo había otra frágil humana, cuya muerte era fácil de arreglar.

Sentí el escalofrío bajar por sus brazos hasta sus manos. Con cada nuevo intento de explicar, me encontraba usando palabras cada vez más angustiantes. Eran las palabras correctas, las palabras veraces y también eran muy feas.

Sin embargo, no había nada que los detuviera ahora, y ella se sentó en silencio y casi inmóvil mientras salían a borbotones de mí, más confesiones mezcladas en explicaciones. Le hablé de mi intento fallido de huir y de la arrogancia que me hizo volver; cómo esa arrogancia había dado forma a nuestras interacciones, y cómo la frustración de sus pensamientos ocultos me había atormentado; cómo su olor nunca había dejado de ser tanto una tortura como una tentación. Mi familia entraba y salía de la historia y me preguntaba si podía ver cómo influían en mis acciones en todo momento. Le dije que salvarla de la furgoneta de Tyler había cambiado mi

perspectiva, me había obligado a ver que ella era más para mí que un riesgo y una irritación.

—¿En el hospital? —preguntó cuando mis palabras se agotaron. Estudió mi rostro con compasión, con un deseo entusiasta y sin prejuicios por el próximo capítulo. Ya no me sorprendía su benevolencia, pero siempre me resultaría milagrosa.

Le expliqué mis recelos, no por salvarla, sino por exponerme a mí y en consecuencia a mi familia, para que entendiera mi dureza ese día en el pasillo vacío. Esto condujo naturalmente a las variadas reacciones de mi familia, y me pregunté qué pensaba ella del hecho de que algunos de ellos hubieran querido silenciarla de la manera más permanente posible. Ella no tembló ahora ni traicionó ningún miedo. Qué extraño debe ser para ella conocer la historia completa, la oscuridad ahora tejida a través de la luz que había conocido.

Le conté cómo había tratado de fingir una total indiferencia hacia ella después de eso, para protegernos a todos y lo infructuoso que había sido.

Me preguntaba en privado, no por primera vez, dónde estaría ahora si no hubiera actuado tan instintivamente ese día en el estacionamiento de la escuela. Si, como le acababa de describir grotescamente, me hubiera quedado al margen y la hubiera dejado morir en un accidente automovilístico, entonces me revelaba a los testigos humanos de la manera más monstruosa posible. Mi familia habría tenido que huir de Forks de inmediato. Me imaginé que sus reacciones a esa versión de los hechos habrían sido... principalmente lo contrario. Rosalie y Jasper no se habrían enojado. Un poco engreídos, quizás, pero comprensivos. Carlisle se habría sentido profundamente decepcionado, pero aún así perdonándose. ¿Alice habría llorado por la amiga que nunca había conocido? Sólo Esme y Emmett habrían reaccionado de una manera casi idéntica a sus primeras reacciones: Esme con preocupación por mi bienestar, Emmett con un encogimiento de hombros.

Sabía que habría tenido una pequeña idea del desastre que me había sucedido. Incluso tan temprano, después de intercambiar unas pocas palabras, mi fascinación por ella era fuerte. ¿Pero podría haber adivinado la inmensidad de la tragedia? No, pensé. Habría dolido, sin duda, y luego habría pasado mi media vida vacía sin darme cuenta de cuánto había perdido. Nunca conociendo la felicidad real.

Entonces habría sido más fácil perderla, lo sabía. Así como nunca habría conocido la alegría, no habría sufrido las profundidades del dolor que ahora sabía que existía.

Contemplé su rostro amable y dulce, tan querido para mí ahora, el centro de mi mundo. Lo único que quería mirar por el resto de los tiempos.

Miró hacia atrás, la misma maravilla en sus ojos.

—Y por todo eso—concluí mi larga confesión—. Hubiera preferido delatarnos en aquel primer momento que herirte aquí, ahora, sin testigos ni nada que me detenga.

Sus ojos se abrieron, sin miedo ni sorpresa. Fascinación.

—¿Por qué? —preguntó.

Esta explicación sería tan difícil como cualquiera de las otras, con muchas palabras que odiaba decir, pero también había palabras que tenía muchas ganas de decirle.

—Isabella... Bella— fue un placer decir su nombre. Se sintió como una especie de confesión. “Este es el nombre al que pertenezco”.



Solté una mano con cuidado y acaricié su suave cabello, caliente por el sol. La alegría del simple toque, el conocimiento de que era libre de acercarme a ella de esta manera, fue abrumadora. Tomé sus manos de nuevo.

—No podría vivir conmigo mismo si alguna vez te lastimara. No sabes cómo me ha torturado—odiaba apartar la mirada de su expresión comprensiva, pero era demasiado difícil ver su otro rostro y el de la visión de Alice, en el mismo marco—. Pensar en ti, quieta, blanca, fría... no volver a ver cómo te ruborizas, no ver jamás ese destello de intuición en tus ojos cuando ves a través de mis pretensiones... sería insoportable.

Esa palabra no hizo nada para transmitir la angustia detrás del pensamiento. Pero ya había superado la parte fea y pude decir las cosas que había querido decirle durante tanto tiempo. La miré a los ojos de nuevo, regocijándome con esta confesión.

—Eres lo más importante para mí ahora. Lo más importante para mí.

Así como la palabra insoportable no era suficiente, estas palabras eran ecos débiles de los sentimientos que intentaron describir. Esperaba que pudiera ver en mis ojos exactamente lo inadecuados que eran. Ella siempre era mejor en conocer mi mente que yo en leer la suya.

Sostuvo mi mirada exultante por un momento, el rosa arrastrándose en sus mejillas, pero luego sus ojos se posaron en nuestras manos. Me emocioné con la belleza de su cutis, viendo sólo la belleza y nada más.

Aunque era imposible, estábamos juntos. Todo estaba mal en esta imagen: un asesino y una inocente acercándose, cada uno disfrutando de la presencia del otro, totalmente en paz. Era como si de alguna manera hubiéramos ascendido a un mundo mejor, donde tales imposibilidades podrían existir.

De repente me acordé de una pintura que había visto hace muchos años.

Siempre que recorriamos el campo en busca de posibles pueblos en los que asentarse, Carlisle solía hacer excursiones para adentrarse en las antiguas iglesias parroquiales. Parecía incapaz de detenerse. Algo acerca de las sencillas estructuras de madera, generalmente oscuras por falta de buenas ventanas, las tablas del piso y los respaldos de los bancos, todas desgastadas y con olor a capa tras capa de toques humanos, le traía una especie de calma reflexiva. Los pensamientos sobre su padre y su infancia salían a la luz, pero el violento final parecía lejano en esos momentos. Sólo recordaba cosas agradables.

En una de esas diversiones, encontramos un antiguo centro de reuniones cuáquero a unos cincuenta kilómetros al norte de Filadelfia. Era un edificio pequeño, no más grande que una granja, con un exterior de piedra y un interior muy espartano. Tan sencillos eran los pisos con nudos y los bancos de respaldo recto que casi me sorprendió ver un adorno en la pared del fondo. El interés de Carlisle también se despertó y ambos lo examinamos.

Era un cuadro bastante pequeño, de no más de cuarenta centímetros cuadrados. Supuse que era más antiguo que la iglesia de piedra que lo albergaba. El artista era claramente inexperto, su estilo era amateur. Y, sin embargo, había algo en la imagen simple y mal elaborada que logró transmitir una emoción. Había una cálida vulnerabilidad en los animales representados, una especie de dolorosa ternura. Me conmovió extrañamente este universo más amable que el artista había imaginado.

—Ya sabes cómo me siento, por supuesto—dijo, su voz no era mucho más fuerte que un susurro—. Estoy aquí... lo que, traducido aproximadamente, significa que preferiría morir antes que alejarme de ti.

No hubiera pensado que fuera posible sentir tanta euforia y tanto pesar al mismo tiempo. Me deseaba felicidad. Estaba arriesgando su propia vida por mí, inaceptable.

Frunció el ceño, con los ojos todavía bajos.

—Soy una idiota.

Me reí de su conclusión. Desde cierto ángulo, tenía razón. Cualquier especie que corriera tan precipitadamente a los brazos de su depredador más peligroso no sobreviviría mucho tiempo. Era una suerte que fuera un caso atípico.

—Eres una idiota —bromeé suavemente. Y nunca dejaría de estar agradecido por ello.

Bella miró hacia arriba con una sonrisa traviesa y ambos nos reímos juntos. Fue un gran alivio reírme después de mis agotadoras revelaciones que mi risa pasó del humor a la pura alegría. Estaba seguro de que ella sentía lo mismo. Estuvimos absolutamente sincronizados durante un momento perfecto.

«Un mundo mejor», pensó Carlisle para sí mismo.

La clase de mundo donde este momento presente podría existir, pensé ahora, y sentí esa dolorosa ternura de nuevo.

—Y así el león se enamoró de la oveja... —susurré.

Sus ojos estaban tan abiertos y accesibles por un segundo, y luego se sonrojó de nuevo y miró hacia abajo. Contuvo la respiración por un momento y su sonrisa traviesa regresó.

—Qué oveja tan estúpida —bromeó, alargando el chiste.

—Qué león tan enfermo y masoquista —respondí.

Sin embargo, no estaba seguro de si era una declaración verdadera. En cierto modo, sí, deliberadamente me estaba causando un dolor innecesario y disfrutándolo, la definición de libro de texto de masoquismo. Pero el dolor era el precio... y la recompensa era mucho más que el dolor. Realmente, el precio era insignificante. Lo pagaría diez veces más.

—¿Por qué...? —murmuró vacilante.

Le sonreí, ansioso por conocer su mente.

—¿Sí?

Comenzó a formarse un indicio del pliegue de su frente.

—Dime por qué huiste de mí antes.

Sus palabras me golpearon físicamente, se quedaron en la boca del estómago. No podía entender por qué quería repetir un momento tan desagradable.

—Sabes por qué.

Negó con la cabeza y frunció el ceño.

—No, quiero decir, ¿qué hice mal exactamente?—hablaba intensamente, seria ahora—. Tendré que estar en guardia, ya ves, así que será mejor que empiece a aprender lo que no debo hacer. Esto, por ejemplo—acarició lentamente con las yemas de los dedos por el dorso de mi mano hasta mi muñeca, dejando un rastro de fuego indoloro—. Parece estar bien.

Qué propio de ella al asumir la responsabilidad sobre sí misma.

—No hiciste nada malo, Bella. Fue mi culpa.

Levantó la barbilla. Habría implicado terquedad si sus ojos no fueran tan suplicantes.

—Pero quiero ayudar, si puedo, para que esto no sea más difícil para ti.

Mi primer instinto fue seguir insistiendo en que este era mi problema y no algo de lo que ella se preocupara. Sin embargo, sabía que ella simplemente estaba tratando de entenderme, con todas mis extrañas y monstruosas peculiaridades. Estaría más feliz si respondiera su pregunta lo más claramente posible.

Sin embargo, ¿cómo explicar la sed de sangre? Tan vergonzoso.

—Bueno... fue lo cerca que estabas. La mayoría de los humanos se alejan instintivamente de nosotros, son repelidos por nuestra extrañeza... No esperaba que te acercaras tanto. Y el olor de tu garganta...

Me interrumpí, esperando no haberla disgustado.

Su boca estaba fruncida como si luchara contra una sonrisa.

—Está bien, entonces, no exponer la garganta —hizo un espectáculo de meter la barbilla contra la clavícula derecha.

Claramente, su intención era aliviar mi ansiedad y funcionó. Tuve que reírme de su expresión.

—No, en realidad—le aseguré—. Fue más la sorpresa que otra cosa.

Levanté mi mano de nuevo y la descansé ligeramente sobre su cuello, sintiendo la increíble suavidad de su piel allí, la calidez que emanaba. Mi pulgar rozando la línea de su mandíbula. El pulso que sólo ella podía haber despertado comenzó a pulsar a través de mi cuerpo.

—Ya lo ves—susurré—. Todo está en orden.

Su pulso comenzó a acelerarse también. Podía sentirlo debajo de mi mano y escuchar su galopante corazón. El rosa inundó su rostro desde la barbilla hasta la línea del cabello. El sonido y la vista de su respuesta, en lugar de despertar mi sed de nuevo, pareció acelerar el impulso de mis reacciones más humanas. No recordaba haberme sentido nunca tan vivo; dudé que alguna vez lo hubiera hecho, incluso cuando estaba *vivo*.

—El rubor en tus mejillas es encantador —murmuré.

Suavemente extraje mi mano izquierda de la suya y la coloqué de modo que acunara su rostro entre mis palmas. Sus pupilas se dilataron y los latidos de su corazón aumentaron.

Tenía tantas ganas de besarla. Sus labios suaves y curvados, ligeramente separados, me hipnotizaron y me llevaron hacia adelante. Pero, aunque estas nuevas emociones humanas ahora parecían mucho más fuertes que cualquier otra cosa, no confiaba completamente en mí mismo. Sabía que necesitaba una prueba más. Pensé que había pasado por el nudo de Alice, pero todavía sentía que faltaba algo. Ahora me di cuenta de lo que más tenía que hacer.

Una cosa que siempre había evitado, nunca dejé que mi mente explorara.

—Quédate muy quieta —le advertí. Su respiración se aceleró.

Lentamente, me incliné más cerca, observando su expresión en busca de algún indicio de que esto no fuera bienvenido para ella. No encontré ninguno.

Finalmente, dejé que mi cabeza se inclinara hacia adelante y la giré para apoyar mi mejilla contra la base de su garganta. El calor de su sangre caliente latió a través de su frágil piel y entró en la fría piedra de mi cuerpo. Ese pulso saltó bajo mi toque. Mantuve mi respiración constante como una máquina, dentro y fuera,

controlada. Esperé, juzgando cada minúsculo acontecimiento dentro de mi cuerpo. Quizás esperé más de lo necesario, pero era un lugar muy agradable para quedarme.

Cuando estuve seguro de que ninguna trampa me esperaba aquí, procedí.

Me re-ajusté con cautela, usando movimientos lentos y constantes para que nada la sorprendiera o asustara. Cuando mis manos se desplazaron desde su mandíbula hasta las puntas de sus hombros, se estremeció y, por un momento, perdí el control cuidadoso de mi respiración. Me recuperé, acomodándome de nuevo, y luego moví la cabeza para que mi oído estuviera directamente sobre su corazón.

El sonido, fuerte antes, parecía rodearme en estéreo ahora. La tierra debajo de mí no parecía tan firme, como si se balanceara débilmente al ritmo de su corazón.

El suspiro escapó contra mi voluntad.

—Ah.

Deseé poder quedarme así para siempre, sumergido en el sonido de su corazón y calentado por su piel. Sin embargo, era hora de la prueba final y quería dejarla atrás.

Por primera vez, mientras inhalaba el ardor de su olor, me permití imaginarlo. En lugar de bloquear mis pensamientos, cortarlos y forzarlos profundamente, fuera de mi mente consciente, permití que se extendieran sin restricciones. No fueron de buena gana, no ahora. Pero me obligué a ir a donde siempre había evitado.

Me imaginé saboreándola... drenándola.

Había tenido suficiente experiencia para saber cómo se sentiría el alivio, si fuera a saciar por completo mi necesidad más bestial. Su sangre me atraía mucho más que la de cualquier otro humano que hubiera encontrado; sólo podía suponer que el alivio y el placer serían mucho más intensos.

Su sangre aliviaría mi dolor de garganta, borrando todos los meses de fuego. Se sentiría como si nunca hubiera ardido por ella; el alivio del dolor sería total.

La dulzura de su sangre en mi lengua era más difícil de imaginar. Sabía que nunca había experimentado una sangre que coincidiera tan perfectamente con mi deseo, pero estaba seguro de que satisfaría todos los antojos que había conocido.

Por primera vez en tres cuartos de siglo, el lapso en el que había sobrevivido sin sangre humana, estaría totalmente saciado. Mi cuerpo se sentiría fuerte y completo. Pasarían muchas semanas antes de que volviera a tener sed.

Reproduje la secuencia de eventos hasta el final, sorprendido, incluso cuando dejé que estas imaginaciones tabú se desataran, por lo poco que me atraían ahora. Incluso con la inevitable secuela, el regreso de la sed, el vacío del mundo sin ella, no sentía ningún deseo de actuar según mis imaginaciones.

También vi muy claramente en ese momento que no había ningún monstruo separado y nunca había existido. Deseoso de desconectar mi mente de mis deseos, había personificado, como era mi costumbre, esa parte que odiaba de mí mismo para distanciarla de las partes que me consideraba. Así como había creado la arpía para darme a mí mismo alguien con quien luchar. Era un mecanismo de afrontamiento, y no muy bueno. Era mejor verme a mí mismo como el todo, malo y bueno, y trabajar con la realidad.

Mi respiración continuó de manera constante, el mordisco de su aroma era un agradable contrapunto al exceso de otras sensaciones físicas que me abrumaban mientras la sostenía.

Creí entender un poco mejor lo que me había pasado antes, en la reacción violenta que nos había aterrorizado a los dos. Estaba tan convencido de que *podría*

estar abrumado, que cuando en realidad estaba abrumado, era casi una profecía autocumplida. Mi ansiedad, las visiones agonizantes por las que me había obsesionado, más los meses de dudas que habían sacudido mi antigua confianza, todo se combinó para debilitar la determinación que ahora sabía que estaba *absolutamente* a la altura del trabajo de proteger a Bella.

Incluso la visión de pesadilla de Alice fue repentinamente menos vibrante, los colores se desvanecieron. Su poder para sacudirme estaba menguando, porque, y esto era obvio ahora, *ese futuro era completamente imposible*. Bella y yo dejaríamos este lugar de la mano y mi vida finalmente comenzaría.

Estábamos a través del nudo.

No tenía ninguna duda de que Alice también vio esto y que se estaba regocijando.

Aunque me encontraba excepcionalmente cómodo en mi puesto actual, también estaba ansioso porque el resto de mi vida se desarrollara.

Me incliné lejos de ella, dejando que mis manos recorrieran la longitud de sus brazos mientras caían a mi lado, lleno de simple felicidad por ver su rostro nuevamente.

Me miró con curiosidad, sin darse cuenta de los sucesos trascendentales dentro de mi cabeza.

—No volverá a ser tan arduo —le prometí, aunque me di cuenta mientras hablaba de que mis palabras probablemente tenían poco sentido para ella.

—¿Fue muy difícil para ti? —preguntó con ojos comprensivos.

Su preocupación me calentó hasta la médula.

—No es tan malo como imaginé que sería. ¿Y para ti?

Ella me miró con incredulidad.

—No, para mí no lo ha sido en absoluto.

Hizo que pareciera tan fácil, ser abrazada por un vampiro. Pero debía requerir más coraje del que ella dejaba ver.

—Sabes a lo que me refiero.

Esbozó una amplia, cálida y torcida sonrisa con hoyuelos. Estaba claro que si hacía falta algún esfuerzo para soportar mi cercanía, ella nunca lo admitiría.

Mareado. Esa fue la única palabra que se me ocurrió para describir la euforia que estaba experimentando. No era una palabra en la que pensara a menudo en relación conmigo mismo. Cada pensamiento en mi cabeza quería derramarse a través de mis labios. Quería escuchar cada pensamiento de ella. Eso, al menos, no era nada nuevo. Todo lo demás era nuevo. Todo había cambiado.

Cogí su mano, sin primero debatir exhaustivamente el acto en mi mente, simplemente porque quería sentirla contra mi piel. Me sentí libre de ser espontáneo por primera vez. Estos nuevos impulsos no tenían ninguna relación con los antiguos.

—Aquí—puse su palma contra mi mejilla— ¿Sientes lo caliente que está?

Su reacción a este primer acto instintivo mío fue más de lo que esperaba. Sus dedos temblaron contra mi pómulos. Sus ojos se agrandaron y la sonrisa se desvaneció. Los latidos de su corazón y su respiración se aceleraron.

Antes de que pudiera arrepentirme del hecho, se inclinó más cerca y susurró—: No te muevas.

Un escalofrío me recorrió.

Su solicitud se cumplió fácilmente. Me congelé en la quietud absoluta que los humanos eran incapaces de duplicar. No sabía lo que pretendía, aclimatarse a mi

falta de sistema circulatorio parecía poco probable, pero estaba ansioso por averiguarlo. Cerré mis ojos. No estaba seguro de si hice esto para liberarla de la timidez de mi escrutinio o porque no quería distracciones de este momento.

Su mano comenzó a moverse muy lentamente. Primero me acarició la mejilla. Sus dedos rozaron mis párpados cerrados y luego rozaron un semicírculo debajo de ellos. Donde su piel se encontró con la mía, dejó un rastro de calor hormigueante. Trazó la longitud de mi nariz y luego, con el temblor en sus dedos más pronunciado ahora, la forma de mis labios.

Mi forma congelada se derritió. Dejé que mi boca cayera ligeramente abierta, para poder respirar su cercanía.

Un dedo volvió a acariciar mi labio inferior y luego su mano se apartó. Sentí el aire fresco entre nosotros mientras se inclinaba hacia atrás.

Abrí los ojos y encontré su mirada. Su rostro estaba sonrojado, su corazón aún latía a toda velocidad. Sentí un eco fantasma del ritmo dentro de mi propio cuerpo, aunque ninguna sangre lo empujaba.

Quería... tantas cosas. Cosas por las que no había sentido ninguna necesidad en toda mi vida inmortal antes de conocerla. Cosas que estaba seguro de que tampoco había querido antes de ser inmortal. Y sentí que algunas de ellas, cosas que siempre había creído imposibles, podrían, de hecho, ser muy posibles.

Pero aunque me sentía cómodo con ella ahora en lo que a mi sed se refería, todavía era demasiado fuerte. Mucho más fuerte que ella, cada miembro de mi cuerpo inflexible como el acero. Siempre debía pensar en su fragilidad. Necesitaría tiempo para aprender exactamente cómo moverme a su alrededor.

Ella me miró fijamente, esperando, preguntándose qué pensaba de sus caricias.

—Desearía... desearía que pudieras sentir la... complejidad—busqué a tientas para explicar—. La confusión que siento. Que pudieras entenderlo.

Un mechón de su cabello, atrapado por la brisa, bailaba bajo el sol, atrapando la luz con un brillo rojizo. Extendí la mano para sentir la textura de ese cabello errante entre mis dedos. Y luego, como estaba tan cerca, no pude resistirme a acariciarle la cara. Su mejilla se sentía como terciopelo dejada al sol.

Su cabeza se inclinó hacia mi mano, pero sus ojos permanecieron fijos en mi rostro.

—Dímelo —suspiró.

No podía imaginar por dónde empezar.

—Yo... no creo que pueda. Te he dicho, por un lado, el hambre, la sed, qué... —... le di una media sonrisa de disculpa—... criatura deplorable que soy, lo que siento por ti. Y creo que puedes entender eso, hasta cierto punto. Aunque como no eres adicta a ninguna sustancia ilegal, probablemente no puedas empatizar por completo... Pero...

Mis dedos parecían buscar sus labios por sí mismos. Los cepillé ligeramente. Finalmente. Eran más suaves de lo que había imaginado. Más cálidos.

—Hay otros apetitos—continué—. Hambres que ni siquiera entiendo, que me son ajenas.

Me dio esa mirada un poco escéptica de nuevo.

—Puedo entender eso mejor de lo que piensas.

—No estoy acostumbrado a sentirme tan humano—admití— ¿Siempre es así?

La corriente salvaje cantando a través de mi sistema, la atracción magnética que me atrae hacia adelante, la sensación de que nunca podría haber una cercanía lo suficientemente cercana.

—¿Para mí?—hizo una pausa, considerando—. No lo sé. Para mí también es la primera vez.

Tomé sus dos manos entre las mías.

—No sé lo cerca que puedo estar de ti—le advertí—. No sé si puedo.

¿Dónde establecer los límites para mantenerla a salvo? ¿Cómo evitar que el deseo egoísta empujara esos límites imprudentemente?

Se acercó más a mí. Me mantuve quieto y con cuidado mientras ella descansaba un lado de su rostro contra la piel desnuda de mi pecho; nunca había estado más agradecido por la influencia de Alice en mi guardarropa que en este segundo.

Sus ojos se cerraron. Suspiró contenta.

—Esto es suficiente.

La invitación no fue algo a lo que pudiera resistirme. Sabía que era capaz de hacerlo bien. Con meticuloso cuidado, envolví mis brazos suavemente alrededor de ella, realmente abrazándola por primera vez. Presioné mis labios contra la coronilla de su cabeza, inhalando su cálido aroma. Un primer beso, aunque furtivo, no correspondido.

Se rió entre dientes una vez.

—Eres mejor en esto de lo que crees.

—Tengo instintos humanos—murmuré en su cabello—. Pueden estar enterrados profundamente, pero están ahí.

El paso del tiempo no tuvo sentido mientras la acunaba, mis labios contra su cabello. Su corazón se movía lánguidamente ahora, su respiración era lenta e incluso contra mi piel. Sólo noté el cambio cuando la sombra de los árboles cayó sobre nosotros. Sin el reflejo de mi piel, el prado parecía repentinamente más oscuro, más noche que tarde.

Bella exhaló un profundo suspiro. No contenta esta vez, pero resentida.

—Tienes que irte —supuse.

—Pensé que no podías leer mi mente.

Sonreí y luego presioné un último beso oculto en la parte superior de su cabeza.

—Cada vez resulta más fácil.

Llevábamos mucho tiempo aquí, aunque ahora parecían meros segundos. Tendría necesidades humanas que estaba descuidando. Pensé en la larga y lenta caminata para llegar a la pradera y tuve una idea.

Me aparté, renuente a terminar nuestro abrazo sin importar lo que sucediera después y coloqué mis manos suavemente sobre sus hombros.

—¿Puedo mostrarte algo? —pregunté.

—¿Mostrarme qué? —preguntó, con una pizca de sospecha en su voz. Me di cuenta de que mi tono era más que un poco entusiasta.

—Te mostraré cómo viajo por el bosque —le expliqué.

Sus labios se fruncieron, dudosos y el pliegue entre sus cejas apareció, más profundo que antes, incluso cuando casi la había atacado. Me sorprendió un poco; ella solía ser tan curiosa y valiente.

—No te preocupes—la tranquilicé—. Estarás a salvo y llegaremos a tu camioneta mucho más rápido.

Le sonreí de manera alentadora.

Lo consideró por un minuto y luego susurró—: ¿Te convertirás en un murciélago?

No pude reprimir mi risa. Realmente no quería. No recordaba haberme sentido nunca tan libre de ser yo mismo. Por supuesto, eso no era exactamente cierto; siempre fui libre y abierto cuando sólo éramos mi familia y yo. Sin embargo, nunca me sentí así con mi familia: extasiado, salvaje, cada célula de mi cuerpo vivía de una manera nueva y eléctrica. Estar con Bella intensificaba toda sensación.

—Como si no hubiera escuchado eso antes —bromeé una vez que pude hablar de nuevo.

Sonrió.

—Claro. Estoy segura de que te lo dicen todo el tiempo.

Me puse de pie en un instante, tendiéndole una mano. La miró con duda.

—Vamos, pequeña cobarde—la persuadí—. Súbete a mi espalda.

Me miró por un momento, dudando. No estaba seguro de si desconfiaba de esta idea mía, o simplemente no estaba segura de cómo abordarme. Éramos muy nuevos en esta cercanía física y todavía había mucha timidez entre nosotros.

Al decidir que este último era el problema, se lo facilité.

La levanté del suelo y coloqué suavemente sus extremidades alrededor de mí como si fuera a montar a cuestras. Su pulso se aceleró y se quedó sin aliento, pero una vez que estuvo en su lugar, sus brazos y piernas se contrajeron a mí alrededor. Me sentí envuelto en el calor de su cuerpo.

—Soy un poco más pesada que una mochila normal —parecía preocupada, ¿de que yo no pudiera soportar su peso?

—Bah —resoplé.

Me sorprendió lo fácil que era, no el cargar con su insignificante peso, sino tenerla literalmente envuelta a mi alrededor. Mi sed estaba tan eclipsada por mi felicidad que apenas me causaba ningún dolor consciente.

Saqué su mano de donde estaba agarrada alrededor de mi cuello y sostuve su palma en mi nariz. Inhalé tan profundamente como pude. Sí, ahí estaba el dolor. Real, pero poco impresionante. ¿Qué era un pequeño fuego comparado con toda esta luz?

—Cada vez más fácil —respiré.

Despegué a un trote relajado, eligiendo la ruta más suave de regreso a nuestro punto de partida. Me costaría unos segundos más recorrer el camino más largo, pero aún así llegaríamos a su camioneta en minutos en lugar de horas. Era mejor que empujarla por un camino más vertical.

Otra experiencia nueva y alegre. Siempre me había gustado correr; durante casi cien años, había sido mi felicidad física más pura. Pero ahora, compartiendo esto con ella, sin distancia física o psíquica entre nosotros, me di cuenta de cuánto más placer podría haber en simplemente correr de lo que jamás había imaginado. Me pregunté si la emocionaba tanto como a mí.

Un escrúpulo me fastidiaba. Tenía prisa por llevarla a casa tan pronto como parecía ser su deseo. Sin embargo... seguramente deberíamos haber concluido ese interludio más trascendental con un final adecuado, una especie de sello en nuestro



nuevo entendimiento. La bendición. Pero me había apresurado a darme cuenta de que faltaba hasta que ya estábamos en movimiento.

No era demasiado tarde. Mi sistema se electrificó de nuevo mientras pensaba en ello: un verdadero beso. Una vez lo había asumido como imposible. Una vez lamenté que esta imposibilidad parecía herirla tanto a ella como a mí. Ahora estaba seguro de que era posible... y se acercaba rápidamente. La electricidad rebotó en el interior de mi estómago y me pregunté por qué los humanos habían pensado en decirle mariposas a una sensación tan salvaje.

Reduje la velocidad hasta detenerme suavemente a sólo unos pasos de donde se había estacionado.

—Emocionante, ¿no? —pregunté, ansioso por su reacción.

Ella no respondió y sus miembros retuvieron su agarre tenso alrededor de mi cintura y cuello. Pasaron unos segundos silenciosos sin respuesta. ¿Qué estaba mal?

—¿Bella?

Su respiración se convirtió en un jadeo y me di cuenta de que lo había estado conteniendo. Debería haberlo notado.

—Creo que necesito recostarme —dijo débilmente.

—Oh—necesitaba desesperadamente practicar con humanos. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de mareos por movimiento—. Lo siento.

Esperé a que se soltara, pero no relajó ni un solo músculo.

—Creo que necesito ayuda —susurró.

Con movimientos lentos y suaves, liberé primero sus piernas, luego sus brazos, y tiré de ella para sostenerla acunada contra mi pecho.

El estado de su tez me alarmó al principio, pero ya había visto este mismo verde tiza antes. También la había tenido en mis brazos ese día, pero qué asunto tan diferente era ahora.

Me arrodillé y la dejé sobre un terreno blando de helechos.

—¿Cómo te sientes?

—Mareada... creo.

—Pon tu cabeza entre tus rodillas —le aconsejé.

Obedeció automáticamente, como si fuera una respuesta practicada.

Me senté a su lado. Al escuchar su respiración medida, descubrí que estaba más ansioso de lo que la situación merecía. Sabía que esto no era nada serio, sólo un poco de náuseas, y sin embargo... verla pálida y enferma me molestó más de lo razonable.

Unos momentos después, levantó la cabeza experimentalmente. Todavía estaba pálida, pero no tan verde. Un leve brillo de sudor cubría su frente.

—Supongo que no fue la mejor idea —murmuré, sintiéndome como un idiota.

Esbozó una sonrisa pálida.

—No, fue muy interesante —mintió.

—Vaya—resoplé amargamente—. Estás tan blanca como un fantasma, no, estás tan blanca como yo.

Respiró lentamente.

—Creo que debería haber cerrado los ojos —mientras decía las palabras, sus párpados siguieron su ejemplo.

—Recuerda eso la próxima vez —su color estaba mejorando y mi tensión disminuyó en correlación directa con el rosa que infundía sus mejillas.

—¿La próxima vez? —gimió teatralmente.

Me reí de su falso ceño fruncido.

—Fanfarrón —murmuró. Su labio inferior sobresalía, redondeado y lleno. Se veía increíblemente suave. Imaginé cómo cedería, acercándonos aún más.

Me puse de rodillas, frente a ella. Me sentí nervioso, inquieto, impaciente e inseguro. El anhelo de estar más cerca de ella me recordó la sed que solía controlarme. Esto también era exigente, imposible de ignorar.

Su aliento estaba caliente contra mi cara. Me incliné más cerca.

—Abre los ojos, Bella.

Obedeció lentamente, mirándome a través de sus densas pestañas por un momento antes de levantar la barbilla para que nuestros rostros estuvieran alineados.

—Estaba pensando, mientras corría... —mi voz se fue apagando; este no fue el comienzo más romántico.

Sus ojos se entrecerraron.

—En no estrellarnos contra los árboles, espero.

Me reí entre dientes mientras ella trataba de contener una sonrisa.

—Tonta Bella. Correr es mi segunda naturaleza. No es algo en lo que tenga que pensar.

—Fanfarrón —repitió, con más énfasis esta vez.

Estábamos fuera de tema. Fue sorprendente que esto fuera posible, por muy cercanos que estuvieran nuestros rostros. Sonreí y re-dirigí.

—No, estaba pensando que había algo que quería probar.

Puse mis manos ligeramente a cada lado de su cara, dejándole suficiente espacio para alejarse si esto no era bienvenido.

Se quedó sin aliento y automáticamente acercó la cabeza a la mía.

Usé un octavo de segundo para recalibrar, probando todos los sistemas de mi cuerpo para estar completamente seguro de que nada me tomaría con la guardia baja. Mi sed estaba bien controlada, sublimada hasta el fondo de mis necesidades físicas. Regulé la presión en mis manos, en mis brazos, la forma en que mi torso se curvaba hacia ella, para que mi toque fuera más ligero contra su piel que la brisa. Aunque estaba seguro de que la precaución era innecesaria, contuve la respiración. Después de todo, no existía el exceso de cuidado.

Sus párpados se cerraron.

Cerré la pequeña distancia entre nosotros y presioné mis labios suavemente contra los de ella.

Aunque pensé que estaba preparado, no estaba del todo listo para la combustión.

¿Qué extraña alquimia era esta, que el roce de los labios fuese a ser mucho más que el roce de los dedos? No tenía ningún sentido lógico que el simple contacto entre esta área específica de la piel fuera mucho más poderoso que cualquier cosa que hubiera experimentado hasta ahora. Sentí como si un nuevo sol estuviera apareciendo donde nuestras bocas se encontraban y todo mi cuerpo se llenó hasta el punto de romperse con su brillante luz.

Sólo tuve una fracción de segundo para lidiar con la potencia de este beso antes de que la alquimia impactara a Bella.

Jadeó en reacción, sus labios se separaron contra los míos, la fiebre de su aliento quemó mi piel. Sus brazos se enrollaron alrededor de mi cuello, sus dedos se enredaron en mi cabello. Usó esa palanca para apretar sus labios con más fuerza

contra los míos. Sus labios se sentían más cálidos que antes, mientras sangre fresca fluía hacia ellos. Se abrieron más, una invitación...

Una invitación que no estaría seguro por mi parte aceptar.

Con cautela, con la menor fuerza posible, aparté su rostro del mío, dejando las yemas de mis dedos en su lugar contra su piel para mantenerla a esa distancia. Aparte de ese pequeño cambio, me mantuve inmóvil e intenté, si no ignorar la tentación, al menos separarme de ella. Noté el regreso desagradable de algunas reacciones depredadoras (un exceso de veneno en mi boca, una tensión en mi núcleo), pero estas fueron respuestas superficiales. Si bien tal vez sería injusto decir que la racionalidad estaba en total control, al menos no fue una pasión alimenticia lo que hizo que esa afirmación fuera falsa. Una pasión mucho más agradable me cautivó. Sin embargo, su naturaleza no eliminó la necesidad de moderarlo.

La expresión de Bella era a la vez abrumada y de disculpa.

—¡Uy! —dijo.

No pude evitar pensar en lo que sus acciones inocentes podrían haber precipitado hace unas horas.

—Eso es quedarse corto —estuve de acuerdo.

Ella no era consciente del progreso que había hecho hoy, pero siempre había actuado como si yo tuviera un perfecto control de mí mismo, incluso cuando no era cierto. Fue un alivio sentir finalmente que me merecía algo de esa confianza.

Trató de retroceder, pero mis manos se cerraron alrededor de su rostro.

—¿Debería...?

—No—le aseguré—. Es tolerable. Espera un momento, por favor.

Quería tener mucho cuidado de que nada se me escapase. Ya, mis músculos se habían relajado y la afluencia de veneno se disipó. La necesidad de rodearla con mis brazos y continuar con la alquimia de besarla era un impulso más difícil de negar, pero usé mis décadas de practicar el autocontrol para tomar la decisión correcta.

—Listo —dije cuando estaba totalmente tranquilo.

Ella estaba luchando contra otra sonrisa.

—¿Tolerable? —preguntó.

Me reí.

—Soy más fuerte de lo que pensaba—nunca hubiera creído el control que podía tener ahora. Este fue un progreso muy rápido de hecho—. Es bueno saberlo.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. Lo siento.

—Después de todo, sólo eres humana.

Puso los ojos en blanco ante mi débil broma.

—Muchas gracias.

La luz que había llenado mi cuerpo durante nuestro beso permaneció. Sentí tanta felicidad que no estaba seguro de cómo contenerlo todo. La alegría abrumadora y el desconcierto general me preocuparon por no estar siendo lo suficientemente responsable. Debería llevarla a casa. No fue tan difícil pensar en acabar con la utopía de esta tarde, porque nos iríamos juntos.

Me paré y le ofrecí mi mano. Esta vez lo tomó rápidamente y la puse de pie. Ella se tambaleó allí, luciendo inestable.

—¿Todavía estás mareada por la carrera?—pregunté—. ¿O fue por mi experiencia en besos?—. Me reí en voz alta.

Envolvió su mano libre alrededor de mi muñeca para estabilizarse.

—No puedo estar segura—bromeó—. Todavía estoy mareada. Sin embargo, creo que es algo de ambos— su cuerpo se balanceó más cerca del mío. Parecía más intencional que vertiginoso.

—Quizás deberías dejarme conducir.

Todo desequilibrio pareció desvanecerse. Sus hombros se cuadraron.

—¿Estás loco?

Si ella estuviera conduciendo, necesitaría que mantuviera ambas manos en el volante y no podría hacer nada para distraerla. Sin embargo, si yo estuviera conduciendo, habría mucho más margen de maniobra.

—Puedo conducir mejor que tú en tu mejor día. Tienes reflejos mucho más lentos —sonreí para que ella supiera que estaba bromeando. Sobre todo.

No discutió con los hechos.

—Estoy segura de que es cierto, pero no creo que mis nervios o mi camioneta puedan soportarlo.

Traté de hacer la cosa esa de deslumbrarla de la que me había acusado antes.

Todavía no estaba seguro de que calificaba.

—¿Un poco de confianza, por favor, Bella?

No funcionó, tal vez porque estaba mirando hacia abajo. Se palmeó el bolsillo de los vaqueros, luego sacó la llave y la rodeó con los dedos en un puño. Miró hacia arriba de nuevo y negó con la cabeza.

—No—me dijo—. De ninguna manera.

Comenzó a caminar hacia la carretera, rodeándome. Si en realidad todavía estaba mareada o simplemente se movía torpemente, no lo sabía. Pero se tambaleó en el segundo escalón y la agarré antes de que pudiera caer. La apreté contra mi pecho.

—Bella —respiré. Toda la jocosidad desapareció de sus ojos y se inclinó hacia mí, su rostro inclinado hacia el mío. Besarla inmediatamente parecía una idea fantástica y terrible. Me obligué a pecar de cauteloso.

—Ya he realizado un gran esfuerzo personal en este punto para mantenerte con vida—le recordé en un tono juguetón—. No voy a dejarte estar detrás del volante de un vehículo cuando ni siquiera puedes caminar recto. Además, los amigos no dejan que los amigos conduzcan borrachos—. Concluí, citando el lema del Ad Council. Para ella era una referencia anticuada; sólo tenía tres años cuando se lanzó la campaña.

—¿Borracha? —protestó.

Le dediqué una sonrisa torcida.

—Estás intoxicada por mi sola presencia.

Suspiró, aceptando la derrota.

—No puedo discutir con eso —sosteniendo su puño, dejó que la llave cayera de su mano en la mía.

—Tómatelo con calma—advirtió—. Mi camioneta es un señor mayor.

—Muy sensata.

Sus labios se fruncieron.

—¿Y no te afecta en absoluto? ¿Mi presencia?

¿Afectado? Ella había transformado completamente cada parte de mí. Apenas me reconocía.

Por primera vez en cien años, estaba *agradecido* de ser lo que era. Cada aspecto de ser un vampiro, todo menos el peligro para ella, fue repentinamente

aceptable para mí, porque era lo que me había permitido vivir lo suficiente para encontrar a Bella.

Las décadas que había soportado no habrían sido tan difíciles si hubiera sabido lo que me esperaba, que mi existencia avanzaba hacia algo mejor de lo que podía haber imaginado. No habían sido años de matar el tiempo, como había pensado; habían sido años de progreso. Refinando, preparándome, dominándome para poder *tener* esto ahora.

No estaba completamente seguro de este nuevo yo todavía; el éxtasis violento que inundaba todas mis células parecía insostenible a largo plazo. Aún así, nunca quise volver a ser el viejo yo. Ese Edward parecía inacabado ahora, incompleto. Como si faltara la mitad de él.

Habría sido imposible para él hacer esto. Me incliné y presioné mis labios en la esquina de su mandíbula, justo por encima de su arteria palpitante. Dejé que mis labios rozaran suavemente a lo largo de la línea de la mandíbula hasta la barbilla, y luego besé mi camino de regreso a su oreja, sintiendo el terciopelo de su piel cálida bajo la leve presión. Regresé lentamente a su barbilla, tan cerca de sus labios. Se estremeció en mis brazos, recordándome que lo que para mí era un calor sin precedentes era un invierno helado para ella. Solté mi agarre.

—Independientemente—le susurré al oído—. Tengo mejores reflejos.

# MENTE VERSUS CUERPO

INSISTIR EN CONDUCIR HABÍA SIDO UNA MUY BUENA IDEA.

Había todas esas cosas, por supuesto, que estarían fuera de discusión si necesitaba concentrar sus sentidos humanos en el camino como: tomarse de la mano, mirar a los ojos, irradiar alegría en general. Pero más que esto, la sensación de estar lleno hasta el punto de estallar con luz pura no se había atenuado en absoluto. Sabía lo abrumador que era para mí; no estaba seguro de cuánto comprometería un sistema humano. Era mucho más seguro dejar que mi sistema inhumano se ocupara de la carretera.

Las nubes se movían a medida que se ponía el sol. De vez en cuando, una lanza de luz del sol rojiza me golpeaba la cara. Podía imaginar el terror que habría sentido ayer al haber sido expuesto de esta manera. Ahora me dieron ganas de reír. Me sentí lleno de risa, como si la luz dentro de mí necesitara ese escape.

Curioso, encendí su radio. Me sorprendió que estuviera sintonizado nada más que en estático. Luego, considerando el volumen del motor, deduje que ella no se preocupaba mucho por la música al conducir. Giré la perilla hasta que encontré una estación semi audible. Estaba interpretando a Johnny Ace y sonreí.

—Pledging My Love<sup>6</sup>. Qué apropiado.

Comencé a cantar, sintiéndome un poco cursi, pero también disfrutando la oportunidad de decirle esas palabras. *Always and forever, I'll love only you*<sup>7</sup>

Ella nunca apartó los ojos de mi rostro, sonriendo en lo que ahora podía construir con precisión cómo asombro.

—¿Te gusta la música de los cincuenta? —preguntó cuando terminó la canción.

—La música de los cincuenta era buena. Mucho mejor que los sesenta, o los setenta, ¡uf!—aunque ciertamente hubo excelentes valores atípicos, los artistas que tocaban con mayor frecuencia en las limitadas opciones de radio en ese momento no eran mis favoritos. Nunca me había entusiasmado con la música disco—. Los ochenta fueron soportables.

Apretó los labios por un momento, sus ojos se tensaron como si algo la preocupara. En voz baja, preguntó:

—¿Alguna vez me vas a decir cuántos años tienes?

Ah, tenía miedo de angustiarme. Le sonreí fácilmente.

—¿Importa mucho?

Ella pareció aliviada por mi ligera respuesta.

---

<sup>6</sup> Prometiéndote Mi Amor

<sup>7</sup> Por siempre y para siempre, solo a ti te amaré.

—No, pero tengo curiosidad... No hay nada como un misterio sin resolver para mantenerte despierta toda la noche.

Y luego fue mi turno de preocuparme.

—Me pregunto si te molestará.

No le había disgustado mi inhumanidad, pero... ¿tendría una reacción diferente a los años entre nosotros? De muchas formas muy reales, todavía tenía diecisiete años. ¿Lo vería ella de esa manera?

¿Qué había imaginado ya? ¿Milenios detrás de mí, castillos góticos y acentos de Transilvania? Bueno, nada de eso era imposible. Carlisle conocía a esos tipos.

—Pruébame —me desafió.

La miré a los ojos, buscando en sus profundidades las respuestas. Suspiré. ¿No debería haber desarrollado algo de coraje después de los eventos detrás de nosotros? Pero aquí estaba de nuevo, aterrorizado por asustarla. Por supuesto, no había más salida que la honestidad total.

—Nací en Chicago en 1901—admití. Giré la cara hacia la carretera que tenía delante para que no se sintiera examinada mientras hacía los cálculos mentales, pero no pude evitar echar un vistazo por el rabillo del ojo. Estaba compuesta artificialmente y me di cuenta de que estaba modulando cuidadosamente sus reacciones. No quería parecer asustada más de lo que yo quería asustarla. Cuanto más nos conocíamos, más parecíamos reflejar los sentimientos del otro. Armonizando—. Carlisle me encontró en un hospital en el verano de 1918—continué—. Tenía diecisiete años y me estaba muriendo de gripe española—ante esto, su control se deslizó y jadeó, en estado de shock, sus ojos enormes—. No lo recuerdo bien—le aseguré—. Fue hace mucho tiempo y la memoria humana se desvanece.

No parecía del todo reconfortada, pero asintió. No dijo nada, esperando más.

Había hecho un compromiso mental con total honestidad, pero ahora me di cuenta de que tendría que haber límites. Había cosas que debería saber... pero también detalles que no serían prudentes compartir. Quizás Alice tenía razón. Quizás, si Bella estuviera sintiendo algo similar a lo que yo siento ahora, ella pensaría que era imperativo prolongar este sentimiento. Que se quede conmigo, como había dicho en el prado. Sabía que no sería fácil para mí negarle a Bella cualquier cosa que quisiera. Elegí mis palabras con cuidado.

—Recuerdo cómo se sintió, cuando Carlisle... me salvó. No es una cosa fácil, no es algo que puedas olvidar.

—¿Y tus padres? —preguntó con voz tímida y yo me relajé, feliz de que hubiera elegido no obsesionarse con esa última parte.

—Ya habían muerto de la enfermedad. Estaba solo—estas no fueron palabras difíciles de decir. Esta parte de mi historia casi se sintió más como una historia que me habían contado que como recuerdos reales—. Por eso me eligió. En todo el caos de la epidemia, nadie se daría cuenta que me había ido.

—¿Cómo... te salvó?

Demasiado para evitar las preguntas difíciles. Pensé en lo que era más importante ocultarle.

Mis palabras bailaron alrededor de los bordes de su pregunta.

—Fue difícil. No muchos de nosotros tenemos la moderación necesaria para lograrlo. Pero Carlisle siempre ha sido el más humano, el más compasivo de nosotros... No creo que te puedas encontrar igual a él en toda la historia—consideré

a mi padre por un momento y me pregunté si mis palabras eran un elogio adecuado. Luego continué con el resto de lo que pensé que era seguro para ella saber—. Para mí, fue simplemente muy, muy doloroso.

Mientras que los otros recuerdos que podrían haberme traído dolor, la pérdida de mi madre en particular, se confundieron y se desvanecieron, el recuerdo de este dolor estaba excepcionalmente claro. Me estremecí levemente. Si alguna vez llegara un momento que Bella volviera a preguntar, con pleno conocimiento de lo que significaba quedarse conmigo, este recuerdo sería toda la ayuda que necesitaba para decir que no. Retrocedí ante la idea de que ella enfrentara tal dolor.

Absorbí mi respuesta, con los labios fruncidos y los ojos entrecerrados en pensamiento. Quería saber su reacción, pero sabía que si preguntaba, me enfrentaría a preguntas más puntiagudas. Continué mi historia, con la esperanza de distraerla.

—Actuaba desde la soledad. Por lo general, esa es la razón detrás de la elección. Fui el primero en la familia de Carlisle, aunque encontró a Esme poco después. Cayó de un acantilado. La llevaron directamente a la morgue del hospital, aunque de alguna manera, su corazón seguía latiendo.

—Entonces debes estar muriendo para convertirte en...

No lo suficientemente distraída. Todavía estaba tratando de discernir el mecanismo. Me apresuré a redirigir.

—No, eso es sólo Carlisle. Él nunca le haría eso a alguien que tuviera otra opción. Es más fácil, dice; sin embargo, si la sangre es débil.

Cambié mi mirada hacia la carretera de nuevo. No debería haber agregado eso. Me pregunté si estaba bailando más cerca de las respuestas que ella buscaba porque una parte de mí quería que ella supiera, quería que encontrara una manera de quedarse conmigo. Tenía que ser mejor para controlar mi lengua. Para mantener a raya la parte egoísta de mí.

—¿Y Emmett y Rosalie?

Le sonreí. Probablemente se dio cuenta de que estaba siendo evasivo y, sin embargo, estaba dispuesto a dejarlo pasar para que se sintiera cómoda.

—Carlisle trajo a Rosalie a nuestra familia a continuación. No me di cuenta hasta mucho más tarde de que él esperaba que ella fuera para mí lo que Esme era para él; tenía cuidado con sus pensamientos a mí alrededor.

Recordé mi disgusto cuando finalmente se le escapó. Rosalie no había sido una adición bienvenida al principio; en verdad, la vida había sido más complicada para todos nosotros desde su inclusión, y saber que Carlisle había imaginado una relación aún más cercana para ella y para mí, fue horrible. Sería de mala educación compartir el alcance de mi aversión. Poco caballeroso.

—Pero ella nunca fue más que una hermana—esa fue probablemente la forma más amable de resumir ese capítulo—. Fue sólo dos años después que encontró a Emmett. Ella estaba cazando (estábamos en los Apalaches en ese momento) y encontró un oso a punto de acabar con él. Ella lo llevó de regreso a Carlisle, más de ciento cincuenta kilómetros, temiendo que no sería capaz de... hacerlo ella misma.

Estábamos fuera de Knoxville, no es un lugar ideal para nosotros, en cuanto al clima. Teníamos que quedarnos adentro la mayoría de los días. Sin embargo, no fue una situación a largo plazo: Carlisle estaba investigando algunos estudios de patología en la facultad de medicina de la Universidad de Tennessee. Unas semanas, unos meses... no fue realmente una tarea difícil. Teníamos acceso a varias bibliotecas y la vida nocturna en Nueva Orleans no estaba demasiado lejos, no para criaturas



tan veloces como nosotros. Sin embargo, Rosalie, que había salido de su etapa de recién nacido pero aún no se sentía cómoda con la proximidad muy cercana a los humanos, se negó a entretenerse. En cambio, se deprimió y lloriqueó, encontrando fallas en cada sugerencia de diversión o superación personal. Para ser justos, tal vez no se quejó tanto en voz alta. Esme no estaba tan irritada como yo.

Rosalie prefería cazar sola y, aunque realmente debería haberla vigilado, fue un alivio para los dos que no me opusiera enérgicamente. Sabía tener cuidado. Todos teníamos práctica para restringir nuestros sentidos hasta que estuvimos en áreas despobladas. Y aunque era reacio a atribuir alguna virtud a esta intrusa indeseada, incluso yo tenía que admitir que tenía un don increíble para el autocontrol. Principalmente debido a la terquedad y, en mi opinión, al deseo de superarme.

Así que cuando el sonido de los pasos de Rosalie, más rápidos y más pesados de lo habitual, rompieron la calma anterior al amanecer de ese verano de Knoxville, su aroma familiar fue precedido por el fuerte aroma de sangre humana y sus pensamientos salvajes e incoherentes: mi expectativa inicial no era que ella hubiera cometido un error.

En el primer año de la segunda vida de Rosalie, antes de que desapareciera en sus varias misiones de venganza, sus pensamientos la habían delatado clara y completamente. Sabía lo que estaba planeando y le había informado a Carlisle. La primera vez, la aconsejó gentilmente, instándola a dejar ir su vida pasada, seguro de que si lo hacía se olvidaría y, entonces, su dolor podría disminuir. La venganza no pudo recuperar nada de lo que había perdido. Pero cuando su guía se encontró sólo con la implacabilidad de su furia, le dio un consejo sobre la mejor manera de ser discreta en sus incursiones. Ninguno de los dos podía argumentar que ella no merecía venganza. Y ambos no pudimos evitar creer que el mundo sería un lugar mejor sin los violadores y asesinos que habían acabado con su vida.

Creí que los había acabado a todos. Sus pensamientos se habían calmado hacía mucho tiempo, ya no estaban obsesionados con el deseo de romper y destrozarse, mutilar y destripar.

Pero cuando el olor a sangre inundó la casa como un tsunami, asumí de inmediato que había descubierto a otro cómplice de su muerte. Aunque no pensaba muy bien de ella en general, mi fe en su capacidad para no hacer daño era fuerte.

Todas mis expectativas se volvieron patas arriba cuando gritó de pánico, pidiendo ayuda a Carlisle. Y luego, bajo el estridente sonido de su angustia, capté el sonido de un corazón muy débil.

Salí corriendo de mi habitación y la encontré en el salón delantero antes de que hubiera terminado de llorar. Carlisle ya estaba allí. Rosalie, con el cabello inusualmente desordenado, su vestido favorito manchado de sangre tanto que el dobladillo de la falda estaba teñido de un carmesí profundo, llevaba en sus brazos un gigante humano. Apenas estaba consciente, los ojos vagando por la habitación sin sincronizarlos entre sí. Su piel había sido desgarrada una y otra vez por cortes espaciados uniformemente, algunos de sus huesos claramente estaban rotos debajo.

—¡Sálvelo!—Rosalie casi le gritó a Carlisle— ¡Por favor!

«Por favor, por favor», suplicaban sus pensamientos.

Vi lo que le costaron las palabras. Cuando inhaló para reemplazar el aire que había usado, se estremeció ante el poder de la sangre fresca tan cerca de su boca. Sostuvo al hombre más lejos de sí misma, apartando la cara.

Carlisle entendió su angustia. Rápidamente apartó al hombre de sus brazos y lo depositó sobre la alfombra del salón con manos suaves. El hombre estaba demasiado ido incluso para gemir.

Observé, sorprendido por el extraño cuadro, automáticamente conteniendo la respiración. Debí haber salido de la casa. Podía escuchar los pensamientos de Esme, alejándose rápidamente. Una vez que captó el olor a sangre, supo huir, aunque estaba tan confundida como yo.

«Es demasiado tarde», se dio cuenta Carlisle, examinando al hombre. Odiaba decepcionar a Rosalie; aunque estaba claramente infeliz en esta segunda vida que le había dado, rara vez le pedía algo. Ciertamente nunca con este nivel de agonía. «Debe ser familia», pensó Carlisle. «¿Cómo puedo soportar volver a hacerle daño?»

El gran hombre, no mucho mayor que yo, ahora que realmente lo miraba a la cara, cerró los ojos. Su respiración superficial tartamudeó.

—¿Qué estás esperando? —Rosalie chilló. «¡Se está muriendo! ¡Se está muriendo!»

—Rosalie, yo... —Carlisle extendió sus manos ensangrentadas con impotencia.

Entonces una imagen apareció en la mente de Rosalie y entendí exactamente lo que estaba pidiendo.

—Ella no quiere que lo sane—traduje rápidamente—. Quiere que usted lo *salve*.

Los ojos de Rosalie brillaron hacia mí, una mirada de intensa gratitud alteró sus rasgos de una manera que nunca antes había visto. Por un instante, recordé lo hermosa que era.

No tuvimos que esperar mucho por la decisión de Carlisle.

«¡Oh!» Pensó Carlisle. Y luego vi exactamente cuánto haría por Rosalie, cuánto sentía que le debía. Apenas hubo deliberación.

Ya estaba arrodillado junto a la figura rota mientras nos ahuyentaba.

—No es seguro que te quedes —dijo, con el rostro inclinado hacia la garganta del hombre.

Agarré el brazo ensangrentado de Rosalie mientras corría hacia la puerta. Ella no se resistió. Ambos escapamos de la casa, sin detenernos hasta que llegamos al cercano río Tennessee y nos sumergimos.

Allí, tendida en el barro fresco a la orilla del río, Rosalie dejando que la sangre se escurriera de su vestido y su piel, tuvimos nuestra primera conversación real.

No hablaba a menudo, sólo me mostraba mentalmente cómo había encontrado al hombre, un completo extraño, a punto de morir, y cómo algo en su rostro había hecho que ese futuro fuera intolerable para ella. No tenía palabras para explicar por qué. No tenía palabras sobre cómo... se las había arreglado para completar su angustioso viaje sin matarlo ella misma. La vi correr kilómetros, más rápido de lo que se había movido antes, ansiando satisfacer su sed todo el camino. Mientras revivía todo, su mente estaba desprotegida y vulnerable. También estaba tratando de entender, casi tan confundida como yo.

No estaba buscando otra adición a mi familia. Nunca había estado particularmente preocupado por lo que Rosalie quería o necesitaba. Pero de repente, al ver todo esto a través de sus ojos, sólo pude alegrarme de su felicidad. Por primera vez estábamos del mismo lado.

No pudimos regresar por un tiempo, aunque Rosalie estaba extremadamente ansiosa por saber qué estaba pasando. Le aseguré que Carlisle habría venido a

buscarnos si no hubiera tenido éxito. Así que por ahora tendríamos que esperar hasta que fuera seguro.

Esas horas nos cambiaron a los dos. Cuando Carlisle finalmente vino a llamarnos a casa, regresamos como hermano y hermana.

La pausa para recordar cómo había llegado a amar a mi hermana no fue muy larga. Bella todavía estaba esperando el resto de la historia. Pensé dónde lo había dejado: Rosalie, goteando sangre, manteniendo su rostro tan lejos de Emmett como podía. Su postura en la imagen me recordó un recuerdo más reciente: yo luchando por llevar a una Bella aturdida a la oficina de la enfermera. Fue una yuxtaposición interesante.

—Apenas estoy empezando a adivinar lo difícil que fue ese viaje para ella —concluí. Nuestros dedos estaban entrelazados. Levanté nuestras manos y, con el dorso de la mía, acaricié su mejilla.

El último rayo de luz roja en el cielo se desvaneció a un color púrpura oscuro.

—Pero lo logró —dijo Bella después de un breve silencio, ansiosa por que continuara.

—Sí. Ella vio algo en su rostro que la hizo lo suficientemente fuerte—increíble que hubiera tenido razón. Asombroso que hubieran coincidido perfectamente, como dos mitades de un todo. ¿Destino o buena suerte astronómica? Nunca pude decidirme—. Y han estado juntos desde entonces. A veces viven separados de nosotros, como pareja casada—. Y, oh, cuánto apreciaba esos momentos. Amaba a Emmett y Rosalie por separado, pero Emmett y Rosalie juntos, escuchados sólo por mi ineludible alcance mental, eran una prueba agotadora—. Pero cuanto más jóvenes pretendemos ser, más tiempo podemos quedarnos en cualquier lugar. Forks parecía perfecto, así que todos nos inscribimos en la escuela secundaria—me reí—. Supongo que tendremos que ir a su boda en unos años, de nuevo.

A Rosalie le encantaba casarse. La oportunidad de hacerlo una y otra vez era probablemente lo que más le gustaba de la inmortalidad.

—¿Alice y Jasper? —Preguntó Bella.

—Alice y Jasper son dos criaturas muy raras. Ambos desarrollaron una conciencia, como la llamamos, sin guía externa. Jasper pertenecía a otra... familia—evité la palabra correcta, controlando un escalofrío al pensar en sus comienzos—. Un tipo de familia muy diferente. Se deprimió y vagó solo. Alice lo encontró. Como yo, ella tiene ciertos dones más allá de la norma para nuestra especie.

Esto sorprendió a Bella lo suficiente como para romper su fachada tranquila.

—¿En serio? Pero dijiste que eras el único que podía escuchar los pensamientos de la gente.

—Es verdad. Ella sabe otras cosas. Ella ve cosas, cosas que podrían suceder, cosas que vendrán—cosas que ahora nunca sucederían. Ya había pasado lo peor. Aunque todavía... me molestaba lo confusa que había sido la nueva visión, con la que podía vivir. La otra, Alice y Bella, blancas y frías, había sido mucho más clara. Eso no importaba. No podía. Había sometido un futuro imposible y triunfaría sobre este también—, pero es muy subjetivo—continué, escuchando el tono más duro en mi voz—. El futuro no está escrito en piedra. Las cosas cambian.

Eché un vistazo a su piel de albaricoque y crema, casi para asegurarme de que estaba como debería ser y luego aparté la mirada cuando captó la mía. Nunca podía estar seguro de cuánto estaba leyendo en mis ojos.

—¿Qué tipo de cosas ve ella? —quiso saber Bella.

Le di las respuestas seguras, las profecías probadas.

—Vio a Jasper y supo que él la estaba buscando antes de que él mismo lo supiera—su unión había sido algo mágico. Siempre que Jasper pensaba en eso, toda la familia se relajaba en una alegría soñadora, tan poderosas eran sus emociones comunitarias—. Vio a Carlisle y a nuestra familia y se reunieron para encontrarnos.

Me había perdido esa primera presentación, cuando Alice y Jasper se presentaron ante un Carlisle extremadamente cauteloso, una Esme asustada y una Rosalie hostil. Era la apariencia guerrera de Jasper lo que los tenía a todos tan aprensivos, pero Alice sabía exactamente qué decir para aliviar su ansiedad. Por supuesto que sabía exactamente qué decir. Había imaginado todas las versiones posibles de esa reunión momentánea y luego eligió la mejor. No fue un accidente que Emmett y yo estuviéramos fuera. Prefería una escena más tranquila sin los principales defensores de la familia en la residencia.

Era difícil de creer lo firmemente arraigados que estaban cuando Emmett y yo llegamos, sólo unos días después. Ambos estábamos en shock y Emmett estaba listo para la batalla en el segundo que vio a Jasper. Pero Alice corrió hacia mí para abrazarme antes de que pudiera pronunciar una palabra.

No me asustó lo que podría haberse interpretado como un ataque. Sus pensamientos estaban tan seguros de mí, tan llenos de amor por mí, que pensé que había tenido la primera pérdida de memoria de mi segunda vida. Porque este diminuto inmortal me conocía perfectamente, mejor que nadie en mi familia actual o anterior. ¿Quién era ella?

«¡Oh, Edward! ¡Al fin! ¡Mi hermano! ¡Finalmente estamos juntos!»

Y luego, con sus brazos apretados alrededor de mi cintura y mis propios brazos, vacilantes, descansando alrededor de sus hombros, pensó rápidamente a través de su vida desde su primer recuerdo hasta ese mismo momento y, luego, avanzó en el tiempo a través de los aspectos más destacados de nuestros siguientes años juntos. Fue muy extraño darme cuenta en ese instante de que ahora yo también la conocía.

—Esta es Alice, Emmett—le dije, todavía abrazando a mi nueva hermana. La pose agresiva de Emmett cambió a una de confusión—. Ella es parte de nuestra familia. Y ese es Jasper. Vas a amarlo.

Había tantas historias sobre Alice, tantos milagros y fenómenos, paradojas y enigmas, podría haber pasado el resto de la semana contándole a Bella la versión de viñetas. En cambio, le di algunos de los detalles más simples y mecánicos.

—Ella es más sensible a los no humanos. Siempre ve, por ejemplo, cuando se acerca otro grupo de los nuestros. Y cualquier amenaza que puedan representar — Alice también se había convertido en una de las defensoras de la familia.

—¿Hay muchos... de tu clase? —preguntó Bella, sonando un poco conmovida por la idea.

—No, no muchos—le aseguré—. Pero la mayoría no se instala en un solo lugar. Sólo aquellos como nosotros, que han dejado de cazar a los de tu especie—levanté una ceja y le apreté la mano—. Pueden convivir con los humanos durante cualquier período de tiempo. Sólo hemos encontrado otra familia como la nuestra, en un pequeño pueblo de Alaska. Vivimos juntos durante un tiempo, pero éramos tantos que nos hicimos notar demasiado.

También Tanya, la matriarca de ese clan, fue persistente hasta el punto del acoso.

—Aquellos de nosotros que vivimos... de manera diferente tendemos a unirnos.

—¿Y los otros?

Habíamos llegado a su casa. Estaba vacío, sin luces en ninguna ventana. Estacioné en su lugar habitual y apagué el motor. El silencio repentino se sintió muy íntimo, allí en la oscuridad.

—Nómadas, en su mayor parte—respondí—. Todos hemos vivido así en ocasiones. Se vuelve tedioso, como cualquier otra cosa. Pero nos encontramos con los demás de vez en cuando, porque la mayoría de nosotros preferimos el norte.

—¿Eso por qué?

Sonreí y le di un suave empujón con el codo.

—¿Tuviste los ojos abiertos esta tarde? ¿Crees que podría caminar por la calle a la luz del sol sin causar accidentes de tráfico? Hay una razón por la que elegimos la Península de Olympic, uno de los lugares menos soleados del mundo. Es agradable poder salir durante el día. No creerías lo cansado que puedes estar de la noche en ochenta y tantos años.

—De ahí es de donde vienen las leyendas —dijo, asintiendo para sí misma.

—Probablemente.

De hecho, había una fuente precisa detrás de las leyendas, pero eso no era algo en lo que quisiera entrar en detalles. Los Vulturi estaban muy lejos y muy absortos en su misión de vigilar el mundo de los vampiros. Nunca afectarían la vida de Bella más allá de la tradición que habían inventado para proteger la privacidad de los inmortales.

—¿Y Alice vino de otra familia como Jasper? —preguntó.

—No y eso es un misterio. Alice no recuerda su vida humana en absoluto.

Había visto ese primer recuerdo. La brillante luz del sol de la mañana, una ligera niebla flotando en el aire. Hierba enmarañada que la rodeaba, amplios robles que daban sombra al hueco donde se despertó. Además de eso, un vacío, sin sentido de identidad o propósito. Había mirado su piel pálida, brillando bajo el sol, y no sabía quién o qué era. Y luego la primera visión le llegó.

El rostro de un hombre, feroz pero también roto, lleno de cicatrices pero hermoso. Ojos rojo intenso y una melena de cabello dorado. Con este rostro llegó una profunda convicción de pertenencia. Y luego lo vio pronunciar un nombre.

«Alice»

Su nombre, se dio cuenta.

Las visiones le dijeron quién era ella o la moldearon en lo que se convertiría. Ésta era la única ayuda que recibiría.

—Y no sabe quién la creó—le dije a Bella—. Ella se despertó sola. Quien lo hizo se fue y ninguno de nosotros entiende por qué o cómo pudo hacerlo. Si no hubiera tenido ese otro sentido, si no hubiera visto a Jasper y Carlisle y hubiera sabido que algún día se convertiría en uno de nosotros, probablemente se habría convertido en una salvaje total.

Bella reflexionó sobre esto en silencio. Estaba seguro de que le costaba comprenderlo. A mi familia también le había tomado un tiempo adaptarse. Me pregunté cuál sería su próxima pregunta.

Y luego su estómago gorgoteó, y me di cuenta de que habíamos estado juntos todo el día y ella no había comido nada en ese tiempo. ¡Ah, necesitaba concentrarme mejor en sus necesidades humanas!

—Lo siento, no te he dejado cenar.

—Estoy bien, de verdad —dijo demasiado rápido.

—Nunca he pasado mucho tiempo con alguien que come comida—me disculpé—. Lo olvido.

Fue una mala excusa.

Su expresión fue totalmente abierta mientras respondía, vulnerable.

—Quiero quedarme contigo.

Una vez más, la palabra *quedarme* parecía tener mucho más peso de lo que solía tener.

—¿Puedo entrar? —pregunté gentilmente.

Parpadeó dos veces, claramente arrojada por la idea.

—¿Te gustaría?

—Sí, si te parece bien.

Me pregunté si pensaba que tenía que tener una invitación explícita para entrar. El pensamiento me hizo sonreír y luego fruncir el ceño al sentir un espasmo de culpa. Necesitaría ser sincero con ella. De nuevo. Pero, ¿cómo abordar una admisión tan vergonzosa?

Me quedé con eso mientras salía y le abría la puerta del pasajero.

—Muy humano —elogió.

—Definitivamente está resurgiendo.

Caminamos juntos a velocidad humana a través de su patio silencioso y sombreado como si esto fuera algo normal. Me miró parpadeando mientras caminábamos, sonriendo para sí misma. Levanté la mano y saqué la llave de la casa de su escondite cuando pasamos, luego le abrí la puerta. Ella vaciló, mirando hacia el pasillo oscuro.

—¿La puerta estaba abierta? —preguntó.

—No, usé la llave de debajo del alero.

Reemplacé la llave en cuestión mientras ella se movía para encender la lámpara del porche. Cuando se dio la vuelta, la luz amarilla hizo duras sombras en su rostro mientras me miraba enarcando ambas cejas. Pude ver que quería que la mirada fuera severa, pero las comisuras de sus labios estaban fruncidas como si estuviera luchando contra una sonrisa.

—Sentía curiosidad por ti —confesé.

—¿Me espiaste?

No parecía ser una broma, pero sonaba como si estuviera a punto de reír.

Debería haberlo confesado todo entonces, pero seguí su tono burlón.

—¿Qué más se puede hacer por la noche?

Fue una elección equivocada, una elección cobarde. Sólo escuchó una broma, no una admisión. Extraño de nuevo darse cuenta de cómo, incluso con las enormes pesadillas potenciales resueltas, seguía habiendo mucho que temer. Por supuesto, este problema no era más que mi propia culpa, mi propio comportamiento extremadamente pobre.

Sacudió levemente la cabeza y luego me hizo un gesto para que entrara. Pasé junto a ella por el pasillo, encendiendo las luces a medida que avanzaba para que no tuviera que tropezar en la oscuridad. Me senté en su pequeña mesa de cocina y miré a mí alrededor, examinando los ángulos que eran invisibles desde fuera de la ventana. La habitación estaba ordenada y cálida, brillante con pintura amarilla chillona que de alguna manera resultaba entrañable en su fallido intento de imitar la

luz del sol. Todo olía a Bella, lo que debería haber sido bastante doloroso, pero descubrí que lo disfrutaba de una manera extraña. Masoquista, de hecho.

Me miró con una expresión difícil de leer. Un poco de confusión, supuse, un poco de asombro. Como si no estuviera segura de que yo fuera real. Sonreí y le señalé el refrigerador. Ella giró en esa dirección con una sonrisa en respuesta. Esperaba que tuviera algo de comida de fácil acceso. ¿Quizás debería haberla llevado a cenar? Pero se sentía mal pensar en someternos a una multitud de extraños. Nuestro nuevo entendimiento era todavía demasiado único, demasiado crudo. Cualquier obstáculo que obligase al silencio sería insoportable. La quería para mí.

Sólo le tomó un minuto encontrar una opción aceptable. Cortó un cuadrado de cazuela y lo calentó en el microondas. Podía oler orégano, cebollas, ajo y salsa de tomate. Algo italiano. Ella miró fijamente el plato mientras giraba.

Quizás aprendería a cocinar comida. No poder apreciar los sabores de la misma manera que lo hace un ser humano definitivamente sería un obstáculo, pero parecía haber bastante matemática en el proceso y estaba seguro de que podría aprender a reconocer los olores correctos.

Porque, de repente, me sentí seguro de que esta era sólo la primera de nuestras noches tranquilas en lugar de un evento singular. Tendríamos años de esto. Ella y yo juntos, disfrutando de la compañía del otro. Tantas horas... la luz dentro de mí parecía extenderse y crecer, y pensé de nuevo que podría romperme.

—¿Con qué frecuencia? —preguntó Bella sin mirarme.

Mis pensamientos estaban tan atrapados en esta tremenda imagen del futuro que no la entendí de inmediato.

—¿Ah?

Ella todavía no se volvió.

—¿Con qué frecuencia viniste aquí?

Correcto. Es hora de tener coraje. Es hora de ser honesto, sin importar las consecuencias. Aunque después del día que había tenido, estaba bastante seguro de que eventualmente me perdonaría. Esperaba.

—Vengo aquí casi todas las noches.

Se giró para mirarme con ojos sorprendidos.

—¿Por qué?

Honestidad.

—Eres interesante cuando duermes. Hablas.

—¡No! —jadeó. La sangre le inundó las mejillas y no se detuvo allí, coloreó incluso su frente. La habitación se volvió infinitamente más cálida cuando su rubor calentó el aire a su alrededor. Se apoyó contra el mostrador detrás de ella, agarrándolo con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. El shock fue la única emoción que pude ver en su expresión, pero estaba seguro de que otros vendrían pronto.

—¿Estás muy enojada conmigo?

—¡Eso depende! —soltó sin aliento.

¿Eso depende? Me preguntaba qué podría mitigar mi crimen. ¿Qué podría hacerlo menos o más horrible? Me disgustó la idea de que se reservara el juicio hasta que supiera exactamente cuán fuera de juego había sido mi acecho. ¿Se imaginaba que yo era tan depravado como cualquier mirón? ¿Qué le había leído desde las sombras, esperando que ella se expusiera? Si mi estómago pudiera girar, lo habría hecho.

¿Me creería si tratara de explicar mi tormento por haberme separado de ella? ¿Alguien podría creer el tipo de catástrofes que había imaginado, pensando que ella podría no estar a salvo? Todos habían sido tan inverosímiles. Y sin embargo, sí me separara de ella ahora, sabía que los mismos peligros imposibles comenzarían a acosarme de nuevo.

Pasaron largos segundos, el microondas gritó su anuncio de que su trabajo estaba hecho, pero Bella no volvió a hablar.

—¿De qué? —le pedí.

Bella gimió las palabras.

—¡Lo que hayas oído!

Sentí una oleada de alivio porque ella no me creía capaz de una vigilancia más vil. ¿Su única preocupación era la vergüenza por lo que podría haberle oído decir? Bueno, en ese asunto podría consolarla. No tenía nada de qué avergonzarse. Salté y me apresuré a tomar sus manos. Una parte de mí estaba encantado con el hecho de que podía hacer esto tan fácilmente.

—¡No te molestes!—supliqué. Sus ojos estaban abatidos. Me incliné para que nuestros rostros estuvieran al mismo nivel y esperé hasta que ella me miró a los ojos—. Extrañas a tu madre. Te preocupas por ella. Y cuando llueve—murmuré—. El sonido te inquieta. Solías hablar mucho de tu hogar, pero ahora es menos frecuente. Una vez dijiste: “Todo es demasiado verde”.

Me reí en voz baja, tratando de arrancarle una sonrisa. Seguramente podía ver que no había necesidad de mortificarse.

—¿Algo más? —preguntó, levantando una ceja. La forma en que medio apartó la cara, sus ojos moviéndose hacia abajo y luego volviendo a subir, me ayudó a darme cuenta de lo que le preocupaba.

—Dijiste mi nombre —admití.

Ella inhaló y luego dejó escapar un largo suspiro.

—¿Mucho?

—¿A qué te refieres exactamente con “mucho”?

Sus ojos cayeron al suelo.

—¡Oh, no!

Extendí la mano y envolví mis brazos con cuidado alrededor de sus hombros. Se inclinó sobre mi pecho, todavía ocultando su rostro.

¿Pensaría que alguna vez me había alegrado mucho de escuchar mi nombre en sus labios? Era uno de mis sonidos favoritos, junto con el sonido de su respiración, el sonido de su corazón...

Le susurré mi respuesta al oído.

—No te acomplexes. Si pudiera soñar, soñaría contigo. Y no me avergüenzo de ello.

¡Cómo hubiera deseado una vez poder soñar con ella! ¡Cómo me había dolido eso! Y ahora, la realidad era mejor que los sueños. No quisiera perderme ni un segundo por ningún tipo de inconsciencia.

Su cuerpo se relajó. Un sonido feliz, casi un zumbido o un ronroneo, suspiró fuera de ella.

¿Podría ser esto realmente? ¿No iba a recibir ningún castigo por mi comportamiento indignante? Esto se sintió más como una recompensa. Sabía que le debía una penitencia más profunda.



Me di cuenta de otro sonido más allá de su corazón palpitando en mis brazos. Un auto se acercaba y los pensamientos del conductor eran muy silenciosos. Cansado después de un día completo. Esperando la promesa de comida y comodidad que ofrecían las cálidas luces de las ventanas. Pero no podía estar completamente seguro de que eso fuera lo que estaba pensando.

No quería moverme de dónde estaba. Presioné mi mejilla contra el cabello de Bella y esperé hasta que ella también escuchara el auto de su padre. Su cuerpo se puso rígido.

—¿Tu padre debería saber que estoy aquí?

Ella vaciló.

—No estoy segura...

Rocé mis labios rápidamente contra su cabello y luego la solté con un suspiro.

—En otro momento entonces...

Salí de la habitación y corrí escaleras arriba hacia la oscuridad del pequeño pasillo entre los dormitorios. Había estado aquí una vez antes, buscando una manta para Bella.

—¡Edward! —llamó en un susurro escénico desde la cocina.

Me reí lo suficientemente fuerte para que ella supiera que estaba cerca.

Su padre pisoteó hasta la puerta principal, raspando cada una de sus botas dos veces contra la alfombra. Metió la llave en la cerradura y luego gruñó cuando la manija giró con la llave, ya abierta.

—¿Bella? —gritó mientras abría la puerta. Sus pensamientos registraron el olor de la comida en el microondas y su estómago gruñó.

Me di cuenta de que Bella, también, todavía no había comido. Supuse que era una suerte que su padre nos hubiera interrumpido. La mataría de hambre a este ritmo.

Pero una pequeña parte de mí estaba un poco... melancólica. Cuando le pregunté si quería que su padre supiera que yo estaba aquí, que estábamos juntos, esperaba que la respuesta fuera diferente. Por supuesto, ella tenía mucho que considerar antes de presentarme a él. O tal vez nunca quisiera que él supiera que tenía a alguien como yo enamorado de ella, y eso era perfectamente justo. Más que justo.

Y realmente, habría sido un inconveniente conocer a su padre oficialmente con mi estado actual de vestiduras. O desvestiduras. Supuse que debería estar agradecido por su reticencia.

—Aquí —Bella llamó a su padre. Escuché su suave gruñido de reconocimiento mientras cerraba la puerta y luego sus botas pisando fuerte hacia la cocina.

—¿Me puedes dar algo de eso?—preguntó Charlie—. Estoy agotado.

Era fácil entender los sonidos de Bella moviéndose por la cocina mientras Charlie se acomodaba, incluso sin un conjunto de pensamientos más conveniente para vigilar. Masticando, Bella finalmente estaba comiendo algo. El refrigerador se abría y se cerraba. El microondas zumbando. Líquido, demasiado espeso para el agua, supongo que leche, vertido en vasos. Un plato colocado suavemente sobre la mesa de madera. Las patas de la silla rasparon contra el suelo cuando Bella se sentó.

—Gracias —dijo Charlie y luego ambos estuvieron masticando durante un largo rato.

Bella rompió el agradable silencio.

—¿Qué tal tu día? —Sus inflexiones sonaban como si su mente estuviera en otra parte. Sonreí.

—Bien, los peces estaban mordiendo... ¿Y tú? ¿Hiciste todo lo que querías?

—En realidad no, era un día demasiado agradable para estar adentro —su respuesta casual no fue tan relajada como la de él. No era natural ocultarle cosas a su padre.

—Fue un buen día —estuvo de acuerdo, sonando ajeno al tono de su voz.

Una silla se movió de nuevo.

—¿Apurada? —preguntó Charlie.

Bella tragó con fuerza.

—Sí, estoy cansada. Me voy a acostar temprano.

Sus pasos se movieron hacia el fregadero y el agua comenzó a correr.

—Pareces nerviosa —continuó Charlie. No tan inconsciente como pensaba. No me perdería estas cosas si sus pensamientos no fueran tan difíciles de encontrar. Traté de encontrarles sentido. Los ojos de Bella destellaron hacia el pasillo. El color repentinamente más brillante en sus mejillas. Esto parecía ser todo de lo que estaba consciente. Luego, una repentina confusión de imágenes, nebulosa y sin contexto. Un Impala amarillo mostaza de 1971. El gimnasio de la Secundaria de Forks, decorado con papel crepé. Un columpio en el porche y una chica con pasadores de color verde brillante en su cabello pálido. Dos asientos de vinilo rojo en una barra de cromo brillante en un restaurante de mal gusto. Una chica con rizos largos y oscuros, caminando por una playa bajo la luna.

—¿Yo? —Bella preguntó con fingida inocencia. El agua corría por el fregadero y podía oír el sonido de las cerdas contra la melanina.

Charlie seguía pensando en la luna.

—Es sábado —anunció al azar.

Bella no parecía saber cómo responder. Yo tampoco estaba seguro de a dónde iba con esto.

Finalmente, continuó.

—¿No tienes planes para esta noche?

Pensé que ahora entendía las imágenes. ¿Sábados por la noche de su juventud? Tal vez.

—No, papá, sólo quiero dormir un poco —parecía cualquier cosa menos cansada.

Charlie lo olió al instante.

—Ninguno de los chicos de la ciudad es tu tipo, ¿eh?

¿Le preocupaba que ella no estuviera teniendo una experiencia adolescente normal? ¿Qué se estaba perdiendo? Por un segundo sentí una profunda punzada de duda. ¿Debería preocuparme por lo mismo? ¿De qué la estaba privando?

Pero entonces la *seguridad* y la sensación de estar en el prado me inundaron. Pertenecíamos juntos.

—No, ninguno de los chicos me ha llamado la atención todavía —el tono de Bella era un poco condescendiente.

—Pensé que tal vez Mike Newton... dijiste que era agradable.

No esperaba eso. Una afilada espada de ira se retorció en mi pecho. No ira, reconocí. Celos. No estaba seguro de si alguna vez me había disgustado alguien tanto como ese chico insignificante y sin sentido.

—Es sólo un amigo, papá.

No sabría decir si Charlie estaba molesto por su respuesta o aliviado por ella. Quizás una mezcla de ambos.

—Bueno, eres demasiado buena para todos ellos, de todos modos—dijo—. Espera a que llegues a la universidad para empezar a buscar.

—Me parece una buena idea —asintió Bella rápidamente. Dobló la esquina y empezó a subir las escaleras. Sus pasos eran lentos, probablemente para enfatizar su afirmación de que tenía sueño, y tuve mucho tiempo para adelantarla hasta su habitación. Por si acaso Charlie la seguía. Difícilmente estaría de acuerdo con sus deseos que él me encontrara aquí, a medio vestir, escuchando a escondidas.

—Buenas noches, cariño —le dijo Charlie.

—Nos vemos en la mañana, papá —respondió con una voz que trató de sonar cansada pero falló gravemente.

Se sentía mal sentarse en la mecedora como de costumbre, invisible en el rincón oscuro. Había sido un escondite cuando no quería que ella supiera que estaba aquí. Cuando estaba siendo engañoso.

Me recosté sobre su cama, el lugar más obvio de la habitación, donde no podía haber indicios de tratar de disfrazar mi presencia.

Sabía que su olor me tragaría aquí. El olor a detergente era lo suficientemente fresco como para sugerir que había lavado las sábanas recientemente, pero no dominaba su propia fragancia. Por abrumador que fuera, también era dolorosamente placentero estar rodeado de una manera tan aguda por la evidencia de su existencia.

Tan pronto como entró en la habitación, Bella dejó de arrastrar los pies. Cerró la puerta de golpe detrás de ella, luego corrió de puntillas hacia la ventana. Pasando junto a mí sin mirarme. Abrió la ventana de un empujón y se inclinó hacia afuera, mirando hacia la noche.

—¿Edward? —susurró.

Supongo que mi lugar de descanso no era tan obvio después de todo. Me reí en voz baja por mi intento fallido de ser franco, luego le respondí.

—¿Sí?

Giró tan rápido que casi perdió el equilibrio. Con una mano, se agarró al alféizar de la ventana para mantener la estabilidad. Su otra mano se aferró a su garganta.

—Ah —se atragantó. Casi en cámara lenta, se deslizó por la pared detrás de ella hasta que estuvo sentada en el piso de madera.

Una vez más, parecía que todo lo que hacía estaba mal. Al menos esta vez fue más divertido que aterrador.

—Lo siento.

Ella asintió.

—Sólo dame un minuto para reiniciar mi corazón —en realidad, su corazón latía con fuerza por la conmoción que le acababa de dar.

Me senté, todos mis movimientos deliberados y lentos. Moviéndome como un humano. Ella miró, sus ojos clavados en cada movimiento, una sonrisa comenzaba a formarse en las comisuras de sus labios.

Ver sus labios me hizo sentir que estaba demasiado lejos. Me incliné hacia ella y la levanté con cuidado, mis manos rodearon la parte superior de sus brazos, luego la dejé a mi lado, a sólo una pulgada de espacio entre nosotros. Mucho mejor.

Puse mi mano sobre la suya, dándole la bienvenida al ardor de su piel con algo parecido al alivio.

—¿Por qué no te sientas conmigo?

Sonrió.

—¿Cómo está el corazón? —pregunté, aunque latía con tanta fuerza que podía sentir las sutiles vibraciones bailando en el aire a su alrededor.

—Dímelo tú—respondió—. Estoy segura de que lo oyes mejor que yo.

Preciso. Me reí suavemente mientras su sonrisa se ensanchaba.

El clima agradable aún no había terminado; las nubes se abrieron y un brillo plateado de luz de luna tocó su piel, haciéndola lucir como algo completamente celestial. Me pregunté cómo me vería para ella. Sus ojos parecían llenos de asombro, tanto como los míos debían estarlo.

Debajo de nosotros, la puerta principal se abrió y se cerró. No había otros pensamientos cerca de la casa además del relato ahogado de Charlie. Me pregunté adónde iba. No muy lejos... Hubo un crujido de metal, un ruido metálico sordo. Algo casi como un esquema pasó por su cabeza.

¡Ah! Su camioneta. Me sorprendió un poco que Charlie estuviera llegando a este extremo para frenar lo que pensaba que Bella estaba haciendo.

Estaba a punto de mencionar el extraño comportamiento de Charlie cuando su expresión cambió de repente. Sus ojos se deslizaron hacia la puerta del dormitorio y luego de nuevo a mí.

—¿Puedo tener un minuto para ser humana? —preguntó.

—Ciertamente —respondí de inmediato, divertido por su fraseo.

De repente, bajó las cejas y frunció el ceño.

—No te muevas —ordenó en un tono severo.

Fue la demanda más fácil que alguien me había hecho. Nada de lo que pudiera imaginar me obligaría a dejar esta habitación ahora.

Hice mi voz seria para igualar la de ella.

—Sí, señora —me enderecé y de manera visible bloqueé todos mis músculos en su lugar. Ella sonrió complacida.

Tardó un minuto en recoger sus cosas y luego salió de la habitación. No hizo ningún intento por ocultar el sonido de la puerta al cerrarse. Otra puerta golpeó con más fuerza. El cuarto de baño. Supuse que parte de esto era convencer a Charlie de que no estaba tramando nada nefasto. Era poco probable que pudiera imaginarse qué estaba haciendo exactamente ella. Pero fue un esfuerzo en vano. Charlie volvió a entrar un momento después. El sonido de la ducha corriendo arriba parecía confundirlo, pensé.

Mientras esperaba a Bella, finalmente aproveché la oportunidad para examinar su pequeña colección de medios al lado de la cama. No hubo muchas sorpresas, después de todos mis interrogatorios. Encontré sólo un libro de tapa dura en su biblioteca, demasiado nuevo para estar todavía desgastado. Era su copia de *Diente y Garra*, uno de sus favoritos que nunca había leído. Todavía no me había tomado el tiempo para ponerme al día con esta falta, había estado demasiado ocupado siguiendo a Bella como un guardaespaldas demente. Abrí la novela ahora y comencé.

Mientras leía, me di cuenta de que Bella estaba tardando más de lo habitual. Como siempre, la ansiedad constante de que por fin viera algo en mí para evitar asomó rápidamente la cabeza. Intenté ignorarlo. Podría haber un millón de razones

por las que Bella se entretuvo. En cambio, me concentré en el libro. Pude ver por qué era uno de sus favoritos: era extraño y encantador. Por supuesto, cualquier historia de amor triunfante encajaría hoy con mi humor.

Se abrió la puerta del baño. Reemplacé el libro, anotando el número de página, 166, para poder volver a él más tarde y asumí mi pose de estatua de antes. Pero me decepcionó; en lugar de regresar, bajó las escaleras arrastrando los pies. Sus pasos se detuvieron en el escalón inferior.

—Buenas noches, papá —gritó.

Los pensamientos de Charlie se sentían un poco confusos, pero no pude distinguir nada más.

—Buenas noches, Bella —murmuró en respuesta.

Y luego se apresuró a subir las escaleras, saltando pasos con aparente prisa. Abrió la puerta de golpe, sus ojos me buscaban en la oscuridad antes de estar dentro, y luego la cerró firmemente detrás de ella. Cuando me encontró exactamente como esperaba, una amplia sonrisa se extendió por su rostro.

Rompí mi perfecta quietud para devolverle la sonrisa.

Dudó por un segundo, sus ojos destellaron hacia su pijama gastado y luego se cruzó de brazos en una postura casi de disculpa.

Pensé que quizás había entendido el retraso anterior. No es un miedo a los monstruos, sino un miedo más común. Timidez. Podía imaginar fácilmente cómo, lejos del sol y la magia del prado, podría sentirse insegura. Yo también estaba en un terreno desconocido.

Recurrí a los viejos hábitos, tratando de sacarla de su inseguridad. Evalué su nuevo conjunto con una sonrisa y comenté—: Bonito.

Ella frunció el ceño, pero sus hombros se relajaron.

—No—insistí—. Te sienta bien.

Quizás un descriptor demasiado casual. Con su cabello mojado enrollado en largos nudos de algas alrededor de sus hombros y su rostro brillando a la luz de la luna, se veía más que bien. El castellano necesitaba una palabra que significara algo a medio camino entre una diosa y una náyade.

—Gracias —murmuró y, luego, vino a sentarse a mi lado, tan cerca como antes. Esta vez se sentó con las piernas cruzadas. Su rodilla tocó mi pierna, un brillante punto de calor.

Hice un gesto hacia la puerta y luego hacia la habitación debajo de nosotros, donde los pensamientos de su padre todavía estaban enredados.

—¿Para qué fue todo eso? —pregunté.

Ella sonrió con una pequeña sonrisa de suficiencia.

—Charlie cree que me voy a escapar.

—Ah—me pregunté hasta qué punto mi lectura de la noche con su padre coincidía con la suya— ¿Por qué?

Abrió los ojos aún más, fingiendo inocencia.

—Aparentemente, me veo un poco acalorada.

Jugando con su broma, coloqué mi mano debajo de su barbilla y gentilmente levanté su rostro hacia la luz de la luna como para examinarlo mejor. Sin embargo, tocar su rostro me quitó todas las bromas de la cabeza.

—De hecho, pareces bastante sofocada —murmuré y, sin detenerme a pensar en todas las posibles consecuencias, me incliné y presioné mi mejilla contra la de ella. Mis ojos se cerraron por su propia voluntad.

Aspiré su aroma. Su piel resplandecía exquisitamente contra la mía.

Su voz era ronca cuando habló.

—Parece ser... —perdió la voz por un momento, luego se aclaró la garganta y continuó—. Mucho más fácil para ti ahora. Estar cerca de mí.

—¿Eso te parece?

Pensé en esta suposición mientras dejaba que mi nariz rozara el borde de su mandíbula. El dolor físico en mi garganta nunca se había aliviado en lo más mínimo, aunque no hizo nada para quitarme el placer de tocarla. Mientras partes de mi mente estaban perdidas en el milagro del momento, otras partes nunca habían dejado de calibrar las acciones de cada músculo, monitoreando cada reacción corporal. De hecho, ocupó bastante de mi capacidad mental, pero claro, una mente inmortal tenía mucho espacio de sobra. Esto tampoco dañó el momento.

Levanté su cortina de cabello húmedo y luego presioné mis labios ligeramente contra la piel increíblemente suave, justo debajo de su oreja.

Ella tomó una respiración temblorosa.

—Mucho, mucho más fácil.

—Ummm —fue mi único comentario. Estaba muy hipnotizado en la exploración de su garganta iluminada por la luna.

—Por eso me preguntaba —comenzó, pero luego se quedó en silencio cuando mis dedos trazaron la frágil línea de su clavícula. Ella tomó otra respiración inestable.

—¿Sí? —alenté, hundiendo las yemas de mis dedos en el hueco sobre el hueso.

Su voz era más aguda y temblorosa cuando preguntó—: ¿Por qué será?

Me reí.

—El triunfo de la mente sobre la materia.

Se apartó de mí y me quedé helado, en guardia de inmediato. ¿Había cruzado una línea? ¿Ha sido inapropiado? Me miró fijamente, pareciendo tan sorprendida como yo. Esperé a que dijera algo, pero sólo me miró con ojos profundos como el océano. Mientras tanto, su corazón latía tan rápido que sonaba como si acabara de correr un maratón. O estaba muy asustada.

—¿Hice algo mal? —pregunté.

—No, lo contrario—sus labios se curvaron en una sonrisa—. Me estás volviendo loca.

Un poco sorprendido, sólo pude preguntar—: ¿En serio?

Su corazón todavía latía lejos... no de miedo, sino de deseo. Saber esto ahora envió el pulso eléctrico en mi propio cuerpo a toda marcha.

Mi sonrisa de respuesta probablemente fue demasiado amplia.

Su sonrisa creció hasta igualar la mía.

—¿Te gustaría una ronda de aplausos?

¿Pensaba ella que estaba tan seguro de mí mismo? ¿No podía adivinar cuán completamente fuera de mí timonera estaba todo esto? Hubo muchas cosas en las que sobresalí, la mayoría debido a mis habilidades extrahumanas. Sabía cuándo podría tener confianza. Este no era ninguno de esos momentos.

—Sólo estoy... gratamente sorprendido. En los últimos cien años, más o menos—hice una pausa y casi me reí de su reacción algo engreída antes de continuar; amaba mi honestidad—. Nunca imaginé algo como esto—ni de cerca—. No creí que alguna vez encontraría a alguien con quien quisiera estar de una manera distinta a la que estoy con mis hermanos y hermanas—quizás el romance siempre le

parece algo un poco tonto a todos hasta que uno realmente cae en él—. Y entonces descubro, que estar contigo se me da bien, aunque todo sea nuevo para mí...

Rara vez me fallaban las palabras, pero esta era una emoción que nunca había experimentado, para la que no tenía nombre.

—Tú eres buena en todo —dijo, su tono implicaba que esto era tan obvio que no debería haber tenido que decirlo en voz alta.

Me encogí de hombros en señal de aceptación fingida y luego me reí en voz baja con ella, sobre todo con alegría y asombro.

Su risa se desvaneció y un indicio de la línea de preocupación apareció entre sus cejas.

—¿Pero, cómo puede ser tan fácil ahora? Esta tarde...

Aunque estábamos más sincronizados que nunca, tenía que recordar que su tarde en el prado y mi tarde en el prado habían sido experiencias muy diferentes. ¿Cómo podía empezar a comprender el tipo de cambios por los que había pasado en esas horas que estuvimos juntos bajo el sol? A pesar de la nueva intimidad, sabía que nunca le explicaría exactamente cómo había llegado a este punto. Ella nunca sabría lo que me había permitido imaginar.

Suspiré, eligiendo mis palabras. Quería que ella entendiera todo lo que pudiera compartir.

—No es fácil—nunca sería fácil. Siempre sería doloroso. Nada de eso importaba. Que fuera *posible* era todo lo que pediría—. Pero esta tarde, todavía estaba... indeciso—. ¿Era esa la mejor palabra para describir mi repentino ataque de violencia? No pude pensar en otra—. Lo siento por eso. Fue imperdonable para mí comportarme así.

Su sonrisa se volvió benevolente.

—No es imperdonable.

—Gracias—murmuré antes de volver a la tarea de explicar—. Verás... no estaba seguro de si sería lo suficientemente fuerte, y...—tomé una de sus manos y la sostuve contra mi piel, brasas humeantes contra el hielo. Fue un gesto instintivo, y me sorprendió descubrir que de alguna manera me facilitaba el hablar—. Estuve susceptible mientras existía la posibilidad de que me hubiera...—inhale su aroma desde el punto más fragante dentro de su muñeca, deleitándome con el dolor ardiente—...sobrepasado. Hasta que decidí que mi mente era lo suficientemente fuerte, que no había posibilidad alguna de que... que alguna vez pudiera...

Mi oración se apagó, sin terminar, cuando finalmente encontré su mirada. Tomé sus manos entre las mías.

—¿Así que ahora no existe esa posibilidad?

No podría decir si lo decía en serio como una declaración o una pregunta. Si era una pregunta, parecía muy segura de la respuesta. Y quería cantar con alegría que tenía razón.

—La mente sobre la materia —dije de nuevo.

—Vaya, eso fue fácil —se reía de nuevo.

Yo también me reí, cayendo sin esfuerzo en su estado de ánimo exuberante.

—¡Fácil para ti! —bromeé. Liberé una de mis manos para tocar la punta de su nariz con mi dedo índice.

De repente, la jocosidad se perdió, de alguna manera abrasiva. Todas mis ansiedades se arremolinaban en mi cabeza como un remolino. Mi humor se desvaneció y me encontré ahogando otra advertencia.

—Lo estoy intentando. Si llega a ser demasiado, estoy bastante seguro de que podré irme—el ceño fruncido que cruzó su rostro mostró una inesperada nota de indignación. Pero no había terminado de advertirle—. Mañana será más difícil. He tenido tu olor en mi cabeza todo el día y me he vuelto increíblemente insensible. Si estoy lejos de ti por un período de tiempo, tendré que empezar de nuevo. Sin embargo, creo que no desde cero.

Se inclinó hacia mi pecho y luego se balanceó hacia atrás de nuevo, como si se estuviera refrenando. Me recordó cómo había doblado la barbilla antes. *Sin exponer la garganta.*

—No te vayas, entonces.

Respiré para estabilizarme, un aliento ardiente y tranquilizador, y me obligué a dejar de entrar en pánico. ¿Podía entender que la invitación en sus palabras hablaba de mi mayor deseo?

Le sonreí, deseando poder mostrar una bondad similar en mi rostro. Fue tan fácil para ella.

—Eso me satisface. Trae los grilletes, soy tu prisionero.

Envolví mis manos alrededor de sus delicadas muñecas mientras hablaba, riéndome de la imagen en mi mente. Podrían unirme con hierro, acero o alguna aleación más fuerte aún por descubrir, y nada de eso me retendría de la forma en que una mirada de esta frágil chica humana podría hacerlo.

—Pareces más optimista que de costumbre. No te había visto así antes — señaló.

Optimista... una observación astuta. Mi viejo yo cínico parecía una persona completamente diferente.

Me incliné más cerca de ella, sus muñecas todavía estaban entrelazadas en mis manos.

—¿No se supone que debe ser así? La gloria del primer amor y todo eso. Es increíble, ¿no es así, la diferencia entre leer sobre algo, verlo en las fotos y experimentarlo?

Ella asintió pensativa.

—Muy diferente. Más... contundente de lo que había imaginado.

Contemplé la primera vez que realmente experimenté la diferencia entre emoción de primera y segunda mano.

—Por ejemplo: la emoción de los celos—le dije—. Lo he leído cientos de miles de veces, he visto a actores representarlo en miles de obras de teatro y películas diferentes. Creí entenderlo con bastante claridad. Pero me impactó... ¿Recuerdas el día en que Mike te invitó al baile?

—El día que empezaste a hablar conmigo de nuevo —dijo esto como una corrección, como si estuviera priorizando la parte incorrecta de la memoria.

Pero estaba perdido en lo que había sucedido justo antes de eso, reviviendo con un recuerdo perfecto la primera vez que sentí esa pasión específica.

—Me sorprendió—reflexioné—. El estallido de resentimiento, casi furia que sentí; no reconocí lo que era al principio. Estaba aún más molesto que de costumbre porque no podía saber qué estabas pensando, por qué lo rechazaste. ¿Fue simplemente por el bien de tu amigo? ¿Había alguien más? Sabía que no tenía derecho a preocuparme de ninguna manera. Traté de que no me importara—mi estado de ánimo cambió cuando la historia siguió su camino. Me reí una vez—. Entonces todo empezó a estar claro...



Como esperaba, su ceño en respuesta sólo me hizo querer reír de nuevo.

—Esperé, irrazonablemente ansioso por escuchar lo que les dirías, para ver tus expresiones. No pude negar el alivio que sentí al ver la molestia en tu rostro. Pero no podía estar seguro... Esa fue la primera noche que vine aquí.

Un lento rubor comenzó en sus mejillas, pero se inclinó más intensamente que avergonzada. La atmósfera se transformó una vez más y me encontré en medio de una confesión por centésima vez hoy. Susurré más suavemente ahora.

—Luché toda la noche mientras te veía dormir... con el abismo entre lo que sabía que era correcto, moral, ético y lo que quería. Sabía que si continuaba ignorándote como debería, o si me iba por unos años, hasta que te hubieras ido, algún día le dirías que sí a Mike o alguien como él. Eso me enfurecía.

Enojado, miserable, como si la vida estuviera agotando todo color y propósito. En lo que pareció un movimiento inconsciente, negué con la cabeza, negando esta visión de su futuro.

—Y luego, mientras dormías, dijiste mi nombre.

Mirando hacia atrás, parecía como si esos breves segundos fueran el punto de inflexión, la división. Aunque había dudado de mí mismo un millón de veces en el ínterin, una vez que la escuché llamarme, nunca tuve otra opción.

—Hablaste tan claramente—continué, mi voz sólo un suspiro—. Al principio pensé que te habías despertado. Pero te removiste inquieta y murmuraste mi nombre una vez más suspirando. La sensación que me recorrió entonces fue desconcertante, asombrosa. Y supe que no te podía ignorar más.

Su corazón latía más rápido.

—Pero los celos... es algo extraño. Mucho más poderoso de lo que hubiera pensado. ¡Es irracional! Justo ahora, cuando Charlie te preguntó sobre Mike Newton...

No terminé, recordando que probablemente no debería revelar exactamente cuán fuertes se habían vuelto mis sentimientos hacia el desventurado niño.

—Debería haber sabido que estarías escuchando —murmuró.

Realmente no era una opción no escuchar nada de lo que sucedía tan cerca.

—Por supuesto.

—Eso te hizo sentir celoso, ¿de verdad?

Su tono cambió de molestia a incredulidad.

—Soy nuevo en esto—le recordé—. Estás resucitando lo humano que hay en mí, y todo se siente más fuerte porque está fresco.

Inesperadamente, una pequeña sonrisa engreída frunció sus labios.

—Pero honestamente, para que eso te moleste, después de tener que escuchar de Rosalie... Rosalie, la encarnación de la pura belleza, estaba destinada a ti. Con Emmett o sin Emmett, ¿cómo puedo competir con eso?

Dijo las palabras como si estuviera jugando su carta de triunfo. Como si los celos fueran lo suficientemente racionales como para sopesar el atractivo físico de los terceros y luego sentirse en proporción directa.

—No hay competencia —le prometí.

Suave y lentamente, usé sus muñecas aprisionadas para acercarla más a mí, hasta que su cabeza descansó justo debajo de mi barbilla. Su mejilla chamuscó contra mi piel.

—Sé que no hay competencia. Ese es el problema —refunfuñó.

—Por supuesto que Rosalie es hermosa a su manera—no era como si pudiera negar la exquisitez de Rosalie, pero era algo antinatural, elevado, a veces más perturbador que atractivo—. Pero incluso si ella no fuese como una hermana para mí, incluso si Emmett no perteneciera a ella, nunca podría tener una décima, no, una centésima parte de la atracción que siento por ti. Durante casi noventa años he caminado entre los de mi especie y los tuyos... todo el tiempo pensando que estaba completo en mí mismo, sin darme cuenta de lo que estaba buscando, sin encontrar nada... porque tú aún no existías.

Sentí su aliento contra mi piel mientras susurraba su respuesta.

—No parece justo. Yo no he tenido que esperar nada en absoluto. ¿Por qué debería dejarte escapar tan fácilmente?

Nadie había sentido más simpatía por el diablo. Aún así, me preguntaba si podía contar sus propios sacrificios tan a la ligera.

—Tienes razón. Definitivamente debería hacer esto más difícil para ti —tomé sus dos muñecas en mi mano izquierda para que mi derecha estuviera libre, luego cepillé ligeramente a lo largo de su cabello goteando. Su textura, resbaladiza como esta, no estaba tan lejos de las algas que había imaginado antes. Torcí un mechón entre mis dedos mientras enumeraba sus decomisos.

—Sólo tienes que arriesgar tu vida cada segundo que pases conmigo, eso seguramente no es mucho. Sólo tienes que darle la espalda a la naturaleza, a la humanidad... ¿Merece la pena?

—Muy poco—respiró en mi piel—. No me siento privada de nada.

Quizás no fue sorprendente que el rostro de Rosalie parpadeara detrás de mis párpados. En las últimas siete décadas, ella me había enseñado mil aspectos diferentes de la humanidad para llorar.

—Aún no.

Algo en mi voz la hizo tirar de mi agarre, alejándose de mi pecho mientras trataba de ver mi rostro. Estaba a punto de liberarla cuando algo ajeno a nuestro intenso momento se entrometió.

Duda. Torpeza. Preocupación. Las palabras no fueron más claras de lo habitual y no hubo mucho tiempo para conjeturas.

—¿Qué? —comenzó, pero antes de que pudiera expresar su pregunta, yo estaba en movimiento. Se agarró al colchón mientras yo me lanzaba al rincón oscuro donde habitualmente pasaba las noches.

—Acuéstate —le susurré lo suficientemente fuerte como para que ella escuchara la urgencia en mi voz. Me sorprendió que no se hubiera dado cuenta de los pasos de Charlie subiendo las escaleras. Para ser justos, sonaba como si estuviera tratando de ser furtivo.

Reaccionó de inmediato, se zambulló debajo de la colcha y se hizo una bola. La mano de Charlie ya estaba girando el pomo. Cuando la puerta se abrió, Bella respiró hondo y luego exhaló lentamente. La moción fue exagerada, ligeramente teatral.

«Jum», fue la única reacción que pude leer de Charlie. Mientras Bella realizaba su siguiente respiración para dormir, Charlie abrió la puerta. Esperé hasta que se cerró la puerta de su propia habitación y escuché el crujido de los resortes del colchón antes de regresar con Bella.

Debió haber estado esperando que todo despejara, todavía acurrucada en una bola rígida, aún amplificando su respiración lenta y uniforme. Si Charlie realmente

la hubiera observado durante unos segundos, probablemente habría sabido que estaba fingiendo. Bella no era particularmente buena en el engaño.

Siguiendo estos extraños nuevos instintos, que aún no me habían llevado por mal camino, me dejé caer en la cama a su lado y luego me deslicé debajo de su edredón y puse mi brazo alrededor de ella.

—Eres una actriz terrible—le dije en tono de conversación, como si fuera una cosa perfectamente rutinaria para mí acostarme con ella de esta manera—. Yo diría que esa carrera no está a tu alcance.

Su corazón volvió a latir con fuerza, pero su voz era tan casual como la mía.

—Maldita sea.

Se acurrucó contra mí, más cerca que antes, luego se quedó quieta y suspiró de satisfacción. Me pregunté si se quedaría dormida así, en mis brazos. Parecía poco probable, dado el ritmo de su corazón, pero no volvió a hablar.

De forma espontánea, las notas de su canción vinieron a mi cabeza. Empecé a tararear casi automáticamente. La música parecía pertenecer aquí, en el lugar donde se había inspirado. Bella no hizo ningún comentario, pero su cuerpo se tensó, como si estuviera escuchando con atención.

Hice una pausa para preguntar—: ¿Debería cantarte para que te duermas?

Me sorprendió cuando se rió tranquilamente.

—¡Claro, cómo si pudiera dormir contigo aquí!

—Lo haces todo el tiempo.

Su tono se endureció.

—Pero no sabía que estabas aquí.

Me alegré de que todavía pareciera molesta por mis transgresiones. Sabía que merecía algún tipo de castigo, que ella debería hacerme responsable. Sin embargo, no se apartó de mí. No podía imaginar un castigo que tuviera algún peso mientras ella me permitía abrazarla.

—Bueno, si no quieres dormir... —comencé. ¿Era esto como la comida? ¿La estaba apartando egoístamente de algo vital? Pero, ¿cómo podría irme cuando ella quería que me quedara?

—Si no quiero dormir... ¿qué? —repitió ella.

—¿Entonces qué quieres hacer? —¿Me lo diría si estuviera exhausta? ¿O fingiría que estaba bien?

Tardó un buen rato en responder.

—No estoy segura —dijo finalmente y no pude evitar preguntarme qué opciones había atravesado en sus deliberaciones. Había sido muy atrevido al unirme a ella de esta manera, pero se sentía extrañamente natural. ¿Se sintió así para ella? ¿O simplemente era presuntuoso? ¿Hizo que ella, como yo, imaginara más? ¿Es eso lo que había pensado durante tanto tiempo?

—Dime cuando lo decidas —no haría ninguna sugerencia. La dejaría liderar.

Es más fácil decirlo que hacerlo. En su silencio, me encontré inclinándome más cerca de ella, dejando que mi rostro rozara a lo largo de su mandíbula, respirando tanto su aroma como su calidez. El fuego era una parte tan importante de mí ahora que era fácil notar otras cosas. Siempre había pensado en su olor con miedo y deseo. Pero había tantas capas en su belleza que no había podido apreciar antes.

—Pensé que te habías insensibilizado —murmuró.

Regresé a mi metáfora anterior para explicarlo.

—El hecho de que me resista a probar el vino no significa que no pueda apreciar el buqué. Tienes un olor muy floral, como a lavanda... y fresa—me reí una vez—. Se me hace agua la boca.

Ella tragó con fuerza y luego habló con una supuesta indiferencia.

—Sí, tengo un mal día siempre que no encuentro a alguien que me diga cuán apetitoso es mi aroma.

Me reí de nuevo y luego suspiré. Siempre me arrepentiría de esta parte de mi respuesta a ella, pero ya no era algo tan importante. Una pequeña espina, tan irrelevante ante la belleza de la rosa.

—He decidido lo que quiero hacer —anunció.

Esperé ansiosamente.

—Quiero saber más sobre ti.

Bueno, no es tan interesante para mí, pero ella podría tener lo que quisiera.

—Pregúntame lo que sea.

—¿Por qué lo haces?—respiró, más tranquila que antes—. Todavía no entiendo cómo puedes trabajar tan duro para resistirte a lo que... eres. Por favor, no lo malinterpretes, por supuesto que me alegro de que lo hagas. Simplemente no veo por qué tomarse la molestia en primer lugar.

Me alegré de que me preguntara esto. Era importante. Traté de encontrar la mejor manera de explicarlo, pero mis palabras fallaron en algunos lugares.

—Es una buena pregunta y no eres la primera en hacerla. Los demás, la mayoría de los de nuestra especie, están bastante contentos con nuestro destino, también se preguntan cómo vivimos. Pero verás, sólo porque nos han... repartido ciertas cartas... no significa que no podamos elegir elevarnos por encima, dominar las ataduras de un destino que ninguno de nosotros deseaba e intentar retener toda la esencia de humanidad que nos resulte posible.

¿Estaba claro? ¿Entendería ella lo que quise decir?

No hizo ningún comentario y no se movió.

—¿Te dormiste? —susurré tan bajo que no podría despertarla si ese fuera el caso.

—No —dijo rápidamente. Y no agregó nada más.

Era frustrante e hilarante lo mucho que nada había cambiado a pesar de que todo cambiaba. Siempre me volvería loco por sus pensamientos silenciosos.

—¿Eso es todo lo que te da curiosidad? —animé.

—No exactamente —no podía ver su cara, pero sabía que estaba sonriendo.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Por qué puedes leer mentes y por qué solo tú?—exigió—. Y Alice, por qué ve el futuro... ¿por qué sucede eso?

Ojalá tuviera una mejor respuesta. Me encogí de hombros y admití—: Realmente no lo sabemos. Carlisle tiene una teoría: cree que todos llevamos algo de nuestros rasgos humanos más fuertes con nosotros a la próxima vida, donde se intensifican, como nuestra mente y nuestros sentidos. Él piensa que debo haber sido ya muy sensible a los pensamientos de quienes me rodeaban. Y que Alice tenía algo de precognición, dondequiera que estuviera.

—¿Qué se trajo él a su próxima vida y los demás?

Esta fue una respuesta más fácil; lo había considerado muchas veces antes.

—Carlisle trajo su compasión. Esme trajo su habilidad de amar apasionadamente. Emmett trajo su fuerza, Rosalie—bueno, Rose había traído su

belleza. Pero esa parecía una respuesta poco discreta a la luz de nuestra discusión anterior. Si los celos de Bella eran tan dolorosos como los míos, no quería que tuviera una razón para volver a sentirlos—. Su... tenacidad. O podrías llamarlo testarudez.

Seguramente esto también era cierto. Me reí en voz baja, imaginando cómo debía haber sido como una niña humana.

—Jasper es muy interesante. Fue bastante carismático en su primera vida, capaz de influir en quienes lo rodeaban para que vieran las cosas a su manera. Ahora es capaz de manipular las emociones de quienes lo rodean: calmar una habitación llena de gente enojada, por ejemplo, o excitar a una multitud letárgica, por el contrario. Es un don muy sutil.

Se quedó callada de nuevo. No me sorprendió; fue mucho para procesar.

—Entonces, ¿dónde empezó todo?—preguntó al fin—. Quiero decir, Carlisle te cambió y luego alguien debió haberlo cambiado a él, y así sucesivamente...

Otra respuesta que fue sólo una conjetura.

—Bueno, ¿de dónde procedemos? ¿Evolución? ¿Creación? ¿No podríamos haber evolucionado de la misma manera que otras especies, depredadores y presas? O—... Aunque no siempre estuve de acuerdo con la fe inquebrantable de Carlisle, sus respuestas eran tan probables como cualquier otra. A veces, tal vez porque su mente era tan firme, se sentían más probables—. Si no crees que el universo surgió por su cuenta, lo cual es difícil para mí aceptar, ¿es tan difícil de creer que la misma fuerza que creó al delicado pez ángel y al tiburón, a la cría de foca y la orca, no podría haber creado a nuestras respectivas especies...?

—Déjame ver si entiendo—estaba tratando de sonar tan seria como antes, pero pude escuchar la broma venir—. Yo soy la cría de foca, ¿verdad?

—Exacto— estuve de acuerdo, y luego me reí. Cerré los ojos y presioné mis labios en la parte superior de su cabeza.

Ella se estremeció, cambió su peso. ¿Estaba incómoda? Me preparé para liberarla, pero se acomodó de nuevo, apretada contra mi pecho. Su respiración parecía un poco más profunda que antes. Su corazón se había relajado a un ritmo constante.

—¿Estás lista para dormir?—murmuré—. ¿O tienes más preguntas?

—Sólo un millón o dos.

—Tenemos mañana, y el día siguiente, y el siguiente...—había sido un pensamiento poderoso en la cocina, la idea de pasar muchas más tardes en su compañía. Ahora era más poderoso, acurrucado en la oscuridad. Si ella lo deseaba, en realidad había muy poco tiempo que necesitáramos para estar separados. Menos tiempo separados que juntos. ¿También sintió una alegría devastadora?

—¿Estás seguro de que no desaparecerás por la mañana? Después de todo, eres un mito —hizo su pregunta sin humor en absoluto. Parecía una preocupación seria.

—No te dejaré —le prometí. Se sintió como un voto, un pacto. Esperaba que pudiera oír eso.

—Una más, entonces, por esta noche...

Esperé su pregunta, pero no continuó. Estaba desconcertado cuando su corazón comenzó a moverse irregularmente de nuevo. El aire a mí alrededor se calentó con el pulso de su sangre.

—¿Qué es?

—No, olvídalo—dijo rápidamente—. Cambié de opinión.

—Bella, puedes preguntarme lo que quieras.

No dijo nada. No podía imaginar nada que ella tuviera miedo de preguntar en este momento. Su corazón se aceleró de nuevo y gemí en voz alta.

—Sigo pensando que será menos frustrante no escuchar tus pensamientos. Pero cada vez es peor.

—Me alegra que no puedas leer mis pensamientos—respondió de inmediato—. Ya es bastante malo que escuches a escondidas lo que digo cuando duermo.

Es extraño que esta fuera su única objeción a mi acecho, pero estaba demasiado ansioso por su pregunta perdida, la que hizo que su corazón se acelerara, como para preocuparme por eso ahora.

—¿Por favor? —supliqué.

Su cabello pasó de un lado a otro por mi pecho mientras negaba con la cabeza.

—Si no me lo dices, simplemente asumiré que es algo mucho peor de lo que es—esperé, pero ese farol no la conmovió. En verdad, no tenía ideas, ni triviales ni oscuras. Intenté rogar de nuevo— ¿Por favor?

—Bueno...—dudó, pero al menos estaba hablando. O no. Se hizo el silencio de nuevo.

—¿Sí? —Le pedí.

—Dijiste... que Rosalie y Emmett se casarán pronto...—se calló, dejándome desconcertado de nuevo por su línea de pensamiento. ¿Quería una invitación?—. ¿Ese... matrimonio... es lo mismo que para los humanos?

Incluso tan rápido como funcionaba mi cerebro, me tomó un segundo seguirlo. Debería haber sido más obvio. Necesitaba tener en cuenta que nueve de cada diez veces, al menos en mi experiencia con ella, cada vez que su corazón comenzaba a acelerarse, no tenía nada que ver con el miedo. Normalmente era atracción. ¿Y este hilo de pensamiento debería ser de alguna manera impactante cuando recientemente *me había subido* a su cama con ella?

Me reí de mi propia torpeza.

—¿Es a eso a lo que te refieres?

Mi pregunta sonaba ligera, pero no pude evitar responder al tema en cuestión. La electricidad me recorrió el cuerpo y tuve que resistir el impulso de reposicionarme para que mis labios pudieran encontrar los suyos. Esa no era la respuesta correcta. No puede ser. Porque había una segunda pregunta obvia después de la primera.

—Sí, supongo que es muy parecido—respondí—. Te lo dije, la mayoría de esos deseos humanos están ahí, simplemente escondidos detrás de deseos más poderosos.

—Ah.

Ella no continuó. Tal vez me equivoqué.

—¿Había un propósito detrás de tu curiosidad?

Suspiró.

—Bueno, me preguntaba... sobre sí tú y yo... algún día...

No, no me equivoqué. El dolor repentino se sintió como un peso presionando contra mi pecho ¡Cómo deseaba tener una respuesta diferente para darle!

—No creo que... eso...—evité la palabra *sexo* porque ella lo hizo—...sería posible para nosotros.

—¿Porque sería demasiado difícil para ti?—susurró—. ¿Si yo estuviera demasiado cerca?

Era difícil no imaginarlo... Me re-enfocé.

—Eso es ciertamente un problema—dije lentamente—. Pero eso no es en lo que estaba pensando. Es sólo que eres tan suave, tan frágil. Tengo que cuidar de mis acciones en cada momento que estemos juntos para no lastimarte. Podría matarte con bastante facilidad, Bella, simplemente por accidente—extendí la mano con cuidado para poner mi mano sobre su mejilla—, si me apresurara demasiado... si por un segundo no prestaba suficiente atención, podría extender la mano, queriendo tocar tu cara y aplastar tu cráneo por error. No te das cuenta de lo increíblemente frágil que eres. Nunca, nunca puedo permitirme perder ningún tipo de control cuando estoy contigo.

Admitir este obstáculo me pareció menos vergonzoso que confesar mi sed. Después de todo, mi fuerza era simplemente parte de lo que era. Bueno, mi sed también lo era, pero la intensidad a su alrededor no era natural. Ese aspecto de mí mismo se sentía indefendible, vergonzoso. Incluso ahora que estaba bajo control, me mortificaba que existiera.

Pensó en mi respuesta durante mucho tiempo. Quizás mi redacción fue más aterradora de lo que pretendía. Pero, ¿cómo entendería ella si editaba demasiado la verdad?

—¿Tienes miedo? —pregunté.

Otra pausa.

—No—dijo lentamente—. Estoy bien.

Nos quedamos en silencio por otro momento pensativos. No me emocionó saber dónde iban mis pensamientos en su silencio. A pesar de que me había dicho tanto sobre su propio pasado que no encajaba... a pesar de que había presentado el tema con tanta timidez... no pude evitar preguntarme. Y sabía bastante bien a estas alturas que si ignoraba mi intrusiva curiosidad, solo comenzaría a supurar.

Traté de parecer indiferente.

—Sin embargo, ahora tengo curiosidad... ¿Tú nunca has...?

—Por supuesto que no—respondió de inmediato, no enojada, pero con incredulidad—. Te dije que nunca me había sentido así por nadie antes, ni siquiera cerca.

¿Pensó que no le había prestado atención?

—Lo sé—le aseguré—. Es sólo que conozco los pensamientos de otras personas. Sé que el amor y la lujuria no siempre van de la mano.

—Lo hacen por mí. Al menos ahora que ambos existen para mí.

Su uso del plural fue una especie de reconocimiento. Sabía que ella me amaba. El hecho de que ambos también codiciáramos definitivamente complicaría las cosas. Decidí responder a su siguiente pregunta antes de que pudiera hacerla.

—Eso es bueno. Tenemos esa única cosa en común, al menos.

Suspiró, pero sonó como un suspiro satisfecho.

—Tus instintos humanos—preguntó lentamente—. Bueno, ¿me encuentras atractiva en ese sentido?

Me reí con fuerza de eso. ¿Existía alguna manera en la que *no* la quisiera? Mente y alma y cuerpo, el *cuerpo* no menos meritorio que los demás. Estiré el cabello detrás de su cuello.

—Tal vez no sea humano, pero soy un hombre.

Bostezó y reprimí otra risa.

—He respondido a tus preguntas, ahora deberías dormir.

—No creo que pueda.

—¿Quieres que me vaya? —sugerí, aunque estaba enteramente reacio a hacerlo.

—¡No! —en su indignación, su respuesta fue mucho más fuerte que los suspiros que habíamos estado usando toda la noche; aún así, los ronquidos de Charlie ni siquiera se tartamudaron.

Me reí de nuevo y me apreté más a su lado. Con mis labios junto a su oreja, comencé a tararear de nuevo su canción, tan bajo que era un poco más que un suspiro.

Pude sentir la diferencia cuando cayó en la inconsciencia. Toda alteración escapó de sus músculos hasta que estuvieron sueltos y relajados. Su respiración se acompasó y sus manos se juntaron en su pecho, casi como si estuviera rezando.

No sentí ningún deseo de moverme. Nunca más, de hecho. Sabía que eventualmente ella comenzaría a removerse y tendría que salir de su camino para no despertarla, pero por ahora, nada podía ser más perfecto. Aún no estaba acostumbrado a esta alegría y no se sentía como algo a lo que una persona *podría* llegar a acostumbrarse. La abrazaría por todo el tiempo que fuera posible, y ahora, que no importaba lo que pasaría en el futuro, sólo por el haber tenido este día paradisíaco valía la pena cualquier dolor que viniera.

—Edward—susurró Bella entre sueños—. Edward... te amo.



# HOGAR

ME PREGUNTÉ SI ALGUNA VEZ PODRÍA PASAR OTRA NOCHE TAN FELIZ COMO ESTA. Lo dudé.

Mientras ella dormía, Bella me dijo una y otra vez que me amaba. Más allá de las propias palabras, el sonido de perfecta felicidad en su tono era todo lo que podría haber deseado jamás. La hacía realmente feliz. ¿No excusaba eso todo lo demás?

Eventualmente, muy temprano en la mañana, entró en un sueño más profundo. Sabía que no hablaría de nuevo. Luego de terminar su libro, uno de mis nuevos favoritos, también; pensé en su mayoría en el día que tenía por delante, de la visión de Alice, de Bella visitando a mi familia. Aunque lo vi claro en la cabeza de Alice, era duro de creer. ¿Bella querría eso? ¿Yo lo quería?

Consideré la justamente bien desarrollada amistad de Alice con Bella, de la cual Bella era completamente ignorante. Ahora que me sentía seguro sobre el futuro que estaba buscando, y de la poca probabilidad de que así pasara, si me sentí un poco *cruel* de mantener a Alice alejada de ella. ¿Qué pensaría Bella de Emmett? No aseguraría al ciento por ciento de que se comportaría. Encontraría hilarante el decir algo fuera de lugar o aterrador. Quizá si le prometía algo que él quería... ¿Una pelea de pulsos? ¿Un juego de fútbol? Tenía que haber un precio que aceptara. Ya había visto como Jasper mantendría su distancia, pero Alice se lo dijo, ¿o la visión era un contingente por alguna acción mía? Por supuesto, ya Bella había conocido a Carlisle, pero sería algo diferente ahora. Descubrí que la idea de Bella pasando tiempo con Carlisle me era atractiva. Él era el mejor de todos. Sólo podía hacerla pensar mucho mejor de nosotros el conocerlo mejor. Y luego, Esme estaría extasiada por conocer a Bella. El pensamiento del placer de Esme casi me hizo decidirme.

Realmente, sólo había un obstáculo.

Rosalie.

Me di cuenta que tenía que hacer un trabajo de preparación absoluto antes de si quiera pensar en llevar a Bella a casa. Y eso significaba tener que irme.

La miré, durmiendo profundamente. Me moví hacia el suelo a un lado de su cama cuando comenzó sus vueltas nocturnas. Me recosté contra el borde del colchón, una mano estirada sosteniendo un mechón de su cabello enrollado entre mis dedos. Suspiré y me solté. Tenía que hacerlo. Ella nunca sabría si me voy. Pero la extrañaría incluso por este breve interludio.

Me apresuré a casa, esperando culminar mi propósito a la brevedad posible.

Alice ya había hecho su parte, como siempre. La mayoría de las cosas que quería terminar eran sólo detalles. Alice sabía cuáles eran los más vitales, y por supuesto, Rosalie esperaba en la puerta de enfrente, sentada al tope de las escaleras, cuando corrí hacia la casa.

Alice no tuvo que detenerla demasiado. El rostro de Rosalie estaba un poco confundido cuando la vi por primera vez, como si no tuviese idea de por qué estaba esperando. Tan pronto como captó, me miró, su confusión se transformó en un gruñido.

«¡Oh, ahora qué?»

—Rose, por favor—la llamé—. ¿Podemos hablar?

«Debí haberme dado cuenta que Alice sólo te estaba ayudando».

—Y un poco a ella misma.

Rosalie se levantó, limpiándose los jeans.

—¿Rose, por favor?

«Está bien, bien. Di lo que tengas que decir».

Moví mi brazo en señal de invitación.

—¿Vienes a dar un paseo conmigo?

Arrugó los labios pero asintió. Lideré el camino alrededor de la casa, al borde del río oscuro como la noche. Al principio estuvimos en silencio mientras pasábamos por el norte de la orilla. No había más sonido que el correr del agua.

Fue por elección que escogí este camino. Esperaba que le recordara del día en el que había estado pensando antes, el día que había traído a casa a Emmett. La primera vez que habíamos encontrado un suelo común.

—¿Podemos acabar con esto? —se quejó.

Aunque sólo sonaba irritada, podía oír más en su cabeza. Estaba nerviosa. ¿Aún con miedo de que siguiera molesto por su apuesta? Un poco avergonzada, pensé.

—Quiero pedirte un favor—le dije—. Sé que no será fácil para ti.

Esta no era la dirección que ella había esperado. Aunque mi tono amable solo la enojó más.

«Quieres que sea buena con la humana», pensó.

—Sí. No tiene que gustarte, si no lo quieres. Pero ella es parte de mi vida y eso la hace parte de tu vida también. Sé que no pediste esto y no lo querías.

«No, así es», aceptó.

—Tú no pediste mi permiso para traer a Emmet a casa —le recordé.

Resopló abruptamente. «Eso es diferente».

—Ciertamente, más permanente.

Rosalie dejó de caminar y me detuve con ella. Ella me miró con sorpresa y suspicacia.

«¿Qué quieres decir con eso? ¿No estarás hablando de permanencia?»

Su mente estaba tan llena de estas preguntas que me tomó por sorpresa cuando habló de algo diferente.

—¿Te sentiste *lastimado* cuando escogí a Emmett? ¿Te hirió eso de alguna forma?

—Por supuesto que no, escogiste muy bien.

Resopló de nuevo, nada impresionada por mi adulación.

—¿Podrías darme la oportunidad de probarte que también yo lo hice?

Rosalie giró lejos de mí, derecha hacia el norte de nuevo, abriendo un camino entre el inmutable bosque.

«No puedo mirarla. Cuando la miro, no puedo verla como una persona. Solo veo un *desperdicio*».

En contra de mis intenciones, sentí resurgir mi ira. Contuve un gruñido y traté de componerme. Rosalie miró por encima de su hombro y observó el cambio en mi expresión. Se detuvo de nuevo, volteándose para encararme. Sus rasgos se suavizaron.

«Lo siento. No pretendía que eso sonara tan cruel. Es que no puedo... no puedo verla hacer esto».

—Ella tiene una oportunidad para *todo*, Edward—susurró Rosalie, todo su cuerpo estaba rígido con intensidad—. Una vida completa de posibilidades frente a ella y las va a desperdiciar *todas*. Todo lo que yo perdí. No puedo *soportar* verlo.

La miré temblando.

Rosalie me había estado molestando con sus celos extraños, los cuales, ciertamente tenían raíz en mi preferencia por Bella. Esa parte también era penosa. Pero esto era algo diferente, mucho más profundo. Sentí que la entendía ahora por primera vez desde que había salvado la vida de Bella.

Me estiré para poner cuidadosamente mi mano en su brazo, esperando que la sacudiera. Pero ella simplemente se quedó muy quieta.

—No voy a dejar que eso pase —prometí, igualando su intensidad.

Examinó mi rostro por un largo momento. Luego se imaginó a Bella en su mente. No era la representación exacta de la visión de Alice, era más una caricatura, realmente. Pero era claro a lo que se refería. La piel de Bella era blanca, sus ojos rojo brillante. La imagen fue sazonada con un pesado disgusto.

«¿Esta no es tu meta?»

Negué con la cabeza, igualmente disgustado.

—No. No, quiero que tenga *todo*. No le quitaré nada, Rose. ¿Me entiendes? No la lastimaré de esa manera.

Ahora también estaba indecisa. «Pero... ¿Cómo crees que eso pueda... funcionar?»

Me encogí de hombros, fingiendo una indiferencia que no sentía.

—¿Cuánto tiempo crees que baste hasta que se aburra de un chico de diecisiete años? ¿Crees que puedo mantenerla interesada hasta los veintitrés? ¿Quizás veinticinco? Eventualmente... ella seguirá adelante —traté de controlar mi rostro, de ocultar lo que me costaban esas palabras, pero ella vio a través de mí.

«Este es un juego peligroso al que estás jugando, Edward».

—Encontraré una manera de sobrevivir. Después de que ella se vaya... —Me estremecí y mi mano cayó a mi costado.

—Eso no es lo que quise decir —dijo. «Mira, no estás a la altura de mis estándares personales, pero no hay un hombre humano vivo que pueda compararse contigo y lo sabes».

Negué con la cabeza.

—Algún día querrá más de lo que puedo darle—había tanto que no podía darle—. Hubieras querido más, ¿no? ¿Si estuvieras en su posición y Emmett en la mía?

Rosalie tomó mi pregunta en serio, pensándola detenidamente. Se imaginó a Emmett tal como era ahora, su sonrisa fácil, sus manos extendidas hacia ella. Se vio a sí misma humana de nuevo, todavía hermosa pero menos notable, volviéndose hacia él. Luego se imaginó a su ser humano alejándose de él. Ninguna imagen pareció satisfacerla.

«Pero sé lo que perdí», pensó, con un tono moderado. «No creo que ella lo vea de esa manera».

—Voy a sonar como una octogenaria ahora—continuó en voz alta, con un leve indicio de frivolidad de repente en su voz—. Pero... conoces a los niños en estos días—. Sonrió débilmente—. Todo se trata del aquí y ahora, sin pensar en cinco años en el futuro, y mucho menos en cincuenta. ¿Qué harás cuando te pida que la cambies?

—Le diré por qué está mal. Le diré todo lo que perderá.

«¿Y cuándo ella suplique?»

Dudé, pensando en la visión de Alice de una Bella afligida, sus mejillas hundidas, su cuerpo acurrucado sobre sí mismo en agonía. ¿Y si mi presencia y no mi ausencia, fuera la razón por la que ella se sentía así? La imaginé llena de la amargura de Rosalie.

—Me negaré.

Rose escuchó el hierro en mi tono y pude ver que finalmente entendió mi resolución. Asintió para sí misma.

«Sigo pensando que es demasiado peligroso. No estoy segura de que seas tan fuerte».

Se dio la vuelta y comenzó a caminar lentamente de regreso a la casa. Seguí su ritmo.

—Tu vida no es lo que querías—comencé en voz baja—. Pero en los últimos setenta años más o menos, ¿dirías que ha tenido al menos cinco años de pura felicidad? —Destellos de las mejores partes de su vida, todas en torno a Emmett, pasaron por su cabeza, aunque pude ver que, obstinada como siempre, que no quería estar de acuerdo conmigo.

Sonreí a medias.

—¿Diez años, incluso?

Ella no me respondió.

—Déjame tener mis cinco años, Rosalie—susurré—. Sé que no puede durar. Déjame ser feliz mientras la felicidad sea posible. Sé parte de esa felicidad. Sé mi hermana, y si no puedes amar mi elección como yo amo la tuya, ¿puedes al menos fingir tolerarla?

Mis palabras, suaves y tranquilas, parecieron golpearla como ladrillos. Sus hombros estaban repentinamente rígidos, quebradizos.

«No estoy segura de lo que puedo hacer. Ver todo lo que quiero... fuera de mi alcance... Es demasiado doloroso».

Sería doloroso para ella, lo sabía. Pero también sabía que su arrepentimiento y dolor no igualarían ni una fracción de la angustia que me esperaba. La vida de Rosalie volvería a ser lo que era ahora. Emmett estaría allí todo el tiempo para consolarla. Pero yo... lo perdería todo.

—¿Lo intentarás? —Exigí, mi voz más severa que antes.

Su caminar se hizo más lento durante unos segundos y sus ojos estaban en sus pies. Finalmente, sus hombros se hundieron y asintió. «Puedo intentarlo».

—Hay una posibilidad... Alice vio a Bella venir a la casa por la mañana.

Sus ojos brillaron, enojados de nuevo. «Necesito más tiempo que eso».

Levanté las manos, plateando.

—Tómame el tiempo que necesites.

Me entristeció y me cansó ver que sus ojos volvían a sospechar. Quizás no era lo suficientemente fuerte. Pareció sentir el juicio en mi mirada. La apartó y de repente corrió hacia la casa. La dejé ir.

Mis otros recados no tomaron tanto tiempo ni fueron tan difíciles. Jasper accedió fácilmente a mi pedido. Mi madre estaba radiante de feliz anticipación. Lo que quería de Emmett ya no se aplicaba; estaba claro que estaría con Rosalie y ella estaría en algún lugar lejos de aquí.

Bueno, fue un comienzo. Al menos había conseguido que Rose prometiera intentarlo.

Incluso me tomé un segundo para ponerme ropa limpia. Aunque la camisa sin mangas que Alice me había dado hace mucho tiempo no me había provocado ninguna de las miserias que temía y me había traído algunos placeres que no había anticipado, todavía la encontraba extrañamente desagradable. Estaba más cómodo con mi ropa habitual.

Pasé junto a Alice al salir, apoyándome contra el pilar al borde de los escalones del porche, cerca de donde Rosalie había esperado antes. Su sonrisa era engreída.

«Todo parece perfecto para la visita de Bella. Tal como lo había imaginado».

Quería señalar que lo que veía ahora seguía siendo sólo una visión, cambiante como la primera, pero ¿para qué molestarse?

—No estás tomando en cuenta los deseos de Bella —le recordé.

Ella puso los ojos en blanco. «¿Cuándo Bella te ha dicho que no?»

Fue un punto interesante.

—Alice, yo...

Me interrumpió, ya sabiendo mi pregunta.

*Velo por ti mismo.*

Se imaginó los hilos entrelazados del futuro de Bella. Algunos eran sólidos, otros insustanciales, algunos desaparecían en la niebla. Ahora estaban más ordenados, ya no gruñían en el desordenado nudo. Fue un alivio que el futuro más espantoso hubiera desaparecido por completo. Pero allí, en el hilo más resistente, Bella de ojos rojo sangre y piel de diamante todavía ocupaba el lugar más prominente. La visión que estaba buscando era sólo una parte de las líneas más nebulosas, cintas en la periferia. Bella a los veinte, Bella a los veinticinco. Visiones de apariencia endeble, borrosas en los bordes.

Alice envolvió sus brazos alrededor de sus piernas. No necesitaba leer pensamientos o el futuro para ver la frustración en mis ojos.

—Eso nunca va a suceder.

«¿Cuándo le has dicho que no a Bella?»

La miré con el ceño fruncido mientras bajaba los escalones y luego estaba corriendo.

Sólo momentos después estaba en la habitación de Bella. Saqué a Alice de mi mente y dejé que la calma de su tranquilo sueño se apoderara de mí. Parecía como si no se hubiera movido en absoluto. Y, sin embargo, mi ausencia, aunque brevemente, había cambiado las cosas. Me sentí... inseguro de nuevo. En lugar de sentarme junto a su cama como antes, me encontré de nuevo en la vieja mecedora. No quería ser presuntuoso.

Charlie se levantó no mucho después de que yo regresara, antes de que los primeros indicios del amanecer hubieran comenzado a iluminar el cielo. Me sentí confiado, debido a sus patrones habituales y también a sus pensamientos turbios

pero alegres, de que iba a pescar de nuevo. Efectivamente, después de un vistazo rápido a la habitación de Bella y encontrarla dormida de manera más convincente que la noche anterior, bajó de puntillas las escaleras y comenzó a hurgar en su equipo de pesca debajo de las escaleras. Salió de la casa justo cuando las nubes del exterior adquirían una tenue luminosidad gris. Una vez más, escuché el crujido oxidado del capó de la camioneta de Bella. Corrí hacia la ventana para mirar.

Charlie apoyó el capó en el puntal y luego reemplazó los cables de la batería que había dejado colgando a los lados. No era un problema particularmente difícil de resolver, pero tal vez había asumido que Bella ni siquiera intentaría arreglar su camioneta en la oscuridad. Me preguntaba adónde había imaginado que ella querría ir.

Después de un breve momento de cargar barras y aparejos en la parte trasera de su patrulla de la policía, Charlie se alejó. Regresé a mi antiguo lugar y esperé a que Bella se despertara.

Más de una hora después, cuando el sol estaba completamente alto detrás del espeso manto de nubes, Bella finalmente se movió. Se pasó uno de los brazos por la cara, como para bloquear la luz, luego gimió en voz baja y se puso de costado, colocando la almohada en la parte superior de la cabeza.

De repente, jadeó—: ¡Oh! —y se tambaleó vertiginosamente hasta quedar sentada. Sus ojos lucharon por enfocarse, y era obvio que estaba buscando algo.

Nunca la había visto así, a primera hora de la mañana. Me pregunté si su cabello siempre se veía así, o si yo había sido responsable del extraordinario desorden.

—Tu cabello parece un pajar, pero me gusta —le informé, y sus ojos se fijaron en mi posición. El alivio saturó su expresión.

—¡Edward! ¡Te quedaste! —Incómoda por permanecer inmóvil durante tanto tiempo, luchó por ponerse de pie y luego cruzó la habitación directamente hacia mí, arrojándose a mis brazos. De repente, mis preocupaciones sobre la presunción se sintieron un poco tontas.

La atrapé fácilmente, sosteniéndola en mi regazo. Parecía sorprendida por su propia impulsividad, y me reí de su expresión de disculpa.

—Por supuesto —le dije.

Su corazón dio un vuelco, sonando confuso. Le había dado muy poco tiempo para adaptarse del sueño a la carrera. Le froté los hombros, esperando calmarla.

Dejó caer su cabeza contra mi hombro.

—Estaba segura de que era un sueño —susurró.

—No eres tan creativa —le bromeé. No recordaba haber soñado yo mismo, pero por lo que había escuchado en otros cerebros humanos, pensé que no era algo muy coherente o detallado.

De repente, Bella se enderezó. Dejé caer mis manos fuera del camino mientras ella se ponía de pie.

—¡Charlie! —se atragantó.

—Se fue hace una hora, después de volver a conectar los cables de la batería, debo agregar. Debo admitir que me decepcionó. ¿Es eso todo lo que se necesitaría para detenerte, si estuvieras decidida a irte?

Se balanceó indecisa desde los pies hasta los talones, sus ojos se movieron rápidamente de mi cara a la puerta y luego de vuelta. Pasaron unos segundos mientras ella parecía luchar con alguna decisión.

—Normalmente no estás tan desorientada por la mañana —dije, aunque en realidad no era algo que yo supiera. No la veía hasta que estuvo a punto de despertar. Pero esperaba que, como solía hacer cuando asumía algo, me contradeciría y luego me explicaría cualquier dilema que enfrentara. Extendí los brazos para hacerle saber que era bienvenida, muy bienvenida, para volver a mí si lo deseaba.

Se balanceó hacia mí de nuevo y luego frunció el ceño.

—Necesito otro minuto humano.

Por supuesto. Estaba seguro de que mejoraría en esto.

—Esperaré —le prometí. Me había pedido que me quedara y, hasta que me dijera que me fuera, la estaría esperando.

Esta vez no hubo mucha demora. Podía escuchar a Bella golpeando los gabinetes y cerrando puertas. Hoy tenía prisa. Escuché el cepillo rasgar su cabello y me hizo estremecer.

Pasó solo un momento hasta que ella se reunió conmigo. Dos puntos altos de color marcaban sus mejillas, y sus ojos estaban brillantes y ansiosos. Aun así, se movió con más cuidado cuando se acercó a mí esta vez, y se detuvo, insegura, cuando sus rodillas estaban a una pulgada de las mías. Parecía inconsciente del hecho de que se retorció las manos con cautela.

Sólo podía adivinar que se sentía tímida de nuevo, que sintió la misma inquietud después de estar separada que yo había sentido al regresar a su habitación esta mañana. Y, como estaba seguro, como también fue para mí, de que no había absolutamente ninguna necesidad de ello.

La tomé con cuidado en mis brazos. Se acurrucó voluntariamente contra mi pecho, sus piernas cubrieron las mías.

—Bienvenida de nuevo —murmuré.

Suspiró, contenta. Sus dedos recorrieron mi brazo derecho, lentamente buscando y luego volvieron a subir mientras yo me balanceaba perezosamente hacia adelante y hacia atrás, moviéndome al ritmo de su respiración.

Sus dedos vagaron por mi hombro, luego se detuvieron en mi cuello. Se echó hacia atrás y me miró a la cara con expresión consternada.

—¿Te *fuiste*?

Sonreí.

—No podía salir con la misma ropa con la que vine, ¿qué pensarían los vecinos?

La insatisfacción de Bella sólo se intensificó. No quería explicar los recados que tenía que hacer, así que dije que lo único que estaba absolutamente seguro de que la distraería.

—Estabas profundamente dormida, no me perdí nada. Empezaste a hablar en sueños muy pronto.

Como anticipé, Bella gimió.

—¿Qué escuchaste? —exigió.

Era imposible mantener mi humor jocoso.

Sentí como si mis entrañas se derritieran en una alegría líquida cuando le dije la verdad.

—Dijiste que me amabas.

Sus ojos cayeron y presionó su rostro contra mi hombro, escondiéndose.

—Eso ya lo sabías —susurró. El calor de su aliento saturó el algodón de mi camisa.

—Fue agradable escucharlo, de todos modos —murmuré en su cabello.

—Te amo.

Las palabras no habían perdido su capacidad de emocionarme. Al contrario, ahora eran más abrumadoras. Significó mucho que ella eligiera decírlas, sabiendo que estaba escuchando.

Quería palabras aún más fuertes, palabras que pudieran describir con precisión en qué se había convertido para mí. No quedaba nada dentro de mí que no fuera enteramente sobre ella. Recordé nuestra primera conversación, recordé haber pensado entonces que realmente no tenía una vida. Ese ya no era el caso.

—Tú eres mi vida ahora —susurré.

Aunque el cielo todavía estaba lleno de nubes espesas, el sol se hundió profundamente detrás de ellos, la habitación de alguna manera se llenó de luz dorada. El aire se volvió más claro, más puro que la atmósfera normal. Nos balanceamos lentamente, mis brazos alrededor de ella, saboreando la perfección.

Como había pensado tantas veces en las últimas veinticuatro horas, sabía que estaría totalmente satisfecho con cada parte del universo si nunca tuviera que moverme de nuevo. Por la forma en que su cuerpo se fundió contra el mío, pensé que ella debía sentir lo mismo.

Ah, pero tenía responsabilidades. Necesitaba controlar mi alegría rebelde y ser práctico.

La abracé un poco más fuerte durante un segundo, luego obligué a mis brazos a relajarse.

—¿Hora del desayuno? —Sugerí.

Bella vaciló, tal vez tan reacia como yo a permitir que cualquier espacio se interpusiera entre nosotros. Luego giró su torso lejos de mí, inclinándose hacia atrás para que pudiera ver su rostro.

Sus ojos estaban redondos de terror. Su boca se abrió y sus manos volaron hacia arriba para proteger su garganta.

Estaba tan horrorizado por su evidente angustia que no pude procesar lo que estaba sucediendo. Mis sentidos se agitaron salvajemente a nuestro alrededor como tentáculos, buscando cualquier peligro que amenazara.

Y luego, antes de que pudiera lanzarme por la ventana con ella en mis brazos y correr por seguridad, su expresión se relajó en una sonrisa maliciosa. Finalmente entendí la conexión entre mis palabras y su reacción, la broma que estaba haciendo.

Se rió.

—¡Es broma! Y dijiste que era una mala actriz.

Me tomó medio segundo recuperar la compostura. El alivio me hizo sentir débil, pero la conmoción también me dejó agitado.

—Eso no fue gracioso.

—Fue muy divertido—insistió—. Y lo sabes.

No pude evitar sonreírle. Supuse que si las bromas sobre vampiros iban a convertirse en algo entre nosotros, podría soportarlo. Por su bien.

—¿Puedo reformular la frase? Hora del desayuno para los humanos.

Ella sonrió alegremente.

—Ah, de acuerdo.



Si bien estaba dispuesto a aceptar un futuro de bromas malas, no estaba del todo listo para dejarla salir del apuro por este.

Me moví con extremo cuidado, pero no con lentitud. Esperaba que estuviera tan sorprendida como yo, aunque definitivamente no tan asustada, mientras la doblaba sobre mi hombro y salía disparado de la habitación.

—¡Oye! —se quejó, su voz rebotaba con mi movimiento y reduje un poco la velocidad en el camino por las escaleras.

—¡Hey! —jadeó mientras la ponía en posición vertical y la dejaba suavemente en una silla de la cocina.

Me miró y sonrió, claramente no conmovida en lo más mínimo.

—¿Qué hay para desayunar?

Fruncí el ceño. No había tenido tiempo de pensar en la comida humana. Bueno, sabía lo básico de cómo debería verse al menos, así que probablemente podría improvisar...

—Eh—... Dudé—. No estoy seguro. ¿Qué te gustaría?—. Con suerte, algo sencillo.

Bella se rió de mi confusión y se puso de pie, estirando los brazos sobre su cabeza.

—Está bien—me aseguró—. Me las arreglo bastante bien— Enarcó una ceja y añadió, con una sonrisa arqueada—: Mírame cazar.

Fue esclarecedor y seductor verla en su elemento. No la había visto tan segura y cómoda antes. Estaba claro que podría haber localizado todo lo que estaba buscando mientras usaba una venda en los ojos. Primero un tazón y luego, estirándose sobre los dedos de los pies para tomar una caja de Cheerios de un estante alto. Girando para abrir el refrigerador mientras sacaba una cuchara de un cajón, luego la cerró con un empujón con la cadera. Fue solo después de haber reunido todo sobre la mesa que dudó.

—¿Quieres algo?

Puse los ojos en blanco.

—Solo come, Bella.

Ella tomó un bocado del aguanieve que parecía incomible y masticó rápidamente, mirándome. Después de tragar, preguntó—: ¿Qué hay en la agenda para hoy?

—Uhhmm—... Tenía la intención de trabajar en esto, pero ahora le estaría mintiendo si dijera que no tengo ideas—. ¿Qué dirías de conocer a mi familia?

Su rostro palideció. Bueno, si su respuesta era no, eso sería todo.

Me preguntaba cómo se había equivocado Alice.

—¿Tienes miedo ahora? —Mi pregunta sonaba casi como si quisiera que dijera que sí. Supuse que había estado esperando *algo* que sería demasiado.

La respuesta era obvia en sus ojos, pero dijo, "Sí", en voz baja y trémula, lo que no esperaba. Nunca admitía cuándo tenía miedo. O, al menos, nunca admitió que me tenía miedo.

—No te preocupes, te protegeré —dije, sonriendo a medias. No estaba tratando de convencerla. Había un millón de otras cosas que podíamos hacer juntos hoy que no la harían sentir como si su vida estuviera en juego. Pero quería que supiera que siempre me pondría entre ella y cualquier peligro, meteorito o monstruo.

Sacudió su cabeza.

—No les tengo miedo. Me temo que no... les agrade. ¿No estarán, bueno, sorprendidos de que traigas a alguien—frunció el ceño—. Como yo a casa para conocerlos? ¿Saben que yo sé de ellos?

Un repentino pulso de ira inesperada me sacudió. Quizás era porque tenía razón, al menos sobre Rosalie. Odiaba que Bella se refiriera a sí misma de esta manera, como si algo estuviera mal con ella, y no al revés.

—Oh, ellos ya lo saben todo—dije, y la ira era clara en mi voz. Traté de sonreír, pero me di cuenta de que no suavizó mi tono—. Ayer habían hecho apuestas, ya sabes, sobre si te traería de regreso, aunque no puedo imaginar por qué alguien apostaría contra Alice—. Me di cuenta de que la estaba prejuiciando contra ellos, pero era justo que lo supiera. Traté de controlar mi ira—. En cualquier caso, no tenemos secretos en la familia. No es realmente factible, con mi lectura de mentes y Alice viendo el futuro y todo eso.

Ella sonrió débilmente.

—Y Jasper haciéndote sentir todo el cariño con el que te arrancarías las tripas.

—Prestaste atención.

—Se me conoce por hacer eso de vez en cuando—frunció el ceño como si se estuviera concentrando y luego asintió. Casi como si estuviera aceptando la invitación—. Entonces, ¿Alice me vio venir?

Bella habló con su voz práctica, como si nuestro tema fuera bastante mundano. Sin embargo, me sorprendió porque sonaba como si estuviera de acuerdo en ir a conocer a mi familia. Como si la visión de Alice significara que no había otra opción.

Su total aceptación de la palabra de Alice como ley me tocó el nervio más crudo. Odiaba la posibilidad de que incluso ahora, pudiera estar arruinando la vida de Bella.

—Algo así —admití, y volví la cara como si estuviera mirando por las ventanas hacia el patio trasero. No quería que viera lo alterado que estaba. Podía sentir sus ojos sobre mí y dudaba que la estuviera engañando.

Obligándome a arreglar el estado de ánimo que había creado, la miré y sonreí tan naturalmente como pude.

—¿Sabe bien?—Pregunté, señalando su cereal—. Honestamente, no parece muy apetecible.

—Bueno, no es un oso gris irritado... —Se calló cuando procesó mi reacción, luego se centró en su comida, comiendo rápido ahora.

Ella también estaba pensando mucho en algo, mirando a media distancia mientras masticaba, pero dudaba que nuestros pensamientos estuvieran sincronizados en este momento.

Volví a mirar por las ventanas, dejándola comer en paz. Miré el pequeño patio, recordando el día soleado en que la había visto allí. Recordando la oscuridad de las nubes alcanzándola. Era demasiado fácil volver a caer en esa desesperación, cuestionar todas mis buenas intenciones y verlas como nada más que egoísmo.

Me volví hacia ella en confusión, sólo para encontrarla mirándome con ojos intrépidos. Ella confió en mí, como siempre lo había hecho. Tomé una respiración profunda.

Estaría a la altura de su confianza. Sabía que podía. Cuando me miró de esa manera, no había nada que no pudiera hacer.

Bueno, entonces Alice tendría razón en esta pequeña y simple profecía. Esa no era ninguna sorpresa. Me pregunté cuánto de la aceptación de Bella era sólo para

complacerme. Probablemente la porción más grande. Había algo muy relacionado que quería mucho, pero me preocupaba que Bella volviera a estar de acuerdo sólo por mi bien. Bueno, al menos podría compartir mi opinión y ver cómo reaccionaba.

—Y creo que también deberías presentarme a tu padre —dije casualmente.

Ella se sorprendió.

—Él ya te conoce.

—Como tu novio, quiero decir.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué?

—¿No es eso habitual? —Sonaba a gusto, pero su resistencia me sacudió.

—No lo sé—admitió. Su voz era más tranquila, menos segura, cuando continuó—. Eso no es necesario, sabes. No espero que... quiero decir, no tienes que fingir por mí.

¿Pensaba ella que era una tarea no deseada que estaba haciendo sólo por ella?

—No estoy fingiendo —prometí.

Miró su desayuno, removiendo los restos de su cereal con indiferencia.

Quizás era mejor simplemente llegar al *no*.

—¿Vas a decirle a Charlie que soy tu novio o no?

Sin dejar de mirar hacia abajo, preguntó suavemente:

—¿Eso es lo que eres?

Este no era el rechazo que temía. Claramente, estaba entendiendo mal algo. ¿Era porque no era humano que ella no pensó que Charlie debería saber sobre mí? ¿O era otra cosa?

—Admito que es una interpretación libre, dada la connotación humana de la palabra.

—Tenía la impresión de que eras algo más, en realidad —susurró, con la cara todavía baja como si estuviera hablando con la mesa.

Su expresión me recordó una vez más esa conversación cargada del almuerzo, cuando había pensado que nuestros sentimientos eran desiguales, que los míos eran menores. No podía entender cómo el pedir conocer a su padre la había llevado a este hilo de pensamiento. A menos que... ¿fue la impermanencia de la palabra novio? Era un concepto muy humano y fugaz. En verdad, la palabra no abarcaba ni la más mínima fracción de lo que yo quería ser para ella, pero era la palabra que Charlie entendería.

—Bueno, no sé si tenemos que darle todos los detalles morbosos—respondí suavemente. Extendí un dedo para levantar su rostro para poder ver sus ojos—. Pero necesitará una explicación de por qué estoy tanto tiempo por aquí. No quiero que el Jefe Swan me ponga una orden de alejamiento.

—¿Estarás?—preguntó ansiosa, ignorando mi broma leve—. ¿De verdad estarás aquí?

—Tanto tiempo como tú me quieras —hasta que ella no me pidiera que me fuera, yo era suyo.

Casi me fulmina con la mirada de lo intensa que era.

—Siempre te querré. Para siempre.

Escuché la certeza de Alice de nuevo: “¿Cuándo le has dicho que no a Bella?”

Escuché las preguntas de Rosalie: “¿Qué harás cuando ella te pida que la cambies? ¿Y cuándo ella suplique?”

Sin embargo, Rosalie tenía razón en una cosa. Cuando Bella dijo *para siempre*, no significaba lo mismo para ella que para mí. Para ella, significaba simplemente un tiempo muy largo. Significaba que todavía no podía ver el final. ¿Cómo podía alguien que hubiera vivido sólo diecisiete años comprender lo que significaban cincuenta años, y mucho menos la eternidad? Ella era humana, no una inmortal congelada. En tan solo unos años, se reinventaría muchas veces. Sus prioridades cambiarían a medida que su mundo se ampliara. Las cosas que quería ahora no serían las cosas que quería entonces.

Caminé lentamente a su lado, sabiendo que mi tiempo se estaba acabando. Tracé su rostro con las yemas de mis dedos.

Me miró fijamente, tratando de entender.

—¿Eso te pone triste? —preguntó.

No supe cómo responderle. Sólo miré su rostro, sintiendo como si pudiera verlo cambiar infinitesimalmente con cada latido que pasaba de su corazón.

Ella nunca apartó la mirada. Me pregunté qué veía en mi rostro. Si pensaba en cómo nunca cambiaría.

La sensación de arena deslizándose por el cuello de un reloj sólo se intensificó. Suspiré. No había tiempo que perder.

Eché un vistazo a su cuenco casi vacío.

—¿Terminaste?

Ella se levantó.

—Sí.

—Vístete, te esperaré aquí.

Sin una palabra, ella obedeció.

Necesitaba ese minuto a solas. No estaba seguro de por qué estaba perdido en tantos pensamientos siniestros. Necesitaba ponerme en control. Tenía que captar cada segundo de felicidad que se me permitía, sobre todo porque esos segundos estaban contados. Sabía que tenía una gran capacidad para arruinar hasta los mejores momentos con mis miserables dudas y mis interminables pensamientos. Qué desperdicio, si sólo tuviera unos pocos años, pasar cualquiera de ellos revolcándome.

A través del techo, escuché el sonido de Bella luchando con su guardarropa. No hubo tanta conmoción como hace dos noches, cuando se estaba preparando para nuestro viaje al prado, pero estuvo cerca. Esperaba que no estuviera demasiado estresada por cómo se vería a mi familia. Alice y Esme ya la amaban incondicionalmente. Los otros no notarían su ropa, sólo verían a una chica humana lo suficientemente valiente como para visitar una casa llena de vampiros. Incluso Jasper tendría que estar impresionado por eso.

Me había recuperado cuando ella bajó corriendo las escaleras. “Sólo concéntrate en el día que tienes por delante. Concéntrate en las próximas doce horas al lado de Bella. Seguramente eso era suficiente para mantenerte sonriendo”.

—De acuerdo, estoy presentable —dijo mientras bajaba las escaleras de dos en dos. La atrapé cuando estuvo a punto de chocar conmigo. Ella miró hacia arriba con una amplia sonrisa, y todas mis dudas persistentes se desvanecieron.

Cómo sabía que lo haría, llevaba la blusa azul que había usado en Port Ángeles. Mi favorita, supuse. Se veía tan bonita. Y me gustó la forma en que se había recogido el pelo. No había forma de que se escondiera detrás de eso ahora.

Impulsivamente, la rodeé con mis brazos y la abracé. Aspiré su fragancia y sonreí.

—Te equivocas de nuevo—bromeé—. Vas completamente indecente. Nadie debería verse tan tentadora, no es justo.

Empujó contra mi agarre y solté mis brazos. Se echó hacia atrás lo suficiente para leer mi rostro.

—¿Tentadora cómo?—preguntó ella, cautelosa—. Me puedo cambiar...

Anoche me preguntó si me atraía como mujer. Aunque sentí que era tan obvio que resultaba ridículo, tal vez, de alguna manera, ella todavía no lo entendía.

—Eres tan ridícula—me reí y luego besé su frente, dejando que la sensación de su piel contra mis labios se extendiera como una ola de electricidad a lo largo de mi cuerpo—. ¿Quieres que te explique cómo me estás tentando?

Lentamente, mis dedos siguieron la longitud de su columna, descubriendo la curva en la parte baja de su espalda, luego descansando sobre la pendiente de su cadera. Aunque tenía la intención de burlarme de ella, pronto también me perdí en el momento. Mis labios rozaron su sien y escuché mi respiración acelerarse para igualar su corazón. Sus dedos temblaron contra mi pecho.

Sólo tuve que inclinar la cabeza, y luego sus labios, tan suaves y cálidos, estuvieron a un centímetro de los míos. Cuidadosamente, receloso del poder de la alquimia, toqué mis labios con los de ella.

Mientras todo mi cuerpo se desbordaba nuevamente de luz y electricidad, esperé su reacción, listo para desconectarme si las cosas se salían de control. Esta vez fue más cuidadosa, manteniéndose casi inmóvil. Incluso su temblor se había calmado.

Moviéndome con la precaución que pude reunir frente a lo que estaba sintiendo, presioné mis labios más firmemente contra los de ella, saboreando su suave rendimiento. No tenía tanto control de mí mismo como debería. Dejé que mis labios se abrieran, queriendo sentir su aliento en mi boca.

Justo en ese momento, sus piernas parecieron ceder y se deslizó a través de mis brazos hacia el suelo.

La agarré de inmediato, sosteniéndola erguida. Levanté su cabeza con mi mano izquierda; se balanceó, suelto su cuello. Tenía los ojos cerrados y los labios blancos.

—¿Bella? —Grité, preso del pánico.

Jadeó en un fuerte suspiro y sus párpados revolotearon. Me di cuenta de que no había escuchado el sonido de su respiración en un tiempo, más de lo correcto.

Otro aliento entrecortado y sus pies lucharon por encontrar el suelo.

—Tú—... suspiró con los ojos todavía medio cerrados—. Hiciste... que me... desmayara.

De hecho, había dejado de respirar por besarme. Probablemente en un intento equivocado de hacerme las cosas menos difíciles.

—¿Qué voy a hacer contigo?—medio gruñí—. ¡Ayer te beso y me atacas! ¡Hoy te desmayas!

Se rió, ahogándose con su propia risa mientras sus pulmones intentaban tomar el oxígeno necesario. Todavía estaba soportando la mayor parte de su peso.

—Eso te pasa por ser bueno en todo —murmuré.

—Ese es el problema. Eres demasiado bueno—respiró hondo—. Demasiado bueno.

—¿Te sientes mal? —Al menos sus labios no se habían vuelto verdes. Un delicado tono de rosa se estaba infiltrando en ellos mientras miraba.

—No—respondió, su voz más fuerte—. Ese no fue el mismo tipo de desmayo en absoluto. No sé qué pasó... Creo que me olvidé de respirar.

Lo había notado.

—No puedo llevarte a ningún lado en ese estado —refunfuñé.

Respiró de nuevo y luego se enderezó en mis brazos. Parpadeó rápidamente cinco veces y levantó la barbilla a su posición más obstinada.

—Estoy bien—su voz era más fuerte, tuve que admitir. Y el color ya había vuelto a su rostro—. Tu familia va a pensar que estoy loca de todos modos, ¿cuál es la diferencia?

La examiné cuidadosamente. Su respiración se había estabilizado. Su corazón sonaba más fuerte que hace un momento. Parecía soportar su propio peso sin dificultad. Las rosas en sus mejillas se volvían más brillantes con cada segundo que pasaba, resaltadas por el vívido azul de su blusa.

—No soy imparcial con el color de esa blusa —le dije. Eso la hizo sonrojarse aún más intensamente.

—Mira—dijo, interrumpiendo mi escrutinio—. Estoy haciendo un gran esfuerzo por no pensar en lo que estoy a punto de hacer, así que ¿podemos irnos ya?

Cuando dejamos la ciudad detrás de nosotros, ella pareció ponerse más aprensiva. Me miró un par de veces, como si quisiera hacer una pregunta, pero cuando me sorprendió mirándola, se volvió rápidamente hacia la ventana, con la cola de caballo agitándose detrás de ella. Sus dedos de los pies empezaron a golpear el suelo de la cabina de la camioneta, aunque yo no había encendido la radio.

Cuando entré en el camino, ella se sentó más recta y luego su rodilla estaba rebotando al mismo tiempo que los dedos de los pies. Sus dedos presionaron con tanta fuerza contra el marco de la ventana que sus puntas se volvieron blancas.

A medida que el camino avanzaba y avanzaba, ella comenzó a fruncir el ceño. Y realmente, parecía que nos dirigíamos a un lugar tan remoto y deshabitado como el prado. La marca de estrés apareció entre sus cejas.

Extendí la mano y rocé su hombro y ella me dio una sonrisa forzada antes de volverse hacia la ventana.

Finalmente, el camino atravesó la última franja del bosque y llegó al césped. Aún a la sombra de los grandes cedros, no parecía un cambio brusco.

Era extraño mirar la casa familiar e intentar imaginar cómo se vería a ojos nuevos. Esme tenía un gusto excelente, así que sabía que la casa era objetivamente hermosa. ¿Pero Bella vería una estructura que estaba atrapada en el tiempo, que pertenecía a otra época, pero que era claramente nueva y fuerte? ¿Cómo si hubiéramos viajado hacia atrás en el tiempo para encontrarla, en lugar de envejecer hacia nosotros?

—¡Vaya! —suspiró.

Apagué el motor y el siguiente silencio reforzó la impresión de que podríamos estar en otro momento de la historia.

—¿Te gusta? —pregunté.

Me miró por el rabillo del ojo y luego miró hacia la casa.

—Tiene... tiene cierto encanto.

Me reí y pellizqué su cola de caballo, luego me deslicé fuera del auto. Pasó menos de un segundo y ya le estaba abriendo la puerta.

—¿Lista?

—Ni siquiera un poquito—se rió sin aliento—. Vamos.

Pasó una mano por su cabello, buscando enredos.

—Te ves preciosa —le aseguré, y tomé su mano.

Su palma estaba húmeda y no tan caliente como de costumbre. Froté el dorso de su mano con mi pulgar, tratando de comunicar sin palabras que estaba perfectamente a salvo y que todo estaría bien.

Empezó a reducir la velocidad mientras subíamos los escalones del porche y le temblaba la mano.

Vacilar sólo prolongaría su malestar. Abrí la puerta, sabiendo ya exactamente lo que había al otro lado.

Mis padres estaban justo donde sus pensamientos los habían puesto en mi mente y tal como Alice los había imaginado. Se apartaron a media docena de pasos de la puerta, dándole a Bella un poco de espacio para respirar. Esme estaba tan nerviosa como parecía estarlo Bella, aunque para ella, eso significaba una perfecta quietud en lugar de la agitación de Bella. La mano de Carlisle descansaba en la parte baja de su espalda de una manera reconfortante. Estaba acostumbrado a interactuar con los humanos de manera casual, pero Esme era tímida. Era raro que se aventurara sola para mezclarse con el mundo mortal. Una verdadera persona hogareña, estaba muy feliz de permitir que el resto de nosotros le devolviéramos el mundo cuando fuera necesario.

Los ojos de Bella recorrieron la habitación, asimilándola. Estaba un poco detrás de mí, como si usara mi cuerpo como escudo. No pude evitar sentirme relajado dentro de mi casa, aunque sabía que para ella era todo lo contrario. Apreté su mano.

Carlisle le sonrió cálidamente a Bella y Esme rápidamente siguió su ejemplo.

—Carlisle, Esme, esta es Bella —me pregunté si Bella escuchó la nota de orgullo en mi voz cuando la presenté.

Carlisle avanzó con deliberada lentitud. Le tendió la mano, un poco vacilante.

—Sé bienvenida, Bella.

Quizás porque ya conocía a Carlisle, Bella pareció de repente más cómoda. Luciendo confiada, dio un paso adelante para recibir su avance, sin desenredar sus dedos de los míos y estrechó su mano ofrecida sin siquiera una mueca de dolor por el frío. Por supuesto, seguramente ya estaba acostumbrada a eso.

—Es bueno verlo de nuevo, Dr. Cullen —dijo, sonando como si realmente lo dijera en serio.

«Qué chica tan valiente», pensó Esme. «Oh, es encantadora».

—Por favor, llámame Carlisle.

Bella sonrió.

—Carlisle —repitió.

Esme se unió a Carlisle entonces, moviéndose de la misma manera lenta y cuidadosa. Puso una mano en el brazo de Carlisle y extendió la otra. Bella la tomó sin dudarle, sonriéndole a mi madre.

—Me alegro mucho de conocerte —dijo Esme, el afecto irradiaba de su sonrisa.

—Gracias—dijo Bella—. Me alegro de conocerla también.

Aunque las palabras eran lo suficientemente convencionales en ambos lados, ambas hablaron con tanta seriedad que el intercambio tuvo un significado más profundo.

«¡La adoro, Edward! ¡Gracias por traerla a verme!»

Sólo pude sonreír ante el entusiasmo de Esme.

—¿Dónde están Alice y Jasper? —Pregunté, pero fue más un aviso. Podía escucharlos esperando en lo alto de las escaleras, Alice cronometrando su entrada perfecta.

Mi pregunta parecía ser lo que estaba esperando.

—¡Hey, Edward! —llamó mientras se lanzaba a la vista. Luego corrió, realmente corrió, no de una manera humana, por los escalones y se detuvo a escasos centímetros de Bella. Carlisle, Esme y yo nos quedamos paralizados por la sorpresa; pero Bella ni siquiera se inmutó, incluso cuando Alice se adelantó para besar su mejilla.

Le lancé una mirada de advertencia, pero Alice no me estaba prestando atención. Estaba viviendo a medio camino entre este momento y mil momentos futuros, exultante de finalmente poder comenzar su amistad. Sus sentimientos eran muy dulces, pero no pude disfrutarlos. Más de la mitad de sus futuros recuerdos presentaban a la blanca y sin vida Bella, tan perfecta y tan fría.

Alice no se dio cuenta de mi reacción, se centró en Bella.

—Hueles bien—comentó—. Nunca lo había notado antes.

Bella se sonrojó y los tres apartaron la mirada.

Traté de pensar en una forma de aliviar la incomodidad, pero luego, como por arte de magia, no hubo incomodidad. Estaba perfectamente cómodo y podía sentir la tensión de Bella desaparecer de su cuerpo.

Jasper siguió a Alice por las escaleras, sin correr pero sin moverse con cautela como Carlisle y Esme. No había necesidad de que montara un espectáculo. Todo lo que hizo parecía natural y correcto.

En verdad, lo estaba poniendo un poco grueso.

Le lancé una mirada sardónica y él me sonrió, luego se detuvo en el poste de la sala, dejando lo que podría haberse sentido como una distancia extraña entre él y el resto de nosotros, pero, por supuesto, no podría sentirse extraño si él no lo quisiera.

—Hola, Bella.

—Hola, Jasper—sonrió fácilmente, luego miró a Esme y Carlisle—. Es un placer conocerlos a todos, tienen una casa muy hermosa.

—Gracias—, respondió Esme—. Estamos muy contentos de que hayas venido.

«Es perfecta».

Bella volvió a mirar las escaleras, expectante. Pero sabía que no habría más presentaciones esta mañana.

Esme también entendió la mirada.

«Lo siento. Ella no estaba lista. Emmett está tratando de calmarla».

¿Debería poner excusas por Rosalie? Antes de que pudiera decidir qué decir, Carlisle llamó mi atención.

«Edward».

Lo miré automáticamente. Su intensidad contrastaba con el ambiente relajado que Jasper había creado.

«Alice vio algunos visitantes. Extraños. Al ritmo que se mueven, nos encontrarán mañana por la noche. Pensé que deberías saberlo de inmediato».

Asentí una vez, mis labios presionando en una delgada línea. Qué momento tan miserable. Bueno, supuse que el lado positivo era que ahora era libre de explicarle a Bella por qué la estaba secuestrando. Ella lo entendería. Charlie no lo



haría. Tendría que encontrar el plan más seguro y menos perturbador. O mejor dicho, lo haríamos. Sin duda, tendría opiniones.

Miré a Alice para una aclaración visual, pero ella estaba pensando en el clima.

—¿Tocas? —Preguntó Esme y miré que Bella estaba mirando mi piano.

Bella negó con la cabeza.

—Para nada. Pero es tan hermoso. ¿Es tuyo?

Esme rió.

—No. ¿Edward no te dijo que era músico?

Bella me miró de una manera extraña, como si esta noticia fuera irritante. Me pregunté por qué. ¿Tenía un prejuicio aún por descubrir contra los pianistas?

—No—respondió a Esme—. Debería haberlo sabido, supongo.

«¿Qué quiere decir, Edward?» Se preguntó Esme, como si yo supiera la respuesta. Afortunadamente, su expresión era lo suficientemente confusa como para obligar a Bella a explicarse.

—Edward puede hacer todo—aclaró Bella—. ¿Cierto?

Carlisle reprimió su diversión, pero Jasper se rió en voz alta. Alice estaba viendo la conversación que sucedería dentro de veinte segundos; esto era una vieja noticia para ella.

Esme me dio su mejor mirada de madre desaprobadora.

—Espero que no hayas estado presumiendo, es de mala educación.

—Sólo un poco —admití, riendo también.

«Se ve tan feliz», pensó Esme. «Nunca lo había visto de esta manera. Gracias a Dios por fin la ha encontrado».

—Ha sido demasiado modesto, en realidad —discrepó Bella. Sus ojos volvieron a mirar al piano.

—Bueno, toca para ella —animó Esme.

Le lancé a mi madre una mirada traicionada.

—Dijiste que presumir era de mala educación.

Esme estaba conteniendo una risa propia.

—Hay excepciones a todas las reglas.

«Si todavía no está totalmente enganchada, debería hacerlo».

Le devolví la mirada, inexpresivo.

—Me gustaría escucharte tocar —se ofreció Bella.

—Entonces, decidido —Esme puso su mano en mi hombro y me empujó hacia el piano.

Bien, si eso es lo que querían. Aferré la mano de Bella para que tuviera que unirse a mí. Después de todo, esta fue su idea.

Nunca me había sentido cohibido por mi música antes, nunca había nadie más que familiares o amigos cercanos para escucharme, y además de Esme, la mayoría de ellos apenas parecían notar que estaba tocando. Así que este era un sentimiento nuevo. Tal vez si Esme no hubiera mencionado presumir antes, no se habría sentido tan forzado.

Me senté en el banco descentrado, tirando a Bella para que se sentara a mi lado. Ella me sonrió con entusiasmo. La miré, frunciendo el ceño, esperando que reconociera que sólo estaba haciendo esto porque ella me lo había pedido.

Elegí la canción de Esme: era una canción alegre, una canción triunfante, adaptada al estado de ánimo del día.

Cuando comencé, vi la reacción de Bella por el rabillo del ojo. No necesitaba mirar las teclas, pero no quería que se sintiera escudriñada.

Después de las primeras medidas, su boca se abrió.

Jasper se rió de nuevo; esta vez Alice se unió a él. Bella se puso rígida, pero no se volvió. Sus ojos se estrecharon, su mirada nunca dejó mis dedos, persiguiéndolos mientras se movían a través de las teclas.

Escuché a Alice saltar hacia las escaleras al mismo tiempo que Carlisle pensaba: «Bueno, probablemente eso es suficiente de nosotros por ahora. No queremos abrumarla».

Esme estaba decepcionada, pero siguió a Alice escaleras arriba. Todos fingirían que este era sólo un día normal, que no era momento de tener un humano dentro de nuestra casa. Uno por uno, se fueron volando hacia las tareas que habrían estado realizando si no hubiera llevado a una mortal a casa.

Bella todavía estaba completamente concentrada en el movimiento de mis manos, pero pensé que no estaba... ¿tan ansiosa como antes? Sus cejas estaban presionando hacia abajo sobre sus ojos. No entendí su expresión.

Traté de animarla, volteé la cabeza para llamar su atención y le guiñé un ojo. Eso generalmente la hacía sonreír.

—¿Te gusta? —pregunté.

Su cabeza se inclinó hacia un lado y luego algo pareció ocurrirle. Sus ojos se agrandaron de nuevo.

—¿Tú escribiste esto? —dijo, su tono extrañamente acusatorio.

Asentí y agregué—: Es la favorita de Esme—como una disculpa, aunque no estaba seguro de qué estaba tratando de disculpar.

Bella me miró fijamente, extrañamente triste. Cerró los ojos y movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué pasa? —Imploré.

Abrió los ojos y finalmente sonrió, pero no era una sonrisa feliz.

—Me siento extremadamente insignificante —admitió.

Me quedé atónito por un momento. Supuse que las palabras anteriores de Esme sobre lucirse eran el quid del asunto. Su idea de que mi música conquistaría cualquier rincón del corazón de Bella que permaneciera ambivalente era obviamente equivocada.

¿Cómo explicar que todas estas cosas que podía hacer, cosas que vinieron con una facilidad tan ridícula por lo que era, no tenían ningún sentido? No me hicieron especial ni superior. ¿Cómo demostrarle que todo lo que era nunca había sido suficiente para hacerme digno de ella? ¿Qué ella era la noble meta que había estado tratando de alcanzar durante tanto tiempo?

Sólo pude pensar en una forma. Creé un puente simple y cambié a una nueva canción. Observó mi expresión ahora, esperando que respondiera. Esperé hasta que estuve a través de la estructura principal de la melodía, esperando que ella la reconociera.

—Tú inspiraste esta —murmuré.

¿Podía sentir cómo esta música provenía de lo más profundo de mí ser? ¿Y que mi núcleo, junto con todo lo demás que era, estaba totalmente centrado en ella?

Por unos momentos, dejé que las notas de la canción llenaran los espacios que mis palabras nunca lograron. La melodía se expandió mientras la tocaba, alejándose de su antigua tonalidad menor, buscando ahora una resolución más feliz.

Pensé que debería disipar sus temores anteriores.

—Les gustas, ¿sabes? Especialmente Esme.

Bella probablemente había podido ver eso ella misma.

Se giró para mirar por encima del hombro.

—¿A dónde fueron?

—Muy sutilmente dándonos algo de privacidad, supongo.

—Les agrado—gimió—. Pero Rosalie y Emmett...

Negué con la cabeza con impaciencia.

—No te preocupes por Rosalie. Cambiará de opinión.

Frunció los labios, poco convencida.

—¿Y Emmett?

—Bueno, él piensa que soy un lunático, es cierto—me reí una vez—. Pero él no tiene ningún problema contigo. Está tratando de razonar con Rosalie.

Las comisuras de sus labios se hundieron.

—¿Qué es lo que la molesta?

Respiré profundamente y exhalé lentamente, estancando. Quería decir sólo las partes más necesarias y decirlas de la manera menos molesta.

—Rosalie es la que más lucha con... con lo que somos—le expliqué—. Es difícil para ella que alguien de afuera sepa la verdad. Y está un poco celosa.

—¿Rosalie está celosa de mí? —Parecía como si no estuviera segura de si estaba bromeando.

Me encogí de hombros.

—Eres humana. Ella desearía serlo también.

—¡Ah!—esa revelación la dejó atónita por un momento. Pero luego volvió a fruncir el ceño—. En cuanto a Jasper...

La sensación de que todo era perfectamente natural y fácil se había desvanecido tan pronto como Jasper dejó de concentrarse en nosotros. Me imaginé que ella recordaba su presentación sin esa influencia y veía por primera vez la extrañeza del amplio espacio que había dejado entre ellos.

—Eso es realmente mi culpa. Te dije que era el más reciente en probar nuestro estilo de vida. Le advertí que mantuviera las distancias.

Dije las palabras a la ligera, pero después de un segundo, Bella se estremeció.

—¿Esme y Carlisle? —preguntó rápidamente, como ansiosa por un nuevo tema.

—Están felices de verme feliz. En realidad, a Esme no le importaría si tuvieras un tercer ojo y pies palmeados. Todo este tiempo ha estado preocupada por mí, temerosa de que se hubiera perdido una parte esencial de mi carácter, de que yo era demasiado joven cuando Carlisle me cambió... Está extasiada. Cada vez que te toco, se atraganta de satisfacción.

Frunció los labios.

—Alice parece muy... entusiasta.

Traté de mantener la compostura, pero escuché el borde del hielo en mi respuesta.

—Alice tiene su propia manera de ver las cosas.

Su aspecto había estado tenso durante la mayor parte de nuestro intercambio, pero de repente estaba sonriendo.

—Y no vas a explicar eso, ¿verdad?

Por supuesto que había notado todas mis extrañas reacciones ante cualquier mención de Alice; No había sido muy sutil. Al menos ahora estaba sonriendo, complacida de verme. Estaba seguro de que no tenía idea de por qué estaba irritado con Alice. Decirme que sabía que le estaba ocultando algo parecía ser suficiente para ella ahora. No respondí, pero no pensé que ella esperaba que lo hiciera.

—Entonces, ¿qué te estaba diciendo Carlisle antes? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—Lo notaste, ¿verdad? —Bueno, sabía que tenía que decirle esto.

—Por supuesto.

Pensé en ese pequeño estremecimiento cuando le expliqué sobre Jasper... Odiaba alarmarla de nuevo, pero debería estar asustada.

—Quería contarme algunas novedades—admití—. No sabía si era algo que yo compartiría contigo.

Se sentó más erguida, alerta.

—¿Podrías?

—Tengo que hacerlo, porque voy a ser un poco... excesivamente protector durante los próximos días, o semanas, y no quiero que pienses que soy un tirano por naturaleza.

Mi trivialización no la tranquilizó.

—¿Qué pasa? —exigió.

—No pasa nada, exactamente. Alice sólo ve que algunos visitantes llegarán pronto. Saben que estamos aquí y sienten curiosidad.

Repitió mi palabra en un susurro.

—¿Visitantes?

—Sí... bueno, no son como nosotros, por supuesto, en sus hábitos de caza, quiero decir. Probablemente no vendrán a la ciudad en absoluto, pero ciertamente no voy a perderte de mi vista hasta que se hayan ido.

Se estremeció tanto que pude sentir el movimiento en el banco debajo de nosotros.

—¡Finalmente, una respuesta racional!—murmuré. Pensé en todas las cosas horribles que había aceptado sobre mí sin temblar. Sólo otros vampiros daban miedo, aparentemente—. Estaba empezando a pensar que no tenías ningún sentido de auto-conservación en absoluto.

Ignoró eso y comenzó a ver mis manos moviéndose sobre las teclas de nuevo. Después de unos segundos, respiró hondo y exhaló lentamente. ¿Había procesado tan fácilmente otra pesadilla viviente?

Así parecía. Examinó la habitación ahora, su cabeza girando lentamente mientras escudriñaba mi casa. Podía imaginar lo que estaba pensando.

—No es lo que esperabas, ¿verdad? —Adivine.

Todavía estaba catalogando con los ojos.

—No.

Me pregunté qué la había sorprendido más: los colores claros, la amplitud del espacio, la pared de ventanas. Todo fue diseñado con mucho cuidado por Esme, para no sentirse como una especie de fortaleza o asilo.

Podría arriesgarme a lo que hubiera predicho un humano normal.

—No hay ataúdes, no hay cráneos apilados en las esquinas; ni siquiera creo que tengamos telarañas... qué decepción debe ser esto para ti.

No reaccionó a mi broma.

—Es tan iluminado... tan abierto.

—Es el único lugar donde nunca tenemos que escondernos.

Mientras estaba concentrado en ella, la canción que estaba tocando había vuelto a sus raíces. Me encontraba en medio del momento más sombrío, el momento en que la verdad obvia era inevitable: Bella era perfecta cómo era. Cualquier interferencia de mi mundo era una tragedia.

Era demasiado tarde para salvar la canción. Dejé que terminara como antes, con ese desamor.

A veces era tan fácil creer que Bella y yo estábamos bien juntos. En el momento, cuando la impulsividad conducía, y todo venía de forma tan natural... podía creer. Pero siempre que lo miraba con lógica, sin permitir que la emoción prevaleciera sobre la razón, estaba claro que solo podía lastimarla.

—Gracias —susurró.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Mientras miraba, rápidamente, se pasó los dedos por los párpados inferiores, frotando la humedad.

Esta era la segunda vez que veía llorar a Bella. La primera vez, la lastimé. No intencionalmente, pero aun así, al implicar que nunca podríamos estar juntos, le había causado dolor.

Ahora lloraba porque la música que había creado para ella la había emocionado. Lágrimas provocadas por el placer. Me pregunté cuánto de este lenguaje tácito había entendido.

Una lágrima aún brillaba en el rabillo de su ojo izquierdo, brillando bajo las luces de la habitación. Un pedazo diminuto y claro de ella, un diamante efímero. Actuando por un extraño instinto, extendí la mano para atraparlo con la yema del dedo. Alrededor de mi piel, brillaba cuando mi mano se movía. Rápidamente toqué mi lengua con mi dedo, saboreando su lágrima, absorbiendo esta diminuta partícula de ella.

Carlisle había pasado muchos años intentando comprender nuestra anatomía inmortal; fue una tarea difícil, basada principalmente en suposiciones y observaciones. Los cadáveres de vampiros no estaban disponibles para su estudio.

Su mejor interpretación de nuestros sistemas de vida era que nuestro funcionamiento interno debía ser microscópicamente poroso. Aunque podíamos tragar cualquier cosa, nuestros cuerpos sólo aceptaban sangre. Esa sangre era absorbida por nuestros músculos y proporcionaba combustible. Cuando el combustible se agotaba, nuestra sed se intensificaba para animarnos a reponer nuestro suministro. Nada más que sangre parecía moverse a través de nosotros.

Tragué la lágrima de Bella. Quizás nunca dejaría mi cuerpo. Después de que ella me dejara, después de que todos los años de soledad hubieran pasado, tal vez siempre tendría esta parte de ella dentro de mí.

Me miró con curiosidad, pero no tenía una forma sensata de explicarlo.

En cambio, volví a su curiosidad anterior.

—¿Quieres ver el resto de la casa? —ofrecí.

—¿No hay ataúdes? —lo comprobó dos veces.

Me reí y me paré, levantándola del banco del piano.

—No hay ataúdes.

La llevé arriba al segundo piso; había visto la mayoría de la planta baja, todo, excepto la cocina sin usar y el comedor que eran visibles desde la puerta principal. Mientras subíamos, su interés fue evidente. Estudió todo: la barandilla, los suelos de

madera clara, los paneles de marco de cuadros que se alineaban en el pasillo en la parte superior. Era como si se estuviera preparando para un examen. Nombré al dueño de cada habitación por la que pasamos y ella asentía con la cabeza después de cada designación, lista para el cuestionario.

Estaba a punto de doblar la esquina y seguir el siguiente tramo de escaleras, pero Bella se detuvo de repente. Miré para ver lo que estaba mirando con tanta perplejidad. ¡Ah!

—Puedes reírte—dije—. Es algo irónico.

No se rió. Extendió la mano como si quisiera tocar la gruesa cruz de roble que colgaba allí, oscura y sombría contra la madera más clara detrás de ella, pero sus dedos no hicieron contacto.

—Debe ser muy viejo —murmuró Bella.

Me encogí de hombros.

—Es de principios de 1630, más o menos.

Me miró fijamente, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Por qué guardan esto aquí?

—Nostalgia. Perteneció al padre de Carlisle.

—¿Coleccionaba antigüedades? —sugirió, sonando como si ya supiera que su suposición estaba equivocada.

—No—respondí—. Lo talló él mismo. Colgaba de la pared sobre el púlpito de la vicaría donde predicaba.

Bella miró la cruz, su mirada intensa. No se movió durante tanto tiempo que comencé a sentirme ansioso de nuevo.

—¿Estás bien? —Murmuré.

—¿Qué edad tiene Carlisle? —respondió.

Suspiré, tratando de sofocar el viejo pánico. ¿Sería esta historia la que sería demasiado? Escudriñé cada minuto de contracción muscular en su rostro mientras le explicaba.

—Acaba de celebrar su cumpleaños trescientos sesenta y dos—, o lo suficientemente cerca. Carlisle había elegido un día por el bien de Esme, pero era sólo su mejor suposición—. Carlisle nació en Londres, él cree que hacia 1640. El tiempo no estaba marcado con tanta precisión entonces, para la gente común de todos modos. Sin embargo, fue justo antes del gobierno de Cromwell. Era el único hijo de un pastor anglicano. Su madre murió dándole a luz. Su padre era un hombre intolerante. Cuando los protestantes llegaron al poder, se mostró entusiasmado en su persecución de los católicos romanos y otras religiones. También creía firmemente en la realidad del mal. Él dirigió cacerías de brujas, hombres lobo... y vampiros—. En su mayor parte, había mantenido una buena farsa, casi como si se estuviera disociando de los hechos. Pero cuando pronuncié la palabra vampiros, sus hombros se tensaron y contuvo la respiración por un segundo más—. Quemaron a mucha gente inocente. Por supuesto, las criaturas reales que buscaba no eran tan fáciles de atrapar—. Esto todavía atormentaba a Carlisle, los inocentes que su padre había asesinado. Y aún más, esos asesinatos en los que Carlisle había estado involucrado de mala gana. Me alegraba por su bien que los recuerdos fueran borrosos y siempre se desvanecieran más.

Conocía las historias de los años humanos de Carlisle tan bien como los míos. Mientras le describía su desafortunado descubrimiento de un antiguo aquelarre de Londres, me pregunté si esto le sonaría real. Esta era una historia irrelevante,

ambientada en un país que nunca había visto, separada de su propia existencia por tantos años que no tenía contexto para ella.

Sin embargo, parecía hechizada cuando describí el ataque que había infectado a Carlisle y había matado a sus asociados, omitiendo cuidadosamente los detalles en los que preferiría que no se detuviera. Cuando el vampiro, impulsado por la sed, se dio la vuelta y cayó sobre sus perseguidores, sólo cortó a Carlisle dos veces con sus dientes cubiertos de veneno: una en la palma de su mano extendida y otra en el bíceps. Había sido un tumulto, el vampiro luchando por someter rápidamente a cuatro hombres antes de que el resto de la multitud se acercara demasiado. Después del hecho, Carlisle había teorizado que el vampiro esperaba drenarlos a todos, pero eligió la autoconservación sobre una comida más generosa, agarrando a los hombres que podía cargar y corriendo. No se trataba de autoconservación de la mafia, por supuesto; esos cincuenta hombres con sus toscas armas no eran más peligrosos para él que un caleidoscopio de mariposas. Sin embargo, los Vulturi estaban a menos de mil quinientos kilómetros de distancia. Sus leyes habían sido establecidas por un milenio en este punto y su demanda de que todo ejercicio inmortal de discreción en beneficio de todos fuera universalmente aceptada. La historia del avistamiento de un vampiro en Londres, atestiguada por cincuenta testigos con cadáveres drenados como prueba, no habría ido bien en Volterra.

La naturaleza de las heridas de Carlisle fue desafortunada. El corte en su mano estaba lejos de cualquier vaso principal, el corte en su brazo había pasado por alto tanto la arteria braquial como la vena basilíca. Esto significó una propagación mucho más lenta del veneno y un período de transición más largo. Como la conversión de mortal a inmortal era la cosa más dolorosa que cualquiera de nosotros haya experimentado, una versión extendida no era ideal, por decir lo mínimo.

Había conocido el dolor de esa misma versión extendida. Carlisle había estado... inseguro cuando decidió convertirme en su primer compañero. Había pasado mucho tiempo con otros vampiros más experimentados, incluidos los Vulturi y sabía que un bocado mejor colocado daría como resultado una conversión más rápida. Sin embargo, nunca había encontrado otro vampiro como él. Todos los demás estaban obsesionados con la sangre y el poder. Nadie más ansiaba un jardín de infancia, una vida más familiar como él. Se preguntó si su lenta conversión y los débiles puntos de entrada de su infección habían sido, de alguna manera, responsables de la diferencia. Entonces, al crear su primer hijo, eligió imitar sus propias heridas. Siempre se había sentido mal por eso, especialmente porque más tarde descubrió que el método de conversión en realidad no tenía nada que ver con la personalidad y los deseos del nuevo inmortal.

No había tenido tiempo de experimentar cuando encontró a Esme. Ella estaba mucho más cerca de la muerte que yo. Para salvarla, había sido imperativo introducir la mayor cantidad de veneno en su sistema lo más cerca posible de su corazón. Considerándolo todo, un esfuerzo mucho más frenético del que había sido conmigo y, sin embargo, Esme era la más gentil de todos.

Y Carlisle el más fuerte. Ahora le dije a Bella lo que pude sobre su conversión extraordinariamente disciplinado. Me encontré editando cosas que quizás no debería haber hecho, pero no quería detenerme en el insoportable dolor de Carlisle. Quizás, dada su evidente curiosidad por el proceso, hubiera sido bueno describirlo; tal vez la habría disuadido de querer saber más.

—Entonces se acabó—le expliqué—. Y se dio cuenta de en qué se había convertido.

Mientras tanto, perdido en mis propios pensamientos mientras le contaba la historia familiar, había estado observando sus reacciones. En su mayor parte, mantuvo la misma expresión fija en su rostro; creo que quería que pareciera un interés atento, totalmente desprovisto de cualquier retroceso emocional innecesario. Sin embargo, se mantuvo demasiado rígida para que su táctica fuera creíble. Su curiosidad era real, pero quería saber qué pensaba realmente, no qué quería que yo pensara que pensaba.

—¿Como te sientes? —pregunté.

—Estoy bien —respondió automáticamente. Pero su máscara se deslizó un poco. Aún así, todo lo que pude leer en su rostro fue un deseo de saber más. Así que esta historia no había sido suficiente para asustarla.

—Espero que tengas algunas preguntas más para mí.

Ella sonrió, totalmente serena, aparentemente intrépida.

—Unas pocas.

Le devolví la sonrisa.

—Vamos, entonces, te lo mostraré.



# CARLISLE

CAMINAMOS DE REGRESO POR EL PASILLO HASTA LA OFICINA DE CARLISLE. Hice una pausa en la puerta, esperando su invitación.

—Adelante —dijo Carlisle.

La conduje adentro y la vi examinar animadamente esta nueva habitación. Estaba más oscuro que el resto de la casa; la madera de caoba profunda le recordaba su primer hogar. Sus ojos recorrieron las filas y filas de libros. La conocía lo suficientemente bien como para saber que ver tantos libros en una habitación era algo así como un sueño para ella.

Carlisle marcó la página en la que estaba leyendo y luego se levantó para darnos la bienvenida.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó.

Por supuesto, había escuchado toda nuestra conversación en el pasillo y sabía que estábamos aquí para la próxima parte. No le molestó que yo compartiera su historia; no parecía sorprendido de que le contara todo.

—Quería mostrarle a Bella algo de nuestra historia. Bueno, tú historia, en realidad.

—No fue nuestra intención molestarte —dijo Bella en voz baja.

—Para nada—le aseguró Carlisle—. ¿Por dónde vas a empezar?

—El Waggoner —dije.

Puse una mano en su hombro y la giré suavemente para mirar hacia la pared detrás de nosotros. Escuché los latidos de su corazón reaccionar ante mi toque, y luego la risa casi silenciosa de Carlisle ante su reacción.

«Interesante», pensó.

Vi los ojos de Bella abrirse mientras miraba la pared de la galería de la oficina de Carlisle. Podía imaginar la forma en que podría desorientar a una persona al verlo por primera vez. Había setenta y tres obras, de todos los tamaños, medios y colores, apiñadas como un rompecabezas del tamaño de una pared con sólo piezas rectangulares. Su mirada no pudo encontrar ningún lugar donde asentarse.

Tomé su mano y la llevé al principio. Carlisle lo siguió. Como en la página de un libro, la historia comenzó en el extremo izquierdo. No era una pieza llamativa, era monocromática y con forma de mapa. De hecho, era parte de un mapa, pintado a mano por un cartógrafo aficionado, uno de los pocos originales que habían sobrevivido a los siglos.

Frunció el ceño.

—El Londres de 1650 —expliqué.

—El Londres de mi juventud —agregó Carlisle desde unos metros detrás de nosotros. Bella se estremeció, sorprendida por su cercanía. Por supuesto que no

habría escuchado sus movimientos. Apreté su mano, tratando de tranquilizarla. Esta casa era un lugar extraño para ella, pero nada aquí la lastimaría.

—¿Contarías la historia? —Le pregunté y Bella se giró para ver qué decía.

«Lo siento, desearía poder».

Le sonrió a Bella y le habló en voz alta.

—Lo haría, pero en realidad estoy llegando un poco tarde. El hospital llamó esta mañana. El Dr. Snow se está tomando un día por enfermedad. Además—me miró—. Conoces las historias tan bien como yo.

Carlisle le sonrió cálidamente a Bella mientras salía. Una vez que se hubo marchado, ella se volvió para examinar de nuevo el pequeño cuadro.

—¿Qué pasó después?—Preguntó después de un momento—. ¿Cuándo se dio cuenta de lo que le había pasado?

Automáticamente, miré a una pintura más grande, una columna arriba y una fila abajo. No era una imagen alegre: un paisaje lúgubre y desierto, un cielo lleno de nubes opresivas, colores que parecían sugerir que el sol nunca volvería. Carlisle había visto esta pieza a través de la ventana de un castillo menor en Escocia. Le recordaba tan perfectamente su vida en su punto más oscuro que había querido conservarlo, aunque el viejo recuerdo era doloroso. Para él, la existencia de este paisaje devastado significaba que alguien más lo había entendido una vez.

—Cuando supo en lo que se había convertido, se rebeló contra eso. Él trató de destruirse a sí mismo. Pero eso no es fácil de lograr.

—¿Cómo? —jadeó.

Mantuve mis ojos en el evocador vacío de la pintura mientras describía los intentos de suicidio de Carlisle.

—Saltó desde grandes alturas. Trató de ahogarse en el océano... pero era joven para la nueva vida y muy fuerte. Es asombroso que haya sido capaz de resistirse a... alimentarse—, la miré rápidamente pero ella estaba mirando el cuadro—. Mientras aún era tan nuevo. El instinto es más poderoso entonces, se apodera de todo. Pero estaba tan repelido por sí mismo que tuvo la fuerza para intentar matarse de hambre.

—¿Es eso posible? —susurró.

—No, hay muy pocas formas de que nos maten.

Abrió la boca para hacer la pregunta más obvia, pero hablé rápidamente para distraerla.

—Así que tuvo mucha hambre y finalmente, se debilitó. Se alejó lo más que pudo de la población humana, reconociendo que su fuerza de voluntad también se estaba debilitando. Durante meses vagó de noche, buscando los lugares más solitarios, odiándose a sí mismo...

Le describí la noche en que encontró otra forma de vivir, el compromiso de la sangre animal y su recuperación a una criatura racional. Luego partiendo hacia el continente

—¿Nadó a Francia? —interrumpió ella, incrédula.

—La gente nada en el Canal todo el tiempo, Bella —señalé.

—Eso es cierto, supongo. Simplemente sonaba divertido en ese contexto. Continúa.

—Nadar es fácil para nosotros.

—Todo es fácil para ti —se quejó.

Le sonreí, esperando estar seguro de que había terminado.

Frunció el ceño.

—No volveré a interrumpir, lo prometo.

Mi sonrisa se ensanchó, sabiendo cuál sería su reacción al siguiente momento.

—Porque, técnicamente, no necesitamos respirar.

—Tú...

Me reí y puse un dedo sobre sus labios.

—No, no, lo prometiste. ¿Quieres escuchar la historia o no?

Sus labios se movieron contra mi toque.

—No puedes lanzarme algo así y luego esperar que no diga nada.

Dejé que mi mano cayera hasta descansar contra el costado de su cuello.

—¿No necesitas respirar?

Me encogí de hombros.

—No, no es necesario. Sólo un hábito.

—¿Cuánto tiempo puedes estar... sin respirar?

—Indefinidamente, supongo; no lo sé—el tiempo más largo que había pasado eran unos días, todo bajo el agua—. Se vuelve un poco incómodo estar sin sentido del olfato.

—Un poco incómodo —repitió con voz frágil, apenas en un susurro.

Sus cejas estaban juntas, sus ojos entrecerrados, sus hombros rígidos. El intercambio, que me había resultado divertido un momento antes, fue abruptamente carente de humor.

Éramos tan diferentes. Aunque alguna vez habíamos pertenecido a la misma especie, ahora compartíamos sólo algunos rasgos superficiales. Finalmente debió sentir el peso de la distorsión, la distancia entre nosotros. Levanté la mano de su piel y la dejé caer a mi costado. Mi toque alienígena sólo haría que esa brecha fuera más obvia.

Me quedé mirando su expresión preocupada, esperando ver si esta era una verdad de más. Después de unos largos segundos, la tensión en sus rasgos disminuyó. Sus ojos se enfocaron en mi rostro y un tipo diferente de inquietud marcó el de ella.

Se acercó sin dudarle para presionar sus dedos contra mi mejilla.

—¿Qué pasa?

Preocupación por mí de nuevo. Así que aparentemente esto no era demasiado lo que había temido.

—Sigo esperando que suceda.

Ella estaba confundida.

—¿Que suceda qué?

Tomé una respiración profunda.

—Sé que en algún momento, algo que te diga o algo que veas va a ser demasiado. Y luego huirás de mí, gritando mientras te marchas—, traté de sonreírle, pero no hice un buen trabajo—. No te detendré. Quiero que esto suceda, porque quiero que estés a salvo. Y sin embargo, quiero estar contigo. Los dos deseos son imposibles de reconciliar...

Cuadró sus hombros, su barbilla sobresalió.

—No voy a correr a ninguna parte —prometió.

Tuve que sonreír ante su valiente fachada.

—Ya veremos.

—Entonces, continúa—insistió, frunciendo el ceño un poco ante mi dudosa respuesta—. Carlisle estaba nadando hacia Francia.

Medí su estado de ánimo durante un segundo más y luego me volví hacia la galería. Esta vez le indiqué el más ostentoso de todos los cuadros, el más brillante, el más chillón. Se suponía que era una representación del juicio final, pero la mitad de las figuras golpeadas parecían estar involucradas en algún tipo de orgía, la otra mitad en un combate violento y sangriento. Sólo los jueces, suspendidos sobre el pandemonium sobre balaustradas de mármol, estaban serenos.

Éste había sido un regalo. No era algo que Carlisle hubiera elegido para sí mismo. Pero cuando los Vulturi le presionaron con el recuerdo de su tiempo juntos, no fue como si hubiera podido decir que no.

Sentía cierto afecto por la pieza llamativa, y por los distantes señores vampiros representados en ella, por lo que la mantuvo con sus otras favoritas. Después de todo, habían sido muy amables con él en muchos sentidos. Y a Esme le gustó el pequeño retrato de Carlisle escondido en medio del caos.

Mientras le explicaba los primeros años de Carlisle en Europa, Bella se quedó mirando la pintura, tratando de dar sentido a todas las figuras y los colores arremolinados. Encontré que mi voz se volvía menos casual. Era difícil pensar en la búsqueda de Carlisle por someter su naturaleza, por convertirse en una bendición para la humanidad en lugar de un parásito, sin sentir nuevamente todo el asombro que merecía su viaje.

Siempre envidié el perfecto control de Carlisle pero, al mismo tiempo, creía que era imposible para mí duplicarlo. Ahora me di cuenta de que había elegido el camino perezoso, el camino de menor resistencia, admirándolo mucho, pero sin esforzarme nunca por ser más como él. Este curso intensivo de moderación que Bella me estaba enseñando podría haber sido menos tenso si hubiera trabajado más duro por mejorar en las últimas siete décadas.

Bella me estaba mirando ahora. Di unos golpecitos en la escena relevante frente a nosotros para volver a enfocar su atención en la historia.

—Estaba estudiando en Italia cuando descubrió a los demás allí. Eran mucho más civilizados y educados que los fantasmas de las alcantarillas de Londres.

Se concentró en el cuadro que le indiqué y luego se rió de repente, un poco sorprendida. Había reconocido a Carlisle a pesar del disfraz de túnica en el que estaba pintado.

—Solimena se inspiró mucho en los amigos de Carlisle. A menudo los ha pintado como dioses. Aro, Marcus, Caius—les hice un gesto a cada uno mientras decía sus nombres—. Patronos nocturnos de las artes.

Su dedo vaciló justo encima del lienzo.

—¿Qué les pasó a ellos?

—Todavía están allí. Como lo han estado durante quién sabe cuántos milenios. Carlisle se quedó con ellos sólo por un corto tiempo, sólo unas pocas décadas. Admiraba mucho su cortesía, su refinamiento, pero persistieron en tratar de curar su aversión a “su fuente natural de alimento”, como lo llamaban. Intentaron persuadirlo y él trató de persuadirlos, pero fue en vano. En ese momento, Carlisle decidió probar el Nuevo Mundo. Soñaba con encontrar a otros como él. Estaba muy solo, ¿sabes?

Toqué ligeramente las siguientes décadas, cuando Carlisle luchó con su aislamiento y finalmente comenzó a considerar un curso de acción. La historia se

volvió más personal y también más repetitiva. Había escuchado algo de esto antes: Carlisle encontrándose en mi lecho de muerte y tomando la decisión que había cambiado mi destino. Y ahora, esa decisión también estaba afectando el destino de Bella.

—Y así hemos cerrado el círculo —concluí.

—¿Entonces, siempre has vivido con Carlisle? —preguntó.

Con un instinto infalible, había encontrado la única pregunta que menos quería responder.

—Casi siempre —respondí.

Puse mi mano en su cintura para guiarla fuera de la oficina de Carlisle, deseando poder también guiarla lejos de este hilo de pensamientos. Pero estaba seguro que ella no iba a dejarlo pasar. Bastante seguro...

—¿Casi?

Suspiré, sin querer. Pero la honestidad debía prevalecer sobre la vergüenza.

—Bueno—confesé—. Tuve un episodio típico de la adolescencia rebelde, unos diez años después de que nací, me crearon, como quieras llamarlo. No estaba convencido de su vida de abstinencia y estaba resentido con él por controlar mi apetito. Así que me fui solo por un tiempo.

—¿De verdad? —Su entonación no fue la que esperaba. En lugar de estar disgustada, parecía ansiosa por escuchar más. Esto no coincidía con su reacción en el prado, cuando parecía tan sorprendida de que yo fuera culpable de asesinato, como si esa verdad nunca se le hubiera ocurrido. Quizás se había acostumbrado a la idea.

Empezamos a subir las escaleras. Ahora parecía indiferente a su entorno; ella sólo me miraba.

—¿Eso no te repugna? —pregunté.

Lo consideró por medio segundo.

—No.

Encontré su respuesta molesta.

—¿Por qué no? —Casi exigí.

—Supongo... ¿Qué suena razonable? —Su explicación terminó en un tono más alto, como una pregunta.

*Razonable.* Me reí, el sonido era demasiado duro.

Pero en lugar de decirle todas las formas en que no era ni razonable ni perdonable, me encontré a mí mismo defendiéndome.

—Desde el momento de mi nuevo nacimiento, tuve la ventaja de saber lo que pensaban todos los que me rodeaban, tanto humanos como no humanos. Por eso me tomó diez años desafiar a Carlisle. Pude leer su perfecta sinceridad, entender exactamente por qué vivía de esa manera.

Me pregunté si alguna vez me habría descarriado si no hubiera conocido a Siobhan y a otros como ella. Si no hubiera sido consciente de que todas las demás criaturas como yo, aún no nos habíamos encontrado con Tanya y sus hermanas, pensaban que la forma en que Carlisle vivía era ridícula. Si sólo hubiera conocido a Carlisle y nunca hubiera descubierto otro código de conducta, creo que me habría quedado. Me avergonzaba que me dejara influenciar por otros que nunca fueron iguales a Carlisle. Pero envidiaba su libertad. Y pensé que podría vivir por encima del abismo moral en el que todos se hundieron. Porque yo era especial. Negué con la cabeza ante la arrogancia.

—Me tomó sólo unos años volver a Carlisle y volver a comprometerme con su visión. Pensé que estaría exento de la depresión que acompaña a la conciencia. Cómo conocía los pensamientos de mi presa, podía pasar por alto a los inocentes y perseguir solo al mal. Si seguía a un asesino por un callejón oscuro donde acechaba a una niña, si la salvaba, seguramente no era tan terrible.

Había una gran cantidad de humanos que había salvado de esta manera y, sin embargo, nunca pareció equilibrar la cuenta. Tantas caras pasaron por mis recuerdos, los culpables que había ejecutado y los inocentes que había salvado.

Un rostro permaneció, tanto culpable como inocente.

Septiembre de 1930: Había sido un año muy malo. En todas partes, los humanos luchaban por sobrevivir a las quiebras bancarias, sequías y tormentas de polvo. Los agricultores desplazados y sus familias inundaron ciudades que no tenían lugar para ellos. En ese momento, me preguntaba si la desesperación y el temor generalizados en las mentes que me rodeaban eran un factor que contribuía a la melancolía que comenzaba a atormentarme, pero creo que incluso entonces supe que mi depresión personal se debía totalmente a mis propias decisiones.

Estaba pasando por Milwaukee, como había pasado por Chicago, Filadelfia, Detroit, Columbus, Indianápolis, Minneapolis, Montreal, Toronto, ciudad tras ciudad, y luego regresaba, una y otra vez, verdaderamente nómada por primera vez en mi vida. Nunca me alejé más al sur, sabía que era mejor no cazar cerca de ese semillero de ejércitos neófitos de pesadilla, ni más al este, ya que también estaba evitando a Carlisle, menos por autoconservación y más por vergüenza en ese caso. Nunca me quedé más de unos días en un sólo lugar, nunca interactué con los humanos que no estaba cazando. Después de más de cuatro años, se había convertido en algo sencillo localizar las mentes que buscaba. Sabía dónde era probable que los encontrara y cuándo solían estar activos. Era inquietante lo fácil que era identificar a mis víctimas ideales; había tantos de ellos.

Quizás eso también fuera parte de la melancolía.

Las mentes que cazaba solían estar endurecidas ante toda piedad humana, y la mayoría de las otras emociones además de la codicia y el deseo. Había una frialdad y un enfoque que se destacaba de las mentes normales y menos peligrosas que los rodeaban. Por supuesto, la mayoría de ellos había tardado algún tiempo en llegar a este punto, en el que se veían a sí mismos como depredadores primero y luego como cualquier otra cosa. Así que siempre había una fila de víctimas a las que había llegado demasiado tarde para salvar. Solo podía salvar el siguiente.

Buscando esas mentes, pude desconectarme de todo lo más humano en su mayor parte. Pero esa noche en Milwaukee, mientras me movía con rapidez a través de la noche, paseando cuando había testigos, corriendo cuando no los había, un tipo diferente de mente llamó mi atención.

Era un hombre joven, pobre, que vivía en los suburbios de las afueras del distrito industrial. Estaba en un estado de angustia mental que invadió mi conciencia, aunque la angustia no era una emoción poco común en esos días. Pero a diferencia de los otros que temían al hambre, al desalojo, al frío, a la enfermedad, la necesidad en tantas formas, este hombre se temía a sí mismo.

«No puedo. No puedo. No puedo hacer esto. No puedo. No puedo». Era como un mantra en su cabeza, repitiéndose sin cesar. Nunca se convirtió en algo más fuerte, nunca se convirtió *no debo*. Pensó en las negativas, pero mientras tanto él estaba planeando.

El hombre no había hecho nada... todavía. Sólo había soñado con lo que quería. Sólo había visto a la chica de la casa de vecinos del callejón, nunca había hablado con ella.

Estaba un poco desconcertado. Nunca había condenado a muerte a nadie que tuviera las manos limpias. Pero parecía probable que este hombre no tuviera las manos limpias por mucho tiempo. Y la chica en su mente era solo una niña pequeña.

Inseguro, decidí esperar. Quizás superaría la tentación.

Lo dudaba. Mi reciente estudio de la naturaleza humana más básica había dejado poco margen para el optimismo.

Al final del callejón donde vivía, donde los edificios se inclinaban precariamente entre sí, había una casa estrecha con un techo recientemente derrumbado. Nadie podía llegar al segundo piso de manera segura, así que ahí fue donde me escondí, inmóvil, mientras escuchaba durante los siguientes días. Al examinar los pensamientos de la gente apiñada en los edificios hundidos, no me tomó mucho tiempo encontrar el rostro delgado de la niña en un conjunto de pensamientos diferente y más saludable. Encontré la habitación donde vivía con su madre y dos hermanos mayores y la miré durante el día. Esto fue fácil; solo tenía cinco o seis años, por lo que no se alejó mucho. Su madre la llamó cuando se perdió de vista; Betty era su nombre.

El hombre también observaba cuando no estaba recorriendo las calles en busca de jornaleros. Pero mantuvo su distancia de ella durante el día. Fue por la noche cuando se detuvo frente a la ventana, escondiéndose en las sombras mientras una vela ardía en la habitación de su familia. Marcó a qué hora se apagó la vela. Observó la ubicación de la cama de la niña: sólo un cojín relleno de periódicos debajo de la ventana abierta. Hacía frío por la noche, pero los olores en la casa abarrotada eran desagradables. Todos mantuvieron sus ventanas abiertas.

«No puedo hacer esto. No puedo. No puedo». Su mantra continuó, pero comenzó a prepararse. Un trozo de cuerda que encontró en una cuneta. Algunos trapos que arrancó de un tendedero durante su vigilancia nocturna que funcionarían como una mordaza. Irónicamente, eligió la misma casa en ruinas donde me escondí para guardar su colección. Había un espacio parecido a una cueva debajo de las escaleras derrumbadas. Aquí era donde traería a la niña.

Aun así, esperé, sin querer castigar, antes de estar seguro del crimen.

La parte más difícil, la parte con la que luchó, fue que sabía que tendría que matarla después. Esto era de mal gusto y no le gustaba pensar en cómo. Pero este escrúpulo también fue superado. Tomó otra semana.

En ese momento, tenía mucha sed y me aburría la repetición en su mente. Sin embargo, sabía que no podía justificar mis propios asesinatos a menos que actuara dentro de las reglas que había creado para mí. Castiga sólo a los culpables, sólo a aquellos que dañarían gravemente a otros si se les perdonara.

Me sentí extrañamente decepcionado la noche que vino por sus cuerdas y mordazas. Contra lo razonable, esperaba que se mantuviera libre de culpa.

Lo seguí hasta la ventana abierta donde dormía la niña. No me escuchó detrás de él, no me habría visto en las sombras si se hubiera vuelto. El cántico en su cabeza había terminado. «Podía», se había dado cuenta. Él podría hacer esto.

Esperé hasta que metió la mano por la ventana, hasta que sus dedos rozaron su brazo, buscando un buen agarre...

Lo agarré por el cuello y salté al techo tres pisos más arriba, donde aterrizamos con un ruido sordo.

Por supuesto, estaba aterrorizado por los dedos helados envueltos alrededor de su garganta, desconcertado por el vuelo repentino por el aire, confundido por lo que estaba sucediendo. Pero cuando lo giré para mirarme, de alguna manera lo entendió. No vio a un hombre cuando me miró. Vio mis ojos negros y vacíos, mi piel pálida como la muerte y vio el juicio. Aunque no se acercó a adivinar lo que yo era en realidad, tenía toda la razón sobre lo que estaba sucediendo.

Se dio cuenta de que había salvado a la niña de él y se sintió aliviado. No endurecido cómo los demás, no frío y seguro.

«No lo hice», pensó mientras me lanzaba. Las palabras no fueron una defensa. Se alegró de que lo hubieran detenido.

Él había sido mi única víctima técnicamente inocente, la que no había vivido para convertirse en el monstruo. Poner fin a su progresión hacia el mal había sido lo correcto, lo único que podía hacer.

Al considerarlos a todos, a cada uno de los que había ejecutado, no me arrepiento de ninguna de sus muertes individualmente. El mundo era un lugar mejor por cada una de sus ausencias. Pero de alguna manera esto no importaba.

Y al final, la sangre era sólo sangre. Apagó mi sed durante unos días o semanas y eso fue todo. Aunque había placer físico, estaba demasiado empañado por el dolor de mi mente. Por testarudo que fuera, no pude evitar la verdad. Era más feliz sin sangre humana.

La suma total de la muerte se volvió demasiado para mí. Solo unos meses después dejé mi cruzada egoísta, dejé de intentar encontrar algo significativo en la matanza.

—Pero a medida que pasaba el tiempo—continué, preguntándome cuánto había intuido que yo no había dicho—. Comencé a ver el monstruo en mis ojos. No podía escapar de la deuda de tanta vida humana arrebatada, no importa cuán justificada sea y volví con Carlisle y Esme. Me dieron la bienvenida como a un hijo pródigo. Fue más de lo que merecía—. Recordé sus brazos alrededor de mí, recordé la alegría en sus mentes cuando regresé.

La forma en que me miraba ahora también era más de lo que me merecía. Supuse que mi defensa había funcionado, sin importar lo débil que me sonara. Pero Bella debió haber estado acostumbrada a ponerme excusas ahora. No podía imaginarme de qué otra forma podría soportar estar cerca de mí.

Habíamos llegado a la última puerta del pasillo.

—Mi habitación —le informé mientras la mantenía abierta.

Esperaba su reacción. Regresó el escrutinio minucioso. Analizó la vista del río, la abundancia de estanterías para mi música, el estéreo, la falta de muebles tradicionales, sus ojos saltaban de un detalle a otro. Me pregunté si era tan interesante para ella como lo había sido su habitación para mí.

Sus ojos se detuvieron en los tratamientos de la pared.

—¿Buena acústica?

Me reí y asentí con la cabeza, luego encendí el sistema de sonido. Incluso a pesar de que el volumen era bajo, los altavoces ocultos en las paredes y el techo hacían que sonara como si estuviéramos en una sala de conciertos con los artistas. Ella sonrió, luego se acercó al estante de discos más cercano.



Se sentía surrealista verla en el centro de un espacio que casi siempre era un retiro aislado. Habíamos pasado la mayor parte de nuestro tiempo juntos en el mundo humano (la escuela, la ciudad, su casa) y siempre me había hecho sentir el intruso, el que no pertenecía. Hace menos de una semana, no podría haber creído que alguna vez estaría tan relajada y cómoda en el medio de mi mundo. Ella no era una intrusa; ella pertenecía perfectamente. Era como si la habitación nunca hubiera estado completa hasta ahora.

Y ella estuvo aquí sin pretexto. No había dicho mentiras, había revelado cada uno de mis pecados. Ella lo sabía todo y todavía quería estar en esta habitación, a solas conmigo.

—¿Cómo los tienes organizados? —se preguntó, tratando de darle sentido a mi colección.

Mi mente estaba tan absorta en el placer de tenerla aquí que me tomó un segundo responder.

—Uhm, por año y luego por preferencia personal dentro de ese año.

Bella podía escuchar la abstracción en mi voz. Me miró, tratando de entender por qué la miraba tan intensamente.

—¿Qué? —preguntó, su mano desviándose tímidamente hacia su cabello.

—Estaba preparado para sentirme... aliviado. Haciéndote saber de todo, sin necesidad de guardarte secretos. Pero no esperaba sentir más que eso. Me gusta. Me hace feliz.

Sonreímos juntos.

—Me alegro —dijo.

Era fácil ver que no estaba diciendo nada más que la verdad. No había sombras en sus ojos. Le traía tanto placer estar en mi mundo como a mí estar en el suyo.

Un destello de inquietud torció mi expresión. Pensé en semillas de granada por primera vez en mucho tiempo. Se sentía bien tenerla aquí, pero ¿era solo mi egoísmo el que me cegaba? Nada la había asustado lejos de mí, pero eso no significaba que no debiera estar asustada. Siempre había sido demasiado valiente para su propio bien.

Bella vio mi cara cambiar.

—Todavía estás esperando que salga corriendo, ¿no?

Suficientemente cerca. Asentí.

—Odio reventar tu burbuja—dijo con voz indiferente—. Pero en realidad no eres tan aterrador como crees. En realidad, no te encuentro para nada aterrador.

Fue una mentira bien realizada, especialmente considerando su habitual falta de éxito con el engaño, pero sabía que ella hacía la broma principalmente para evitar que me sintiera abatido o preocupado. Aunque a veces lamentaba la profundidad de su indulgencia hacia mí, cambió mi estado de ánimo. Fue una broma divertida y no pude resistirme a seguir el juego.

Sonreí, mostrando muchos de mis dientes.

—Realmente no deberías haber dicho eso.

Después de todo, había pedido verme cazar.

Me enrosqué en una parodia de mi postura de caza real, una versión suelta y divertida. Exponiendo aún más de mis dientes, gruñí suavemente; fue casi un ronroneo.

Ella comenzó a retroceder, aunque no había miedo real en su rostro. Al menos, sin miedo al daño físico. Parecía un poco asustada de estar a punto de convertirse en el blanco de su propia broma.

Ella tragó con fuerza.

—No lo harías.

Salté.

No pudo ver gran parte de la acción; me moví a una velocidad inmortal.

Lanzándome a través de la habitación, la tomé en brazos mientras pasaba volando. Me convertí en una especie de armadura defensiva a su alrededor, de modo que cuando chocamos con el sofá, ella no sintió el impacto.

Por diseño, había aterrizado de espaldas. La sostuve contra mi pecho, todavía acurrucada entre mis brazos. Parecía un poco desorientada, como si no estuviera segura de qué camino tomar. Luchó por sentarse, pero yo no había terminado de exponer mi punto.

Trató de mirarme, pero sus ojos estaban demasiado abiertos para que la expresión fuera efectiva.

—¿Estabas diciendo? —Pregunté, mi voz un gruñido juguetón.

Trató de recuperar el aliento.

—Que eres... un monstruo muy, muy... aterrador.

Le sonreí.

—Mucho mejor.

Alice y Jasper estaban subiendo las escaleras. Podía escuchar el entusiasmo de Alice por ofrecer una invitación. También sentía mucha curiosidad por los sonidos de una lucha que emanaban de mi habitación. Ella no me había estado mirando, así que ahora sólo vería lo que encontraría cuando llegaran; la forma en que nos habíamos desordenado tanto ya estaba en el pasado.

Bella todavía estaba tratando de liberarse.

—Uhm, ¿puedo levantarme ahora?

Me reí de su continua falta de aliento. A pesar de su exceso de confianza, todavía pude asustarla de verdad.

—¿Podemos entrar? —Alice preguntó desde el pasillo, en voz alta por el bien de Bella.

Me senté, ahora sosteniendo a Bella en mi regazo. No había necesidad de fingir aquí, aunque asumí que sería necesaria una distancia más respetuosa frente a Charlie.

Alice ya estaba entrando a la habitación cuando respondí—: Adelante.

Mientras Jasper dudaba en la puerta, ella se sentó en medio de mi alfombra, con una amplia sonrisa en su rostro.

—Parecía que ibas a almorzarte a Bella y vinimos a ver si la compartirías —bromeó.

Bella se preparó, sus ojos volaron hacia mi rostro en busca de tranquilidad. Sonreí y la apreté más contra mi pecho.

—Lo siento, no creo que tenga suficiente de sobra.

Jasper la siguió a la habitación, incapaz de evitarlo. Las emociones en su interior eran casi intoxicantes para él. En ese momento, supe que los sentimientos de Bella eran los mismos que los míos, porque no había contrapeso a la atmósfera de felicidad con la que Jasper se estaba drogando ahora.

—En realidad—dijo, cambiando de tema. Pude ver que quería controlar lo que estaba sintiendo, regularlo. El ambiente era abrumador—. Alice dice que va a haber una verdadera tormenta esta noche y Emmett quiere jugar a la pelota. ¿Te unes?

Hice una pausa, mirando a Alice.

A la velocidad del rayo, recorrió unos cientos de imágenes de ese posible futuro. Rosalie estaba ausente, pero Emmett no se perdería ningún juego. A veces ganaba su equipo, a veces el mío. Bella estaba allí mirando, su rostro encantado por la exhibición de otro mundo.

—Por supuesto que deberías traer a Bella —me animó, conociéndome lo suficientemente bien como para entender mi vacilación.

«Oh», Jasper fue tomado por sorpresa. Internamente, había reajustado su idea de lo que vendría. No podría relajarse, como había planeado. Pero experimentar las emociones que Bella y yo nos hacíamos sentir... ese era un intercambio que podía aceptar.

—¿Quieres ir? —Le pregunté a Bella.

—Claro—respondió ella rápidamente. Y luego, después de una pequeña pausa—. Uhm, ¿a dónde vamos?

—Tenemos que esperar a que truene para jugar a la pelota—expliqué—. Ya verás por qué.

Su preocupación era más obvia ahora.

—¿Necesitaré un paraguas?

Me reí de que esta fuese su preocupación, y Alice y Jasper se unieron.

—¿Lo hará? —Jasper le preguntó a Alice.

Otro destello de imágenes, esta vez siguiendo el curso de la tormenta.

—No. La tormenta azotará el pueblo. Debería estar lo suficientemente seco en el claro.

—Bien, entonces —dijo Jasper. Descubrió que estaba emocionado por la idea de pasar más tiempo con Bella y conmigo. Su entusiasmo se extendió por su cuerpo, infectándonos al resto de nosotros. La expresión de Bella cambió de cautelosa a ansia.

«Genial», pensó Alice, feliz de que su plan ahora fuera seguro. Ella también quería tiempo recreativo con Bella. «Te dejo para que arregles los detalles».

—Vamos a ver si Carlisle viene —dijo, saltando del suelo.

Jasper le dio un golpe en las costillas.

—Como si no lo supieras.

Salió por la puerta al mismo tiempo. Jasper la siguió más lentamente, saboreando cada segundo cerca de nosotros. Hizo una pausa para cerrar la puerta detrás de él, una excusa para quedarse mucho más tiempo.

—¿Qué vamos a jugar? —Bella preguntó tan pronto como se cerró la puerta.

—Tú vas a mirar. Jugaremos béisbol.

Ella me miró con escepticismo.

—¿A los vampiros les gusta el béisbol?

Le respondí con fingida seriedad.

—Es el pasatiempo americano.

# EL PARTIDO

EL TIEMPO SIEMPRE PASABA MUY RÁPIDO. PRONTO BELLA NECESITARÍA comer otra vez, y actualmente no había comida en mi casa; Planeé rectificar eso en un futuro cercano. Era hora de volver al mundo humano. Mientras estuviéramos juntos, no era una carga sino una alegría.

Así que una comida, un rato para absorber su cercanía y luego tendría que dejarla. Esperaba que quisiera hablar con Charlie a solas antes de mi presentación. Pero tan pronto como giré hacia su calle, quedó claro que mis expectativas para la tarde se vieron frustradas.

Un Ford Tempo de 1987 que había visto mejores días estaba estacionado en el lugar habitual de Charlie. Y bajo la escasa protección del techo del porche, un niño estaba detrás de un hombre en silla de ruedas.

«Bella llegó primero», pensó el anciano. «Eso es lamentable».

«¡Hey, es Bella!» Los pensamientos del chico eran mucho más entusiastas.

Sólo podía pensar en una razón por la que Billy Black no estaría feliz de ver a Bella llegar antes que su padre. Y esa razón involucraba un tratado roto. Pronto tendría la confirmación; Billy aún no me había visto.

—¿Ha olvidado a quién protege realmente el tratado? —Siseé.

Bella me miró, confundida, aunque dudaba que hubiera hablado lo suficientemente lento para que mis palabras fueran inteligibles.

Jacob me vio en el asiento del conductor un segundo antes que Billy.

«Él de nuevo. Entonces ella debe estar saliendo con él». Su entusiasmo se desvaneció.

«¡NO!» El pensamiento de Billy fue un grito y luego un gemido mental. «No».

Escuché sus miedos medio articulados: «¿debería decirle a su hijo que corra?» «¿Ya era demasiado tarde?» Y luego su culpa.

«¿Cómo lo supo?»

Vi que tenía razón, que esta visita no era una llamada social inocente.

Estacionando la camioneta contra la acera, miré al hombre asustado.

—Esto ya es pasarse de la raya —enuncié claramente esta vez. Esperaba que pudiera leer mis labios.

Bella entendió de inmediato.

—¿Ha venido a advertir a Charlie? —Sonaba horrorizada por la idea.

Asentí, sin apartarme de la mirada de Billy. Después de un segundo más, miró hacia abajo.

—Déjame lidiar con esto —sugirió Bella.

Por mucho que me hubiera encantado salir de la camioneta y acechar hacia el dúo indefenso, inclinarme sobre ellos, intimidando, lo suficientemente cerca para

que todos los pequeños signos de lo que era se sintieran como si estuvieran gritando al anciano, mostrar mis dientes y gruñir una advertencia con una voz que sonaría cualquier cosa menos humana, ver cómo se le erizaban los pelos y escuchar su corazón latir con pánico; sabía que era una mala idea. Por un lado, a Carlisle no le gustaría. Por otro lado, aunque el chico conocía bien las leyendas, nunca las creería. A menos que me enfrentara a sus caras e hiciera alarde de mi lado menos humano.

—Eso es probablemente lo mejor—estuve de acuerdo—.Pero ten cuidado. El niño no tiene idea.

La molestia apareció de repente en su rostro. Estaba confundido hasta que ella habló.

—Jacob no es mucho más joven que yo.

Era la palabra *niño* lo que la había ofendido.

—Oh, lo sé —bromeé.

Bella suspiró y alcanzó la manija de la puerta, no más feliz de separarse que yo.

—Mételos dentro para que pueda irme. Volveré al anochecer —le prometí.

—¿Quieres llevarte mi camioneta?

—Puedo caminar a casa más rápido de lo que se mueve esta camioneta.

Ella sonrió por un segundo y luego su rostro decayó.

—No tienes que irte —murmuró.

—En realidad, sí —miré a Billy Black. Estaba mirando de nuevo, pero apartó sus ojos rápidamente cuando se encontró con los míos.

—Después de que te deshagas de ellos—... Sentí una sonrisa en mi rostro, un poco demasiado amplia—. Aún tienes que preparar a Charlie para conocer a tu nuevo novio.

—Muchas gracias —gimió.

Pero aunque estaba claramente preocupada por la reacción de Charlie, pude ver que seguiría adelante con esto. Ella me daría una etiqueta en su mundo humano, algo que me permitiera pertenecer allí.

Mi sonrisa se suavizó.

—Volveré pronto.

Evalué a los humanos en el porche una vez más. Jacob Black estaba avergonzado, entretenido en cáusticos pensamientos sobre su padre por sacarlo a espiar a Bella y su novio. Billy Black todavía estaba bañado por el miedo, esperando que de repente comenzara a matar a todos a la vista. Fue insultante.

En ese estado de ánimo, me incliné para darle un beso de despedida a Bella. Sólo para meterme con el anciano, presioné mis labios contra su garganta en lugar de sus labios.

Los gritos de agonía en su cabeza casi fueron ahogados por el sonido del corazón de Bella acelerado y deseé que los irritantes humanos desaparecieran.

Pero sus ojos estaban ahora en Billy, evaluando su angustia.

—Pronto —ordenó. Después de una breve mirada triste, abrió la puerta y salió.

Me senté muy quieto mientras ella corría a través de la ligera lluvia hacia la puerta.

—Hola, Billy. Hola, Jacob—dijo con forzado entusiasmo—. Charlie se ha ido por el día, espero que no hayas estado esperando mucho.

—No mucho—dijo el hombre en voz baja. Siguió mirándome y luego se alejó de nuevo. Levantó una bolsa de papel marrón—. Sólo queríamos traerle esto.

—Gracias. ¿Por qué no entras un minuto y te secas?

Actuó como si no fuera consciente de su mirada penetrante, abrió la puerta y luego les hizo un gesto para que entraran, con una sonrisa pegada a su rostro. Esperó hasta que estuvieron dentro de la casa para seguirlos.

—Ven, déjame ayudarte con eso —le dijo a Billy mientras se volvía para cerrar la puerta detrás de ella. Sus ojos se encontraron con los míos por un instante y luego se cerró la puerta.

Rápidamente me moví de la camioneta de Bella a mi árbol habitual antes de que pudieran alcanzar cualquier ventana que tuviese una vista de este lado del patio. No me iba a ir hasta que lo hicieran los Black. Si las cosas se iban a poner tensas con la tribu de nuevo, necesitaba saber exactamente hasta dónde estaba dispuesto a llegar Billy hoy.

—¿Se ha ido de pesca otra vez? ¿Allí abajo, donde siempre? Quizá me acerque a saludarlo...

«Aún más urgente ahora. No sabía que se había puesto tan mal. Pobre Bella, no se da cuenta...»

—No—protestó Bella bruscamente al mismo tiempo que mis dientes se apretaban—. Se dirigía a un lugar nuevo... pero no tengo idea de dónde.

Incluso a través de las paredes, pude escuchar que su tono estaba muy mal. Billy también se dio cuenta.

«¿Qué es esto? No quiere que vea a Charlie. Ella no podría saber por qué necesito advertirle».

Pude ver la expresión de Bella mientras la analizaba; sus ojos brillaron, su barbilla se levantó obstinadamente. Le recordó a una de sus hijas, la que nunca lo visita.

«Necesito hablar con ella a solas».

—Jake—dijo lentamente—. ¿Por qué no vas a sacar esa nueva pintura de Rebecca del auto? Eso también se lo dejaré a Charlie.

—¿Dónde está?

Los pensamientos puros y claros de Jacob eran todos sombríos ahora, reproduciendo el beso en la camioneta. Lo afectó de una manera muy diferente a la de su padre. Sabía que ella era demasiado mayor para pensar en él de la forma que él deseaba, pero lo deprimía ver la prueba. Resopló una vez y luego hizo una mueca, distraído.

«Algo se pudo por aquí», pensó y me pregunté si estaba reaccionando al regalo de su padre en la bolsa de papel; no había oído nada extraño esta mañana.

—Creo que lo vi en el maletero—mintió Billy suavemente—. Puede que tengas que rebuscar un poco.

Ni Billy ni Bella hablaron de nuevo hasta que Jacob salió por la puerta principal, con los hombros caídos y boca abajo. Caminó penosamente hasta el auto, ignorando la lluvia y, con un suspiro, empezó a examinar una pila de ropa vieja y trastos olvidados. Todavía estaba repitiendo el beso, tratando de decidir qué tan enamorada estaba Bella.

Billy y Bella se enfrentaban en el pasillo.

«¿Cómo empiezo...?»

Antes de que pudiera decir algo, Bella se dio la vuelta y se dirigió a la cocina. Observó su figura en retirada durante un segundo y luego la siguió.

La puerta del refrigerador crujió, luego se produjo un crujido.

Billy vio cómo ella cerraba la nevera de golpe y se giraba para mirarlo. Notó la expresión defensiva de su boca.

Bella habló primero, su voz antipática. Obviamente, había decidido que no tenía sentido actuar como si no sabía nada.

—Charlie no va a volver hasta dentro de un buen rato.

«Debo mantener esa cosa en secreto por sus propias razones. Ella también necesita saberlo. Tal vez pueda decir lo suficiente para advertirle sin realmente romper el tratado».

—Gracias de nuevo por el pescado frito —las palabras de Bella fueron claramente un despido, pero Billy no creía que ella pareciera sorprendida cuando él se mantuvo firme. Suspiró y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bella —dijo Billy, su voz ya no era casual. Ahora era más profunda, más grave.

Ella se mantuvo tan perfectamente quieta como era posible para un humano y esperó a que continuara.

—Bella—él repitió—. Charlie es uno de mis mejores amigos.

—Sí.

Dijo las palabras muy lentamente.

—Me he dado cuenta que has estado saliendo con uno de los Cullen.

—Sí —dijo de nuevo, apenas velando su hostilidad ahora.

Él no respondió a su tono.

—Quizás no es asunto mío, pero no creo que sea una buena idea.

—Tienes razón—replicó ella—. No es asunto tuyo.

«¡Qué enojada!»

Su voz se volvió pesada de nuevo mientras consideraba cuidadosamente sus palabras.

—Probablemente no lo sepas, pero la familia Cullen tiene una reputación desagradable en la reserva.

Muy cuidadoso. Se quedó apenas en el lado derecho de la línea.

—En realidad, lo sabía—las palabras de Bella volaron calientes y rápidas, en contraste directo con las de él—. Pero esa reputación podría ser innecesaria, ¿no? Porque los Cullen nunca han puesto un pie en la reserva, ¿o sí?

Esto lo detuvo en seco.

«¡Lo sabe! ¿Lo sabe? ¿Cómo? ¿Y cómo podría...? No pudo. Ella no puede saber toda la verdad». La repulsión que coloreaba sus pensamientos hizo que mis dientes rechinaran de nuevo.

—Eso es cierto—finalmente admitió—. Pareces... bien informada sobre los Cullen. Más informada de lo que esperaba.

—Quizás incluso mejor informada que tú.

«¿Qué podrían haberle dicho que la pusiera tan a la defensa de ellos? No es la verdad. Algún cuento de hadas romántico, sin duda. Bueno, obviamente, nada de lo que tengo que decir la convencerá».

—Tal vez—estaba molesto por tener que estar de acuerdo con ella—. ¿Está Charlie también bien informado?

Él vio su expresión volverse más evasiva.

—A Charlie le gustan mucho los Cullen.

«Charlie no sabe nada».

—No es asunto mío—dijo Billy—. Pero puede que sea de Charlie.

La mirada de Bella diseccionó su expresión durante un largo momento.

«La chica parece una abogada».

—Si creo que incumbe o no a mi padre, también es asunto mío, ¿no? —preguntó. Realmente no sonaba como una pregunta.

Nuevamente, se miraron a los ojos.

Finalmente, Billy suspiró.

«Charlie no me creería de todos modos. No puedo alienarlo de nuevo. Necesito poder vigilar esta situación».

—Sí, supongo que eso también es asunto tuyo.

Bella suspiró y su postura se relajó.

—Gracias, Billy —dijo, su voz más suave ahora.

—Piensa bien lo que haces, Bella —instó Billy.

Su respuesta fue demasiado rápida.

—De acuerdo.

Otro pensamiento me llamó la atención. Le había prestado poca atención a la búsqueda infructuosa de Jacob, demasiado concentrado en el enfrentamiento de Billy y Bella. Pero ahora se dio cuenta...

«Ay, hombre, soy un idiota. Me quería fuera del camino».

Lleno de consternación por la forma en que su padre podría estar avergonzándolo y con una medida de miedo culpable de que Bella pudiera haberle contado sobre la ruptura del tratado, Jacob cerró el baúl y corrió hacia la puerta principal.

Billy escuchó el baúl y supo que se le había acabado el tiempo. Dio su última súplica.

—Lo que quise decir es... que dejes de hacer lo que haces.

Bella no respondió, pero su expresión era más suave ahora. Billy tuvo un leve momento de esperanza de que lo hubiera escuchando.

Jacob golpeó la puerta principal para abrirla. Billy miró por encima del hombro, así que no pudo ver la reacción de Bella.

—No hay ninguna pintura en el auto —gruñó Jacob en voz alta.

—Ummm. Supongo que la dejé en casa —dijo Billy.

—Genial —replicó su hijo con gran sarcasmo.

—Bueno, Bella, dile a Charlie—... Billy esperó un poco antes de continuar—, que hemos pasado por aquí, ¿SÍ?

—Lo haré —respondió ella, con voz amarga de nuevo.

Jacob se sorprendió.

—¿Ya nos vamos?

—Charlie va a llegar tarde —explicó Billy, ya girando hacia la puerta.

«¿Cuál fue el punto de subir?» Jacob se quejó internamente. «El anciano se está volviendo senil».

—Ah. Bueno, supongo que te veré otro día, Bella.

—Claro —dijo Bella.

—Cuídate —añadió Billy con una voz de advertencia.

Bella no respondió.

Jacob ayudó a su padre a cruzar el umbral y bajar el escalón del porche. Bella los siguió hasta la puerta. Miró hacia la camioneta vacía, luego saludó una vez hacia Jacob y cerró la puerta mientras Jacob todavía cargaba a su padre en el auto.



Aunque me hubiera gustado unirme a Bella y hablar sobre lo que acababa de suceder, sabía que mi trabajo aún no había terminado. La escuché subiendo las escaleras mientras yo me bajaba del árbol y cortaba el bosque detrás de su casa.

Era mucho más difícil seguir a los Black durante el día mientras caminaba. No podía seguirlos muy bien por la carretera. Entré y salí de los nudos más espesos del bosque, escuchando los pensamientos de alguien lo suficientemente cerca para verme. Los adelanté hasta el desvío de La Push y me arriesgué a correr a toda velocidad por la carretera lluviosa mientras el único automóvil visible se dirigía en la otra dirección. Una vez que estuve en el lado oeste de la carretera, había mucha cobertura. Esperé a que apareciera el viejo Ford, luego corrí paralelo a ellos a través de los árboles oscuros.

Ninguno estaba hablando. Me pregunté si me había perdido alguna recriminación anterior de Jacob. La cabeza del chico estaba ocupada repitiendo el beso de nuevo y estaba concluyendo malhumorado que Bella había estado muy interesada en ello.

La mente de Billy estaba atrapada en un recuerdo. También me sorprendió recordar esto. Desde un ángulo diferente.

Fue hace más de dos años y medio. Mi familia había estado en Denali en ese momento, sólo una breve visita de cortesía en nuestro camino de un hogar semi-permanente a otro. El trabajo preliminar para el regreso a Washington había incluido una tarea única. Carlisle ya tenía su trabajo preparado y Esme había comprado la casa que remodelaría sin ser vista. Los expedientes falsos de mis hermanos y mío habían sido transferidos a la Secundaria Forks. Pero el último paso de preparación fue el más importante, aunque también el más atípico. Aunque nos habíamos mudado a nuestras antiguas casas en el pasado, después de que hubiera transcurrido una cantidad de tiempo adecuada, nunca antes habíamos tenido que avisar de nuestra llegada.

Carlisle había comenzado con Internet. Había encontrado a una genealogista aficionada llamada Alma Young trabajando en la Reserva Makah. Fingiendo ser otro entusiasta de la historia familiar, había preguntado acerca de los descendientes de Efraín Black que pudieran vivir todavía en la zona. La Sra. Young estaba emocionada de darle a Carlisle las buenas noticias: el nieto y los bisnietos de Efraín vivían en La Push, en la costa. Por supuesto que no le importó darle a Carlisle el número de teléfono. Estaba segura de que Billy Black estaría encantado de saber de su primo lejano.

Estaba en la casa cuando Carlisle hizo la siguiente llamada, así que por supuesto escuché todo lo que Carlisle había dicho. Billy estaba recordando su versión ahora.

«Había sido un día tan normal. Las gemelas salieron con amigos, así que solo estaban Billy y Jacob en casa. Billy estaba enseñando al niño a tallar un león marino de madera de madrona cuando sonó el teléfono. Se dirigió a la cocina, dejando al niño tan concentrado en su trabajo que apenas notó que su padre se iba.

»Billy había asumido que era Harry, o tal vez Charlie. Respondió con un alegre—: ¡Hola!

»—Hola. ¿Es Billy Black?

»No reconoció la voz al otro lado de la línea, pero había algo agudo y claro en ella que lo puso de espaldas por alguna razón.

»—Sí, este es Billy. ¿Quién pregunta?

»—Mi nombre es Carlisle Cullen —le dijo la voz suave pero penetrante a Billy, y sintió como si el piso se cayera debajo de él. Por un salvaje segundo, pensó que estaba teniendo una pesadilla.

»Este nombre y esta voz aguda eran parte de una leyenda, una historia de terror. Aunque había sido advertido y preparado, todo había sido hace mucho tiempo. Billy nunca había creído realmente que algún día tendría que vivir en el mismo mundo que esa historia de terror.

»—¿Mi nombre significa algo para usted? —preguntó la voz y Billy notó lo joven que sonaba. No tiene cientos de años como debería.

»Billy había luchado por encontrar su propia voz.

»—Sí —finalmente dijo con voz ronca.

Creyó oír un leve suspiro.

»—Eso es bueno—respondió el monstruo—. Nos facilita el cumplimiento de nuestro deber.

»La mente de Billy se entumeció al darse cuenta de lo que estaba diciendo el monstruo. Deber. Hablaba del tratado. Billy luchó por recordar los acuerdos secretos que había memorizado con tanto cuidado. Si el monstruo decía que tenía el deber que cumplir, eso sólo podía significar una cosa.

»Toda la sangre desapareció del rostro de Billy y las paredes parecían inclinarse a su alrededor, aunque sabía que estaba sentado seguro y estable en su silla de ruedas.

»—Van a volver —se atragantó.

»—Sí—aseguró el monstruo—. Sé que esto debe ser... desagradable de escuchar. Pero le aseguro que su tribu no está en peligro, ni ninguno de los habitantes de Forks. No hemos cambiado nuestros hábitos.

»Billy no pudo pensar en nada que decir. Había estado encerrado en este tratado desde antes de su nacimiento. Quería objetar, amenazar... pero tratado o no, no había nada que pudiera hacer.

»—Viviremos en las afueras de Forks —el monstruo recitó una serie de números, y Billy tardó un momento en darse cuenta de que eran coordenadas, líneas de longitud y latitud. Se apresuró a encontrar algo con qué escribir y se encontró un Sharpie negro, pero sin papel.

»—Otra vez —exigió con voz ronca.

»Los números llegaron más lentamente esta vez y Billy los garabateó en su brazo.

»—No estoy seguro de si conoce bien el tratado...

»—Lo conozco —interrumpió Billy. Los bebedores de sangre tenían un radio de ocho kilómetros alrededor de la ubicación de su guarida que estaba fuera del alcance de cualquier miembro de la tribu. Era un espacio pequeño comparado con la tierra que pertenecía a la tribu, pero en ese momento parecía demasiado.

»¿Cómo convencerían a alguno de los niños de obedecer esta regla? Pensó en sus propias hijas testarudas y en su hijo despreocupado. Ninguno de ellos creyó en ninguna de las historias. Y, sin embargo, si alguna vez cometían un error inocente... tendrían un juego limpio.

»—Por supuesto—dijo cortésmente el monstruo—. Nosotros también lo sabemos muy bien. No tiene nada de qué preocuparse. Lamento la angustia que esto le cause, pero no impactaremos a su gente de ninguna manera.

»Billy sólo escuchó, entumecido de nuevo.

»—Nuestro plan actual es vivir en Forks durante aproximadamente una década.

»El corazón de Billy se detuvo. Diez años.

»—Mis hijos asistirán a la escuela secundaria local. No sé si alguno de los hijos de su tribu va a esa escuela.

»—No —susurró Billy.

»—Bueno, si alguien lo desea, puedo asegurarle que no será inseguro.

»Los rostros de los hijos de Forks pasaron por la mente de Billy. ¿No había nada que pudiera hacer para protegerlos?

»—Déjeme darle mi número. Estaremos felices de poder tener una más cordial...

»—No —dijo Billy, más fuerte esta vez.

»—Por supuesto. Lo que le haga sentir más cómodo.

»Y luego un pensamiento de pánico se entrometió. El monstruo había hablado de sus hijos...

»—¿Cuántos? —Billy preguntó. Su voz sonaba como si lo estuvieran estrangulando.

»—¿Perdóneme?

»—¿Cuántos son?

»Por primera vez, la voz suave y segura vaciló.

»—Dos más encontraron a nuestra familia hace muchos años. Ahora somos siete.

»Muy lenta y deliberadamente, Billy colgó el teléfono.»

Y luego tuve que dejar de correr. No había llegado a la línea del tratado, pero este recuerdo en particular me hizo reacio a acercarme demasiado. Giré hacia el norte y me dirigí a casa.

Así que nada muy útil de los pensamientos de Billy. Estaba razonablemente seguro de que seguiría el mismo patrón: regresaría a su zona segura y contactaría a sus compinches. Repasarían la nueva información, que era bastante escasa, y llegarían a la misma conclusión. No había nada que pudieran hacer. El tratado era su única protección.

Imaginé que la larga amistad de Billy con Charlie sería el punto de discusión. Billy lucharía muy duro para que se le permitiera advertir a Charlie de una manera más detallada. Un frío había elegido a su única hija como... víctima, objetivo, comida; podía adivinar cómo Billy elegiría describir nuestra relación.

Seguramente los demás, más imparciales que Billy, insistirían en su silencio. Independientemente, el intento anterior de Billy de alertar a Charlie sobre el peligro de que Carlisle trabajara en el hospital no había salido bien. Agregar una gran cantidad de lo fantástico ciertamente no ayudaría. Billy ya lo había reconocido él mismo.

Estaba casi en casa. Le daría a Carlisle la actualización y mi análisis de la situación. Realmente no había mucho más que hacer. Estaba seguro de que su reacción sería la misma. Al igual que los Quileute, no teníamos otra opción que seguir el tratado al pie de la letra.

Corrí a través de la autopista de nuevo cuando no había autos pasando. Tan pronto como estuve en el camino, escuché el sonido de un motor familiar que venía del garaje. Me detuve en seco en medio del carril único y esperé.

El BMW rojo de Rosalie dobló la curva y se detuvo con un chirrido.

Saludé sin entusiasmo.

«Sabes que te atropellaría si no estropeará mi auto».

Asentí.

Rosalie aceleró su motor una vez, luego suspiró.

—Supongo que has oído hablar del partido.

«Déjame ir, Edward». Pude ver en su mente que no tenía un destino en mente. Solo quería estar lejos de aquí. «Emmett se quedará. Eso es suficiente, ¿no?»

—¿Por favor?

Cerró los ojos e inhaló profundamente. «No entiendo por qué esto es tan importante para ti».

—Eres importante para mí, Rose —le dije simplemente.

«Todos se divertirán más sin mí».

Me encogí de hombros. Podría tener razón.

«No seré amable».

Sonreí.

—No necesito *amabilidad*. Sólo pedí tolerancia.

Ella vaciló.

—No será tan malo—le prometí—. Tal vez ganes el partido de manera sólida, hacerme quedar mal.

Una comisura de su boca se arqueó mientras luchaba contra una sonrisa. «Emmett y Jasper son míos».

Ella siempre escogía el músculo obvio.

—Trato hecho.

Respiró hondo otra vez, arrepintiéndose instantáneamente de nuestro acuerdo. Trató de imaginarse estar en el mismo lugar que Bella y... luchó.

—No va a pasar nada esta noche, Rose. No está tomando ninguna decisión. Sólo va a vernos jugar un partido, eso es todo. Piensa en ello como un experimento.

«En eso... ¿podría explotar?»

Le di una mirada cansada. Ella puso los ojos en blanco.

—Si no funciona, nos reagruparemos y encontraremos otra solución.

Rosalie tenía una plétora de otras soluciones, la mayoría de ellas profanas, pero estaba lista para rendirse. Lo intentaría... pero pude ver que no trabajaría muy duro para ser civilizada. Era un comienzo.

«Entonces supongo que me debería cambiar». Con eso, puso su auto en reversa y lo empujó hacia la casa, subiendo de cero a sesenta antes de estar completamente fuera de mi vista. Tomé la ruta más corta directamente a través del bosque.

En el interior, Emmett estaba viendo cuatro partidos de béisbol diferentes al mismo tiempo en la pantalla grande. Sin embargo, tenía la cabeza vuelta, escuchando el sonido del coche de Rosalie chirriar en el garaje.

Hice un gesto hacia la televisión.

—Nada de lo que encuentres allí te ayudará a ganar esta noche.

«¿Hablaste con Rose para que jugara?»

Asentí con la cabeza una vez, y una gran sonrisa dividió su rostro.

«Te debo una».

Fruncí mis labios.

—¿De verdad?

Estaba intrigado porque claramente quería algo.

«Seguro, ¿qué quieres?»

—¿Tú mejor comportamiento con Bella?

Rose revoloteó por la habitación y subió las escaleras, deliberadamente ignorándonos a los dos.

Emmett pensó en mi solicitud. «¿Qué implica eso exactamente?»

—No aterrorizarla a propósito.

Se encogió de hombros.

—Parece justo.

—Excelente.

«Me alegro de que hayas vuelto». Los últimos meses se habían arrastrado inusualmente para Emmett, primero con mi estado de ánimo y luego con mi ausencia.

Casi me disculpé, pero sabía que ahora no estaba molesto conmigo. Emmett vivía el presente.

—¿Dónde están Alice y Jasper?

Emmett estaba viendo los partidos de nuevo. «Caza. Jasper quiere estar listo. Algo gracioso, parecía que estaba emocionado por esta noche, más de lo que hubiera esperado».

—Gracioso —estuve de acuerdo, aunque tenía un poco más de comprensión del por qué.

«Edward, querido, puedo escucharte goteando en mis pisos. Ponte algo seco y límpialo».

—¡Lo siento, Esme!

Esta vez me vestí para Charlie, sacando una de las impermeables más impresionantes que rara vez usaba. Quería parecer una persona que se toma en serio el clima, preocupado por evitar el frío y la humedad. Eran los pequeños detalles los que tranquilizaban a los humanos.

Automáticamente, metí la tapa de la botella en el bolsillo de mis jeans nuevos. Mientras fregaba, pensé en el corto viaje hasta el claro de béisbol de esta noche y me di cuenta de que, después de ayer, Bella podría no estar muy interesada en correr conmigo a nuestro destino. Sabía que tendría que correr un poco, pero supuse que cuanto más corta fuese la distancia, mejor.

—¿Puedo pedir prestado tu Jeep? —le pregunté a Emmett.

«Bonita chaqueta». Se rió. «Trata de mantenerte cómodo y seco».

Esperé con una exagerada expresión de paciencia.

—Seguro—estuvo de acuerdo—. Pero ahora me debes una.

—Encantado de estar en deuda contigo.

Me precipité de nuevo hacia arriba por las escaleras al sonido de su risa.

Fue una rápida conferencia con Carlisle, al igual que yo, no podía ver otro curso de acción más que el continuar como estábamos. Y luego estaba corriendo de nuevo hacia Bella.

El Jeep de Emmett era el auto más llamativo de todos sólo por el puro tamaño. Pero no había muchas personas allá afuera bajo el diluvio y la lluvia complicaría mucho para cualquiera fijarse quién estaba al volante. La gente asumiría que el enorme vehículo era de las afueras del pueblo.

No estaba seguro de cuánto tiempo necesitaría Bella, así que cruce en la calle una cuadra antes de la de ella para asegurarme de que estuviese lista para mí.

Incluso antes de llegar al final de la calle, podía sentir que los pensamientos de Charlie vacilaban. Ella ya debía haber comenzado. Capté un rastro del rostro de Emmett en su cabeza. ¿De qué se trataba eso?

Estacioné en un parche de bosque entre las casas y dejé el motor en neutro.

Estaba ya lo suficientemente cerca para escuchar su voces. Las casas cercanas no estaban en silencio, pero esas otras voces, tanto físicas como mentales, eran fáciles de ignorar. Estaba ya en tanta sintonía con la voz de Bella que podía reconocerla en medio de un estadio lleno de gritos.

—Se llama Edward, papá —estaba diciendo.

—¿Y lo es? —su padre demandó. Traté de darle sentido a lo que estaban diciendo sobre mí.

—Algo así, supongo.

—Anoche dijiste que no te interesaba ninguno de los chicos del pueblo —rememoró.

—Bueno, Edward no vive en el pueblo, papá... y de todas modos, apenas estamos empezando, ya sabes. No me hagas pasar un mal rato con todo ese sermón sobre los novios, ¿de acuerdo?

Entonces fui capaz de armar el hilo de la conversación. Traté de entender por las emociones de Charlie cuán perturbado estaba por su revelación, pero parecía extra estoico esta noche.

—¿Cuándo vendrá a recogerte?

—Estará aquí en unos minutos —Bella sonaba más agitada por esto que su padre.

—¿A dónde te llevará? —Bella gimió teatralmente.

—Espero que ya te vayas olvidando de comportarte como un inquisidor. Vamos a jugar béisbol con su familia.

Hubo un segundo de silencio y luego Charlie comenzó a reírse.

—¿Tú vas a jugar béisbol?

Por el tono de Charlie, era evidente que, a pesar de la ocupación de su padrastro, Bella no era una gran fan del deporte.

—Bueno, más bien creo que voy a mirar la mayor parte del tiempo.

—Debe gustarte mucho ese chico —ahora sonaba más suspicaz. Por los recuerdos en su cabeza, me imaginé que estaba tratando de unir las piezas para descubrir cuánto tiempo llevaba esta relación. Se sintió nuevamente justificado por sus sospechas de la noche anterior.

Reviví el motor e hice una rápida vuelta en U. Había terminado su trabajo de preparación y estaba ansioso de volver a estar con ella.

Estacioné detrás de su camioneta y me precipité hacia su camino de entrada. Charlie estaba diciendo—: Me tienes demasiado mimado.

Presioné el timbre y luego me quité la capucha. Era bueno al hacerme pasar por humano, pero se sentía mucho más importante ahora de lo que usualmente era.

Escuché los pasos de Charlie acercándose a mí, seguidos de cerca por los de Bella. La mente de Charlie parecía estar vacilando entre el humor y la ansiedad. Me imaginé que aún estaba disfrutando la idea de Bella involucrándose voluntariamente en un partido de béisbol; estaba casi seguro de que había adivinado bien.

Charlie abrió la puerta, sus ojos enfocados a la altura de mis hombros; estaba esperando a alguien más bajo. Reajustó su mirada y luego dio medio paso hacia atrás.

Había experimentado tantas veces esa reacción en el pasado que no necesité pensamientos claros para entenderla. Igual que cualquier otro humano normal, de pronto, estar de pie a centímetros de un vampiro enviaría una descarga de adrenalina a sus venas. El miedo se retorcería en su estómago solo un segundo y luego su mente racional tomaría el control. Su cerebro lo forzaría a ignorar todas las pequeñas discrepancias que me marcaban como alguien diferente. Sus ojos se enfocarían de nuevo y no vería nada más que a un adolescente.

Lo vi llegar a esa conclusión, de que sólo era un chico normal. Sabía que se preguntaría a qué venía la extraña reacción de su cuerpo.

Abruptamente, una imagen de Carlisle bailó a través de su mente e imaginé que estaría comparando nuestros rostros. Realmente no nos parecíamos mucho, pero las similitudes en nuestros tonos era suficiente para la mayoría de las personas. Quizá no era suficiente para Charlie. Definitivamente estaba insatisfecho por algo.

Bella observaba nerviosamente por sobre el hombro de Charlie.

—Entra, Edward —dijo un paso hacia atrás e hizo un gesto para que lo siguiera. Bella tuvo que bailar fuera de su camino.

—Gracias, Jefe Swan.

Él medio sonrió, casi sin querer.

—Entra y llámame Charlie. Ven, dame la chaqueta.

Me la quité rápidamente.

—Gracias, señor.

Charlie hizo un gesto hacia la pequeña sala.

—Siéntate aquí, Edward.

Bella hizo una cara, claramente quería que nos fuéramos

Escogí el sillón. Me pareció un poco atrevido sentarme en el sofá donde Bella hubiese tenido que sentarse conmigo, o Charlie. Probablemente era mejor mantener unido la familia para una primera cita oficial.

A Bella no le gustó mi elección. Le guiñé un ojo mientras Charlie se acomodaba en su puesto.

—Tengo entendido que vas a llevar a mi niña a ver un partido de béisbol —dijo Charlie. La diversión estaba ganando terreno en su expresión.

—Sí, señor. Ese es el plan.

Se río por lo bajo ruidosamente ahora.

—Bueno, eso es llevarla a tu terreno, supongo.

Educadamente me reí con él.

Bella saltó sobre sus pies.

—Estupendo, ya basta de bromitas a mi costa. Vámonos.

Apresurándose de regreso al pasillo, metió las manos dentro de su chaqueta. Charlie y yo la seguimos. Tomé mi chaqueta en el camino y me la puse.

—No vuelvas demasiado tarde, Bella.

—No te preocupes, Charlie. La traeré a casa temprano —dije.

Me miró como haciendo una petición por un segundo.

—Cuida de mi niña, ¿de acuerdo?

Bella dejó salir otro gemido dramático.

Se sintió más satisfactorio de lo que creí cuando dije las palabras—: Estará a salvo conmigo, lo prometo, señor—, y confía en que son verdaderas.

Bella salió.

Charlie y yo nos reímos juntos de nuevo, aunque esta vez fue más genuino por mi parte. Le sonreí a Charlie y me despedí con la mano mientras seguía a Bella hacia afuera.

No llegué muy lejos. Bella se congeló en el pequeño patio, mirando fijamente el Jeep de Emmett. Charlie se inclinó detrás de mí para ver que había detenido la determinación de Bella por escapar.

Él silbó de la sorpresa.

—Pónganse el cinturón —dijo bruscamente.

La voz de su padre la galvanizó. Salió corriendo a la lluvia torrencial. Mantuve mi velocidad humana, pero usé mis piernas considerablemente más largas para llegar primero al lado del pasajero y abrirle la puerta. Dudó por un momento, mirando el asiento, luego el suelo, luego el asiento de nuevo. Respiró hondo y dobló las piernas como si estuviera a punto de saltar. Charlie no podía vernos mucho a través de las ventanillas del Jeep, así que la subí al asiento. Ella jadeó sorprendida.

Caminé hacia mi puerta, saludando a Charlie de nuevo. Él devolvió el saludo de manera superficial.

Dentro del auto, Bella estaba luchando con el cinturón de seguridad. Sosteniendo una hebilla en cada mano, me miró y dijo:

—¿Qué es todo esto?

—Es un arnés para conducir a campo traviesa.

Ella frunció el ceño.

—Oh, oh.

Después de un segundo de búsqueda, encontró una lengua, pero no encajaba en ninguna de las dos hebillas con las que lo probó.

Me reí entre dientes una vez ante su expresión de desconcierto, luego coloqué todos sus apegos en su lugar. Su corazón latió más fuerte que la lluvia cuando mis manos rozaron la piel de su garganta. Dejé que mis dedos se arrastraran por su clavícula una vez antes de acomodarme en mi asiento y encender el motor.

Cuando nos alejábamos de la casa, dijo, sonando un poco alarmada—: Este es un... um... un *enorme* Jeep el que tienes.

—Es de Emmett. No pensé que quisieras correr todo el camino —admití.

—¿Dónde guardas esta cosa?

—Remodelamos uno de los edificios exteriores para convertirlo en un garaje.

Miró el arnés vacío detrás de mi espalda.

—¿No te vas a poner el cinturón de seguridad?

Yo sólo la miré.

Frunció el ceño y comenzó a poner los ojos en blanco, pero la expresión se quedó atascada en medio de la acción.

—¿Correr todo el camino? —Su voz se elevó a una octava más alta de lo habitual—. O sea, ¿todavía vamos a correr parte del camino?

—Tú no vas a correr —le recordé.

Gimió.

—Me voy a marear.

—Mantén los ojos cerrados, estarás bien.

Sus dientes delanteros mordieron profundamente su labio inferior.

Quería tranquilizarla: estaría a salvo conmigo. Me incliné para besarle la cabeza. Y luego me estremecí.



La lluvia en su cabello afectó su olor de una manera que no esperaba. El ardor en mi garganta, que parecía tan estable, se apoderó de mí en un repentino estallido. Un gemido de dolor escapó de mis labios antes de que pudiera bloquearlo.

Me enderecé de inmediato, dejando espacio entre nosotros. Ella me estaba mirando, confundida. Traté de explicarle.

—Hueles deliciosamente a lluvia.

Su expresión era cautelosa cuando preguntó—: ¿Pero bien o mal?

Suspiré.

—Ambos, siempre ambos.

La lluvia golpeaba el parabrisas como granizo, fuerte y duro, sonando más sólida que líquida. Me metí en la pista todoterreno que nos adentraría en el bosque hasta donde podía llegar el Jeep. Cortaría algunos kilómetros de la carrera.

Bella miró por la ventana aparentemente perdida en sus pensamientos. Me pregunté si mi respuesta la había molestado. Pero luego me di cuenta de lo fuerte que se estaba apoyando contra el marco de la ventana, con la otra mano agarrada al borde de su asiento. Reduje la velocidad, tomando los surcos y las rocas tan suavemente como pude.

Parecía que todos los métodos de viaje, además del aletargado dinosaurio de una camioneta, le resultaban desagradables. Tal vez este viaje lleno de baches la haría menos reacia a viajar de la manera más conveniente.

La pista murió en un pequeño espacio abierto rodeado de abetos apiñados: había suficiente espacio para dar la vuelta a un vehículo y regresar por la montaña. Apagué el motor y de repente se hizo casi un silencio. Corríamos a través de la tormenta; ahora solo había niebla.

—Lo siento, Bella—me disculpé—. Tenemos que ir a pie desde aquí.

—¿Sabes qué? Sólo esperaré aquí.

Sonaba sin aliento de nuevo. Traté de leer su rostro para ver qué tan serio hablaba. No sabía decir si realmente estaba tan asustada o si estaba siendo terca.

—¿Qué pasó con todo tu coraje?—Exigí—. Estuviste extraordinaria esta mañana.

Las comisuras de sus labios se torcieron en una pequeña sonrisa.

—Todavía no he olvidado la última vez.

Corrí alrededor del auto a su lado, preguntándome acerca de esa sonrisa. ¿Me estaba tomando el pelo un poco?

Le abrí la puerta, pero no se movió. El arnés aún debía ser un impedimento. Trabajé rápidamente para liberarla.

—Ya los suelto yo—protestó. Pero ya estaba hecho antes de que pudiera agregar—: Tú vete.

Consideré su expresión por un momento. Parecía un poco nerviosa, pero no aterrorizada. No quería que renunciara a viajar conmigo. Por un lado, era la forma más sencilla de moverse. Pero más que eso... antes de Bella, correr había sido mi actividad favorita. Quería compartirlo con ella.

Pero primero tenía que convencerla de que lo intentara de nuevo.

Quizás intentaría una forma más dinámica de *deslumbrarla*.

Pensé en todas nuestras interacciones pasadas. En los primeros días, a menudo malinterpretaba sus reacciones hacia mí, pero ahora veía las cosas a través de un nuevo filtro. Sabía que sí la miraba a los ojos con cierta intensidad, a menudo perdería el hilo de sus pensamientos. Y luego, cuando la besaba, se olvidaba de todo

tipo de cosas: sentido común, autoconservación e incluso actividades para preservar la vida como respirar.

—Uhm—... Consideré cómo proceder—. Parece que voy a tener que forzar tu memoria.

La levanté del Jeep y la puse suavemente sobre sus pies. Me miró fijamente, un poco nerviosa, un poco emocionada.

Arqueó las cejas.

—¿Forzar mi memoria? ¿Cómo?

—Algo como esto.

En el pasado, había tenido el efecto más fuerte en ella cuando había estado intentando más intensamente escuchar sus pensamientos secretos. Divertido por la inutilidad, lo intenté de nuevo. Miré profundamente sus ojos claros y oscuros. Los míos se estrecharon y luché ferozmente a través del silencio. Por supuesto que no hubo nada que escuchar.

Parpadeó cuatro veces rápidamente, su expresión nerviosa cambió a una más... aturdida.

Sentí que estaba en el camino correcto.

Inclinándome más cerca, coloqué mis manos contra el techo rígido, una a cada lado de su cabeza. Dio medio paso hacia atrás, presionándose contra la puerta. ¿Necesitaba más espacio? Su barbilla se inclinó hacia arriba, su rostro en el ángulo perfecto para que la besara. Entonces probablemente no. Me acerqué unos centímetros. Sus ojos se cerraron a medias, sus labios se separaron.

—Ahora, ¿qué es exactamente lo que te preocupa? —murmuré.

Parpadeó rápido de nuevo y respiró jadeando; no estaba del todo seguro de qué se suponía que debía hacer con sus frecuentes lapsos respiratorios. ¿Necesitaba recordárselo a intervalos?

—Bueno...—tragó, luego tomó otro aliento entrecortado—. Uhm, estrellarme contra un árbol. Y morir. Y luego marearme.

Sonreí ante el orden de los acontecimientos, luego obligué a mi rostro a volver a su antigua expresión de intensidad. Lentamente me incliné y presioné mis labios en la pequeña hendidura entre sus clavículas. Se quedó sin aliento y su corazón se aceleró.

Mis labios se movieron contra la piel de su garganta.

—¿Sigues preocupada ahora?

Le tomó un momento encontrar su voz.

—¿Sí?—Susurró la palabra, insegura—. ¿Con estrellarme contra los árboles... y marearme?

Lentamente incliné mi rostro hacia arriba, trazando la longitud de su garganta con mi nariz y labios. Exhalé mi siguiente pregunta en el hueco justo debajo del borde de su mandíbula. Sus ojos se cerraron por completo.

—¿Y ahora?

Estaba respirando en jadeos rápidos.

—¿Árboles?—jadeó—. ¿Movimiento, mareo?

Pasé mis labios por el costado de su rostro, luego besé suavemente primero un párpado, luego el siguiente.

—Bella, realmente no crees que dejaría que te estampes contra un árbol, ¿verdad? —mi tono fue una suave reprimenda. Después de todo, ella era la que pensaba que yo era bueno en todo. Quizás si le preguntaba sobre su fe en mí.

—No—suspiró—. Pero podrías.

Lenta y deliberadamente, besé mi camino a través de su mejilla, deteniéndome justo en el borde de su boca.

—¿Crees que dejaría que un árbol te lastime?

Mi labio superior tocó su labio inferior con la menor presión imaginable.

—No —suspiró. Fue un sonido suave, casi un arrullo.

Ahora mis labios se movieron ligeramente contra los de ella mientras susurraba—: Ya ves, no hay nada que temer, ¿verdad?

—No —estuvo de acuerdo con un suspiro tembloroso.

Y luego, aunque sólo tenía la intención de abrumarla a ella, me encontré completamente abrumado yo.

No sentía que mi mente tuviera el control. Mi cuerpo estaba tan al mando como cuando cazaba, el impulso y el apetito derribaban la razón. Sólo que ahora mi deseo no era por las viejas necesidades que había tenido tiempo de dominar. Se trataba de nuevas pasiones y todavía no había aprendido a gobernarlas.

Mi boca se aplastó con demasiada fuerza contra la de ella, mis manos tensaron su rostro más cerca del mío. Quería sentir su piel contra cada parte de mí. Quería abrazarla tan cerca que nunca pudiéramos separarnos.

Este nuevo fuego, un fuego sin dolor, que asoló sólo mi capacidad de pensar, se enfureció aún más cuando sus brazos se envolvieron con fuerza alrededor de mi cuello y su cuerpo se inclinó contra el mío. Su calor y su pulso se fusionaron contra mi propia forma desde el pecho hasta el muslo. Me estaba ahogando en sensaciones.

Sus labios se abrieron contra los míos, con los míos, y parecía que cada parte de mí no podía pensar en nada más que profundizar ese beso.

Irónicamente, fue mi instinto más básico lo que la salvó.

Su cálido aliento entró en mi boca y mis reflejos involuntarios reaccionaron: el veneno fluyó, los músculos se tensaron. Fue lo suficientemente impactante para traerme de vuelta a mí mismo.

Me tambaleé lejos de ella, sintiendo sus manos deslizarse por mi cuello y pecho.

El horror inundó mi mente.

¿Qué tan cerca había estado de hacerle daño? ¿Por matarla?

Podía verlo tan claramente como podía ver su rostro sorprendido frente a mí ahora, un mundo sin ella. Había considerado este destino tantas veces que no tenía que imaginar ahora la inmensidad de ese mundo vacío, la agonía de él. Sabía que no era un mundo que pudiera soportar.

O... un mundo en el que se sintiera miserable. Si ella, con total inocencia, hubiera tocado con su lengua uno de los bordes afilados de mis dientes...

—¡Maldita sea, Bella!—jadeé, apenas escuchando las palabras que salieron de mí—. Eres mi perdición, te juro que lo eres—. Me estremecí, asqueado por mí mismo.

Matarla seguramente también me mataría a mí. Su vida era mi única vida, mi frágil y finita vida.

Apoyó las manos en las rodillas, tratando de recuperar el aliento.

—Eres indestructible —murmuró.

Ella tenía razón sobre mi resistencia física, tan diferente a la suya; no sabía cuán profundamente estaba unida mi existencia a la de ella. Y no sabía lo cerca que había estado de desaparecer.

—Podría haberlo creído antes de conocerte—gemí y respiré hondo. No se sentía seguro estar a solas con ella—. Ahora salgamos de aquí antes de que haga algo realmente estúpido.

La alcancé y pareció comprender la necesidad de darse prisa. No se opuso cuando la puse sobre mi espalda. Envolvió sus brazos y piernas rápidamente a mí alrededor y tuve que luchar por un segundo nuevamente para mantener mi mente en control de mi cuerpo.

—No olvides cerrar los ojos —le advertí.

Su rostro se apretó contra mi hombro.

La carrera no fue larga, pero fue lo suficientemente larga para ponerme en orden. Parecía que no podría confiar en nada cuando se trataba de mis instintos; el hecho de que tuviera confianza en mi autocontrol de una manera no significaba que pudiera dar por sentado cualquier otro control. Tendría que dar un paso atrás y trazar una línea cuidadosa para protegerla. Tendría que limitar el contacto físico a alguna forma que no afectara su capacidad para respirar o la mía para pensar. Es patético que la segunda preocupación sea más importante que la primera.

Ella nunca se movió durante el corto viaje. Escuché que su respiración era uniforme y los latidos de su corazón parecían estables, aunque ligeramente elevados. Se mantuvo quieta incluso cuando me detuve.

Extendí la mano detrás de mí para acariciar su cabello.

—Ya pasó, Bella.

Primero soltó los brazos, respiró hondo y luego relajó las piernas tensas. De repente, el calor de su cuerpo se desvaneció.

—¡Ay! —resopló.

Me di la vuelta para encontrarla tendida torpemente en el suelo como la muñeca de un niño tirada al piso. La conmoción en sus ojos se estaba convirtiendo rápidamente en indignación, como si no tuviera idea de cómo había llegado allí, pero supiera que seguramente alguien tenía la culpa.

No estoy seguro de por qué fue tan divertido. Quizás estaba sobreexcitado. Tal vez fue el poderoso alivio que estaba comenzando a sentir ahora que la llamada cercana estaba una vez más detrás de mí. O simplemente necesitaba la liberación.

Por alguna razón, comencé a reírme y no pude parar de inmediato.

Bella puso los ojos en blanco ante mi reacción, suspiró y se puso de pie. Trató de limpiarse el barro de su chaqueta con una expresión tan sufrida de la que solo pude reír más fuerte.

Me miró una vez y luego avanzó.

Contuve mi humor y corrí después para agarrarla suavemente por la cintura, tratando de forzar mi voz para que sonara tranquila mientras le preguntaba—: ¿A dónde vas, Bella?

Ella no me miraba.

—A ver un partido de béisbol—respondió—. Ya que tú no pareces interesado en jugar, voy a asegurarme de que los demás se diviertan sin ti

—Pero si no es por ahí —le informé.

Inhaló una vez por la nariz, inclinó la barbilla en un ángulo aún más obstinado, luego giró 180 grados y se alejó pisando fuerte en la dirección opuesta. La atrapé de nuevo. Esta tampoco era la forma correcta.

—No te enojas—le supliqué—. No pude evitarlo. Deberías haber visto tu cara.

Se me escapó otra risa; traté de tragar la que siguió.

Finalmente miró hacia arriba, encontrándose con mi mirada con ira brillando en sus ojos.

—Oh, claro ¿aquí eres el único al que se le permite enojarse, no?

Recordé lo poco que le gustaba la doble moral.

—No estaba enojado contigo —le aseguré.

Su voz casi goteó ácido cuando me citó.

—“Bella, eres mi perdición”.

Mi humor se volvió negro pero no desapareció por completo. Había dicho más verdad en ese momento de emoción salvaje de lo que pretendía.

—Eso fue simplemente la constatación de un hecho.

Se retorció en mi agarre, tratando de alejarse. Le puse una mano en la mejilla para que no pudiera ocultarme la cara.

Antes de que pudiera decir más, ella insistió—: ¡Te habías enfadado!

—Sí —estuve de acuerdo.

—Pero acabas de decir...

—Que no estaba enojado contigo—ahora nada parecía divertido. Se había echado la culpa a sí misma—. ¿Es que no te das cuenta, Bella? ¿Es que no lo entiendes?

Fruunció el ceño, confundida y frustrada.

—¿Entender qué?

—Nunca podría enfadarme contigo—le expliqué—. ¿Cómo podría? Eres tan valiente, tan leal, tan... cálida—. Indulgente, amable, comprensiva, sincera, buena... esencial, crucial, vivificante... Podría haber seguido por un tiempo, pero ella me interrumpió.

—¿Entonces por qué...? —Susurró.

Supuse que su pensamiento inconcluso era algo parecido a “¿Por qué me gritaste tan cruelmente?”

Tomé su rostro entre ambas manos, tratando de comunicarme con mis ojos tanto como con mis palabras, tratando de poner más fuerza en cada una.

—Me enfurecí conmigo mismo—le dije—. Porque parece que no puedo evitar ponerte en peligro. Mi propia existencia te pone en riesgo. A veces... realmente me odio a mí mismo. Debería ser más fuerte, debería ser capaz de...

Me sorprendió cuando sus dedos tocaron mis labios, bloqueando el resto de lo que quería decir.

—No —murmuró.

La confusión había desaparecido de su rostro, dejando sólo amabilidad detrás. Levanté su mano de mi boca y la presioné contra mi mejilla.

—Te amo—le dije—. Es una mala excusa para lo que estoy haciendo, pero sigue siendo cierto.

Me miró con tanta calidez, tanta... adoración. Parecía haber una sola respuesta a esa mirada.

Tendría que ser una respuesta contenida. No podía haber más impulsividad.

—Ahora, por favor, trata de comportarte —murmuré, hablando más para mí que para ella.

Suavemente, presioné mis labios contra los de ella por un breve segundo.

Estaba muy quieta, conteniendo incluso la respiración. Me enderecé rápidamente, esperando a que volviera a respirar.

Suspiró.

—Le prometiste al Jefe Swan que me llevarías a casa temprano, ¿recuerdas? Será mejor que nos vayamos.

Ayudándome de nuevo. Deseé que mi debilidad no la obligara a tener que ser tan fuerte.

—Sí, señora.

La liberé, tomando una de sus manos para guiarla hacia el camino correcto. Sólo nos quedaban diez metros antes de pasar por el borde del bosque y entrar en el enorme campo abierto que mi familia simplemente llamaba claro. Los árboles habían sido raspados por un glaciar hace mucho tiempo y ahora solo una fina capa de tierra cubría el lecho de roca debajo. La hierba salvaje y los helechos eran las únicas cosas que florecían aquí ahora. Era un lugar de juego conveniente para nosotros.

Carlisle estaba ubicando el diamante mientras Alice y Jasper practicaban algunos trucos nuevos que ella quería perfeccionar: si Jasper decidía de antemano correr en cierta dirección, Alice podría ver esta decisión y lanzarse a su nueva posición antes de que él telegrafara el movimiento. No les daba mucha ventaja, pero por muy parecidos que fuéramos todos, cualquier cosa tenía el potencial de hacernos más competitivos.

Esme nos estaba esperando a Bella y a mí, con Emmett y Rosalie sentados cerca de ella. Cuando aparecimos a la vista, vi a Rosalie sacar su mano de la de Esme antes de que nos diera la espalda y se alejara.

Bueno, ella no había prometido amabilidad. Sabía que era una concesión lo suficientemente grande como para que ella simplemente estuviera aquí.

«Absolutamente ridículo». Esme no estaba de acuerdo conmigo. Había estado tratando de engatusar a Rose para que cambiara de humor toda la tarde sin mucho efecto y estaba exasperada.

«Todo estará bien una vez que comencemos», estaba pensando Emmett. Como yo, estaba aliviado de que Rose hubiera venido.

Esme y Emmett avanzaron para darnos la bienvenida. Le di a Emmett una mirada de advertencia y él me sonrió. «No te preocupes, te lo prometí».

Miró a Bella con interés. Una cosa era estar cerca de los humanos mientras visitábamos su mundo, pero algo completamente diferente era que uno visitara el nuestro. Era emocionante y un humano que, en su opinión, era más o menos uno de nosotros ahora. Sólo tenía experiencias positivas para agregar a la familia. Estaba ansioso por incluir a Bella también.

Podría haber disfrutado de su entusiasmo, pero debajo de su fascinación por algo nuevo, pude ver que no dudaba de la versión de Alice de las cosas.

Sería paciente. Todos llegarían a comprender con el tiempo.

—¿Es a ti a quién hemos oído, Edward? —Preguntó Esme. Alzó su voz más fuerte de lo necesario para que Bella no se quedara fuera.

—Sonaba como un oso ahogándose —agregó Emmett.

Bella sonrió tímidamente.

—Ese era él.

Emmett le sonrió, complacido con su habilidad para seguirle el juego.

—Sin querer, Bella resultaba muy cómica en hace un momento —expliqué.

Alice se disparó hacia nosotros. Supuse que no debería preocuparme que estuviera siendo ella misma. Podía ver mejor de lo que yo podía adivinar qué asustaría a Bella y qué no.

Saltó hasta detenerse a solo un brazo de distancia.

—Es hora —entonó Alice solemnemente, trabajando la vibra del oráculo para el beneficio de Bella. El trueno rompió la quietud en el momento justo. Negué con la cabeza.

—Raro, ¿a que sí? —Emmett le murmuró a Bella, guiñando un ojo cuando ella pareció sorprendida de que se dirigiera a ella. Le sonrió, sólo un poco vacilante.

Me miró. «Ella me gusta».

—¡Vámonos! —Instó Alice, tomando la mano de Emmett. Sabía exactamente cuánto tiempo podríamos salirnos con la nuestra jugando sin restricciones y no quería perder el tiempo. Emmett no estaba menos ansioso por empezar. Juntos, corrieron hacia Carlisle.

«¿Puedo tener un momento con ella? Me gustaría que se sintiera cómoda conmigo», suplicó Esme. Pude ver lo mucho que significaba para ella que Bella la viera como una persona y una amiga, no como algo a lo que temer. Asentí, luego me volví hacia Bella.

—¿Estas lista para unas bolas? —Sonreí, deduciendo fácilmente de los comentarios de Charlie que esta noche era una anomalía para ella. Bueno, con suerte, podríamos mantenerla entretenida.

—¿Vamos equipo? —me reí de su entusiasmo fingido y luego le di a Esme su ansiado espacio, corriendo detrás de Emmett y Alice.

Escuché a Esme hablando con Bella mientras me unía a los otros. Ella no tenía ninguna información que impartir o extraer, sólo quería interactuar con Bella, pero aún así estaba enganchado. Dividí mi atención entre esa conversación y la que había a mi alrededor.

—Edward y yo ya escogimos los equipos—dijo Rosalie—. Jasper y Emmett juegan conmigo.

Alice no estaba sorprendida. A Emmett le gustaron las posibilidades. Jasper estaba menos entusiasta; él prefería trabajar con Alice en lugar de en su contra. Carlisle estaba, al igual que yo, contento con que Rosalie se hubiese unido al juego.

Esme se quejaba de nuestra pobre falta de deportividad, obviamente preparando a Bella para lo peor.

Carlisle sacó una moneda.

—¿Eliges, Rose?

—Ella escogió los equipos —objeté.

Carlisle me miró y luego apunto hacia Alice, que ya había visto que la moneda caería mostrando la cara.

—Rose —dijo él de nuevo y giró la moneda en el aire.

—Cara

Suspiré y ella sonrió. Carlisle atrapó la moneda limpiamente y la giró hacia la parte posterior de su mano.

—Cara —confirmó.

—Bateamos primero —dijo Rosalie.

Carlisle asintió y él, Alice y yo nos movimos para tomar nuestras posiciones en el campo.

Esme ahora le contaba a Bella sobre su primer hijo y me sorprendió la dirección íntima que había tomado su conversación. Esta era la herida más supurante de Esme, pero estuvo amable y compuesta mientras hablaba. Me pregunté por qué decidió compartirle eso.

O quizá Esme no lo había decidido en absoluto. Había una manera en la que Bella escuchaba... ¿No me había visto yo mismo impaciente por compartirle todos los secretos oscuros que alguna vez había tenido? ¿El pequeño Jacob Black no había traicionado un tratado ancestral por el simple hecho de entretenerla? Ella debía tener ese efecto en todo el mundo.

Me moví hacia la profundidad del campo izquierdo. Aún podía oír claramente la voz de Bella.

—Entonces, ¿No te importa? ¿Que no sea... buena para él? —preguntó Bella.

«Pobre niña», pensó Esme. «Esto debe ser muy abrumador para ella».

—No—le dijo a Bella y pude escuchar que esto era cierto. Todo lo que Esme quería era mi felicidad—. Tú eres lo que él quiere. De algún modo, esto va a funcionar.

Pero, al igual que Emmett, ella sólo podía ver un modo. Estaba agradecido de estar lo suficientemente lejos como para que Bella no pudiera leer mi expresión.

Alice esperó hasta que Esme se colocara en la posición de árbitro, Bella a su lado, antes de que Em pisar el montículo.

—De acuerdo, al bate —llamó Esme.

Alice hizo el primer lanzamiento. Emmett, demasiado ansioso, dio un giro tan masivo a su bate, que pasó tan cerca de la bola que la presión del aire alteró la línea recta del lanzamiento. Jasper atrapó la bola en el aire y luego la lanzó de nuevo hacia Alice.

—¿Eso fue un strike? —Escuché que Bella le susurraba a Esme.

—Si no la golpean, es un strike —respondió Esme.

Alice disparó otro lanzamiento a través del plato. Emmett había recalibrado. Ya estaba corriendo antes de oír la detonación cuando el bate y la bola colisionaron.

Alice ya había visto dónde caería la bola y que sería lo suficientemente rápido. Le quitó un poco de emoción al juego, honestamente, Rose debía saber que se equivocaba al dejarnos a Alice y a mí jugar en el mismo equipo, pero pretendía ganar esta noche.

Corrí de vuelta con la pelota, escuchando a Esme cantarle un *out* a Emmett justo cuando aparecí al borde del claro.

—Emmett será el que batea más fuerte, pero Edward corre igual de rápido —le explicó Esme a Bella.

Les sonreí, feliz de ver a Bella entretenida. Sus ojos estaban muy abiertos tanto como su sonrisa.

Emmett tomó el lugar de Jasper, detrás del home, mientras Jasper tomaba el bate, ahora era el turno de Rosalie de atrapar. Eso fue irritante; seguro estar a medio metro de Bella no era tanta molestia. Estaba comenzando a lamentar haberla instado a venir.

Jasper no estaba planeado ver cuán rápido podía correr; ya sabía que no podía batearla tan lejos como Emmett. En vez de eso, bateó el lanzamiento de Alice con el final del bate, conduciendo la bola tan cerca de Carlisle que era obvio que él tendría que perseguirla. Carlisle corrió enseguida para atraparla y luego corrió hacia la primera base. Estuvo muy cerca pero el pie izquierdo de Jasper tocó la base justo antes de que tocara el de Carlisle.

—¡Safe! —declaró Esme.



Bella se inclinaba parada en la punta de sus pies, sus manos cubrían sus oídos con la visible v entre sus cejas, pero se relajó tan pronto Carlisle y Jasper estuvieron de pie de nuevo. Ella me miró y su sonrisa volvió.

Podía sentir la tensión palpable mientras Rosalie tomaba su turno al bate. Aunque Bella estaba fuera de su línea de visión cuando encaró a Alice en el montículo, los hombros de Rosalie parecían curvarse hacia adentro, lejos de Bella. Su postura era recta y su expresión rígida con disgusto.

La miré críticamente y ella curvó su labio hacia mí.

«Tú me querías aquí».

Rose estaba tan distraída que el primer lanzamiento de Alice navegó derecho hacia las manos de Emmett. Frunció el ceño más profundamente y trató de concentrarse.

Alice lanzó la bola de nuevo hacia Rose; esta vez Rosalie medio la tocó, rebotando por la tercera base. Corrí hacia ella, pero Alice ya la tenía. En vez de cantarle *out* a Rose, para lo cual había tiempo, Alice dio vueltas como un tornillo hacia el home. Jasper ya estaba a medio camino entre la tercera base y el home. Él bajó sus hombros planeado chocar con Alice y sacarla del plato del mismo modo en que había hecho con Carlisle pero Alice no esperó a que él la impactara. Ella ejecutó una ingeniosa media vuelta-medio maniobra de desliz, pasándolo en vuelo para luego tocarlo por detrás. Esme le cantó *out*, pero Rosalie usó la distracción para llegar hasta segunda.

Pude adivinar su siguiente jugada antes de que Emmett cambiara de puesto con Jasper de nuevo. Emmett sacrificaría su jugada con una bola alta para que Rosalie llegara a home. Alice había visto lo mismo, pero parecía que iban a tener éxito. Me moví hacia la línea de los árboles, pero si corría hacia el punto hacia dónde Alice vio que iría la bola antes de que Emmett realmente la golpeará, Esme nos penalizaría por hacer trampa. Apreté mis músculos, listo para correr, no hacia la bola sino hacia la visión de Alice.

Emmett golpeó esta hacia arriba en lugar de hacia adelante. Sabiendo que la gravedad era más lenta que yo. Funcionó y apreté mis dientes cuando Rosalie tocó home.

Por otro lado, Bella estaba encantada. Aplaudió con una gran sonrisa, impresionada por la jugada. Rosalie no reconoció el aplauso espontáneo de Bella, ni siquiera la miró y en lugar de eso puso los ojos en blanco hacia mí, pero me sorprendí al escuchar que estaba un poco... suavizada. Supongo que no era la gran cosa, sabía lo mucho que Rosalie ansiaba ser admirada.

Quizá debería decirle algún día alguno de los cumplidos que Bella había dicho sobre su belleza... pero quizá no me creería. Si hubiera visto a Bella ahora, hubiese visto lo obviamente maravillada que estaba. Eso probablemente hubiera suavizado más a Rosalie, pero se rehusó a mirar.

Aún así, me dio más esperanzas. Un poco de tiempo y cumplidos más... y podríamos ganarnos a Rose juntos.

Emmett también estaba disfrutando del emocionado asombro de Bella. Ya le gustaba más de lo que había esperado y encontró este juego más divertido con una audiencia animada. Así como Rosalie amaba ser admirada, Emmett amaba la diversión.

Carlisle, Alice y yo corrimos hacia home mientras Rosalie y su equipo tomaban sus posiciones en el campo. Bella me saludó con los ojos enormes y una gran sonrisa.

—¿Qué te parece? —pregunté.

Se rió.

—Una cosa es segura: no volveré a sentarme otra vez a ver esa vieja y aburrida Liga Nacional de Béisbol.

—Suenas como si lo hubieras hecho antes muchas veces.

Luego apretó sus labios.

—Estoy un poco decepcionada.

No se veía decepcionada.

—¿Por qué?

—Bueno, sería estupendo encontrar una sola cosa que no hagas mejor que cualquier otra persona en este planeta.

«Ugh».

Rosalie no fue la única que gimió ante esto, pero ella fue la más ruidosa.

¿Cuánto tiempo hasta que se acaben las miraditas de amor?—, demandó Rosalie—. La tormenta no durará para siempre.

—Sigo yo—dije a Bella. Levanté el bate de donde lo había dejado Emmett y caminé hacia la base.

Carlisle se acuclilló detrás de mí. Alice me mostró la dirección del lanzamiento de Jasper.

La toqué.

—¡Cobarde!—gruñó Emmett mientras perseguía la bola que rebotaba impredeciblemente. Rose me esperaba en la segunda, pero llegué con bastante tiempo. Me miró ceñuda y yo le sonreí.

Carlisle se paró en el home y se inclinó en posición. Podía escuchar su atención y la predicción de Alice de que tendría éxito. Me preparé, cada músculo listo para la carga. Jasper lanzó una rápida bala curva y Carlisle anguló su bate perfectamente.

Deseé poder advertir a Bella de cubrirse los oídos de nuevo.

El sonido que hizo cuando Carlisle la conectó no era algo que no pudiese describirse como un trueno convincentemente. Era una suerte que los humanos no fuera más suspicaces, que no quisieran creer que nada antinatural.

Estaba corriendo a todo lo que daba, escuchando a través del eco de la explosión a Rosalie corriendo a través del bosque. Si se movía lo suficientemente rápido... pero no, Alice pudo ver la bola aterrizando en el suelo.

Toqué la base de home antes de que la bola llegara a su destino eventual. Carlisle apenas llegaba a primera. Bella parpadeó rápidamente cuando me detuve sólo a unos pasos de ella, como si no hubiera sido capaz de seguir completamente mi carrera.

—¡Jasper! —Llamó Rosalie desde algún lugar dentro del bosque. Carlisle voló pasando tercera. El sonido de la bola volando en nuestra dirección silbó a través de los árboles. Jasper se lanzó hacia el home, pero Carlisle se deslizó por debajo de él justo antes de que la bola chocara con las manos de Jasper.

Esme cantó—: Safe.

—Hermoso —nos felicitó Alice, levantando su mano para chocarla. Ambos le agradecemos.

Podíamos escuchar los dientes de Rosalie rechinar.

Fui a ponerme al lado de Bella, metiendo mis dedos suavemente entre los de ella. Me sonrió mirándome hacia arriba, su nariz y mejillas rosadas por el frío, pero sus ojos brillando con emoción.

Alice estaba pensando en cien maneras distintas de golpear la bola mientras recogía el bate, pero no pudo ver ninguna que pasara a Jasper y Emmett. Emmett estaba asechando cerca de tercera, sabiendo que Alice no tenía los músculos para ganarle al campo de Rosalie.

Jasper lanzó una bola rápida y Alice la bateó hacia el campo derecho. La bola se movió hacia primera, él corrió y la atrapó, tocando la base antes de que Alice pudiera llegar ahí.

—Out.

Apreté los dedos de Bella una vez y fui a tomar mi turno de nuevo.

Esta vez traté de batear una que pasara a Rosalie, pero Jasper lanzó una bola lenta, robándome el momento que necesitaba. Bateé la bola pero solo llegué a primera antes de que Rosalie me bloqueara.

Carlisle bateó golpeando la bola contra el suelo de piedra, esperando que rebotara lo suficientemente alto para tener una oportunidad de cubrir las bases, pero Jasper saltó atrapándola y poniéndola de nuevo en juego demasiado rápido. Emmett me tenía arrinconado en tercera.

Alice corrió entre posibilidades mientras se acercaba a la base, pero la vista no era alentadora. Aunque hizo lo mejor que pudo, golpeando la bola lo más fuerte que pudo hacia la línea derecha de foul. Jasper ni siquiera trató de sacarla de juego antes de lanzar la bola hacia Emmett, que se paró como una pared de ladrillo en frente del home. No tenía muchas opciones. No había manera de pasarlo, pero si todo el equipo lograba embazarse, de acuerdo a las reglas de nuestra familia, eso significaba que automáticamente el inning terminaba.

Arremetí contra Emmett, que lucía complacido por mi elección, pero incluso antes de que tratara de esquivarlo para correr hacia el home, Rosalie ya se estaba quejando.

—Esme, está tratando de forzar un out —esto también iba en contra de las reglas de la familia.

Por supuesto, Emmett me tocó, simplemente no había manera de esquivarlo.

—Tramposo —siseó Rosalie.

Esme me dio una mirada en reprimenda.

—Rose tiene razón. Sal del campo.

Me encogí de hombros y caminé fuera del campo.

El equipo de Rose lo hizo mejor esta vez. Ella y Jasper hicieron carreras gracias a los golpes de Emmett, aunque estaba bastante seguro que pudo haber hecho trampa. El rumbo de la bola cambió en pleno vuelo, casi como si algo más pequeño la golpeará fuera del rumbo, pero había estado muy dentro de los árboles para ver de dónde había venido ese proyectil. Al menos, tuve tiempo para hacerle out a Emmett. El siguiente golpe de Rosalie fue muy bajo; Alice fue capaz de saltar y atraparla. Jasper llegó a la base de nuevo, pero atrapé la recta de Emmett antes de que llegara al bosque y Carlisle y yo atrapamos a Jasper entre los dos en su camino a tercera.

Mientras el juego progresaba, busqué señales de que Bella se estuviese aburriendo. Pero cada vez que miraba, se miraba completamente absorta. Al menos, esto era algo nuevo para ella. Sabía que no nos veíamos muy parecido a los humanos jugando béisbol. Monitoreé su expresión, esperando que la novedad se desgastara. Aún nos quedaban horas de tormenta y Emmett y Jasper no habrían querido perderse nada. Si Bella se aburriera o le diera demasiado frío, me tendría que excusar.

Hice una mueca internamente pesando en cómo le caería eso a Rosalie. Ah, bueno, sobreviviría

Los modales iban desapareciendo así como subían los puntos y me preguntaba qué pensaría Bella de nosotros, la advertencia de Esme sobre nuestra reputación. Pero cuando Rosalie gritó que yo era un “pedazo de tramposo, patético” (porque supe a qué árbol exactamente escalar para atrapar su bola voladora) y luego “cerdo leproso” (haciéndole out en tercera), Bella sólo se rió junto a Esme. Rosalie no era la única lanzando insultos mientras jugábamos, pero esta vez Carlisle no era la única persona que *no* lo hacía. Estaba en mi mejor comportamiento, aunque podía ver que esto irritaba más a Rosalie que si hubiese igualado su sucia boca.

Así que fue un ganar-ganar.

Estábamos en el inning once, nuestros innings no duraban más que unos pocos minutos; no nos deteníamos en ningún número en particular, sólo terminábamos cuando lo hacía la tormenta, y Carlisle bateaba primero. Alice podía ver otro gran golpe y deseé que alguno de nosotros estuviera embasado. Aunque claro, Emmett, tomando su turno al bate, no pudo resistir intentar lanzar un golpe rápido más allá de Carlisle y así le dio todo el poder que necesitaba para aplastar la bola con tanta fuerza que pasó lejos de donde Rosalie tenía alguna esperanza de detenerla. El sonido reverberó en las montañas, más como una explosión que como un trueno.

Mientras ese sonido aún resonaba a nuestro alrededor, otro sonido llamó mi atención.

—¡Oh! —El sonido salió de Alice como si alguien la hubiera golpeado.

Las imágenes le pasaban por la cabeza como un torrente. Una avalancha de nuevos futuros se arremolinó de manera ininteligible, aparentemente desconectados entre sí. Algunos eran cegadores y otros tan oscuros que no había nada que ver. Mil orígenes diferentes, la mayoría de ellos desconocidos.

No quedaba nada del futuro en el que había estado perfectamente segura antes de este momento. Todo lo que había cambiado era lo suficientemente grande como para no dejar intacta ninguna parte de nuestro destino. Alice y yo sentimos un escalofrío de pánico.

Jasper se lanzó al lado de Alice casi más rápido de lo que yo me había movido al de Bella.

—No vi con claridad—susurró Alice—. No podría decirlo.

Ahora estaba comparando visiones. Las antiguas donde, mañana por la noche, los tres desconocidos se acercarían a la casa. Era un futuro para el que estaba preparado; Bella y yo estábamos muy lejos en esa versión.

Algo había cambiado sus planes. Ella avanzó, sólo unos minutos, en esta nueva línea de tiempo. Una reunión amistosa era una posibilidad, presentaciones, una solicitud. Alice se dio cuenta de lo que había sucedido. Pero estaba obsesionada con el hecho de que Bella estaba allí en esta visión, silenciosamente en el fondo.

Todos estábamos en un círculo cerrado en este punto, Alice en nuestro centro.

Ella se concentró. Trabajando rápidamente, rastreó las nuevas visiones hasta sus inicios. Las imágenes agitadas se canalizaron hacia un momento estrecho muy cercano al presente, casi inmediato.

Tres caras de extraños. Tres vampiros que veía corriendo hacia nosotros.

Me lancé hacia Bella, considerando salir corriendo con ella inmediatamente. Pero había un futuro cercano de nosotros solos, superados en número...

—¿Alice? —Preguntó Esme.

Carlisle se acercó y puso una mano en su brazo.

—¿Qué pasa, Alice?

Alice negó con la cabeza rápidamente, como si tratara de obligar a que las imágenes de su cabeza se alinearan de una manera que tuviera sentido.

—Viajaban mucho más rápido de lo que pensaba. Puedo ver que antes tenía mal la perspectiva.

—¿Qué cambió? —Jasper había estado con Alice tanto tiempo que entendía mejor que nadie, además de mí, cómo funcionaba su talento.

—Nos escucharon jugar—nos dijo Alice; los extraños revelarían esta información en la versión amistosa de los hechos—. Y cambiaron su curso.

Todos miraron a Bella.

—¿Qué tan pronto? —Carlisle exigió, volviéndose hacia mí.

No era una distancia fácil para mí escuchar. Ayudó que en una noche tardía y tormentosa como esta, las montañas a nuestro alrededor estaban en su mayoría vacías de humanos. Ayudó más que no hubiera otros vampiros en el área. Las mentes de los vampiros eran un poco más resonantes; podía oírlos desde una distancia mayor, localizarlos más fácilmente. Así que pude localizarlos, con la ayuda de los puntos de referencia que había visto en la visión de Alice, pero sólo pude captar los pensamientos más dominantes.

—Menos de cinco minutos—le dije—. Están corriendo, quieren jugar.

Sus ojos volvieron a mirar a Bella. «Tienes que sacarla de aquí».

—¿Puedes hacerlo?

Alice se centró en una sola posibilidad para mí. Tratando de escapar, Bella en mi espalda.

Bella no me retrasaba mucho, no era la carga de su peso sino la necesidad de moverse con cuidado para no lastimarla lo que me impedía, pero no sería lo suficientemente rápido. Esta hebra ligada al otro futuro que había visto: nosotros rodeados, superados en número...

Los extraños no estaban tan entusiasmados con el béisbol como para ser descuidados. Alice vio que llegarían al claro desde tres ángulos diferentes, vigilando, antes de reagruparse para presentar un frente unido. Si alguno de ellos me escuchaba correr, iría a investigar.

Negué con la cabeza.

—No, cargando...—Los pensamientos de Carlisle se agitaron alarmados—. Además—siseé—, lo último que necesitamos es que capten el olor y empiecen a cazar.

—¿Cuántos? —Exigió Emmett.

—Tres —gruñó Alice.

Emmett resopló. El sonido estaba tan en desacuerdo con la tensión que solo pude mirarlo sin comprender.

—¿Tres?—se burló—. Déjalos que vengan.

Carlisle estaba considerando opciones, pero ya podía ver que sólo había una. Emmett tenía razón: éramos suficientes como para que los extraños tuvieran que ser suicidas para comenzar una pelea.

—Sigamos con el juego—estuvo de acuerdo Carlisle, aunque no necesité leerle la mente para escuchar lo infeliz que estaba con esta decisión—. Alice dijo que simplemente tenían curiosidad.

Alice comenzó a peinar todas las posibilidades de un encuentro aquí en el claro, las imágenes más sólidas ahora que se había tomado una decisión. Parecía que la gran mayoría eran pacíficas, aunque todas comenzaban con tensión. Hubo algunos valores atípicos en el espectro de resultados en los que algo provocó un enfrentamiento, pero esos fueron menos claros. Alice no podía ver qué desencadenaría el conflicto, todavía había que tomar una decisión. Ella no vio ninguna versión estable que pudiera resultar en un combate físico aquí.

Pero había tantas cosas que todavía no podía interpretar. Volví a ver la cegadora luz del sol y ninguno de los dos podía entender *dónde* estaba viendo.

Sabía que la decisión de Carlisle era la única decisión, pero me sentí mal hasta el fondo. ¿Cómo pude haber permitido que esto sucediera?

—Edward—susurró Esme—. ¿Tienen sed? ¿Están cazando ahora?

La sed no estaba en sus pensamientos y en la visión de Alice, cada segundo más clara, sus ojos eran de un rojo saciado.

Negué con la cabeza hacia ella.

«Eso es algo, al menos». Estaba casi tan horrorizada como yo. Sus pensamientos, como los míos, estaban enredados en la idea de que Bella estaba en peligro. Aunque Esme no era una luchadora, podía escuchar lo feroz que esto la hacía sentir. Defendería a Bella como si fuera su propia hija.

—Intenta atrapar tú la bola, Esme—le dije—. Yo me encargaré de prepararla.

Esme tomó mi lugar rápidamente, pero su atención estaba fija en la posición de Bella.

Nadie estaba ansioso por adentrarse en el campo. Se cernieron cerca, todos los oídos enfocados hacia el bosque. Alice, como Esme, no tenía ninguna intención de alejarse de Bella. Sus pensamientos protectores no eran exactamente como los de Esme, no tan maternales, pero podía ver que ella también protegería a Bella a cualquier costo.

A pesar de la sensación de malestar que me consumía, podía sentir una oleada de gratitud por su compromiso.

—Suéltate el pelo —le murmuré a Bella.

No era un gran disfraz, pero lo más obviamente humano, además de su olor y los latidos de su corazón, era su piel. Cuanto más pudiéramos esconder...

Inmediatamente se quitó la elástica de la cola de caballo y sacudió su cabello, dejándolo caer alrededor de su rostro. Estaba claro que entendía la necesidad de esconderse.

—Los otros ya vienen —afirmó. Su voz era tranquila, pero uniforme.

—Sí—le dije—. Quédate muy quieta, cállate y no te muevas de mi lado, por favor.

Coloqué algunos mechones de su cabello en una mejor posición para camuflar su rostro.

—Eso no ayudará—murmuró Alice—. Podía olerla a través del campo.

—Lo sé —espeté.

—¿Qué te preguntó Esme? —Bella susurró.

Pensé en mentir. Ya debía estar aterrorizada. Pero le dije la verdad.

—Si tenían sed.

Su corazón latió fuera de ritmo, luego se aceleró más que antes.

Estaba vagamente consciente de que los demás pretendían continuar el juego, pero mi mente estaba tan concentrada en lo que se avecinaba que no veía nada de su fachada.

Alice vio cómo sus visiones se solidificaban. Vi cómo se dividirían, qué rutas tomarían y dónde volverían a reunirse antes de enfrentarse a nosotros. Me sentí aliviado al ver que ninguno de ellos cruzaría el sendero anterior de Bella antes de entrar al claro. Quizás por eso la visión de Alice de la cordial aunque cautelosa reunión se mantuvo firme. Por supuesto, había cientos de posibilidades una vez que estuvieran aquí. Me vi defendiendo a Bella muchas veces, los demás siempre a mi lado, bueno, Rosalie tomando el flanco de Emmett; parecía que tenía poco interés en proteger a nadie además de él. Hubo algunos hilos futuros frágiles en lo que respecta a una pelea, pero eran tan insustanciales como el vapor. No pude obtener una buena visión del resultado.

Podía escuchar sus mentes acercándose, aún distantes, pero más claras. Era obvio que ninguno de ellos tenía ninguna hostilidad hacia nosotros, aunque el que iba detrás de la manada, la mujer pelirroja que Alice había visto, estaba nerviosa por la ansiedad. Estaba preparada para correr si sentía algún indicio de que éramos agresivos. Los dos machos estaban entusiasmados con la posibilidad de divertirse. Parecían sentirse cómodos al acercarse a un grupo de extraños y supuse que eran nómadas familiarizados con cómo funcionaban las cosas aquí en el norte.

Se estaban separando ahora, haciendo su debida diligencia antes de exponerse. Si Bella no hubiera estado aquí, si hubiera rechazado la idea de pasar la tarde viéndonos jugar... bueno, probablemente habría estado con ella. Y Carlisle me habría llamado para avisarme que los extraños habían llegado temprano. Habría estado ansioso, por supuesto. Pero hubiera sabido que no había hecho nada malo.

Porque debí haber previsto esta posibilidad. El ruido de jugar de los vampiros era un sonido muy específico. Si me hubiera tomado el tiempo para pensar en todas las contingencias concebibles, si no hubiera aceptado la visión de Alice de los extraños que vendrían mañana como un evangelio, si hubiera sido prudente en lugar de entusiasta.

Traté de imaginar cómo me habría sentido si este encuentro hubiera tenido lugar hace seis meses, antes de ver el rostro de Bella. Pensé que habría estado... imperturbable. Una vez que hubiera visto las mentes de estos visitantes, habría estado seguro de que no había nada de qué preocuparse. Probablemente, incluso me hubiera emocionado la novedad de los recién llegados y la variación que agregarían al patrón de nuestro juego habitual.

Ahora no podía sentir nada más que pavor, pánico... y culpa.

—Lo siento, Bella—respiré lo suficientemente fuerte como para que ella lo escuchara. Los extraños estaban demasiado cerca para que yo me arriesgara a hablar en mayor volumen—. Fue estúpido, irresponsable, exponerte así. Lo siento mucho.

Ella sólo me miró fijamente, mostrando el blanco alrededor de su iris. Me pregunté si se mantuvo en silencio debido a mi advertencia, o si simplemente no tenía nada que decirme.

Los extraños se reunieron en la esquina suroeste del claro. Sus movimientos eran ahora audibles. Cambié mi posición para que mi cuerpo ocultara el de ella y comencé a dar golpecitos con mi pie en silencio al ritmo de los latidos de su corazón, con la esperanza de disimularlo tanto como pudiera creando una fuente plausible para el sonido.

Carlisle se volvió para enfrentar el susurro de sus pies acercándose y los demás siguieron su ejemplo. No revelaríamos ninguna de nuestras ventajas, fingiríamos no tener más que nuestros extensos sentidos vampíricos para guiarnos.

Congelados, inmóviles como si estuviéramos tallados en la roca que nos rodeaba, esperamos.



# LA CAZA

PARA EL MOMENTO EN QUE LOS EXTRAÑOS ENTRARON AL CLARO, SUS caras ya eran tan bien conocidas para mí que se sintió como si los estuviera reconociendo en lugar de estarlos viendo por primera vez.

El macho más pequeño y desfavorecido iba a la cabeza, pero rápidamente retrocedió en una maniobra practicada.

Se centró en nuestro número, destacando las amenazas. Supuso que éramos dos o posiblemente tres aquelarres amistosos, reunidos para el juego. Era muy consciente de Emmett, corpulento junto a Carlisle. Y luego yo, obviamente agitado; era extraño que un vampiro se retorciera de ansiedad. Ninguno de ellos sabía qué pensar de mi cadente golpeteo con el pie.

Por una mínima parte de un segundo, luché con la sensación de que algo faltaba en su cuenta, pero había demasiado en lo que concentrarme para tener tiempo de rastrear esa impresión.

El hombre a la cabeza era alto y más guapo que el promedio, incluso para un vampiro. Sus pensamientos eran muy confiados. Su aquelarre no significaba ningún daño aquí; aunque, naturalmente, este gran grupo de aquelarres se sorprendió al ser abordado por extraños, estaba seguro de que lo resolveríamos rápidamente. Él también reaccionó ante el tamaño de Emmett y mi tensión, pero luego Rosalie lo distrajo.

«Me pregunto si está apareada. Hmm, parecen estar parejos en números».

Sus ojos pasaron por alto al resto de nosotros, luego se posaron en Rose de nuevo.

La mujer con el pelo rojo vivo estaba más tensa que cualquiera de nosotros, su cuerpo casi vibraba de ansiedad. Le costó mantener su intensa mirada fuera de Emmett.

«Son demasiados. Laurent es un tonto».

Ya había catalogado mil rutas diferentes para escapar. Actualmente, sentía que su mejor oportunidad era correr hacia el norte hacia el Mar Salish, donde no podríamos seguir su olor. Me preguntaba si no optaría por la costa del Pacífico, mucho más cercana, pero no podía ver sus razones si no pensaba en ellas.

Me encontré esperando que la mujer nerviosa se pusiera a cubierto y los demás la siguieran, pero Alice no vio eso.

La pelirroja estaba mirando al hombre más sencillo, esperando que él corriera primero. Sus ojos bailaron hacia Emmett de nuevo y se movió de mala gana mientras seguía a los demás más cerca.

Los dos machos tampoco parecían capaces de apartar la vista de Emmett por mucho tiempo. Me encontré valorando a mi hermano. Esta noche parecía incluso más grande de lo normal y había algo desconcertante en su tensa quietud.

Aún así, el líder, Laurent, estaba seguro de su plan. Si nuestros aquelarres pudieran llevarse bien entre sí, entonces podríamos llevarnos bien con el suyo. Todos se calmarían y luego todos podríamos jugar. Y llegaría a conocer a la rubia radiante...

Sonrió de una manera amistosa, desacelerando su acercamiento y luego, deteniéndose cuando estuvo a unos metros de Carlisle. Su mirada se posó en Rosalie, en Emmett, en mí y luego de nuevo en Carlisle.

—Creímos haber oído jugar a alguien—dijo. Tenía un leve acento francés, pero su voz interna era en inglés—. Soy Laurent, ellos son Victoria y James.

No parecían tener mucho en común, este viajero urbano del continente y sus dos fieles seguidores más. La hembra estaba irritada por su presentación; estaba casi consumida por la necesidad de escapar. El otro hombre, James, estaba un poco divertido con la confianza de Laurent. Disfrutaba de la naturaleza impredecible de este encuentro y estaba ansioso por ver cómo responderíamos.

«Vic no se ha separado todavía», pensaba. «Así que probablemente no llegue a nada».

Carlisle le sonrió a Laurent, su rostro abierto y amistoso desarmó momentáneamente todo, incluso a la asustada Victoria. Por un segundo, todos se concentraron completamente en él en lugar de en Emmett.

—Soy Carlisle, se presentó—. Esta es mi familia, Emmett y Jasper; Rosalie, Esme y Alice; Edward y Bella—. Hizo un gesto vago en nuestra dirección mientras hablaba, sin llamar la atención sobre mí individualmente o sobre Bella detrás de mí. Laurent y James estaban reaccionando a la información de que no éramos tribus separadas, pero yo no estaba prestando mucha atención.

En el segundo en que Carlisle dijo el nombre de Jasper, me di cuenta de lo que me había estado perdiendo.

Jasper, lacerado con cicatrices en cada parte visible de su piel, alto, delgado y feroz como cualquier león al acecho, ojos brutales con muertes recordadas, debería haber estado al frente de sus evaluaciones. Su aspecto belicoso debería, incluso ahora, estar coloreando esta negociación.

Lo miré por el rabillo del ojo y me encontré... tan increíblemente aburrido. Parecía como si no pudiera haber nada menos interesante en el mundo que este vampiro anodino de pie dócilmente a un lado de nuestro grupo.

¿Mediocre? ¿Dócil? ¿Jasper?

Jasper se estaba concentrando tanto que, si hubiera sido humano, su cuerpo habría estado empapado de sudor.

Nunca lo había visto hacer esto antes, ni siquiera imaginé que fuera posible. ¿Era esto algo que había desarrollado durante sus años en el sur? ¿Camuflaje?

Al mismo tiempo, estaba suavizando la tensión que rodeaba a los recién llegados y haciendo que cualquiera que mirara en su dirección se sintiera singularmente desinteresado. Nada podría ser más aburrido que examinar a este nada masculino al final del grupo, tan poco importante...

Y no sólo a él... Estaba cubriendo a Alice, Esme y Bella en la misma bruma de tedio.

Por eso ninguno de ellos se había dado cuenta todavía. No por el cabello despeinado de Bella o por mi ridículo golpeteo. No podían atravesar la sensación de abrumadora mundanidad para mirarla de cerca. Ella era sólo una entre muchas, y no valía la pena examinarla.

Jasper realmente se estaba extendiendo para proteger a los miembros vulnerables de nuestra familia. Podía escuchar su total concentración. No sería capaz de sostenerlo si las cosas se pusieran físicas, pero por ahora tenía a Bella encerrada en una protección más inteligente de lo que podía haber imaginado.

La gratitud me inundó de nuevo.

Parpadeé con fuerza y me volví a concentrar en los extraños. Se vieron afectados por el encanto de Carlisle, aunque no olvidaron el tamaño intimidante de Emmett ni mi intensidad.

Traté de absorber la calma reconfortante que emanaba Jasper, pero aunque podía ver su efecto en los demás, no podía acceder a él. Me di cuenta de que Jasper estaba presentando lo que quería y eso me incluía al borde, una amenaza, una distracción.

Bueno, ciertamente podría representar en ese papel.

—¿Tienen espacio para algunos jugadores más? —Laurent preguntó, tan amigable como Carlisle.

—En realidad, estábamos terminando—respondió Carlisle, su tono rezumaba calidez—. Pero ciertamente nos interesaría en otro momento. ¿Piensan quedarse mucho tiempo en la zona?

—Nos dirigimos hacia el norte, de hecho, pero teníamos curiosidad por ver quién estaba en el vecindario. No nos hemos topado con ninguna compañía en mucho tiempo.

—No, esta región suele estar vacía excepto para nosotros y algún visitante ocasional, como ustedes.

La amabilidad fácil de Carlisle, junto con la influencia de Jasper, los estaba conquistando. Incluso la pelirroja nerviosa estaba comenzando a calmarse. Sus pensamientos pusieron a prueba esta sensación de seguridad, analizándola de una manera que me resultaba extraña. Me pregunté si estaba al tanto de la actuación de Jasper, pero no parecía sospechar. Era más como si ella cuestionara su propio instinto.

James estaba un poco decepcionado de que un juego no pareciera inminente. Y también... que el enfrentamiento se hubiera calmado. Echó de menos la emoción de lo desconocido.

Laurent estaba absorbiendo el aplomo y la confianza de Carlisle. Quería saber más sobre nosotros. Se preguntó qué subterfugio usábamos para disfrazar nuestros ojos y por qué.

—¿Cuál es su rango de caza? —Laurent preguntó. Esto era algo normal, una pregunta esperada entre los nómadas, pero me preocupaba que alarmara a Bella. Lo que sea que sintiera, estaba tan inmóvil y silenciosa como un humano podría estar detrás de mí. El ritmo de su corazón y por lo tanto mi pie golpeteando, no cambiaron.

—El Olympic Range aquí, arriba y abajo de Coast Ranges en ocasiones—le dijo Carlisle, sin mentir, pero tampoco desengañando a Laurent de su suposición—. Mantenemos una residencia permanente cerca. Hay otro asentamiento permanente como el nuestro cerca de Denali.

Esto los sorprendió a todos. Laurent estaba simplemente confundido, pero cualquier cosa inesperada parecía convertirse en miedo en la mente de la mujer asustada; para ella, todos los efectos de los esfuerzos de Jasper se desvanecieron en un instante. James, sin embargo, estaba intrigado. Aquí había algo nuevo y diferente. No sólo nuestro aquelarre era inmenso, aparentemente ni siquiera éramos nómadas. Quizás este desvío no fue del todo en vano.

—¿Permanente?—Laurent preguntó desconcertado—. ¿Cómo logran hacer eso?

James estaba complacido de que Laurent hubiera hablado, por lo que su curiosidad pudo apaciguarse sin ningún esfuerzo de su parte. En cierto modo, su renuencia a llamar la atención sobre sí mismo me recordó el camuflaje mucho más efectivo de Jasper. Me pregunté por qué James querría ir a lo seguro de esta manera. No parecía coincidir con su deseo de divertirse.

¿O él, como Jasper, tenía algo que ocultar?

—¿Por qué no regresan a nuestra casa con nosotros y podemos hablar cómodamente?—propuso Carlisle—. Es una historia bastante larga.

Victoria se estremeció y pude ver que se mantenía en su lugar sólo por voluntad. Adivinó cuál sería la respuesta de Laurent y, oh, cómo quería correr. James le dio una mirada alentadora, pero no alivió su estrés. Aun así, ella seguiría su ejemplo.

¿Podría ser así de fácil? Sería sencillo separarse si aceptaban la invitación, con Carlisle y Emmett llevándose a los extraños a salvo. Gracias a Jasper, es posible que nunca se den cuenta de lo que les ocultamos.

Miré la visión de Alice del futuro, un poco más difícil en este momento, ya que tuve que ignorar el potente velo de tedio de Jasper, que intentó, con energía, convencerme de que debía haber algo más interesante que hacer.

Alice estaba concentrada en los futuros más cercanos posibles. Me sorprendió que ahora todos terminaran en un enfrentamiento. Algunas de las posibles peleas fueron más claras que antes.

Entonces no sería tan fácil.

En la mente de Laurent, no escuché nada más que interés y el próximo asentimiento; James estaba de acuerdo. Victoria buscó una trampa, rígida de terror.

Ninguno de ellos tenía la intención de causar problemas o incluso examinar nuestros números más de cerca. ¿Qué cambiaría sus mentes?

Sólo podía pensar en un factor que era tan seguro, que no se veía afectado por ninguna decisión o capricho.

El clima.

Me preparé, sabiendo que no había nada que pudiera hacer. Los ojos de Jasper parpadearon hacia mí. Sintió mi nueva angustia.

—Eso es muy interesante y hospitalario de su parte—estaba diciendo Laurent—. Hemos estado cazando todo el camino desde Ontario, y no hemos tenido la oportunidad de asearnos en un tiempo.

Victoria se estremeció, tratando de captar sutilmente la atención de James, pero él la ignoró.

—Por favor, no se ofendan, pero les agradeceríamos que se abstuvieras de cazar en esta área inmediata—les advirtió Carlisle—. Tenemos que pasar desapercibidos, ¿comprenden?

La voz de Carlisle estaba perfectamente segura. Le envidiaba su esperanza.

—Por supuesto—coincidió Laurent—. Ciertamente no invadiremos su territorio. De todos modos, acabamos de alimentarnos fuera de Seattle.

Laurent se rió y el corazón de Bella tartamudeó por primera vez. El movimiento de mi pie vaciló rápidamente, tratando de disfrazar la variación. Ninguno de los extraños pareció darse cuenta.

—Les mostraremos el camino si quieren correr con nosotros —ofreció Carlisle, y sólo Alice y yo sabíamos que era demasiado tarde para que su plan tuviera éxito. Estaba tan cerca ahora, sus visiones corrían para chocar con el presente.

—Emmett y Alice, pueden ir con Edward y Bella a buscar el Jeep.

Ocurrió exactamente cuando dijo el nombre de Bella.

Sopló una suave brisa, un leve aleteo desde una nueva dirección, una aberración causada por el final de la tormenta que giró hacia el oeste. Tan suave. Tan ineludible.

El aroma de Bella, fresco e inmediato, llegó directamente a los rostros de los extraños.

Todos se vieron afectados, pero mientras Laurent y Victoria estaban predominantemente confundidos por el delicioso olor que salía de la nada, James cambió instantáneamente al modo de caza. El camuflaje de Jasper no era lo suficientemente fuerte como para disuadir ese tipo de enfoque.

No tenía sentido seguir fingiendo. Como si estuviera leyendo mis pensamientos, Jasper retiró su ocultación en ese segundo, dejándose sólo él y Alice todavía escondidos. Me di cuenta de que era mejor que él hiciera esto, que sólo alertaría a estos nómadas sobre sus talentos adicionales si trataba de mantener a Bella oculta ahora. Sin embargo, todavía sentía un débil pinchazo de traición.

Pero esa fue sólo la parte más pequeña de mi conciencia. La mayoría de mis facultades estaban abrumadas por la furia.

James empujó hacia adelante y se agachó. Su mente estaba vacía de pensamientos además de la caza, concentrado en la satisfacción inmediata.

Le di algo más en qué pensar.

Me agaché frente a Bella, listo para lanzarme hacia el cazador antes de que él pudiera acercarse a ella, todas mis habilidades concentradas en sus pensamientos. Le rugí una advertencia, sabiendo que sólo la autoconservación tenía alguna esperanza de distraerlo en este punto.

Mi rabia era tan fuerte que casi quería que ignorara mi amenaza.

El preciso enfoque de sus ojos se agrandó, lejos de Bella, mientras me evaluaba. Un extraño destello de sorpresa atravesó su mente. Estaba casi... *incrédulo* de que me hubiera movido para bloquearlo. Sólo podía adivinar que estaba acostumbrado a actuar sin oposición. Vaciló, flaqueando entre la prudencia y el deseo. Sería una tontería ignorar a los demás, no se trataba de una competencia entre nosotros dos. Pero apenas pudo resistir mi desafío. No estaba seguro de querer resistirse.

—¿Qué ocurre? —Exclamó Laurent. No desperdicié ninguna atención en su reacción.

Vi la estratagema en los pensamientos de James antes de que se moviera. Estaba en el lugar para bloquear su nuevo ángulo antes de que terminara el movimiento. Entrecerró los ojos y ajustó su evaluación del peligro que representaba.

«Más rápido de lo que pensaba. ¿Demasiado rápido?»

Ahora sospechaba de mí. De todos nosotros. ¿Por qué no se había fijado antes en la chica? Era tan obvia, su piel de albaricoque suave y mate en contraste con el brillo del resto.

—Ella está con nosotros —escuché a Carlisle advertir con una nueva voz, sin amabilidad.

James le lanzó una mirada y volvió a ser consciente de que Emmett se avecinaba, enorme y ansioso, junto a Carlisle.

Me sorprendió su frustración. James no quería tener cuidado. Estaba ansioso por una pelea. Sin embargo, todavía a punto de atacar, ahorró parte de su atención para sintonizar algún movimiento de Victoria, pero ella estaba congelada de miedo.

Mi propia atención se vio comprometida cuando Laurent finalmente reaccionó.

—¿Trajiste un bocadillo? —preguntó, incrédulo.

Como James, se acercó un paso más a Bella, aunque su movimiento fue más instintivo que agresivo.

Eso no me importaba. Me retorcí un poco, mis ojos nunca dejaron la mayor amenaza y gruñí mi rabia en dirección a Laurent, mostrándole los dientes. A diferencia de James, Laurent se retiró de inmediato.

James se movió de nuevo, probando mi concentración. Estaba en el lugar para responder a su maniobra antes de que se completara el movimiento. Sus labios se retrajeron sobre sus dientes.

—Dije que ella está con nosotros —repitió Carlisle, su voz más cercana a un gruñido de lo que nunca lo había escuchado antes.

—Pero ella es humana —señaló Laurent. Todavía no había agresión en su mente. Sólo estaba desconcertado y asustado. No podía entender esta situación, pero se dio cuenta de que la ofensiva mal considerada de James podría hacer que los mataran a todos. Miró a Victoria, comprobando su reacción tanto como lo había hecho James. Como si fuera una especie de veleta.

Emmett fue el que respondió a Laurent. No sabía si fue Jasper quien hizo que se sintiera como si el suelo temblara cuando dio un paso más hacia el conflicto, o si sólo era Emmett siendo Emmett.

—Sí —gruñó, su tono carecía de toda emoción e inflexión. El acero de su voz pareció atravesar directamente el centro de la confrontación, evocando un repentino escalofrío en el aire.

Estaba bastante seguro de que era obra de Jasper, pero no dividí mi concentración para estar seguro.

Fue efectivo. El cazador se enderezó de su posición en cuclillas.

Leí sus reacciones minuciosamente, manteniendo mi posición defensiva ante la posibilidad de un truco. Esperaba ira, frustración. Había visto antes que era arrogante, que no estaba acostumbrado a que lo obstruyeran. Tener que conceder a una fuerza mayor que la suya seguramente lo enfurecería.

Pero en cambio, una repentina excitación se apoderó de sus pensamientos. Aunque sus ojos nunca se apartaron del todo de Bella o de mí, estaba catalogando en su visión periférica las amenazas que enfrentaba. No con miedo o molestia, sino con un placer extraño y salvaje. Sus ojos todavía pasaban por alto a Jasper y Alice, viéndolos sólo como números en un censo. La masa amenazante de Emmett le pareció repentinamente estimulante.

—Parece que tenemos mucho que aprender los unos de los otros —observó Laurent en un tono apaciguador.

Y luego la inexplicable euforia de James dio paso a la planificación. A la estrategia. A recuerdos de victorias pasadas. Y por primera vez, me di cuenta, con pavor y pánico, de que no era un simple cazador.

—Sin duda —estuvo de acuerdo Carlisle, su voz dura.

Quería desesperadamente saber qué estaba viendo Alice ahora, pero no podía permitirme perder ningún detalle en los pensamientos de mi adversario.

Escuché, mientras recordaba haber acorralado objetivo tras objetivo, mientras revivía la duración de sus búsquedas más exhaustivas, mientras catalogaba la oposición que había superado para llegar a su presa. Ninguno de los desafíos anteriores fue mayor de lo que estaba viendo ahora. Ocho... no, siete, se corrigió. Un aquelarre de siete, ciertamente con algunos talentos entre ellos y una chica humana indefensa que olía mejor que cualquier comida que hubiera tenido en el último siglo.

Emocionante.

No podía empezar aquí, con tantos protegiéndola.

«Espera hasta que se separen. Usa el tiempo para el reconocimiento».

—Aún nos gustaría aceptar tu invitación —le decía Laurent a Carlisle. James sólo estaba consciente de la conversación superficialmente; estaba absorto en su planificación. Hasta que Laurent agregó—: Y, por supuesto, no lastimaremos a la niña humana. No cazaremos en su rango, como dije.

Esto rompió tanto la nueva alegría de James como su atención vigilante. Se apartó de mí para mirar a Laurent con asombro, pero Laurent estaba frente a Carlisle y no vio cómo la conmoción se convirtió en odio.

«¿Te atreves a hablar por mí?»

El calor de su reacción dejó en claro que el aquelarre no permanecería intacto. Escuché la resolución de James de usar a Laurent siempre que fuera conveniente, pero preferiría matarlo antes que dejarlo cuando esa utilidad se acabara. Parecía que su deseo de destruir a Laurent se basaba enteramente en este comentario; no pude encontrar otra fuente de resentimiento. James se irritaba fácilmente, decidí, y no perdonaba. Quizás podría usar eso.

James no pensó en Victoria eligiendo a Laurent. Me pregunté si eran una pareja apareada, pero sus pensamientos no revelaron ningún sentimiento especial por ella. Deben haber estado juntos más tiempo que la alianza con Laurent. Eran el aquelarre original y él el intruso. Encajaba con la facilidad con la que James contemplaba deshacerse del recién llegado.

—Les mostraremos el camino—dijo Carlisle, menos como una oferta y más como una orden—. Jasper, Rosalie, Esme.

A Jasper no le gustó esto: separarse de Alice, especialmente cuando las cosas iban mal. Pero ahora no podía discutir con Carlisle. Necesitábamos presentar un frente unido y él no quería llamar la atención sobre sí mismo. Carlisle no tenía idea de la cobertura que Jasper estaba generando. Jasper se resignó a mantener el ocultamiento todo el tiempo que fuera necesario; si se avecinaba una pelea, tenía la intención de que fuera una emboscada.

Miró a Alice, quien asintió con la cabeza. Confiaba en que no corría peligro. Él aceptó eso pero aún estaba descontento. Se lanzó al lado de Bella.

Sin necesidad de discutir, Jasper, Esme y Rose se movieron juntos para obstruir la vista de James de Bella mientras se unían a Carlisle.

James no estaba perturbado. Su deseo de atacar se había desvanecido. Ahora estaba conspirando.

Emmett se retiró al último, sus ojos en James mientras se movía hacia atrás a mi lado.

Carlisle le hizo un gesto a Laurent y su aquelarre para que abrieran el camino para salir del claro. Laurent obedeció rápidamente, con Victoria justo detrás. Su mente todavía estaba llena de rutas de escape.

James vaciló una fracción de segundo y volvió a mirarnos. Sabía que Bella era invisible detrás de Emmett, pero esta vez no la estaba buscando. Me miró directamente a los ojos y sonrió.

Algo llamó su atención: Alice, sin disfraz cuando Jasper se alejó de ella. Hubo un destello de sorpresa cuando vio su rostro por primera vez, quizás preguntándose por qué no había pensado en evaluarla antes, pero esa sorpresa no se resolvió en palabras antes de que él se volviera y corriera tras los demás. Carlisle y Jasper corrieron pegados a sus talones, Rose y Esme siguiéndolos.

Tuve que esforzarme para evitar que mi voz saliera como un gruñido o un chillido.

—Vamos, Bella.

Parecía paralizada. Sus ojos muy abiertos estaban tan en blanco que me pregunté si incluso entendía lo que estaba diciendo. Pero no tenía tiempo de calmarla o tratarla si estaba en estado de shock. Ahora mismo, la única prioridad era escapar.

La tomé del codo y la tiré en la dirección opuesta a donde los demás acababan de desaparecer. Después de un paso tambaleante, encontró su equilibrio y medio corrió para seguirme. Emmett y Alice se movieron detrás de nosotros, ocultándola, por si acaso.

Estaba seguro de que James no seguiría a Laurent de regreso a nuestra casa. Cuando encontraba una oportunidad, se detenía y volvía en círculos para seguir el rastro de Bella. No podía saber cuánto tiempo le tomaría encontrar esa oportunidad, pero tenía que actuar como si ya estuviera buscándola. Si lo fuera, sería mejor dejarle pensar que nos moveríamos a la velocidad de Bella. Dudé que se sorprendiera por mucho tiempo cuando su olor se volviera repentinamente tenue en los árboles, pero si pudiéramos oscurecer cómo estábamos viajando, tendría que hacer una pausa para reevaluar.

Sus pensamientos estaban demasiado lejos para poder identificarlo ahora, aunque tenía una idea de dónde estaba el grupo más grande. No podía estar seguro de que todavía estuviera con ellos. Si corriera por el costado de uno de estos picos, tendría una buena vista de nuestros movimientos. Aún así, me irritaba nuestra velocidad, o la falta de ella.

Emmett y Alice no comentaron sobre nuestro ritmo. Ambos estaban conscientes de que podríamos tener una audiencia, aunque Alice no podía ver claramente lo que estaba haciendo James. Su camino no se cruzaría con el nuestro aquí, ni en un futuro próximo. Ella sólo había visto a los extraños en el claro en primer lugar porque habían decidido interactuar con nosotros. No era fácil para ella ver a extraños a menos que estuvieran con un miembro de su familia. James sería casi invisible hasta que decidiera abordar a uno de nosotros.

Me parecieron horas hasta que llegamos al borde del claro, pero sabía que en realidad eran sólo unos minutos. Tan pronto como estuvimos lo suficientemente



adentro de los árboles para ser invisibles para cualquier observador, levanté a Bella y la coloqué contra mi espalda. Entonces ella entendió, no demasiado lejos de entrar en estado de shock. Envolvió sus piernas con fuerza alrededor de mi cintura y cerró sus brazos alrededor de mi cuello. Su cara estaba pegada a mi omóplato de nuevo.

Pensé que se sentiría mejor, más seguro, si corría, si corríamos lejos del peligro a una velocidad aceptable, pero el impulso no hizo nada para disolver el bloque sólido de pánico que parecía abrumarme. Sabía que esto era una ilusión, estaba volando a través de los árboles tan rápido como podía sin lastimarla, pero no podía evitar la sensación de que no estaba progresando en absoluto.

Incluso cuando apareció el Jeep y en menos de un segundo tenía a Bella en el asiento trasero, sentí que me estaba quedando atrás.

—Sujétala —le susurré a Emmett. Había elegido la parte de atrás con Bella, reconociendo que él sería su guardaespaldas mientras yo tuviera que conducir. Estaba dispuesto, incluso ansioso.

Por una vez, la disposición de Emmett hacia el humor fue sofocada, una misericordia, ya que no habría sido capaz de soportarlo ahora. Su temperamento se despertó y sus pensamientos se dirigieron hacia la violencia.

Alice se sentó a mi lado y, sin que yo se lo pidiera, estaba corriendo por todos los futuros que podíamos enfrentar ahora. Principalmente había un camino oscuro frente a nosotros, volando bajo los neumáticos, sin un destino claro en mente. Pero había otros futuros que iban en la dirección equivocada, de regreso a Forks, dentro de la casa de Bella y la nuestra, aunque no podía imaginar qué me haría cambiar de opinión.

Nos tambaleamos y corrimos por la carretera en mal estado tan rápido como me atrevía sin arriesgarme a volcar el Jeep, pero seguía sintiendo que estaba perdiendo una carrera.

Mientras Alice seguía buscando, vio otra vez la abrasadora luz del sol, ¿por qué elegiríamos ese tipo de ubicación cuando nos atraparía escondidos? Me concentré en la carretera. Finalmente estábamos de regreso a la autopista y deseé fervientemente que estuviéramos en otro auto, cualquier otro, el mío, el de Rose, el de Carlisle. El Jeep no se modificó para las carreras. Pero no había nada que hacer.

Estaba vagamente consciente del sonido de mi propia voz, gruñendo obscenidades medio articuladas, pero se sentía distante de mí, como si no estuviera bajo mi control.

Ese era el único sonido además del rugido del motor, los neumáticos moviéndose contra la carretera mojada, la respiración irregular de Bella a mi espalda y su corazón palpitante.

Alice estaba viendo una habitación de hotel ahora, pero podría estar en cualquier parte. Las cortinas estaban cerradas.

—¿A dónde vamos?

La pregunta de Bella sonaba como si viniera desde la distancia también. Mis pensamientos estaban demasiado enredados en las visiones de Alice o congelados por el miedo como para que pudiera componer una respuesta. Era casi como si la pregunta no se aplicara a mí.

Su voz había temblado, poco más que un susurro. Pero ahora se volvía fuerte.

—¡Maldita sea, Edward! ¿A dónde me llevas?

Me aparté del confuso remolino del futuro de Alice para poder estar presente. Bella debe estar aterrorizada.

—Tenemos que sacarte de aquí, lejos, ahora —le expliqué.

Habría pensado que la idea de estar lejos sería bienvenida, pero de repente estaba gritando, sus manos luchaban con el arnés mientras trataba de soltarse.

—¡Regresa! ¡Tienes que llevarme a casa!

¿Cómo le explicaba que por ahora había perdido su hogar, que el detestable cazador le había robado más que eso esta noche?

Sin embargo, la prioridad por el momento era evitar que se lanzara fuera del Jeep.

Emmett ya se estaba preguntando si debía contenerla. Dije su nombre, en voz baja y fuerte, para que supiera que quería que hiciera esto. Él agarró sus muñecas con cuidado con sus enormes manos y las inmovilizó.

—¡No! ¡Edward! No—me gritó—. ¡No puedes hacer esto!

No sabía lo que pensaba qué estaba haciendo. ¿Pensó que tenía elección? El sonido de su ira, su desesperación, le dificultaba concentrarse. Sentí que era yo quien la lastimaba, en lugar del peligro del rastreador.

—Tengo que hacerlo, Bella—siseé—. Ahora, por favor, cállate.

Necesitaba ver lo que Alice estaba viendo.

—¡No lo haré!—me gritó—. Tienes que llevarme de vuelta, ¡Charlie llamará al FBI y se echará encima de toda tu familia: ¡Carlisle y Esme! ¡Tendrán que irse, esconderse para siempre!

¿Esto era lo que le preocupaba? Supuse que no debería sorprenderme que se estuviera desmoronando por la amenaza equivocada.

—Cálmate, Bella. Ya lo hemos hecho otras veces —así que tuvimos que empezar de nuevo. Parecía algo sin sentido en este momento.

—¡No por mí, no lo hagas!—chillé—. ¡No arruines todo por mí!

Peleó contra el agarre de Emmett. La única parte de ella que estaba quieta eran sus manos atrapadas. Emmett la miró, confundido.

«¿Qué se supone que haga?»

Antes de que pudiera decirle a Bella por qué estaba equivocada o decirle a Emmett que él estaba bien, Alice decidió unirse a mí en el presente.

—Edward, detente.

La calma en su voz me irritó. Aunque estaba pensando en lo que Bella estaba diciendo, claramente, ninguna de esas preocupaciones significaba nada. Alice debería haberlo sabido mejor. Bella no comprendía lo que había sucedido. ¿Cómo podía? No tenía contexto para nada de esto.

Aceleré el motor automáticamente y de repente me di cuenta de que Alice tampoco tenía todo el contexto. A pesar de su presciencia, había cosas que no podía ver.

—Edward—Alice todavía estaba tranquila, su tono era tan razonable—. Vamos a hablar de esto.

—No lo entiendes—exploté—. Es un rastreador, Alice, ¿No te diste cuenta? ¡Es un rastreador!

Emmett reaccionó más poderosamente a la palabra que Alice. Porque, por supuesto, ella lo había visto, en el momento en que decidí gritarle.

No habíamos tenido una gran exposición a los rastreadores, aparte de las historias. Los más poderosos de ellos estaban lejos, sirviendo en Italia. Carlisle conocía a uno, pero como era lo más alejado de ser sociable, ninguno de nosotros había conocido a Alistair. Emmett y Alice sólo conocían a los rastreadores como

aquellos con talento para encontrar cosas, encontrar personas. No entendían el concepto en el sentido más dinámico. James no sólo tenía talento para encontrar personas. El seguimiento lo era todo para él.

—Detente, Edward —dijo Alice, como si no hubiera hablado.

La fulminé con la mirada mientras apretaba el motor más rápido.

«No es así como va esta noche», pensó con perfecta seguridad.

—Hazlo, Edward.

—Escúchame, Alice—herví, deseando poder poner todo lo que sabía directamente en su cabeza por una vez en lugar de al revés. Ella no lo entendía—. Vi su mente. Cazar es su pasión, su obsesión, y él la quiere a ella, Alice, específicamente a ella. Empieza la caza esta noche.

Ella no se conmovió por mi arrebató.

—No sabe dónde...

La interrumpí, impaciente por su negativa a ver.

—¿Cuánto tiempo crees que le tomará captar su olor en la pueblo? Su plan ya estaba establecido antes de que las palabras salieran de la boca de Laurent.

Bella jadeó y luego volvió a chillar.

—¡Charlie! ¡No puedes dejarlo ahí! ¡No puedes dejarlo!

—Ella tiene razón —dijo Alice. Todavía está demasiado tranquila.

Mi pie soltó el acelerador sin que yo diera esa orden. Obviamente, tampoco podía dejar a Charlie en peligro. ¿Pero cómo podría estar en dos lugares a la vez?

—Veamos nuestras opciones por un minuto —persuadió Alice.

Me sorprendió la imagen de repente en su cabeza. No la había visto rastreando este futuro; lo habría interrumpido y violentamente, sí lo hubiera hecho, pero de alguna manera lo tenía todo dispuesto. Completo.

Alice vio una versión del futuro en la que el rastreador perdía interés y abandonaba la persecución.

«No tiene sentido para él sin el premio», explicó.

Se parecía a la visión anterior, pero me di cuenta de que era nueva. Recién generada. Bella, sus ojos brillaban con un rojo tan brillante que casi resplandecía, sus rasgos tan afilados como si hubieran sido cincelados en un diamante, su piel más blanca que el hielo.

Efectivamente, el rastreador desapareció de esta versión del destino.

Y los ojos brillantes de Bella me miraron con frialdad... acusadora.

Tiré el Jeep sobre el arcén y frené con fuerza. Nos detuvimos bruscamente.

—No hay opciones —le gruñí a Alice.

—¡No voy abandonar a Charlie! —Bella me gritó.

—Tenemos que llevarla a casa —intervino Emmett.

—No.

Emmett me miró por el espejo retrovisor.

—No es rival para nosotros, Edward. No podrá tocarla.

—Esperará —ha disfrutado la espera.

Emmett sonrió sin diversión.

—Yo también puedo esperar.

Quería arrancarme el pelo por la frustración.

—No ves, ¡no entiendes! Una vez que se compromete a cazar, es inquebrantable. Tendríamos que matarlo.

Emmett me miró como si estuviera siendo lento.

«Por supuesto que tenemos que matarlo», pensó, pero sus palabras fueron más suaves. Estaba siendo inusualmente sensible, consciente de la frágil humana a la que estaba confinando.

—Esa es una opción.

—Y a la hembra—le recordé—. Ella está con él—. Esto no afectó a Emmett en absoluto, así que agregué—. Si se convierte en una pelea, el líder también irá con ellos—, aunque lo dudaba.

—Somos suficientes.

¿Contó a Rose y Esme en su cuenta? Por supuesto no. Pensó que podía hacerlo solo, como si se pusieran de pie y lo enfrentaran directamente, sin subterfugios.

—Hay otra opción —repitió Alice.

«Vendrá de todos modos. ¿Por qué no aceptarlo y ponerla a salvo ahora?»

La furia que se apoderó de mí se sintió peligrosa, como si pudiera lastimar a Alice ahora, a pesar de amarla. Traté de contenerlo, dejando que se desahogara sólo con palabras.

— ¡No hay otra opción! Rugí, a centímetros de su cara.

Alice no se inmutó.

«No seas estúpido con esto. Hay demasiados futuros, demasiados giros y vueltas que no puedo desentrañar. Es demasiado amplio. Tienes razón en que no se rendirá... A menos que no tenga motivación para continuar».

En la cabeza de Alice, podía ver décadas de James cazando a Bella mientras trataba de esconderla. Mil trampas y artimañas diferentes. Claramente, sería más difícil de matar de lo que Emmett imaginaba.

Bueno, no tuve ningún problema en estar alerta durante décadas. No cambiaría su vida por un futuro más fácil.

Una voz pequeña y temblorosa nos interrumpió.

—¿Alguien quiere escuchar mi plan?

—No —espeté, todavía mirando a Alice. Ella me devolvió el ceño.

—Escucha—continuó Bella—. Me llevas de vuelta.

—No.

—Llévame de vuelta—insistió, su voz más fuerte y enojada ahora—. Le digo a mi papá que quiero irme a casa en Phoenix. Hago mis maletas. Esperamos hasta que este rastreador esté mirando y luego corremos. Nos seguirá y dejará a Charlie en paz. Charlie no llamará al FBI sobre tu familia y entonces podrás llevarme al maldito lugar que quieras.

Así que no estaba pensando de forma totalmente irracional, ofreciéndose como sacrificio a cambio de la vida de Charlie o nuestra protección. Ella tenía un plan.

—No es una mala idea, de verdad —reflexionó Emmett. Tenía poca fe en las habilidades del rastreador; Prefería dejar un rastro que seguir que no tener idea de en qué dirección aparecería el enemigo. También pensó que sería más rápido de esta manera y, a pesar de sus palabras anteriores, Emmett realmente no tenía mucha paciencia.

Alice lo consideró, viendo cómo la resolución de Bella cambiaba su futuro. Podía ver que, al menos, el rastreador estaría allí para la actuación.

—Podría funcionar —admitió. Nuevas visiones se agolpaban rápidamente sobre las viejas. Nos dividimos en tres direcciones diferentes, dejando sólo el rastro que queríamos dejar. Vio a Emmett y Carlisle cazando en el bosque. A veces Rosalie

también estaba allí, a veces eran Emmett y Jasper, pero ningún grupo se mantenía estable.

—Y simplemente no podemos dejar a su padre desprotegido. Lo sabes —añadió Alice, todavía mirando el juego de las imágenes. De esta parte estaba segura. Regresaríamos y le daríamos al rastreador algo en lo que enfocarse además de Charlie.

Pero en estas visiones muy claras, el rastreador estaba demasiado cerca de Bella. El pensamiento tensó mis nervios ya crudos.

—Es demasiado peligroso—murmuré—. No lo quiero cerca ni a cien kilómetros a la redonda.

—Edward, no nos está pasando —Emmett estaba frustrado por lo que vio como mi intento de evitar una pelea. No sentía nada de lo que estaba en juego.

Alice analizó los resultados inmediatos de esta decisión, una decisión que estaba tomando ahora, al ver que yo estaba congelado por la incertidumbre. No hubo una versión que terminara en una pelea en la casa de Charlie. El rastreador sólo esperaría y observaría.

—No lo veo atacando—confirmó—. Intentará esperar a que la dejemos sola.

—No tardará en darse cuenta de que eso no va a suceder.

—Exijo que me lleves a casa —ordenó Bella, forzándose a hacer que su voz sonara más asertiva.

Traté de pensar a través de la bruma del pánico, la desesperación y la culpa. ¿Tenía sentido colocar nuestra propia trampa en lugar de esperar a que el rastreador colocara la suya? Eso sonaba bien, pero cuando traté de imaginarme permitiendo que Bella estuviera más cerca de él, esencialmente convirtiéndola en un cebo, no pude forzar la imagen en mi mente.

—Por favor —susurró y había dolor en su voz.

Pensé en el rastreador encontrando a Charlie solo en casa. Sabía que esto debía estar en la vanguardia de la mente de Bella. Sólo podía imaginar lo asustada y desesperada que la pondría. Ninguno de mi familia era vulnerable de esa manera. Bella era mi única vulnerabilidad.

Teníamos que alejar el rastreador de Charlie. Eso era obvio. Esta era la única parte de su plan que realmente importaba. Pero si no funcionaba la primera vez, si el rastreador no viera nuestra actuación, no pondría en peligro nuestra suerte. Se nos ocurrió otra versión. Emmett podría cuidar a Charlie todo el tiempo que fuera necesario. Sabía que estaría feliz de enfrentarse al rastreador solo. También estaba seguro, dadas las mejoras de Jasper en el claro, que el rastreador nunca se pondría voluntariamente al alcance de Emmett.

—Te vas esta noche, ya sea que el rastreador lo vea o no—le dije a Bella, sintiéndome demasiado derrotado para mirar hacia arriba—, dile a Charlie que no puedes aguantar un minuto más en Forks. Cuéntale cualquier historia que funcione. Empaca lo primero que tocan tus manos y luego súbete a tu camioneta. No me importa lo que te diga. Tienes quince minutos—. Me miré en el espejo, encontrándome con su mirada. Su expresión era estoica ahora—. ¿Me escuchas? Quince minutos desde el momento en que cruces la puerta.

Aceleré el motor, luego realicé un giro en U cerrado, ahora con un tipo diferente de prisa. Quería acabar con la parte del cebo lo más rápido posible.

—¿Emmett? —ella preguntó.

Pude ver en la mente de Emmett que estaba mirando sus manos encadenadas.

—Oh, lo siento —murmuró Emmett, liberándola.

Esperó a que yo me opusiera y luego se relajó cuando no lo hice.

Ahora que tomé la decisión, me concentré de nuevo en las visiones de Alice. No había muchas opciones, tal vez treinta versiones sólidas. En la mayoría de ellas, el rastreador aparecía en la casa de Charlie unos dos minutos después de que lo hiciéramos, manteniendo una distancia segura. En unas pocas, venía después de que nos fuéramos. Pero incluso en esas, ignoraba a Charlie y seguía nuestro rastro.

Después de eso, las posibilidades se redujeron aún más. Volveríamos a casa. El rastreador se quedaría aún más atrás, sin querer arriesgarse a una confrontación. La pelirroja lo estaría esperando allí. Mi familia se dividiría. Laurent no ayudó en ninguna versión a James y Victoria. Así que solo tendríamos que dividirnos en tres grupos.

Lo único que no entendía era cómo la composición de esos tres grupos seguía cambiando. No tenía sentido.

Independientemente, la siguiente parte fue muy clara.

—Así es cómo va a pasar—le expliqué a Emmett—. Cuando lleguemos a la casa, si el rastreador no está allí, la acompañaré hasta la puerta. Luego tiene quince minutos—me encontré con los ojos de Bella en el espejo de nuevo—. Emmett, tú controlas el exterior de la casa. Alice, tomas la camioneta. Estaré adentro mientras ella lo esté. Después de que ella salga, ustedes dos pueden llevarse el Jeep a casa y decírselo a Carlisle.

—De ninguna manera—objetó Emmett—. Iré contigo. «Me debes una, ¿recuerdas?»

No debería sorprenderme que quisiera eso. Probablemente por eso se confundieron las agrupaciones futuras.

—Piénsalo bien, Emmett. No sé cuánto tiempo estaré fuera.

—Hasta que sepamos hasta dónde va a llegar esto, iré contigo.

No había vacilaciones en su mente. Quizás era lo mejor. Lo dejé ir.

En la cabeza de Alice, ahora eran Carlisle y Jasper cazando en el bosque.

—Si el rastreador está ahí—continué—, seguimos conduciendo.

—Vamos a llegar allí antes que él —insistió Alice.

Tenía una certeza del noventa y nueve por ciento, pero no me arriesgaba con una versión atípica que era menos clara que las otras.

—¿Qué vamos a hacer con el Jeep? —Preguntó Alice.

—Lo vas a llevar a casa.

—No, no lo haré —dijo con absoluta certeza.

La visión de cómo nos dividiríamos cambió de nuevo.

Gruñí una serie de maldiciones arcaicas en su dirección.

Bella interrumpió en voz baja.

—No cabemos todos en mi camioneta.

Como si fuéramos a escapar en ese perezoso geriátrico. Sin embargo, no dije nada, sabiendo lo sensible que era con su camioneta. No tenía energía para una discusión inútil.

Cuando no respondí, susurró—: Creo que deberías dejarme ir sola.

Había perdido su significado de nuevo. Naturalmente, ella pensaría que era su trabajo sacrificarse para que Charlie pudiera tener un número de guardaespaldas redundante.

—Bella, por favor, haz esto a mi manera, solo por esta vez —le rogué, aunque no sonó como una súplica cuando las palabras salieron a través de mis dientes apretados.

—Escucha, Charlie no es un imbécil. Si no estás en el pueblo mañana, sospechará.

Había tantas capas de significado que me perdía por completo con ella. ¿Era esta la verdadera razón de su disposición a ponerse en peligro, creando una coartada creíble para mí?

—Eso es irrelevante—dije en un tono que pretendía sonar definitivo—. Nos aseguraremos de que estés a salvo y eso es todo lo que importa.

—Entonces, ¿qué pasa con este rastreador?—respondió—. Vio la forma en que actuaste esta noche. Va a pensar que estás conmigo, estés donde estés.

Los tres nos quedamos paralizados, sorprendidos por esta dirección. Incluso Alice. Había estado prestando atención a otros futuros además de esta conversación.

Emmett aceptó la lógica de inmediato.

—Edward, escúchala. Creo que tiene razón.

—Sí, estoy de acuerdo —asintió Alice.

Podía ver que Bella tenía razón: cualquier grupo del que yo formara parte era el grupo que el rastreador elegiría seguir. Socavaría el plan y haría casi imposible una ofensiva. Lo peor de todo era que volvería a ser el cebo y esta vez había demasiados futuros para estar seguro de que estaría a salvo.

¿Pero cuál era la otra opción? ¿Dejar a Bella?

—No puedo hacer eso.

Bella habló de nuevo, su voz tan tranquila como si su primer pronunciamiento ya hubiera sido aceptado.

—Emmett también debería quedarse. Definitivamente le echó un vistazo a Emmett.

—¿Qué? —Emmett exigió, dolido.

Pero Alice sabía a qué se estaba oponiendo realmente.

—Tendrás una mejor oportunidad con él si te quedas.

Las divisiones, que antes fluctuaban tan salvajemente, se parecían estar asentando. Me vio con Emmett y Carlisle, primero huyendo por el bosque y luego cambiando de rumbo para cazar.

¿Dónde estaba Bella en este futuro?

Me quedé mirando a Alice.

—¿Crees que debería dejarla ir sola?

Vi la respuesta en sus visiones antes de que pudiera decirlo en voz alta. Una habitación estándar en un hotel mediocre, Bella se acurrucaba en una bola apretada mientras dormía, Alice y Jasper eran centinelas congelados en la otra habitación.

—Por supuesto que no. Jasper y yo la llevaremos.

—No puedo hacer eso —pero mi voz era hueca ahora. No pude ver otra forma. Si el rastreador me iba a elegir como la marca, entonces debería estar lejos de Bella. Tendría que controlar el pánico, la angustia y ser un cazador. Traté de sofocar la pequeña cantidad de placer en la idea de destruir al vampiro que había encendido esta pesadilla. La seguridad de Bella era el único factor.

Bella no había terminado con sus sugerencias.

—Déjate ver por aquí durante una semana—dijo en voz baja. La miré de nuevo en el espejo. Qué poco entendía sobre lo que se había iniciado esta noche—. ¿Unos

pocos días?—, ofreció, pareciendo pensar que estaba objetando su línea de tiempo. Solo podía rezar para que esto terminara en una semana—. Deja que Charlie vea que no me has secuestrado—continuó—, y lleva a este James en una búsqueda inútil. Asegúrate de que esté completamente fuera de mi camino. Entonces ven a buscarme. Toma una ruta indirecta, por supuesto, y luego Jasper y Alice pueden irse a casa.

Revisé la reacción de Alice a este plan y sentí el primer alivio de la noche cuando vi que esto era posible. Había futuros en los que encontraría a Bella con Alice y Jasper. El destino particular que tracé se resolvió a pasar a la clandestinidad a largo plazo. El rastreador me había evadido. Pero había muchos otros hilos entretejidos y destejidos en su mente. En algunos de ellos, buscaba a Bella para llevarla a casa. Una vez más, la brillante luz del sol se entrometió, desorientándome. ¿Dónde estábamos?

—¿Dónde te iría a buscar? —pregunté. Las decisiones de Bella eran las que impulsaban el futuro. Ella ya debía saber esta respuesta.

Su voz era segura.

—A Phoenix.

Pero había visto el siguiente acto en la cabeza de Alice. Había escuchado la historia de portada que Bella le daría a Charlie y sabía lo que escucharía el rastreador.

—No. Él oír que ahí es donde vas —le recordé.

—Y harás que parezca que es una artimaña, obviamente—pronunció la última palabra, sonando molesta—. Él sabrá que nosotros sabremos que está escuchando. Nunca creerá que realmente vaya a donde digo que voy.

—Esta chica es diabólica —se rió Emmett.

No estaba tan convencido.

—¿Y si eso no funciona?

—Hay varios millones de personas en Phoenix —dijo Bella, su tono aún irritado. Me pregunté si era el miedo lo que estaba minando su paciencia. Sabía que había agotado el mío

—No es tan difícil encontrar una guía telefónica —gruñí.

Ella puso los ojos en blanco.

—No me iré a casa.

—¿Ah?

—Soy lo suficientemente mayor para buscar un sitio por mi cuenta.

Alice decidió interrumpir nuestras discusiones sin sentido.

—Edward, estaremos con ella.

—¿Y qué vas a hacer *tú* en Phoenix?

—Quedarme bajo techo.

Emmett no tenía acceso a las visiones de Alice, pero la imagen en su cabeza estaba cerca de lo que sabía que vendría. Emmett y yo en el bosque, siguiendo el rastro del rastreador.

—Me gusta un poco —dijo.

—Cállate, Emmett.

—Mira, si tratamos de derribarlo mientras ella todavía está cerca, hay muchas más posibilidades de que alguien salga lastimado, de que ella salga lastimada, o tú lo harás, tratando de protegerla. Ahora, si lo atrapamos solo—... La imagen en su cabeza se transformó mientras imaginaba al rastreador acorralado ahora, él mismo acercándose.



Si pudiéramos manejarlo, si pudiéramos lidiar con el rastreador rápidamente, entonces esta sería la elección correcta. ¿Por qué era tan doloroso hacerlo?

Me sentiría mejor si hubiera alguna evidencia de que Bella estaba preocupada por su propia seguridad. Que entendía todo lo que estaba arriesgando. Que no era solo su propia vida la que estaba en juego.

—Si dejas que algo te suceda, cualquier cosa, te haré responsable personalmente—dije en voz baja—. ¿Entiendes eso?

Sus labios temblaron. ¿Se había dado cuenta finalmente del peligro? Ella tragó con fuerza y murmuró—: Sí.

Suficientemente cerca.

La mente de Alice estaba en un millón de lugares, muchos de ellos en una autopista soleada viendo a través de vidrios oscuros. Bella siempre se sentaba en el asiento trasero, Alice la rodeaba con el brazo y miraba fijamente al frente. Jasper miraba desde el asiento del conductor. Pensé en mi hermano, atrapado en un pequeño vehículo con el olor de Bella durante tantas horas.

—¿Jasper puede manejar esto? —Exigí.

—Dale algo de crédito, Edward—reprendió Alice—. Lo ha estado haciendo muy, muy bien, considerando todas las circunstancias.

Pero su mente recorrió una docena de escenas futuras, por si acaso. Jasper no perdía la concentración en uno solo.

Evalué a Alice. El pequeño exterior la hacía parecer frágil, pero sabía que era una oponente feroz. El rastreador o cualquier otra persona la subestimaría. Eso debería contar para algo. Aún así, me sentí incómodo imaginándola teniendo que proteger físicamente a Bella.

—¿Puedes tú manejar esto? —Murmuré.

Sus ojos se entrecerraron con indignación: se pusieron; ella había visto venir la pregunta.

«Podría llevarte con los ojos vendados».

Me gruñó, largo y fuerte, un sonido inquietantemente feroz que hizo eco contra el vidrio del Jeep y empujó el corazón de Bella a una carrera.

Durante medio segundo, no pude evitar sonreír ante la ridícula demostración de Alice y luego todo el humor se desvaneció de nuevo. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo dejaría que me separaran de Bella sin importar cuán letales fueran sus guardianes?

Quizás esa era la clave. Ella nunca se preocupó por sí misma... pero siempre se preocupó por mí. Si hiciera esto por mi angustia en lugar de su peligro mortal real, tal vez ella sería más cautelosa.

Mi control era débil. Hablé en apenas más que un susurro, preocupado de que pudiera gritar de otra manera.

—Bella.

Me miró a los ojos en el espejo. Los de ella estaban a la defensiva en lugar de asustados.

Otro pensamiento desagradable pasó por mi cerebro. Bella y Alice solas, embarcándose en su amistad prevista. ¿Alice le diría a Bella su solución a esta pesadilla?

Asentí una vez, un brusco tirón, para hacerle saber que había aceptado su papel de protectora de Bella.

—Pero mantén tus opiniones para ti misma —le advertí.

# DESPEDIDAS

ESO FUE LO ÚLTIMO QUE ALGUIEN DIJO MIENTRAS VOLVÍAMOS A FORKS. Por supuesto que el camino parecería mucho más corto cuando tuviese miedo de llegar. Demasiado pronto estábamos llegando a la casa de Bella, las luces brillaban en todas las ventanas, tanto arriba como abajo. Los sonidos de un partido de baloncesto universitario se oían a la deriva desde el salón. Me esforcé por escuchar algo que no fuera humano en los alrededores, pero el rastreador no parecía haber llegado todavía y Alice todavía no veía ningún futuro en el que esta parada se convirtiera en un ataque.

Quizás debíamos quedarnos. Dejar que Bella regresara a su vida normal mientras el resto de nosotros nos convertíamos en centinelas perpetuos. Podía contar con Emmett, Alice, Carlisle, Esme, y estaba bastante seguro de que Jasper también, se unirían a mí en tal vigilia. Al rastreador le resultaría imposible llegar hasta ella con tantos ojos y mentes observándola. ¿Era la fuerza unificada la opción más segura que dividirse en tercios?

Pero al considerar esto, Alice vio cómo esperaría el rastreador, cómo se adaptaría. Cómo él, después de que comenzara el aburrimiento, comenzaría una guerra de desgaste. Los amigos de Bella desaparecerían en la noche. Sus maestros favoritos. Los compañeros de trabajo de Charlie. Humanos al azar que no tenían ninguna conexión con ella. Los números se sumarían hasta el punto en que el escrutinio resultante nos obligaría a desaparecer, independientemente. Y podía adivinar cómo se sentiría Bella acerca de todos esos inocentes que pagaban con sus vidas por su seguridad continua.

Entonces el plan original tendría que ser suficiente.

Fue difícil procesar la extraña sensación física que acompañó a esta comprensión. Sabía que no se había abierto un hoyo real en el centro de mi torso, pero la impresión era inquietantemente realista. Me pregunté si era una respuesta humana olvidada hace mucho tiempo que nunca había sentido en mi vida inmortal porque nunca había tenido una razón para sentir un pánico como este.

Necesitábamos movernos. Aunque sabía que el punto era darle algo a seguir al rastreador, todavía quería que Bella se fuera antes de que él pudiera llegar.

—No está aquí—le dije a Emmett. Alice ya lo sabía—. Vámonos.

Alice y yo bajamos silenciosamente del Jeep, las mentes recorrían la distancia y el tiempo. Alice vio aparecer el rastreador mientras aún estábamos dentro. El sonido de mis dientes rechinando parecía muy fuerte.

—No te preocupes, Bella—estaba diciendo Emmett, con una voz que encontré demasiado optimista, mientras la soltaba del arnés—. Solucionaremos las cosas lo antes posible.

—Alice —siseé.

Se lanzó hacia la camioneta, luego se dejó caer al suelo y se deslizó debajo de los estribos. En una fracción de segundo, se había empujado contra el tren de aterrizaje, totalmente invisible, incluso para un vampiro.

—Emmett.

Ya se estaba moviendo, escalando el árbol en el patio delantero. Su peso dobló el pino notablemente, pero se movió rápidamente al siguiente árbol. Él seguiría moviéndose mientras estábamos dentro. Esto era mucho más obvio que el lugar escondido de Alice, pero él vería venir cualquier cosa y sería un sólido disuasivo, al menos.

Bella esperó a que le abriera la puerta. Parecía congelada en su lugar por el terror, el único movimiento era el lento deslizamiento de lágrimas por sus mejillas. Cobró vida cuando la alcancé, dejándome ayudarla suavemente a salir del auto. Me sorprendió lo difícil que era tocarla ahora, sabiendo que la iba a dejar. El calor de su piel ardía de una forma nueva y dolorosa. Ignorando este dolor desconocido, envolví mi brazo alrededor de ella, esperando que mi cuerpo la protegiera y la apresuré a la casa.

—Quince minutos —le recordé. Era demasiado tiempo. Anhelaba estar lejos de este lugar objetivo.

—Puedo hacer esto —respondió con una voz más fuerte de lo que esperaba. Había acero en la forma de su mandíbula.

Cuando llegamos al porche, ella retrocedió contra mi avance. Me detuve automáticamente, aunque mis músculos gritaron por el retraso.

Sus ojos oscuros eran intensos mientras miraba los míos. Extendió la mano para presionar sus palmas contra cada lado de mi cara.

—Te amo—dijo, su voz era un susurro que se tensaba como un grito—. Siempre te amaré, pase lo que pase ahora.

La boca de mi estómago se abrió como si fuera a partirme por la mitad.

—No te va a pasar nada, Bella —gruñí.

—Sólo sigue el plan, ¿de acuerdo?—insistió—. Mantén a Charlie a salvo por mí. No le voy a agradar mucho después de esto y quiero tener la oportunidad de disculparme más tarde.

No sabía a qué se refería. Mi cerebro estaba demasiado caótico por el pánico para tratar de descifrar sus oscuros procesos de pensamiento ahora.

—Entra, Bella—la urgí—. Tenemos que darnos prisa.

—Una cosa más, ino hagas caso a nada de lo que me oigas decir esta noche!

Antes de que pudiera hacer algún progreso en la comprensión de cualquiera de las peticiones crípticas, Bella se puso de puntillas y aplastó sus labios contra los míos con lo que podría haber una fuerza contundente para ella. Más fuerza de la que jamás me hubiera atrevido a usar.

El rojo le bañó las mejillas y la frente mientras se alejaba de mí. Sus lágrimas, que se habían ralentizado durante nuestra breve e incomprensible conversación, fluían libremente. No pude entender por qué estaba levantando una pierna hasta que pateó violentamente la puerta principal y se abrió de golpe.

—¡Vete, Edward! —chilló a todo volumen. Incluso con el sonido de la televisión, no había forma de que Charlie se perdiera una palabra.

Cerró la puerta de golpe en mi cara.

—¿Bella? —Charlie gritó, alarmado.

—¡Déjame sola! —gritó ella. Escuché sus pasos subiendo las escaleras y otra puerta que se cerraba de golpe.

Evidentemente, su silencio helado en el Jeep no había sido una aterradora petrificación, sino una preparación. Ella tenía un guión. Mi papel era ser invisible y silencioso, supuse.

Charlie corrió escaleras arriba tras ella, sus pasos tambaleantes e inestables. Me imaginé que sólo estaba medio despierto.

Subí al costado de la casa, esperando junto a su ventana para ver si Charlie la seguía a la habitación. Al principio no pude ver a Bella, lo que me provocó un nuevo espasmo de pánico, pero luego se puso de pie junto a la cama sosteniendo una bolsa de lona y una especie de pequeño saco de punto.

El puño de Charlie golpeó su puerta. El pomo de la puerta traqueteó, ella se había tomado el tiempo de cerrarlo, y luego el martilleo comenzó de nuevo.

—Bella, ¿estás bien? ¿Qué está pasando?

Abrí la ventana y me metí dentro mientras Bella gritaba—: ¡Me voy a casa! —en respuesta.

—¿Te lastimó? —Charlie exigió a través de la puerta y me estremecí mientras corría hacia el tocador para ayudarla a empacar. Charlie no estaba equivocado.

A pesar de eso, Bella gritó, "¡NO!" Se unió a mí en la cómoda, como si esperara encontrarme allí. Mantuvo abierta la bolsa de lona y arrojé ropa en ella, tratando de conseguir una variedad de artículos. No la ayudaría a mezclarse si solo tuviera camisetas.

Las llaves de su camioneta estaban en el tocador. Me los guardé en el bolsillo.

—¿Rompió contigo? —Charlie preguntó en un tono moderado. Esta pregunta no dolió.

Pero la respuesta de Bella fue una sorpresa.

—¡No! —gritó de nuevo, aunque pensé que tal vez esto, una ruptura, era la excusa más fácil. Me preguntaba adónde conduciría el guión.

Charlie volvió a golpear la puerta, el ritmo impaciente.

—¿Qué pasó, Bella?

Tiró inútilmente de la cremallera de la bolsa de lona ahora llena.

—¡Rompi con él! —gritó.

Aparté sus dedos del camino y abroché la cremallera, luego pesé la bolsa en mi mano. ¿Era demasiado pesado para ella? Lo alcanzó, impaciente y le puse la correa con cuidado por encima del hombro.

Descansé mi frente contra la de ella durante un precioso segundo.

—Estaré en la camioneta—mi susurro no hizo nada para ocultar la desesperación en mi voz—. ¡Ve!

La urgí hacia la puerta, luego salí por la ventana para estar en su lugar cuando ella saliera.

Emmett estaba en el suelo, esperándome. Señaló con la barbilla hacia el este. Dirigí mi mente en esa dirección y, efectivamente, el rastreador estaba a poco más de un kilómetro de distancia.

«El grandote está jugando al vigilante esta noche. Paciencia».

Así que había visto a Emmett en los árboles, pero no podía vernos a ninguno de nosotros ahora. ¿Asumiría que yo estaba aquí, o estaría esperando una emboscada? Desearía tener a Jasper con nosotros ahora. Si pudiéramos atacarlo desde tres lados...

«Edward», advirtió Alice desde su escondite. Pensó en las posibilidades que surgían de mi línea de pensamiento. El rastreador era resbaladizo. Dejaríamos a Bella vulnerable.

—¿Qué pasó? Pensé que te gustaba —exigía Charlie. Ahora estaba de vuelta en la planta baja.

Tomé una decisión firme sobre lo que sucedería a continuación.

«En eso», respondió Alice. Salió de debajo de la camioneta y se metió en el Jeep. Una vez que lo tuvo en neutral, lo empujó silenciosamente fuera del camino de entrada, con una mano en el marco de la puerta, la otra estirándose tan alto como pudo para mover el volante con dos dedos. No quería que el repentino rugido del motor del Jeep distrajera a Charlie de la actuación de Bella. Sería mejor si pensara que ya me había ido.

Emmett miró a Alice por medio segundo, luego me miró enarcando las cejas.

«¿La ayudo?»

Negué con la cabeza. «Charlie», le respondí con los labios. «Síguenos a pie».

Asintió con la cabeza y luego saltó al árbol, donde volvería a ser visible. Haría que el rastreador mantuviera la distancia. Sin embargo, no se retiró, incluso cuando vio a Emmett; estaba fascinado con la escena que se desarrollaba y confiaba en que podría dejar atrás cualquier persecución repentina. Me dio ganas de demostrarle que estaba equivocado. Pero no podía arriesgarme a caer en una trampa con Bella tan cerca.

—Si me gusta—explicaba Bella, sus palabras amortiguadas y entrecortadas. Ahora lloraba libremente y sabía que no era una actriz lo suficientemente buena como para fingir esas lágrimas. El dolor en su voz era palpable. El abismo en mi estómago se retorció en respuesta a la agonía. Ella no debería tener que hacer esto. Estaba pagando por mi error. Mi locura—. Ese es el problema—dijo—. ¡Ya no puedo hacer esto! ¡No puedo echar más raíces aquí! ¡No quiero quedar atrapada en este estúpido y aburrido pueblo como mamá! No voy a cometer el mismo error tonto que ella cometió. Lo odio, ¡no puedo quedarme aquí ni un minuto más!

La respuesta mental de Charlie fue más profunda, más ardiente de lo que esperaba.

Los pesados pasos de Bella se movieron hacia la puerta principal. Subí silenciosamente a la cabina de su camioneta y empujé la llave en su lugar, luego me agaché. Emmett estaba ahora cerca de la puerta principal de la casa, en las sombras. Aún así, la distancia desde la puerta hasta la camioneta parecía larga. Me concentré en el rastreador. No se había movido, escuchando atentamente el drama que se desarrollaba dentro de la casa.

¿Qué oiría? Hasta aquí: Bella se preparaba para escapar, para correr. Sin un plan para volver en un futuro próximo.

Sabría que Emmett lo había visto. Tendría que asumir que Bella sabía que él podía oír. ¿O no?

—Bells, no puedes irte ahora—dijo Charlie en voz baja, con urgencia—. Es de noche.

—Dormiré en la camioneta si me canso.

Charlie imaginó a su hija inconsciente en la cabina oscura de la camioneta, al costado de una autopista en medio de la nada, mientras a su alrededor, formas oscuras y amorfas se acercaban cada vez más. No fue una pesadilla del todo coherente, pero mi propio pánico, salvaje e irracional, se hizo eco del suyo.

—Espera una semana más—suplicó—. Renée estará de vuelta para entonces.

Los pasos de Bella tartamudearon hasta detenerse. Hubo un sonido bajo, ¿su zapato chirriando cuando se dio la vuelta para enfrentarlo?

—¿Qué?

Salí de la camioneta y vacilé en medio del patio delantero. ¿Qué haría yo si sus palabras la confundían, la retrasaban? ¿Se dio cuenta de que el rastreador estaba cerca?

—Llamó mientras estabas fuera—Charlie estaba tropezando con sus palabras, apresurándose a sacarlas—. Las cosas no van tan bien en Florida, y si Phil no consigue firmar antes de fin de semana, regresarán a Arizona. El entrenador asistente de los Sidewinders dijo que podrían tener un lugar para otro campocorto.

Charlie y yo esperamos, sin respirar, su respuesta.

—Tengo una llave —murmuró, y sus pasos estaban ahora en la puerta. La perilla comenzó a girar. Me lancé de regreso a la camioneta.

Sus palabras sonaban como una excusa débil. El rastreador tendría que asumir que se trataba de una historia para Charlie y lo contrario de la verdad.

La puerta no se abrió.

—Déjame ir, Charlie —dijo Bella. Me di cuenta de que quería que las palabras sonaran enojadas, pero el dolor en su voz abrumaba cualquier otra emoción.

La puerta se abrió por fin. Bella se abrió paso, Charlie justo detrás de ella, con la mano extendida. Parecía consciente de esa mano, alejándose de ella.

Me agaché contra las tablas del suelo, casi invisible. No pude evitar mirar por la ventana. Sin volverse para mirar a su padre, Bella gruñó—: No funcionó, ¿de acuerdo? —. Saltó del porche, pero Charlie estaba inmóvil ahora— ¡De verdad, odio Forks con toda mi alma!

Las palabras parecían bastante simples, pero una angustia aplastante atravesó a Charlie donde estaba. Su mente se arremolinaba, casi como vértigo. En sus pensamientos había otro rostro, muy parecido al de Bella y también lleno de lágrimas. Pero los ojos de esta mujer eran azul pálido.

Parecía que Bella había elegido estas palabras con cuidado. Charlie se quedó de pie, aturdido y astillado, mientras Bella corría torpemente por el pequeño césped, la pesada bolsa de lona comprometía su equilibrio.

—¡Te llamaré mañana! —le gritó a Charlie mientras tiraba la abultada bolsa en la caja de la camioneta.

Él parecía que no se había recuperado lo suficiente para responder.

Ya no podía dudar de que Bella entendiera la gravedad de la situación. Sabía que ella nunca causaría a nadie este tipo de dolor, especialmente a su padre, si es que había alguna otra forma.

La había puesto en esa posición infernal.

Bella corrió por la parte delantera de la camioneta. Las miradas rápidas y temerosas que lanzó sobre su hombro ahora no eran para Charlie. Abrió la puerta de la camioneta y saltó al asiento del conductor. Extendió la mano para girar la llave como si supiera que la estaría esperando en el encendido. El rugido del motor rompió el silencio de la noche. Esto sería bastante fácil de seguir para el rastreador.

Extendí la mano para acariciar el dorso de la suya, deseando poder consolarla, pero sabiendo que nada podría mejorar esto.

Tan pronto como dio marcha atrás en el camino de entrada, soltó la mano derecha del volante para que yo pudiera sostenerla. La camioneta traqueteó calle

abajo a su máxima velocidad. Charlie no dejó su puesto en la puerta, pero la calle hizo una curva y rápidamente nos perdimos de vista. Me trasladé al asiento del pasajero.

—Detente —sugerí.

Parpadeó con fuerza contra las lágrimas que corrían por su rostro y luego se quitó la chaqueta de lluvia que todavía usaba. Pasó a Alice, sin que pareciera darse cuenta del Jeep al costado de la carretera. Me pregunté si podía ver algo.

Alice, todavía empujando el Jeep para que el ruidoso motor no alertara a Charlie, nos siguió fácilmente.

—Puedo conducir —insistió Bella, pero sus palabras se rompieron y se arrastraron. Parecía exhausta.

Apenas registró sorpresa cuando la puse suavemente sobre mi regazo y me coloqué en la posición del conductor. La mantuve cerca de mí. Se dejó caer allí, marchitándose.

—No podrías encontrar la casa —dije como mi excusa, pero no parecía estar esperando por una razón. A ella no le importaba.

Estábamos lo suficientemente lejos de la casa ahora (aunque todavía podía escuchar los pensamientos congelados de Charlie, inmóvil en la puerta) y Alice se subió al Jeep y encendió el motor. Cuando los faros se encendieron detrás de nosotros, Bella se puso rígida y se giró para mirar por la ventana trasera, con el corazón latiendo con fuerza.

—Es sólo Alice —tomé su mano izquierda ahora y la apreté.

—¿El rastreador? —susurró.

«Nos está siguiendo ahora». Alice podía escuchar el susurro de Bella fácilmente sobre el chirriar del motor. «Emmett está esperando hasta que se aleje de la casa».

—Escuchó el final de tu actuación —le dije.

—¿Charlie? —Su voz se tensó cruda.

Alice me mantuvo actualizado. «El rastreador dejó la casa. No lo veo regresando. Em lo está alcanzando».

—El rastreador nos está siguiendo—le aseguré a Bella—. Está corriendo detrás de nosotros ahora.

Esto no la consoló. Se quedó sin aliento y luego susurró—: ¿Podemos dejarlo atrás?

—No —admití. No en esta ridícula camioneta.

Bella se volvió para mirar por la ventana, aunque estaba segura de que los faros del Jeep la cegarían a todo lo demás. Alice estaba observando todos los futuros relacionados con Charlie que podía percibir. Un humano que nunca había conocido no era el tema más fácil para ella. Pero no parecía que el cazador o su aprensiva compañera tuvieran planes de regresar.

Emmett corría por la carretera detrás de nosotros ahora. Me sorprendieron sus intenciones. Hubiera esperado que estuviera ansioso por atrapar al rastreador en su persecución, para llevar esta prueba a un final rápido y violento. En cambio, sus pensamientos se centraron en Bella. Sus escasos momentos como guardaespaldas parecían haberlo afectado profundamente. Su seguridad era su prioridad actual.

Bella sacó el lado protector de todos.

Emmett se estaba imaginando al rastreador mirando; sólo Alice y yo sabíamos que él estaba manteniendo cuidadosamente la distancia, siguiendo el sonido de la

camioneta a través de la oscuridad. Esta noche no se acercaría más. Aún así, Emmett quería dejar en claro que el rastreador tendría que pasar directamente por encima de él para llegar a Bella. Dio un salto corriendo que lo impulsó sobre el Jeep y hacia la caja de la camioneta. Luché con la dirección cuando la camioneta reaccionó.

Bella chilló, su voz ronca por el esfuerzo.

Cubrí su boca, amortiguando el sonido para que pudiera oírme.

—Es Emmett —dije.

Inhaló por la nariz y volvió a hundirse. Liberé su boca y la apreté contra mi costado. Sentía como si todos los músculos de su cuerpo estuvieran temblando.

—Está bien, Bella. Vas a estar a salvo —murmuré. No se sentía como si ella siquiera me hubiera escuchado hablar. Los temblores continuaron. Su respiración se hizo rápida y superficial.

Traté de distraerla. Hablando con mi voz normal, como si no hubiera peligro o terror, dije—: No me había dado cuenta de que la vida de una pequeña ciudad te aburría tanto. Me pareció que te estabas integrando bastante bien, especialmente recientemente. Tal vez sólo me estaba halagando a mí mismo porque estaba haciendo la vida más interesante para ti.

Quizás no fue la observación más sensible, considerando cómo su escape la había molestado, pero la sacó de su abstracción. Se movió nerviosamente, sentándose un poco más erguida.

—No estaba siendo amable—susurró, ignorando mis frívolas palabras y yendo directamente a la parte dolorosa. Me miró hacia abajo como si se avergonzara de encontrar mi mirada—. Eso fue lo mismo que dijo mi mamá cuando lo dejó. Se podría decir que fue un golpe bajo.

Supuse que era algo así, dada la imagen en la cabeza de Charlie.

—No te preocupes, te perdonará —le prometí.

Me miró con seriedad, desesperada por creer lo que estaba diciendo. Traté de sonreírle, pero no pude obligar a mi rostro a obedecer.

Intenté de nuevo.

—Bella, todo va a estar bien.

Se estremeció.

—Pero no estará bien cuándo no esté contigo —sus palabras fueron apenas más que un suspiro.

Mi brazo se flexionó convulsivamente alrededor de ella mientras el agujero en mi estómago se ensanchaba más. Porque ella tenía razón. Todo estaría mal cuando no estuviera conmigo. No sabía muy bien cómo funcionaría.

Forcé mi rostro a suavizarse e hice mi voz lo más ligera que pude.

—Estaremos juntos de nuevo en unos días—mientras decía las palabras, deseé que fueran verdad. Todavía se sentían como una mentira. Alice vio tantos futuros diferentes—... No lo olvides—agregué—. Esta fue tu idea.

Resopló.

—Era la mejor idea. Y por supuesto que fue mía.

Intenté sonreír de nuevo, luego me rendí.

—¿Por qué pasó esto? ¿Por qué a mí? —Susurró las preguntas llanamente, como si fueran retóricas.

Respondí de todos modos, mi voz aguda.

—Es mi culpa. Fui un tonto al exponerte así.

Ella me miró, sorprendida.



—Eso no es lo que quise decir.

¿Qué otra razón podría haber? ¿De quién es la culpa sino mía?

—Yo estuve allí—continuó—. Gran cosa. A los otros dos no les molestó. ¿Por qué este James decidió matarme?—sollozó de nuevo—. Hay gente por todos lados, ¿por qué yo?

Fue una pregunta justa, una pregunta astuta. Y había más de una respuesta. Ella merecía una explicación completa.

—Le eché un buen vistazo a su mente esta noche. No estoy seguro de si podría haber hecho algo para evitar esto, una vez que te vio. En parte es culpa tuya—mi voz se torció y esperaba que pudiera escuchar el humor negro en ella, la ironía—. Si no olieras tan espantosamente delicioso, él no se habría molestado. Pero cuando te defendí—... Recordé su incredulidad, su indignación. Incluso, que me interpondría en su camino. La arrogancia, la ira—. Bueno, eso lo empeoró. No está acostumbrado a no salirse con la suya, no importa cuán insignificante sea el objetivo. Él se considera un cazador y nada más. Su existencia está consumida por el rastreo, y un desafío es todo lo que le pide a la vida. De repente, le presentamos un hermoso desafío: un gran clan de luchadores fuertes, todos empeñados en proteger el elemento vulnerable. No creerías cómo de eufórico está ahora. Es su juego favorito y lo hemos convertido en el juego más emocionante de la historia.

No importa cómo lo analicé, no había forma de evitarlo. Una vez que la llevé al claro, este era el único resultado. Si no me hubiera opuesto a él, quizás no habría desencadenado su amor por el juego.

—Pero si me hubiera quedado al margen—murmuré, sobre todo para mí mismo—. Te habría matado en ese momento.

—Creía—... susurró—, que no olía igual para los demás—dijo vacilando—, como huelo para ti.

—Así es—, lo que ella era para mí, simplemente físicamente, era algo más intenso de lo que jamás había visto en la mente de cualquier otro inmortal—. Pero eso no significa que no sigas siendo una tentación para todos ellos. Si hubieras atraído al rastreador, o cualquiera de ellos, de la misma manera que me atraes a mí, habría significado una pelea allí mismo.

Su cuerpo se estremeció contra el mío.

Sin embargo, me di cuenta de que habría sido más fácil si hubiera llegado a una pelea. Estaba seguro de que la asustada pelirroja habría huido y dudaba que Laurent hubiera estado con el rastreador cuando obviamente era una perspectiva perdedora. Incluso si todos se hubieran unido, nunca podrían haber sobrevivido. Especialmente con Jasper lanzando un ataque sorpresa desde el medio de su cortina de humo mientras todos los ojos estaban clavados en Emmett. Había visto suficientes de sus recuerdos para creer que Jasper probablemente habría manejado solo a los tres. Aunque no es que Emmett lo hubiera dejado.

Y si fuéramos un aquelarre normal (aunque nunca podríamos ser considerados normales por nuestro tamaño), probablemente habríamos atacado solo por el insulto.

Pero no éramos normales, éramos civilizados. Intentamos vivir con un estándar más alto. Un estándar más suave y pacífico. Por nuestro padre.

Por Carlisle, esta noche habíamos dudado. Habíamos elegido la ruta más humana, porque ese era nuestro hábito, nuestra forma de vida.

¿Eso nos hizo... más débiles?

Me estremecí ante el pensamiento, pero luego inmediatamente decidí que nuestra elección seguía siendo la correcta, incluso si nos debilitaba. Podía sentir eso. Resonaba profundamente en mi mente, mi ser... y mi alma, si tal cosa existiera. Fuera lo que fuese lo que impulsaba esta forma corporal.

Ahora no importaba. Alice podría darnos algo de poder sobre el futuro, pero el pasado estaba tan perdido para nosotros como para cualquier otra persona. No habíamos atacado y ahora teníamos por delante la versión más complicada. La pelea que se avecinaba no pudo evitarse.

—No creo que tenga más remedio que matarlo ahora—murmuré—. A Carlisle no le gustará.

Pero él lo entendería, estaba seguro. Le habíamos dado a este rastreador la opción de alejarse. No iba a aceptar la oferta. Ahora sólo se trataba de matar o morir.

—¿Cómo puedes matar a un vampiro? —La voz de Bella era un susurro. Todavía podía escuchar el sonido de lágrimas contenidas en ella.

Debería haberme anticipado a la pregunta.

Me miró con un tipo de miedo diferente al de antes, casi como si le preocupara que la tarea recayera en ella. Por supuesto, nunca podría estar seguro con Bella.

No intenté suavizar la realidad.

—La única forma de estar seguro es despedazarlo y luego quemar los pedazos.

—¿Y los otros dos pelearán con él?

—La mujer lo hará—si pudiera controlar su terror, claro—. No estoy seguro de Laurent. No tienen un vínculo muy fuerte, él solo está con ellos por conveniencia. Estaba avergonzado por James en el prado—. Sin mencionar que James había hecho planes para matar a Laurent. Quizás le avisaría; eso seguramente cambiaría las alianzas.

—Pero James y la mujer, ¿intentarán matarte? —susurró, su voz distorsionada por el dolor.

Y luego entendí. Por supuesto, estaba entrando en pánico por lo incorrecto, como de costumbre.

—Bella, no te atrevas a perder el tiempo preocupándote por mí—siseé—. Tu única preocupación es mantenerte a salvo y, por favor, trata de no ser imprudente.

Ella ignoró eso.

—¿Todavía me sigue?

—Sí. Sin embargo, no atacará la casa. No esta noche.

No mientras estuviéramos juntos. ¿Nuestra separación era exactamente lo que quería el rastreador? Pero recordé lo que Alice vio pasar si tratábamos de proteger a Bella aquí. No amaba a Mike Newton, pero ni él ni nadie más en Forks eran un sacrificio aceptable.

Me di la vuelta para entrar en el camino, notando que no había sensación de alivio al llegar a mi casa. No había espacio fuera de peligro mientras el rastreador estuviera en funcionamiento.

Emmett todavía estaba irritado. Deseé poder decirle la ubicación del rastreador para aliviar su agitación, pero no podía arriesgarme a que me escucharan.

El rastreador había adivinado que teníamos habilidades adicionales, sólo le ayudaría si le dábamos pistas sobre cuáles eran.

Noté que sus pensamientos iban a los límites de mi audición justo cuando Alice intervino.

«Se encontrará con la hembra ahora, al otro lado del río. Se separan de nuevo y vigilan. Ella se va hacia la ladera de la montaña; él a los árboles».

La distancia extra no me hizo sentir mejor.

La mentalidad de guardaespaldas demasiado entusiasta de Emmett estaba operando a todo vapor en este punto. Mientras llegamos a la casa, saltó de la caja de la camioneta y caminó hacia el lado del pasajero. Abrió la puerta de un tirón y alcanzó a Bella.

—Suavemente —le recordé casi en silencio.

«Lo sé».

Podría haberlo detenido. Esto no era necesario. Pero entonces, ¿alguna precaución era demasiada en este punto? Si hubiera sido más cauteloso, no estaríamos en esta situación.

Se sentía más seguro de una manera extraña al ver a Emmett, masivo e indestructible, acunando a Bella en sus colosales brazos, ella era apenas visible detrás de ellos. Se metió por la puerta principal antes de que pasara un segundo. Alice y yo estuvimos a sus flancos instantáneamente.

El resto de mi familia estaba reunida en la sala de estar, todos de pie y en medio de su círculo, Laurent.

Sus pensamientos estaban asustados, arrepentidos. El miedo sólo se intensificó cuando Emmett puso a Bella cuidadosamente de pie a mi lado y dio un paso deliberado hacia adelante, un gruñido bajo construyéndose en su pecho. Laurent dio un rápido medio paso hacia atrás.

Carlisle le dio a Emmett una mirada de advertencia y se plantó hacia atrás sobre sus talones. Esme se paró cerca del lado de Carlisle, sus ojos destellaron de mi cara a la de Bella y luego de nuevo hacia mí. Rosalie también estaba mirando a Bella, *fulminado* a Bella, pero la ignoré lo mejor que pude. Tenía cosas más importantes con las que lidiar.

Esperé hasta que los ojos de Laurent se posaron en mí.

—Nos está siguiendo —le dije, provocando los pensamientos que quería escuchar.

«Por supuesto que está rastreando a la humana. Y la encontrará».

—Me temo que sí —dijo en voz alta.

«Necesito apartarme del camino», continuaron sus pensamientos. «James no puede pensar que he elegido otro bando. Lo último que necesito es que me busque después». Laurent reprimió un estremecimiento. «Quizás podría decirle que solo estoy recopilando información. Su cara, sin embargo, cuando se separó de nosotros en el bosque... Es mejor desaparecer mientras esté atrapado en esa cacería».

Mis dientes estaban rechinando de nuevo. Laurent me miró con nerviosismo.

Conocía a James lo suficientemente bien como para comprender la ruptura que había causado en el claro. Aunque no sentía ningún deseo de hacerle favores, sabía que estaría lo suficientemente agradecido cuando James estuviera muerto.

—Ven, mi amor —escuché a Alice susurrar en el oído de Jasper. No lo había notado especialmente cuando entramos; todavía se estaba camuflando. Jasper no cuestionó a Alice, incluso en sus pensamientos. Los dos subieron corriendo las escaleras de la mano. Laurent no se molestó en verlos irse, tan efectivo fue el esfuerzo de Jasper. Vi que Alice anotaría la información necesaria para que Laurent no pudiera escuchar. No le tomaría mucho tiempo empacar lo que necesitarían.

—¿Qué hará él? —Carlisle le preguntó a Laurent, aunque yo también podría haberle respondido.

—Lo siento— dijo Laurent con toda señal de sinceridad. «Lamento haber conocido a esos demonios. Debería haberlo sabido mejor que jugar con fuego. El maldito aburrimiento me volvió tonto». Ya me temí, cuando su chico la defendió, que eso lo haría estallar. «Por supuesto que lo haría. Se aseguró de que James nunca renunciara hasta que ambos estuvieran muertos. Es como si estos extraños vivieran en otro mundo. O creo que lo hacen. El mundo real está a punto de inmiscuirse en esa fantasía».

—¿Puedes detenerlo? —presionó Carlisle.

—«¡Ja!» Nada detiene a James una vez que comienza.

—Nosotros lo detendremos —gruñó Emmett.

Laurent miró a Emmett casi esperanzado. «Si sólo fuese posible. Ciertamente harían mi vida más fácil».

—No podrán con él—advirtió Laurent. Parecía seguro de que nos estaba haciendo un gran favor al darnos esta información—. Nunca he visto a nadie como él en mis trescientos años. Es absolutamente letal. Por eso me uní a su aquelarre.

Unas cuentas memorias dispersas de sus aventuras con James y Victoria corriendo por su cabeza, aunque Victoria siempre era una figura de fondo, siempre al margen. James había mantenido la vida de Laurent interesante, al menos, pero el sadismo de estos alborotos había comenzado a molestar a Laurent en los últimos años. En ese momento, no había una forma segura de retirarse.

Deseaba poder sentirse optimista ahora, pero había visto a James triunfar sobre probabilidades impresionantes. Sus ojos se volvieron hacia Bella, y todo lo que vio fue una chica humana, una entre miles de millones, nada que la distinguiera de las demás.

No pensó las palabras antes de pronunciarlas en voz alta.

—¿Estás seguro de que vale la pena?

El rugido que atravesó mis dientes fue tan fuerte como una detonación. Laurent inmediatamente se deslizó a una postura sumisa, mientras Carlisle levantaba su mano.

«Control, Edward. Éste no es nuestro enemigo».

Me esforcé para calmar mi furia. Carlisle tenía razón, aunque Laurent ciertamente tampoco era nuestro amigo.

—Me temo que tendrás que tomar una decisión —dijo Carlisle.

«No me quedan muchas opciones», pensó Laurent. «Sólo puedo desaparecerme y esperar que James no crea que valgo la pena». Su mente recorrió la conversación un poco menos tensa que habían tenido antes de nuestra llegada y se centró en un dato. «Claramente he quemado mis posibilidades con esta compañía, pero tal vez podría rodearme de otros amigos. Amigos talentosos».

—Estoy intrigado por la vida que han creado aquí—sintió que estaba eligiendo sus palabras de manera muy diplomática, tratando de hacer contacto visual con cada uno de nosotros. Mi acceso a su monólogo interior arruinó bastante el efecto para mí—. Pero no me meteré en medio de esto. No tengo ninguna enemistad entre ustedes, pero no me enfrentaré a James. Creo que me dirigiré al norte, a ese clan en Denali—. Se imaginó a cinco desconocidos como Carlisle, lentos para atacar, pero con gran número y talento entre ellos. «Quizás eso haría que James se detuviera».

Un sentimiento de gratitud hizo que Laurent se volviera para advertir a Carlisle de nuevo.

—No subestimen a James. Tiene una mente brillante y sentidos incomparables. Se siente tan cómodo en el mundo humano como tú pareces estarlo, y no te atacará de frente —algunas de las intrincadas intrigas de James pasaron por su memoria. El rastreador tenía paciencia... y sentido del humor. Uno oscuro.

—Lamento lo que se ha desatado aquí—continuó Laurent—. Lo lamento mucho.

Inclinó la cabeza, sumiso de nuevo, pero sus ojos se dirigieron a Bella y se alejaron, sus pensamientos desconcertados por el riesgo que estábamos tomando por ella. «No entienden lo de James», decidió. «No me creen. Me pregunto a cuántos de ellos dejará con vida».

Laurent pensó que éramos débiles. Vio nuestra aparente domesticidad como una deficiencia. Me había preocupado lo mismo antes, pero no ahora. Débil no era la impresión que planeaba dejar en James. Pero dejé que Laurent creyera que James ganaría. Podría esconderse aterrorizado durante el próximo siglo y yo no lamentaría su malestar.

—Ve en paz —dijo Carlisle, como una oferta pero también como una orden.

Los ojos de Laurent recorrieron la habitación, apreciando un tipo de vida que había dejado atrás hace mucho tiempo. Aunque este no era un palacio, y había vivido en varios, había una atmósfera de permanencia y santuario aquí que no había sentido en siglos.

Asintió una vez hacia Carlisle, por un breve momento, sentí una extraña especie de anhelo del vampiro de cabello oscuro hacia mi padre. Un sentido de respeto y un deseo de pertenecer. Pero sofocó la emoción antes de que pudiera echar raíces y luego salió corriendo por la puerta, sin intención de reducir la velocidad hasta estar a salvo en el océano, donde su olor era imposible de rastrear.

Esme corrió a través de la sala de estar para hacer que las persianas de acero bajaran por las enormes ventanas que formaban la pared trasera de la casa.

—¿A qué distancia se encuentra? —Carlisle me preguntó.

Laurent estaba casi fuera de mi alcance y no disminuía la velocidad. No tenía ningún deseo de encontrarse con James al salir. No oiría nada de lo que dijéramos. Busqué a James. La visión de Alice me había dado la dirección. Estaba lo suficientemente lejos como para que él tampoco pudiera escuchar nuestros planes.

—Unos cinco kilómetros más allá del río. El rastreador está dando vueltas para encontrarse con la hembra.

Se uniría a ella en un terreno más alto, donde podría observar en qué dirección corríamos.

—¿Cuál es el plan? —Preguntó Carlisle.

Aunque sabía que el rastreador no podía oír, y las contraventanas seguían gimiendo, mantuve la voz baja.

—Lo alejaremos de aquí y luego Jasper y Alice la llevarán hacia el sur.

—¿Y entonces?

Sabía lo que estaba preguntando. Lo miré directamente a los ojos mientras respondía.

—Tan pronto como Bella esté a salvo, lo cazaremos.

Aunque Carlisle sabía que esto iba a suceder, todavía sentía una oleada de dolor.

—Supongo que no hay otra opción.

Carlisle había estado protegiendo escrupulosamente la vida durante tres siglos. Siempre había sido capaz de encontrar puntos en común con otros vampiros. Esto no sería fácil para él, pero no era ajeno a las dificultades.

Teníamos que darnos prisa, no darle al rastreador más tiempo del necesario antes de darle un rastro que perseguir. Pero había aspectos prácticos que teníamos que abordar antes de poder correr.

Capté la mirada de Rose.

—Llévala arriba e intercambien sus ropas.

Confundir el olor era el primer paso obvio. También tomaría algo de Bella conmigo y crearía un rastro que incitaría al rastreador hacia adelante.

Rosalie lo sabía, pero sus ojos brillaron con incredulidad.

«¿No ves lo que nos ha hecho? ¡Lo ha arruinado todo! ¿Y quieres que la proteja?» Escupió el resto de su respuesta en voz alta, decidiendo que Bella también la oyera—: ¿Por qué debería? ¿Qué es ella para mí? Excepto una amenaza, un peligro que has elegido infligirnos a todos!

Bella se sacudió como si Rosalie la hubiera abofeteado.

—Rose—... murmuró Emmett, poniendo una mano en su hombro. Ella se lo quitó. Los ojos de Emmett me miraron, medio esperando que saltara hacia ella.

Pero nada de esto importaba. Las rabietas de Rose siempre habían sido irritantes, pero este pequeño brote era inoportuno y el tiempo era algo de lo que no tenía suficiente.

Si había decidido dejar de ser mi hermana esta noche, esa era su elección y la acepté.

—¿Esme? —Sabía cuál sería su respuesta.

—¡Por supuesto!

Esme entendía los límites de tiempo. Levantó a Bella con cuidado en sus brazos, al igual que Emmett, aunque el efecto fue muy diferente, y voló escaleras arriba con ella.

—¿Qué vamos a hacer? —Escuché a Bella preguntar desde la oficina de Esme. Dejé a Esme y me concentré en mi parte. El rastreador y su salvaje compañera se habían movido fuera de mi alcance. No podían oírnos, pero estaba seguro de que podían vernos. Verían salir nuestros vehículos. Y los seguirían.

«¿Qué necesitamos?» Preguntó Carlisle.

—Los teléfonos satelitales. La bolsa de deporte más grande. ¿Están llenos los tanques?

«Yo lo haré». Emmett salió corriendo por la puerta principal hacia el garaje. Siempre manteníamos varios bidones de gasolina listos para emergencias.

—El Jeep, el Mercedes y tu camioneta también —susurré detrás de él.

«Entendido».

«¿Nos dividiremos en tres?» Carlisle también se mostró cauteloso a la hora de dividir nuestra fuerza.

—Alice ve que es la mejor manera.

Él aceptó eso.

«Saldrá herido. No piensa. Sólo se apresura. ¡Todo esto es culpa de ella!»

Rosalie me estaba asaltando con un torrente de agravios. Me resultó fácil desconectarme de ella. Fácil de fingir que ni siquiera estaba allí.

«¿Cuál es mi parte?» Carlisle quería saber.

Dudé.

—Alice te vio con Emmett y conmigo. Pero no podemos dejar a Esme sola para vigilar a Charlie...

Carlisle se volvió hacia Rosalie con expresión severa.

—Rosalie. ¿Harás tu parte por nuestra familia?

—¿Por *Bella*? —dijo el nombre con burla.

—Sí—respondió Carlisle—. Por nuestra familia, como dije.

Rosalie lo miró con resentimiento, pero pude escucharla reflexionar sobre las opciones. Si prolongaba este ataque, nos daba la espalda a todos, entonces Carlisle ciertamente se quedaría aquí con Esme en lugar de estar en la primera línea, manteniendo a Emmett alejado de peligrosos excesos. Rosalie sólo veía el peligro para Emmett. Pero parte de ella se estaba poniendo nerviosa por mi visible indiferencia.

Finalmente puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que no dejaré que Esme vaya sola. De hecho, me preocupo por esta familia.

—Gracias —respondió Carlisle, con más calidez de la que me hubiera molestado y, luego, salió corriendo de la habitación.

Emmett acababa de entrar por la puerta principal con la gran bolsa en la que guardamos algunos de nuestros juguetes deportivos colgando del hombro. La bolsa era lo suficientemente grande para que entrara una persona pequeña. Abultado por el equipo, parecía que ya podría haber alguien dentro.

Alice apareció en la parte superior de las escaleras, justo a tiempo para encontrarse con Bella y Esme cuando salían de la oficina de Esme. Juntas, levantaron a Bella por los codos y la bajaron corriendo las escaleras. Jasper las siguió. Estaba claramente al borde, fuertemente herido, sus ojos vagaban inquietos a través de las ventanas en el frente de la casa. Traté de usar su apariencia salvaje para calmarme. Jasper era más letal que los miles de vampiros que habían intentado destruirlo. Hoy había demostrado nuevas habilidades que nunca imaginé y estaba seguro de que tenía otros trucos bajo la manga. El rastreador no tenía idea de a qué se enfrentaba. Bella estaría más segura con Jasper haciendo guardia que con nadie. Y con Alice a su lado, el rastreador no podía tomarlos por sorpresa. Traté de creer eso.

Carlisle ya estaba de regreso con los teléfonos. Le dio uno a Esme y luego le acarició la mejilla. Ella lo miró con total confianza. Estaba segura de que estábamos haciendo lo correcto y, por eso, tendríamos éxito. Deseé tener su fe.

Me entregó un fajo de tela. Calcetines. El aroma de Bella era fresco y fuerte. Los metí en mi bolsillo.

Alice tomó el otro teléfono de Carlisle.

—Esme y Rosalie se llevarán tu camioneta, Bella —le dijo Carlisle, como pidiendo permiso. Era tan propio de él.

Bella asintió.

—Alice, Jasper, tomen el Mercedes. Necesitarán los vidrios ahumados en el sur.

Jasper asintió. Alice ya sabía esto.

—Vamos a tomar el Jeep. Alice, ¿morderán el anzuelo?

Alice se concentró, sus manos se cerraron en puños. No fue un proceso simple, buscar maniobras que nunca entrarían en contacto con ninguno de nosotros, pero

estaba sintonizando con estos nuevos enemigos. Mejoraría con el tiempo. Ojalá no lo necesitemos. Ojalá terminemos con esto mañana.

Vi al rastreador volando a través de las copas de los árboles, enfocado en el Jeep que huía. La pelirroja mantenía la distancia, siguiendo el sonido de la camioneta de Bella mientras avanzaba hacia el norte unos minutos después. Sólo hubo variaciones mínimas.

Para cuando relajó su vigilia, ambos estábamos positivos.

—Él te seguirá. La mujer seguirá la camioneta. Deberíamos poder irnos después de eso.

Carlisle asintió.

—Vámonos.

Pensé que estaba listo. Los segundos que pasaban ya latían en mi cabeza como golpes de tambor. Pero no lo estaba.

Bella parecía tan triste al lado de Esme, sus ojos desconcertados, como si no pudiera procesar cómo todo había cambiado tan rápido. Hace solo una hora, éramos perfectamente felices. Y ahora la perseguían, la dejaban en manos de vampiros que apenas conocía para protegerla. Nunca se había visto tan vulnerable como allí parada, sola en una habitación llena de extraños inhumanos.

¿Podía romperse un corazón muerto?

Yo estaba a su lado, con mis brazos apretados alrededor de ella, levantándola del suelo. Su calor en mis brazos era arenas movedizas y quería ahogarme en él y nunca más liberarme. La besé sólo una vez, preocupado de que los planes se derrumbaran en el caos si no podía alejarme de ella. A una parte de mí no le importaba si todas las vidas humanas en Forks, La Push y Seattle fueran sacrificadas para mantenerla a mi lado.

Tenía que ser más fuerte que eso. Yo terminaría con esto. La pondría a salvo de nuevo. Sentí como si todas las células de mi cuerpo estuvieran muriendo una por una mientras la ponía de pie. Mis dedos se demoraron en su cara y luego me escocieron cuando losforcé a liberarlos.

«Más fuerte que esto», me recordé. Tuve que apagar toda esta agonía para poder hacer mi trabajo. Destruye el peligro.

Me aparté de ella.

Pensé que sabía cómo se sentía arder.

Carlisle y Emmett se pusieron a caminar a mi lado. Tomé la bolsa de Emmett. Sabía lo que esperaba el rastreador: que fuese demasiado débil como para aceptar perderla de vista. Acuné la bolsa como si contuviera algo infinitamente más precioso que balones de fútbol y palos de hockey mientras bajaba corriendo los escalones de la entrada flanqueado por mi hermano y mi padre.

Emmett se subió al asiento trasero del Jeep y puse la bolsa en posición vertical junto a él, luego rápidamente cerré la puerta, tratando de parecer sigiloso. Estuve en el asiento del conductor en un instante, Carlisle ya a mi lado y luego subimos el camino a un ritmo que habría horrorizado a Bella si realmente hubiera estado allí con nosotros.

No podía pensar así. Tenía que confiar en Alice y Jasper y mantener la cabeza concentrada en mi parte.

El rastreador estaba todavía demasiado lejos para que yo pudiera escucharlo. Pero sabía que él estaba mirando, siguiéndonos. Lo había visto en la cabeza de Alice.



Girando hacia el norte por la autopista, aceleré. El Jeep era mucho más rápido que la camioneta, pero no lo suficientemente rápido como para avanzar, incluso a la velocidad máxima podía arriesgar el motor. Pero no quería dejar atrás al rastreador ahora. Él sólo vería que estaba presionando el Jeep con fuerza, como si escapar fuera realmente el motivo. Esperaba que no se diera cuenta de que había elegido el Jeep solo para este propósito. Él no sabía qué más tenía en mi garaje.

Por solo un parpadeo, estuvo lo suficientemente cerca para escuchar.

«...¿tomar un ferry? De lo contrario, es un largo camino. Podría atravesar...»

—Haz la llamada —dije, apenas moviendo los labios, aunque sabía que él estaba demasiado detrás de nosotros para ver mi cara.

Carlisle no se llevó el teléfono a la oreja; lo mantuvo junto a su muslo, fuera de la vista, mientras marcaba con una mano. Todos escuchamos el clic silencioso cuando Esme contestó. No dijo nada.

—Despejado —susurró Carlisle. Se desconectó.

Yo también estaba desconectado. No tenía forma de ver lo que estaba haciendo ahora. No tenía posibilidad de escuchar su voz. Empujé la desesperación lejos de mí antes de que pudiera empezar a revolcarme.

Tenía un trabajo que hacer.

# EMBOSCADA

EL RASTREADOR ELIGIÓ CORRER DETRÁS DE NOSOTROS, NO DISPUESTO A adivinar nuestra ruta. De vez en cuando captaba el borde de sus pensamientos, pero nunca más que unas pocas palabras o una vista del Jeep. Nos siguió desde terrenos más altos, en las montañas, sin preocuparse cuando estuvo a kilómetros de la carretera. Aún podía vernos.

No quería pensar en dónde estaba Bella ahora, qué podría estar haciendo y diciendo. Sería una gran distracción. Pero quedaban algunas cosas por hacer.

Le susurré instrucciones a Carlisle y él escribió mensajes al teléfono de Alice. Probablemente no era necesario, pero me hizo sentir mejor.

—Bella necesita comer al menos tres veces cada veinticuatro horas. Y la hidratación es importante. Debería tener agua a mano. Idealmente ocho horas de sueño.

Carlisle, aun manteniendo el teléfono abajo, escribió el mensaje de texto tan rápido como pude dictárselo.

—Y—Dudé—. Dile a Alice que no hable de nuestra conversación antes en el Jeep. Si Bella tiene preguntas, que las desvíe. Dile que hablo muy en serio sobre esto.

Carlisle me miró con curiosidad, pero escribió mi mensaje.

Me imaginé a Alice en el otro extremo, poniendo los ojos en blanco.

Ella sólo respondió con la letra “s”<sup>8</sup> en reconocimiento. Supuse que eso significaba que Bella todavía estaba despierta y Alice tenía la intención de guardar mis instrucciones para sí misma. Debía de haber visto un ajuste de cuentas desagradable si me ignoraba.

Emmett estaba pensando principalmente en lo que haría cuando tuviera al rastreador en sus manos. Sus imaginaciones eran agradables de observar.

Cuando tuvimos que repostar, utilicé una de las latas de gasolina grandes que Emmett había cargado en el asiento trasero. En mi bolsillo, los calcetines de Bella dejarían el más leve rastro de su olor en el aire. Me moví con una carrera borrosa, como si mi único objetivo fuera volver a correr y me alegré cuando el rastreador se acercó para mirar. Por un momento, no estaba a más de kilómetro y medio de

---

<sup>8</sup> Si

distancia. Quería aprovecharme, convertir este vuelo en una emboscada, pero era demasiado pronto. Todavía estábamos demasiado cerca del agua.

No traté de ser evasivo con nuestra ruta, conduciendo en la línea más recta que las autopistas curvas permitían hacia mi destino. Esperaba que el rastreador interpretara esto de la manera que yo quería que lo hiciera: que tenía un destino en mente, un lugar defendible, un lugar donde me sintiera seguro. Sabía poco sobre nosotros, pero sabía esto: teníamos más activos físicos disponibles que el nómada promedio. Además, éramos muchos. Quizás imaginaría aún más aliados esperando en los bosques del norte.

Había considerado correr hacia la familia de Tanya. Estaba seguro de que ayudarían. Kate, en particular, sería una excelente incorporación a nuestro equipo de caza. Pero también estaban demasiado cerca del agua. El rastreador podría echar un vistazo a los cinco y dirigirse al océano. Todo lo que tenía que hacer para desaparecer era sumergirse. Era imposible rastrear a alguien bajo el agua. Y podía salir en cualquier lugar: ocho kilómetros por la playa o en Japón. Nunca podríamos seguirlo. Tendríamos que reagruparnos y empezar de nuevo.

Me dirigía hacia los parques nacionales cerca de Calgary, a más de novecientos kilómetros del mar abierto más cercano.

Una vez que lleváramos allá al rastreador, sabría que lo habíamos descarriado y que Bella no estaba con nosotros. Correría y nosotros lo perseguiríamos. Estaba seguro de que podía alcanzarlo, pero necesitaba un curso con la suficiente longitud. Novecientos kilómetros me darían algo de protección.

Quería terminar esto rápidamente.

Condujimos durante la noche, sólo disminuyendo nuestra velocidad ocasionalmente cuando escuchaba una trampa de velocidad esperando adelante. Me pregunté qué haría el rastreador con eso. Él ya había adivinado que tenía habilidades adicionales. Esto seguramente estaba dándole más de lo que quería, pero la otra opción era demasiado lenta. Dejarlo ver esto, mi entrega voluntaria de información sobre mis ventajas, como otra señal de que estábamos decididos por un destino específico. ¿Una casa segura? Eso tendría que darle curiosidad.

Deseé poder escuchar las teorías en su cabeza, pero se mantuvo lo suficientemente lejos para que yo pudiera ver sólo un atisbo esporádico. Debió haberse formado una teoría sobre mis talentos y, probablemente, no estaba muy lejos.

El rastreador siguió corriendo, incansable y por lo poco que pude escuchar, se divertía inmensamente.

Su disfrute me irritaba, pero era algo bueno. Mientras él estuviera contento con lo que estaba haciendo actualmente, me daba tiempo para llegar a la arena elegida para nuestra emboscada.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, me ponía nervioso. El sol estaba más cerca del horizonte occidental que del este. No habíamos hecho nada interesante más que detenernos a repostar unas cuantas veces, siempre dejando

indicios del aroma de Bella. Pero, ¿le aburriría esta larga carrera? ¿Estaría dispuesto a seguirnos durante potenciales días y días, a través de los territorios del norte y hacia el Círculo Polar Ártico si continuamos? ¿Podría abandonar su persecución antes de estar absolutamente seguro de que Bella no estaba en el Jeep?

—Pregúntale a Alice si ve que el cazador se marcha antes de que estemos listos —Carlisle obedeció rápidamente.

Unos minutos más tarde, la letra “n”<sup>9</sup>.

Eso calmó mis nervios.

El sol se acercó lentamente a las montañas del oeste a medida que nos acercábamos a mi objetivo. Quería acercarlo lo suficiente para poder escucharlo. Necesitaba hacer algo que le interesara.

Estábamos en una pequeña autopista que conducía a Calgary. Podríamos haber continuado hasta Edmonton, esperando a que oscureciera, pero me estaba poniendo cada vez más ansioso. Quería dejar de huir y empezar a cazar.

Me desvié por una pequeña calle lateral que conducía al extremo sur del Parque Nacional Banff. La carretera hizo una curva finalmente de regreso a Calgary, pero no era la forma más rápida de llegar a ninguna parte. Representaba un nuevo comportamiento que no habíamos mostrado hasta este momento. Eso tendría que despertar su interés.

Carlisle y Emmett sabían lo que significaba el cambio. Ambos se pusieron tensos de repente. Emmett estaba más que tenso, estaba emocionado, ansioso por llegar a la pelea.

Esta carretera secundaria nos alejó rápidamente de las tierras de cultivo estériles de principios de la primavera que bordeaban la carretera a Calgary. Comenzamos a escalar de inmediato y ahora estábamos nuevamente rodeados de árboles. Se veía bastante similar a casa, pero más seco. No pude escuchar otra mente en ningún lugar cercano. El sol estaba al otro lado de la montaña que estábamos escalando.

—Emmett—suspiré—. Te compraré un Jeep nuevo.

Se rió entre dientes una vez. «No te preocupes».

Podíamos habernos detenido por gasolina otra vez, casi era el momento, pero este cambio de ritmo debió poner al rastreador al borde. Teníamos que movernos rápido.

—A mi señal —les dije, esperando el primer toque de la mente del rastreador.

La mano de Emmett estaba en la perilla de la puerta.

Este camino era mucho más accidentado que el anterior. Entre en una ruta que hizo que el Jeep se sacudiera fuera del camino. Mientras me esforzaba por controlar el vehículo, la voz del rastreador apareció de pronto.

«...deben tener un lugar cerca...»

—¡Ahora! —gruñí.

---

<sup>9</sup> No

Los tres nos lanzamos del Jeep en movimiento.

Aterricé sobre mis pies y corrí hacia el sonido de los pensamientos del rastreador antes de que los demás hubiesen encontrado su balance.

«¡Oh, no. Una trampa después de todo!»

El rastreador no se escuchaba molesto ni asustado por el repentino cambio de roles. Aún se estaba divirtiendo.

Me empujé a mí mismo a través de los árboles que acabábamos de pasar. Podía oír a Carlisle y Emmett detrás de mí, Emmett arremetiendo a través de los matorrales como un rinoceronte. Su ruidoso ataque quizá cubría algo del sonido del mío. Quizá el rastreador pensara que estaba mucho más atrás de lo que realmente estaba.

Fue un gran alivio correr, moverme con mi propia propulsión, después del largo viaje atascado dentro del Jeep. Fue un alivio no tener que depender de la carretera, sino simplemente tomar la ruta más corta hacia mi objetivo.

El rastreador también fue rápido. No pasó mucho tiempo antes de que me alegrara de haberme dado novecientos kilómetros para atraparlo.

Giró hacia el oeste hacia el lejano Pacífico mientras ascendíamos hacia el borde este de las Montañas Rocosas.

Carlisle y Emmett se estaban quedando más atrás. ¿Era esa la esperanza del rastreador? ¿Separarnos y sacarnos uno a la vez? Estaba en guardia, esperando otro cambio repentino. Agradecí la idea de su ataque. Una parte de mí estaba llena de furia, otra parte estaba ansiosa por terminar esto.

No podía oír su mente, estaba un poco fuera de su alcance, pero podía seguir su olor con bastante facilidad.

Su camino se volvió hacia el norte.

Él corrió y yo corrí. Pasaron los minutos, luego las horas.

Viramos al noreste.

Me pregunté si tenía un plan o simplemente estaba corriendo sin rumbo fijo para despistarme.

Apenas podía escuchar la carga de Emmett a través del bosque. Ahora tenían que estar varios kilómetros atrás. Pero pensé que podía escuchar algo más adelante. El rastreador se movía con sobriedad, pero no en silencio. Le estaba ganando.

Y luego el ruido de su progreso desapareció por completo.

¿Se había detenido? ¿Estaba esperando atacar?

Corrí más rápido, ansioso por torcer su trampa.

Y luego escuché un chapoteo lejano al mismo tiempo que subía a una cresta cubierta de nieve que se rompía en un acantilado empinado.

Muy abajo había un lago glacial profundo, largo y estrecho, casi como un río.

Agua. Por supuesto.

Quería lanzarme tras él, pero sabía que eso le daría ventaja. Había kilómetros de orilla por donde podía emerger. Tendría que ser metódico, lo que llevaría tiempo. No tenía tales impedimentos.

La forma lenta era recorrer el perímetro del lago, buscando rastros de él. Tendría que tener cuidado de no perderme su salida. No subiría al banco y empezaría a correr de nuevo. Intentaría saltar, poner algo de distancia entre la orilla del agua y su olor.

La forma un poco más rápida era dividir la distancia con Emmett y Carlisle; podríamos cortar el perímetro en tercios.

Pero también existía la forma más rápida.

Emmett y Carlisle se estaban acercando. Corrí de regreso a Carlisle, mi mano extendida frente a mí. Sólo le tomó un segundo entender lo que quería. Me arrojó el teléfono. Me volví de nuevo y corrí con ellos, enviándole un mensaje de texto a Alice.

«Dime cuál de nosotros encuentra el rastro».

Llegamos al mirador del largo lago.

—Emmett—respiré casi en silencio—. Decide tomar la orilla sur desde este punto y luego seguirla hacia el este. Carlisle, decide correr hacia el norte a lo largo de esta orilla. Tomaré el lado opuesto.

Me lo imaginé, comprometido con ello, sumergiéndome en el agua azul oscuro, disparándome hacia la orilla opuesta, luego corriendo hacia el norte para encontrarme con Carlisle en el extremo más alejado del lago.

El teléfono vibró silenciosamente.

“Em”, respondió. “Punta sur”.

Les mostré su mensaje de texto y luego le devolví el teléfono a Carlisle. Tenía una bolsa impermeable para protegerlo. Me zambullí y escuché a Emmett empujarse detrás de mí. Me mantuve erguido como un cuchillo, decidido a cortar el agua con el menor ruido posible.

El agua era muy clara y sólo unos pocos grados más caliente que helada. Nadé varios metros por debajo de la superficie, invisible en la noche. Podía distinguir el sonido de Emmett detrás de mí, pero estaba casi en silencio. No pude escuchar a Carlisle en absoluto.

Salí del lago en su punto más al sur. Los únicos sonidos detrás de mí eran las gotas de agua cayendo de Emmett y golpeando la orilla pedregosa.

Tomé la derecha y Emmett la izquierda.

Hubo una onda cuando Carlisle emergió. Miré hacia atrás. El teléfono estaba en su mano de nuevo y estaba señalando a Emmett. Había elegido el camino correcto. Efectivamente, sólo unos metros más allá y capté el indicio del olor del rastreador. Estaba por encima de nosotros: había saltado a las ramas de un alto pino cardo. Subí al árbol y encontré su rastro que conducía a través de las ramas de los árboles circundantes.

Y luego volví a la persecución.

Eché humo mientras volaba a través de las ramas. Habíamos perdido suficiente tiempo con el lago y ahora estaba muchos kilómetros por delante.

Estaba retrocediendo por el camino por el que habíamos venido. ¿El sur sería su elección? ¿Volver a Forks para encontrar el rastro de Bella? Era una caminata

sólida de siete horas, sí se ejecuta en línea recta. ¿Querría darme tanto tiempo la oportunidad de alcanzarlo?

Pero a medida que avanzaba la noche interminable, él cambió de dirección una docena de veces. Se movió predominantemente hacia el oeste, abriéndose paso hacia el Pacífico, imaginé. Y siguió encontrando formas de construir su liderazgo, de frenarnos.

Una vez fue un gran acantilado. Cada uno de nosotros decidió las direcciones que buscaríamos en la base, pero Alice siguió enviando mensajes de texto “n” “n” “n” “n” “n”. Su vista del rastreador era tan limitada que sólo podía ver cómo reaccionaríamos ante su rastro. Me tomó demasiado tiempo ver el daño en el acantilado donde había roto su caída a la mitad y luego escalado de lado a través de la piedra.

En otra ocasión encontró un río. Nuevamente, imaginamos exhaustivamente las rutas que buscaríamos. Permaneció en el agua durante mucho tiempo. Perdimos casi quince minutos antes de que Alice viera que Carlisle encontraría el rastro del rastreador a treinta y seis kilómetros al suroeste.

Fue enloquecedor. Corrimos, nadamos y nos balanceamos por el bosque lo más rápido que pudimos, pero él simplemente jugaba con nosotros, construyendo constantemente su ventaja. Tenía mucha práctica y, estaba seguro, bastante confiado en su éxito. La ventaja era completamente suya ahora. Seguiríamos rezagados y eventualmente él podría perdernos por completo.

Los miles de kilómetros entre Bella y yo me mantuvieron siempre ansioso. Este plan, que lo alejaba, estaba resultando no ser más que un pequeño retraso en su búsqueda real.

Pero, ¿qué más podíamos hacer? Teníamos que seguir persiguiéndolo y esperar que de alguna manera pudiéramos atraparlo. Se suponía que esta era nuestra gran oportunidad para detenerlo sin poner en peligro a Bella. Estábamos haciendo un trabajo patético.

Volvió a confundir el camino en otro lago glacial de kilómetros de largo. Había docenas como este, todos rastrillando de norte a sur a través de los valles canadienses como si una mano gigante hubiera abierto sus dedos por el centro del continente. El rastreador se aprovechaba de ellos a menudo y cada vez teníamos que imaginar y decidir, luego esperar la “C” de Alice, “Em” o “E”d, una “s” o una “n”. Aceleramos en la parte mental, pero cada pausa lo ponía más adelante.

Salió el sol, pero hoy las nubes eran densas y el rastreador no disminuyó la velocidad. Me pregunté qué habría hecho si el sol estuviera brillando. Estábamos ahora en el lado oeste de las montañas y volvíamos a encontrarnos con pueblos humanos. Probablemente hubiera matado rápidamente a cualquier testigo si hubiera tenido que hacerlo.

Estaba seguro de que se dirigía hacia el océano y una escapada limpia. Ahora estábamos mucho más cerca de Vancouver que de Calgary. No parecía interesado en moverse al sur, de regreso a Forks. Hubo una ligera tendencia al norte.

Honestamente, no necesitaba más estratagemas. Tenía suficiente ventaja para correr a toda velocidad hacia la costa sin ninguna posibilidad de que lo alcanzáramos.

Pero luego, el sendero conducía a otro lago. Estaba un noventa por ciento seguro de que estaba jugando con nosotros simplemente para entretenerse. Podría haber escapado, pero era más divertido hacernos saltar a través de sus aros.

Sólo podía esperar que su arrogancia de alguna manera fuera contraproducente, que tomara una mala decisión que lo pusiera a nuestro alcance, pero lo dudaba. Era demasiado bueno en este juego.

Y seguimos siguiéndolo. Rendirse no parecía una opción válida.

A media mañana, Esme envió un mensaje de texto. «¿Puedes hablar?»

«¿Hay alguna posibilidad de que me escuche?» Carlisle quería saber.

—Ojalá —suspiré.

Carlisle llamó a Esme y hablaron mientras corríamos. Ella no tenía noticias reales, estaba más preocupada por nosotros. La pelirroja todavía estaba en el área, pero no se acercaría a ocho kilómetros de Esme o Rosalie. Rosalie había hecho un poco de exploración y parecía que la pelirroja había ido a la escuela secundaria por la noche y a través de la mayoría de los edificios públicos de la ciudad. No había vuelto al norte hacia nuestra casa y solo había ido tan al sur hasta la pista de aterrizaje municipal, pero parecía estar escondiéndose hacia el este, tal vez manteniéndose cerca de Seattle por un terreno de caza más grande. Había ido a la casa de Charlie una vez, pero no hasta que él se fue a trabajar. Esme nunca había estado a más de unos metros de Charlie, lo cual era impresionante, ya que no él tuvo ni idea de que ella estaba allí.

No había nada más, ni pistas. Ella y Carlisle intercambiaron doloridos “te amo” y luego volvimos a la persecución para aturdir la mente. El rastreador se dirigía hacia el norte de nuevo, disfrutando demasiado como para tomar el escape fácil.

Era media tarde cuando llegamos a otro lago, en forma de media luna y no tan grande como los otros que había usado para retrasarnos. Sin tener que discutirlo, cada uno de nosotros decidió seguir nuestras rutas de búsqueda habituales. Alice respondió rápidamente un “Em”. Entonces, retrocediendo hacia el sur.

Una vez que volvimos a tener su olor, nos llevó a través de un pequeño pueblo escondido en un paso de montaña. Era lo suficientemente grande para un tráfico ligero en las calles estrechas. Tuvimos que reducir la velocidad, y odié eso, aunque sabía que no importaba. Estábamos demasiado atrás para que nuestra velocidad hiciera alguna diferencia. Pero me tranquilizó pensar que probablemente él también habría tenido que moverse a la velocidad humana. Me pregunté por qué se molestaría. Tal vez tenía sed. Estaba seguro de que sabía que tenía tiempo para detenerse a comer algo.

Corrimos de un edificio a otro, confiando en que mis sentidos nos avisarían si alguien estaba mirando, corriendo cuando podíamos. Obviamente, no estábamos



vestidos lo suficientemente abrigados para el clima de aquí, y si alguien miraba de cerca, también estábamos empapados, traté de rodearnos de puntos estratégicos humanos para evitar llamar la atención.

Llegamos a las afueras de la ciudad sin descubrir ningún cadáver fresco, por lo que no debía de haber estado buscando saciar su sed. Entonces, ¿qué estaba buscando?

Hacia el sur ahora.

Seguimos su rastro hasta un cobertizo grande y áspero en medio de un campo abierto, lleno de zarzas espinosas que todavía estaban desnudas por el invierno. Las amplias puertas del cobertizo estaban abiertas. El interior del cobertizo estaba casi vacío, sólo montones de desorden mecánico y automotriz cubriendo las paredes. El olor conducía al cobertizo y estaba más incrustado en el suelo aquí, como si se hubiera demorado un momento. Sólo podía pensar en una razón y busqué el olor a sangre. Nada. Todo lo que podía oler era escape... gasolina...

Me sentí mal cuando me di cuenta de lo que no había visto al principio. Con una maldición en voz baja, salí disparado del cobertizo y salté sobre las altas zarzas. Emmett y Carlisle lo siguieron, de nuevo en alerta máxima después de las asombrosas horas de fracaso.

Y allí, en el otro lado, había una larga línea de tierra aplastada, enrollada lo más suave posible, de unos sesenta metros de ancho, que se extendía por lo menos un kilómetro y medio hacia el oeste.

Era una pista de aterrizaje privada.

Maldije de nuevo.

Estaba tan concentrado en el escape por agua que no me di cuenta que también había una salida por aire.

El avión sería pequeño y lento, no mucho más rápido que un automóvil. No más de doscientos kilómetros por hora, si estaba en buenas condiciones. El pequeño hangar descuidado me hizo pensar que probablemente no lo era. Tendría que parar a repostar gasolina con frecuencia si tenía la intención de llegar lejos.

Pero podía ir en cualquier dirección y no teníamos forma de seguirlo.

Miré a Carlisle y sus ojos estaban tan decepcionados y desesperados como los míos.

«¿Volverá a Forks para intentar seguir su rastro?»

Fruncí el ceño.

—Tendría sentido, pero parece un poco obvio. No es su estilo.

«¿A dónde más podemos ir?»

Suspiré.

«¿Debería?»

—Haz la llamada —dije asintiendo.

Pulsó el botón de remarcado. Sólo sonó una vez.

—¿Alice?

—Carlisle —la escuché respirar.

Me incliné más cerca, ansioso, aunque ya podía escuchar.

—¿Estás totalmente seguro? —preguntó.

—Sí.

—Lo perdimos a doscientos ochenta kilómetros al noreste de Vancouver. Tomó un avión pequeño. No tenemos idea de hacia dónde se dirige.

—Lo acabo de ver—dijo con urgencia y tampoco sorprendida en absoluto por nuestro fracaso—. Se dirige a una habitación en algún lugar, sin pistas sobre la ubicación, pero era inusual. Espejos cubrían las paredes, una banda dorada alrededor del centro de la habitación, como un riel para sillas, en su mayoría vacías, excepto en una esquina con un antiguo sistema de audio y video. También había otra habitación, una habitación oscura, pero todo lo que pude ver fue que estaba viendo cintas de VHS. No tengo idea de lo que eso significa. Pero lo que sea que lo hizo subir a ese avión... lo estaba llevando a esas habitaciones.

No era suficiente información para ayudar. El rastreador podría estar planeando disfrutar de un tiempo de inactividad, por lo que sabíamos. Tal vez quería hacernos esperar, hacernos cocer. Aumentar nuestra ansiedad. Parecía acorde con su personalidad. Me lo imaginé en una casa vacía en algún lugar al azar, viendo películas antiguas mientras nos arrastrábamos a la espera de su regreso. Esto era exactamente lo que queríamos evitar.

La buena noticia era que Alice ahora lo veía independientemente de nosotros. Sólo podía esperar que, con una familiaridad continua, ella consiguiera una mejor línea sobre él. Me pregunté si las habitaciones que describió tenían algún significado que se relacionara con nosotros. Quizás significaba que eventualmente lo perseguiríamos hasta uno de esos lugares. Si Alice tenía una mejor vista de los alrededores, era una posibilidad. Ese fue un pensamiento reconfortante.

Extendí mi mano para tomar el teléfono y Carlisle me lo entregó.

—¿Puedo hablar con Bella, por favor?

—Sí—apartó la cabeza del receptor—. ¿Bella?

Podía oír el ruido de los pies de Bella mientras corría torpemente por la habitación, y si no hubiera estado tan desmoralizado, habría sonreído.

—¿Hola? —preguntó sin aliento.

—Bella —el alivio saturó mi voz. La breve separación ya había pasado factura.

—Oh, Edward—suspiró—. ¡Estaba muy preocupada!

Por supuesto.

—Bella, te dije que no te preocupes por nada más que por ti misma.

—¿Dónde estás?

—Estamos en las afueras de Vancouver. Bella, lo siento, lo perdimos—no quería decirle cómo había jugado con nosotros. La pondría nerviosa que él hubiera tomado la delantera tan fácilmente. Me puso nervioso a mí—. Parece sospechar de nosotros, tiene cuidado de mantenerse lo suficientemente lejos como para que no pueda escuchar lo que está pensando. Pero ahora se ha ido, parece que se subió a un

avión. Creemos que regresará a Forks para empezar de nuevo—. Bueno, de todos modos no teníamos otras teorías.

—Lo sé. Alice vio que se escapó —dijo con perfecta compostura.

—Sin embargo, no tienes que preocuparte—le aseguré, aunque ella no parecía preocupada—. No encontrará nada que lo lleve hasta ti. Sólo tienes que quedarte allí y esperar hasta que lo encontremos de nuevo

—Estaré bien. ¿Esme está con Charlie?

—Sí, la mujer ha estado en la ciudad. Fue a la casa, pero mientras Charlie estaba en el trabajo. Ella no se ha acercado a él, así que no tengas miedo. Está a salvo con Esme y Rosalie vigilándolo.

—¿Qué está haciendo?

—Probablemente esté intentando seguir el rastro. Ha estado por todo el pueblo durante la noche. Rosalie la rastreó a través del aeropuerto—... La pista de aterrizaje al sur de la ciudad. Tal vez, después de todo, no nos equivocamos con sus intenciones. Continué antes de que Bella pudiera notar mi distracción—. Todas las carreteras de la ciudad, la escuela... está investigando, Bella, pero va a encontrar nada.

—¿Y estás seguro de que Charlie está a salvo? —exigió.

—Sí, Esme no lo dejará fuera de su vista. Y estaremos allí pronto—definitivamente nos dirigíamos allí ahora—. Si el rastreador se acerca a Forks, lo atraparemos.

Empecé a moverme hacia el sur. Carlisle y Emmett siguieron mi ejemplo.

—Te extraño —susurró.

—Lo sé, Bella. Créame, lo sé—, no podía creer lo disminuido que me sentía separado de ella—. Es como si te hubieras llevado la mitad de mí contigo.

—Ven y recupérala, entonces —sugirió.

—Pronto, tan pronto como pueda. Primero me aseguraré de que estés a salvo —juré.

—Te amo —suspiró.

—¿Podrías creer que, a pesar de todo lo que te he hecho pasar, yo también te amo?

—Desde luego que sí, claro que te creo —sonaba como si estuviera sonriendo mientras hablaba.

—Me reuniré contigo enseguida.

—Estaré esperando —prometió.

Dolía terminar la llamada, desconectarse de ella de nuevo. Pero ahora tenía prisa. Le devolví el teléfono a Carlisle sin mirar y luego empujé mi trote para correr. Dependiendo de lo difícil que fuera para el rastreador ubicar el combustible, podríamos ser capaces de llegar primero a Forks, si ese era el lugar al que se dirigía.

Carlisle y Emmett se las arreglaron para mantener el ritmo.

Regresamos a Forks en tres horas y media, tomando la ruta más rápida directamente a través del Mar de Salish. Fuimos directamente a la casa de Charlie, donde Esme y Rosalie estaban de guardia, Esme en la parte trasera de la casa y Rosalie en el árbol del jardín delantero. Emmett fue rápidamente a unirse a ella mientras Carlisle y yo fuimos hacia Esme.

Ahora que estaba aquí para apreciarlos, Rosalie tenía pensamientos amargos sobre cuán egoístamente estaba poniendo en peligro la vida de todos. No le presté atención.

La casa de Bella estaba inquietantemente silenciosa, aunque había varias luces en la planta baja. Me di cuenta de lo que faltaba: el sonido de un juego en la televisión de la sala de estar. Encontré la mente de Charlie en su lugar habitual, sentado en el sofá, frente al televisor oscuro. Sus pensamientos estaban totalmente en silencio, como si se hubiera adormecido. Hice una mueca, feliz de que Bella no tuviera que ver esto.

Sólo tomó unos segundos de discusión y luego nos dispersamos. Carlisle se quedó con Esme y me sentí mucho mejor de que él estuviera allí con ella. Emmett y Rosalie hicieron un barrido por el centro de la ciudad y luego registraron el área alrededor de la pista de aterrizaje, buscando un avión de hélice abandonado.

Corrí hacia el este, siguiendo el rastro de la pelirroja. No me importaría arrinconarla. Pero su olor solo conducía al Puget Sound. No se arriesgaba.

Recorrí el conocido Parque Olympic en mi camino de regreso a lo de Charlie, solo para ver si la pelirroja había ido a algún lugar interesante, pero parecía haber ido directamente al Sound. No era del tipo que se arriesga a una confrontación.

De vuelta en la casa de Bella, me hice cargo de la vigilancia mientras Esme y Carlisle exploraban el norte para ver si la pelirroja había emergido del agua cerca de Port Ángeles y estaba tratando de atacar a Charlie desde otro ángulo. Lo dudaba, pero no teníamos nada mejor que hacer. Si el rastreador no regresaba a Forks, lo que parecía evidente en este punto, y la pelirroja había ido a reunirse con él, entonces tendríamos que reagruparnos y pensar en un nuevo plan. Esperaba que alguien más tuviera una idea, porque mi cabeza estaba en blanco.

Eran casi las dos y media de la mañana cuando mi teléfono sonó silenciosamente. Acepté la llamada sin mirar, esperando un informe de Carlisle.

La voz de Alice surgió del teléfono, trinando con velocidad.

—Viene aquí, viene a Phoenix, si no está ya aquí, vi la segunda habitación de nuevo y Bella reconoció el boceto, es la casa de su madre, Edward, vendrá por Renée. No puede saber qué estamos aquí, pero no me gusta que esté tan cerca de Bella. Es demasiado resbaladizo y no puedo verlo lo suficientemente bien. Tenemos que sacarla de aquí, pero alguien tiene que encontrar a Renée, inos va a dejar muy separados, Edward!

Me sentí mareado, aturdido, aunque sabía que era una ilusión. No había nada malo en mi mente o mi cuerpo. Pero el rastreador había vuelto a rodearme, dando vueltas, siempre en mi punto ciego. Ya sea por diseño o por suerte, él estaba a punto de estar en el mismo lugar que Bella mientras yo estaba a dos mil quinientos kilómetros de ella.

—¿Cuánto tiempo hasta que esté allí?—siseé—. ¿Puedes concretarlo?

—No perfectamente, pero sé que será pronto. No más de unas pocas horas.

¿Volaba directamente allí? ¿Nos había estado alejando más de ella a propósito?

—¿Ninguno de ustedes se ha acercado a la casa de Renée?

—No. No hemos puesto un pie fuera de este hotel. No estamos cerca de la casa.

Estaba demasiado lejos para que correr fuera una opción eficiente. Tendríamos que volar. Y un avión grande era la forma más rápida.

—El primer vuelo a Phoenix sale de Seattle a las seis y cuarenta—me dijo Alice, un paso por delante—. Tendrás que cubrirte. Es ridículamente soleado aquí.

—Dejaremos a Esme y Rosalie aquí de nuevo. La pelirroja no se acercará a ellos. Prepara a Bella. Mantendremos los mismos grupos. Emmett, Carlisle y yo la llevaremos a algún lugar lejano, al azar, hasta que podamos averiguar el siguiente paso. Encuentra a su madre.

—Estaremos allí cuando aterrices.

Alice colgó.

Comencé a correr, llamando a Carlisle mientras corría hacia Seattle. Tendrían que alcanzarme.

# CARRERA

INCLUSO CUANDO LAS RUEDAS DEL AVIÓN TOCARON EL TARMAC, MI impaciencia se negó a disminuir. Me recordé a mí mismo que Bella seguramente estaba a menos de kilómetro y medio de distancia ahora y no pasarían muchos minutos más antes de que pudiera ver su rostro de nuevo, pero eso solo hizo más fuerte la necesidad de arrancar la puerta de emergencia de sus bisagras y correr hacia el edificio en lugar de esperar durante el interminable paseo en taxi. Carlisle podía sentir mi agitación en mi absoluta quietud y me dio un ligero empujón en el codo para recordarme que me moviera.

Aunque la persiana de la ventana de nuestra fila estaba bajada, había un exceso de luz solar directa en el avión. Mis brazos estaban cruzados para ocultar mis manos y dejaba que la capucha de mi sudadera que compré en la tienda del aeropuerto cayera hacia adelante para mantener mi rostro en la sombra. Probablemente nos veíamos ridículos para los otros pasajeros, especialmente Emmett, abultado con una sudadera que era varias tallas más pequeña, o como si pensáramos que éramos una especie de celebridades escondidas detrás de nuestras capuchas y anteojos oscuros o más probable patanes del norte que no tenían un marco de referencia para las temperaturas de primavera en el suroeste. Atrapé a un hombre pensando que todos nos quitaríamos las sudaderas antes de llegar a lo largo de la pasarela.

El avión en el aire se había sentido insoportablemente lento; este paseo en taxi podría matarme.

Sólo un poco más de moderación, me prometí. Ella estaría allí al final de esto. La sacaría de aquí y nos esconderíamos juntos mientras averiguamos esto. El pensamiento me tranquilizó un poco.

En realidad, el avión tardó muy poco en encontrar su puerta asignada, abierta y lista. Hubo un millón de posibles retrasos que no se interpusieron en nuestro camino. Debería haber estado agradecido.

Incluso tuvimos la suerte de terminar en una puerta en el lado norte del aeropuerto, escondidos en la sombra matutina de la terminal más grande. Eso nos facilitaría movernos rápido.

Los dedos de Carlisle se posaron ligeramente en mi codo mientras el equipo se tomaba su tiempo para revisar. Fuera del avión, pude escuchar la maniobra mecánica jetway en su lugar y el golpe contra el casco cuando se logró. La tripulación ignoró el sonido y los dos camareros de la cabina de proa miraron juntos una lista de pasajeros.

Me dio un codazo de nuevo y fingí respirar.

Finalmente, la azafata se acercó a la puerta y se esforzó por apartarla del camino. Quería desesperadamente ayudarla, pero las yemas de los dedos de Carlisle en mi brazo me mantuvieron concentrado.

Con un silbido, la puerta se abrió y el aire cálido del exterior se mezcló con el aire viciado de la cabina. Estúpidamente, busqué algún rastro del aroma de Bella, aunque sabía que aún estaba demasiado lejos. Estaría en lo más profundo de la terminal con aire acondicionado, más allá del puesto de seguridad y su camino seguiría una ruta desde algún estacionamiento distante. Paciencia.

La luz del cinturón de seguridad se apagó con un sonido metálico, luego los tres nos pusimos en movimiento. Rodeamos a los humanos y llegamos a la puerta tan rápido que el mayordomo dio un paso atrás sorprendido. Lo apartó de nuestro camino y lo aprovechamos.

Carlisle tiró de la parte de atrás de mi sudadera y de mala gana dejé que me pasara. Sólo haría una diferencia de unos segundos si él marcara el ritmo, y ciertamente sería más prudente que yo. No importaba lo que hiciera el rastreador, teníamos que cumplir con las reglas.

Había memorizado el diseño de esta terminal en el folleto a bordo y nos habían soltado en la rama más cercana a la salida. Más buena suerte. Por supuesto que no podía escuchar la mente de Bella, pero debería poder encontrar a Alice y Jasper. Estarían con las otras familias esperando para recibir a los pasajeros, más adelante a la derecha.

Había comenzado a adelantarme a Carlisle de nuevo, ansioso por ver finalmente a Bella.

Las mentes de Alice y Jasper se destacarían de las de los humanos como focos rodeados de fogatas. Podría escucharlos en cualquier...

El caos y la agonía de la mente de Alice me golpearon entonces, como un vórtice repentino surgiendo de un mar en calma, succionándome.

Me tambaleé hasta detenerme, paralizado. No escuché lo que dijo Carlisle, apenas sentí sus intentos de empujarme hacia adelante. Era vagamente consciente de su conciencia de que el oficial de seguridad humano nos miraba con sospecha.

—No, tengo tu teléfono aquí —Emmett estaba diciendo demasiado alto, proporcionando una excusa.

Me agarró por debajo de un codo y empezó a hacerme avanzar. Me apresuré a encontrar mi trote mientras él medio me cargaba, pero no podía sentir el suelo debajo de mí. Los cuerpos a mi alrededor parecían traslúcidos. Todo lo que realmente podía ver eran los recuerdos de Alice.

Bella, pálida y retraída, crispada por los nervios. Bella, con ojos desesperados, alejándose con Jasper.

El recuerdo de una visión: Jasper regresando rápidamente hacia Alice, agitado. Ella no esperó a que él viniera a ella. Siguió su olor hasta donde él esperaba fuera del baño de mujeres, con el rostro ensombrecido por la preocupación.

Alice siguió el olor de Bella ahora, encontrando la segunda salida, lanzándose a una velocidad que era demasiado llamativa. Los pasillos llenos de gente, el ascensor abarrotado, las puertas correderas al exterior. Una acera repleta de taxis y transportes.

El final del camino.

Bella había desaparecido.

Emmett me impulsó hacia el espacio gigante, parecido a un atrio, donde Alice y Jasper esperaban tensos a la sombra de un enorme pilar. El sol se inclinaba hacia nosotros a través de un techo de cristal y la mano de Emmett en mi cuello me obligó a inclinar la cabeza, para mantener mi rostro en la sombra.

Alice pudo ver a Bella en unos segundos a partir de ahora, en un taxi, acelerando por una autopista bajo la brillante luz del sol. Los ojos de Bella estaban cerrados.

Y en sólo unos minutos más: una habitación con espejos, tubos fluorescentes brillantes en el techo, largas tablas de pino en el suelo.

El rastreador, esperando.

Luego sangre. Tanta sangre.

—¿Por qué no fuiste tras ella? —Siseé.

«Los dos no éramos suficientes. Ella moría».

Tuve que obligarme a seguir moviéndome a través del dolor que quería congelarme en mi lugar nuevamente.

—¿Qué pasó, Alice? —Escuché a Carlisle preguntar.

Los cinco ya nos movíamos en una formación intimidante hacia el garaje donde habían estacionado.

Afortunadamente, el techo de cristal había dado paso a una arquitectura más simple y estábamos fuera del peligro del sol. Nos movíamos más rápido que cualquiera de los grupos humanos, incluso los tardíos que pasaban corriendo junto a nosotros en busca de conexiones, pero me irritaba la velocidad. Éramos demasiado lentos. ¿Por qué fingir ahora? ¿Qué importaba?

«Quédate con nosotros, Edward», advirtió Alice. «Nos necesitarás a todos».

En su mente: sangre.

Para responder a la pregunta de Carlisle, ella le puso un papel en la mano. Estaba doblado en tercios. Carlisle lo miró y retrocedió.

Lo vi todo en su cabeza.

La letra de Bella. Una explicación. Un rehén. Una disculpa. Una súplica.

Me pasó la nota; la arrugue en mi mano y me la metí en el bolsillo.

—¿Su madre? —Gruñí suavemente.

—No la he visto. Ella no estará en la habitación. Puede que ya lo haya hecho...

—Alice no terminó.

Recordó la voz de la madre de Bella en el teléfono, el pánico en ella.

Bella se había ido a la otra habitación para calmar a su madre. Y entonces la visión se había apoderado de Alice. No puso la sincronización junta. No lo había visto.

Alice estaba en una espiral de culpa. Siseé, bajo y fuerte.

—No hay tiempo para eso, Alice.

Carlisle estaba murmurando casi inaudiblemente la información pertinente a Emmett, quien se había vuelto impaciente. Podía escuchar su horror mientras entendía, su sensación de fracaso. No era nada comparada con la mía.

No podía permitirme sentir esto ahora. Alice vio la más estrecha de las ventanas. Quizás era imposible. Era absolutamente imposible que pudiéramos alcanzar a Bella antes de que su sangre comenzara a fluir. Una parte de mí sabía lo que esto significaba, que habría un intervalo de tiempo entre que el rastreador la encontrara y su muerte. Una gran brecha. No podía permitirme entender.

Tenía que ser lo suficientemente rápido.



—¿Sabemos adónde vamos?

Alice me mostró un mapa en su cabeza. Sentí su alivio por haber obtenido la información más vital a tiempo. Después de la primera visión, pero antes de la llamada de la madre de Bella, Bella le había dado el cruce de caminos cerca del lugar donde el rastreador había elegido esperar. Eran poco menos de cuarenta kilómetros, por la autopista casi todo el camino. Solo tomaría unos minutos.

Bella no tenía tanto tiempo.

Atravesamos la zona de recogida de equipajes y entramos en el ascensor. Varios grupos con carros cargados con maletas esperaban a que se abriera el siguiente par de puertas. Nos movimos en sincronía hacia la escalera. Estaba vacío. Volamos hacia arriba y estuvimos en el garaje en menos de un segundo. Jasper se dirigió hacia donde habían dejado el auto, pero Alice lo agarró del brazo.

—Sea cual sea el coche que tomemos, la policía buscará a sus dueños.

La brillante autopista brilló en su mente, borrosa con la velocidad. Luces azules y rojas girando, una barricada, algún tipo de accidente; todavía no estaba totalmente despejado.

Todos se congelaron, sin saber qué significaba esto.

No había tiempo.

Me moví demasiado rápido por la línea de autos mientras los demás se recuperaban y seguían a un ritmo más juicioso. No había mucha gente en el garaje, nadie que pudiera verme claramente.

Escuché a Alice instruir a Carlisle para que recuperara su bolso del maletero del Mercedes. Carlisle tenía un botiquín médico en cada automóvil que conducía en caso de emergencia. No me permití pensar en eso.

No había tiempo para encontrar la opción perfecta. La mayoría de los autos aquí eran voluminosos Suburbanos o prácticos sedanes, pero había algunas opciones un poco más rápidas que las otras. Estaba dudando entre un Ford Mustang nuevo y un Nissan 350Z, esperando que Alice viera cual funcionaría mejor, cuando la insinuación de un olor inesperado me llamó la atención.

Tan pronto como olí el nitroso, Alice vio lo que estaba buscando.

Me lancé al otro extremo del garaje, justo hasta el borde de la intrusión de la luz del sol, donde alguien había aparcado su WRX STI mejorado lejos de los ascensores con la esperanza de que nadie se estacionara junto a él y rayara la pintura.

El trabajo de pintura era espantoso: burbujas violetas anaranjadas del tamaño de mi cabeza surgiendo de lo que parecía ser lava de color púrpura oscuro. Nunca había visto un auto tan llamativo en cien años.

Pero obviamente estaba bien cuidado, el bebé de alguien. Nada era original, todo estaba diseñado para las carreras, desde el divisor hasta el enorme alerón del mercado de accesorios. Las ventanas estaban teñidas de tanta oscuridad que dudaba que fueran legales, incluso aquí en esta tierra de sol.

La visión de Alice del camino que tenía por delante era mucho más clara ahora.

Ella ya estaba a mi lado, con la antena rota de otro auto en la mano. Lo aplastó entre sus dedos y le dio forma a un pequeño gancho al final. Abrió la cerradura antes de que Jasper, Emmett y Carlisle, con un bolso de cuero negro en la mano, nos alcanzaran.

Agachándome en el asiento del conductor, arranqué la carcasa de la columna de dirección y retorcí los cables de encendido. Junto a la palanca de cambios había una segunda palanca, estaba rematada con dos botones rojos etiquetados como "Go Go 1" y "Go Go 2". Aprecié el compromiso del propietario con las actualizaciones, sino su sentido del humor. Sólo podía esperar que los tanques de nitroso estuvieran llenos. El tanque de gasolina estaba a las tres cuartas partes, mucho más de lo que necesitaba. Los otros subieron al coche, Carlisle en el asiento del pasajero y el resto en la parte de atrás, el motor zumbaba con entusiasmo mientras dábamos marcha atrás hacia el pasillo. Nadie bloqueó mi camino. Volamos a lo largo del enorme garaje hacia la salida. Hice clic en el botón de calefacción en el tablero. El nitroso tardaría un momento en pasar de gas a líquido.

—Alice, dame treinta segundos por delante.

«Sí».

El descenso fue un tirabuzón apretado que descendió en espiral cuatro pisos. A mitad de camino, choqué contra la parte trasera de un Escalade al salir, como Alice había visto que haría. El camino era tan estrecho que no tuve más remedio que pisarles los talones y tratar de asustar al otro conductor con un largo bocinazo. Alice vio que eso no funcionaría, pero no pude resistir.

Salimos de la última curva y entramos en una amplia bahía de pagos iluminada por el sol. Dos de los seis carriles estaban vacíos y el Escalade se dirigió al más cercano. Ya estaba en el último quiosco.

Un brazo delgado con rayas rojas y blancas se extendía por el camino. Antes de que pudiera considerar realmente atravesarlo, Alice me estaba gritando en su cabeza.

«Si la policía empieza a perseguirnos ahora, ¡no lo conseguiremos!»

Mis manos apretaron el volante naranja neón con demasiada fuerza. Obligué a mis dedos a relajarse mientras me acercaba a la ventana automática. Carlisle agarró el boleto, se pegó detrás de la visera de una manera obvia y me lo tendió.

Alice lo agarró. Ella pudo ver que era tan probable que pasara el puño por el lector de tarjetas como que esperara pacientemente a que la máquina funcionara. Conduje otro metro hacia adelante para que Jasper pudiera bajar la ventanilla y pagar con una de las tarjetas sin nombre que solíamos mantener en el anonimato.

Se había llevado la manga oscura hasta la punta de los dedos. Hubo un destello mínimo cuando extendió la mano por la ventana para empujar el boleto en la ranura.

Me concentré en el brazo rayado. Era la bandera a cuadros. Tan pronto como se levantó, la carrera comenzó.

El lector de tarjetas emitió un zumbido. Jasper apretó un botón.

El brazo se levantó y pisé el acelerador.

Conocía el camino. Alice había visto la longitud y todo lo que se interponía en nuestro camino. Era mediodía y el tráfico no era terrible. Podía ver los agujeros en el patrón.

Me tomó doce segundos cambiar de marcha hasta que estuve en sexta. No pensaba bajar de nuevo.

La primera sección de la autopista estaba casi vacía, pero se avecinaba una intersección. No había tiempo suficiente para hacer uso completo de un recipiente NOS. Giré hacia el extremo izquierdo para evitar la afluencia.

Podría decir esto de Arizona: el sol puede ser ridículo, pero las autopistas son excepcionales. Seis carriles anchos y lisos, con hombros lo suficientemente amplios a cada lado como para llegar a ocho. Usé el hombro izquierdo ahora para pasar junto a dos camionetas que pensaban que pertenecían al carril rápido.

Todo era plano y soleado alrededor de la carretera, abierto de par en par sin lugar donde esconderse de la luz, el cielo era una enorme cúpula azul pálido que parecía casi blanca en el calor deslumbrante. Todo el valle estaba expuesto al sol como comida en un asador. Unos pocos árboles parecidos a ramitas que apenas se aferraban a la vida eran los únicos rasgos que rompían las opacas extensiones de grava. No pude ver la belleza que Bella vio aquí. No tuve tiempo de intentarlo.

Mi velocidad era de ciento veinte. Probablemente podría sacar otros treinta del STI, pero no quería presionarlo demasiado todavía. No había forma de saber si el motor había sido ajustado a la etapa dos o tres; sería delicado, inestable. Sólo podía observar la presión y la temperatura del aceite y escuchar atentamente que tan duro estaba funcionando el motor.

El enorme paso elevado en forma de arco que nos llevaría a la autopista en dirección norte se estaba acercando y era solo un carril. Con un hombro derecho muy ancho.

Patiné de regreso a través de los seis carriles para tomar la salida. Algunos autos se desviaron sorprendidos, pero todos estaban a una distancia detrás de mí cuando reaccionaron.

Alice vio que el hombro no era lo suficientemente ancho.

—Em, Jazz, voy a perder los espejos laterales—gruñí—. Denme visión.

Ambos se retorcieron en sus asientos para mirar el camino a la izquierda, derecha y atrás. La vista en sus mentes me dio un alcance mucho mejor que los espejos de todos modos.

Volé junto al tráfico más lento, incapaz de mantener mi velocidad por encima de los cien. Apreté los dientes y me sujeté con fuerza al volante mientras pasaba junto a la amplia furgoneta que iba por el carril derecho. Con un chirrido de metal, mi espejo izquierdo se rompió contra el costado de la camioneta y mi espejo derecho explotó contra la barrera de concreto.

Bella corría por una acera al rojo vivo, tropezando. O lo estaría pronto.

—Concéntrate en el camino, Alice —escupí entre dientes.

«Lo siento. Lo estoy intentando».

El pánico desangraba sus pensamientos. Bella estaba corriendo hacia un estacionamiento. O lo haría pronto.

—¡Para!

Cerró los ojos e intentó ver nada más que el pavimento que tenía delante.

Sabía que estas imágenes tenían el poder de volverme inútil. Las saqué de mi mente.

No fue tan difícil como esperaba.

Todo era el camino. Podía verlo en trescientos sesenta grados y treinta segundos en el futuro. Cuando me incorporé a la autopista en dirección norte, cruzando los carriles hacia el arcén izquierdo de nuevo, a ciento treinta ahora, sentí como si nuestras mentes estuvieran unidas en un organismo perfectamente enfocado, más grande que la suma de sus partes. Vi los patrones en el tráfico de adelante, cambiando y congelando, y pude ver el camino correcto a través de cada gruñido.

Volamos a través de la sombra de dos pasos elevados separados tan rápido que el destello de la oscuridad se sintió como una luz estroboscópica.

Ciento cuarenta.

Quince segundos por delante de mí, se abrió la perfecta burbuja de espacio. Me desvié hacia el carril central y quité la cubierta de seguridad transparente del botón rojo brillante "Go Go 1".

El momento era perfecto. En el instante exacto en que estaba despejado, apreté el botón, el aerosol NOS golpeó y el automóvil se lanzó hacia adelante como si hubiera sido disparado por un cañón.

Ciento cincuenta y cinco.

Ciento setenta.

Bella estaba abriendo una puerta de vidrio a una habitación oscura y vacía. O lo haría pronto.

Alice volvió a concentrarse, también sorprendida de la facilidad para hacerlo. Sus pensamientos se dirigieron a Jasper y lo entendí.

Como hombre de paz, Jasper luchó. Pero como hombre de guerra, era más de lo que jamás había imaginado.

Todos compartíamos su enfoque de batalla ahora, algo que había usado para mantener a sus recién nacidos en el camino en sus años de guerra. Funcionó perfectamente en esta situación tan diferente, mezclándonos en una máquina hiperfuncional. Lo aproveché, dejando que mi mente apuntara nuestra carga.

El impacto del nitroso ya estaba menguando.

Ciento cincuenta.

Busqué la próxima oportunidad.

«Están montando el primer obstáculo», señaló Alice. Ninguno de los dos estaba preocupado. Lo estaban construyendo demasiado cerca para interceptarnos. Lo superaríamos antes de que pudieran arreglarlo.

«Y el segundo». Me mostró el lugar en el mapa en su cabeza. Lo suficientemente por delante como para ser un problema, incluso con otra ventana que se abría en solo cuatro segundos.

Consideré mis opciones mientras Alice me mostraba las consecuencias. El tiempo era demasiado corto, no teníamos más remedio que cambiar de coche.

Abstraído, subí el seguro y presioné "Go Go 2". El STI dio una patada hacia adelante obedientemente.

Ciento setenta.

Ciento ochenta.

Alice me mostró los vehículos específicos disponibles más adelante y examiné nuestras opciones.

El Corvette estaría apretado y nuestro peso combinado sería un factor más importante que con este auto de carreras callejeras.

Tracé mentalmente una línea a través de algunos otros vehículos. Y entonces Alice lo vio: una BMW S1000 RR negra brillante. Velocidad máxima ciento noventa.

«Edward, es imposible».

La imagen de mí mismo a horcajadas sobre la elegante motocicleta negra era tan atractiva que por un segundo la ignoré.

«Edward, vas a necesitarnos a cada uno de nosotros».

De repente, sus pensamientos se llenaron de caos y sangre, gritos humanos e inhumanos, el sonido de metal triturado. Carlisle estaba en el centro, sus manos teñidas de rojo brillante.

Jasper me impidió desviarme de la carretera. Su control sobre mis emociones fue tan fuerte en ese segundo que se sintió como un puño apretado alrededor de mi garganta.

Juntos obligamos a mi mente a volver a los carriles frente a mí. Era la parte más corta del viaje que nos quedaba; el coche no importaba tanto. Alice hojeó sedanes, minivans y Suburbanos.

Allí estaba. Un Porsche Cayenne Turbo nuevo, demasiado nuevo para las matrículas todavía, velocidad máxima ciento ochenta y seis, ya adornado con una familia de figuras de palitos en la ventana trasera. Dos hijas y tres perros.

Una familia nos retrasaría. Alice usó mi decisión de tomar este auto y miró hacia adelante en lo que eso significaba. Afortunadamente, sólo estaba el conductor dentro. Una mujer de treinta y tantos con una cola de caballo de color marrón oscuro.

Alice ya no podía ver a Bella en la acera. Esa parte ya había pasado. Y también la parte del estacionamiento. Bella estaba adentro con el rastreador.

Dejé que Jasper me mantuviera concentrado.

—Vamos a cambiar de coche bajo el próximo paso elevado —les advertí.

Alice asignó nuestros roles con una voz tronante, las palabras fluían más rápido que la velocidad de las alas de un colibrí.

Carlisle rebuscó en su bolso.

Emmett se flexionó inconscientemente.

Adelanté al Suburbano blanco, odiando la necesidad de reducir la velocidad para caminar. Cada segundo que perdía, Bella pagaba con dolor. Contra todos mis instintos, bajé a la cuarta marcha.

La motocicleta BMW aceleró fuera de mi alcance. Reprimí un suspiro.

El paso elevado estaba a un kilómetro más adelante. La sombra que arrojaba tenía sólo quince metros de largo; el sol estaba casi directamente encima de nosotros ahora.

Empecé a apiñar el Cayenne hacia la izquierda. Ella cambió de carril. La seguí rápidamente, luego conduje sobre las líneas del carril de modo que estaba a mitad de camino en el de ella. Ella empezó a reducir la velocidad y yo también.

Alice me ayudó a cronometrarlo. Me adelanté un poco al Cayenne y luego volví a girar a la izquierda, abriéndome paso hacia su carril mientras desaceleraba bruscamente. La conductora frenó de golpe.

Justo detrás de nosotros, el Corvette que había considerado antes se desvió hacia otro carril, haciendo sonar la bocina al pasar. Toda la ameba del tráfico se abalanzó hacia la derecha como una ola para evitarnos.

Nos detuvimos por completo en los últimos diez pies de sombra.

Todos salimos simultáneamente. Rostros curiosos volaron a nuestro lado a ciento veinte kilómetros por hora.

La conductora del Cayenne también estaba saliendo de su coche, con el ceño fruncido y la cola de caballo balanceándose de rabia. Carlisle se lanzó hacia adelante para encontrarse con ella. Tuvo un segundo para reaccionar ante el hecho de que el hombre más guapo que había visto en su vida era el responsable de sacarla de la

carretera y luego se derrumbó sobre él. Probablemente ni siquiera había tenido tiempo de sentir el pinchazo de la aguja.

Carlisle colocó cuidadosamente su cuerpo inconsciente en el estante de concreto al lado del hombro. Tomé el asiento del conductor. Jasper y Alice ya estaban atrás. Alice tenía la puerta abierta para Emmett. Estaba agachado junto al STI, con los ojos puestos en Alice, esperando su orden. Alice vio el tráfico corriendo hacia nosotros buscando el momento de menor daño.

—Ahora —gritó.

Emmett lanzó el llamativo STI al tráfico que se aproximaba.

Se metió en el segundo y tercer carril desde la derecha. Una serie prolongada de crujidos comenzó cuando un automóvil tras otro pisaba los frenos y luego se estrellaba contra el automóvil que tenía delante de todos modos. Los airbags saltaron ruidosamente de los salpicaderos. Alice vio heridos, pero no víctimas mortales. La policía, que ya corría detrás de nosotros, estaba a sólo unos segundos de distancia.

Los sonidos se desvanecieron. Carlisle y Emmett estaban en sus asientos y yo estaba corriendo hacia adelante de nuevo, desesperado por recuperar los segundos que habíamos perdido aquí.

El rastreador se cernió sobre Bella. Sus dedos acariciaron su mejilla. Solo faltaban unos segundos.

Ciento sesenta y cinco.

Al otro lado de la carretera dividida, cuatro coches patrulla gritaron en la otra dirección, dirigiéndose hacia nuestro accidente. No prestaron atención a la camioneta de la mamá futbolera<sup>10</sup> que aceleraba hacia el norte.

Sólo dos salidas más.

Ciento ochenta.

No podía sentir ninguna tensión en el Suburbano, pero sabía que el peligro ahora no radicaba en una falla del motor (se necesitaría mucho para comprometer este tanque de fabricación alemana) sino en la integridad de los neumáticos. No fueron fabricados para este tipo de velocidad. No podía arriesgarme a estallar ninguno de ellos, pero era físicamente doloroso soltar mi pie del acelerador.

Ciento sesenta

Nuestra salida corría hacia nosotros. Giré un semirremolque y me desvié hacia la derecha.

Alice me mostró la configuración. Una intersección se extendía a lo largo del paso elevado. En la parte superior de esta salida, un semáforo se estaba poniendo en amarillo. En un segundo, el lado oeste de la intersección recibiría una flecha verde y dos carriles de vehículos cruzarían el medio de la carretera.

Instando silenciosamente a los neumáticos a que se mantuvieran unidos, pisé el acelerador.

Ciento setenta.

Salimos disparados hacia la salida por el estrecho arcén izquierdo, pasando a centímetros de los coches detenidos para el semáforo.

Giré a la izquierda bajo la luz ahora roja, la parte trasera de la camioneta se desvió hacia la derecha mientras doblaba por poco, casi tocando la barrera de concreto en el lado norte del paso elevado.

---

<sup>10</sup> "Soccer Mom" referencia al típico estilo de las madres norteamericanas que tienen hijos que practican fútbol.

Los coches que se dirigían a la rampa de entrada ya estaban en la mitad de la intersección. No había nada que hacer salvo mantener firme mi rumbo.

Pasé corriendo junto al Lexus que lideraba la carga sin una pulgada de sobra.

Cactus Road no era tan útil como la autopista, sólo dos carriles con docenas de carreteras residenciales e incluso algunas entradas que se abrían hacia ella. Cuatro semáforos estaban entre nosotros y la habitación con espejos. Alice vio que llegaríamos a dos de ellos en rojo.

Una señal de límite de velocidad, que era sesenta kilómetros por hora, pasó volando.

Ciento veinte.

El camino me dio una pequeña ventaja: un carril suicida bordeado por líneas amarillas brillantes corría por el medio de casi toda su longitud.

Bella gateaba por las tablas de pino. El rastreador levantó el pie.

Alice volvió a concentrarse, pero mi mente se desvió. Por una décima de segundo, estaba de regreso en mi Volvo en Forks, pensando en formas de suicidarme.

Emmett nunca lo haría... pero tal vez Jasper. Sólo él podía sentir lo que yo sentía. Tal vez *quisiera* acabar con mi vida, sólo para escapar de ese dolor. Pero probablemente en su lugar huiría. No querría lastimar a Alice. Así que la única opción era el viaje más largo a Italia.

Jasper se acercó para tocar la parte posterior de mi cuello con las yemas de sus dedos. Se sintió como si novocaína lavara mi angustia.

Corrí por el carril central ininterrumpidamente durante una milla, volviendo a los carriles legales para volar bajo la primera luz verde. La siguiente intersección corrió hacia mí. El carril suicida pasó a un carril de giro a la izquierda, con tres autos ya alineados y esperando. El carril de giro a la derecha estaba casi vacío. Pude evitar la motocicleta que apareció en la acera por un segundo, luchando para evitar que la camioneta se desviara.

Eché un vistazo al velocímetro: ochenta. Inaceptable.

Me lancé a través del tráfico ligero cruzado (afortunadamente algunos conductores me habían visto venir y se detenían a medio camino en la intersección) y recuperé el carril suicida.

Cien.

La próxima intersección era más grande que la anterior, más ancha y el doble de congestionada.

—¡Alice, dame todas las posibilidades!

En su cabeza, los vehículos en la carretera se congelaron. Los hizo girar en sentido contrario a las agujas del reloj y luego de regreso. Los vi estirarse primero verticalmente y luego horizontalmente. El patrón era apretado, pero había pequeños agujeros. Los memoricé.

Ciento veinte.

Si golpeábamos a otro coche a esta velocidad, ambos coches quedarían destruidos. No tendríamos más remedio que correr hacia la cegadora luz del sol y correr hacia la ubicación de Bella. La gente vería... algo. Ninguno de los otros era tan rápido como yo. No sabía cuál sería la historia, extraterrestres o demonios o armas secretas del gobierno, pero sí sabía que habría una historia. ¿Y entonces qué? ¿Cómo salvaría a Bella cuando vinieran las autoridades inmortales, haciendo preguntas? No podía involucrar a los Vulturi, no a menos que fuera demasiado tarde.

Pero Bella estaba *gritando*.

Jasper aumentó mi dosis de novocaína. El entumecimiento empapó mi piel y mi cerebro.

Apreté el pie contra el pedal del acelerador y desvié hacia los carriles de tráfico que se aproximaban.

Había suficiente espacio para moverse entre los otros coches. Todos se movían tan lentamente en comparación conmigo que se sentía como esquivar objetos de pie.

Ciento treinta.

Me abrí paso serpenteando a través de la intersección congelada, cruzando hacia el lado derecho de la carretera tan pronto como estuvo despejado.

—Bien —siseó Emmett.

Ciento cuarenta.

La luz final sería verde.

Pero Alice tenía ideas diferentes.

—Gira a la izquierda aquí —dijo, mostrándome una calle residencial estrecha detrás del área comercial donde se encontraba el estudio de danza. La calle estaba bordeada de altísimos eucaliptos, cuyas hojas temblaban más plateadas que verdes. La sombra irregular era casi suficiente para que nos moviéramos sin ser detectados. Nadie estaba afuera. Hacía demasiado calor.

—Desacelera ahora.

—No hay suficiente...

«¡Si nos escucha, ella muere!»

De mala gana, moví mi pie al pedal del freno y comencé a reducir la velocidad. El ángulo de giro era lo suficientemente agudo como para que hubiera hecho volcar la camioneta si no lo hubiera hecho. Tomé la curva a sesenta.

«Más lento».

Mi mandíbula se bloqueó en su lugar mientras frenaba a cuarenta.

—Jasper—siseó Alice a toda velocidad, sus palabras casi en silencio a pesar de su fervor—. Cortas camino alrededor del edificio y pasas por el frente. El resto de nosotros pasamos por la parte de atrás. Carlisle, prepárate.

Sangre por todos los espejos rotos, acumulándose en los pisos de madera.

Dejé el Cayenne a la sombra de uno de los árboles altos y aparqué con el más mínimo sonido de neumáticos contra las piedras sueltas del pavimento. Un muro de bloques de dos metros y medio demarcaba la frontera entre lo residencial y lo comercial. El lado opuesto de la carretera estaba bordeado de casas apiñadas y estucadas, todas con las persianas bajas para mantener frescos los interiores.

Moviéndonos en perfecta sincronía gracias a Jasper, salimos disparados del coche, dejando cada puerta ligeramente abierta para que no hubiera ruido innecesario. El tráfico se agitó tanto al norte como al oeste del edificio comercial; seguramente cubriría cualquier sonido que pudiéramos hacer.

Quizás había pasado un cuarto de segundo. Saltamos el muro, saltando lo suficiente para evitar el lecho de grava en su base y aterrizamos casi silenciosamente en el pavimento. Había un pequeño callejón detrás del edificio. Un contenedor de basura, una pila de cajas de plástico y la salida de emergencia.

No lo dudé. Ya podía ver lo que había detrás de esa puerta. O lo que estaría detrás de la puerta dentro de un segundo. Incliné mi cuerpo para que no hubiera errores, ninguna pequeña ventana de espacio por la que el rastreador pudiera escaparse y luego me lancé hacia la puerta.



# SANGRE

## ATRAVESEÉ DE LA PUERTA.

Se hizo añicos a mí alrededor, volando de la pared en pedazos.

El rugido que estalló en mi interior fue completamente instintivo. La cabeza del rastreador se alzó bruscamente y luego se lanzó hacia la forma carmesí en el suelo debajo de él. Vi una mano pálida estirada en inútil defensa propia.

El obstáculo de la puerta no había frenado mi impulso. Volé hacia el rastreador en medio de una estocada, arrojándolo lejos de su objetivo, estrellándolo contra el suelo con suficiente fuerza para romper las tablas de madera.

Rodé, tirando de él sobre mí y luego, lo pateé al centro de la habitación; donde Emmett estaba esperando.

Durante todo el cuarto de segundo que estuve lidiando con el rastreador, apenas fui consciente de él como una criatura viviente. Él era solo un objeto en mi camino. Sabía que en algún momento en el futuro cercano, estaría celoso de Emmett y Jasper. Desearía tener la oportunidad de arañar, rasgar y cortar. Pero ahora todo eso carecía de sentido. Me di la vuelta.

Como sabía que estaría, Bella estaba arrugada contra la pared, enmarcada por espejos astillados. Todo estaba rojo.

Todo el terror y el dolor que había estado reprimiendo desde que escuché por primera vez el pavor de Alice en el aeropuerto se estrelló contra mí en un maremoto imparable.

Tenía los ojos cerrados. Su mano pálida había caído inerte a su lado. Los latidos de su corazón eran débiles, vacilantes.

No decidí moverme, sólo estaba allí a su lado, arrodillado en su sangre. El fuego me quemaba el pecho y la cabeza, pero no podía separar los diferentes tipos de dolor. Tenía miedo de tocarla. Estaba rota en tantos lugares. Podría empeorarlo.

Escuché mi propia voz, divagando las mismas palabras una y otra vez. Su nombre. “No. Por favor.” Una y otra vez como un disco rayado. Pero no tenía el control del sonido.

Me escuché gritar el nombre de Carlisle, pero él ya estaba allí, arrodillado en la sangre del otro lado.

Las palabras que salían de mi boca ya no eran palabras, sólo sonidos destrozados y agitados. Sollozos.

Las manos de Carlisle se deslizaron desde su cuero cabelludo hasta su tobillo y luego regresaron tan rápido que se volvieron borrosas. Presionó ambas manos en su cabeza, buscando rupturas. Apretó dos dedos contra un punto a ocho centímetros

detrás de su oreja derecha. No pude ver lo que estaba haciendo; su cabello estaba saturado de carmesí.

Un débil grito salió de sus labios. Su rostro se contrajo de dolor.

—¡Bella! —rogué.

La voz tranquila de Carlisle era la antítesis de mis crudos gritos.

—Ha perdido algo de sangre, pero la herida en la cabeza no es profunda. Cuidado con su pierna, está rota.

Un aullido de pura rabia atravesó la habitación y por un segundo pensé que Emmett y Jasper estaban en problemas. Toqué sus mentes, ya estaban recogiendo los pedazos rotos y me di cuenta de que el sonido provenía de mí.

—Algunas costillas también, creo —agregó Carlisle, todavía sobrenaturalmente calmado.

Sus pensamientos eran prácticos, impasibles. Sabía que estaría escuchando. Pero también se sentía alentado por su examen. Llegamos a tiempo. El daño no era crítico.

Sin embargo, capté los “y sí” en su evaluación. Y si pudiera controlar la hemorragia. Y si una costilla no le perforaba el pulmón. Y si el daño interno no fuera mayor de lo que parecía. Y sí, y sí, y sí. Sus años de intentar mantener vivos los cuerpos humanos le dieron una plétora de conocimientos sobre cosas que podrían salir mal.

Su sangre había empapado mis jeans. Cubrió mis brazos. Me pintó.

Bella gimió de dolor.

—Bella, vas a estar bien—mis palabras suplicaban, imploraban— ¿Puedes oírme, Bella? Te amo.

Otro gemido, pero... no, estaba tratando de hablar.

—Edward —jadeó.

—Sí, estoy aquí.

—Me *duele* —susurró.

—Lo sé, Bella, lo sé.

Los celos afloraron entonces, como un puñetazo atravesando el centro de mi pecho. Tenía tantas ganas de romper el rastreador, rasgarlo en tiras largas y lentas. Tanto dolor y tanta sangre, y nunca podría hacerle pagar por ello. No era suficiente que estuviera muriendo, que se quemara. Nunca sería suficiente.

—¿No puedes hacer nada? —Le gruñí a Carlisle.

—Mi bolso, por favor —le dijo fríamente a Alice.

Alice hizo un pequeño sonido ahogado.

No pude apartar mis ojos del rostro magullado y salpicado de sangre de Bella. Bajo la sangre, su piel estaba más pálida de lo que nunca la había visto. Sus párpados ni siquiera revolotearon.

Me acerqué a la mente de Alice y vi la complicación.

Todavía tenía que registrar realmente el lago de sangre en el que estaba arrodillado. Sabía que, en algún lugar del interior, mi cuerpo probablemente estaba reaccionando a él. Pero dondequiera que fuera esa reacción, estaba tan profundamente por debajo del dolor que aún no había aparecido.

Alice amaba a Bella, pero no estaba preparada físicamente para esto. Vaciló, con los dientes apretados, tratando de tragar el veneno.

Emmett y Jasper también estaban luchando. Habían sacado las piezas rotas del rastreador fuera de la habitación y sólo podía esperar con vehemencia que esas

piezas todavía fueran capaces de procesar el dolor de alguna manera. Emmett estaba observando a Jasper de cerca por un descanso. El mismo Emmett tenía un control admirable. Su preocupación por Bella era más profunda de lo que permitía su habitual estado de ánimo despreocupado.

—Aguanta la respiración, Alice—dijo Carlisle—. Ayudará.

Ella asintió y dejó de respirar mientras se lanzaba hacia adelante y luego hacia atrás, dejando la mochila de Carlisle junto a su pierna. Se había movido con tanto cuidado que ni siquiera se le mancharon los zapatos de sangre. Se retiró a la salida de emergencia destruida, jadeando por aire fresco.

Por la puerta abierta se filtraban los débiles sonidos de las sirenas, buscando el auto que había corrido tan imprudentemente por las calles de la ciudad. Dudaba que encontraran el auto robado aparcado a la sombra en una tranquila calle lateral, pero realmente no le importaba si lo hacían.

—¿Alice? —Bella jadeó.

—Ella está aquí—balbuceé las palabras—. Supo dónde encontrarte.

Bella gimió.

—Me duele la mano.

Me sorprendió su especificidad. Había tanto daño.

—Lo sé, Bella. Carlisle te dará algo. Se detendrá.

Carlisle estaba suturando las lágrimas en su cuero cabelludo tan rápido que sus movimientos se volvían borrosos de nuevo. Ningún sangrado podía escapar de sus ojos. Pudo reparar los vasos más grandes con suturas tan diminutas que otro cirujano no podría duplicar en perfectas condiciones ni siquiera con asistencia mecánica. Deseaba que se tomara un descanso y le pusiera algunos analgésicos en su organismo, pero podía escuchar bajo su calma controlada que había más daño en su cabeza de lo que le gustaba. Había perdido tanta sangre...

Con una repentina sacudida, Bella se incorporó un poco. Carlisle tomó su cabeza en su mano izquierda para estabilizarla en su agarre de hierro. Sus ojos se abrieron de golpe, el blanco rojo sangre con vasos rotos, y chilló con más fuerza de la que hubiera imaginado que le quedaba.

—¡Me *arde* la mano!

—¿Bella? —Lloré. Estúpidamente, por un instante sólo pude pensar en el fuego arrasando mi propio cuerpo. ¿La estaba lastimando?

Sus ojos parpadearon, cegados por la sangre y el cabello empapado de sangre.

—¡El fuego!—gritó, arqueando la espalda por encima del crujido en las costillas—. ¡Qué alguien apague el fuego!

El sonido de su agonía me dejó estupefacto. Sabía que entendía la verdad de lo que estaba diciendo, pero el pánico revolvió todos los significados en mi cabeza. Sentí como si alguien más estuviera obligando a mi cabeza a alejarme de su rostro, obligando a mis ojos a enfocarse en la mano punteada de carmesí que estaba empujando lejos de sí misma, los dedos agarrándose, retorciéndose por la tortura.

Una herida corta y poco profunda atravesaba la piel de la palma de su mano. No era nada comparado con sus otras heridas. La sangre ya se estaba desacelerando...

Sabía lo que estaba viendo, pero no podía formar las palabras adecuadas.

Todo lo que pude jadear fue—: ¡Carlisle! ¡Su mano!

Levantó la vista de mala gana de su trabajo, sus dedos se detuvieron por primera vez. Y luego la conmoción lo golpeó también.

Su voz era hueca.

—La mordió.

Allí estaban las palabras: La mordió. El rastreador había mordido a Bella. El fuego era veneno.

En cámara lenta, lo vi repetirse en mi memoria. Rompí la puerta. El rastreador arremetió. La mano de Bella se disparó frente a ella. Me estrellé contra él, obligándolo a alejarse. Pero sus dientes estaban expuestos, su cuello extendido... Había sido un milisegundo demasiado lento.

Las manos de Carlisle aún estaban inmóviles. “Arréglala”, quería gritarle, pero sabía, como él, que sus esfuerzos ahora no valían nada. Todo lo roto dentro de ella se uniría por sí solo. Cada hueso roto, cada corte, cada pequeña lágrima que goteaba debajo de su piel, todo estaría completo pronto.

Su corazón se detendría y nunca volvería a latir.

Bella gritó y se retorció de dolor.

«Edward».

Alice había regresado, encontrando una nueva resolución que la dejó agacharse junto a Carlisle ahora, el rojo se filtró en sus zapatos. Suavemente, apartó el cabello de los ojos manchados de sangre de Bella.

«No puedes dejar que suceda de esta manera». Estaba pensando en Carlisle.

Carlisle también estaba recordando. Las marcas de los dientes en su propia palma y el sufrimiento prolongado de su cambio.

Luego pensó en mí.

Una quemadura fantasma recorrió mi mano, mi brazo. Yo también lo recordaba.

—Edward, tienes que hacerlo —insistió Alice.

Podría hacer esto más fácil, más rápido para Bella. Ella no tenía que sufrir tanto como yo.

Ella todavía sufriría. El dolor sería inimaginable. El fuego la torturaría durante días. Sólo... no tantos días.

Y al final...

—¡No! —Grité, pero sabía que mi protesta era inútil.

La visión de Alice era tan fuerte ahora que parecía inevitable. Como historia, no futuro. Bella, blanca como la piedra, sus ojos brillando cien veces más brillantes que la escena de la masacre que nos rodeaba ahora.

Mi propia memoria se entrometió, empujando otra imagen en yuxtaposición con la visión de Alice: Rosalie. Resentida, arrepentida. Siempre de luto por lo que había perdido. Nunca se resignó a lo que le habían hecho. No había tenido otra opción y nunca nos había perdonado.

¿Podría soportar que Bella me mirara con el mismo arrepentimiento durante los próximos mil años?

“¡Sí!” insistió la parte más egoísta de mí. Mejor eso que hacerla desaparecer ahora, alejarla de mí.

¿Pero *era* mejor? Si pudiera captar cada ramificación y cada pérdida, ¿elegiría ella así?

¿Entendía *yo* completamente el costo? ¿Estaba consciente de todo lo que había intercambiado a cambio de mi inmortalidad? ¿El rastreador acababa de encontrarse con la misma pared negra de *nada* a la que estaba destinado algún día? ¿O habría llamas eternas para los dos?

—Alice —Bella gimió, sus ojos se cerraron. ¿Estaba reconociendo el regreso de Alice, o simplemente estaba renunciando a mi ayuda? No hacía nada más que desmoronarme.

Bella comenzó a gritar de nuevo, un largo lamento ininterrumpido de agonía.

«¡Edward!» Alice me gritó. Su impaciencia con mi vacilación estaba llegando a un frenesí, pero no confiaba lo suficiente en sí misma para actuar.

Alice vio que me estaba ahogando. Vio mi futuro girando hacia mil tipos diferentes de desesperación. En los bordes exteriores, incluso me vio haciendo la única cosa inimaginable que aún no había considerado conscientemente. Por lo que estaba segura de que era demasiado débil. Hasta que lo vi en su mente, no me di cuenta de que esa versión existía dentro de mi cabeza.

Ahora pude verlo.

Matar a Bella.

¿Era lo correcto? ¿Para detener su dolor? ¿Darle, en su total y perfecta inocencia, la oportunidad de un destino diferente al inevitable que sabía que estaba enfrentando? ¿Un tipo de otra vida diferente a la fría y sedienta de sangre por la que se estaba quemando ahora?

El dolor era demasiado y no podía confiar en mis pensamientos, girando fuera de control porque Bella estaba gritando.

Volví mis ojos y mi mente hacia Carlisle, esperando algo de seguridad, alguna absolución, pero encontré algo completamente diferente.

En su mente, una víbora del desierto enroscada, escamas de color arena deslizándose entre sí con un sonido seco y áspero.

La imagen fue tan inesperada que me quedé paralizado de nuevo por la conmoción.

—Puede haber una posibilidad —dijo Carlisle.

Sólo había un rayo de esperanza en su cabeza. Vio lo que el sufrimiento de Bella me estaba haciendo ahora; él también temía lo que el obligarla a entrar en esta vida nos haría a ella y a mí en el futuro. Y, sin embargo, la pizca de esperanza...

—¿Qué? —Le rogué. ¿Cuál era la posibilidad?

Carlisle comenzó a coserle el cuero cabelludo de nuevo. Tenía suficiente fe en esta idea que pensó que podría ser necesario terminar de reparar sus heridas.

—Ve si puedes succionar el veneno—dijo, calmado de nuevo—. La herida está bastante limpia.

Cada músculo de mi cuerpo se bloqueó.

—¿Eso funcionará? —Demandó Alice. Ella miró hacia adelante para responder a su propia pregunta. Nada estaba claro. No se había tomado ninguna decisión. Mi decisión no había sido tomada.

Carlisle no levantó la vista de su trabajo.

—No lo sé. Pero tenemos que darnos prisa.

Sabía cómo se esparciría el veneno. Había sentido la primera quemadura hace un momento. Subiría lentamente por su muñeca, hasta su brazo. Luego más y más rápido.

No había tiempo para esto.

“¡Pero!”, Quería gritar. “¡Pero soy un vampiro!”

Saborearía la sangre y me enloquecería. Especialmente su sangre. Sólo el ardor que sentía ahora era más fuerte que las llamas en mi garganta, mi pecho. Si cediera incluso un poquito a esa necesidad...

—Carlisle, yo—... Mi voz vaciló de vergüenza. ¿Se daba cuenta siquiera de lo que estaba sugiriendo?—. No sé si puedo hacer eso.

Los dedos de Carlisle movieron la aguja de sutura tan rápido que era casi invisible. Se había movido a la parte posterior de su cabeza, ahora a la izquierda. Había tantas heridas.

Su voz era uniforme pero pesada.

—De cualquier manera, Edward. Es tu decisión.

Vida o muerte, o media vida, mi decisión. Pero, ¿estaba la vida incluso en mi poder? Nunca había sido tan fuerte.

Era sólo un hilo de sangre, el veneno ya había comenzado a curar la herida. Para empezar, sólo unas gotas. Apenas lo suficiente para mojar mi lengua.

Me golpeó como una explosión. Una bomba detonando dentro de mi cuerpo y mente. La primera vez que capté el olor de Bella, pensé que me desharía. Eso era como un corte de papel. Esto fue como una decapitación. Mi cerebro se separó de mi cuerpo.

Pero no era doloroso. La sangre de Bella era lo opuesto al dolor. Borró todas las quemaduras que había sufrido. Y fue mucho más que la ausencia de dolor. Fue satisfacción, fue *dicha*. Me sentí invadido por una extraña clase de alegría, una alegría sólo del cuerpo. Estaba curado y vivo, cada terminación nerviosa vibraba de alegría.

Mientras chupaba de la herida, se revertían los efectos del veneno. La sangre comenzó a fluir de manera constante, cubriendo mi lengua, mi garganta. El fuerte y helado sabor del veneno era un débil contrapunto. No hizo nada para interferir con el poder de su sangre.

Rapto. Elación.

Mi cuerpo sabía bien que había más para tener al alcance de la mano. *Más*, mi cuerpo tarareaba, *más*.

Pero mi cuerpo no se podía mover. Lo había forzado a estar inmóvil y lo mantuve así. Apenas podía pensar en saber por qué, pero me negué a soltarme.

Tenía que pensar. Tenía que dejar de *sentir* y pensar.

Había algo fuera de la dicha.

Dolor, hubo un dolor que el placer no pudo alcanzar. Dolor que estaba tanto fuera como dentro de mi mente.

El dolor era agudo y disonante. Se hinchó en un crescendo.

Bella estaba gritando.

Busqué mentalmente algo a lo que aferrarme y encontré un salvavidas esperando.

«Sí, Edward». Puedes *hacerlo*. «¿Ves? Vas a salvarla».

Alice me mostró mil vislumbres del futuro. Bella sonriendo, Bella riendo, Bella tomando mi mano, Bella sosteniendo sus brazos abiertos para mí, Bella mirándome a los ojos con fascinación, Bella caminando a mi lado en la escuela, Bella sentada a mi lado en su camioneta, Bella durmiendo en mis brazos, Bella presionando su mano contra mi mejilla, Bella sosteniendo mi rostro y presionando sus labios con cuidado contra los míos. Mil escenas diferentes con Bella, sana y completa, viva y feliz, y conmigo.

La dicha, la alegría física, se atenuó.

El sabor del veneno era fuerte. Aún era demasiado pronto.

«Te mostraré cuándo», prometió Alice.

Pero sentí que pasaba a toda velocidad más allá del lugar donde podía detenerme. Me estaba perdiendo. Iba a matarla, mi cuerpo se estremeció de alegría todo el tiempo.

Los gritos de Bella se calmaron, aflojando mi conexión con el dolor que necesitaba sentir. Ella gimió un par de veces y luego suspiró.

La iba a matar.

—¿Edward? —susurró.

—Está justo aquí, Bella —Alice la tranquilizó.

Aquí mismo matándote.

Apenas fui consciente de nada más. El sonido se desvaneció, la luz parecía tenue detrás de mis párpados, no había nada más en realidad, sólo sangre. Incluso los pensamientos de Alice, casi gritándome, se sentían mudos y lejanos.

«Es hora», me dijo Alice. «Ahora, Edward».

A través de mi absorción casi total, pude saborear eso. El aguijón helado desapareció. Un nuevo sabor químico tomó su lugar, sin embargo, y una parte de mí se dio cuenta de que Carlisle había estado trabajando rápido.

«¡Detente, Edward! ¡Ahora!»

Pero Alice pudo ver que estaba perdido. Podía escucharla preguntándose frenéticamente si podría alejarme de Bella, o si esa pelea sólo lastimaría a más Bella.

—Quédate, Edward—suspiró Bella, ahora en paz—. Quédate conmigo...

Su voz tranquila se deslizó en mi cabeza, de alguna manera más fuerte que el pánico de Alice, más fuerte que todo el caos dentro y alrededor de mí. El sonido de su confianza fue un giro clave; parecía volver a conectar mi cerebro a mi cuerpo. Me hizo sentir completo de nuevo.

Y simplemente dejé que su mano se apartara de mis labios. Levanté la cabeza y la miré a la cara. Todavía salpicado de sangre, todavía cenicento, ojos cerrados, pero calmado ahora. Su dolor se alivió.

—Lo haré —le prometí con los labios ensangrentados.

Su boca se torció en una frágil sonrisa.

—¿Lo has extraído todo? —Preguntó Carlisle. Le preocupaba haber sido demasiado rápido con el analgésico, que podría estar cubriendo la quemadura del veneno.

Pero Alice había visto que estaría bien.

—Su sangre está limpia—el sonido de mi voz era áspero, chirriante—. Puedo saborear la morfina.

—¿Bella? —Carlisle preguntó en voz baja y clara.

—¿Mmmmm? —fue su respuesta.

—¿Se ha ido el fuego?

—Sí—suspiró, un poco más claro ahora—. Gracias, Edward.

—Te amo.

Ella suspiró, los ojos aún cerrados.

—Lo sé.

La risa que brotó de mi pecho me sorprendió. Tenía su sangre en mi lengua. Probablemente estaba tiñendo los bordes de mis iris de rojo incluso ahora. Se estaba secando en mi ropa y tiñendo mi piel. Pero aún podía hacerme reír.

—¿Bella? —Carlisle preguntó de nuevo.

—¿Qué? —Su tono era irritado ahora. Parecía medio dormida e impaciente por encontrar la otra mitad.

—¿Dónde está tu madre?

Sus ojos parpadearon por un segundo y luego exhaló.

—En Florida. Me engañó, Edward. Ha visto nuestros videos.

Aunque estaba casi inconsciente por el trauma y la morfina, estaba claro que estaba profundamente ofendida por esta invasión de la privacidad. Sonreí.

—¿Alice?— Bella luchó por abrir los ojos y luego renunció, pero sus palabras eran tan urgentes como podía hacerlas en su condición—. Alice, el video. Te conocía, Alice, sabía de dónde vienes... ¿Huelo a gasolina?

Emmett y Jasper habían vuelto de buscar el acelerador que necesitábamos. Las sirenas seguían aullando en la distancia, pero ahora desde otra dirección. No nos iban a encontrar.

Con una expresión sombría, Alice revoloteó por el suelo devastado hacia el centro de medios junto a la puerta. Cogió la pequeña grabadora de vídeo de mano que todavía estaba funcionando. La apagó.

En el instante en que decidió recuperar la cámara, cientos de futuros fragmentos pasaron por su mente: imágenes de esta habitación, de Bella, del rastreador, de la sangre. Era todo lo que ella vería cuando reprodujera la grabación, demasiado rápido y desordenado para que cualquiera de nosotros absorbiera mucho. Sus ojos se posaron en los míos.

«Nos ocuparemos de esto más tarde. Tenemos cien cosas que hacer ahora para darle sentido a esta pesadilla».

Me di cuenta de que estaba alejando deliberadamente sus pensamientos de la cámara mientras realizaba las tareas bastante complicadas que ahora debíamos realizar, pero no presioné. Luego.

—Es hora de moverla —dijo Carlisle. El olor a gasolina que Emmett y Jasper estaban aplicando en las paredes se estaba volviendo abrumador.

—No—murmuró Bella—. Quiero dormir.

—Duérmete, mi vida—canturreé en su oído—. Yo te llevaré.

Su pierna estaba envuelta firmemente dentro de la tablilla del piso de Alice, y Carlisle había encontrado tiempo para vendar sus costillas. Moviéndome con más cuidado que nunca antes, la levanté del suelo empapado de sangre, tratando de sostener cada parte de ella.

—Duérmete ya, Bella —le susurré.



# QUEHACERES

—¿TENEMOS TIEMPO PARA... —ALICE COMENZÓ.

—No—interrumpió Carlisle—. Bella necesita sangre de inmediato.

Alice suspiró. Si íbamos primero al hospital, las cosas se complicaban más.

Carlisle se sentó a mi lado en el asiento trasero del Cayenne, los dedos presionaron ligeramente contra la arteria carótida de Bella, una mano sosteniendo su cabeza. Su pierna entablillada se estiró sobre los muslos de Emmett al otro lado de mí. No respiraba. Miró por la ventana, tratando de no pensar en la sangre que se secaba sobre Bella, Carlisle y yo. Tratando de no pensar en lo que acababa de hacer. La imposibilidad de eso. La fuerza que sabía que no tenía.

En cambio, reflexionó sobre su insatisfacción con la pelea. Porque, honestamente, había atrapado al rastreador. Totalmente contenido, aunque el rastreador luchó, se retorció y se agitó para evitar los aplastantes brazos de Emmett. No había ninguna posibilidad de que esta lucha pudiera haberlo ayudado, y Emmett ya lo estaba rompiendo cuando Jasper se abalanzó en la habitación empapada de sangre.

Jasper, mutilado y feroz, ojos agudos y vacíos al mismo tiempo, luciendo como algún dios olvidado o encarnación de la guerra, proyectando un aura de pura violencia. El rastreador simplemente dejó de intentarlo. En esa fracción de segundo cuando vio a Jasper (por primera vez, pero Emmett no sabía eso), se rindió a su destino. No importaba que su destino estuviera sellado una vez que Emmett puso sus manos sobre él, *esto* era lo que lo desmoralizaba.

Estaba volviendo loco a Emmett.

Algún día, pronto, tendría que describirle a Emmett cómo se veía en el claro y por qué. Dudaba que cualquier otra cosa pudiera aliviar el dolor.

Jasper estaba en el asiento del conductor, su ventana traqueteando por el aire caliente y seco del exterior, aunque como Emmett, no respiraba. Alice se sentó a su lado, dirigiendo todo: los giros, los carriles por los que viajar, la velocidad más alta a la que podía ir sin llamar la atención no deseada. Ahora lo tenía a doscientos setenta y dos por hora. Habría presionado eso, pero Alice estaba segura de que nos llevaría al hospital más rápido que yo. Esquivar patrullas sólo nos retrasaría y complicaría todo.

Aunque Alice estaba monitoreando cada faceta de este impulso, su mente estaba en una docena de lugares diferentes, encontrando formas de hacer las diligencias necesarias frente a ella, trabajando en las consecuencias de cada elección disponible.

Había algunas cosas de las que estaba segura.

Ahora sacó su teléfono y llamó a la aerolínea, una que ya sabía que tendría el vuelo correcto y reservó un boleto para las dos y cuarenta a Seattle. Estaría apretado, pero podía ver a Emmett en el avión.

Vio lo que se avecinaba con tanta claridad como si estuviera sucediendo, y yo también lo vi todo.

Primero, Jasper nos dejaría a Carlisle, Bella y a mí en St. Joseph's. Había hospitales más cercanos, pero Carlisle insistió. Allí conocía a un cirujano que respondería por él y era un centro de trauma de nivel uno reconocido a nivel nacional. Su urgencia y la tez pálida de Bella, aunque su corazón seguía firme y fuerte, me dificultaban hacer mucho más que entrar en pánico en silencio y maldecir nuestra circumspecta velocidad.

—Ella estará bien —me gruñó Alice en voz baja cuando vio que estaba a punto de quejarme de nuevo. Empujó una imagen en mi cabeza de Bella sentada en una cama de hospital, sonriendo, aunque estaba llena de moretones.

Sin embargo, capté su ligero engaño.

—¿Y *cuándo* es esto exactamente?

«Un día o dos, ¿de acuerdo? Tres cuando mucho. Está bien. Relájate».

Mi pánico se disparó mientras procesaba eso. ¿Tres días?

Carlisle no tenía que leer pensamientos para entender mi expresión.

—Sólo necesita tiempo, Edward—me aseguró Carlisle—. Su cuerpo necesita descansar para recuperarse, al igual que su mente. Se pondrá bien.

Traté de aceptar eso, pero sentí que volvía a girar en espiral. Me concentré en Alice. Su planificación metódica era mejor que mi inútil agitación.

Vio que el hospital sería complicado. Estábamos en un automóvil robado que estaba vinculado a otro automóvil robado y un choque de veintisiete automóviles en la 101. Había varias cámaras alrededor de la entrada de emergencia. Si pudiéramos detenernos para cambiar a un vehículo mejor, algo lo suficientemente parecido al de alquiler que Alice adquiriría más tarde... Era solo una cuestión de quince minutos más o menos, sólo un pequeño desvío y ella sabía exactamente dónde buscar...

Gruñí y ella resopló una vez sin mirarme.

«Nunca se vuelve menos molesto», gruñó Emmett internamente.

Así que no hay cambio de auto. Alice aceptó esto y siguió adelante. Tendríamos que estacionar fuera del alcance de las cámaras, lo que nos haría más llamativos. ¿Por qué no bajar justo debajo del alero de metal con nuestra paciente inconsciente? ¿Por qué llevarla más lejos de lo necesario? Al menos habría sombra para que Carlisle y yo pudiéramos entrar, de lo contrario tendríamos que enfrentarnos a las cámaras y Alice tendría que encontrar un camino hacia la fortaleza de seguridad que se usa para almacenar las grabaciones. Y simplemente no tenía tiempo para eso. Tenía que registrarse en un hotel y crear una escena de estadísticas de lesiones violentas. Porque se suponía que había ocurrido antes de que llegáramos al hospital.

Así que obviamente era urgente. Pero primero necesitaba sangre.

La sangre debía ser rápido. Cuando atravesara las puertas de la sala de emergencias con el aspecto de que alguien me había arrojado un cubo de pintura carmesí y con un cuerpo inmóvil en mis brazos, iba a causar algo de revuelo. Todos los miembros del personal sanos que estuvieran a menos de cien metros de la entrada de emergencia estarían corriendo para recibirnos en cuestión de segundos. Sería bastante simple que Alice se deslizara detrás de Carlisle y pasara resueltamente

por la recepción. Nadie la cuestionaría, podía ver eso. Un par de botines azules disponibles en una caja pegada a la pared cubrirían las manchas en sus zapatos, y luego era simplemente cuestión de lanzarse a la sala de almacenamiento de sangre del ala de emergencia a través de una puerta que se cerraba.

—Em, dame tu sudadera.

Con cuidado de no empujar la pierna de Bella, Emmett tiró de la sudadera por encima de su cabeza y se la arrojó a Alice. Estaba notablemente limpia, especialmente comparada con la ropa de Carlisle y la mía.

Emmett quería preguntarle para qué la necesitaba, pero no se atrevió a abrir la boca y posiblemente saborear u oler lo que le rodeaba.

Alice se encogió de hombros y se puso la enorme sudadera. Se agrupaba alrededor de su diminuto cuerpo y, sin embargo, de alguna manera, tenía un aire de vanguardia. Alice podía hacer cualquier cosa.

Alice se vio de nuevo en el banco de sangre, llenando los amplios bolsillos de la sudadera.

—¿Cuál es el tipo de sangre de Bella? —le preguntó a Carlisle.

—O positivo —respondió Carlisle.

Así que algo bueno salió del accidente de Bella con la camioneta de Tyler. Al menos sabíamos esto.

Alice probablemente estaba siendo exagerada. ¿Alguien se molestaría en examinar la sangre que dejaría en el lugar del “accidente”? Tal vez, sí se parecía demasiado a la escena de un crimen... Supuse que no había nada malo en que ella fuera meticulosa.

—Deja suficiente para Bella —le advertí.

Se giró en su asiento para que yo pudiera verla poner los ojos en blanco, luego se volvió y siguió planeando.

Jasper y Emmett estarían en el auto robado, con el motor en marcha. Sólo le llevaría dos minutos y medio entrar y salir.

Elegiría un hotel cerca del hospital para que el tiempo fuera menos llamativo. Cuando decidió esto, vio el hotel que quería a solo unas cuadras al sur. No era un lugar donde realmente se quedaría, por supuesto, pero serviría para un cuadro espantoso.

Se sintió como verlo en tiempo real mientras se registraba.

Alice entra en el modesto vestíbulo del hotel. En ella, los zapatos teñidos de granate y la sudadera larga con capucha atada alrededor de su cintura parecían una declaración de moda. La mujer del escritorio está sola. Ella mira hacia arriba, no muy interesada al principio, pero luego procesa el impresionante rostro de Alice. Mira con asombro, apenas notando que las manos de Alice están vacías.

Pero Alice no está satisfecha.

La visión retrocede. Alice está de vuelta en el hospital, saliendo del banco de sangre con los bolsillos llenos de cuatro bolsas frías que chapotean silenciosamente. Hace un desvío más corto, agachándose en un área de tratamiento con cortinas. Una mujer duerme, sus signos vitales suenan en los monitores detrás de ella. Hay un saco con las pertenencias de las mujeres y al lado una bolsa de lona azul. Alice toma la bolsa y regresa al pasillo. El desvío agrega sólo dos segundos a su viaje.

Alice está de vuelta en el vestíbulo del hotel. No lleva sudadera y la bolsa de lona le cuelga del hombro. La mujer detrás del mostrador lo mira dos veces. No hay nada de malo en la imagen ahora. Alice pide dos habitaciones, ocupación doble para

una, individual para la otra. Pone su licencia de conducir, no una falsificación, en el mostrador con una tarjeta de crédito a su nombre. Charla sobre sus compañeros, su padre y su hermano, que han ido a buscar estacionamiento cubierto para el auto. La mujer comienza a escribir en su computadora. Alice mira su muñeca; está desnuda. La visión se detiene.

—Jasper, necesito tu reloj.

Le tendió el brazo y ella le quitó de la muñeca el Breguet hecho a medida, un regalo suyo. No se molestó en preguntarle por qué; estaba demasiado acostumbrado a esto. El reloj colgaba suelto contra su mano. Lo usaba como un brazalete y se veía perfecto. Podía iniciar una tendencia.

La visión se reanuda.

Alice mira el reloj que cuelga de una manera tan elegante de su muñeca.

—Son sólo las diez y cincuenta—le dice a la mujer—. Tu reloj es rápido.

La mujer asiente distraídamente, escribiendo la hora que Alice acababa de introducirle en la reserva.

Alice se queda demasiado quieta, esperando que la mujer termine. Tarda mucho más de lo que debería, pero no hay nada que hacer más que esperar.

Finalmente, la mujer le entrega dos juegos de tarjetas clave y anota los números. Ambos comienzan con uno: 106 y 108.

La visión retrocede.

Alice entra al vestíbulo. La mujer detrás del mostrador la mira dos veces. Alice pide dos habitaciones, ocupación doble para una, individual para la otra. «Segundo piso, por favor, si eso no es demasiado problema». Pone sus tarjetas en el mostrador. Charla sobre sus compañeros. La mujer comienza a escribir en su computadora. Alice corrige la hora. Alice espera.

La mujer le entrega dos juegos de llaves. Escribe los números 209 y 211. Alice le sonríe y toma las llaves. Alice se mueve a velocidad humana hasta que está en la escalera.

Alice entra en ambas habitaciones, deja caer la bolsa de lona en la primera, enciende las luces, cierra las cortinas y pone los letreros de "no molestar". Con bolsas de sangre en la mano, recorre el pasillo vacío hacia otra escalera. Nadie la ve. Hace una pausa en el rellano en medio del vuelo. En la base de las escaleras hay una salida al exterior. La puerta está flanqueada por un panel de vidrio del piso al techo. No hay nadie cerca de la salida en el exterior.

Alice marca su teléfono.

—Haz sonar la bocina durante tres segundos.

Una bocina desagradablemente fuerte se eleva desde el estacionamiento, cubriendo el sonido del tráfico pesado en la autopista (una autopista diferente, una que no todos, pero que cerramos).

Alice se lanza por las escaleras, encrespada como una bola de boliche. Rompe a través del centro muerto de la ventana alta. El vidrio aterriza en la acera y la grava, parte de él volando hasta el pavimento del estacionamiento. Crea un patrón como un rayo de sol, reluciendo en el brillo blanco desde arriba. Alice se retira a la sombra de la puerta y, una por una, abre las bolsas de sangre usando los fragmentos de vidrio roto en el marco de la ventana, dejando sangre en los bordes. Arroja el contenido de una bolsa para que se esparza en un abanico como el vaso. Los dos siguientes los vierte en el borde de la acera, dejando que se acumulen y se empapen del concreto y corran hacia el pavimento.

El sonido de la bocina se detiene.

Alice marca de nuevo.

—Recógeme.

El Cayenne aparece casi de inmediato. Alice corre a través de la luz del sol para meterse en la parte de atrás, con la última bolsa de sangre aferrada en su mano.

Y luego volví al presente con ella. Alice estaba satisfecha con cómo se desarrollaría esa sección. Dirigió su atención a las siguientes partes. Nada de eso es tan divertido, pero todo sigue siendo vital.

—*Divertido* —me burlé. Ella me ignoró.

De regreso al aeropuerto. Elige un Suburbano blanco del mostrador de alquiler. No se parece mucho al Cayenne, pero es grande y blanco y cualquier testigo con una historia que no coincida será descartado. No ve a ningún testigo de ese tipo, pero está siendo meticulosa.

Alice conduce el Cayenne. Está teniendo más facilidad con el olor que Jasper y Emmett; a pesar de que Bella ya no está en peligro para ellos, el olor los quemaba cuando respiran. Siguen a distancia en el Suburbano. Encuentra un lavado de autos llamado Deluxe Detail. Paga en efectivo y advierte al chico del mostrador, que la mira a la cara, hipnotizado, que su sobrina vomitó un montón de jugo de tomate en el asiento trasero. Señala sus zapatos. El chico enamorado promete que el coche estará impecable cuando terminen. (Nadie cuestionará esta historia. El técnico, por temor a que el olor a vómito lo enferme, solo respirará por la boca). Ella le dice que se llama Mary. Piensa en lavarse los zapatos en el baño, pero ve que no le servirá de mucho.

Esperará una hora a que el coche esté terminado. Llama al hotel después de que han pasado los primeros quince minutos, saliendo por la puerta trasera y de pie a la sombra donde los sonidos de las aspiradoras y los rociadores impiden que nadie escuche sus palabras.

Se disculpa con la misma mujer en la recepción, con voz frenética. Un amigo de visita, un *horrible* accidente en la escalera trasera. La ventana... la *sangre*... (Alice es apenas coherente). Sí, ahora está en el hospital con la amiga. ¡Pero la *ventana*! ¡El *cristal*! Alguien más podría resultar herido. Por favor, debe estar acordonado hasta que el mantenimiento pueda limpiarlo. Tiene que irse, la dejarán entrar para ver a su amiga. Gracias. Lo siento *mucho*.

Alice ve que la mujer del escritorio no llama a la policía. Llamará a la gerencia. Dirigirán a la mujer para que limpie todo antes de que alguien más resulte herido. Esa será la historia cuando se entreguen los documentos legales: limpiaron la evidencia por el bien de la seguridad. Esperarán en miserable suspenso la demanda que nunca llega. Pasará más de un año antes de que empiecen a creer en su increíble suerte.

Terminado los detalles, Alice examina el asiento trasero. No hay evidencia visible. Le da propina al técnico. Alice se mete en el Cayenne y respira hondo por la nariz. Bueno, el auto no pasaría una prueba de luminol, pero ella ve que no la harán.

Jasper y Emmett la siguen a un centro comercial en el centro de Scottsdale. Estaciona el Cayenne en el tercer piso de un enorme estacionamiento. Pasarán cuatro días antes de que el guardia de seguridad reporte el vehículo abandonado.

Alice y Jasper van de compras mientras Emmett espera en el auto de alquiler. Compra un par de tenis en un concurrido Gap. Nadie mira sus pies. Ella paga en efectivo.

Le compra a Emmett una sudadera con capucha delgada como una camiseta que realmente le queda. Compra seis bolsas grandes de ropa de su talla, la talla de Carlisle, la talla de Emmett y la mía. Usa una identificación y una tarjeta de crédito diferentes a las que usó en el hotel. Jasper actúa como Sherpa<sup>11</sup> para ella.

Finalmente, compra cuatro maletas que no coinciden. Ella y Jasper las llevan al coche de alquiler, donde saca las etiquetas y las llena todas con ropa nueva.

Arroja sus zapatos ensangrentados en un contenedor de basura al salir.

No hay rebobinados ni repeticiones. Todo va perfectamente sobre ruedas.

Jasper y Alice dejan a Emmett en el aeropuerto. Toma una de las maletas de mano; parece menos llamativa que en el vuelo de la mañana.

Encuentran el Mercedes de Carlisle donde lo dejaron en el estacionamiento. Jasper besa a Alice y comienza el largo viaje a casa.

Una vez que los chicos se han ido, Alice vacía la última unidad de sangre en el asiento trasero y el piso del auto de alquiler. Lo lleva a un lavado de autos que “puede hacer usted mismo” afuera de una estación de servicio. No hace un trabajo tan bueno limpiando como los detallistas. Será multada cuando devuelva el coche.

Estará lloviendo cuando Emmett aterrice en Seattle, sólo media hora hasta el atardecer. Un taxi lo llevará al ferry. Le resultará fácil deslizarse por Puget Sound, tirar la maleta al agua y luego, nadando y corriendo, serán sólo treinta minutos hasta que llegue a la casa. Tomará la camioneta de Bella e inmediatamente regresará a Phoenix.

Alice frunció el ceño en el presente y negó con la cabeza. Este plan llevaría demasiado tiempo. La camioneta era increíblemente lenta.

Ahora estábamos a sólo cuatro minutos del hospital. Bella todavía respiraba lenta y uniformemente en mis brazos y todavía estábamos todos cubiertos de sangre. Emmett y Jasper seguían conteniendo la respiración. Parpadeé y traté de reorientarme. Cuando las visiones de Alice se detallaban así, era fácil perder de vista lo que estaba sucediendo en ese momento. Ella se aclimataba mejor de un lado a otro que yo.

Alice abrió su teléfono de nuevo y marcó un número. Estaba nadando dentro de la sudadera de Emmett, el reloj de Jasper colgando de su muñeca.

—¿Rose?

En el espacio estrecho y silencioso, todos podíamos escuchar la voz de pánico de Rosalie.

—¿Qué está pasando? Emmett...

—Emmett está bien. Necesito...

—¿Dónde está el rastreador?

—El rastreador está fuera de escena.

Rosalie jadeó audiblemente.

—Necesito que alquiles una grúa de plataforma—instruyó Alice—. O compra una, lo que sea más rápido, algo con fuerza. Carga la camioneta de Bella y encuéntrate con Emmett en Seattle. Su vuelo aterriza a las cinco y media.

—¿Emmett viene a casa? ¿Qué pasó? ¿Por qué estoy remolcando esa ridícula camioneta?

---

<sup>11</sup> Se refiere a un representante, negociador o asesor gubernamental de alto nivel.

Por un breve momento, me pregunté por qué Alice estaba enviando a Emmett a casa. ¿Por qué no dejar que Rosalie trajera la camioneta aquí? Era la solución obvia. Y luego me di cuenta de que Alice no podía ver a Rosalie ayudándonos de esa manera, y sentí una ola helada de amargura ante el recordatorio. Rosalie había hecho su elección.

Emmett quería alcanzar el teléfono para calmar a Rose, pero aún no podía abrir la boca.

Era asombroso lo bien que lo estaban haciendo él y Jasper. Pensé que la estimulación adicional de la pelea probablemente todavía los estaba afectando, ayudándolos a ignorar la sangre.

—No te preocupes por eso—dijo Alice secamente—. Sólo estoy limpiando los cabos sueltos. Emmett te dará todos los detalles. Hazle saber a Esme que se acabó, pero nos retrasaremos un poco. Deberían quedarse cerca del padre de Bella en caso de que la pelirroja...

La voz de Rosalie se volvió plana.

—¿Ella viene por Charlie?

—No, no veo eso—le aseguró Alice—. Pero mejor asegurar, ¿verdad? Carlisle la llamará tan pronto como pueda. Date prisa, Rose, tienes un plazo.

—Eres una mocosa.

Alice desconectó el teléfono.

«Bueno, Emmett se quedará con la ropa, al menos. Me alegro. Le quedarán increíbles».

Emmett estaba complacido con la llamada. Feliz de saber que estaría con Rose en sólo unas horas, y ella conocería su versión de los hechos. No había ninguna razón para mencionar lo ridículo de Jasper. Si Alice no veía ningún problema con la pelirroja, entonces Rose podría hacer el viaje de regreso a Phoenix con él. O tal vez ella no querría... Él miró el rostro pálido de Bella, su pierna fracturada. Lo invadió una profunda oleada de afecto y preocupación fraternos.

«Ella es una chica tan buena. Rose va a tener que superar esto», pensó para sí mismo. «Pronto».

Alice tenía el ceño fruncido. Pensó en sus quehaceres y miró las consecuencias de los cientos de decisiones que había tomado. Se vio a sí misma en el hospital, trayendo ropa de nuestras maletas para poder quitarnos las nuestras llenas de sangre. ¿Lo había cubierto todo? ¿Se le había olvidado algún detalle?

Todo estaba bien. O lo estaría.

—Bien hecho, Alice —susurré con aprobación.

Ella sonrió.

Jasper se detuvo en la sala de emergencias, manteniendo su distancia de la cámara en este lado de la entrada, buscando la sombra.

Ajusté mi agarre sobre Bella y me preparé para hacer todo de nuevo por primera vez.

# TRES CONVERSACIONES

EL DR. SADARANGANI, AMIGO DE CARLISLE, FACILITÓ MÁS LAS COSAS. Carlisle hizo que lo llamaran mientras todavía estaban trayendo una camilla para Bella. Sólo le tomó unos minutos al Dr. Sadarangani lograr que Bella comenzara con su primera transfusión. Una vez que estuvo recibiendo sangre, Carlisle se relajó. Estaba bastante seguro de que todo lo demás estaba en orden.

No fue tan fácil para mí estar tranquilo. Por supuesto que confiaba en Carlisle, y el Dr. Sadarangani parecía competente. Pude leer su juicio honesto sobre su estado. Escuché la maravilla del Dr. Sadarangani y los médicos de su equipo cuando inspeccionaron la sutura perfecta de las heridas de Bella, el ajuste impecable de su pierna en el campo. Escuché al Dr. Sadarangani a puerta cerrada, deleitando a sus compañeros de trabajo con historias de las hazañas del Dr. Cullen en el hospital del centro de la ciudad de Baltimore, donde habían trabajado juntos hace catorce años. Escuché la sorpresa que expresó ante la apariencia inalterada de Carlisle y sus silenciosas sospechas de que, a pesar de las afirmaciones de Carlisle de que el aire fresco y húmedo del noroeste del Pacífico era una fuente natural de juventud, Carlisle había estado experimentando con plásticos. Se mostró lo suficientemente optimista sobre el caso de Bella como para rogarle a Carlisle que investigara a algunos de sus pacientes aún no diagnosticados, declarando a sus internos que nunca verían a un mejor diagnosticador que el Dr. Cullen. Y Carlisle confiaba lo suficiente en su condición que accedió a ayudar a los demás.

Pero esto no era de vida o muerte para ninguno de los dos como lo era para mí. *Mi* vida estaba en la camilla. Mi vida, pálida y sin respuesta, cubierta de tubos, esparadrapo y yeso. Me mantuve compuesto y calmado lo mejor que pude.

Como médico tratante, el Dr. Sadarangani había hecho la primera llamada a Charlie, que fue dolorosa de escuchar. Carlisle rápidamente se hizo cargo de él y le explicó la versión ficticia de lo que él y yo estábamos haciendo aquí de la manera más sucinta posible, le aseguró a Charlie que todo iba bien y prometió llamar pronto con más información. Podía escuchar el pánico en la voz de Charlie y estaba seguro de que él no estaba más persuadido que yo.

No pasó mucho tiempo antes de que se presumiera que Bella estaba en condición estable y la instalaron en una sala de recuperación. Alice ni siquiera había regresado de sus recados.

La sangre nueva que palpitaba por el cuerpo de Bella alteró su olor de una manera que debería haber anticipado, pero me tomó por sorpresa. Si bien era consciente de una disminución significativa de mi sed-dolor, no disfruté del cambio. Esta sangre extraña parecía un intruso, un extraño. No era parte de ella y me



molestaba la intrusión, por irracional que fuera. Su olor comenzaría a regresar en solo veinticuatro horas, antes incluso de que se despertara. Pero ella no reemplazaría por completo lo que se perdió durante muchas semanas. Independientemente, esta breve distorsión fue un recordatorio demasiado fuerte de que, en algún momento en el futuro, el aroma que me había atraído durante tanto tiempo se perdería para siempre.

Se había hecho todo lo que se podía hacer. Ahora no quedaba nada más que la espera.

Durante la interminable pausa, hubo pocas cosas que pudieran llamar mi atención. Actualicé a Esme. Alice regresó, pero se fue rápidamente cuando vio que prefería estar solo. Miré a través de la ventana que daba al este hacia una calle muy transitada y algunos rascacielos modestos. Escuché el latido constante de su corazón para mantenerme cuerdo.

Sin embargo, algunas conversaciones tuvieron cierto significado para mí.

Carlisle esperó hasta que estuvo en la habitación de Bella conmigo para llamar a Charlie de nuevo. Sabía que querría escuchar.

—Hola, Charlie.

—¿Carlisle? ¿Qué está pasando?

—Le hicieron una transfusión y una resonancia magnética. Las cosas pintan muy bien hasta ahora. No parece que haya ninguna lesión interna que hayamos pasado por alto.

—¿Puedo hablar con ella?

—La mantienen sedada por un tiempo. Es perfectamente normal. Sentiría demasiado dolor si estuviera despierta—hice una mueca mientras Carlisle continuaba—. Necesita curarse durante unos días.

—¿Estás seguro de que todo está bien?

—Te lo prometo, Charlie. Te diré en el momento que haya algo de qué preocuparse. Ella realmente va a estar bien. Estará con muletas por un tiempo, pero aparte de eso, volverá a la normalidad.

—Gracias, Carlisle. Estoy tan contento de que estuvieras allí.

—Yo también.

—Sé que esto te debe estar molestando...

—Ni siquiera lo menciones, Charlie. Estoy muy feliz de quedarme con Bella hasta que esté lista para volver a casa.

—Lo admito, eso me hace sentir mucho mejor. ¿Se quedará... Edward también? Quiero decir, por la escuela y todo eso...

—Ya ha hablado con sus profesores—dijo Carlisle, aunque en realidad Alice era la que configuraba todo—, y le están dejando trabajar a distancia. También está haciendo un seguimiento de la tarea de Bella, aunque estoy seguro de que los profesores le darán un respiro—. Carlisle bajó la voz un poco más—. Está desanimado por todo esto, ya sabes.

—No creo estar entendiendo bien. ¿Él... Edward te convenció de que fueras hasta Phoenix?

—Sí. Estaba extremadamente preocupado cuando Bella se fue. Se sintió responsable. Pensó que tenía que arreglarlo.

—¿Qué pasó?—Charlie preguntó, sonando desconcertado—. En un minuto todo estaba normal y luego Bella gritaba que le gustaba tu chico y eso era un

problema; y luego estaba huyendo en medio de la noche. ¿Sacaste alguna información coherente de tu chico?

—Sí, tuvimos tiempo de discutir todo en el camino aquí. Supongo que Edward le dijo a Bella cuánto se preocupaba por ella. Dijo que al principio parecía feliz, pero luego algo claramente comenzó a molestarla. Ella se molestó y quiso irse a casa. Cuando llegaron, ella le dijo que se fuera.

—Sí, estuve ahí en ese momento.

—Edward todavía no entiende de qué se trataba. No tuvieron la oportunidad de hablar antes...

Charlie suspiró.

—Esa parte la entiendo. Es algo complicado que tiene que ver con su madre. Creo que estaba exagerando un poco.

—Estoy seguro de que tenía sus razones.

Charlie carraspeó incómodo.

—¿Pero qué piensas de todo esto, Carlisle? Quiero decir, son sólo adolescentes. ¿No es esto un poco... intenso?

La risa de respuesta de Carlisle fue alegre.

—¿No recuerdas cómo era tener diecisiete años?

—No, realmente no.

Carlisle se rió de nuevo.

—¿Recuerdas la primera vez que te enamoraste?

Charlie se quedó callado por un minuto.

—Sí, lo recuerdo. Es algo difícil de olvidar.

—Ciertamente así es—Carlisle suspiró—. Lo siento mucho, Charlie. Si no hubiéramos venido aquí, ella ni siquiera habría estado en esa escalera en primer lugar.

—Ya, ya, no empieces con *eso*, Carlisle. Si no estuvieras allí, podría haberse caído por una ventana en cualquier lugar y no habría tenido tanta suerte si no estuvieras cerca.

—Estoy feliz de que esté a salvo.

—Me está matando no estar allí.

—Con mucho gusto te organizo un vuelo...

—No, ese no es el problema—Charlie suspiró—. Sabes que no tenemos muchos delitos graves aquí, pero ese desagradable caso de asalto del verano pasado finalmente va a ser juzgado y si no estoy aquí para testificar, sólo ayudaría a la defensa.

—Por supuesto, Charlie. No es necesario que te preocupes. Haz tu trabajo, encierra al tipo malo y me aseguraré de que Bella regrese contigo en buenas condiciones, muy pronto.

—No sería capaz de permanecer en mi sano juicio si no estuvieras allí. Así que gracias de nuevo. Voy a enviar a Renée. Eso probablemente hará a Bella más feliz de todos modos.

—Es una idea maravillosa. Estoy encantado de tener la oportunidad de conocer a la madre de Bella.

—Te lo advierto ahora, hará un escándalo.

—Esa es ciertamente su prerrogativa como madre.

—Gracias de nuevo, Carlisle. Gracias por cuidar de mi niña.

—Por supuesto, Charlie.

Carlisle sólo se sentó conmigo unos momentos después de colgar. Siempre era difícil para él quedarse quieto dentro de un hospital lleno de humanos que sufren. Debería haberme hecho sentir mejor que no le preocupara dejar a Bella. No fue así.

Lo siguiente que sucedió fue la llegada de la madre de Bella. Era casi medianoche cuando Alice me hizo saber que Renée estaría en la habitación de Bella en quince minutos.

Traté de asearme un poco en el baño adjunto. Alice nos había traído la ropa nueva, así que no tenía un aspecto macabro, al menos. Afortunadamente, cuando pensé en comprobarlo, mis ojos habían vuelto a la normalidad, un ocre oscuro. No es que un pequeño anillo rojo hubiera sido tan notorio con todo lo demás que estaba pasando; simplemente no quería verlo yo mismo.

Terminado con eso, volví a cavilar. Me preguntaba si la madre de Bella me haría más responsable que su padre. Si alguno de ellos hubiera sabido la verdadera historia...

Mi revolcar fue interrumpido abruptamente por algo inesperado. Algo que nunca había escuchado antes, lo cual era realmente raro: una voz tan clara y fuerte que por un segundo pensé que alguien había entrado en la habitación sin que me diera cuenta.

«Mi hija. Por favor, alguien. ¿A dónde voy? Mi bebé...»

Mi siguiente pensamiento fue que alguien estaba gritando o llorando en el abajo en el vestíbulo del hospital, ya que esa parecía ser la ubicación de la voz, ahora que me estaba concentrando, pero nadie había notado el alboroto.

Sin embargo, todos habían notado algo más.

Una mujer, tal vez de treinta años, tal vez mayor. Bonita, pero visiblemente angustiada. Su angustia era llamativa, conspicua, aunque se quedó callada en un rincón apartado, aparentemente insegura. Varios ayudantes y dos enfermeras hicieron una pausa para ver qué necesitaba.

Obviamente era la madre de Bella. La había visto en la mente de Charlie y tenía un parecido tallado a su hija. Creí que el recuerdo de Charlie era de Renée más joven, pero también pudo haber sido más actual. No había envejecido mucho. Imaginé que ella y Bella podrían confundirse como hermanas muy seguido.

—Estoy buscando a mi hija. La internaron esta tarde. Tuvo un accidente. Atravesó una ventana...

La voz física de Renée era perfectamente normal, similar a la de Bella pero en un tono más agudo. Por otro lado, su voz mental, era ensordecedora.

Era fascinante ver cómo las otras mentes respondían. Nadie podía notar la atronadora transmisión mental, aún así, todos estaban atraídos a ayudarla. De algún modo, estaban ayudándola en sus necesidades, sin poder ser capaz de ignorarla. Escuché, hipnotizado por el juego interno entre su mente y la de los demás. Un guardia y una enfermera la condujeron a través de los pasillos, sosteniéndole su pequeño bolso, ansiosos por ayudarla.

Recordé mis antiguas especulaciones sobre la madre de Bella, mi curiosidad por entender qué clase de mente se había combinado con la de Charlie para crear alguien tan distintivo e inusual como Bella.

Renée era lo opuesto a Charlie. Me pregunté si de algún modo eso fue lo que los unió al comienzo.

Con sus numerosos guías, no le tomó mucho tiempo a Renée encontrar la habitación de Bella. Atrapó a otro acompañante en su camino: la enfermera asignada de Bella, quien inmediatamente estuvo atraída por la urgencia de Renée.

Por un momento, imaginé a Renée como vampiro. ¿Sus pensamientos gritarían a todo el mundo, incapaces de quedarse dentro de su cabeza? No podía imaginar que fuese muy popular. Me sorprendí encontrándome yo mismo sonriendo ante el pensamiento, honesta y completamente distraído.

Renée se apresuró dentro de la habitación, dejando su bolso junto a la puerta que la enfermera cerró detrás de ella. Al principio, Renée no me notó recostado contra la ventana, sólo tenía ojos para su hija. Bella descansaba inmóvil, los moretones comenzaban a aparecer en su rostro. Su cabeza estaba envuelta en gaza, aunque Carlisle se las había arreglado para evitar que le afeitaran el cabello, y había tubos y monitores enganchados a ella por todas partes. Su pierna rota estaba enyesada desde los dedos del pie hasta el muslo y estaba elevada con una espuma como soporte.

«Bella, ay, mi bebé, mírate. Ay, no».

Otra similitud con Bella, la sangre de Renée era dulce. No del mismo modo que la de Bella. Renée era *demasiado* dulce, casi empalagosa. Era una interesante, sino completamente atractiva, fragancia. Nunca noté nada inusual en el olor de Charlie, pero combinada con la de Renée lograron hacer algo muy potente.

—Está sedada—dijo la enfermera rápidamente mientras Renée se acercaba a la cama, con las manos extendidas—. Estará dormida por un rato, pero será capaz de hablar con ella en unos cuantos días.

—¿Puedo tocarla? —Fue un susurro y un grito.

—Claro, puede poner su brazo allí, sólo sea delicada.

Renée se detuvo junto a su hija y posó dos dedos delicadamente sobre el antebrazo de Bella. Lágrimas comenzaron a caer en cascadas por la mejilla de Renée y la enfermera puso un brazo amablemente a su alrededor. Fue duro para mí mantener mi puesto. También quería confortarla.

«Lo siento tanto, bebé. Lo siento, tanto, tanto».

—Ya, cariño. Ella va a estar bien, ¿de acuerdo? Ese lindo doctor la coció tan limpiamente como nunca había visto. No necesitas llorar, cariño. ¿Por qué no vienes aquí a sentarte y te relajas? Apuesto a que fue un vuelo largo. ¿Vienes desde Georgia?

Renée sorbió por la nariz.

—Florida.

—Debes estar exhausta. Tu hija no va a ir a ningún lado y tampoco va a hacer ningún truco. ¿Por qué no intentas dormir un poco?

Renée se dejó llevar hacia el sillón reclinable azul en la esquina de la habitación.

—¿Necesitas algo? Tenemos algunos artículos de tocador en el mostrador por si quieres refrescarte—ofreció la enfermera. Ella tenía ese tipo de abuela, con cabello largo y gris enroscado en un moño en la parte de arriba de su cabeza. Su etiqueta decía “Gloria”. La había conocido antes y no la había notado mucho, pero me encontré atraído afectuosamente por ella ahora. ¿Fue por su amabilidad o por la reacción de Renée? Era algo realmente extraño, estar cerca de alguien que proyectaba, aparentemente de manera inconsciente, sus pensamientos de esta manera. Supongo que era un poco como Jasper, aunque de forma áspera y poco

sofisticada en comparación. Y no era una proyección emocional, definitivamente eran sus pensamientos. Solamente yo era consciente de que podía oírlos.

Esto le dio una nueva dimensión a lo que la vida de Bella con su madre debió haber sido. Con razón ha sido tan protectora, tan madura. Con razón había renunciado a su niñez para cuidar a esta mujer.

—Traje mis cosas —asintió Renée hacia el pequeño bolso en la entrada.

Me estaba sintiendo como un elefante dentro de la habitación. Ninguna me había notado aún, aunque era bastante obvio. Las luces estaban tenues por la noche, pero aún eran lo suficientemente brillantes como para que la enfermera hiciera su trabajo.

Decidí anunciar mi presencia.

—Déjame ayudarte con eso.

Me moví rápidamente para poner su bolso en el tocador conveniente junto al sillón.

Como Charlie, la primera impresión de Renée fue un repentino pinchazo de miedo y adrenalina. Se sacudió rápidamente, asumiendo solamente que estaba agotada y mi repentino movimiento la había sorprendido.

«Estoy tan nerviosa, ¿pero quién es este? Um, jum. ¿Es este el doctor lindo? Se ve muy joven».

—Oh, estás ahí, hijo—dijo Gloria un poco desaprobadoramente. Tuvo tiempo para acostumbrarse a Carlisle y a mí—. Creí que habías ido a casa.

—Mi padre me pidió que vigilara a Bella mientras él ayuda al Dr. Sadarangani. Me dejó unas cosas específicas que quiere que vigile—. Ya había usado esta excusa varias veces durante el día. La decía con confianza y las enfermeras olvidaban sus objeciones.

—¿Aún están en eso? Se quedarán dormidos de pie.

Por supuesto, el Dr. Sadarangani se había ido a casa hace rato. Pero le presentó a Carlisle al hematólogo del turno nocturno y Carlisle estaba consultando los casos más difíciles.

La madre de Bella transmitía su confusión. Gloria inmediatamente pasó a hacer las presentaciones.

—Este es el hijo del Dr. Cullen. El Dr. Cullen es quien salvo la vida de tu hija.

—Tú eres Edward —se dio cuenta Renée.

«¿Este es el novio? Ay, no. Bella no tiene oportunidad».

—Sólo tengo un sillón, cariño—dijo Gloria—. Y creo que la Sra. Dwyer lo necesita más que tú.

—Por supuesto. Ya dormí. Estoy perfectamente cómodo de pie.

—Es bastante tarde...

«Quiero hablar con él».

—Está bien—dijo Renée en voz alta—. Me gustaría escuchar sobre el accidente, está bien. Hablaremos bajito.

—Por supuesto. Haré mis rondas y vendré a chequearla luego. Trata de descansar un poco, cariño.

Le sonreí lo más cálidamente que pude a la mujer y se suavizó un poco.

«Pobre niño. Realmente está preocupado. No lastimará a nadie si se queda, especialmente con la mamá aquí».

Caminé hacia Renée y le extendí mi mano. La apretó débilmente sin levantarse, exhausta. Se reclinó un poco en el sillón; un eco de su adrenalina anterior barrió a través de su cuerpo.

—Ah, lo siento. El aire acondicionado está a tope aquí. Soy Edward Cullen. Me alegra mucho conocerla, Sra. Dwyer, solo desearía que hubiese sido en mejores circunstancias.

«Suena muy maduro». La habitación resonó con su aprobación.

—Lámame Renée—dijo automáticamente—. Lo... lo siento, no me siento bien.

«¡Dios, pero es guapísimo!»

—Claro que no. Debería descansar, como dijo la enfermera.

—No—objetó Renée calladamente, en su voz física, al menos— ¿Te importaría hablar conmigo sólo un minuto?

—Por supuesto que no—respondí—. Estoy seguro de que debe tener miles de preguntas.

Me senté en la silla de plástico junto a la cama de Bella y me acerqué a Renée.

—Ella no me habló de ti —anunció Renée. Sus pensamientos se llenaron de dolor.

—Lo... lo lamento. No hemos estado... saliendo por mucho tiempo.

Renée asintió y luego suspiró.

—Creo que es mi culpa. Las cosas han estado estresantes con el calendario de Phil y, bueno, no he sido la mejor oyente.

—Estoy seguro de que te habría dicho pronto—, y luego, frente a su cara de duda, le mentí—. Tampoco les había dicho nada a mis padres. Creo que ninguno de nosotros quería traernos mala suerte si hablábamos demasiado pronto. Es un poco tonto.

Renée sonrió. «Eso es dulce».

—No es una tontería.

Le devolví la sonrisa.

«¡Qué sonrisa tan desgarradora! ¡Ay!, espero que no esté jugando con ella».

Me encontré tartamudeando para tranquilizarla.

—Lamento mucho lo que pasó. Me siento terriblemente responsable y haría cualquier cosa para corregirlo. Si pudiera intercambiar lugares con ella, lo haría —no había nada más que verdad allí.

Extendió la mano para darme unas palmaditas en mi brazo. Me alegré de que la manga fuera lo suficientemente gruesa como para ocultar la temperatura de mi piel.

—No es tu culpa, Edward.

Deseé que tuviera razón.

—Charlie me contó parte de la historia, pero estaba bastante confundido—dijo—. Creo que todos lo estábamos. Bella también—. Pensé en esa noche que comenzó tan inocente, todo placer y felicidad. Con qué rapidez todo había salido mal. Sentí que todavía estaba tratando de ponerme al día—. Eso es mi culpa—dijo Renée, repentinamente miserable—. Creo que arruiné a mi niña. Que ella se escapara porque se preocupa por ti, eso es todo mi culpa.

—No, no piense eso —sabía lo mucho que le había dolido a Bella decirle esas cosas a Charlie. Me imaginaba lo que sentiría al saber que su madre se estaba culpando por esto—. Bella es una persona de voluntad muy fuerte. Hace lo que quiere. De todos modos, probablemente sólo necesitaba un poco de sol.

Renée sonrió un poquito ante eso.

—Tal vez.

—¿Quería saber sobre el accidente?

—No, eso era sólo para la enfermera. Bella se cayó por unas escaleras, no es tan inusual—fue sorprendente la facilidad con la que sus padres aceptaron la historia—. Lo de la ventana fue desafortunado.

—Muchísimo.

—Sólo quería conocerte un poco. Bella no estaría actuando de esta manera si sus sentimientos fueran ligeros. Nunca antes se había preocupado seriamente por nadie. No estoy segura de que sepa qué hacer.

Le sonreí de nuevo.

—Creo que nos pasa lo mismo a los dos.

«Seguro, guapo», pensó dubitativa. «Es muy tranquilo».

—Sé amable con mi bebé—me ordenó, con más fuerza—. Siente las cosas muy profundamente.

—Le prometo que nunca haré nada para lastimarla —dije las palabras, y las dije en serio de la manera más fuerte, daría cualquier cosa por mantener a Bella feliz y segura, pero no estaba seguro de que fueran verdad. Porque, ¿qué lastimaría más a Bella? No podía escapar de la respuesta más verdadera.

Las semillas de granada y mi inframundo. ¿No acababa de presenciar un ejemplo brutal de lo mal que podría ser mi mundo para ella? Y ella yacía aquí rota por eso.

Sin duda, tenerla conmigo sería el mayor dolor posible.

«Uhhh, él cree que lo dice en serio. Bueno, a la gente se le rompe el corazón y luego se recupera. Es parte de la vida». Pero luego pensó en el rostro de Charlie y se sintió incómoda. «No puedo pensar, estoy tan cansada. Todo tendrá sentido por la mañana».

—Debería dormir. Es muy tarde en Florida —podía escuchar lo distorsionada por el dolor que se había vuelto mi voz, pero ella no la conocía tan bien.

Asintió con la cabeza, los ojos caídos.

—¿Me despiertas si necesita algo?

—Sí, lo haré.

Se acurrucó en su incómoda silla y rápidamente perdió el conocimiento.

Moví mi silla al lado de Bella. Era extraño verla tan quieta durmiendo. Más que nada deseaba que comenzara a murmurar algo de sus sueños. Me pregunté si estaría allí con ella, en la oscuridad. No sabía si era correcto esperar que así fuera.

Mientras escuchaba respirar a madre e hija, pensé en Alice por primera vez desde que me dejó aquí solo. No era propio de ella darme tanto espacio, sin importar cuán desesperado fuera mi estado mental. Me di cuenta de que había estado esperando que ella nos revisara a Bella y a mí desde hace algún tiempo. Y solo podía adivinar una razón por la que me había evitado.

Había tenido mucho tiempo para procesar los eventos del día, pero no lo había hecho. Me quedé mirando a Bella y deseé infructuosamente haber sido más, que hubiera sido mejor. Que hubiera encontrado lo correcto y me hubiese mantenido firme antes de que esta pesadilla pudiera haberla tocado.

Ahora me di cuenta de que tenía que hacer algo más. Sabía que sería doloroso, pero también que no sería lo suficientemente doloroso. Me merecía algo peor. No

quería dejar a Bella, pero este no era el lugar. Llamaría a Alice. No estaba seguro de adónde se había ido a esconder de mí.

Salí al pasillo, para el interés de dos enfermeras, que se habían preguntado si alguna vez saldría de la habitación y antes de que pudiera alcanzar mi teléfono escuché los pensamientos de Alice subiendo las escaleras. Salí para encontrarme con ella justo detrás de las puertas de la escalera.

Llevaba algo en sus manos, algo pequeño y negro y envuelto en cuerdas delgadas, y lo sostenía como si deseara poder aplastar sus manos para destruirlo. Parte de mí estaba sorprendido de que no lo hubiera hecho.

«He tenido esta discusión contigo más de trescientas veces, pero nunca pude convencerte».

—No, no puedes. Necesito ver esto.

«Acepto no estar de acuerdo. Pero toma». Empujó la cámara hacia mí y pude ver que estaba feliz de deshacerse de ella. La tomé de mala gana. Se sentía oscura y mal en mi mano. «Ve a algún lugar donde puedas estar solo».

Asentí. Fue un buen consejo.

«Vigilaré a Bella. No es necesario, pero sé que te hará sentir mejor».

—Gracias.

Alice salió disparada de la escalera.

Deambulé por los pasillos, que estaban tranquilos a esta hora, pero no desocupados. Pensé en meterme en una habitación vacía, pero no me sentí lo suficientemente aislado. Me dirigí al vestíbulo y salí al jardín. Esto se sentía más solo, pero aún podía ver al extraño oficial de seguridad haciendo rondas. Mientras caminara con un propósito, no les importaba, pero sí me demoraba, estaba seguro de que vendrían a interrogarme.

Busqué una burbuja de espacio vacío y me sentí aliviado al encontrar un área desprovista de pensamientos humanos justo al otro lado del gran camino circular.

Parecía irónico que el edificio desierto fuera la capilla del campus, iluminado y sin llave, a pesar de la hora. Sabía que el lugar habría consolado a Carlisle, pero estaba bastante seguro de que nada podría ayudarme ahora.

Desde adentro, no pude encontrar la manera de cerrar la puerta, así que fui al frente de la habitación, lo más lejos posible de esa puerta. Había sillas plegables de madera en lugar de bancos. Tiré una contra la pared, a la sombra del órgano.

Alice me la había dejado con auriculares. Me los puse en los oídos.

Cerrando los ojos, respiré hondo. Una vez que viera esto, lo tendría en mi cabeza para siempre. Nunca habría una liberación de eso. Eso parecía justo. Bella lo había vivido. Yo sólo tendría que mirar.

Abrí los ojos y encendí la cámara. La pantalla de repetición tenía solo dos pulgadas de ancho. No sabía si estar agradecido por eso o si merecía verlo en una escala mucho mayor.

El video comenzó con un primer plano del rostro del rastreador. James, el nombre era demasiado benigno para lo que era. Me sonrió y supe que eso era lo que quería: sonreírme. Todo esto era para *mí*. Lo que seguiría sería una conversación entre nosotros dos. Unilateral, pero por todo lo que sucedería, Bella nunca sería el objeto: era yo.

—Hola—dijo en un tono agradable—. Bienvenido al show. Espero que disfrutes de lo que he preparado para ti. Lamento que haya sido un poco apresurado, un poco desordenado. ¿Quién hubiera imaginado que sólo me llevaría unos días ganar?



Antes de que se levante el telón, por así decirlo, me gustaría recordarte que esto es realmente culpa tuya. Si te hubieras mantenido fuera de mi camino, habría sido rápido. Sin embargo, esto es más divertido, ¿no? ¡Disfruta de nuevo!

El video se cortó a negro y luego comenzó una nueva "escena". Reconocí el ángulo de la cámara. Estaba en su lugar encima del televisor, apuntando a través de la larga pared de espejos. El rastreador se estaba apartando. Su velocidad, mientras se lanzaba hacia el extremo derecho de la toma, era casi invisible para la cámara; sólo se registró un parpadeo inconexo. Se instaló allí junto a la salida de emergencia, congelándose en su lugar con una mano extendida. En esa mano, un rectángulo negro. Un control remoto. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, escuchando. Escuchó algo demasiado bajo para la grabación y sonrió directamente a la cámara. A mí.

Entonces yo también pude oírla. Pies corriendo, tropezando. Respiración forzada. Se abrió una puerta y luego una pausa.

El rastreador levantó su control remoto y presionó un botón.

Más fuerte que cualquier otra cosa hasta ahora, a través de los parlantes justo debajo de la cámara, la voz de la madre de Bella gritó de pánico.

—¿Bella? Bella?

En la otra habitación, los pasos volvían a correr.

—¡Bella, me asustaste! —dijo Renée.

Bella irrumpió en la habitación, presa del pánico y buscando.

—No me vuelvas a hacer eso —continuó Renée riendo.

Bella se giró con el sonido de la voz de su madre, se volvió hacia mí ahora, sus ojos enfocados justo debajo de la cámara. Observé cómo la golpeaba la comprensión. No había procesado completamente el truco todavía, pero pude ver el comienzo del alivio. Su madre no estaba en peligro.

El sonido de los altavoces se quedó en silencio. Bella se movió de mala gana. No quería ver, pero sabía que él estaba allí. Se puso rígida cuando sus ojos lo encontraron, esperando inmóvil. Solo podía ver el costado de su rostro, pero podía verlo claramente mientras le sonreía.

Se acercó y tuve que soltar mis dedos. Era demasiado pronto para aplastar la grabadora. Pasó junto a ella y continuó hasta la televisión para dejar el control remoto. Mientras lo hacía, miró a la cámara y me guiñó un ojo. Luego se volvió hacia ella. La forma en que giró su cuerpo me dio la espalda, pero tenía una vista perfecta de Bella. La cámara estaba en un ángulo para que no pudiera verlo en los espejos. Eso debe haber sido un error de su parte. Imaginé que quería que viera su actuación.

—Lo siento, Bella, pero... ¿no es mejor que tu madre no tuviera que estar involucrada en todo esto?

Bella lo miró con una expresión extraña, casi relajada.

—Sí.

—No suenas enojada porque te engañé.

—No lo estoy —la verdad irradiaba en su tono.

El rastreador vaciló durante un segundo.

—Qué extraño. Lo dices realmente en serio—inclinó la cabeza hacia un lado, pero sólo pude adivinar su expresión—. Daré esto a tu extraño aquelarre, los humanos pueden ser bastante interesantes. Supongo que puedo ver el atractivo de observarte. Es asombroso, algunos de ustedes parecen no tener ningún sentido de su propio interés en absoluto.

Se inclinó hacia ella como si esperara una respuesta, pero ella permaneció en silencio. Sus ojos eran opacos, sin revelar nada.

—¿Supongo que me vas a decir que tu novio te vengará? —preguntó, su voz burlona. La burla no era para ella.

—No, no lo creo—respondió Bella en voz baja—. Al menos, le pedí que no lo hiciera.

—¿Y cuál fue su respuesta a eso?

—No lo sé. Le dejé una carta.

“Por favor, por favor, no vayas tras él”, había escrito en esa carta. “Te amo. Perdóname”.

Sus modales eran casi casuales. Esto pareció molestar al rastreador, porque su voz era más aguda ahora, su tono se torció en algo siniestro.

—Qué romántico—el sarcasmo fue palpable—. Una última carta. ¿Y crees que la honrará?

Sus ojos aún eran imposibles de leer, pero su rostro estaba tranquilo cuando dijo—: Eso espero.

“Por favor, esto es lo único que puedo pedirte ahora”, había escrito. “Por mí”.

—Uhmhm. Bueno, entonces nuestras esperanzas difieren—su voz se volvió amarga. La compostura de Bella estaba alterando la escena que había planeado—. Verás, todo esto fue demasiado fácil, demasiado rápido. Para ser sincero, estoy decepcionado. Esperaba un desafío mucho mayor. Y, después de todo, sólo necesité un poco de suerte.

La expresión de Bella ahora era paciente, como una madre que sabe que la historia de su hijo pequeño va a ser larga y vaga, pero está decidida a complacerlo de todos modos.

La voz del rastreador se hizo más dura en respuesta.

—Cuando Victoria no pudo llegar a tu padre, le pedí que averiguara más sobre ti. No tenía sentido correr por todo el planeta persiguiéndote cuando podría esperarte cómodamente en un lugar de mi elección...

El rastreador continuó, esforzándose para mantener sus palabras lentas y engreídas, pero podía sentir el trasfondo de su frustración. Empezó a hablar más rápido. Bella no reaccionó. Esperó, paciente y educada. Era obvio que esto lo inquietaba.

Había pensado poco en cómo el rastreador había encontrado a Bella, no había habido tiempo para nada más que acción, pero todo esto tenía sentido. Nada de eso me sorprendió. Hice una pequeña mueca cuando me di cuenta de que nuestro vuelo a Phoenix había sido el detonante de su último movimiento. Pero era sólo uno de los mil errores en mi conciencia.

Estaba terminando su monólogo (me preguntaba si pensaba que estaría impresionado) y traté de prepararme para lo que vendría después.

—Muy fácil, ya sabes—concluyó—. No está realmente a la altura de mis estándares. Entonces, verás, espero que te equivoques con tu novio. Edward, ¿no es así?—. Fue una tontería fingir que había olvidado mi nombre. Él no podía olvidarlo más de lo que yo jamás olvidaría el suyo.

Bella no le respondió. Ahora parecía un poco confundida. Como si no entendiera el punto. No se dio cuenta de que el espectáculo no era para ella.

—¿Te importaría mucho si dejo una pequeña carta para tu Edward?

El rastreador caminó hacia atrás hasta que salió del cuadro. De repente, la imagen se acercó más al rostro de Bella.

Su expresión fue perfectamente clara para mí. Estaba empezando a darse cuenta. Sabía que la iba a matar. Nunca había considerado que la torturaría primero. El pánico tocó sus ojos por primera vez desde que descubrió que su madre estaba a salvo.

Mi propio miedo y horror crecieron con los de ella. ¿Cómo sobreviviría a esto? No lo sabía. Pero ella lo había hecho, así que yo debía hacerlo.

Cuando el rastreador estuvo seguro de que había tenido tiempo de absorber su miedo naciente, volvió a ensanchar el cuadro, girando el ángulo ligeramente para que ahora pudiera ver su reflejo en el espejo sobre el hombro de Bella.

—Lo siento, pero no creo que pueda resistirse a cazarme después de ver esto—estaba nuevamente satisfecho con su producción. El terror de Bella era el drama que había estado esperando—. Y no me gustaría que se perdiera nada. Todo fue por él, por supuesto. Eres simplemente un ser humano, que desafortunadamente estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado e indiscutiblemente corriendo con la gente equivocada, debo agregar.

Volvió a entrar en el cuadro, acercándose a ella. Su sonrisa estaba torcida en los espejos.

—Antes de que comencemos...

Los labios de Bella estaban blancos.

—Hay algo que me gustaría restregarle sólo un poco—sus ojos se encontraron con los míos en el espejo—. La respuesta estuvo ahí todo el tiempo, y tenía tanto miedo de que Edward lo viera y arruinara mi diversión. Sucedió una vez, oh, hace mucho tiempo. La única vez que mi presa se me escapó.

Alice me había mostrado la forma de hacer que el rastreador perdiera interés. No se dio cuenta de que había rechazado la idea. Nunca habría entendido por qué.

Comenzó otro monólogo y aunque reconocí que su necesidad de regodearse era la razón por la que Bella había sobrevivido lo suficiente como para que llegáramos allí, todavía estaba rechinando los dientes con frustración hasta que dijo las palabras *amiguita*, y me di cuenta de que esto era algo más. Esto era lo que Bella había tratado de decirnos. “Alice, el video, te conocía, Alice, sabía de dónde vienes”.

—...Ella ni siquiera pareció notar el dolor, pobre criatura—estaba explicando el rastreador—. Había estado atrapada en ese agujero negro de una celda durante tanto tiempo. Cien años antes y habría sido quemada en la hoguera por sus visiones. En los años veinte, era el manicomio y los tratamientos de electrochoque. Cuando abrió los ojos, fuerte con su fresca juventud, fue como si nunca antes hubiera visto el sol. El viejo vampiro la convirtió en un nuevo vampiro fuerte y ya no había razón para que yo la tocara entonces. Destruí al viejo en venganza.

—Alice —suspiró Bella. La revelación no le devolvió el color a la cara. Sus labios estaban ahora tan débilmente verdes. ¿Se desmayaría? Me encontré esperando que hubiera un descanso, un momento de escape, aunque sabía que no podría durar.

Había mucho en que pensar aquí y en algún momento querría saber qué sentía Alice, pero no ahora. Ahora no.

—Sí, tu amiguita. Me sorprendió verla en el claro—hizo contacto visual conmigo de nuevo—. Así que supongo que su aquelarre debería poder obtener algo

de consuelo con esta experiencia. Te entiendo, pero ellos la tienen a ella. La única víctima que se me escapó, todo un honor, en realidad.

—Y olía tan delicioso. Todavía lamento no haberla saboreado nunca... Olía incluso mejor que tú. Lo siento, no pretendo ser ofensivo. Tienes un olor muy agradable. Floral, creo...

Se acercó más y más hasta que se cernió sobre ella, luego extendió una mano y casi volví a aplastar la cámara. No la lastimó todavía, sólo jugó con un mechón de su cabello, sacando su temor. Ordeñándolo.

Me deslicé de la silla, al suelo y dejé la cámara en el suelo a mi lado. Apreté los puños con fuerza. Fue bueno haber hecho esto. A continuación, el rastreador extendió la mano para acariciar suavemente su mejilla y me pregunté si me rompería las manos.

—No, no lo entiendo—concluyó el rastreador—. Bueno, supongo que deberíamos seguir adelante—. Me miró de nuevo, con la insinuación de una sonrisa en sus labios. Quería que yo viera que estaba ansioso, que iba a disfrutar esto—. Y luego puedo llamar a tus amigos y decirles dónde encontrarte y a mi pequeño mensaje.

Bella comenzó a temblar. Su rostro estaba tan pálido que me sorprendió que todavía estuviera de pie. El rastreador comenzó a rodearla, sonriéndome en el espejo. Se agachó, sus ojos se posaron en su rostro y esa sonrisa se convirtió en una exhibición de dientes.

Aterrorizada, corrió hacia la puerta trasera. Supuse que esto era lo que quería, que había estado tratando de incitarla a actuar. Sus dientes desnudos se transformaron en una sonrisa de satisfacción cuando saltó frente a ella y, con un revés desdeñoso, la arrojó hacia la pared de espejos.

Estuvo en el aire durante una pausa fugaz e interminable, y luego, con un sonido metálico, un crujido de hueso y la rotura de un cristal, se estrelló contra la barra de ballet de latón y el espejo que había detrás. La barra se soltó de sus soportes y se estrelló contra las tablas de abajo. Su cuerpo la siguió, completamente flácido mientras se deslizaba hasta el suelo, astillas de vidrio atrapando la luz como brillo a su alrededor. Esperaba de nuevo que estuviera inconsciente. Pero luego vi sus ojos.

Aturdida, indefensa, petrificada.

Me dolían las manos con la aplastante presión de mi agarre, pero no podía relajarlas.

El rastreador se acercó a ella, sus ojos enfocados en el espejo de la lente de la cámara, mirándome.

—Ese es un efecto muy bonito—me señaló, esperando que no estuviera dando por sentado ninguno de sus planes—. Pensé que esta habitación sería visualmente dramática para mi pequeña película. Por eso elegí este lugar para conocerte. Es perfecto, ¿no?

No sabía si Bella era consciente de su cambio de atención, de sí sólo estaba actuando por instinto, pero se retorció dolorosamente para poner las manos en el suelo y empezó a gatear hacia la entrada.

El rastreador se rió en voz baja de su patético intento y luego estuvo de pie junto a ella.

Alice me había mostrado esto. Deseé poder apartar la mirada. Pero no pude, y el pie del rastreador chocó con fuerza contra su pantorrilla. Escuché ambos chasquidos cuando su tibia y su peroné cedieron.

Todo su cuerpo se sacudió y luego su grito llenó la pequeña habitación, rebotando en el vidrio y la madera pulida. Se sintió como un taladro perforando mis oídos a través de los auriculares. Su rostro se tensó por la agonía y pequeños vasos sanguíneos estallaron dentro de sus ojos.

—¿Te gustaría reconsiderar tu última petición? —le preguntó a Bella, todo su enfoque en ella ahora. Con un dedo del pie presionó con delicado cuidado en el nexo de la ruptura.

Bella gritó de nuevo, el sonido raspando y saliendo de su garganta.

—¿No preferirías que Edward intentara encontrarme? —preguntó el rastreador como un director en el borde del escenario.

El rastreador la iba a torturar hasta que ella me suplicara que lo cazara. Ella debía saber que yo entendería que su respuesta era forzada. Seguramente le daría lo que quería rápidamente.

—Dile lo que quiere oír —le susurré inútilmente.

—¡No!—dijo con voz ronca. Por primera vez miró fijamente a la lente de la cámara, sus ojos ensangrentados suplicaban, hablándome directamente—. No, Edward, no...

Le dio una patada en la cara.

Ya había visto la marca de este golpe desarrollándose en el lado izquierdo de su cara. Tenía dos pequeñas fisuras en el pómulo. Él había tenido cuidado, sabiendo que si la pateaba con una fracción de su fuerza, la mataría y aún no había terminado. En realidad, esa fue sólo una caricia.

Voló por el aire de nuevo.

Vi su error de inmediato, observando su trayectoria.

El vidrio ya estaba roto, los bordes doblados apuntando hacia afuera como dientes de plata desgarrados. Su cabeza golpeó casi el mismo lugar que antes, pero esta vez los dientes de vidrio se rasgaron en su cuero cabelludo cuando la gravedad la empujó hacia el suelo. El sonido de su piel cediendo era imposible de perder.

Se volvió para mirar y en el espejo vi que su expresión se endurecía cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

La sangre ya se filtraba por su cabello, goteaba en hilos carmesí por los lados de su cara, rodaba por su cuello y se acumulaba en los huecos sobre sus clavículas. Sólo ver esto llamó fuego a mi garganta y el recuerdo del sabor de esa sangre.

La sangre encontró el suelo, goteando en fuertes salpicaduras cuando comenzó a formar un charco alrededor de sus codos.

Había tanta sangre, fluyendo tan rápido. Fue abrumador. Observé, sorprendido de que hubiera sobrevivido a esto. El rastreador también observó cómo todos sus planes y toda su vanidad se desvanecían. Su rostro se volvió salvaje, inhumano. Una pequeña parte de él quería combatir su sed, pude ver eso en sus ojos, pero no estaba condicionado para el control. Apenas podía recordar a su audiencia o su espectáculo.

Un gruñido de caza salió de entre sus dientes. Instintivamente, levantó una mano para protegerse. Sus ojos ya estaban cerrados, la vida sangraba por su rostro.

Un crujido explosivo, un rugido. El rastreador arremetió. Una forma pálida brilló tan rápidamente a través de la toma que fue imposible distinguirla. El rastreador desapareció de la escena. Vi la marca carmesí de sus dientes en la palma de Bella y luego su mano cayó, sin vida, en el lago de sangre con un chapoteo silencioso.

Observé, completamente aturdido, mientras mi imagen en la pantalla sollozaba y Carlisle trabajaba para salvarla. Mis ojos se dirigieron a la esquina inferior derecha de la toma, donde de vez en cuando, una parte del rastreador aparecía en la imagen. El codo de Emmett, la parte posterior de la cabeza de Jasper. Era imposible crear un sentido de lucha a partir de estos pequeños destellos. Algún día, haría que Emmett o Jasper lo recordaran por mí. Dudaba que pudiera calmar la rabia que sentía. Incluso si hubiera sido yo quien rompiera el rastreador y lo quemara, no habría sido suficiente. Nada podría volver a arreglar esto.

Finalmente, Alice caminó hacia la lente. Un espasmo de agonía cruzó sus rasgos y supe que estaba viendo una visión de la grabación, y también, estaba seguro, una visión de mí mirándola ahora. Cogió la cámara y la pantalla se oscureció.

Tomé lentamente la cámara y luego, con la misma lentitud, la aplasté metódicamente hasta convertirla en un montón de polvo de metal y plástico.

Cuando terminé, saqué del bolsillo de mi camisa la pequeña tapa de la botella que había estado llevando conmigo durante semanas. Mi muestra de Bella, mi talismán, mi tonto pero tranquilizador vínculo físico con ella.

Brilló apagadamente en mi mano por un momento y, luego, lo pulvericé entre el pulgar y el índice, y dejé que los fragmentos de acero cayeran sobre los restos de la cámara.

No me merecía ningún vínculo, ningún reclamo sobre ella.

Me senté durante mucho tiempo en la capilla vacía. En un momento, la música comenzó a sonar silenciosamente a través de los parlantes, pero nadie entró y no había señales de que alguien me hubiera notado aquí. Supuse que la música estaba en un temporizador automático. Era el adagio sostenuto del segundo concierto para piano de Rachmaninoff.

Escuché, entumecido y frío, tratando de recordarme a mí mismo que Bella iba a estar bien. Que podría levantarme ahora y volver a su lado. Que Alice había visto que sus ojos se abrirían de nuevo en solo treinta y seis horas más. Un día y una noche y un día más.

Nada de eso parecía relevante ahora. Porque era culpa mía, todo lo que ella había sufrido.

Miré por las ventanas altas frente a mí, viendo cómo la oscuridad de la noche daba paso lentamente a un cielo gris pálido.

Y luego hice algo que no había hecho en un siglo.

Acurrucado en una bola en el suelo, inmóvil de agonía... recé.

No le recé a mi Dios. Siempre supe instintivamente que no había ninguna deidad para los de mi especie. No tenía sentido que los inmortales tuvieran un dios; nos habíamos apartado del poder de cualquier dios. Creamos nuestras vidas y el único poder lo suficientemente fuerte como para quitarlas de nuevo era otro como nosotros. Los terremotos no podían aplastarnos, las inundaciones no podían ahogarnos, los incendios eran demasiado lentos para atraparnos. El sulfuro y el azufre eran irrelevantes. Éramos los dioses de nuestro propio universo alternativo. Dentro del mundo mortal pero sobre él, nunca esclavos de sus leyes, sólo las nuestras.

No había ningún Dios al que yo perteneciera. Nadie a quien suplicar. Carlisle tenía diferentes ideas, y tal vez, sólo tal vez, se podría hacer una excepción para alguien como él. Pero yo no era como él. Estaba manchado como el resto de los de nuestra especie.

En cambio, le recé al Dios de *ella*. Porque si hubiera algún poder superior y benevolente en su universo, seguramente, *seguramente*, él o ella tendría que estar preocupado por esta hija más valiente y amable. Si no, realmente no había ningún propósito para tal entidad. Tenía que creer que ella le importaba a ese Dios distante, si es que existía.

Así que le recé a su Dios por la fuerza que yo necesitaría. Sabía que no era lo suficientemente fuerte en mí mismo, el poder tendría que venir del exterior. Con perfecta claridad, recordé las visiones de Alice de Bella abandonada, su rostro sombrío, ensombrecido, vacío y hueco. Su dolor y sus pesadillas. Nunca había sido capaz de imaginar que mi resolución no se rompiera, que no cediera al conocimiento de su dolor. No podía imaginarlo ahora. Pero tendría que hacerlo. Tenía que aprender la fuerza.

Le recé a su Dios con toda la angustia de mi maldita y perdida alma para que él, o ella, o eso, me ayudara a proteger a Bella de mí mismo.

# INEVITABILIDAD

ALICE HABÍA VISTO EL MOMENTO EN QUE BELLA POR FIN ABRIRÍA SUS OJOS. Había razones prácticas por las que necesitaba pasar un tiempo a solas con ella antes de que hablara con nadie más; Bella no sabía nada de nuestras acciones encubiertas. Por supuesto, Alice o Carlisle podrían haber manejado esto y Bella era lo suficientemente brillante como para fingir amnesia hasta que pudiera aclarar su historia, pero Alice sabía que necesitaba algo más que aclarar la narrativa.

Durante las horas de espera, Alice se había presentado a Renée y luego procedió a encantarla hasta que ahora eran confidentes cercanas, en la cabeza de Renée, al menos. Fue Alice quien convenció a Renée de ir a almorzar en el momento perfecto.

Esto fue poco después de la una de la tarde. Tenía las persianas cerradas para protegerme del sol de la mañana, pero pronto podría ser capaz de abrirlas. El sol estaba ahora al otro lado del hospital.

Una vez que Renée se fue, acerqué mi silla a la cama de Bella, apoyando los codos en el borde del colchón junto a su hombro. No sabía si ella habría sentido el paso del tiempo o si su mente todavía estaría de regreso en esa maldita habitación de espejos. Necesitaría que la tranquilizara y yo la conocía lo suficientemente bien como para estar seguro de que mi rostro la consolaría. Para bien o para mal, la tranquilizó.

Ella comenzó a inquietarse justo a tiempo. Se había movido antes, pero este fue un esfuerzo más concentrado. Su frente se arrugó cuando sus esfuerzos le causaron dolor y la pequeña v tensa apareció entre sus cejas. Como tantas veces había querido hacer, rocé suavemente esa v con el dedo índice, tratando de borrarla. Se desvaneció un poco y sus ojos comenzaron a parpadear. El pitido de su monitor de frecuencia cardíaca se aceleró ligeramente.

Abrió los ojos y luego los cerró. Lo intentó de nuevo, entrecerrando los ojos ante el brillo de las luces del techo. Miró hacia otro lado, hacia la ventana, mientras sus ojos se adaptaban. Su corazón latía más rápido ahora. Con las manos luchando con las líneas del monitor, alcanzó el tubo debajo de la nariz, obviamente con la intención de quitárselo. Tomé su mano.

—No lo hagas —dije en voz baja.

Tan pronto como escuchó mi voz, su corazón comenzó a relentizarse.

—¿Edward?—no podía girar la cabeza tanto como quería. Me incliné más cerca. Nuestros ojos se encontraron y los de ella, todavía salpicados de rojo, comenzaron a llenarse de lágrimas—. Oh, Edward, lo siento mucho.



Me dolió de una manera muy específica y penetrante cuando se disculpó conmigo.

—Shhh—insistí—. Todo está bien ahora.

—¿Qué pasó? —preguntó, arrugando la frente como si estuviera tratando de resolver un acertijo.

Había planeado mi respuesta. Había pensado en la forma más suave de explicarlo. En cambio, mis propios miedos y remordimientos me inundaron los labios.

—Estuve a punto de llegar demasiado tarde. Pude no haber llegado a tiempo.

Me miró fijamente durante un largo momento y vi cómo regresaban los recuerdos. Hizo una mueca y su respiración se aceleró.

—Fui tan estúpida, Edward. Pensé que tenía a mi mamá.

—Nos engañó a todos.

La urgencia hizo que sus cejas se juntaran.

—Necesito llamar a Charlie y a mi mamá.

—Alice los llamó—había sustituido a Carlisle y ahora charlaba con Charlie varias veces al día. Como Renée, estaba completamente embrujado. Sabía que Alice había estado planeando la llamada de después que despertara. Estaba emocionada de que sucedería hoy—. Renée está aquí, bueno, aquí en el hospital. Se acaba de ir a comer algo.

Bella cambió su peso como si estuviera a punto de saltar de la cama.

—¿Está aquí?

La agarré por el hombro y la mantuve en su lugar. Parpadeó un par de veces, mirando a su alrededor, mareada.

—Regresará pronto—le aseguré—. Y tú tienes que quedarte en reposo.

Esto no la calmó de la manera que pretendía. Sus ojos estaban aterrorizados.

—¿Pero qué le dijiste? ¿Por qué le dijiste que estoy aquí?

Sonreí levemente.

—Te caíste por dos tramos de escaleras y atravesaste una ventana.

Dada la forma en que sus padres habían aceptado nuestra historia, no sólo que era posible, sino que de alguna manera era de esperar, me sentí justificado al agregar—: Tienes que admitir que podría suceder.

Suspiró, pero parecía más tranquila ahora que conocía la coartada. Miró su cuerpo cubierto con una sábana durante unos segundos.

—¿Qué tan mal estoy? —preguntó.

Enumeré las lesiones más grandes.

—Tienes una pierna rota, cuatro costillas rotas, algunas grietas en el cráneo, hematomas que cubren cada centímetro de tu piel y has perdido mucha sangre. Te dieron algunas transfusiones. No me gustó, te hizo oler mal por un tiempo.

Sonrió y luego hizo una mueca.

—Eso debe haber sido un buen cambio para ti.

—No, me gusta cómo hueles.

Entonces me miró cuidadosamente a los ojos, buscando. Después de un largo momento de esto, preguntó—: ¿Cómo lo hiciste?

No sabía por qué este tema era tan desagradable. Lo había logrado. Sabía que Emmett, Jasper y Alice estaban asombrados por mi logro. Pero no podía verlo de la misma manera. Había estado demasiado cerca. Recordé, con una claridad tan

insoportable, lo mucho que mi cuerpo había querido permanecer en esa dicha para siempre.

No pude encontrarme con su mirada por más tiempo. Miré su mano, tomándola con cuidado en la mía. Los cables se derramaron a ambos lados.

—No estoy seguro —susurré.

Ella no habló y pude sentir sus ojos en mí, esperando una mejor respuesta. Suspiré.

Mis palabras fueron apenas más fuertes que un suspiro.

—Era imposible... parar. Imposible. Pero lo hice—intenté sonreírle entonces, para encontrarme con su mirada—. Debe de ser que te amo.

—¿No tengo un sabor tan bueno como mi olor? —sonrió ante su broma, luego se estremeció, sintiendo el daño en su pómulo.

No traté de seguirle el juego a su tono alegre. Obviamente, ella no debería estar sonriendo.

—Aún mejor—respondí honestamente, aunque un poco amargo—. Mejor de lo que había imaginado.

—Lo siento.

Puse los ojos en blanco.

—Tienes muchas cosas por las que disculparte.

Ella examinó mi expresión y pareció insatisfecha con lo que encontró.

—¿Por qué debería disculparme?

*Nada*, quería decir, pero pude ver que estaba de humor para disculparse, así que le di algo en lo que reflexionar.

—Por casi alejarte de mí para siempre.

Asintió distraídamente, aceptando eso.

—Lo siento.

Acaricié el dorso de su mano, preguntándome si podía sentir mi toque a través de todos los vendajes.

—Sé por qué lo hiciste. Sigue siendo irracional, por supuesto. Deberías haberme esperado, deberías habérmelo dicho.

Esto no tenía sentido para ella.

—No me habrías dejado ir.

—No—dije entre dientes—. No te hubiera dejado.

Sus ojos estuvieron lejos por un momento y su corazón se aceleró. Un estremecimiento la recorrió y luego siseó por el dolor que le causó.

—Bella, ¿qué pasa?

—¿Qué le pasó a James? —dijo bajo en un gemido.

Bueno, podría tranquilizarla sobre esto.

—Después de que lo aparté de ti, Emmett y Jasper se encargaron de él.

Ella frunció el ceño, hizo una mueca, luego suavizó su expresión.

—No vi a Emmett y Jasper allí.

—Tuvieron que salir de la habitación... había mucha sangre —un río. Por un segundo, sentí como si todavía estuviera manchado con él.

—Pero te quedaste —suspiró.

—Sí, me quedé.

—Y Alice, y Carlisle... —Su voz estaba llena de asombro.

Sonreí solo un poco.

—Ellos también te aman, ¿sabes?

Su expresión volvió a ser repentinamente ansiosa.

—¿Alice vio la grabación?

—Sí.

Era un tema que estábamos evitando actualmente. Sabía que estaba haciendo su propia investigación y sabía que yo no estaba listo para discutirlo con ella todavía.

—Alice siempre vivió en la oscuridad—dijo Bella con urgencia—. Es por eso que no lo recordaba.

Era tan Bella que toda su preocupación estaría centrada en otra persona, incluso en este momento.

—Lo sé. Y ahora, ella por fin lo entiende todo.

No estaba seguro de lo que estaba haciendo mi cara, pero le preocupaba a Bella. Trató de tocar mi mejilla, pero se detuvo cuando la vía intravenosa tiró de su mano.

—Ay —gimió.

¿Se había desprendido de la vía intravenosa? Su movimiento no había sido tan brusco, pero no era como si pudiera examinarlo de cerca.

—¿Qué pasa? —Exigí.

—Agujas —dijo. Ahora estaba mirando al techo, concentrándose como si hubiera algo más fascinante que las baldosas acústicas básicas encima de ella. Respiré hondo y me quedé atónito al ver un borde verde pálido en sus labios.

—Le tienes miedo a las agujas—refunfuñé—. ¿Un vampiro sádico, con la intención de torturarla hasta la muerte? Claro, no hay problema, ella sale corriendo para encontrarse con él; pero una vía intravenosa, eso otra cosa...

Puso los ojos en blanco. El verde ya se estaba desvaneciendo.

Entonces sus ojos me cortaron y preguntó en un tono preocupado—: ¿Por qué estás aquí?

Pensé... pero eso no importaba.

—¿Quieres que me vaya?

Quizás lo que necesitaba hacer sería más fácil de lo que pensaba. El dolor atravesó la región general de mi inexistente corazón.

—¡No!—Protestó; fue casi un grito. Deliberadamente moderó su volumen de nuevo a casi un susurro—. No, quise decir, ¿por qué mi madre cree que estás aquí? Necesito tener preparada mi historia antes de que ella regrese.

—Ah.

Por supuesto que no sería tan fácil. Tantas veces pensé que ella había terminado conmigo, pero nunca lo hacía.

—Vine a Phoenix para hacerte entrar en razón—le expliqué, usando la misma voz sincera y sin malicia que usaba cuando necesitaba que las enfermeras creyeran que se suponía que debía quedarme en esta habitación—. Para convencerte de que regresaras a Forks. Estuviste de acuerdo en verme y condujiste hasta el hotel donde me estaba quedando con Carlisle y Alice—. Abrí mucho los ojos, los hice más inocentes—. Por supuesto que estaba aquí bajo supervisión paterna... Pero te tropezaste en las escaleras camino a mi habitación y... bueno, ya sabes el resto. Sin embargo, no es necesario que recuerdes ningún detalle; tienes una buena excusa para estar un poco confundida sobre los aspectos más concretos.

Consideró esto por un segundo.

—Hay algunas fallas en esa historia. Como que no hubiera ventana rota...

No pude evitar sonreír.

—Realmente no. Alice se divirtió demasiado fabricando pruebas. Todo se ha solucionado de manera muy convincente; probablemente podrías demandar al hotel sí quisieras.

Esta idea, obviamente, la escandalizó.

Acaricié suavemente su mejilla intacta.

—No tienes nada de qué preocuparte. Tu único trabajo ahora es recuperarte.

Y luego su corazón comenzó a acelerarse. Busqué señales de dolor, pensé en mis palabras en busca de algo perturbador, pero luego noté la dilatación de sus pupilas y me di cuenta. Estaba respondiendo a mí caricia.

Sus ojos se enfocaron en la máquina que emitía los sonidos de su corazón y frunció el ceño.

—Esto va a ser vergonzoso.

Me reí tranquilamente de su expresión. Un ligero rubor le tiñó la mejilla buena.

—Ummm, me pregunto...

Ya estaba a sólo unos centímetros de su cara. Lentamente borré esa distancia. Su corazón se aceleró. Cuando la besé, mis labios apenas rozaron los de ella, ese ritmo tartamudeó. Su corazón literalmente dio un vuelco.

Me aparté de ella, ansioso hasta que su corazón reanudó una cadencia saludable.

—Parece que voy a tener que ser más cuidadoso contigo que de costumbre.

Frunció el ceño, hizo una mueca de dolor y luego dijo—: No había terminado de besarte. No me obligues a ir por ti.

Sonreí ante la amenaza, luego la besé suavemente de nuevo y dejé de hacerlo tan pronto como su corazón comenzó a funcionar. Fue un beso muy corto.

Parecía a punto de quejarse, pero este experimento tenía que ser pospuesto independientemente.

Arrastré mi silla a un pie de su cama.

—Creo que escucho a tu madre.

Renée estaba subiendo las escaleras ahora, en camino a sacar algunas monedas de su bolso, preocupada por la comida chatarra que había estado consumiendo durante los últimos días. Deseó tener tiempo para una visita al gimnasio, pero por ahora las escaleras tendrían que ser suficientes.

El rostro de Bella se contrajo. Supuse que era dolor. Me incliné más cerca de nuevo, desesperado por hacer algo.

—No me dejes —dijo Bella, con un sollozo cerca de la superficie de su voz. Sus ojos estaban apretados por el miedo.

No quería pensar en esta reacción.

En mi cabeza, la visión de Alice me atormentaba. Bella, acurrucada sobre sí misma en agonía, jadeando por aire...

Me recompuse por un momento, luego traté de responder con indiferencia.

—No lo haré. Tomaré una siesta.

Le sonreí y luego corrí hacia el sillón turquesa y lo recliné por completo. Después de todo, Renée me había dicho que lo usara cada vez que necesitara un descanso. Cerré mis ojos.

—No te olvides de respirar —susurró. La recordé jugando dormida en beneficio de su padre y reprimí una sonrisa. Respiré exageradamente.

Renée pasaba ahora por la estación de enfermeras.

—¿Algún cambio? —preguntó a la asistente de la enfermera de turno, una sólida mujer más joven llamada Bea. Estaba claro por el tono distraído de Renée que esperaba una respuesta negativa. Siguió caminando.

—En realidad, ha habido algunas fluctuaciones en sus monitores. Estaba a punto de entrar.

«¡Oh no!, no debí haberme ido».

Renée estaba dando pasos más largos ahora, preocupada.

—La veré y le haré saber...

La ayudante, levantándose de su silla, volvió a sentarse, haciendo una reverencia a los deseos de Renée.

Bella se movió y la cama chirrió. Era obvio cuánto la angustiaba la angustia de su madre.

Renée abrió la puerta silenciosamente. Por supuesto que quería que Bella se despertara, pero aún así se sentía irrespetuoso ser ruidosa.

—¡Mamá! —Bella susurró alegremente.

No pude ver la expresión de Renée mientras fingía dormir, pero sus pensamientos estaban abrumados. Escuché sus pasos vacilar. Y luego notó mi forma dormida.

—Nunca se aleja de ti, ¿verdad? —murmuró en voz baja y gritó mentalmente; sin embargo, me había acostumbrado al volumen; no fue tan sorprendente como solía ser. Pero estaba un poco apaciguada, había comenzado a preguntarse si *alguna* vez dormí.

—¡Mamá, estoy tan feliz de verte! —Bella se entusiasmó.

Renée se sorprendió por un segundo por los ojos ensangrentados de Bella. La suya comenzó a llorar ante esta nueva prueba del sufrimiento de Bella.

Eché un vistazo a través de mis párpados para ver a Renée abrazar con cautela a su hija. Las lágrimas se habían desbordado por las mejillas de Renée.

—¡Bella, estaba tan preocupada!

—Lo siento mamá. Pero todo está bien ahora, está bien.

Era incómodo escuchar a Bella, en su condición, calmar a su madre sana, pero supuse que esa siempre había sido su relación. Quizás la forma en que la mente única de Renée interactuaba con los demás la había convertido en una especie de narcisista. Sería difícil de evitar cuando todos se ocuparan de sus necesidades tácitas.

—Estoy tan contenta de que al final hayas abierto los ojos —aunque se estremeció internamente de nuevo ante su espantosa condición.

Hubo un momento de silencio y luego Bella preguntó con duda—: ¿Qué día es? Me di cuenta de que esto era algo que todavía no habíamos hablado.

—Es viernes, cariño—le dijo Renée—. Has estado dormida por un buen tiempo. Bella se sorprendió.

—¿Viernes?

—Tuvieron que mantenerte sedada por un tiempo, cariño, tienes muchas lesiones.

—Lo sé —estuvo de acuerdo Bella con énfasis. Me pregunté cuánto dolor sentiría ahora.

—Tienes suerte de que el Dr. Cullen estuviera allí. Es un hombre tan agradable... Aunque muy joven. Y parece más un modelo que un médico...

—¿Conociste a Carlisle?

—Y la hermana de Edward, Alice. Es una chica encantadora.

—¡Lo es!

Los penetrantes pensamientos de Renée volvieron a mí.

—No me dijiste que tenías tan buenos amigos en Forks.

«Muy, muy buenos amigos».

De repente, Bella gimió.

Mis ojos se abrieron por su propia cuenta. No me delataron; la mirada de Renée también se fijó en Bella.

—¿Que te duele? —exigió.

—Estoy bien—le aseguró Bella a Renée, aunque me di cuenta de que la seguridad también era para mí. Nuestros ojos se encontraron por un segundo antes de que cerrara los míos de nuevo—. Sólo tengo que recordar no moverme.

Renée revoloteó inútilmente sobre la forma inerte de su hija. Cuando Bella habló de nuevo, su voz era brillante.

—¿Dónde está Phil?

Renée estaba totalmente distraída, lo que pensé que era más bien el punto.

«No le he contado las buenas noticias. Ay, ella estará tan feliz».

—En Florida... ¡Ay, Bella! ¡Nunca adivinarás! Llegaron las mejores noticias cuando estábamos a punto de irnos.

—¿Phil firmó? —Preguntó Bella. Podía escuchar la sonrisa en su voz, segura de la respuesta.

—¡Sí! ¿Cómo adivinaste? Ha firmado con Los Suns, ¿puedes creerlo?

—Eso es genial, mamá —dijo Bella, pero había un poco de vacío en su tono que me dijo que no tenía idea de quiénes eran Los Suns.

—Te gustará mucho Jacksonville —Renée estaba casi a punto de estallar de entusiasmo. Sus pensamientos gritaban junto con sus palabras y estaba seguro de que esos pensamientos funcionarían en Bella de la forma en que lo hicieron en todos los demás. Comenzó a hablar sobre el clima, el océano, la adorable casa amarilla con el borde blanco, sin dudar nunca que Bella estaría tan emocionada como ella.

Sabía todos los aspectos del plan de Renée para el futuro de Bella. Renée se había entusiasmado mentalmente con su feliz noticia cientos de veces mientras esperábamos a que Bella se despertara. En muchos sentidos, su plan era exactamente la respuesta que estaba buscando.

—¡Espera, mamá!—Dijo Bella, confundida. Imaginé el entusiasmo de Renée asfixiándola como un pesado edredón—. ¿De qué estás hablando? No voy a ir a Florida. Vivo en Forks.

—Pero ya no tienes que hacerlo, tonta—Renée se rió—. Phil podrá estar mucho más cerca ahora... Hemos hablado mucho sobre eso y lo que voy a hacer es perderme los partidos fuera de casa para estar la mitad del tiempo contigo y la mitad del tiempo con él—. Renée esperó a que amaneciera el deleite de Bella.

—Mamá—dijo Bella lentamente—. Quiero vivir en Forks. Ya me instalé en la escuela y tengo un par de amigas... —. Los ojos de Renée se movieron para mirarme de nuevo—. Y Charlie me necesita—continuó Bella—. Está muy solo y no sabe cocinar.

—¿Quieres quedarte en Forks?—Renée preguntó como si las palabras no tuvieran sentido en ese orden— ¿Por qué?

«Ese chico es la verdadera razón».

—Te lo dije, escuela, Charlie, ¡Ay!

Nuevamente tuve que mirar. Renée se cernió sobre Bella, extendiendo las manos vacilantes, sin saber dónde tocar. Terminó poniendo una mano en la frente de Bella.

—Bella, cariño, tú odias a Forks —Renée parecía preocupada de que a Bella se le hubiera olvidado.

La voz de Bella adquirió un tono defensivo.

—No es tan malo.

Renée decidió ir al meollo del asunto.

—¿Es este chico? —susurró. Fue más una acusación que una pregunta.

Bella vaciló y luego admitió—: En parte sí... Entonces, ¿has tenido la oportunidad de hablar con Edward?

—Sí, y quiero hablarte de eso.

—¿Qué pasa? —Bella respondió inocentemente.

—Creo que ese chico está enamorado de ti —susurró Renée.

—Yo también lo creo.

«¿Bella está enamorada? ¿Cuánto me he perdido? ¿Cómo pudo no decírmelo? ¿Qué se supone que haga?»

—Y... ¿qué sientes por él?

Bella suspiró y luego su tono fue indiferente.

—Estoy loca por él.

—Bueno, parece muy agradable y Dios mío, es increíblemente guapo, pero eres tan joven, Bella...

«Y te pareces demasiado a Charlie. Es demasiado pronto».

—Lo sé, mamá—asintió Bella fácilmente—. No te preocupes por eso. Es sólo un enamoramiento adolescente.

—Eso es correcto —dijo Renée.

«Bien. Así que no se está poniendo toda intensa a lo Charlie con todo eso. Ay, ¿esa es la hora? Voy tarde».

Bella se dio cuenta de la distracción repentina de Renée.

—¿Necesitas irte?

—Se supone que Phil llamará dentro de un rato... No sabía que te ibas a despertar...

«Probablemente el teléfono esté sonando en la casa en este momento. Debería haber pedido el número de aquí».

—No hay problema, mamá—Bella no pudo ocultar por completo su alivio—. No estaré sola.

—Volveré pronto. He estado durmiendo aquí, ya lo sabes —agregó Renée, haciendo alarde de su comportamiento de buena madre.

—¡Ay, mamá, no tenías que hacer eso!—Bella estaba molesta por la idea de que su madre se sacrificara por ella. Esa no era la dirección en la que iba su relación—. Podías dormir en casa. Ni siquiera me di cuenta.

—Estaba demasiado nerviosa—admitió Renée, lo suficientemente consciente de sí misma como para sonar avergonzada después de su alarde—. Ha habido un crimen en el vecindario y no me gustaba estar allí sola.

—¿Crimen? —Bella estaba instantáneamente en alerta máxima.

—Alguien irrumpió en ese estudio de baile a la vuelta de la esquina de la casa y lo quemó hasta los cimientos, ¡no queda nada! Y dejaron un auto robado justo enfrente. ¿Recuerdas cuando solías bailar allí, cariño?

No éramos los únicos que habían robado autos. En realidad, el rastreador estaba estacionado en el lado sur del estudio de baile. No sabíamos cómo limpiar sus crímenes tan bien como los nuestros. Y fue útil para nuestras coartadas, ya que ese auto había sido reforzado un día antes de que llegáramos a Phoenix.

—Lo recuerdo —dijo Bella con un temblor en su voz.

Me costó mucho mantener mi puesto. Renée también se conmovió.

—Puedo quedarme, cariño, si me necesitas.

—No, mamá, estaré bien. Edward estará conmigo.

«Por supuesto que lo hará. Bueno, realmente tengo que lavar un poco y probablemente debería limpiar el refrigerador. Esa leche tiene meses».

—Volveré esta noche.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, Bella. Intenta tener más cuidado al caminar, cariño, no quiero perderte.

Me las arreglé para controlar la sonrisa que irrumpió en mi fachada.

Bea entró para hacer sus rondas, rodeando a Renée de una manera practicada para llegar a los monitores de Bella.

Renée besó a Bella en la frente, le dio unas palmaditas en la mano y luego se marchó, ansiosa por contarle a Phil la noticia de que Bella estaba mejor.

—¿Te has sentido alterada, cariño?—Bea preguntó—. En un momento tu frecuencia cardíaca se elevó un poco.

—Estoy bien —le aseguró Bella.

—Le diré a tu enfermera que estás despiertas. Vendrá a verte en un minuto.

Antes de que la puerta se cerrara detrás de Bea yo ya estaba al lado de Bella. Tenía las cejas enarcadas, preocupadas o impresionadas.

—¿Robaste un auto?

Sabía que se refería al auto del estacionamiento, pero no se equivocaba. Excepto que eran dos autos.

—Era un buen auto, muy rápido —le dije.

—¿Cómo estuvo tu siesta? —preguntó.

Toda la alegría de nuestra interacción se desvaneció.

—Interesante.

El cambio de humor la confundió.

—¿Qué?

Me quedé mirando el alto montículo que era su pierna destrozada, sin saber qué vería en mis ojos.

—Estoy sorprendido—dije lentamente—. Pensé que Florida... y tu madre... bueno, pensé que eso era lo que querías.

—Pero tendrías que estar bajo techo todo el día en Florida—señaló sin seguirme—. Sólo podrías salir por la noche, como un vampiro real.

La forma en que lo expresó me hizo querer sonreír, pero también quería mucho no sonreír.

—Me quedaría en Forks, Bella. O en algún lugar parecido. En algún lugar donde ya no pueda lastimarte.

Me miró con una expresión en blanco, como si le hubiera respondido en latín. Esperé a que ella procesara mi significado. Luego, su corazón comenzó a latir más rápido y su respiración se convirtió en hiperventilación. Se estremecía con cada respiración, sus pulmones en expansión empujaban contra sus costillas rotas.



Un eco del doloroso futuro de Bella brilló en su rostro.

Fue difícil de ver. Quería decir algo para aliviar su dolor, su *terror*, pero se suponía que era lo correcto. No se sentía bien, pero no podía confiar en mis propias emociones egoístas.

Gloria entró en la habitación, justo en su turno de la tarde. Evaluó a Bella con ojo experto.

«Yo diría que es alrededor de un seis. Sin embargo, es bueno ver sus pobres ojos abiertos».

—¿Necesitas más calmantes, cariño? —Preguntó amablemente, tocando la vía intravenosa.

—No, no—objetó Bella, sin aliento—. No necesito nada.

—No hay necesidad de hacerse la valiente, cariño. Es mejor si no te estresas demasiado; necesitas descansar.

Gloria esperó a que Bella cambiara de opinión. Bella negó con la cabeza con cuidado, su expresión era una mezcla de dolor y desafío.

Gloria suspiró.

—Bueno. Pulsa el botón de llamada cuando estés lista.

Me miró, sin estar segura de cómo se sentía por mi vigilia constante y luego miró a los monitores de Bella una vez más antes de irse.

Los ojos de Bella aún estaban salvajes. Puse mis manos a ambos lados de su rostro, apenas tocando la mejilla izquierda rota.

—Shh, Bella, cálmate.

—No me dejes —suplicó, con la voz quebrada.

Y por esto es que yo mismo no era lo suficientemente fuerte. ¿Cómo podría causarle más agonía? Ella yacía aquí ahora en pedazos pegados con cinta adhesiva, luchando contra el dolor y su única súplica era que me quedara.

—No lo haré—le dije, mientras calificaba mentalmente mi respuesta. “No hasta que estés completa de nuevo. No hasta que esté listas. No hasta que encuentre la fuerza”—. Ahora relájate antes de que vuelva a llamar a la enfermera para que te sede.

Era como si pudiera escuchar mis advertencias mentales. Antes, antes de la caza y el horror, le había prometido muchas veces que me quedaría. Siempre lo había dicho en serio y ella siempre lo había creído. Pero ahora vio a través de mí. El ritmo de su corazón no se calmaba.

Pasé mis dedos por toda su mejilla.

—Bella, no voy a ir a ningún lado. Estaré aquí todo el tiempo que me necesites.

—¿Juras que no me dejarás? —Susurró. Su mano se movió hacia sus costillas. Debían estar doloridas.

Estaba demasiado frágil para esto ahora. Debería haberlo sabido y esperado. Incluso si Renée le acababa de ofrecer la opción perfecta para una vida libre de vampiros.

Volví a tomar su rostro entre mis manos, dejé que el amor devorador que sentía por ella llenara mis ojos y mentí con toda la experiencia de cien años de engaño diario.

—Lo juro.

La tensión en sus miembros se relajó. Sus ojos no soltaron los míos, pero después de unos segundos su corazón volvió a su ritmo normal.

—¿Mejor?

Sus ojos eran cautelosos, su voz insegura cuando respondió.

—¿Sí?

Debió sentir que todavía estaba ocultando algo.

Necesitaba que me creyera el tiempo suficiente para que se curara sin peligro. No podría ser responsable de complicar su recuperación.

Así que traté de actuar como lo haría si no escondiera nada. Como si me exasperara su agitada respuesta. Hice una mueca de enojo y murmuré las palabras—: Una reacción exagerada, ¿no crees?

Las dije demasiado rápido; probablemente no pudo entender.

—¿Por qué dijiste eso?—susurró con un temblor en su voz—. ¿Estás cansado de tener que salvarme todo el tiempo? ¿Quieres que me vaya?

Quería reírme durante cien años ante la idea de que me cansara de ella. O llorar por mil.

Pero ahora estaba seguro de que llegaría el momento en que tendría que convencerla de lo contrario. Así que templé mi respuesta, la hice tibia, moderada.

—No, no quiero estar sin ti, Bella, por supuesto que no. Se racional. Y tampoco tengo ningún problema en salvarte, si no fuera por el hecho de que yo soy quien te pongo en peligro... que yo soy la razón por la que estás aquí.

La verdad había llegado al final de mi discurso.

Bella me frunció el ceño.

—Sí, tú eres la razón, la razón por la que estoy aquí con vida.

No pude aferrarme al tono displicente. Susurré para ocultar el dolor.

—Apenas. Cubierta de gasa y yeso, y apenas capaz de moverte.

—No me refería a mi experiencia cercana a la muerte más reciente—me espetó—. Estaba pensando en las demás, puedes elegir cuál. Si no fuera por ti, me estaría pudriendo en el cementerio de Forks.

Retrocedí ante la imagen, pero luego volví a mi punto, sin dejar que desviara mi remordimiento.

—Sin embargo, esa no es la peor parte. Ni verte allí en el suelo... desmadejada y rota—luché por recuperar el control de mi voz—. Ni pensar qué era demasiado tarde. Ni escucharte gritar de dolor, todos esos recuerdos insoportables que llevaré conmigo por el resto de la eternidad. No, lo peor fue sentir... saber que no podría detenerme. Creer que yo mismo te iba a matar.

Ella frunció el ceño.

—Pero no lo hiciste.

—Pudo ocurrir. Tan fácilmente.

Una vez más, su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Prométemelo —siseó.

—¿Qué?

Me estaba mirando ahora.

—Ya sabes qué.

Bella había escuchado la dirección de mis palabras. Podía oírme hablando a mí mismo hasta obtener la fuerza que necesitaba. Tenía que recordar que ella leyó mi mente mil veces mejor de lo que yo podía leer la suya. Tuve que dejar a un lado mi necesidad de confesar. Lo más importante ahora era su recuperación.

Traté de decir solo cosas verdaderas para que ella no pudiera ver a través de mí tan fácilmente como antes.

—No parezco ser lo suficientemente fuerte como para mantenerme alejado de ti, así que supongo que te saldrás con la tuya... ya sea que te mate o no.

—Bueno—pero pude oír que no estaba convencida—. Me dijiste cómo te detuviste... Ahora quiero saber por qué.

—¿Por qué? —Repetí sin comprender.

—Por qué lo hiciste. ¿Por qué no dejaste que el veneno se extendiera? A estas alturas yo sería como tú. Nunca le había explicado esto. Había bailado alrededor de sus preguntas con tanto cuidado. Sabía que ella no había descubierto esta verdad en ninguna investigación en Internet. Vi rojo por un momento y en el centro de ese rojo, el rostro de Alice—. Soy la primera en admitir que no tengo experiencia con las relaciones—las palabras de Bella fluyeron rápidamente, preocupada por lo que había revelado y tratando de distraerme—. Pero parece lógico... que entre un hombre y una mujer tiene que haber cierta igualdad... uno de ellos no puede estar siempre lanzándose en picada para salvar al otro. Tienen poder salvarse el uno al otro por igual.

Había verdad en lo que estaba diciendo, pero no entendía el punto central. Nunca podría ser su igual. No había vuelta atrás para mí. Y esa era la única igualdad que la dejaría indemne.

Crucé los brazos en el borde de su colchón y dejé que mi barbilla descansara sobre ellos. Era el momento de calmar el fervor de esta discusión.

—Me has salvado —le dije con calma. Eso era cierto.

—No siempre puedo ser Luisa Lane—me advirtió—. Yo también quiero ser Superman.

Mantuve mi voz suave, tranquilizadora, pero tuve que apartar la mirada.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Yo creo que sí.

—Bella, no lo sabes—murmuré, mi voz aún era suave—. He tenido casi noventa años para pensar en esto y todavía no estoy seguro.

—¿Desearía que Carlisle no te hubiera salvado?

—No, no deseo eso—nunca la habría conocido si él no lo hubiera hecho—. Pero mi vida terminó y yo no tuve que renunciar a nada—. Excepto a mi alma.

—Tú eres mi vida. Eres lo único que me dolería perder.

Estaba describiendo exactamente cómo me sentía yo en este lado de nuestra relación.

“¿Y qué harás cuando ella suplique?” El recuerdo de Rosalie susurró en mi cabeza.

—No puedo hacerlo, Bella. No voy a hacerte eso.

—¿Por qué no?—su voz era áspera, más fuerte por la ira—. ¡No me digas que es demasiado difícil! Después de hoy, o supongo que fue hace unos días... da igual, después de eso, no debería ser nada.

Luché por mantener la calma.

—¿Y el dolor? —Le recordé. No quería pensar en eso. Esperaba que ella tampoco quisiera.

Su cara se puso blanca. Fue difícil de ver. Luchó con el recuerdo durante un largo momento y luego levantó la barbilla.

—Ese es mi problema. Puedo manejarlo.

—Es posible llevar la valentía hasta el punto en que se convierta en una locura —murmuré.

—No es un problema. Tres días. ¡Qué horror!

¡Alice! Probablemente era bueno que no tuviera idea de dónde estaba ahora. Me di cuenta de que eso era a propósito. Iba a evitarme hasta que me calmara, estaba seguro. Quería llamarla, decirle lo que pensaba de esta cobarde evasión, pero apostaba a que ella no contestaría.

Me volví a enfocar. Si Bella quería continuar con esta discusión, continuaría señalando las cosas que no había considerado.

—¿Charlie?—Dije sucintamente—. ¿Renée?

Esto era más difícil para ella de tomar a la ligera. Pasaron largos minutos mientras trabajaba para encontrar una respuesta. Una vez abrió la boca y luego la volvió a cerrar. Nunca apartó la mirada, pero el desafío en sus ojos se convirtió lentamente en derrota.

Finalmente mintió. Era obvio, como solía ser.

—Mira, eso tampoco es un problema. Renée siempre ha tomado las decisiones que funcionan para ella; ella querría que yo hiciera lo mismo. Y Charlie es resistente, está acostumbrado a estar solo. No puedo cuidar de ellos para siempre. Tengo mi propia vida que vivir.

—Exactamente—dije, mi voz era pesada—. Y no seré yo quien le ponga fin.

—Si estás esperando que esté en mi lecho de muerte, itengo noticias para ti! ¡Ya estoy en él!

Esperé hasta estar seguro de que mi voz sería tranquila.

—Te vas a recuperar.

Respiró hondo, hizo una mueca y luego habló lentamente en voz baja.

—No, no es así.

¿Pensaba que estaba mintiendo sobre su condición?

—Por supuesto que sí—le dije con seriedad—. Tal vez te queden un par de cicatrices pero...

—Te equivocas. Voy a morir.

No pude mantener la compostura. Escuché el estrés en mi voz.

—De verdad, Bella. Estarás fuera de aquí en unos días. Dos semanas como máximo.

Me miró abatida.

—Puede que no muera ahora... pero voy a morir en algún momento. Cada minuto del día, me acerco más. Envejezco.

La ansiedad se transformó en desesperación cuando comprendí su significado. ¿Pensaba que esto era algo que no había considerado? ¿Qué de alguna manera me había perdido este hecho evidente, que no había notado los pequeños cambios en su rostro, resaltados por mi rígida igualdad? ¿Qué, sin el don de Alice, no podía ver el futuro obvio?

Mi rostro cayó en mis manos.

—Así es cómo se supone que debe suceder. Cómo debería suceder. Cómo habría sucedido si yo no existiera y yo no debería existir.

Bella resopló.

Miré hacia arriba, sorprendido por el cambio en su estado de ánimo.

—Eso es estúpido—dijo—. Eso es como si alguien que acaba de ganar la lotería, antes de recoger su dinero, dijera: “Mira, dejemos las cosas como están. Es mejor así”, ya me lo creo.

—Difícilmente se me puede considerar un premio de lotería —gruñí.

—Así es. Eres mucho mejor.

Puse los ojos en blanco, pero luego traté de recuperar la compostura. Esto no era bueno para ella, como podían atestiguar sus monitores.

—Bella, no vamos a discutir más este tema. Me niego a condenarte a una noche eterna, fin del asunto.

Tan pronto como mis palabras salieron, me di cuenta de lo despectivas que sonaban. Sabía cómo respondería antes de que sus ojos se estrecharan.

—Si crees que es el final, entonces no me conoces muy bien. No eres el único vampiro que conozco —me recordó.

De nuevo, vi rojo.

—Alice no se atrevería.

—Alice ya lo vio, ¿no es así?—dijo Bella, confiada, aún parecía que Alice se había guardado *algunas* cosas para sí misma—. Es por eso que las cosas que ella dice te molestan. Ella sabe que voy a ser como tú... algún día.

—Esta equivocada—ahora también tenía confianza. Había eludido a Alice antes—. Ella también te vio muerta, pero eso tampoco sucedió.

—Jamás me verás apostando contra Alice.

Me miró, desafiante de nuevo. Sentí las severas arrugas de mi propio rostro y trabajé para relajarlas. Era una pérdida de tiempo y quedaba muy poco de eso.

—¿Entonces, dónde nos deja eso? —preguntó vacilante.

Suspiré y luego me reí una vez sin mucho humor.

—Creo que se llama punto muerto.

Un punto muerto que llevaba a la inevitabilidad.

Su profundo suspiro se hizo eco del mío.

—Ay.

Miré su cara y luego el botón de llamada.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —dijo de manera poco convincente.

Yo le sonreí.

—No te creo.

Su labio sobresalió.

—No me voy a volver a dormir.

—Necesitas descansar. Toda esta discusión no es buena para ti —por mi culpa, claro, siempre por mi culpa.

—Así que te rindes —sugirió.

Apreté el botón.

—Buen intento.

—¡No! —se quejó.

—¿Sí? —La voz de Bea sonaba metálica a través del pequeño altavoz.

—Creo que estamos listos para recibir más analgésicos —le dije. Bella me frunció el ceño y luego hizo una mueca.

—Enviaré a la enfermera.

—No me los voy a tomar —amenazó Bella.

Miré intencionadamente su bolsa intravenosa.

—No creo que te vayan a pedir que te tragues nada.

Su corazón se disparó de nuevo.

—Bella, estás sufriendo. Necesitas relajarte para poder sanar. ¿Por qué lo pones tan difícil? No te van a poner más agujas.

Su rostro había perdido toda su terquedad; sólo estaba preocupada ahora.

—No le tengo miedo a las agujas. Tengo miedo de cerrar los ojos.

Extendí la mano para sostener su rostro y le sonreí con perfecta sinceridad. No fue difícil. Todo lo que quería, todo lo que siempre querría, era mirarla a los ojos para siempre.

—Te dije que no me iré a ninguna parte. No tengas miedo. Mientras te haga feliz, estaré aquí.

“Hasta que estés sana, hasta que estés lista. Hasta que encuentre la fuerza que necesito”.

Sonrió a pesar del dolor.

—Entonces es para siempre, ya lo sabes.

Un tipo de *para siempre* mortal.

—Ay, lo superarás—bromeé—. Es solo un enamoramiento adolescente.

Trató de negar con la cabeza, pero se rindió con una mueca de dolor.

—Me sorprendió que Renée se lo tragara. Sé que tú me conoces mejor.

—Eso es lo hermoso de ser humano—dije en voz baja—. Las cosas cambian.

—No te olvides de respirar.

Tuve que reírme de su expresión amarga. Sabía cuánto tiempo podría contener la respiración.

Gloria se apresuró a entrar con la jeringa ya en la mano.

«Necesita darle algo de paz y tranquilidad, pobrecita».

Me aparté de su camino antes de que su "Disculpe" estuviera medio fuera de su boca. Me apoyé contra la pared en el otro extremo de la habitación, dándole espacio a Gloria. No quería irritarla lo suficiente como para que intentara echarme de nuevo. No estaba seguro de dónde estaba Carlisle.

Bella me miró con ansiedad, preocupada de que fuera a salir caminando y nunca volver. Intenté que mi expresión fuera tranquilizadora. Estaría aquí cuando se despertara. Todo el tiempo que me necesitara.

Gloria inyectó el analgésico en el tubo.

—Ya está cariño. Te sentirás mejor ahora.

El "Gracias" de Bella fue menos que agradecido.

A Bella le tomó sólo unos segundos cerrar los párpados.

—Eso debería bastar —murmuró Gloria.

Me dio una mirada mordaz, pero yo miré hacia la ventana, fingiendo que no veía. Cerró la puerta silenciosamente detrás de ella.

Volví rápidamente hacia Bella, acunando el lado bueno de su cara en mi mano.

—Quédate —dijo la palabra como arrastrada.

—Lo haré—le prometí. Ahora estaba a la deriva y me sentí capaz de decir la verdad—. Como dije, siempre que te haga feliz... siempre que sea lo mejor para ti.

Suspiró, sólo parcialmente consciente.

—No es lo mismo.

—No te preocupes por eso ahora, Bella. Puedes discutir conmigo cuando te despiertes.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Está bien.

Me incliné y besé su sien, luego le susurré "Te amo" en su oído.

—Yo también —suspiró.

Me reí a medias.

—Lo sé —ese era el problema.

Luchó contra la sedación, volviendo la cabeza hacia mí... buscando.

Besé sus labios magullados suavemente.

—Gracias.

—Siempre que quieras.

—¿Edward? —Apenas podía dar forma a mi nombre.

—¿Sí?

—Voy a apostar a favor de Alice —murmuró.

Su rostro se relajó mientras se hundía completamente en la inconsciencia.

Enterré mi rostro en el hueco de su cuello y respiré su esencia abrasadora, deseando de nuevo, como había hecho al principio, poder soñar con ella.

# EPÍLOGO: UNA OCASIÓN ESPECIAL

LA MANTUVIERON INTERNADA EN EL HOSPITAL POR SEIS DÍAS MÁS. PODÍA darme cuenta que el tiempo parecía interminable para ella. Estaba ansiosa por volver a su vida normal, estar libre de los médicos que pinchaban y aguijoneaban y poder sacar todas las agujas de su piel.

Para mí, el tiempo pasó, a pesar de la constante agonía de verla en la cama del hospital, de saber que tenía dolor y que no había nada que pudiera hacer para aliviarlo. Esta vez fue mi tiempo asegurado; sin lugar a dudas, sería un error irme cuando todavía estaba rota. Quería estirarme cada segundo, a pesar de que me dolían. Pero corrían a mi lado.

Odiaba los minutos que tenía que estar lejos de ella, mientras los médicos consultaban con Bella y Renée, aunque era bastante fácil escuchar a escondidas desde la escalera. Quizás a veces era mejor; no siempre podía controlar mi rostro.

Ese primer día después de que se despertó; por ejemplo, cuando el Dr. Sadarangani se entusiasmó con las radiografías, complacido de lo limpias que estaban las fracturas, de lo bien que se curarían, todo lo que yo pude ver en ese momento fue el pie del rastreador descendiendo sobre su pierna. Todo lo que pude escuchar fue el crujido de sus huesos. Fue bueno que nadie pudiera ver mi cara entonces.

Vio que su madre estaba inquieta, inquieta por un trabajo sustituto a largo plazo en una escuela primaria de Jacksonville que se lo darían a alguien más si no estaba disponible pronto, pero aún estaba decidida a estar con Bella mientras ella estuviera en Phoenix. No fue particularmente difícil para Bella convencer a Renée de que estaba bien y que Renée debía regresar a Florida. Su madre se fue dos días antes que nosotros.

Bella hablaba por teléfono con Charlie a menudo, especialmente después de que Renée se fue y ahora que el peligro había pasado, ahora que había tenido tiempo de considerar todos los ángulos, estaba comenzando a enojarse. No con Bella, por supuesto que no. Su ira apuntaba en la dirección correcta. Después de todo, nada de esto habría sucedido si no fuera por mí. Su floreciente amistad con Alice confundió el tema para él, pero estaba seguro de lo que leería en su tranquilo cerebro a mi regreso.

Traté de evitar conversaciones más serias con Bella. Fue más fácil de lo que esperaba. Rara vez estábamos solos, incluso después de que Renée se fue, una afluencia constante de enfermeras y médicos tomó su lugar y Bella a menudo estaba somnolienta por los medicamentos. Parecía lo suficientemente contenta de que yo estuviera cerca. No volvió a rogarme por garantías. Pero a veces estaba seguro de ver



la duda en sus ojos. Deseé poder borrar esa duda, que pudiera decir en serio mis promesas, pero era mejor no hablar que volver a mentir.

Y luego, tan rápido, organizamos el transporte a casa.

El plan de Charlie era que Bella volaría a casa con Carlisle mientras Alice y yo conducíamos el camión de regreso a Washington. Carlisle respondió a esa llamada; no necesitábamos discusión para que él conociera mi opinión sobre el tema. Convenció a Charlie de que Alice y yo ya habíamos faltado demasiado a la escuela y Charlie no pudo discutir con él. Volaríamos juntos a casa. Carlisle enviaría la camioneta a casa. Le prometió a Charlie que esto era fácil de arreglar y nada caro.

Qué diferente era regresar al mismo aeropuerto donde había comenzado mi peor pesadilla. Volamos después del anochecer, por lo que los techos de vidrio de arriba ya no eran un peligro. Me preguntaba qué veía Bella cuando miraba estos amplios pasillos. ¿También pensaba en el dolor y el terror de la última vez que estuvo aquí? Sin correr más, nos movimos lentamente, Alice empujando a Bella en su silla de ruedas para que yo pudiera caminar a su lado, sosteniendo su mano. Como esperaba, a Bella no le gustó necesitar la silla ni las miradas curiosas que le lanzaban. De vez en cuando fruncía el ceño ante su espeso y blanco yeso como si quisiera arrancárselo con sus propias manos, pero nunca se quejaba en voz alta.

Durmió en el vuelo y murmuró en voz baja mi nombre en sueños. Habría sido tan fácil ignorar el pasado y permitirme revivir nuestro único día perfecto, quedarme en un momento en el que el sonido de mi nombre en sus labios no ardiera con culpa y presagios. Pero la separación que se avecinaba era demasiado aguda para permitir la fantasía.

Charlie nos recibió en SeaTac, aunque eran más de las once y el viaje de regreso a Forks le llevaría casi cuatro horas. Tanto Carlisle como Alice habían tratado de disuadirlo, pero lo entendí. Y, aunque sus pensamientos estaban tan nublados como antes, todavía era obvio que yo tenía razón. Había venido a echar la culpa al lugar correcto.

No es que abrigara sospechas oscuras de que la había empujado por las escaleras yo mismo, sino que sentía que Bella nunca habría actuado tan impulsivamente si no la hubiera incitado a hacerlo. Aunque tenía una idea equivocada de lo que había llevado a Bella a Arizona, no estaba equivocado sobre la suposición central. En última instancia, fue mi culpa.

Debería haber sido un largo viaje detrás del coche de policía de Charlie, yendo obedientemente exactamente al límite de velocidad, pero el tiempo seguía avanzando demasiado rápido. Incluso estar temporalmente separado de ella no hizo nada para ralentizar esas horas.

Todos nos acomodamos en la nueva rutina con retrasos mínimos. Alice asumió el cargo de enfermera y dama de honor, y Charlie no pudo expresar adecuadamente su gratitud. Bella también, aunque avergonzada de necesitar a alguien que la ayudara con sus necesidades más básicas e íntimas, se alegró de que ese alguien fuera Alice. Fue como si durante esos pocos días en Phoenix, la visión de Alice de Bella como su mejor amiga se hubiera hecho realidad. Estaban tan a gusto la una con la otra, ya llenas de una plétora de chistes internos y confidencias, como si hubieran sido compañeras durante muchos años en lugar de solo semanas. Charlie ocasionalmente miraba confundido, preguntándose por qué Bella nunca había revelado su conexión cercana, pero estaba demasiado agradecido por Alice, así como encantado por ella, para buscar respuestas agresivamente. Estaba feliz con esto, la

mejor versión posible de tener una hija gravemente herida de quien cuidar. Alice estaba en la casa de los Swan casi tan a menudo como yo, aunque mucho más visible para Charlie durante su tiempo allí.

Bella había estado en conflicto con la escuela.

—Por un lado—me había dicho—, sólo quiero que las cosas vuelvan a la normalidad. Y no quiero atrasarme más—. Era muy temprano la segunda mañana después de nuestro regreso; había estado durmiendo tanto durante el día que su horario estaba al revés—. Por otro lado, la idea de que todos me miren mientras estoy en esa cosa—... Miró amenazadoramente hacia la inocente silla de ruedas doblada junto a la cama.

—Si pudiera cargarte a la escuela, lo haría, pero...

Suspiró.

—Eso probablemente no ayudaría con las miradas.

—Probablemente no. Sin embargo, aunque nunca has apreciado el hecho de que en realidad soy aterrador, te prometo que puedo hacer algo al respecto.

—¿Cómo?

—Te mostraré.

—Ahora tengo curiosidad. Así que dé vuelta a la escuela lo antes posible.

—Lo que quieras.

Me estremecí internamente tan pronto como salieron las palabras. Tuve cuidado de no decir nada que pudiera traer a colación nuestra conversación en el hospital para repetirla, pero esta vez dejó pasar mi comentario.

De hecho, parecía tan poco dispuesta como yo a hablar del futuro. Pensé que probablemente ésa era la razón por la que poner las cosas "de regreso a la normalidad" le parecía atractivo. Quizás esperaba que pudiéramos olvidar este episodio como si hubiera sido simplemente un mal capítulo, en lugar de presagiar la única conclusión posible.

Fue fácil cumplir esa promesa sin importancia. En su primer día de regreso, mientras la llevaba de clase en clase, todo lo que tenía que hacer era hacer contacto visual con cualquiera que pareciera demasiado interesado. Entrecerraba levemente mis ojos, una pequeña curva en mi labio superior y cualquier curioso era rápidamente persuadido de enfocarse en otra parte.

Bella no estaba convencida.

—No estoy segura de que estés haciendo algo, en realidad. Es sólo que no soy muy emocionante. No debería haberme preocupado.

Tan rápido como Carlisle se lo permitió, cambió su yeso por un yeso para caminar y un par de muletas. Prefería la silla. Era difícil verla luchar con las muletas, no poder ayudar, pero parecía aliviada de moverse por sus propios medios de nuevo. Después de unos días, se sintió menos incómoda.

La historia que circulaba por la escuela estaba equivocada en todos los aspectos. La desastrosa caída de Bella a través de la ventana del hotel fue de conocimiento público, primero difundida por los ayudantes de Charlie en toda la comunidad. Pero Charlie había sido más taciturno sobre por qué Bella estaba en Phoenix. Así que Jessica Stanley había llenado los vacíos, Bella y yo habíamos ido juntos a Phoenix para conocer a su madre. Jessica insinuó que esto se debía a que nuestra relación se estaba volviendo muy seria. Todos aceptaron su versión; la mayoría ya había olvidado dónde se había originado la historia.

Jessica se quedó con su propia invención para este chisme, ya que Bella rara vez pasaba mucho tiempo con ella fuera de clase. No fue diferente a cuando detuve la camioneta al principio, Bella sabía cómo estar callada cuando quería. Y ahora se sentaba en nuestra mesa, con Alice, Jasper y yo. Incluso con Emmett y Rosalie ausentes, fingiendo comer afuera ahora, escondiéndose en el auto si la luz del sol amenazaba, ninguno de los humanos desafió nuestra presencia para unirse a Bella. No me gustó que se estuviera alejando de sus antiguos amigos, especialmente de Angela, pero asumí que eventualmente las cosas volverían a ser como eran antes de que yo me entrometiera en su vida.

Después de que nos fuéramos.

Aunque el tiempo nunca disminuyó realmente, la rutina comenzó a sentirse normal y tuve que mantener la guardia alta. A veces me resbalaba; ella me sonreía y yo me inundaba de esa sensación de rectitud, la sensación de que los dos estábamos diseñados para estar juntos. Era difícil recordar que este sentimiento, tan puro y fuerte, era una mentira. Difícil de recordar, hasta que giró el torso con demasiada brusquedad y se estremeció ante las costillas que se estaban curando, o puso el pie en el suelo con demasiada fuerza y jadeó, o movía la muñeca de cierta manera y la nueva cicatriz pálida y brillante en la palma de su mano captaba la luz.

Bella se curó y pasó el tiempo. Me aferré a cada segundo.

Alice tenía un nuevo plan que interrumpiría la rutina, en su mente de una manera agradable. Sabiendo que Bella objetaría, al principio me resistí. Pero luego, cuanto más lo consideraba, más veía las cosas desde una perspectiva diferente.

No la perspectiva de Alice. Las motivaciones de Alice eran probablemente al menos un setenta por ciento egoístas; le encantaba un cambio de imagen. El mío, calculé en alrededor del diez por ciento. Sí, este era un recuerdo que quería tener. Me lo había admitido a mí mismo. Sin embargo, mi principal motivo era modificar un capítulo específico en el futuro de Bella. Fue por su bien que estuve de acuerdo con el extraño plan de Alice.

Tuve una visión, no como Alice, no una verdadera profecía. Era solo un escenario probable. Esta visión creó una especie de dolor intenso en todo mi cuerpo; era mitad agonía y mitad placer.

Imaginé a Bella dentro de veinte años, madurando con gracia hasta la mediana edad. Como su madre, se aferraría a la imagen de la juventud durante más tiempo que la mayoría, pero cuando llegaran las arrugas, no estropearían su belleza. La imaginé en algún lugar soleado en una casa bonita pero sencilla que, a menos que cambiara significativamente sus costumbres, estaba llena de desorden. Además del desorden, habría niños, dos o tres. Tal vez un niño con el cabello rizado y la sonrisa de Charlie y una niña que, como Bella, se parecía a su madre.

No intenté imaginarme a su padre, ni pensar en cómo su rostro podría reflejarse en sus hijos; eso era todo una agonía.

Un día, cuando fueran adolescentes, más jóvenes de lo que Bella era ahora, tal vez impulsados por una comedia romántica de adolescentes en la televisión (aunque Alice me había dicho que el consumo de medios cambiaría bastante en la próxima década; ella estaba esperando que ciertas empresas se formaran para poder invertir en ellas), uno de los niños le preguntaría a Bella cómo fue su baile de graduación de la escuela secundaria.

Bella sonreiría y diría—: No me gustaban los bailes. No fui al baile de graduación—. Y los niños estarían insatisfechos. Su madre nunca tenía buenas historias sobre su adolescencia. ¿Nunca había hecho nada interesante?

Bella no tendría historias divertidas y alegres, sólo una escasez de experiencias normales, sólo secretos y peligros e historias tan fantásticas que algún día podría preguntarse si alguna vez habían sido más que su imaginación.

O... Bella podía reír cuando su hijo preguntara y sus ojos de repente parecerían muy lejanos.

—Fue una locura—diría—. Realmente no quería ir, sabes que no soy una bailarina. Pero mi loca mejor amiga me secuestró para un cambio de imagen y mi novio se hizo cargo de mis protestas. No fue tan malo al final. Me alegro de haber ido. Al menos para ver las decoraciones, eran como una versión económica de la película *Carrie*. No, no puedes ver *Carrie*. Aún no.”

Así que fue por ese momento en el futuro de Bella que le permití a Alice seguir adelante con su plan agresivo y algo intrusivo. Más que permitirlo, la había ayudado e incitado.

Y así era como me encontraba con un esmoquin, elegido por Alice, naturalmente; al menos no había tenido que hacer ninguna de las compras, un chorro de fresia en mis manos, esperando en la base de las escaleras la gran revelación de Alice.

Lo había visto todo en su cabeza, pero no le importaba. Quería todas las escenas trilladas del dramático desfile que era un baile de graduación humano.

Alice le había avisado a Charlie que Bella saldría tarde, dejando en claro que ella, Alice, sería una parte integral de la velada de principio a fin. Charlie nunca se oponía a nada relacionado con Alice. A menudo se oponía a las cosas que me involucraban, aunque generalmente sólo en su propia mente.

Escuché mientras Alice ayudaba a Bella a cojear hacia las escaleras, el brazo de Alice alrededor de la cintura de Bella, el brazo de Bella sobre el hombro de Alice, apoyándose pesadamente en ella. Bella se había vuelto bastante experta con su muleta, pero Alice se la había quitado por esta noche. No estaba seguro de cuánto de eso era por la estética y cuánto era para evitar que Bella intentara escapar. Luego, a unos pasos del borde de las escaleras, Alice se escapó del agarre de Bella y la instó a continuar sola.

—¿Qué?—Bella protestó—. No puedo caminar en esto.

—Son sólo unos pocos pasos. Te las arreglarás. No me veo bien, estropearé la foto.

—¿Qué foto?—La voz de Bella se elevó media octava—. ¡Será mejor que nadie me tome fotos!

—Nadie está tomando fotos. Sólo me refiero a la imagen mental. Cálmate.

—¿Imagen mental? ¿Quién va a ver?

—Sólo Edward.

Bueno, eso funcionó. Alice notó que los ojos de Bella se iluminaron ante la mención de mi nombre y que se movería con un entusiasmo ausente durante toda la sesión de maquillaje y peinado. Alice estaba un poco molesta por eso.

Bella se movió lenta e incómodamente a la vista, sus ojos buscándome.

Había visto el vestido en la cabeza de Alice, pero no así. La fina gasa estaba fruncida y rizada para dar una apariencia de modestia, pero todavía se pegaba a su piel de una manera muy distractora. El diseño exponía sus hombros de alabastro,

luego caía con gracia y se deslizaba por sus brazos para doblarse en sus muñecas. El cuerpo del vestido estaba recogido en una línea asimétrica que le daba a su forma un sutil contorno de reloj de arena.

Por supuesto, era de color azul profundo; Alice había notado mi preferencia.

En un pie, Bella llevaba un zapato de satén azul con tacón de aguja y cintas largas envueltas en su pierna para mantenerlo en su lugar. En el otro pie, su lúgubre yeso para caminar. Me sorprendió un poco que Alice no lo hubiera pintado de azul para que hiciera juego.

Me quedé mirando a Bella mientras ella me miraba con los ojos muy abiertos.

—Vaya —dijo.

—En efecto —estuve de acuerdo, evaluando su vestido de una manera obvia.

Ella miró hacia abajo y se sonrojó. Luego se encogió de hombros como diciendo: “Bueno, esta soy yo con un vestido”.

Sabía que a Alice le gustaba la idea de que Bella bajara las escaleras grandiosamente, pero ella ya se había dado cuenta de que era solo una fantasía. Corrí escaleras arriba para encontrarme con ella. Después de asegurar las flores en su cabello, Alice había dejado un lugar libre de rizos en cascada sólo para este propósito, levanté a Bella en mis brazos. Ya estaba acostumbrada a esto. La cargaba a muchos lugares donde no había ningún humano para ver.

Era más rápido, por supuesto, pero también era un alivio abrazarla. Sentir que estaba segura y protegida en este momento.

—Diviértanse —dijo Alice, corriendo de regreso a su habitación. Ya se había puesto su propio vestido antes de que yo terminara de cargar a Bella por las escaleras. Podía escuchar a Rosalie y los demás esperándola, algunos con paciencia, otros no tanto, en el garaje. Alice hizo una pausa para dibujarse algunas franjas de delineador de ojos teatral.

Llevé a Bella al Volvo y la acomodé con cuidado en el asiento del pasajero, asegurándome de que toda su gasa y cintas estuvieran fuera del camino de la puerta. Me sorprendió su silencio. Ahora y antes. Se había quejado con Alice por haberla arreglado, pero nunca había expresado ninguna objeción al baile.

Me senté en el asiento del conductor y nos dirigimos hacia el camino de entrada.

—¿En qué momento exactamente me vas a decir qué está pasando? —preguntó, poniendo más fastidio en su voz que en su expresión.

Examiné su rostro, buscando la broma. Aparte de la actitud de malhumor, parecía muy seria. No podía creer que estuviera tan inconsciente.

—Estoy sorprendido de que no lo hayas descubierto todavía —respondí con una sonrisa, siguiendo el juego. Porque tenía que estar bromeando.

Respiró hondo de repente y yo busqué la razón. Sólo me estaba mirando.

—Ya te dije lo guapo que estás, ¿no? —preguntó.

Pensé que su “vaya” anterior probablemente lo había transmitido.

—Sí.

Frunció el ceño de nuevo, volviendo a su petulancia.

—No volveré más a tu casa si Alice sigue tratándome como una Barbie, como a un conejillo de indias cada vez que venga.

Antes de que pudiera defender o condenar a Alice, mi teléfono sonó en mi bolsillo. Lo saqué rápidamente, preguntándome si Alice tenía más instrucciones para mí, pero era Charlie.

Como regla general, el padre de Bella no me llamaba. Así que respondí con cierta inquietud.

—¿Hola, Charlie?

—¿Charlie? —Bella susurró, ansiosa también.

Charlie se aclaró la garganta y pude sentir su incomodidad a través de la línea.

—Ah, oye, Edward. Lamento molestar tu... uhm, noche, pero no estaba muy seguro... Ves, Tyler Crowley acaba de aparecer aquí en esmoquin y parece pensar que va a llevar a Bella al baile de graduación.

—¡Estás bromeando! —Me reí.

Era raro que alguien que no fuera Bella me tomara por sorpresa.

No me había dado cuenta de que Tyler pensaba en este truco mientras estaba en la escuela, pero estaba tan absorto en abrazar cada segundo que tenía con Bella, que probablemente había muchas cosas intrascendentes que me había perdido.

—¿Qué pasa? —Bella siseó.

—Esto se me sale de las manos —dijo Charlie, incómodo.

—¿Por qué no me dejas hablar con él? —ofrecí.

Pude escuchar el alivio en la voz de Charlie cuando respondió.

—Claro—luego habló lejos del teléfono—. Toma, Tyler, es para ti.

Bella estaba mirando mi rostro, preocupada por lo que estaba pasando entre su padre y yo. No se dio cuenta del auto rojo brillante que de repente se desvió a nuestro alrededor. Ignoré el placer de Rosalie al pasarme (ahora siempre ignoraba a Rosalie) y me concentré en la llamada.

La voz del chico se quebró cuando dijo—: ¿Sí?

—Hola, Tyler, es Edward Cullen —mi tono era perfectamente cortés, aunque me costó un poco mantenerlo así. Así como había estado entretenido hacía un momento, ahora, un repentino estallido de sentimientos territoriales me inundó. Era una reacción inmadura, pero no podía negar que lo sentí.

Bella respiró hondo. La miré por el rabillo del ojo y luego volví a mirar a la carretera. Sí, de alguna manera, había estado hablando en serio antes, ya debía haberse dado cuenta.

—Lo siento si ha habido algún tipo de falta de comunicación, pero Bella no está disponible esta noche —le dije a Tyler.

—Ah —respondió.

El instinto protector y celoso persistió, y mi respuesta fue más fuerte de lo que debería haber sido.

—Para ser perfectamente honesto, ella no estará disponible ninguna otra noche para cualquier otra persona que no sea yo. Sin ofender. Y lamento estropear tu noche.

Aunque sabía que estaba mal decir esas palabras, no pude evitar sonreír al pensar en cómo las estaba recibiendo Tyler y lo que sentiría cuando lo viera en la escuela el lunes. Colgué la llamada y me volví para evaluar la reacción de Bella.

El rostro de Bella estaba rojo brillante y su expresión era furiosa.

—¿Me he extralimitado al final?—me preocupé—. No quise ofenderte.

Había sido algo muy dominante de decir y aunque estaba bastante seguro de que Bella no tenía ningún interés en Tyler, no era realmente mi lugar tomar esa decisión por ella.

Lo que había dicho también estaba mal de otras maneras, pero no de una manera que pensé que la molestaría.

Aunque nunca me había exigido otra promesa desde el hospital, siempre existía el trasfondo de sus dudas. Me había visto obligado a encontrar una manera de equilibrar su necesidad de seguridad con mi incapacidad para engañarla.

Tomaba nuestra relación un día a la vez, una hora a la vez. No miré hacia el futuro. Era suficiente que pudiera sentirlo venir. Cuando le prometí para siempre ahora, quise decir hasta dónde podía ver. Y no estaba mirando.

—¡Me vas a llevar al baile de graduación! —gritó.

Ella realmente no lo sabía. No sabía qué hacer con eso. ¿Qué más podríamos estar haciendo con atuendo formal en Forks esta noche?

Y ahora había lágrimas reales en sus ojos y tenía una mano apretada alrededor de la manija de la puerta como si quisiera arrojarla del auto en lugar de enfrentar el horror de un baile de la escuela secundaria.

Discretamente, eché los seguros de las puertas.

No supe qué decir; no había imaginado que ella pudiera malinterpretar esto. Así que dije probablemente la cosa más estúpida posible, dadas las circunstancias.

—No te pongas difícil, Bella.

Miró por la ventana como si todavía estuviera pensando en saltar.

—¿Por qué me estas haciendo esto? —gimió.

Señalé mi esmoquin.

—Honestamente, Bella, ¿qué pensaste que estábamos haciendo?

Se frotó las lágrimas que caían por sus mejillas, con el rostro horrorizado. Parecía que le acababa de decir que había asesinado a todos sus amigos y ella era la siguiente.

—Esto es completamente ridículo—señalé—. ¿Por qué estás llorando?

—¡Porque estoy loca! —gritó.

Consideré darme la vuelta. El baile no tenía sentido, de verdad y odiaba molestarla así. Pero pensé en esa conversación lejana en su futuro y me mantuve firme.

—Bella —dije suavemente.

Se encontró con mi mirada y pareció perder el control de su furia. Todavía tenía el poder de deslumbrarla, al menos.

—¿Qué? —preguntó ella, totalmente distraída.

—¿Compláceme? —Supliqué.

Me miró fijamente durante un segundo más, con lo que parecía más adoración que ira y luego negó con la cabeza en señal de rendición.

—Bien, me lo tomaré con calma—dijo, resignada a su destino— Pero ya verás. En mi caso la mala suerte se esta convirtiendo en un hábito. Probablemente me romperé la otra pierna. ¡Mira este zapato! ¡Es una trampa mortal!

Señaló sus dedos de los pies en mi dirección.

El contraste entre las gruesas cintas de satén que ataban su estrecha pantorrilla, al estilo de una zapatilla de ballet y su piel de marfil era hermoso de una manera que trascendía la moda. En este lugar de interminables guardarropas de invierno, fue fascinante ver partes de ella que nunca antes había visto. Aquí era donde entraba en juego mi diez por ciento de egoísmo.

—Uhhh—suspiré—. Recuérdame agradecerle a Alice por eso esta noche.

—¿Alice va a estar allí?

Por su tono, esto era más reconfortante que mi presencia.

Sabía que necesitaba darle una revelación completa.

—Con Jasper, Emmett... y Rosalie.

La v preocupada se formó entre sus cejas.

Emmett lo había intentado, todos lo habían hecho, todos menos yo. No había hablado con Rosalie desde la noche en que se negó a ayudar a salvar la vida de Bella. Ahora estaba a la altura de su reputación de terquedad sobrenatural. Nunca fue abiertamente hostil hacia Bella durante las raras ocasiones en que estaban juntas en la misma habitación, a menos que ignorar agresivamente la existencia de alguien equivaliera a hostilidad.

Bella volvió a negar con la cabeza, obviamente decidiendo no pensar en Rosalie. —¿Charlie está involucrado en esto?

—Por supuesto —dije, dejando de lado que toda la ciudad de Forks y probablemente la mayor parte del condado estaban al tanto del secreto de la fiesta de graduación que se celebraba esta noche. Incluso colocaron carteles y pancartas *top secret* por toda la escuela. Entonces me reí.

—Aunque, aparentemente, Tyler no lo estaba.

Sus dientes se apretaron audiblemente, pero supuse que esta reacción de enojo era más sobre Tyler que sobre mí.

Nos detuvimos en el estacionamiento de la escuela y esta vez Bella notó el auto de Rosalie, estacionado al frente y al centro. Lo miró con nerviosismo mientras yo estacionaba en un carril, luego salí y caminé hasta su lado a velocidad humana. Abrí su puerta y le tendí la mano.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los labios fruncidos. Claramente se le había ocurrido que, con testigos humanos alrededor, no podía simplemente arrojarla sobre mi hombro y forzarla a ese lugar aterrador de horror y pavor, la cafetería de nuestra escuela secundaria.

Suspiré profundamente, pero ella no se movió.

—Cuando alguien quiere matarte, eres tan valiente como un león—me quejé—. Pero, cuando alguien menciona bailar... —Negué con la cabeza con decepción.

Pero parecía genuinamente asustada por la palabra *baile*.

—Bella, no dejaré que nada te lastime—le prometí—. Ni siquiera a ti misma. No te dejaré ir ni una vez, lo prometo.

Lo consideró y pareció calmar algo de su terror.

—Así que ahora—le dije—. No puede ser tan malo.

Me incliné hacia el coche y puse mi brazo alrededor de su cintura. Su garganta estaba en mis labios, su fragancia era tan fuerte como un incendio forestal, pero más delicada que las flores en su cabello. No se resistió cuando la saqué del coche.

Queriendo dejar en claro que hablaba en serio acerca de mi promesa, mantuve mi brazo envuelto con fuerza alrededor de ella mientras la medio cargaba hacia la escuela. Era frustrante no poder simplemente levantarla.

Muy pronto estábamos en la cafetería. Tenían las puertas abiertas de par en par. Todas las mesas habían sido retiradas de la larga sala. Las luces del techo estaban todas apagadas, reemplazadas por kilómetros de luces de árboles de Navidad prestadas que estaban engrapadas a las paredes en un patrón de festón desigual. Estaba bastante oscuro, pero no lo suficiente como para disfrazar la decoración anticuada. Las guirnaldas de papel crepé parecían haber sido usadas antes, desteñidas y arrugadas como estaban. Sin embargo, los arcos de globos eran nuevos.

Bella rió.



Sonreí con ella.

—Esto parece un escenario listo para una película de terror —observó.

—Bueno, hay vampiros presentes más que de sobra —estuve de acuerdo.

Continué llevándola a la línea de boletos, pero su atención estaba en la pista de baile ahora.

Mis hermanos se estaban luciendo.

Supuse que era una especie de liberación. Siempre estábamos muy... contenidos. Nuestros rostros inhumanos aseguraban que no pudiéramos escapar a la atención, pero hacíamos todo lo posible para no darnos otra razón para mirar.

Esta noche Rosalie, Emmett, Jasper y Alice estaban realmente bailando. Fusionando cien estilos de otras décadas en nuevas creaciones que podrían pertenecer a cualquier época. Por supuesto, eran elegantes más allá de la capacidad humana. Bella no era la única que miraba.

Algunos humanos valientes también bailaron, pero se mantuvieron alejados de los vampiros fanfarrones.

—¿Quieres que cierre las puertas para que puedas masacrar a todos estos incautos pueblerinos? —Susurró. La idea de un asesinato en masa le parecía más atractiva que la realidad del baile de graduación.

—¿Y en qué parte encajas tú en ese esquema? —Me preguntaba.

—Oh, estoy con los vampiros, por supuesto.

Tuve que sonreír.

—Cualquier cosa con tal de no bailar.

—Cualquier cosa.

Se volvió para mirar a mis hermanos de nuevo mientras yo compraba dos boletos. Tan pronto como lo logré, comencé a moverme hacia la pista de baile. Era mejor quitarle de en medio la parte que más temía. No podría relajarse hasta que terminara.

Cojeaba más lento que antes, resistiéndose.

—Tengo toda la noche —le recordé.

—Edward—susurró, horror en su voz. Me miró con ojos llenos de pánico—. ¡Sinceramente, no puedo bailar!

¿Pensaba que la iba a abandonar en medio de la pista y luego retroceder para mirar, esperando una actuación en solitario?

—No te preocupes, tonta—dije suavemente—. Yo sí puedo.

Levanté sus brazos y los coloqué alrededor de mi cuello. Puse mis manos alrededor de su cintura y la levanté unos centímetros del suelo. Tirando de su cuerpo contra el mío, la bajé de modo que sus dedos cubiertos de satén y sus dedos cubiertos de yeso descansaran sobre mis zapatos.

Ella sonrió.

Sosteniendo casi todo su peso en mis manos, nos giré hacia el medio de la pista, donde mis hermanos estaban reunidos. No traté de seguirles el ritmo, simplemente la abracé y giré en un vals suelto con la música.

Sus brazos se apretaron alrededor de mi cuello, acercándonos aún más.

—Me siento como si tuviera cinco años —se rió.

La levanté para que sus pies estuvieran a treinta centímetros del suelo y le susurré al oído—: No los aparentas.

Se rió de nuevo mientras yo ponía sus pies sobre mis dedos. Sus ojos brillaban con el tintineo de las luces navideñas.

La canción cambió. Cambié el tempo de nuestro vals. La música era más lenta ahora, más soñadora. Su cuerpo se fundió con el mío. Deseé poder congelarnos así, detener el tiempo para siempre y quedarme en este baile.

—Está bien—murmuró—. Esto no está ni la mitad de malo de lo que me imaginé.

Eran cercanas a las palabras que esperaba que les dijera a sus hijos. Era alentador que no le hubiera llevado veinte años llegar a esta conclusión.

«No, no lo voy a hacer. Le devolveré el dinero. Uf, esto es tan vergonzoso. ¿Por qué *mi* papá tiene que ser el loco? ¿Por qué no podía ser el de Quil?»

Los pensamientos claros que vacilaban en la puerta eran muy familiares. Incluso en su angustia y timidez, su mente irradiaba una especie de pureza. Era más honesto consigo mismo que la mayoría.

—¿Qué pasa? —Bella había notado mi repentina abstracción.

No estaba listo para responder. Sentí una profunda rabia que me cerró la garganta. Así que los Quileute seguirían presionando, luchando contra el tratado que habían hecho, el tratado que no hacía más que protegerlos. Era como si no pudieran ser felices hasta que matáramos a alguien. Querían que fuéramos monstruos.

Bella se retorció en mis brazos para ver lo que estaba mirando.

Jacob Black caminó vacilante a través de la puerta, parpadeando mientras sus ojos se adaptaban a la poca luz. No le tomó mucho tiempo ver lo que estaba buscando.

«Maldición, ella está aquí. No puedo creer que esté haciendo esto. No puedo creer que mi padre piense que ese tipo es un vampiro real. Esto es completamente estúpido».

Sin embargo, no vaciló, a pesar de su vergüenza. Haciendo caso omiso de la taquilla, el chico marchó como un soldado a través del círculo de bailarines hacia nosotros. Incluso en mi ira, tuve que admirar su valentía directa.

«Supongo que debí haber traído algo de ajo», resopló.

No me di cuenta que había gruñido audiblemente hasta que Bella me siseó—: ¡Compórtate!

—Quiere hablar contigo —no había manera de evadirlo. Como el primer baile, mejor quitarlo de en medio. No debía permitirme que esto me enojara. ¿Realmente importaba si ese grupo de viejos desdentados rompía el tratado? No cambiaría mucho, incluso si pagaban por una valla publicitaria en la 101 que dijera: “El doctor del pueblo y sus hijos son VAMPIROS. Han sido advertidos”, nadie la creería. Incluso su hijo no lo hacía.

Me quedé quieto mientras Jacob se acercaba. En su mayoría miraba a Bella, su expresión cómica en su desgana.

—Hola, Bella, esperaba que estuvieras aquí —era obvio que esto era exactamente lo contrario de lo que había estado esperando.

La voz de Bella era cálida cuando respondió. Estaba seguro de que ella también podía ver su angustia y, siendo Bella, querría aliviarlo.

—Hola, Jacob. ¿Qué pasa?

Él le sonrió y luego me miró. No tuvo que mirar hacia arriba para hacerlo. El niño había crecido varios centímetros desde la última vez que lo vi. No parecía tan niño como entonces.

—¿Puedo interrumpir? —preguntó. Su tono fue respetuoso; no quería pasarse.

Sabía que mi enojo no tenía sentido y ciertamente no estaba dirigido a este niño sin culpa, pero no pude controlarlo del todo. En lugar de dejar que cualquiera de ellos lo oyera en mi voz, simplemente puse a Bella en sus pies suavemente y me alejé.

—Gracias —dijo Jacob en el tono alegre que parecía ser su defecto.

Asentí con la cabeza, inspeccionando el rostro de Bella una vez para asegurarme de que estaba cómoda con esto, y luego me alejé.

«Eh», estaba pensando Jacob. «Ese perfume de Bella es horrible».

Extraño. Bella no llevaba ningún olor además de las flores en su cabello. Pero quizás otra pareja se había acercado más, ahora que me había movido.

—Vaya, Jake, ¿cuánto mides ahora? —La escuché decir.

—Metro ochenta y ocho —este era un motivo de orgullo.

«Se ve totalmente bien aparte del yeso. Billy está exagerando las cosas, como siempre».

Cuando llegué a la pared norte de la cafetería, me voltéé y me recosté en ella. Lauren Mallory y su cita estaba dando vueltas muy pegados a la espalda de Jacob. Me preguntaba si era ella la que olía mal.

Jacob y Bella no estaban bailando exactamente. Él tenía sus manos en la cintura de Bella y las manos de ella descansaban suavemente en los hombros de Jacob. Se balanceó un poco con la música, pero parecía nerviosa por intentar mover los pies. Jacob se movió en su lugar.

—Entonces, ¿cómo terminaste aquí esta noche? —No había curiosidad real en su voz. Ya había descubierto lo que significaba esta intrusión.

Jacob estaba ansioso por echarle la culpa a quien le pertenecía.

—¿Puedes creer que mi papá me pagó veinte dólares para venir a tu fiesta de graduación?

—Sí puedo —dijo, su voz aún amable, aunque debía haber sido molesto tener a un extraño tratando de supervisar su vida.

«Está siendo tan amable con esto. Es la chica más agradable que conozco».

—Bueno, espero que lo estés disfrutando, al menos—continuó Bella—. ¿Has visto algo que te guste?—. Dijo asintiendo juguetonamente a una fila de chicas que estaban a lo largo de la pared a mi izquierda.

—Sí— dijo Jacob—. Pero está comprometida.

Esta información no fue una sorpresa para mí, había sido testigo varias veces de su enamoramiento por Bella. Sin embargo, su franca honestidad fue inesperada. Bella no supo cómo responder. Después de una mirada a su rostro para ver si estaba bromeando, no lo estaba, ella miró sus pies inmóviles.

«Probablemente no debería haber dicho eso, pero al demonio. No tengo nada que perder».

—Te ves muy bonita, por cierto —agregó.

Bella frunció el ceño.

—Ah, gracias—dijo y cambió de tema, llevándolo al tema que él más quería evitar, el que lo haría tener que irse—. Entonces, ¿por qué Billy te pagó para que vinieras aquí?

Jacob cambió su peso de un pie a otro, incómodo.

—Dijo que era un lugar “seguro” para hablar contigo. Juro que el anciano está perdiendo la cabeza.

«Va pensará que yo también estoy loco».

Bella se rió con él, pero el sonido fue forzado.

—De todos modos—continuó Jacob, sonriendo para aliviar la tensión—. Dijo que si te decía algo, me conseguiría el cilindro maestro que necesito.

Bella sonrió seriamente ahora.

—Dime entonces. Quiero que termines tu auto.

Jacob suspiró, conmovido por su sonrisa. «Ojalá él *fuera* un vampiro. Eso podría darme un chance a mí».

—No te enojas, ¿de acuerdo? «Ya ha sido más amable de lo que esperaba».

—No hay forma de que me enoje contigo, Jacob—prometió Bella—. Ni siquiera me enojaré con Billy. Sólo di lo que tengas que decir.

—Bueno, esto es tan estúpido, lo siento, Bella—tomó un respiro profundo—. Quiere que rompas con tu novio. Me pidió que te lo pidiera “por favor”.

Jacob negó con la cabeza, esperando distanciarse del desagradable mensaje.

La sonrisa de Bella estaba llena de compasión.

—Sigue siendo supersticioso, ¿No?

—Sí. Estaba... un poco abrumado cuando te lastimaste en Phoenix. No creía... «Que ellos no lo hicieron. Pensó que te chupaban la sangre o algo así».

Su voz se volvió plana por primera vez.

—Me caí.

—Lo sé —dijo Jacob rápidamente.

—¿Billy cree que Edward tuvo algo que ver con que yo saliera lastimada? —su voz aguda ahora.

Ambos estaban perfectamente quietos, como si no hubiera música.

Jacob apartó la mirada de sus ojos.

«Ahora la he cabreado de verdad. Debería haberle dicho a Billy que se ocupara de sus asuntos o que me dejara al margen».

El semblante de Bella se suavizó, reaccionando a su disgusto.

—Mira, Jacob—dijo, amable de nuevo. Jacob respondió al cambio, encontrándose con su mirada—. Sé que Billy probablemente no creerá esto, pero para que lo sepas... Edward realmente me salvó la vida. Si no fuera por Edward y su padre, estaría muerta—. Era imposible dudar de su sinceridad.

—Lo sé —asintió Jacob rápidamente. No quería pensar en la muerte de Bella. Una oleada de gratitud comenzó a formarse dentro de su mente. No escucharía la próxima vez que su padre dijera algo despectivo sobre Carlisle.

Ella le sonrió.

Era extraño lo mayor que se veía Jacob esta noche. Se veían similares ahora, tal vez era sólo por su nueva altura. Del mismo modo en que su pierna lastimada la hacía moverse incómodamente al bailar, así mismo parecía más cómoda con él que con muchos de sus otros amigos humanos. Quizás su mente muy pura y abierta tenía ese efecto en la gente.

Un pensamiento extraño cruzó por mi mente, mitad imaginación, mitad miedo.

¿Estaría esa casita, bonita y desordenada, en La Push?

Me deshice de la idea. Sólo eran celos irracionales. Los celos eran una emoción tan humana, poderosa pero sin sentido, basada en nada más que verla fingir bailar con un amigo. No dejaría que el futuro me perturbara.

—Oye, lamento que hayas tenido que venir a hacer esto, Jacob—estaba diciéndole Bella—. En cualquier caso, ya has cumplido con tu tarea, ¿verdad?

—Sí —murmuró.

«¿Lo sabría si le miento? No puedo decir el resto. Es suficiente».

Bella leyó su expresión—: ¿Hay más?—. Preguntó, incrédula.

—Olvidalo—murmuró, mirando a otro lado—. Conseguiré un trabajo y ahorraré el dinero yo mismo.

Bella esperó a que él encontrara su mirada.

—Sólo escúpelo, Jacob.

—Es muy malo.

«No debería haber venido. Es culpa mía por estar de acuerdo con esto».

—No me importa—insistió—. Dime.

—Está bien... pero, caramba, esto suena mal—Jacob inhaló profundamente—.

Él me pidió que te dijera... no, que te advirtiera, que; y este es su plural, no el mío...—Jacob levantó su mano derecha y con dos dedos hizo comillas en el aire—. “Estaremos vigilando”.

Observó su reacción, listo para salir disparado.

Bella estalló en una carcajada, como si acabara de contar el chiste más divertido que jamás había escuchado y no podía parar. Sus palabras salieron entre risas.

—Siento que tuvieras que hacer esto, Jake.

Estaba abrumado por el alivio. «Tienes razón. Es graciocísimo».

—No me importa mucho. «Se ve tan bonita. Nunca la habría visto con este vestido si no hubiera venido. Valió la pena sólo por eso, incluso con el perfume asqueroso». Entonces, ¿debería decirle que dijiste que se meta en sus propios asuntos?

Ella suspiró.

—No. Dile que dije gracias. Sé que tiene buenas intenciones.

La canción terminó y Bella dejó caer los brazos. Mi señal.

Jacob mantuvo sus manos en su cintura, inseguro si ella podría pararse sin ayuda.

—¿Quieres volver a bailar? ¿O puedo ayudarte a ir a algún lado?

—Está bien, Jacob. Yo me hago cargo.

Jacob retrocedió ante mi voz, tan inesperadamente cerca. Dio un paso atrás, un fuerte escalofrío de miedo recorrió su espalda.

—Oye, no te he oído llegar—murmuró. «No puedo creer que esté dejando que Billy se meta en mi cabeza de esta manera». Supongo que te veré por ahí, Bella.

—Sí, nos vemos luego—dijo con suficiente entusiasmo para que él recuperara la compostura. Saludó con la mano, luego murmuró, "Lo siento", una vez más antes de dirigirse hacia la puerta.

Tiré de Bella hacia mis brazos, deslizando mis pies debajo de los de ella nuevamente. Esperé a que el calor de su cuerpo borrara la frialdad que envolvía el mío. No pensaría en el futuro. Solo esta noche, este minuto.

Bella acurrucó su mejilla contra mi pecho, tarareando de satisfacción.

—¿Te sientes mejor? —murmuró.

Por supuesto que leería mi estado de ánimo.

—En realidad no —suspiré.

—No te enojas con Billy. Sólo se preocupa por mí por el bien de Charlie. No es nada personal —me aseguró.

—No estoy enojado con Billy. Pero su hijo me irrita.

Era demasiada verdad. Aunque el chico no me molestaba realmente; una mente tan expansiva siempre sería un bienvenido respiro del humano promedio. Fue lo que representó lo que me dolió. Alguien bueno, amable y humano.

Necesitaba forzarme a entrar en el estado de ánimo adecuado.

Se inclinó y me miró con curiosidad y un poco de preocupación.

—¿Por qué?

Me quité mentalmente el miedo y le respondí en broma.

—En primer lugar, me hizo romper mi promesa.

Ella no lo recordaba.

Forcé una sonrisa.

—Prometí que no te dejaría ir esta noche.

—Ah. Bueno, te perdono —dijo fácilmente.

—Gracias—fruncí el ceño en lo que esperaba que fuera una forma de broma—.

Pero hay algo más.

Ella esperó a que yo le explicara.

—Él te llamó *bonita*—Mi voz convirtió la palabra en algo desagradable—. Eso es prácticamente un insulto, la forma en que te ves ahora. Eres mucho más que hermosa.

Ahora se relajó y se rió, la preocupación por su amigo se evaporó.

—Puede que seas muy poco objetivo.

Sonreí mejor esta vez.

—No creo que sea eso. Además, tengo una vista excelente.

Se quedó mirando las luces centelleantes que giraban a nuestro alrededor.

Los latidos de su corazón eran más lentos que el tempo de la canción, así que me moví a ese ritmo. Un centenar de voces, habladas y pensadas, se arremolinaban a nuestro lado, pero realmente no las escuchaba. El sonido de su corazón era el único sonido que importaba.

—Entonces—dijo cuando la canción cambió de nuevo—. ¿Vas a explicarme la razón de todo esto?

Cuando no la seguí, miró fijamente las guirnaldas de papel crepé.

Pensé en lo que podría decirle. No la visión; tendría demasiadas objeciones. Y eso era tan lejano en el futuro, un futuro en el que me esforzaba mucho en no pensar. Pero tal vez podría contarle un poco del pensamiento detrás de esto. Aunque esto no era algo que pudiéramos discutir con una audiencia.

Cambié la dirección de nuestro baile, haciéndola girar hacia la salida trasera. Pasamos en círculos junto a algunos de sus amigos. Jessica saludó con la mano, comparando tristemente el vestido de Bella con el suyo y Bella le devolvió la sonrisa. Ninguno de sus compañeros humanos parecía totalmente feliz con su noche, además de Angela y Ben, mirándose felices a los ojos. Eso me hizo sonreír también.

Abrí la puerta con la espalda, todavía bailando. No había nadie afuera, aunque la noche era muy templada. Las nubes al oeste todavía tenían un poco de oro que se desvanecía por el sol poniente.

Como nadie podía vernos, me sentí libre de columpiarla en mis brazos. La llevé lejos de la cafetería, hacia las sombras de los madroños, donde era casi medianoche. Me senté en el mismo banco donde la había visto esa mañana soleada hace tantas semanas, pero la mantuve acunada contra mi pecho. En el este, una luna pálida brillaba a través de nubes delgadas como un cordón. Fue un momento extraño, el cielo se equilibraba perfectamente entre la tarde y la noche completa.

Ella aún esperaba por mi explicación.

—¿Qué te preocupa? —preguntó en voz baja.

—El crepúsculo otra vez—reflexioné—. Otro final. No importa lo perfecto que sea el día, siempre tiene que terminar.

Estos días importaban tanto y terminaban tan pronto.

Ella se tensó.

—Algunas cosas no tienen por qué terminar.

No había nada que pudiera decir al respecto. Ella tenía razón, pero sabía que no estaba pensando en las mismas cosas permanentes que yo. Cosas como el dolor. El dolor no tenía por qué acabar.

Suspiré y luego respondí a su pregunta.

—Te traje al baile de graduación porque no quiero que te pierdas nada. No quiero que mi presencia te quite nada, si puedo evitarlo. Quiero que seas humana. Quiero que tu vida continúe como lo habría hecho si hubiera muerto en 1918, como debería haberlo hecho.

Se estremeció y luego negó con la cabeza violentamente dos veces, como si intentara deshacerse de mis palabras. Pero cuando habló, su voz era burlona.

—¿En qué extraña dimensión paralela habría ido alguna vez al baile de graduación por mi propia voluntad? Si no fueras mil veces más fuerte que yo, nunca te habría dejado salirte con la tuya.

Sonreí.

—No fue tan malo, lo dijiste tú misma.

Sus ojos eran claros y kilométricamente profundos.

—Eso es porque estaba contigo.

Volví a mirar la luna. Podía sentir su mirada en mi cara. Ahora no había tiempo para preocuparse por el futuro. El presente era mucho más agradable. Pensé en el pasado muy reciente y en su extraña desorientación esta noche. ¿Qué había ocupado el lugar de la respuesta obvia en su mente?

Le sonreí.

—¿Me contarías si te pregunto algo?

—¿No lo hago siempre?

—Sólo prométeme que lo harás.

—Bien —estuvo de acuerdo, sin querer.

—Parecías honestamente sorprendida cuando te diste cuenta que te traía aquí.

—Lo estaba —me interrumpió.

—Exactamente—dije—. Pero debiste haber tenido otra teoría... siento curiosidad. ¿Para qué *creías* que me estaba vistiendo de esta forma?

Esta parecía una pregunta sencilla, juguetona y en el momento. Nada que pudiera llevarnos a hablar del futuro de nuevo.

Pero ella dudó, más seria de lo que esperaba.

—No quiero decírtelo.

—Lo prometiste.

—Lo sé —dijo con el ceño fruncido.

Casi sonreí cuando la vieja curiosidad e impaciencia emergieron. Algunas cosas nunca cambian.

—¿Cuál es el problema?

—Creo que te va a molestar—dijo solemnemente—. O a entristecer.

No podía alinear su expresión tan seria con mi tonta pregunta. Ahora tenía miedo de su respuesta, miedo de que reiniciara el dolor que trataba con tanta fuerza de evitar, pero sabía que nunca podría soportar dejar mi curiosidad sin respuesta.

—Aún así, quiero saber. ¿Por favor?

Suspiró. Sus ojos paseando a través de las nubes plateadas.

—Bueno—dijo después de un largo momento—. Asumí que era para algún tipo de ocasión... Pero jamás creí que sería una tan humana y trivial como el baile de graduación—. Hizo un sonido de burla.

Me tomé un momento para controlar mi reacción.

—¿Humana?

Miró abajo hacia su hermoso vestido, jugando inconscientemente con una tira de gaza. Sabía lo que venía. La dejé encontrar las palabras que quería.

—Está bien—dijo finalmente. Su mirada ahora era un desafío—. Esperaba que hubieras cambiado de opinión... que después de todo, ibas a transformarme.

Tuve tantos años para sentir este dolor. Deseé que no fuera ella quien me forzara a sentirlo. No ahora, mientras estaba aún en mis brazos. No mientras estuviese en ese adorable vestido, con la luna brillando en sus pálidos hombros y sombras como piscinas de noche llenaran las curvas de sus clavículas.

Elegí ignorar el dolor y enfocar me solamente en la superficie de su respuesta.

Toqué mi solapa.

—¿Creíste que sería una ocasión para usar vestido y corbata, cierto?

Frunció el ceño, avergonzada.

—No sé como funcionan esas cosas. Al menos, para mí, me parecía más racional que el baile de graduación.

Traté de sonreír, pero eso solamente la irritó.

—No es gracioso —dijo.

—No, tienes razón, no lo es. Aunque, prefiero tomarlo como una broma a creer que estas hablando en serio.

—Pero estoy hablando en serio.

—Lo sé —suspiré.

Fue un tipo de dolor extraño. No había ninguna tentación en ello. Aunque lo que ella quería era mi futuro perfecto, la eliminación de décadas de agonía, no me atraía. Nunca podría pagar mi propia felicidad con la pérdida de la suya.

Cuando le derramé mi corazón a su Dios distante, le supliqué fuerza. Todo esto me había dado: no sentía ningún deseo de ver a Bella inmortal. Mi único deseo, mi única necesidad, era que la oscuridad no tocara su vida, y esa necesidad me consumía.

Sabía que el futuro se avecinaba, pero no sabía exactamente cuánto tiempo tenía. Estaba comprometido a quedarme hasta que ella estuviera totalmente curada, así que tenía algunas semanas más hasta que ella estuviera de nuevo en dos pies, al menos. Una parte de mí se preguntaba si no estaría bien esperar hasta que ella se recuperara, como había planeado originalmente. ¿No significaría eso el menor dolor para ella? Sería tan fácil caer en esa versión. Pero no estaba seguro de tener tanto tiempo. Sentía que el futuro se acercaba cada vez más. No sabía cuál sería el letrero, pero sabía que lo reconocería cuando llegara.

Había intentado con todas mis fuerzas evitar esta conversación, pero podía ver que la haría más feliz tenerla ahora. Me tragué todo mi dolor y pena, y me obligué a regresar a este momento. Estaría con ella mientras pudiera.



—¿Y estás realmente tan dispuesta? —pregunté.

Se mordió el labio y asintió.

—De modo que estás lista para que este sea el final—suspiré, acariciando mi dedo por un lado de su cara—. Que este sea el crepúsculo de tu existencia, aunque tu vida apenas ha comenzado. ¿Estás lista para renunciar a todo?

—No es el final, es el comienzo —susurró.

—No lo valgo.

Ya sabía que ella no contaba sus pérdidas humanas. Y definitivamente nunca había considerado las pérdidas eternas. Nadie valía eso.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que no me veía a mí misma con mucha claridad?—preguntó—. Obviamente tienes la misma ceguera.

—Yo sé lo que soy.

Puso los ojos en blanco, molesta por mi negativa a estar de acuerdo con algo.

De repente me resultó fácil sonreír. Estaba tan ansiosa, tan impaciente por cambiar algo para estar conmigo. Era imposible no sentirse conmovido por un amor así.

Decidí que nos vendría bien un poco de alegría.

—¿Estás lista ahora, entonces? —Pregunté, levantando una ceja.

—Uhm. ¿Sí? —tragó, nerviosa.

Me incliné más cerca de ella, manteniendo mi movimiento sin prisas. Mis labios finalmente tocaron la piel de su garganta.

Ella tragó de nuevo.

—¿Ahora mismo? —Susurré.

Se estremeció. Entonces su cuerpo se tensó, sus manos se cerraron en puños y su corazón comenzó a martillar más rápido que la música lejana del baile.

—Sí —susurró.

Mi juego había fallado. Me reí de mí mismo y me enderecé.

—Realmente no puedes creer que me rendiría tan fácilmente.

Se relajó. Su corazón se desaceleró.

—Una chica puede soñar —dijo.

—¿Es eso con lo que sueñas? ¿Con ser un monstruo?

—No exactamente—no le gustó la palabra que había usado. Su voz bajó más—. Sobre todo, sueño con estar contigo para siempre.

Había dolor en su voz, duda. ¿Pensaba que yo no la quería de la misma manera? Deseé poder tranquilizar su mente, pero no pude.

Seguí la forma de sus labios y susurré su nombre.

—Bella—esperaba que pudiera escuchar la devoción en mi voz—. Me quedaré contigo—. Siempre que pueda, siempre que esté permitido, siempre que no te haga daño. Hasta que llegue la señal, hasta que me sea imposible ignorarlo—. ¿No es suficiente?

Sonrió, pero no estaba satisfecha.

—Suficiente por ahora.

Bella no se dio cuenta de que ahora era todo lo que teníamos. Mi respiración salió como un gemido.

Sus dedos rozaron el borde de mi mandíbula.

—Mira—dijo—. Te amo más que a nada en el mundo. ¿No es suficiente con eso?

Y luego pude sonreír con una sonrisa genuina.

—Sí, es suficiente—le prometí—. Suficiente para siempre.

Esta vez hablé del *real* para siempre. Mi eterno para siempre.

Cuando la noche finalmente superó el final del día, me incliné hacia adelante nuevamente y besé la cálida piel de su garganta.

# AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido mi némesis durante tantos años que es difícil recordar a todos los que me ayudaron en el camino, pero aquí están los más pesados:

Mis tres increíbles hijos, Gabriel, Seth y Eli (¡Ahora todos hombres adultos!), que se comportaron de manera tan admirable durante los últimos quince años que pude invertir todo el tiempo que habría pasado preocupándome por las malas decisiones que tomaron, preocupando por las malas decisiones que tomaron mis personajes de ficción.

Mi esposo súper capaz, que maneja la mayoría de los aspectos tecnológicos y relacionados con las matemáticas de mi vida.

Mi madre, Candy, quien silenciosamente se negó a aceptar que me había rendido con este libro.

Mi socia comercial, Meghan Hibbett, que mantiene a Fickle Fish Productions en el buen camino mientras yo abandono el mundo físico durante largos períodos de tiempo. También mi mejor amiga, Meghan Hibbett, quien es mi principal salida cuando necesito gritar y llorar y enfurecerme por personajes que se portan mal.

Mi agente, Jodi Reamer, que me permitió tomarme mi tiempo con este, pero estaba preparada para entrar en acción en el momento en que estuvo listo.

Mi agente cinematográfica, Kassie Evashevski, cuyo buen sentido sereno me mantiene alejada de las repisas.

Toda la gran gente de Little, Brown Books for Young Readers, que me han brindado un apoyo tan extraordinario, especialmente Megan Tingley, que ha estado conmigo durante los diecisiete años (!) de mi carrera como escritora, y Asya Muchnick, que es la más amable y la más perspicaz de las editoras.

Roger Hagadone, el fotógrafo que ha fotografiado nuestras impresionantes y memorables portadas. No puedo imaginar cómo sería la sensación de la saga sin tu arte.

Las hermosas damas de Method Agency, Nikki y Bekah, que siempre están alegres por las cosas raras que les pido que hagan.

Tantos creadores talentosos que han creado increíbles sitios web y fanart de la saga Crepúsculo.

Tantos autores que han creado mundos increíbles para que yo me escape.

Tantos músicos que sin saberlo han sido la banda sonora en mi cabeza.

Y finalmente, los lectores que estaban tan pacientemente ansiosos por este libro.

Nunca hubiera terminado sin tu apoyo. Pertenece a esta página. Por favor, escribe tu nombre en la línea de abajo y choca esos cinco:

---